



1

LA VOLUNTAD

**Una historia de la militancia
revolucionaria en la Argentina**

Tomo 1 / 1966 - 1969

EDUARDO ANGUITA
MARTÍN CAPARRÓS



Lectulandia

Desde 1966, con el golpe de Onganía, hasta 1969, con el Cordobazo, la obra de Eduardo Anguita y Martín Caparrós es un mosaico inigualable de la militancia revolucionaria de fines de los sesenta. Fiel imagen de una generación y de su tiempo, construida a partir de los relatos de muchos de sus protagonistas principales y de una exhaustiva investigación de los materiales del período, *La Voluntad* es un retrato de las organizaciones revolucionarias que allí surgieron, articulada a cada paso por una mirada inédita y completa sobre las vidas de quienes las conformaron.

Relato ejemplar, se lee con la tensión y la emoción de las mejores ficciones, y con ese sobresalto conmovedor y a menudo doloroso que sólo puede producir la narración de hechos decisivos de la Argentina reciente.

Lectulandia

Eduardo Anguita & Martín Caparrós

**La voluntad 1. El valor del
cambio**

La Voluntad 1

ePub r1.0

Colophonius 04.06.2019

Eduardo Anguita & Martín Caparrós, 1998

Editor digital: Colophonius
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Biografía

Eduardo Anguita nació en Buenos Aires en 1953. Por su militancia en el ERP, estuvo preso entre 1973 y 1984. Licenciado en Comunicación Social, es docente universitario y periodista en medios gráficos, radiales y televisivos. *La Voluntad* es su primer libro.

Martín Caparrós nació en Buenos Aires en 1957. Empezó a trabajar en el diario *Noticias* en 1973. Entre 1976 y 1983 se exilió en París (donde se licenció en Historia) y Madrid. Ha hecho periodismo deportivo, cultural, taurino, gastronómico, político y policial en prensa gráfica, radio y televisión. Fue docente universitario, dirigió varias revistas, y sus artículos aparecen en diversos medios de América y Europa. Publicó novelas, libros de viajes y ensayos.

Eduardo Anguita
Martín Caparrós

La Voluntad

*Una historia de la militancia
revolucionaria en la Argentina*

Tomo 1 / 1966-1969
El valor del cambio

La Voluntad es un intento de reconstrucción histórica de la militancia política en la Argentina en los años sesenta y setenta. Y, también, la tentativa de ofrecer un panorama general de la cultura y la vida en esos años. La Voluntad es la historia de una cantidad de personas, muy distintas entre sí, que decidieron arriesgar todo lo que tenían para construir una sociedad que consideraban más justa.

Elegimos las historias que la componen para que ofrecieran un cuadro de las corrientes y espacios sociales de la época. La elección siempre se puede discutir; por otro lado, no todos los que contactamos quisieron dar su testimonio. Pero creemos que la veintena de relatos que se cruzan en su trama muestran cómo era la vida cotidiana, los intereses, odios, convicciones, objetivos, miedos y satisfacciones de los que eligieron ese camino.

La Voluntad es el resultado de años de trabajo. Para escribirla, hicimos unas veinticinco entrevistas de muchas horas cada una, y revisamos numerosos archivos. Pero el libro, sin duda, está incompleto. Hay muchas cosas que todavía no se pueden contar en la Argentina contemporánea. O que no se pueden saber, porque sus protagonistas están muertos.

Esas cosas, por supuesto, forman parte importante de este libro. Pero hay mucho que sí se puede contar, aunque hasta ahora muy pocos lo hayan hecho. Todo lo que se relata aquí es, hasta donde sabemos, cierto, y ha sido chequeado cuidadosamente. Sólo fueron cambiados unos pocos nombres, en situaciones que no se alteran por eso. El resto es Historia.

Nota de los autores

Algunas de las personas que aparecen en uno de los tomos no reaparecen en otro. En todos los casos fue una decisión de los autores: el espacio, como puede verse, no sobraba, y era necesario dar cuenta de nuevas situaciones. Algunos —muy pocos— nombres han sido cambiados para no comprometer a quienes no querían comprometerse. Los demás, así como todos los datos vertidos en este libro, son tan fieles como nos fue posible a los hechos históricos.

Queremos agradecer, antes que nada, a todos los que accedieron a contarnos sus vidas y se pasaron horas y horas, a veces dolorosas, frente a un grabador: los que tuvieron el coraje de aportar sus materiales y sus esfuerzos y de entregarnos esas historias que, durante muchos años, la Argentina no quiso escuchar.

Felipe Alberti, Miguel Bonasso, Nicolás Casullo, Emiliano Costa, Graciela Daleo, Mercedes Depino, Daniel De Santis, Daniel Egea, Alberto Elizalde, Envar El Kadri, Horacio González, Alejandro Ferreyra, Manuel Gaggero, Gustavo y Diego Karakachoff, Lili Mazzaferro, José María Meisegeier, Luis Menucci, Miguel Molfino, Arnaldo Murúa, Norberto Burni, Claudio Niro, Miguel Ramondetti, Susana Sanz, Susana Sastre, Eduardo Sigal, Julio César Urien, Luis Venencio, Elvio Vitali: esperamos que consideren este libro como suyo.

A Graciela Daleo, que desgrabó muchas de esas horas, consiguió los materiales más inverosímiles y nunca se privó de sugerir datos e ideas.

A Roberto Baschetti, cuyos libros sobre el peronismo entre 1955 y 1973 y su archivo personal, siempre dispuesto, fueron una fuente insustituible de documentación

A Coco Blaustein y Mercedes Depino, por la generosidad con que pusieron a nuestra disposición el material de su película *Cazadores de Utopías*, y otros documentos.

A Carla Castelo y Eduardo Hoffmann, que nos ayudaron con entrevistas y búsqueda de documentación.

A Marcelo Moreno, por el impulso original.

A Vicky González, por su colaboración y sus ideas.

A Erna von der Walde, por sus lecturas y sus sugerencias.

A Horacio Tarcus, que nos confió su archivo.

A Ana Longoni, por sus materiales sobre arte y vanguardia en los sesenta.

A Tomás Eloy Martínez, por sus recuerdos y consejos.

A Pino Solanas, por sus relatos y su ayuda.

A Oscar Anzorena, por la guía documental y cronológica que representó su *Tiempo de violencia y utopía*.

A Omar Lavieri, Jorge Fernández Díaz, Elsa González, Laura Fernández, Alice Polina, Andrea Carri, Silvia Morales, Felisa Micelli, María Sondereger, Norberto Vilar, Julio Fernández Cortés, Liliana Araya, Cristina Caiati y Horacio Raña, por su ayuda en más de una búsqueda.

A Aníbal Acosta, por su tiempo y sus recuerdos.

A Juan Manuel Romero, por estar siempre ahí.

A Víctor De Genaro y Horacio Meguira, por sus críticas.

A la gente de la biblioteca y hemeroteca del Concejo Deliberante, siempre dispuesta a buscar lo que fuera.

A Fernando Fagnani, editor, muy especialmente, por su trabajo y su entusiasmo.

Y a todos los que se nos acercaron para contarnos sus historias, experiencias, olvidos y recuerdos.

A MATILDE VARA,
DESAPARECIDA EL 24 DE JULIO DE 1978:
EN SU MEMORIA

A TODOS LOS QUE QUISIERON
ESCRIBIR OTRA HISTORIA

Sumario

Uno

28 de junio de 1966. El golpe de Estado. Graciela Daleo: presentación. Juan Carlos Onganía. Daleo: misión en Santa Fe. Situación internacional. Daleo: Firmenich y Mugica. El golpe y los sindicatos. Miguel Molfino: presentación. Grondona y el golpe.

Dos

Junio/julio de 1966. Eduardo Sigal: presentación. Situación cultural. Sergio Karakachoff: presentación. Mundial 66. Alberto Elizalde: presentación. Los nuevos anticonceptivos. Mercedes Depino, Carlos Goldenberg: presentación. Depino, Goldenberg: grupos de apoyo a Guevara. La censura.

Tres

Julio de 1966. Envar El Kadri: presentación. La resistencia peronista, 1956-66. Perón apoya a Onganía.

Cuatro

Julio/diciembre de 1966. Daleo: una misa universitaria. Edades. Horacio González: presentación. González: intervención de las universidades; noche de los bastones largos. El psicoanálisis. Renuncias en la Universidad. John Lennon y Jesucristo. Daleo: aparece *Cristianismo y Revolución*. Dardo Cabo y las Malvinas. Susana Sanz y Vandor. Los cigarrillos americanos. Susana Sanz: presentación. Nuevo plan económico. Sigal: la escuela de cuadros del PC. Las primeras huelgas. Daleo: un novio preso. Bob Dylan. El Kadri: relaciones con los Tupamaros.

Cinco

Febrero/octubre de 1967. Agustín Tosco, Felipe Alberti: presentación. Tosco, Alberti: Luz y Fuerza de Córdoba. El inventor de la bomba atómica. Karakachoff: un diario en Bahía Blanca. Sebrelli sobre la clase media. Daleo: el Comando Camilo Torres. Guerra de los Seis Días. Daleo: primeras acciones del Camilo. *Cien años de soledad*. Karakachoff: ruptura con Balbín. Divisiones en el sindicalismo. Daniel Egea: presentación. Egea: viajes a Cuba y China, trabajo en el frigorífico Swift. La Cueva, «La balsa» y el hippismo.

Goldenberg: equitación para la guerrilla. Sanz: encuentro con John William Cooke. *Diario del Che*. Sanz: muerte del Che Guevara.

Seis

Octubre/diciembre de 1967. El Kadri: las urgencias. Censura a Mujica Lainez y Cortázar. Elizalde: entre Perón y Guevara. Gelman y la muerte de Guevara. Sigal: división en el PC. Los Panteras Negras. Daleo: organizando grupos. Aparición de los supermercados. El Kadri: encuentro con Abal Medina y Ramus; un infiltrado. Marihuana en Buenos Aires. Nicolás Casullo: presentación. Casullo: irse del país. Racing campeón del mundo.

Siete

Diciembre de 1967/mayo de 1968. Julio César Urien: presentación. Urien: la carrera de las armas. Daleo: viaje a Chile; caídas en el Uruguay. El clan Stivel. Daleo: divisiones en el Camilo. Molfino: primeros contactos en el Chaco. Peligros del pelo largo. Tosco, Alberti: fundación de la CGT de los Argentinos. Programa de la CGTA. Daleo: sanciones políticas. Escuelas de tortura en EE. UU. Miguel Ramondetti: presentación. Ramondetti: orígenes del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo. Libros, películas, teatro, televisión. Casullo: con Cortázar en París; mayo del 68.

Ocho

Mayo/septiembre de 1968. El Kadri: preparando la guerrilla rural. Muerte de Martin Luther King y Bob Kennedy. Daleo: cómo hacer bombas. El Kadri: pasar a la acción. La puerta 12. El Kadri: una defección y un juicio político. El Kadri: la despedida. María Elena Walsh. Sigal: invasión a Checoslovaquia. Situación económica. El Kadri: partida para Taco Ralo; instalación del campamento; la caída. Muerte de John William Cooke.

Nueve

Septiembre/octubre de 1968. El Kadri: presos en Tucumán; la tortura. Palito Ortega. El Kadri: más interrogatorios y torturas. Genocidio en Biafra. Egea: sindicalismo en Swift. Matanza en Tlatelolco. Karakachoff: abogado laboralista. Casullo: de vuelta en la Argentina, empieza a militar. Tucumán arde. Egea: huelga petrolera. Karakachoff: Estudiantes campeón. Elizalde: obreros y estudiantes en la huelga. Egea: fin de la huelga petrolera. Militares nacionalistas en Perú, Panamá y Argentina. El Kadri: traslado a Buenos Aires y más torturas.

Diez

Octubre de 1968/abril de 1969. Daleo: expulsión del Camilo. Los adolescentes según *Primera Plana*. Karakachoff: fundación de la Junta Coordinadora. El boom editorial. González: peronización en la universidad. Papeles de Rodolfo Walsh. Curas tercermundistas. Leonardo Favio cantor. Casullo: fundación del FATRAC. Acciones tupamaras. Egea: peleas entre obreros. El Kadri: la cárcel, los intentos de fuga. Perón en Puerta de Hierro. Sanz: una huelga dinamitera. Molfino: invitación para la guerrilla boliviana. «Esta colonia mata».

Once

Mayo de 1969. Tosco, Alberti: tensión en Córdoba. Ben Gurión y Rockefeller. Molfino: movilizaciones en el noroeste. Los universitarios cordobeses. Tosco: preso por unas horas; se prepara un paro para el 29. Rankings culturales. Urien: un desfile accidentado. Tosco: visita fallida de Ongaro. Alejandro Ferreyra: presentación. Ferreyra: el movimiento estudiantil cordobés; los preparativos para el 29. Encuestas y descontentos.

Doce

Mayo de 1969. El Cordobazo.

Índice onomástico

Uno

La marcha, por fin, dejó paso a las palabras:

—Nos dirigimos al pueblo de la República en nombre del Ejército, la Armada Nacional y la Fuerza Aérea con el objeto de informar sobre las causas de la Revolución Argentina. El gobierno que acaba de ser sustituido...

La voz del mayor Ramón Camps, ayudante del general Pistarini en la comandancia en jefe del Ejército, sonaba enérgica, pero la noticia no sorprendió a nadie. Las palabras de la radio se ensuciaban con chirridos de fondo. Eran más de las once de la mañana del martes 28 de junio de 1966, y en la calle hacía frío. En el cuartito de celadores de tercer año, en el último piso del Colegio Nacional de Buenos Aires, también hacía frío. En esos días, el gobierno de Arturo Illia se había ido desarmando de a poco; en esos días, todos comentaban lo que estaba por pasar como si ya hubiera pasado.

—... la división de los argentinos y la existencia de rígidas estructuras políticas y económicas anacrónicas aniquilan y obstruyen el esfuerzo de la comunidad. Hoy, como en todas las etapas decisivas de nuestra historia, las Fuerzas Armadas, interpretando el más alto interés común, asumen la responsabilidad irrenunciable de asegurar la unión nacional y posibilitar el bienestar general...

Graciela Daleo no había ido al Buenos Aires porque, aunque lo habían hecho mixto, ese colegio era cosa de hombres. Por eso, cuando terminó la primaria, sus padres ni pensaron en que dejara el colegio de monjas para seguir los pasos de su hermano mayor, que estaba haciendo segundo año en el Nacional. Sin embargo cuando salió del secundario y se anotó en Sociología, tuvo que cursar un par de materias en los venerables claustros de la calle Bolívar. Esa mañana, al ir para su clase, Graciela Daleo había cruzado la Plaza de Mayo: en la recova del Cabildo los Patricios mantenían su plumaje habitual, pero el resto de la plaza estaba ocupado por tropas del Regimiento 3 de Infantería en uniforme de fajina. Había tanquetas y ametralladoras desplegadas.

El profesor no llegaba. Graciela estaba con su amiga Beatriz y empezaron a impacientarse. Su hermano, que ya estudiaba Ciencias Exactas, era celador en el Colegio; las dos amigas decidieron ir a verlo, por si sabía algo más. Lo

encontraron en el cuarto de celadores del claustro de tercero, escuchando la radio. La pieza era chiquita, oscura, y había un retrato de Belgrano; la radio era una Spica de otro celador, rubio, de ojos celestes. El celador comentó que le había costado conseguir pilas, que no había pilas en toda la ciudad. El celador se llamaba Sampayo y gritaba que por fin, que de una vez por todos los militares se habían decidido a hacer lo que tenían que hacer y terminar con la tortuga Illia. Sampayo tenía un traje azul impecable y mocasines marrones de Guido, doble suela: Graciela lo miraba sorprendida y no entendía por qué ese muchacho tan buen mozo decía semejantes cosas. Ella lo conocía y sabía que, además, era un buen cristiano. Pensó en contestarle pero no supo qué. Su hermano se callaba la boca. Graciela, vagamente, supuso que algo estaba empezando, y trató de imaginar en qué cambiaría su vida con la novedad. En la radio, la proclama seguía.

—... para ello era indispensable eliminar la falacia de una legalidad formal y estéril, bajo cuyo amparo se ejecutó una política de división y enfrentamiento que hizo ilusoria la posibilidad del esfuerzo conjunto y renunció a la autoridad de tal suerte que las Fuerzas Armadas, más que sustituir a un poder, vienen a ocupar un vacío de tal autoridad y conducción antes de que decaiga para siempre la dignidad argentina...

Todo estaba sucediendo como lo habían previsto muchos. La revista *Confirmado* lo había relatado varios meses antes, en su edición del 23 de diciembre de 1965: «El 1.º de julio de 1966, a las 8 de la mañana, luego del anuncio —formulado por radio— algunos camiones del Ejército estaban detenidos con tropas, en los puntos estratégicos del centro, frente a las estaciones de ferrocarril y a la puerta de los principales edificios públicos. La Gendarmería Nacional había cortado los accesos a Plaza de Mayo. El último habitante radical de la Casa Rosada se había retirado tranquilamente a las siete de la mañana. A las once, los comunicados fueron reemplazados por una proclama que decía: “Frente a la ineficacia de un gobierno que, luego de estancar al país lo ha llevado a la más grave crisis económica y financiera de su historia, promoviendo el caos social y quebrantando la solidaridad nacional, las Fuerzas Armadas se han hecho cargo del poder para asegurar la existencia misma de la Nación. Un prestigioso jefe, retirado desde hace algunos meses del servicio activo, ha sido invitado por las autoridades militares para ocupar la jefatura del Estado...”». La realidad, ese 28 de junio, se había adaptado al pronóstico.

El presidente Arturo Illia había sido elegido en 1963 con el 25,1% de los votos, gracias a la proscripción del peronismo; ya en 1964 algunos militares

empezaron a conspirar contra él. Uno de los grupos estaba orientado por el general Julio Alsogaray, entonces director de Gendarmería. Como el general Juan Carlos Onganía, comandante en jefe del Ejército, le dijo que «por el momento no concretaran nada y que mantuvieran su actividad al margen de la institución», las reuniones siguieron en casas de civiles; entre ellas, la del hermano del general, el ingeniero Álvaro Alsogaray.

Pero en esos dos años, la situación se había precipitado. El gobierno radical estaba desgastado por las protestas sindicales y por las críticas de las grandes centrales empresarias que reclamaban una liberalización de la economía. Los planes de lucha de la CGT, con reivindicaciones salariales y políticas, habían provocado malestar en las corporaciones empresarias y en las Fuerzas Armadas, que acusaban al gobierno radical de no reprimirlos con firmeza. Las grandes empresas también se quejaban por la caída de las reservas del Banco Central y se oponían al control de cambios que frenaba el aumento del dólar oficial. Y protestaban por el control de precios que trataba de frenar la inflación.

El capital transnacional se quejaba de las medidas «de corte estatista». Uno de sus principales caballitos de batalla era que gobierno radical había anulado los contratos petroleros firmados durante la presidencia de Frondizi —que permitían un rol más activo de las empresas extranjeras en detrimento de la estatal YPF— y había limitado la salida de capitales. La anulación de contratos petroleros había traído como consecuencia sanción de organismos financieros internacionales y se había desalentado la inversión externa. Por otro lado, Illia se había ganado enemistad furiosa de los grandes laboratorios farmacéuticos con la ley Oñativia, que regulaba los precios de los medicamentos y creaba comisiones fiscalizadoras de los costos y la calidad de los productos. Los grandes laboratorios no las aceptaron. En cambio, empezaron a publicar solicitudes contra Illia y a tejer alianzas para que desaparecieran los controles del Estado.

En junio de 1966, hacía meses que la campaña no tenía respiros. Públicamente, se basaba en la acusación de ineficiencia del gobierno: el presidente Illia era presentado como una tortuga incapaz de tomar «las decisiones que el país necesitaba».

Después de una semana de tensión, al final de la tarde del lunes 27, el secretario de Guerra de Illia leyó un comunicado por el que destituía al general Pascual Pistarini, comandante en jefe del Ejército y cabeza de la conspiración, y reasumía el comando del arma; poco más tarde, el Ejército lanzó otro comunicado diciendo que la orden presidencial «carecía

completamente de valor». Durante la noche el coronel D'Elía, jefe de los Granaderos, le había ofrecido a Illia el apoyo de su cuerpo:

—Gracias, coronel. Pero no quiero derramamientos de sangre.

Le dijo Illia, y lo despidió con un apretón de manos. Hacia las siete de la mañana del martes 28 se presentó en la Casa Rosada el general Alsogaray acompañado por los coroneles Prémoli y Perlinger. Iban desarmados pero los respaldaban las tropas en la calle y una compañía de la Policía Federal. Illia estaba en su despacho, rodeado por sus hijos, su yerno y dos docenas de colaboradores. Estaba autografiando fotos suyas y se las repartía. Todos simulaban ignorar a los militares. La luz entraba gris por las ventanas y se mezclaba con las lámparas que nadie había apagado. Alsogaray intentó su tono más marcial:

—Doctor Illia, suspenda un momento, por favor.

El presidente no le hizo caso y el militar agarró la pila de fotos. Por un momento, los dos forcejearon por encima del escritorio. El general se cuadró y le dijo:

—Doctor Illia, le vengo a pedir su renuncia en nombre de los comandantes en jefe.

Arturo Illia se sentó y se tomó su tiempo. Estaba encorvado y ojeroso. Las caricaturas solían mostrarlo como un hombre irresoluto, cansino, pero éstos eran sus últimos minutos de poder y quizás quisiera disfrutarlos:

—Pero general, usted no puede hacer esto. El pueblo les confía las armas para que ustedes protejan a las instituciones y garanticen su libertad, y van a traicionarlo una vez más. ¿Me comprende?

Alsogaray le dijo que lo comprendía como quien tolera la rabieta de un chico que igual va a tener que irse a la cama.

—¿Desea trasladarse a la residencia de Olivos o a otro lado?

—Pero general, ¿cómo me puede decir esto? A ustedes no les asiste ningún derecho. ¿Qué me puede importar adónde voy a ir? Lo que importa es el pueblo y ustedes lo están avasallando...

El general se estaba cansando. Se acercó al presidente e hizo ademán de agarrarlo del brazo.

—Doctor Illia, usted me obliga a emplear un medio que no deseaba de ninguna manera; lo lamento...

Gustavo Soler, el yerno de Illia, quiso interponerse; el coronel Luis Perlinger lo paró con un empujón. El general llamó a los policías, que avanzaron en uniforme de fajina, con bastones y pistolas lanzagases. Algunos

de los colaboradores de Illia trataban de resistirse, pero los policías siguieron adelante. El presidente les gritaba, casi desaforado:

—¡Ustedes son unos vendidos, sirven a cualquier dictadura y no son capaces de defender a un gobierno democrático!

Minutos después, la compañía policial había desalojado a todo el mundo.

«Por eso, en este trascendental e histórico acto, la Junta Revolucionaria constituida por los Comandantes en Jefe de las tres Fuerzas Armadas de la Patria, han resuelto:

1.º) Destituir de sus cargos al actual presidente y vicepresidente de la República y a los gobernadores y vicegobernadores de todas las provincias.

2.º) Disolver el Congreso Nacional y las legislaturas provinciales.

3.º) Separar de sus cargos a los miembros de la Corte Suprema de Justicia y al procurador general de la Nación.

4.º) Designar de inmediato a los nuevos miembros de la Corte Suprema de Justicia y al procurador general de la Nación.

5.º) Disolver todos los partidos políticos del país.

6.º) Poner en vigencia el estatuto de la Revolución.

7.º) Fijar los objetivos políticos de la Nación (fines revolucionarios).

»Asimismo, en nombre de las Fuerzas Armadas de la Nación anunciamos que ejercerá el cargo de presidente de la República Argentina el señor teniente general Juan Carlos Onganía, quien prestará juramento de práctica en cuanto se adopten los recaudos necesarios para organizar tan trascendental ceremonia.

»Nadie más que la Nación entera es la destinataria de este hecho, que ampara a todos los ciudadanos por igual, sin otras exclusiones que cualquier clase de extremismos, siempre repugnantes a nuestra acendrada vocación de libertad. Hace ya mucho que los habitantes de esta tierra bendita no nos reconocemos por nuestro propio nombre: argentinos.

»Unámonos alrededor de los grandes principios de nuestra tradición occidental y cristiana que no hace muchos años hizo de nuestra patria el orgullo de América e invocando la protección de Dios iniciemos todos juntos la marcha hacia el encuentro del gran destino argentino.

»Que así sea».

Terminó diciendo, marcial, la voz del mayor Ramón Camps en todas las emisoras de radio y televisión del país, unificadas en la cadena nacional.

Los golpes de Estado no eran algo raro. Desde 1930 había habido muchos, pero solían presentarse como una interrupción: las Fuerzas Armadas

detectaban un supuesto «vacío de poder» y lo ocupaban con el propósito supuesto de volver a llamar a elecciones y reponer el orden constitucional. La legitimidad seguía estando en la Constitución. El golpe de Onganía no fue así: los militares presentaron un proyecto de país y decidieron que, para ponerlo en marcha, se quedarían en el poder el tiempo necesario. Era un planteo nuevo. Y buscaba su legitimidad en la validez de sus objetivos. Compartía con otro tipo de revoluciones esa característica de creer y proclamar que la grandeza de sus fines alcanzaba para justificar el empleo de cualquier medio. En realidad, era una idea muy difundida en esos días —no sólo entre la izquierda—, como cada vez que un sector social supone que aquello que propone es tan importante, está tan de acuerdo con el sentido de la historia, o las verdades últimas de la religión o la filosofía, que hay que ponerlo en marcha como sea. Así empezó, el 28 de junio de 1966, la Revolución Argentina.

Graciela Daleo había nacido en 1948 en Huanguelén, al sur de la provincia de Buenos Aires. Su padre era el hijo de un inmigrante siciliano que había trabajado en la construcción del ferrocarril y de una napolitana enérgica. Su madre era hija de inmigrantes gallegos que se habían establecido en la capital y llegó a estudiar odontología, en una época en que las mujeres no hacían esas cosas. Cuando se recibió, la madre de Graciela fue a instalarse a Huanguelén, donde no había dentista, y allí conoció al señor Daleo. En ese entonces, el señor era un militante conservador que trabajaba en la municipalidad y se gastaba sus ahorros en casimires ingleses; gran defensor del fraude patriótico, organizaba, cada vez que había elecciones, el locro y el vino que se le daba a los peones antes de llevarlos a votar por el caudillo de la zona. En 1945, el señor Daleo era el delegado municipal de Huanguelén; cuando el peronismo llegó al gobierno trató de ganarse a estos punteros pueblerinos para armar su estructura en la provincia, pero el señor Daleo se negó y, a los pocos años, la familia emigró a la capital. Fue a mediados de 1948, cuando Graciela era un bebé.

En Buenos Aires, la familia se instaló en una casa grande y vieja del barrio de Floresta, que había sido de los abuelos maternos, con padre, madre, hermano, tía, tía abuela y una mucama que se llamaba Liberata. Liberata era zamba, correntina y peronista, y los chicos Daleo dormían con un retrato de Eva Perón bajo la almohada.

El día que murió Eva Perón, el señor Daleo apareció en la cocina con una corbata plateada que parecía la de los casamientos. Graciela tenía cuatro años

y le preguntó si iba a una fiesta; su padre le dijo que tenía que ir al velorio de esa mujer: era probable que para él fuese una fiesta. Pero en los años siguientes, cada 26 de junio, Liberata llevaba a los dos hermanos a ponerle flores a Evita en un altarcito que le habían hecho en una terminal de tranvías a pocas cuadras de su casa. El Quique, un vecino que ya debía tener diez años, les decía que Perón era un demagogo. Graciela le decía que Perón era bueno, que les daba juguetes a los chicos y repartía pan dulce.

—Bueno, eso es ser un demagogo. Reparte cosas para que nosotros digamos que él es bueno. Eso es un demagogo.

Graciela tenía siete años pero empezó a repetir que Perón era un demagogo: Liberata estaba perdiendo su ascendiente. Su mamá la llevaba a misa en la iglesia de San José de Flores para pedirle al Sagrado Corazón que salvara al pueblo argentino, y el 16 de junio vio pasar camiones que llevaban peronistas hacia Plaza de Mayo. Los rumores de golpe circulaban más y más y en su casa compraron fideos, aceite y galletas de sémola, para resistir lo que viniera. Pero en esos días su padre tuvo un infarto y la agitación política pasó a segundo plano, hasta el 16 de septiembre, en que la casa se llenó de festejos. Los chicos recortaron del diario una foto del general Lonardi y la pegaron en la pared, felices porque un buen cristiano había salvado a la patria. Cuando Graciela volvió a la escuela, lo primero que hizo su maestra monja fue hacerles sacar el libro de lectura y arrancar una hoja que hablaba del 17 de octubre de 1945 y otra que contaba cómo el 26 de julio de 1952, Dios había llamado a Eva Perón para tenerla junto a Él. Liberata, a todo esto, se encerró en su habitación y tardó casi dos días en salir.

A fines de 1965 Graciela Daleo estaba por cumplir dieciocho años y acababa de terminar su bachillerato normal en el Espíritu Santo de Floresta, un colegio más bien preconciiliar, conservador. Para ese entonces ya había pasado su etapa más mística, pero a los doce años estaba convencida de que iba a ser monja misionera: había elegido la orden de las Carmelitas Descalzas y no paraba de rezar por los paganitos del África. Los paganitos del África eran una de las preocupaciones principales de las hermanas del Espíritu Santo: había que convertirlos, enseñarles a bañarse con frecuencia y, si se podía, mitigar su pobreza, aunque en el colegio les enseñaban que, como pobres que eran, eran «bienaventurados, porque de ellos es el Reino de los Cielos». Graciela fue ahorrando una moneda aquí y otra allá hasta que juntó los diez pesos que la convertirían en madrina de un paganito del África. Por lo cual las monjas le dieron una estampita que decía, detrás, «Recuerdo del

bautismo de Juanito Nkengué». También vendía rifas, revistas, participaba en colectas y rezaba mucho. En esos días se enteró de que a los chicos no los traía la cigüeña.

Su hermano le contaba esas cosas. Una vez encontraron, en su casa, un libro que se llamaba *Lo que tus hijos deben saber*, que tenía una cigüeña tachada en la tapa. Lo leían a escondidas y lo entendían a medias. Durante un tiempo creyeron que el parto consistía en que la madre cagaba a su niño; también aprendieron que, cuando un hombre engañaba a su mujer y fornicaba con una que ya había fornicado con otro hombre, al traidor le entraba por el pito la «leche guascosa» del anterior y se moría. El mundo estaba lleno de asechanzas.

Graciela era muy buena alumna, un poco rebelde, y leía con fruición. En su casa había bastantes libros, pero muchos —*El fantasma de la Ópera*, *Amalia*— los tuvo que leer a escondidas. En esos días su familia ya se había mudado a un departamento de tres ambientes en la Paternal, porque los sueldos de sus padres no daban para lujos; en esos días, Graciela era una adolescente granujienta que se sentía moderadamente fea y a veces planchaba en las fiestas que organizaban sus compañeras del colegio, pero cuidaba mucho su aspecto. Solía usar guantes y unos trajecitos muy correctos: su modelo de elegancia era Jacqueline Kennedy, pero ponerse sus primeros tacos altos, a los catorce, fue todo un triunfo contra la censura materna y la suya propia. Igual que el maquillaje, los corpiños o las medias de nylon. Para no hablar de la batalla que significó que su madre, por fin, le permitiera dejarse el pelo largo. En esos bailes lo que más sonaba era el Club del Clan, Palito Ortega, los Wawancó. Empezaban a aparecer los Beatles y los mayores a su alrededor decían que eran un poco raritos, por lo del flequillo. Eddy Gormé y el trío Los Panchos o Cuco Sánchez eran para apretar, pero con moderación temerosa del pecado.

A sus quince años, Graciela se confesaba y comulgaba todas las semanas; fue entonces cuando el Concilio Vaticano II cambió la liturgia y los curas empezaron a decir misa en castellano y mirando a los fieles: fue un cambio importante. Graciela participaba en actividades de la Acción Católica, el Coro de Ángeles, el Apostolado de la Oración, las Hijas de María y, cuando estaba en quinto año, las monjas del Espíritu Santo la empezaron a llevar, junto con otras compañeras de clase, a la villa miseria de Retiro, Villa Comunicaciones, donde jugaban con los chicos y les hacían teatro: Remedios donando sus joyas para la campaña de San Martín, por ejemplo, u otras situaciones

edificantes que tomaban del *Billiken*. Graciela descubrió un mundo extraño, y empezó a olvidarse de los paganitos del África.

En esos días, también, Graciela había empezado a frecuentar a los compañeros del colegio de su hermano, que le llevaban un par de años. Al principio le daban pánico: los muchachos estudiaban en el living y Graciela se pasaba horas juntando el coraje necesario para pasar hacia la cocina y decirles buenas tardes. De a poco, empezaron a invitarla a sus fiestas. Era un grupo más intelectualizado que el de sus compañeras del Espíritu Santo y Graciela estaba más cómoda: le parecía que con ellos sí podía hablar de «cosas inteligentes» y que no les importaba tanto su supuesta fealdad. Con ellos iba al cine algunos sábados y, al cabo de un tiempo, la invitaron a participar en sus reuniones del Movimiento Familiar Cristiano. Se encontraban una vez por mes en la casa de uno de ellos, discutían un tema que alguien había preparado y que solía tener cierto contenido social; después se armaba el baile. La música era más in: Petula Clark, The Mamas and The Papas, y ahora sí mucho Beatles. Aunque el primer tema que Graciela bailó con Jorge fue el *Baile del Ladrillo*, de Rita Pavone.

Jorge era el hijo de un empresario próspero, alto, flaco, un poco desgarbado, ligeramente distante y místico, que ya estaba militando en la Juventud Estudiantil Católica que animaba el padre Carlos Mugica. Graciela lo adoraba en silencio: ya antes había tenido dos amores imposibles, que nunca lo supieron. Graciela y Jorge se veían mucho, eran muy amigos, pero ella nunca se atrevía a confesarle amor. Él le hablaba de una forma distinta de asumir el compromiso cristiano, que consistía en trabajar junto a los pobres. De a poco, el pecado empezó a cambiar de signo: era pecaminoso no aceptar un compromiso social, no amar al prójimo como a sí mismo. El amor a Dios se realizaba dando todo por los demás. Aunque la cuestión no era tan simple: seguía habiendo, por supuesto, otras formas de ser cristiana.

Cuando cursaba quinto año, Graciela tuvo que decir el discurso del 25 de mayo en el acto del colegio. Lo empezó citando un libro sobre el comunismo, de un tal Ezequiel Volpe, que le habían dado las monjas:

—Todas las revoluciones nacieron de la desesperación. La revolución es una manera de fugar hacia adelante, un engaño para los pobres que creen que cualquier situación es mejor que la que están viviendo.

En agosto fue a un retiro espiritual. El cura, un jesuita de voz tronante, predicaba la aspiración a la perfección; Graciela, estaba claro, quería ser una perfecta católica. El cura explicaba que, para un hombre, la posibilidad de la perfección estaba en tomar los hábitos. Una mujer, en cambio, podía

acercarse todo lo posible a la perfección si se hacía monja pero, si no llegaba a eso, siempre podía quedarse soltera y dedicar su vida al Señor. O en el peor de los casos, casarse y tener todos los hijos que Dios le mandara y rezar para que se hicieran curas y monjas. Graciela, enamorada, ya no pensaba en ser monja, y le pidió una entrevista al jesuita. Le dijo que cuando era chica quería hacerse monja, pero que ahora tenía dudas, porque le gustaban los muchachos y eso...

—¿Cuántos años tenías cuando querías hacerte monja, hija mía?

La interrumpió el jesuita.

—No sé, doce, trece...

—Ésa es la edad en que se definen las vocaciones.

Graciela se quedó en silencio: estaba asustada y pensaba que quizás el cura tuviera razón. El jesuita aprovechó el momento:

—Y, sobre todo, no te dejes tentar por el demonio, hija mía. El sexo es el arma más sibilina del demonio. El hombre es fuego y la mujer estopa; viene el diablo y sopla, y la mujer se consume para siempre en las llamas infernales.

Había, visiblemente, formas muy distintas de servir al Señor. Graciela tenía que decidirse. Jorge le contaba cómo había sido su primera misión, el año anterior, en Alejandra, un pueblito de hacheros en el norte de Santa Fe. El padre de Jorge tenía como cien mil hectáreas de obrajes en Santa Fe y el Chaco: él conocía bien la zona. Jorge le contó que, en esos días, había llegado a verlos una mujer muy pobre con su hijita enferma, y que en el pueblo no había farmacia ni manera de conseguir los remedios que la nena necesitaba. Y que la mujer se sentó ahí, junto a ellos, con su hijita en brazos, hasta que la nena se murió. Cuando lo contaba, Jorge no podía dejar de llorar. Poco después, escribió unos versos en los que hablaba de esa muerte: «Aquella muerte, sin saber, salvó su vida», decía el poema, hablando de la suya propia que, a partir de entonces, había cambiado de sentido, le decía, y a Graciela también se le escapaban lágrimas. En diciembre de 1965, cuando Jorge le preguntó si quería acompañar a un grupo de la Acción Misionera Argentina que iba a un pueblo de hacheros miserables en el norte de Santa Fe, Graciela no tardó un minuto en decirle que sí.

Junio de 1966. Juan Carlos Onganía era un general de Caballería de 52 años, que había comandado la fracción azul del Ejército: el sector más pro americano, industrialista y plebeyo de la fuerza, dispuesto a dialogar con un peronismo sin Perón. Estaba casado con María Emilia Green Urien, tenía dos hijos varones y tres mujeres y sólidas convicciones católicas. *La Nación* lo

definía como «un fanático de la disciplina y el orden», que respetaba por sobre todas las cosas la costumbre de «hacer el asadito de los domingos». Algunos de sus oficiales, en cambio, lo llamaban «El Caño», por lo recto y por lo hueco. Poco después de asumir el mando, Onganía dio su primer traspie en público: se presentó en la inauguración de la Exposición Rural en un landó de 1910 escoltado por lacayos de librea. El gesto, casi imperial, fue muy mal recibido.

Cuando el general Onganía se apoderó del gobierno, la Argentina tenía 23 millones de habitantes, una inflación anual del 30 por ciento, y los aumentos salariales compensaban las subas de los precios: el salario real se mantenía sin grandes variaciones. El dólar acababa de ser devaluado en un 8 por ciento: en el mercado oficial se cotizaba a 205 pesos, y un poco más en el mercado libre. El producto bruto interno, que había crecido un 20 por ciento en los dos primeros años de gobierno radical, se había estancado en la primera mitad de 1966. Y la participación de los trabajadores en la distribución de la riqueza era del 38,1 por ciento: mucho más bajo que el 46,4 de 1950, pero más alto que el 36,5 de 1964. La desocupación alcanzaba al 6 por ciento de la población activa.

Al cabo de unos días de consultas y negociaciones, Onganía nombró a un representante del gran capital nacional en la cartera económica: Jorge Salimei, 40 años, directivo de SASETRU, con una fortuna personal de 6000 millones de pesos (alrededor de 30 millones de dólares), miembro del Instituto de Economía de Mercado orientado por Álvaro Alsogaray, el flamante embajador argentino en Washington. Sin embargo, Salimei proponía cierta intervención del Estado en la política económica. Su designación tuvo el apoyo entusiasta de la Unión Industrial Argentina, la Confederación General Económica, la Asociación para la Defensa de la Libre Empresa y la Sociedad Rural. En esos días, por decreto, Onganía barrió con las comisiones fiscalizadoras y los precios regulados de los medicamentos.

A mediados de agosto, Salimei devaluó la moneda: el nuevo precio del dólar era 215 pesos. Para darle apoyo financiero, las autoridades del FMI dispusieron que el aporte argentino al organismo internacional creciera de 280 millones de dólares a 350 millones. La cuarta parte de esos 70 millones de aporte, de acuerdo al convenio, debía ser en oro. Era la condición para los préstamos que empezaron a llegar.

El micro traqueteaba con batifondo de motor recalentado y Graciela no terminaba de entender lo que le decía su compañero de asiento. Más atrás una

beba lloraba sin parar; el conductor escuchaba chamamés a volumen indecente. Su compañero casi gritaba:

—... la refracción de los rayos de la luna produce un efecto que...

Graciela, decididamente no conseguía oírlo. El muchacho se calló un momento. Graciela estaba sentada del lado de la ventanilla, bien abierta, pero lo único que entraba era un aire caliente y pegajoso. Graciela se atajaba el pelo con las manos: ya lo tenía bastante largo, y le preocupaba que fuera a enredársele en la cara a su compañero de asiento. Quién sabe qué podría pensar. De pronto la beba se calmó y el muchacho pudo seguir con su perorata sobre astrofísica elemental. Graciela hacía todo lo posible por mostrarle interés:

—... pero sin embargo la percepción que tenemos de la luz de la luna no corresponde a la forma en que...

El muchacho tenía dieciocho años, era más bien gordo, de cara ancha, cejas gruesas y una sonrisa agradable: se llamaba Mario Firmenich y formaba parte de la JEC del Nacional Buenos Aires, donde estaba por entrar a sexto año. Graciela lo había conocido un par de semanas antes, en una de las reuniones preparatorias de la misión. En las reuniones le habían explicado en qué consistiría el trabajo misional y la conveniencia de llevar un sombrero de paja. Graciela no se había resignado a dejar en Buenos Aires sus medias de nylon ni su muñeca de peluche. Aunque también metió, en su bolso marinero, un par de alpargatas.

La misión estaba organizada por la Acción Misionera Argentina, dirigida por monseñor Bufano, que, tiempo después, los expulsaría a todos por comunistas. El jefe sería el flaco Jorge —que a esa altura era el presidente de la JEC— y también iría, como asesor espiritual, el padre Mugica. Carlos Mugica era, ya entonces, un pionero del diálogo con los marxistas. Las estructuras eclesióásticas seguían siendo las mismas, pero algunos sacerdotes trataban de cambiarles el uso.

Mario ya había renunciado a sus discursos astrofísicos, y dormitaba transpirando. Los chamamés del chofer habían dejado paso a otras canciones:

—Hoy te traigo de regalo/ un collar de caracolas/ con colores milenarios/ que he juntado para vos.../ ¡Qué lindo que es el amor/ después de haber trabajado al sol!

En el resto del micro se repartían doce o trece compañeros de misión, hombres y mujeres. Graciela sólo conocía a otro muchacho, flaco, petiso, un poco demasiado serio, al que también había visto en las reuniones previas: siempre andaba con Mario y se llamaba Carlos Ramus. También había una

monja muy joven, veinticinco o veintiséis años, rubia, menudita, que se llamaba Justina Bresán e iba vestida como todos; era la primera vez que Graciela veía a una monja vestida de civil.

Después de quince horas, el micro los dejó en Reconquista; de ahí, un camión los llevó hasta Tartagal. Graciela nunca había visto un lugar como éste: Tartagal era un rosario de cuarenta o cincuenta ranchitos dispersos, un pueblo fantasma de La Forestal, la compañía que dominó por muchos años la explotación obrajera del nordeste argentino. Cuando cerró, la compañía había dejado pueblos que ya tenían cómo sostenerse. En Tartagal había mucho polvo, formas de la miseria, chicos harapientos una escuelita donde dormían las mujeres, y un galpón donde dormían los hombres. Tenían unos catres de lona y no había espiral que alcanzara para ahuyentar a los insectos.

Cada mañana, Graciela reunía a un grupo de chicos de pueblo y les enseñaba el catecismo. Graciela se había recibido de catequista en su colegio y había practicado con chicos de Floresta pero en ese pueblo, entonces, sentada bajo un árbol y rodeada de chicos desarrapados, le parecía que estaba entendiendo cuál era la verdadera tarea del cristiano. Se sentía una especie de Jesús predicando a los niños.

Los demás se dividían en parejas y salían a visitar vecinos, dispersos por el monte. A veces tenían que ir a caballo; por las tardes, Graciela acompañaba a unos u otros. Cuando tenía que ir muy lejos, le prestaban una yegua percherona que acababa de parir, con su potrillo que la seguía detrás. Los ranchos tenían tres paredes de adobe, techo de paja y piso de tierra, y la dieta habitual de sus habitantes era mate y galleta. Pero recibían a los muchachos de la capital con el mayor esmero: una tarde, una señora que quiso agasajarlos los convidó con dulce de batata. Graciela odiaba el dulce de batata, pero ya le habían dicho que era una ofensa rechazarles algo, así que se lo tragó como parte del continuo sacrificio del cristiano. En las visitas, los misioneros hablaban con los pobladores de Dios y su bondad y les preguntaba por sus problemas más urgentes.

Una tarde, Carlos Ramus volvió alborotado de una de las visitas. Había ido a ver a un hachero al que llamaban Campana, porque cantaba, y se encontró con que la tormenta del día anterior le había volteado el rancho. Campana tenía, como casi todos, muchos hijos; los jóvenes católicos no estaban a favor del control de la natalidad, pero no sabían por qué los pobres no paraban de reproducirse como conejos. Y fue Campana el que le dijo una vez a Carlos que tenía tantos porque se le morían muchos:

—Así, si tengo muchos, alguno me va a quedar pa' cuando me haga viejo.

Campana era uno de los que más caso les hacía. Pero esa tarde, después del temporal, cuando lo vio llegar a Carlos con su prédica misionera le dijo, sin siquiera gritarle:

—¡Qué me van a hablar de Dios, si mis chicos se me están muriendo de hambre!

Carlos no supo qué contestarle y esa noche, en la cena y, después, en la reunión de reflexión, discutieron la cuestión durante horas.

Comían todos juntos, mucha polenta y, de vez en cuando, un trocito de carne. El tema del compromiso con el otro estaba en todas partes: en el reparto de comida, por ejemplo. Si el que estaba sirviendo se equivocaba y le daba a alguien más que a los demás, el favorecido tenía que devolver ese sobrante. Las comidas tenían cierto aire ritual. Antes de empezar, el cura Mugica bendecía el pan y la mesa, pero la oración terminaba diciendo que pedían pan para los que tenían hambre, y hambre y sed de justicia para los que tenían pan. El cura Carlos Mugica era rubio, con un mechón que le caía sobre la frente, ojos claros y sonrisa solvente: una especie de James Dean sacerdotal, el hijo de una familia aristocrática, que se había ordenado con todos los honores y estaba dejando de lado una carrera eclesiástica promisoría para liderar a los curas tercermundistas. El cura les decía que el hambre y la pobreza no se iban a terminar porque sí:

—La burguesía no va a dejar sus privilegios porque sí, si nadie la obliga.

Decía el cura, y hablaba de una revolución que no era una revolución espiritual sino política. Y que quizás esa revolución tuviera que ser violenta, porque la violencia de arriba engendraba violencia de abajo, y la explotación del hombre por el hombre era la peor violencia que existía. Contra esa violencia de la burguesía, les decía, a veces el pueblo no tiene más remedio que ejercer su propia violencia revolucionaria. Graciela, hasta entonces, no había oído hablar de burguesía ni de revolución: había muchas palabras que le sonaban nuevas. Cada noche, después de comer, se juntaban en la capillita del poblado para la reunión de reflexión. Se iluminaban con faroles de querosén y oían el ruido de grillos y pájaros huyendo. En la capilla, cada uno revisaba su práctica del día, en qué había sido fiel a sus principios y en qué no, en qué había faltado a su entrega. El amor a Dios consistía, decididamente, en el amor al prójimo.

Graciela lloraba mucho en esas charlas: le parecía que el padre Mugica era durísimo, inflexible, y lo peor era que, muchas veces, le parecía que tenía razón. Se miraba a la luz de la doctrina y se veía llena de egoísmo, de maldad,

de falta de compromiso con la miseria de sus hermanos. Graciela y los demás estaban descubriendo un mundo y la idea de que ellos también eran responsables de él: que tenían que hacer algo. Había otro cura, más joven, recién ordenado, Martín Spontón, que los trataba con menos dureza, se hacía más fácil hablar con él. Pero también era cierto que, muchas veces, Mugica resultaba brillante, revelador. Les explicaba que había que ligar el compromiso cristiano con el compromiso terrenal, y citaba parábolas como la de Cristo echando a los mercaderes del templo, o el Buen Pastor que se ocupa más de las ovejas descarriadas del rebaño. Graciela entendía que, en vez de estar predicando y rezando entre sus iguales tenía que salir a buscar a los que en verdad la necesitaban y se emocionaba con la visión de su nueva tarea. La imaginaba como una mezcla de misión profética, hecha de conversiones y evangelización, con respuestas cotidianas a las necesidades inmediatas. Mugica, muchas de esas noches, les repetía una frase del profeta Isaías:

—¿Sabes cuál es el ayuno que me agrada? Romper las cadenas injustas, desatar las ligaduras de la opresión, liberar al oprimido y romper todo yugo, partir tu pan con el hambriento, acoger en tu casa a los pobres sin hogar, cubrir al que veas desnudo, y tratar misericordiosamente al que es de tu carne. Entonces prorrumpirá tu luz como la aurora y no tardará en brotar tu salvación. Entonces iré detrás de ti y delante de ti irá tu justicia.

Graciela, esas noches, pensaba que no iba a ser capaz de llevar adelante su tarea, de estar a la altura. Mugica, al principio, le metía miedo: le parecía como una estatua incommovible, rebotante de sus propias convicciones, lleno de exigencias. Mugica parecía decirle todo el tiempo déjalo todo ya, toma tu cruz y sígueme. El flaco Jorge no podía aliviarla demasiado: como jefe de la misión, estaba muy ocupado con mil cuestiones de organización y funcionamiento. Carlos Ramus también tenía unos principios más bien intratables, al estilo Mugica. Le resultaba más fácil hablar con la gorda Beatriz, una chica de su edad, de clase alta, muy entusiasta, con quien se estaba haciendo cada vez más amiga, y con Mario. Mario era capaz de escucharla y tratar de entender lo que le decía, en lugar de contestarle con frases hechas y grandes discursos. Mario era un gordito simpático que se llevaba bien con todo el mundo. Graciela le decía que se sentía una miserable porque iba a volver a Buenos Aires y esa gente se iba a quedar ahí.

—Yo me voy a volver, a vivir como una reina, a dormir en una cama caliente todas las noches, y estos pobres hermanos van a seguir acá.

Le decía, y le preguntaba si, ya que era maestra, no debería quedarse con ellos en el pueblo y compartir su hambre y su esperanza. Mario le decía que

lo que ellos querían no era vivir como esa gente sino que esa gente no viviera más así. Y que no se arreglaba nada quedándose a compartir su miseria, sino que tenían que hacer lo que pudieran para solucionarla.

—Sí, pero imagínate, vamos a volver a la ciudad y yo voy a volver a usar mis zapatos, voy a volver a ser la de antes.

Insistía Graciela.

—Yo acá uso alpargatas porque caminamos sobre tierra; allá me pongo zapatos porque con alpargatas el cemento te cansa mucho más.

Le contestaba Mario. Mario le servía para bajar a tierra: la ayudaba con argumentos del más raso sentido común, y Graciela se lo agradecía. Aunque seguía más enamorada que nunca del flaco Jorge. Pero las noches de la misión eran castas y puras. A menudo se reunían alrededor de un fogón, con algunos de los pobladores, a cantar. El número fuerte era el dúo folklórico, ya muy trabajado, de Ramus-Firmenich:

—Vengo del ronco tambor de la luna,/ en la memoria del puro animal./ Soy una astilla de tierra que vuelve/ hacia su oscura raíz mineral.

Cantaban una vidala de Atahualpa Yupanqui. El folklore resultaba, en esos años, complemento natural de las corrientes revisionistas de la historia argentina. También podían cantar *La Paloma*, o *Angélica, cuando te nombro*. O alguna de Cafrune, o la *Zamba del Grano de Trigo*:

—Mañana voy a ser pan;/ no le tengo miedo al surco,/ mañana voy a ser pan...

Carlos cantaba y tocaba el bombo; Mario la guitarra. Los pobladores aplaudían con ganas, y Graciela se emocionaba pensando que, al menos ese rato, eran felices. Una de esas noches alguien llegó con una revista *Así* donde decía que habían matado, en Colombia, a un cura guerrillero, Camilo Torres. Graciela nunca lo había oído nombrar, pero le pareció que Carlos Mugica se había impresionado. Sin embargo, casi no hablaron de esa muerte.

La misión no duró más de un mes, pero Graciela tenía la sensación de que cada día la llenaba de revelaciones. A veces llegaban visitas: un abogado santafesino que recién había terminado su carrera en la Universidad Católica y se había instalado en Reconquista para trabajar con los hacheros, un tal Roberto Perdía. Un grupo de cineastas de la escuela de Santa Fe, dirigida por Fernando Birri, que hacía un documental que se iba a llamar *Hachero nomás*. Un cura belga, de la hermandad de Foucault, que andaba por ahí con su bolsito al hombro, durmiendo donde le cayera la noche y tratando de mezclarse con los pobres, aunque su castellano era difícil: lo llamaban «el

todoporoso» porque era lo que le salía cuando trataba de decir «Dios Todopoderoso». Llegaba gente, y todos hablaban de lo mismo: hasta cuándo vamos a soportar tanta miseria, esto es intolerable, hay que hacer algo, hay que hacer algo. Graciela escuchaba todo el tiempo la palabra revolución, aunque ya había entendido que no siempre quería decir lo mismo.

Hacia el final, a Jorge o a Mugica se les ocurrió que tenían que convocar a una reunión de todos los pobladores. La situación era difícil: los bosques de quebracho estaban agotados, y lo único que se podía sacar era leña de segunda, para hacer carbón, pero el gobierno compraba carbón mineral de Polonia y la mayor parte de la producción se quedaba sin vender. Los muchachos se pasaron un par de días recorriendo los ranchos para llamar a la reunión. Esa noche, en el patio de la escuelita, se juntaron como cien personas. Los hacheros tenían esas caras sin dientes que parecen feroces; hacía calor, el olor era apenas respirable y los faroles de querosén bailaban luces bajas.

—... y que los turcos no nos anden cobrando lo que nos cobran pa' que les debemos siempre, nosotros, que nos tengan agarrados del cogote...

Los hacheros iban diciendo sus reclamos y alguien tomaba nota: la falta de auxilio médico y remedios, la paga con vales, las mejoras en las viviendas, los caminos, las condiciones de trabajo. Después los copiaron en unas hojas de papel romaní, del que se usaba para las presentaciones legales, y los hacheros fueron pasando a firmar uno por uno: casi todos ponían el dedo, gordote, deformado, y a Graciela le impresionó ver que tenían las huellas digitales muy gastadas.

Un grupo se fue a Reconquista, a presentarle el petitorio a monseñor Iriarte, el obispo local, que pasaba por progresista, y los que se quedaron en Tartagal empezaron a suponer problemas. Una noche, cuando ya estaban a punto de dormirse, las chicas vieron luces cerca de la escuelita y creyeron que los dueños de los obrajes habían mandado matones a atacarlos. La gorda Beatriz salió con su bata de cuadritos rojos y blancos a avisarle a los varones; se levantaron todos y no encontraron nada. Otra noche, uno de los muchachos del grupo llegó hasta la escuelita y les preguntó dónde estaban Beatriz, Ema y Marta. No aparecían, y se produjo el zafarrancho. Varios agarraron cuchillos de cocina, otros llevaron los faroles, Graciela se armó con un frasco de colonia, y salieron a buscarlas por el monte alrededor. Hasta que oyeron unos gritos:

—¿Qué pasa? ¿Quién anda por ahí? ¡Cuidado, cuidado que se vienen!

Eran las tres ausentes, que se habían quedado charlando en un rincón de la escuela, a oscuras, porque no había velas, y cuando vieron los faroles de los que las buscaban se asustaron creyendo en un ataque. Nunca pasó nada, pero la idea de que lo que estaban haciendo podía provocar un ataque de los patrones ya empezaba a instalarse.

Junio de 1966. A principios de 1966, el presidente norteamericano Lyndon B. Johnson disponía nuevas escaladas de bombardeos aéreos sobre Hanoi, la capital de Vietnam del Norte. Estados Unidos había entrado en la guerra el año anterior para ayudar a sus aliados de Vietnam del Sur, donde gobernaba el general Nguyen Cao Ky. Monjes budistas se quemaban a lo bonzo en las calles de Saigón para reclamar que las tropas norteamericanas dejaran su país.

En marzo de 1966, en Moscú abría sus sesiones el XXIII Congreso del Partido Comunista soviético. Su secretario general, Leonid Breznev, predicaba que uno de sus principales objetivos era combatir el culto a la personalidad que había inculcado durante tantos años José Stalin. Para ese entonces, los soviéticos hablaban mucho de la distensión y el diálogo con Occidente.

En China, en cambio, los seguidores de Mao Tse-Tung marchaban por las calles de Pekín y Shangai agitando ejemplares del Libro Rojo: los escritos de Mao que daban la línea de lo que se llamó la Revolución Cultural Proletaria, en abierta ruptura con el «revisiónismo socialimperialista» soviético.

Mientras las potencias alimentaban la guerra fría, Europa buscaba su lugar en el mundo. El presidente francés, Charles de Gaulle, trataba de distanciarse de los dos bloques hegemónicos. En junio, Francia anunció que se retiraba de la OTAN; poco después, De Gaulle hizo una visita oficial a la URSS y, a su vuelta, detonó su primera bomba atómica en el Pacífico, cerca de la isla de Papeete.

En España, el generalísimo Francisco Franco cumplía veintisiete años de gobierno y perseguía cualquier atisbo de expresión cultural. En febrero, por ejemplo, un acto que intentaba conmemorar al poeta republicano Antonio Machado fue reprimido por la policía. Por esos días, otro Paco, también español pero radicado en París, impresionaba al mundo de la moda con sus diseños. Paco Rabanne lanzaba modelos de anteojos de sol gigantes con grandes marcos de plástico y unos vestidos de lentejuelas que también eran de plástico. Los norteamericanos, más prácticos, inundaron el mercado con camisas de fibra poliéster: eran los modelos lavilisto, que se colgaban en una

percha de plástico y a la mañana siguiente se ponían de nuevo sobre el cuerpo. Sin necesidad de plancha.

La tecnología de nuevos materiales no terminaba en los plásticos. Cohetes con aleaciones de fórmulas secretas permitieron a los soviéticos despachar una nave, la *Luna 9*, que se posó en febrero sobre la superficie lunar para hacer fotos del Mar de las Tormentas. Los norteamericanos, en esos días, orientaban sus esfuerzos hacia Marte, adonde mandaron un cohete de exploración sin tripulantes que llegó a fines de mayo.

Dos meses antes, en La Habana, capital del único gobierno socialista latinoamericano, se había dado cita la Conferencia Tricontinental. Delegados de gobiernos, partidos políticos y movimientos guerrilleros latinoamericanos, africanos y asiáticos se congregaron para buscar formas de lucha contra el imperialismo y el colonialismo. África estaba en pleno proceso de descolonización y todo el tiempo aparecían nuevos países independientes que, muchas veces, elegían formas socializantes de gobierno y buscaban alianzas con China o la Unión Soviética.

En Latinoamérica había varios gobiernos militares. En Brasil hacía dos años que mandaba el mariscal Castelo Branco. En Bolivia, donde el Movimiento Nacionalista Revolucionario liderado por Víctor Paz Estenssoro llevaba trece años de proscripción, hubo elecciones hechas a medida para que ganara el oficialista general René Barrientos. En Colombia se mantenía el pacto entre liberales y conservadores y la producción de marihuana ya había superado a la de café, la exportación tradicional. En Centroamérica los regímenes militares eran más que los civiles. Y en la mayoría de esos países había movimientos guerrilleros más o menos poderosos.

—¿Pero entonces, «me» es objeto directo o indirecto?

—Bueno, depende del verbo que lo rige, y del contexto general. Fijate: en esta frase, «me dio un beso», el objeto directo es «un beso»...

Mario lo dijo con su cara más seria; Graciela y Beatriz pensaron que se ruborizaban. Hacía unos días, desde principios de marzo, que Mario las estaba preparando para el examen de ingreso de Sociología, en la Universidad de Buenos Aires. Él se había ofrecido: todavía le faltaban unos días para empezar las clases, y las chicas suponían que un alumno del Buenos Aires sabía lo suficiente como para enseñarles sintaxis y análisis gramatical. Casi todas las tardes, en casa de Graciela o de Beatriz, el café con leche salía con subordinadas o circunstanciales de tiempo. En las pausas, seguían hablando de la revolución.

Desde su vuelta de Tartagal, Graciela no paraba de hablar de la revolución. No tenía demasiado claro qué sería, cómo y quién la haría, pero sí que las condiciones de vida de los pobres contradecían del todo la doctrina cristiana, y que sólo una revolución podría cambiarlas. Antes de empezar a preparar el ingreso, Graciela había dudado. A fines del año anterior había decidido empezar Sociología en la Universidad Católica Argentina, para ser una verdadera socióloga cristiana, pero después le pareció que era muy cómodo quedarse en la UCA, entre cristianos, y que también iba a cursar en la UBA, para convertir a los comunistas. Iría a la católica por las mañanas, con los suyos, y a la estatal por las tardes, en territorio pagano, en tarea misionera: los comunistas ya no eran el enemigo absoluto, pero había que convencerlos de que también tenían almas y podían salvarlas. Al volver de Tartagal se le cruzó la idea de ir a instalarse como maestra a ese u otro pueblo de desamparados y no la desechó: decidió, por el momento, postergarla. Finalmente, se quedó con la tarea evangelizadora y se inscribió en la carrera de Sociología de la UBA, con su amiga Beatriz. Mario las preparaba:

—Y entonces, en la frase «me dio un beso con pasión», ¿con pasión sería un complemento de modo o de medio o instrumento?

La noche de uno de esos días, las dos estudiantes, el maestro ciruela y su amigo Carlos Ramus se encontraron para comer en el Adam, un viejo munich de Maipú casi llegando a Retiro. Tenían que discutir cuestiones relacionadas con las misiones pero se quedaron un rato hablando de tonterías en uno de los reservados de madera. Los muchachos estaban excitados. Mario contaba que una chica andaba detrás de un amigo de él y que el amigo le dijo no te tirés que no hay pileta. Todos se rieron. Al rato vino el mozo y les preguntó qué iban a pedir.

—¿Cómo, había que pedir algo?

Dijo Carlos. Más carcajadas y el mozo los echó a los gritos. Riéndose, se fueron a comprar unas empanadas y las comieron en la casa de Beatriz, que quedaba cerca. Charlaron y charlaron hasta que se hizo tarde, y los dos muchachos acompañaron a Graciela en un taxi hasta su casa de Beláustegui y Seguí. A la mañana siguiente, su vecina le tocó el timbre. Graciela no tenía teléfono, pero podían llamarla a la casa de al lado: era Beatriz, para decirle que la noche anterior, después de dejarla, Carlos la había llamado por teléfono para declarársele.

—Y seguro que estaba con Mario, vos sabés cómo son.

—Y vos no aceptaste, por supuesto.

—Sí, claro que acepté. Y ahora preparate vos, porque estos dos siempre hacen todo en yunta.

La vecina la volvió a buscar al cabo de un rato. Mario la llamaba desde un teléfono público en Plaza Once y le dijo que quería ser su novio. A Graciela no le gustaba especialmente Mario pero le parecía fantástico que un chico se le declarara; era el primero. Dudó un momento y al final le dijo que no. Él insistió:

—No, no me contestes ahora. No me digas ahora. Veámonos y hablemos más tranquilos.

Quedaron para el día siguiente, a las tres de la tarde, en Pacífico. Graciela pensó que tenía que pedirle permiso a su madre.

—Está bien, andá, pero que te acompañe tu hermano.

—Lo que pasa es que tengo que encontrarme con un misionero para hablar de cosas de las misiones...

—Bueno, en todo caso que vaya caminando detrás de ustedes.

—Pero mamá, eso es ridículo.

—¿Y dónde quiere que te encuentres con él?

—En Pacífico.

—Ah, el lugar de las sirvientas.

Graciela consiguió ir sola; llevaba un vestidito de flores, liviano, hasta la rodilla, y unas sandalias blancas. Mario tenía un traje verde oscuro, un poco arrugado, y una corbata azul finita. Graciela notó que le faltaba un botón del saco. Mario era desprolijo pero era, como todos ellos, un muchacho galante: le dejaba el lado de la pared, le abría las puertas, la ayudaba a bajar del colectivo. Ni a ellos ni a ellas les gustaban los pelos largos, los gestos estridentes, la ruptura de las buenas costumbres: les parecían cosas de burguesitos tratando de llamar la atención. La revolución no tenía nada que ver con eso. Empezaron caminando un rato por el Rosedal, hablando de cualquier cosa, pero estaban tensos. Graciela trataba de no mirarle ese lunar tan grande en la mejilla. Después, Mario la invitó a tomar un vaso de cocacola y le volvió a hablar de su amor. Graciela se quedaba callada.

—No importa, no tenés por qué contestarme ahora.

—Lo que pasa es que estoy enamorada de otro.

—Sí, ya sé, del flaco Jorge.

Dijo Mario. Trataba de sonreírle, pero estaba demasiado nervioso. El nudo de la corbata se le había torcido.

—No importa, no me contestes ahora. Yo te voy a esperar cuatro meses. En cuatro meses te pido que me des una respuesta.

Mario le entregó un papel doblado en cuatro.

—Esto lo escribí después de hablar con vos, ayer.

Graciela se ruborizó, se guardó el papel en la cartera y resistió la tentación de arreglarle la corbata. Él podía malinterpretarlo. Cuando se despidieron, ella se tomó el 216, que subía por Juan B. Justo, y se fue a la iglesia de su barrio. Recién sacó el papel cuando estuvo sentada en un banco, en plena misa. El poema se llamaba «Sólo para mi flor»:

«Flor era el lirio del campo/ entre las hachas del monte;/ flor en todo su encanto,/ mas era flor de horizonte...».

Solemne, el cura leía la epístola a los Corintios:

—No os juntéis con yugo desigual con los que no creen. Pues ¿qué tienen de común la justicia y la iniquidad?

Graciela seguía leyendo, en su banco.

«Y volví solo a mi hogar/ con mucha leña campana,/ pero sin flor que mirar...».

Y el cura, en el altar:

—Pues templo del Dios vivo somos nosotros, según aquello que dijo Dios: «Habitaré en ellos y andaré en medio de ellos: Yo seré su Dios y ellos serán Mi pueblo».

Y Graciela con el poema. Era su ceremonia secreta. Había elegido la iglesia porque le parecía que leerlo ahí lo jerarquizaba, le daba otra trascendencia:

«... Porque esto estoy pensando:/ no quiero del monte volver,/ prefiero seguir buscando,/ tal vez quieras florecer».

Graciela estaba conmovida, pero Mario seguía sin gustarle. Flotaba en dudas. Al día siguiente fue a la misa de nueve que decía el cura Mugica en la Inmaculada de Independencia y Tacuarí. Había tomado la costumbre a su vuelta de la misión, e iba casi todas las mañanas. A veces, también, iba a las misas que Mugica celebraba en su casa. Mugica vivía en el cuarto de servicio de la terraza de la casa de sus padres, un edificio de departamentos muy burgueses en Las Heras y Gelly y Obes. El cuartito tenía quince metros cuadrados, algunos afiches en la pared, bastantes libros y una cama muy austera. Allí, el padre les hablaba de la justicia, el compromiso cristiano con los pobres, la necesidad de la revolución. Ese lugar tan poco pretencioso, esas palabras conformaban una manera tan distinta de ser cristiano que Graciela no paraba de hacerse preguntas. En el cuartito, los asistentes se daban la mano, compartían el pan y el vino y se comprometían a entregar todo su amor a Jesucristo, en este mundo.

Pero eso no le alcanzaba y también iba, cada mañana, a la Inmaculada. Uno de esos días, después de la misa, se había levantado para comulgar y cuando volvió se encontró con que le habían robado la cartera del asiento. En plena iglesia: Graciela no lo podía creer. En la cartera tenía todas sus pinturas, que se había comprado ahorrando del dinero que le daban sus padres para viajar y moverse: toda una pérdida, y una desilusión. Igual había seguido yendo. Y cuando Mario se le declaró y le dio el poema esperó hasta después de la ceremonia, fue a buscar a Mugica y le dijo que quería hacerle una consulta.

—No sé cómo decirte: yo estoy enamorada de Jorge, pero Mario se me declaró, y no sé qué hacer.

—¿Mario se te declaró?

—Sí.

—Y el Flaco no te hace caso.

Jorge era muy difícil. Por un lado, estaba muy absorbido por su militancia cristiana. Y, por otro, Graciela sabía que le había prometido a su madre que no iba a «distraerse con una novia» hasta que terminara su carrera de Ingeniería.

—No, la verdad que no.

—Entonces metele con Mario.

Graciela tenía una pollera gris y un pulóver negro de cuello volcado: lo que ella llamaba su uniforme de existencialista. Mugica estaba, como de costumbre, bien James Dean. Caminaban por un pasillo entre la iglesia y la casa parroquial. Iban y venían.

—Y además, estoy confundida sobre mi compromiso.

—¿Por qué?

Mugica hablaba con la cabeza gacha, mirando al piso, y no era el tipo de hombres que aceptaran la palabra confusión. Para él todo tenía un orden y cada cual tenía que hacer frente a sus problemas y contradicciones claramente, sin rodeos. Graciela trató de explicarle.

—Porque siento que tengo que participar, que no puedo seguir en mi pasividad política. Mi deber como cristiana está ahí, pero no sé cómo, con quién.

—No hay tantas opciones. Está claro que la revolución pasa por el peronismo, pero quizás vos todavía no estés preparada para eso. El peronismo es algo muy fuerte, hay que ser capaz de asumirlo. Yo creo que deberías integrarte en la democracia cristiana, para ir empezando de a poco...

Graciela no se atrevió a discutirle. Pero tampoco le hizo caso. Y su problema fundamental en esos días siguió siendo qué hacer para cumplir con su compromiso como cristiana. La idea de que se viniera un golpe de Estado no cambiaba mucho las cosas: el Flaco le había explicado que la democracia, finalmente, no era más que otra manera de someter al pueblo peronista. A mediados de junio, seis ex compañeros de colegio de su hermano estaban comiendo en su casa. Uno de ellos, Carlos Zubizarreta, había entrado en la Escuela Naval y Graciela, para mostrar que estaba al tanto de la actualidad, le preguntó si se venía el golpe. Le gustaba que esos muchachos más grandes la respetaran como a una igual. Masticando un canelón de verdura, Zubizarreta la miró y le dijo, casi con desprecio:

—¡Qué golpe ni golpe! Nosotros no andamos en esas pavadas.

Ocho días después, las marchas militares empezaron a sonar en la cadena nacional.

Junio de 1966. En enero de 1965, cuando estaba en marcha el plan de lucha votado por su Comité Central en mayo de 1964, la CGT organizó su primer congreso ordinario tras la normalización. En el congreso se perfilaron dos corrientes: la del secretario general de la CGT elegido en 1963, José Alonso, del gremio del Vestido, leal al general Perón, y la del dirigente metalúrgico Augusto Timoteo Vandor, que promovía un «peronismo sin Perón». A fines del 65, el Lobo Vandor sintetizó su pensamiento en una frase lanzada en un congreso de las 62 Organizaciones: «Para salvar a Perón, hay que estar contra Perón». Vandor, de fluidas relaciones con desarrollistas y militares «azules», orientaba lo que se llamó el neoperonismo, que tuvo sus propios candidatos en las elecciones provinciales de principios de 1966. Al mismo tiempo, por instrucciones de Perón, Alonso creó las 62 «de pie junto a Perón».

En febrero, la CGT destituyó al entonces secretario general José Alonso y nombró, interinamente, a un hombre de Vandor: Francisco Prado. Pero el 29 de junio de 1966 tanto los leales como los neoperonistas se pusieron saco y corbata para participar, en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, de los actos de asunción de Onganía, y abrir un período de tregua, archivando los planes de lucha iniciados dos años atrás.

Al día siguiente, las 62 Organizaciones de Pie Junto a Perón emitieron un comunicado que decía, entre otras cosas, que «en el país cayó un sistema, un régimen; y murió el comité, el frenetismo politiquero. Comienza la transformación nacional. Habiendo escuchado la palabra de las Fuerzas

Armadas de la Patria, hacemos votos para que no se equivoque el camino y se frustren las esperanzas. Para que así sea estamos abiertos sin reservas y dispuestos a trabajar por el Renacer Argentino en base a un juego limpio y programas claros y a la vista; en un clima de paz, trabajo, justicia y libertad con el concurso de todos los argentinos, en esta forma se pondrá término a los vetos, las proscipciones, las discriminaciones y los exilios.

»El pueblo está expectante y presto a apoyar medidas, decisiones y planes que, partiendo de la base de que el país es de todos, pueda reunir al pueblo en torno a un común esfuerzo, sin odios ni rencores, y en donde los derechos y leyes igualen a los argentinos ante la ley.

»Cayó un régimen de comité sin representación y anticuado, y se abre la perspectiva hacia un venturoso proceso argentino que, implantando la justicia, dándole vigencia a la soberanía y a la autodeterminación de la nación, y logrando —con el esfuerzo de todos— el encauzamiento de una economía argentina, libre y para todos, pueda acortar la distancia que nos separa de aquellos pueblos que se han colocado a la vanguardia del mundo entero».

Poco después, *The Economist* explicaba el apoyo sindical a Onganía diciendo que «a pesar de todas sus diferencias, los militares y los peronistas están unidos en el rechazo del comunismo y de la democracia liberal parlamentaria». Onganía —«un ceñudo, franco soldado, se siente ansioso y estaría feliz por ayudar a los obreros y cooperar siempre que éstos sean igualmente ceñudos y francos. Que esta cooperación funcione o no depende de los consejos económicos que siga el presidente. Por el momento, el general Onganía parece hacer caso a los católicos de derecha a quienes puede denominarse, vagamente, falangistas».

Finalmente, la declaración de las 62 decía que «nuestras organizaciones gremiales, que se agrupan en torno a lineamientos e ideales nacionales, repudian las actitudes de países que, sintiéndose monitores de una parte del mundo, creen a la vez ejercer autoridad sobre la voluntad y las decisiones de nuestro país. No nos preocupan los “peros” que otras naciones pretenden poner en este instante, al calificar actitudes del pueblo argentino, ya que es a los argentinos a quienes corresponde calificar y legitimar sus actos y sus gobiernos».

Se referían a la actitud de varios gobiernos americanos que, en un primer momento, no reconocieron al general Onganía. El canciller uruguayo, por ejemplo, instruyó a su embajador en Buenos Aires para que diera asilo político a quien se lo pidiera, y Estados Unidos suspendió las relaciones diplomáticas. Era una conducta habitual en casos de golpe: las relaciones

solían normalizarse al cabo de unas semanas. De hecho, la primera tarea del nuevo embajador argentino en Washington, Álvaro Alsogaray, fue conseguir el restablecimiento, que llegó a los 18 días del golpe. Dos semanas después, el 27 de julio, el ingeniero Alsogaray se reunió con 160 empresarios norteamericanos en Nueva York para decirles que era el representante de «un gobierno civil encabezado por un militar».

En París, *Le Nouvel Observateur* no se dejaba engañar por estos pasos de baile: «El general Onganía es un técnico de la guerra psicológica y el golpe de Estado, el hombre de confianza de los medios norteamericanos, un discípulo del famoso coronel Tinquier, a quien conoció en París en 1960; amigo de los duros del Pentágono, aliado de los gorilas del Brasil y del general Alfredo Stroessner, déspota que somete al Paraguay a su capricho. Para el gobierno de Lyndon Johnson, el putsch de Onganía es una gran victoria...». Y, más adelante: «Onganía es un fascista consciente, organizado e informado. Su programa sólo puede beneficiar a la oligarquía parasitaria y a las empresas norteamericanas que controlan la mayor parte de la industria». Para el periodista Michel Bosquet, «el régimen de Onganía presenta todos los defectos del peronismo, sin ninguna de sus ventajas».

Miguel tenía dieciséis años y decidió que ya era tiempo de probarse. Había jugado de arquero en el equipo del colegio, cuando vivía en Buenos Aires, en la gran casa de Fortunato Molfino, el abuelo paterno, en el barrio de Monserrat. Miguel se había pasado un par de años en el nacional Pueyrredón pero ahora estaba de vuelta en Resistencia, Chaco, dispuesto a que el Negro Gómez, la estrella del Chaco For Ever, se fijara en él.

—¿Qué querés, gurí...?

Gómez era el centrojás de la primera y se ganaba la vida como escribiente de la policía. Era un negro mota, morrudo, jetón y con una gran personalidad en la cancha. El Negro lo miró a Miguel desde arriba y le comentó al que tenía al lado:

—¡Mirá qué gambas que tiene éste para patear penales...!

—Yo atajo. Vengo a probarme de arquero...

Miguel había ido con el buzo sportlandia azul con acolchados y hombreras, como el que usaba Antonio Roma en la primera de Boca. Le había pedido a su madre, Noemí, que se lo comprara para ir a esa prueba, y ella además le trajo las rodilleras con forma de mano y acolchado de felpa. El Negro lo hizo ponerse en un arco y le pateó penales, tiros libres, córners: lo

hizo revolcarse y, aunque nadie le dijo nada, Miguel sintió que había acariciado el profesionalismo.

Dos días después, el 28 de junio, en la casa de Miguel sonaba LT5 radio El Chaco, filial de radio El Mundo: era la hora de cenar y del *Glostora Tango Club*, pero esa noche seguían pasando comunicados del comando golpista. En la cocina, Noemí preparaba las milanesas y se ocupaba de Gustavo, que era un mocoso de cinco años y comía antes que sus cinco hermanos: Miguel, José Antonio, Alejandra, Liliana y Marcela.

Después de comer, Miguel se fue al café a charlar un rato con los amigos; la calle estaba tranquila, como siempre, con toda la pachorra provinciana. Los muchachos discutían sobre el golpe, sin pasión. Un muchacho apenas mayor que Miguel, Alberto Conde, tenía opiniones más tajantes: su padre era uno de los dos médicos comunistas de la ciudad, y el primero en ir preso cada vez que había alguna disputa política. Alberto alertó sobre el futuro:

—Se viene el fascismo. No nos engañemos, che, estos militares son fascistas. Por más que nos quieran hacer creer lo que sea.

Los muchachos comentaban la manera que el coronel Miró, jefe de la guarnición militar La Liguria, había tomado la Casa de Gobierno. El coronel, apenas con unos jeeps y tres docenas de soldados, fue a comunicarle al gobernador Deolindo Bittel que él mismo lo reemplazaría.

—Y el otro salió corriendo, che, con el rabo entre las piernas.

Miguel era compañero del colegio de Ricardo Miró, el hijo del nuevo gobernador, y le conocía algunas intimidades. Ricardo era un muchacho con acné, anteojos, de porte desgarbado, con una anatomía poco apropiada para seguir el camino del padre.

—Como el hijo no va ser milico, el viejo le hace la vida imposible. Ricardo toca la guitarra, pero al viejo no le gusta que toque canciones en inglés, así que a los Beatles se los tiene prohibidos; sí se hace la rata, lo caga a fustazos; y la máxima es que le abre la puerta cuando está en el baño para ver si se está haciendo la paja.

Los muchachos se rieron y pidieron otra ronda de bols. Se sentían un poco más allá, por encima de todas esas tonterías. Miguel usaba vaqueros y una campera de cuero negra, bastante gastada. Lo bueno era que estuviese bien gastada. Era petiso y ancho; tenía la frente despejada, los ojos azules como su madre, el pelo un poco largo, peinado para atrás con un toque de gomina y una buena sonrisa. Solía pensar que ya sabía qué iba a hacer de su vida. Era capaz de tomarse un par de ginebras, fumaba Saratoga sin filtro desde los trece y usaba unos anteojos de marco ancho que lo hacían parecer de

diecinueve. Sacaba fotos y había escrito, en una vieja Remington, algunas estrofas; sus lecturas habían pasado de Salgari, Oesterheld y Verne a Sartre, Baudelaire y Verlaine.

—Yo quiero ser algo así como un poeta. Siento que quiero ser un poeta maldito.

Dijo esa noche en la mesa del café chaqueño, y los demás ni siquiera se rieron.

Miguel Molfino había nacido en Buenos Aires para la Navidad de 1949. Su madre, Noemí Esther Gianetti, era de Saladillo, hija de un dibujante municipal y alumna de un colegio de monjas; después hizo el clásico curso de corte y confección y se enamoró muy joven de José Adán Molfino, hijo de un inmigrante italiano que había llegado a puestos importantes en el Banco Nación. Se casaron muy rápido, mientras él terminaba Derecho y empezaba la carrera diplomática. En 1952 el matrimonio ya tenía tres hijos y José recibió su primer destino: un puesto de consejero en la embajada en Asunción.

Los Molfino vivían en una casa grande, blanca, con jardines. De día, el padre se iba a la oficina y la madre estudiaba francés y tomaba el té con otras señoras de diplomáticos. Por las noches solía haber recepciones: José Adán, de smoking, tocaba el piano de cola blanco y Noemí atendía a las visitas con un look Rita Hayworth. Pero la noche del golpe del general Stroessner no había nadie. Los Molfino habían salido al cine; llovía tupido, y Miguel, que tenía cuatro años, no podía dormir por los truenos. De pronto oyó otros ruidos: en la calle había gente que corría y revuelo de gritos y disparos. Un soldado perseguía a un muchacho de camisa suelta que huía con una cosa en la mano. Lo corrió unos metros, hasta que el perseguido se dio vuelta, y le partió la cabeza de un machetazo. Miguel tardó años en saber que había visto una muerte. Al día siguiente, cuando se levantó, Miguel corrió a la calle a mirar los restos del combate: en la puerta de su casa, hundido bajo nubes de moscas, se iba pudriendo un burro muerto.

Meses después, Juan Domingo Perón fue a Asunción a visitar a su colega y a devolverle los trofeos de la guerra de la Triple Alianza. El gesto era casi un pedido de disculpas por la obediencia debida a Inglaterra, que había llevado a Argentina, Uruguay y Brasil a aplastar el intento de autonomía económica paraguaya en 1865. El consejero Molfino y su señora llevaron a su hijo mayor a la recepción oficial en la residencia del embajador argentino.

—Es mucho más grande que mi papá.

Dijo Miguel cuando vio al presidente vestido de general de la Nación con gorra y entorchados. Y poco después, para las fotos, Perón le puso una mano en la cabeza. Desde entonces, en la familia le auguraron que se iba a quedar pelado pronto. La familia era de tradición radical: poco después, el consejero Molfino fue despedido de la embajada por su falta de entusiasmo oficialista. Asunción era un lugar agradable: con la ayuda de su padre, que había fundado la sucursal local del Banco Nación, José intentó quedarse. Instaló la juguetería más grande de Asunción, pero quebró muy pronto. A mediados del 55, los Molfino estaban de vuelta en Buenos Aires.

En esos días, José Molfino salía mucho por las noches, solo. Una vuelta le dijo a Miguel que lo llevaba. Miguel tenía seis años; estaba contento e intrigado, y más cuando vio que su padre sacaba de la cómoda una Browning calibre 7.65 que le había quedado del servicio diplomático, y se la guardaba en el cinturón. Noemí gritaba algo que Miguel no entendió, y José le decía que no se preocupara. Los dos Molfino se subieron al auto y anduvieron un rato. Después llegaron a una casa de las afueras y bajaron a un sótano. Había como diez hombres de saco y corbata, que discutían fervorosos. Miguel no terminaba de entender; después se hizo un silencio y uno empezó a golpear con el puño la mesa de madera y todos cantaron en voz baja y profunda algo que él no podía descifrar:

—En lo alto la mirada,/ luchemos por la patria redimida;/ el arma sobre el brazo,/ la luz de una esperanza amanecida.

Que el sol sobre tu frente/ alumbre tu coraje, camarada./ Ya el brazo de tu madre/ te señaló la ruta iluminada.

Y si la muerte quiebra/ tu vida al filo de una madrugada,/ perdurará tu nombre/ entre los héroes de la patria amada.

A medida que cantaban, los hombres se iban entusiasmando. Terminaron casi a los gritos:

—De guardia, allá en la gloria peregrina,/ por esta tierra de Dios tuvieras/ mil veces una muerte argentina.

Después, mucho después, Miguel sabría que era la marcha de la Revolución Libertadora. Semanas más tarde, en septiembre, un mañana amaneció nublado y empezaron a pasar aviones volando muy bajo. José salió corriendo de la pieza, gritando que ya estaba. En la radio los locutores gritaban exageradamente y la familia en pleno subió a la terraza del abuelo Fortunato para ver pasar a los aviones de la Armada que iban a la Plaza de Mayo. Hasta que todos los chicos se tuvieron que ir al sótano, por si acaso. Se opusieron, gritaron, hasta que don Fortunato consiguió convencerlos:

—Vamos, hagan caso a su papá, que mañana salimos con banderas a festejar.

Al otro día el golpe había triunfado y los Molfino salieron a pasear en el auto del abuelo. Estaba fresco, iban despacio por Perú y apareció de pronto, enfrente, a contramano, a toda mecha un auto chico sin parabrisas ni puertas delanteras. Cuando lo cruzaron, un tipo se paró en el asiento, sudado, con la camisa abierta que flameaba, y gritó vivan los descamisados. El abuelo Fortunato le gritó hijo de puta, y el otro siguió su camino a contramano. Miguel se acordó de esa escena mucho tiempo.

En el 57 los Molfino se volvieron al Chaco: en Asunción, José se había hecho amigo del agregado militar, el coronel Abalía. Cuando a Abalía lo nombraron interventor militar en el Chaco se llevó al ex diplomático como jefe de ceremonial y prensa de la gobernación. También era el corresponsal local de *Clarín*. Después, Molfino se hizo frondizista y empezó a leer a Sartre y a Lenin. En esos días, en medio de una siesta, llegó a Resistencia Nicolás Guillén para dar un par de charlas. Molfino se encargó de presentarlo. Miguel tenía diez años y estaba maravillado por ese mulato gordito, petiso y canoso que recitaba con la voz más grave que nunca había escuchado:

—Yoruba soy,/ lloro en yoruba/ lucumí./ Como soy un yoruba de Cuba,/ quiero que hasta Cuba suba/ mi llanto yoruba;/ que suba el alegre llanto yoruba/ que sale de mí.

A partir de entonces, todo lo que tuviera que ver con Cuba le importó. Al tiempo se encontró un artículo de la revista *Life*, con muchas fotos, que elogiaba a un joven barbudo y valiente, Fidel Castro, que se había alzado en armas para derrocar al tirano sargento Batista. En esos primeros años de su revolución, Castro tenía la mejor prensa en la prensa americana, que estaba encantada con ese abogado blanco, culto y democrático, tan buen pitcher, y su pandilla de románticos latinos. Pero lo que más impresionaba a Miguel era que, en esas fotos, había mujeres. En esas fotos había hombres con caras de sufrimiento y heroísmo, barbas tupidas, miradas decididas, y al lado unas mujeres tremebundas, armadas, desafiantes. Miguel no podía imaginarse a una mujer en un combate, disparando. Miraba a su madre, y no podía imaginárselo. Su madre los atendía a todos con el mayor cariño, les cocinaba, recibía a los amigos: era el telón de fondo ideal y discreto de la familia numerosa.

Hasta que José Adán Molfino se enfermó del riñón. Abandonó la orquesta donde tocaba jazz con los amigos, dejó de recibir gente en la casa y, al final, fue a tratarse a Buenos Aires. Miguel tenía trece años y acababa de ponerse de

novio con una vecina; un viernes, llamaron de la capital para avisar que papá no estaba nada bien. Miguel fue a la iglesia a rezar y pedirle a Dios que los cambiara, que él aceptaba morirse si salvaba a su padre. Al otro día, Miguel jugaba al fútbol en la vereda de su casa cuando su madre lo llamó para adentro y le dijo que su padre acababa de morirse. Su madre se secaba las lágrimas con un pañuelo demasiado blanco. Miguel trataba de escuchar pero en el mundo ya no sonaba nada. El silencio le duró un rato largo. A los pocos días, Noemí cargó a sus seis hijos en el tren y se fueron todos a vivir a casa del abuelo de Monserrat. Cuando los recibió, don Fortunato le dijo a Miguel que ahora era el jefe de la familia y tenía que cuidar a sus hermanos menores. Miguel no entendía qué quería decir cuidar, cómo sería. Además, extrañaba a su novia demasiado.

Miguel siguió el secundario en la Capital; a menudo se hacía la rata y caminaba por el barrio. Era la época de los planes de lucha de la CGT, cuando José Alonso y Augusto Vandor hacían tambalear al gobierno de Illia. Era la primera vez que Miguel veía una manifestación obrera. Ni él ni sus compañeros del Pueyrredón tenían mucha opinión sobre la justicia de los reclamos obreros, pero igual se paraban en las escaleras del Industrial Huergo sobre Paseo Colón, frente a la Federación Gráfica Bonaerense, a mirar. Los manifestantes gritaban la Marcha peronista y muchas puteadas a la policía, que se mantenía a distancia prudente. En esos días le gustaban más los cuentos de Cortázar y los libros de un historiador nacionalista, Jorge Abelardo Ramos, que le había pasado un compañero del colegio. También empezó a leer *Confirmado y Primera Plana*; el fin del radicalismo aparecía anunciado de todas las maneras posibles, y Miguel y sus amigos discutían quién les gustaría para remplazarlo. Miguel cambiaba mucho. En cambio Eduardo, su amigo intelectual y politizado, solía mostrarle en *Primera Plana* la foto de un muchacho engominado, mofletudo, de mirada escondida en las sombras.

—Qué bueno sería que un tipo tan joven llegara a ser presidente.

Decía Eduardo, y le repetía párrafos enteros de los editoriales de Mariano Grondona. Hasta que, en marzo del 66, Noemí, viuda de Molfino, decidió volverse a Resistencia con sus seis hijos. A Miguel no le molestó el cambio: iba a volver a ver a los viejos amigos, quizás a su primera novia y, además, tendría más posibilidades de que lo aceptaran en un equipo de verdad, como el Chaco For Ever.

Junio de 1966. En su columna de la revista *Primera Plana*, en la edición especial del jueves 30, el doctor Grondona saludaba la llegada del nuevo

gobierno. El artículo se titulaba «Por la Nación», y empezaba diciendo:

«En las jornadas de setiembre de 1962 surgió algo más que un programa, una situación militar o una intención política: surgió un caudillo. Fenómeno es éste, de tanta importancia, que no se repite en la misma generación. A partir de entonces, el problema del país fue uno solo: cómo homologar el mando profundo, la autoridad secreta y sutil del nuevo protagonista. Se intentó primero la vía electoral. Pero cuando quedó bloqueada, el proceso político siguió una vida ficticia y sin sentido: exactamente como la legalidad que se edificó sobre su derrumbe. Al jurar la presidencia en octubre de 1963, Arturo Illia no comprendió el hondo fenómeno que acompañaba a su encubrimiento: que las Fuerzas Armadas, dándole el Gobierno, retenían el poder. El poder seguía allí, en torno de un hombre solitario y silencioso. Ése era un hecho que estaba más allá de las formas institucionales y de las ideas de los doctrinarios: un hecho mudo e irracional, inexplicable y milagroso. Siempre ha ocurrido así: con el poder de Urquiza o de Roca, de Justo o de Perón. Alguien, por alguna razón que escapa a los observadores, queda a cargo del destino nacional. Y hasta que el sistema político no se reconcilia con esa primacía, no encuentra sosiego. La Nación y el caudillo se buscan entre mil crisis, hasta que, para bien o para mal, celebran su misterioso matrimonio. En el camino quedan los que no comprendieron: los Derqui y los Juárez Celman, los Castillo y los Illia.

»No queremos comparar aquí a Juan Carlos Onganía con nuestros caudillos de ayer: sea cual fuere el juicio que ellos nos merezcan, su destino está cristalizado, es inmutable. Onganía, en cambio, es pura esperanza, arco inconcluso y abierto a la gloria o a la derrota. Queremos, en cambio, comparar su situación con la de sus antecesores. Y esa situación es idéntica y definida: el advenimiento del caudillo es la apertura de una nueva etapa, la apuesta vital de una nación en dirección de su horizonte».

Y, más adelante:

«La Argentina se encuentra consigo misma a través del principio de autoridad. El Gobierno y el poder se reconcilian, y la Nación recobra su destino.

»Quiere decir, entonces, que los tres poderes de Alberdi —el civil, el militar y el bonaerense— están de nuevo reunidos en una sola mano. A partir de aquí, se puede errar o acertar. Pero lo que importa señalar en esta hora, en que la revolución es pura conjetura y posibilidad, es que hay una mano, una plena autoridad. Sin ella, con el poder global quebrado y sin dueño, no había ninguna posibilidad de progreso; porque la comunidad sin mando es la

algarabía de millones de voluntades divergentes. Con ella, en cambio, hay otra vez Nación. Para ganar el futuro o para perderlo. Pero, al menos, para dar la batalla. (...)

»La Argentina, en estos años cruciales, tenía que poner a prueba su vocación de grandeza. El mantenimiento de la situación establecida tenía sus ventajas: la vida apacible, las garantías institucionales, un cierto bienestar. Era la agonía a muy largo plazo: la vida para nosotros, la muerte para nuestros hijos. La Argentina tenía una tremenda capacidad para optar por la mediocridad: alimentos, buen nivel de vida en comparación con otros pueblos, facilidad de los recursos naturales. Todo la llevaba, aparentemente, a la holganza y la lenta declinación. Era la tentación de una Argentina victoriana que, usufructuaría de una grandeza del fin de siglo, se preparaba para bien morir, huérfana del desafío, del reto histórico que a otras naciones lanzan la guerra o la geografía. La Argentina tenía, en su lentísima desaparición, un solo elemento de reacción: su propio orgullo.

»La etapa que se cierra era segura y sin riesgos: la vida tranquila y declinante de una Nación en retiro. La etapa que comienza está abierta al peligro y a la esperanza: es la vida de una gran Nación cuya vacación termina».

Dos

—¿Escuchaste? Ya lo largaron. Tenemos que preparar ya mismo un volante.

—Sí, hay que meterle. ¿Qué te parece que pongamos?

—Y, más o menos lo mismo que venimos diciendo. Hay que hablar del golpe corporativo fascista, de la defensa de las libertades democráticas, contra la represión y las leyes especiales...

—Bueno, y tenemos que meter algo sobre la defensa de la Universidad, ¿no?

Eduardo y Jorge estaban más excitados que asustados. Tantos meses anunciando que se venía el golpe y, finalmente, ya estaba ahí. El director del Instituto Esteban Echeverría de Munro les había avisado, unos minutos antes, que lo que todo el mundo esperaba había sucedido. En el Instituto se habían suspendido las clases y todos, alumnos, profesores, autoridades, andaban por aulas y pasillos comentando la situación. El Instituto Esteban Echeverría era un secundario muy especial: uno de los pocos, a esa altura, donde Eduardo Sigal podía estudiar más o menos tranquilo.

Eduardo Sigal había nacido en San Juan el 17 de marzo de 1950. Su padre, José, era hijo de un inmigrante judío ucraniano y anarquista: uno de los primeros técnicos en ascensores que hubo en Buenos Aires hasta que, hacia 1930, se instaló como comerciante en la ciudad cuyana. Como quería algo mejor para su hijo, y el progreso en esos días tenía que ver con los estudios, lo mandó a Córdoba a que se hiciera médico. Allí, José Sigal conoció a Manuela Plotkin, hija de colonos judíos de Entre Ríos, que estudiaba para dentista. Después de casarse, los Sigal se fueron a instalar a San Juan y empezaron a ejercer sus profesiones. Hasta que, en 1955, ya con tres hijos, decidieron bajar a Buenos Aires y montaron sus consultorios en Turdera, Lomas de Zamora.

Los Sigal eran militantes del Partido Comunista desde sus años en la universidad, y en su casa se hablaba todo el tiempo de política. Rodolfo Ghioldi, uno de los líderes históricos del PC, era paciente y amigo del doctor y los visitaba a menudo. Los invitados de los asados del domingos solían ser camaradas que comentaban los cambios que estaba imponiendo Kruschev en la Unión Soviética, las definiciones cada vez más fuertes de Fidel Castro en

Cuba, los aciertos del partido en la Argentina y su crecimiento lento pero seguro. Después de un par de vinos, no era raro que cantaran las canciones de la guerra civil española, una zamba de Los Fronterizos y, algunas veces, la Internacional. Atahualpa Yupanqui, en cambio, había caído en desgracia.

En la casa de los Sigal siempre pululaban, encima de la mesa o adentro de un armario, según las épocas, revistas y materiales del partido y, en la biblioteca, las obras completas de Lenin en edición de tapa dura junto a largas sagas sobre la heroica resistencia del pueblo soviético a la invasión alemana, novelas de Jorge Amado y poemas de Pablo Neruda. Eduardo Sigal era un chico que leía mucho.

En febrero de 1963 el doctor Sigal acababa de volver de su primera visita a la patria del socialismo, la Unión Soviética. Era un viaje importante para cualquier militante comunista: la oportunidad de ver con sus propios ojos la vida en el mundo del mañana. El doctor volvió entusiasmado por las conquistas técnicas, la educación, la salud, los progresos del pueblo ruso, pero dijo que él no viviría ahí.

—¿Por qué, papá, cómo que no vivirías ahí? ¿No sería lo mejor para cualquiera de nosotros?

—Hay algo que me molestó, hijo, que debe ser un precio en el avance al socialismo. Supongo que ya se va a solucionar con el tiempo y el esfuerzo de los camaradas, pero ahora me da la impresión de que los rusos, el pueblo ruso, esperan casi todo del partido. Es como si por el momento hubieran perdido la iniciativa que les permitió llegar a todo esto. Nunca te olvides de que tenemos que hacer todo lo posible y todo lo necesario, pero sin perder nunca nuestro espíritu crítico. Por eso somos comunistas, ¿me entendés?

El 11 de marzo, Eduardo se estaba preparando para cumplir trece y entrar en la Escuela Normal de Banfield cuando una vecina, hija de otros camaradas, lo invitó a llenar la ficha de afiliación a la Federación Juvenil Comunista. Eduardo necesitó una derogación especial: para ingresar a la Fede había que tener catorce pero, en atención a sus antecedentes familiares, lo dejaron entrar un año antes.

En la Fede cada recién llegado tenía que pasar por ciertos ritos de iniciación, para demostrar que merecía estar ahí. A Eduardo, el responsable de su círculo le ordenó que fuera, junto con otro compañero nuevo, a robar el cartel de lata de una inmobiliaria vecina; después el círculo se encargaría de repintarlo con una consigna y colocarlo en una pared del centro de Lomas de Zamora.

—¿Y cómo lo vamos a hacer?

—Bueno, camarada, eso tienen que pensarlo ustedes. Acá lo que importa es la iniciativa individual al servicio del conjunto.

A la noche siguiente, los dos bisoños se consiguieron tenazas y destornilladores y, despacito, muertos de miedo, consiguieron descolgar el cartel y se lo llevaron a escondidas a la casa de Eduardo. Cuando se presentaron en la reunión se les escapaba la sonrisa de la cara: estaban satisfechos, orgullosos del deber cumplido; cada vez más cerca de ser verdaderos comunistas.

—Los camaradas merecen una felicitación por su cumplimiento de las órdenes recibidas, por la valentía y la eficacia con que las cumplieron...

Les dijo su responsable, y la sonrisa se les hizo más y más ancha.

—... pero también se merecen la más dura crítica por haber robado la propiedad de un vecino del barrio, una persona de nuestro mismo sector social, que podría ser un aliado. En todo caso, alguien que no es de ninguna manera un enemigo de clase, que no había por qué atacarlo.

Eduardo no podía creer lo que estaba escuchando.

—¡Pero camarada, ésa fue la orden que vos mismo nos diste!

—¿Y a ustedes les parece que está bien aceptar cualquier orden que les den? ¿No les parece que tendrían que analizar la orden para saber si está de acuerdo con los postulados de nuestras ideas?

Los bisoños recibieron una sanción muy leve y una lección que no estaban seguros de haber entendido: tenían que aceptar la autoridad del partido y tenían que cuestionar esa autoridad. Eduardo, por el momento, prefirió suspender el juicio: estaba demasiado contento de pertenecer al grupo donde siempre había querido estar, el lugar indicado para llevar la gloriosa revolución soviética a todos los países del mundo, la paz y el bienestar a todos los pueblos de la tierra.

El 22 de noviembre de 1963 llegó la noticia de que en Dallas, Texas, un loco había matado al presidente Kennedy. En la casa de los Sigal no hubo grandes lamentos: Kennedy había ordenado la invasión frustrada de Bahía Cochinos, donde la milicia cubana había conseguido rechazar a los gusanos organizados por la CIA y, después, cuando la crisis de los misiles, había estado a punto de apretar el botón de la bomba atómica. Además, en la casa de los vecinos camaradas se estaba festejando el cumpleaños de uno de los chicos. Había un buen asado, música y unos cincuenta invitados que la estaban pasando muy bien, hasta que apareció una docena de policías de la provincial. La comisaría estaba a la vuelta y el comisario, al escuchar

jolgorio, supuso que los bolches estaban festejando la muerte del presidente americano.

En esos días, para muchos, el mundo era bastante simple: el Occidente libre peleando contra la dictadura soviética, para algunos, o el imperialismo yanqui contra las fuerzas socialistas, para otros. Y no podía haber medias tintas: los que estaban con unos estaban contra los otros. Así se justificaba, entre otras cosas, el antiperonismo oficial del PC: el peronismo era antisoviético, decían, y entonces le hacía el juego al imperialismo. Sus bases obreras estaban engañadas y una de las tareas más importantes del Partido, decían, era mostrarles la verdad. Eduardo estaba feliz de saberse del lado de los buenos.

A los gritos, se los llevaron a todos detenidos. Mientras caminaban por la vereda con las manos en alto, Eduardo aprovechó un descuido y la oscuridad de la calle suburbana para escaparse sin que nadie lo viera. Fue a llamar a un abogado y, pocas horas después, cuando se comprobó que realmente era un cumpleaños, todos los presos salieron a la calle. Eduardo estaba, otra vez, orgulloso de haber sabido cómo actuar.

También en el colegio la militancia de Eduardo era muy satisfactoria. No paraba un minuto. No tenía tiempo para fútbol o bailes, pero en unos meses había conseguido formar varios círculos en la Escuela Normal de Banfield: discutían, pintaban carteles, leían materiales y, de vez en cuando, ayudaban a los camaradas del partido en su trabajo con los sindicatos locales. Alguna vez, los muchachos del círculo tuvieron que ir a tirar clavos miguelito para pincharle las gomas a los colectivos que carnereaban una huelga, o repartir unos volantes del sindicato del Vidrio de Llavallol o de los ferroviarios de Temperley. A veces iban al Tiro Federal de Lomas de Zamora a familiarizarse con revólveres y pistolas: los comunistas estaban en contra de la lucha armada —y ya empezaban a tener problemas con la revolución cubana por su idea de exportar el modelo foquista a otros países de América latina— pero pensaban que tenían que estar preparados para defenderse de posibles agresores. Como, por ejemplo, el grupo del Movimiento Nacionalista Tacuara que los iba a esperar a la salida del Normal con palos y cadenas.

En mayo de 1964, Eduardo acababa de cumplir catorce años y ya era el responsable de los secundarios de Lomas de Zamora. Había viajado a Rosario, a Bahía Blanca y a Mar del Plata para reuniones y encuentros: su familia lo ayudaba y aprobaba lo que estaba haciendo. Una tarde, recibió en su casa la visita de Cacho Rodríguez, un miembro del secretariado provincial de la Federación Juvenil Comunista:

—La idea, Eduardo, es que pases a ser el secretario general de la FESPBA.

La Federación de Estudiantes Secundarios de la Provincia de Buenos Aires era una organización controlada por los comunistas: los otros sectores de la izquierda tenían muy poco trabajo en los secundarios, los radicales eran un grupo chico y los peronistas desconocían ese organismo. Si la Fede decidía que Eduardo Sigal iba a ser el secretario, no tendrían problemas para imponerlo en el congreso.

—Pero el congreso es pasado mañana, Cacho.

—¿Y?

—Y yo no sé si estoy preparado.

—Cómo no vas a estar preparado, Eduardo, no jodas. Si te lo proponemos es porque pensamos que tu militancia está a la altura...

—Sí, pero yo nunca hablé en público. Yo puedo hablar con: gente mano a mano y me va bien, pero en público no sé, nunca lo hice...

Eduardo era alto, flaco, un poco desgarbado, con un cuerpo que no terminaba de obedecerle. Ya tenía una nariz importante, a veces se le escapaba la voz en un pitido y libraba combates despiadados contra los granitos. El año anterior, Eduardo había estado en el congreso provincial de la FESPBA y se había quedado impresionado por la labia del secretario que eligieron entonces: al lado de ese tipo, él sería como un pollo mojado, incapaz de armar una buena frase, y los compañeros no querrían elegirlo.

—Eduardo, no seas tonto. Te van a elegir, no va a haber problemas.

Durante esos dos días, un pequeño equipo de camaradas lo ayudó a armar un par de discursos. El congreso se hizo en el sindicato ferroviario La Fraternidad, de Remedios de Escalada, y antes de que terminaran las sesiones Eduardo Sigal era el nuevo secretario general. Había empezado una carrera que duraría muchos años.

A mediados de 1965, la familia Sigal se mudó al barrio Norte. Unas semanas antes había habido, en la puerta del Normal de Banfield, una bruta pelea entre comunistas y tacuaras. Volaron muchos palos, hubo un par de heridos leves y el director del colegio llamó al doctor Sigal para pedirle que sacara a su hijo del colegio. Como coincidió con la mudanza, Eduardo se anotó en tercer año del Nacional Mariano Moreno, en Almagro: ahí ayudó a organizar el Centro de estudiantes, hasta que, una tarde de agosto, los muchachos del Centro se agarraron con los de Tacuara debajo del puente de Anchorena y Bartolomé Mitre. Otra vez el doctor Sigal tuvo que presentarse

en la dirección: su hijo no podía quedarse en el establecimiento. Ahí apareció otro camarada, el presidente de la Federación de Estudiantes Secundarios de Buenos Aires, Jorge Garrido, que le habló de un colegio en Munro, el Esteban Echeverría, donde las autoridades eran «progresistas» y podrían recibirlo. El Echeverría era una especie de refugio de muchachos que habían tenido problemas en otros colegios. Hacia fines de 1965, Eduardo Sigal completó los trámites y empezó a viajar, todos los días, hasta el centro de Munro.

El Esteban Echeverría era muy permisivo, no había nacionalistas para pelearse y, además, era mixto. El centro de estudiantes se llamaba Club Colegial, para no molestar a las autoridades, que les daban muchas facilidades para organizarse. En esos días, la militancia de Eduardo estaba, más que nada, en la FESPBA y en la Fede. En junio de 1966, cuando ya se anunciaba el golpe, toda la estructura del Partido y la Federación Juvenil comunistas estaba dedicada a la campaña financiera anual.

Las campañas financieras eran una de las actividades centrales de la militancia comunista. Cada año, hacia fines de abril, las distintas instancias del partido empezaban a planificar sus objetivos y metodologías para la campaña; desde fines de junio hasta principios de agosto, la tarea principal de los comunistas era juntar plata. Eran días febriles: cada sección competía con las demás para ver quién contactaba más gente, repartía más periódicos, recaudaba más fondos.

Cada militante visitaba a los simpatizantes que le tocaran. Le llevaba materiales políticos y un bono, que variaba mucho según las posibilidades de la persona y, antes de cobrárselo, mantenía con él una discusión sobre el por qué de su aporte: la campaña servía también para difundir la línea del partido entre los seguidores más o menos lejanos. Y los fondos recolectados se repartían: una parte importante quedaba en el organismo que los había conseguido, para pagar su funcionamiento de ese año, y, el resto iba a las estructuras del partido.

Por supuesto, las finanzas comunistas también tenían otras fuentes. Estaban las cotizaciones mensuales de cada afiliado, que variaban según sus posibilidades. Había una colecta anual de fin de año, que era menos masiva y más calificada: se dirigía a los afiliados y simpatizantes más solventes. Estaba el dinero que llegaba de los «partidos amigos» —más que nada, el soviético—, que no era tanto como solía decirse: los rusos proveían sobre todo materiales, soporte técnico, instrucción, infraestructura.

Otra fuente de ingresos importante era la intermediación: en un punto, el partido funcionaba como una mesa de negocios, que inventaba operaciones

comerciales relacionando entre sí miembros o simpatizantes. Si alguien había importado un buen cargamento de telas búlgaras, y otro tenía una fábrica de confección con poca materia prima, y un tercero necesitaba trajes para sus cuatro sastrerías, el partido los reunía y se ponía en marcha un negocio beneficioso para todos. Donde el partido, como buen intermediario, se llevaba un porcentaje de la operación. Y también estaban, por supuesto, las propias actividades económicas del Partido Comunista.

Siempre las había habido, pero su organización definitiva se había encarado en los cincuenta: entonces, un grupo de economistas y hombres de negocios ligados con el PC había conformado el «Directorio». El Directorio era una dirección financiera en las sombras, que se encargaba de diversificar y optimizar las inversiones del partido. Algunos de sus miembros quedaban como eminencias grises, sin actividad pública, y otros se encargaban de aparecer como empresarios autónomos, propietarios de las fábricas, comercios y cooperativas de préstamo que poseía el partido. Sus vidas eran curiosas: algunos de ellos tenían que apartarse de cualquier contacto público con el Partido Comunista u otros grupos de izquierda, para evitar sospechas, y armar una vida que correspondiera a su supuesto patrimonio. Para servir a la causa se mudaban a departamentos caros, viajaban, usaban buena ropa y coches nuevos; y, para completar el disimulo ni siquiera podían ser demasiado distintos en su trato con sus empleados. No eran, muchas veces, menos explotadores que cualquier patrón. Dicen que Codovila había dicho que «si los fusilan por lo que hacen, aplaudiremos a los del pelotón. Pero sepan que a sus familias jamás les faltará el sustento ni la cobertura sanitaria». Siempre se dijo que José Ber Gelbard, que pocos años más tarde, en 1973, llegaría al Ministerio de Economía, fue uno de estos empresarios. Y que eso explica los excelentes negocios que hizo el Partido Comunista durante los gobiernos de Cámpora y Perón.

El Directorio mostró una eficiencia notable como centro de la «inteligencia económica»: los bienes del partido se multiplicaron. En esos años se consolidó, entre otras cosas, la red de cooperativas que después conformaría el Banco Credicoop, tan ligado al PC, y se rumoreaba incluso que buena parte de las acciones de Coca-Cola Argentina pertenecían a testaferros comunistas.

Pero el Directorio no estaba solo. Formaba parte de un plan más general, según el cual el partido, a principios de los sesenta, decidió organizarse como un Estado, con sus propios aparatos: si el proceso se anunciaba largo, era mejor estar bien preparado. Fue la época en que se consolidaron el aparato de

inteligencia, el aparato militar, el aparato de prensa y difusión: organizaciones complejas y muy bien montadas, aceitadas con el dinero que el Directorio multiplicaba sin parar.

Para los militantes, esto suponía respaldo y garantías. Se sentían en una organización solvente, que solucionaba muchas cosas, y eso les daba confianza y cierta mística: el partido era capaz de casi todo. Si hacía falta una casa para funcionar, gente para cuidar a un dirigente, proyectores para pasar una película o una imprenta para hacer un libro, aparecían. Cuando Eduardo necesitaba un volante, podía pedirlo al aparato de difusión o, si estaba en un frente donde se hacían volantes a menudo, podía conseguir sin mayores problemas un mimeógrafo.

Por eso el Club Colegial del Instituto Esteban Echeverría de Munro tenía uno, y Eduardo y Jorge estaban, el mediodía del 28 de junio de 1966, preparando volantes de repudio al golpe de Onganía. Ya habían terminado de ponerse de acuerdo sobre la redacción: en realidad, había fórmulas consagradas que se repetían una y otra vez.

—Bueno, para terminar ponele que el golpe es un crimen de lesa patria destinado a instaurar una dictadura militar de tipo fascista destinada no a servir los intereses de la clase obrera, del pueblo o de la Nación, como afirmaban sus componentes, sino a los intereses del imperialismo yanqui, de la oligarquía terrateniente y de los grandes capitalistas.

—Muy bueno, Eduardo. ¿De dónde lo sacaste?

—Está acá, che, en la declaración del Comité Central.

—Ah, mejor todavía.

Así que Jorge empezó a tipearlo en un stencil, con cuidado porque había que corregir cada error con una especie de esmalte que tapaba el agujero equivocado. Después Eduardo, que era ducho, puso el stencil en el rodillo del mimeógrafo, chequeó que hubiera suficiente tinta, separó las hojas de la resma de papel, que siempre venían pegoteadas, y le empezó a dar a la manivela. En menos de una hora tenían sus mil volantes: ahora había que arreglárselas para distribuirlos al resto de los camaradas de la zona, y seguramente la calle estaría difícil esa tarde.

—¿No te parece mejor dejarlo para mañana? Yo considero que salir con los volantes a la calle en un día como éste puede ser un error muy grave.

—Sí, yo estoy de acuerdo con tu consideración.

A la noche siguiente estaba anunciada la palabra del nuevo presidente en la cadena de radio y televisión. Vestido de civil, con saco oscuro, corbata finita, camisa blanca y unos anteojos que suavizaban su aspecto marcial, el

general Onganía convocó «a todos los argentinos a la unidad y la conciliación». Casi tres horas antes, en una operación cronometrada, 36 locales del Partido Comunista en todo el país fueron clausurados por diversas fuerzas policiales. El movimiento estaba perfectamente coordinado: los policías llegaron a todos los locales al mismo tiempo —las 18,15— y procedieron a cerrarlos «según indica el Estatuto de la Revolución Argentina». La situación estaba difícil. Hasta la campaña financiera se atrasó casi un mes.

Junio de 1966. Antes del golpe de Onganía, el escenario cultural porteño se veía a sí mismo en plena actividad, plétórico y potente. Unos meses después, la producción de cultura seguiría pujante, aunque empezara a arrastrar la sensación de que, para mantenerse en funcionamiento, tenía que oponerse a las fuerzas reaccionarias del gobierno, el Ejército y la Iglesia.

En junio de 1966, los libros costaban entre 200 y 1500 pesos —entre uno y siete dólares—, y el mito pretende que se vendían mucho. En los días del golpe, la lista de best-sellers de *Primera Plana* censaba estos títulos:

Ensayo y Poesía:

- 1) *Los hijos de Sánchez*, Oscar Lewis, Mortiz.
- 2) *Sociología del tango*, Julio Mafud, Americalee.
- 3) *Barceló, Ruggerito y el populismo oligárquico*, Norberto Folino, Falbo.
- 4) *Problemas del marxismo*, Jean-Paul Sartre, Losada.
- 5) *Aquí Santo Domingo*, Gregorio Selser, Palestra.

También aparecían, en esos días, *Técnicas sexuales modernas*, de Robert Street, *El fracaso de los brujos*, de varios autores, *La China contemporánea*, de Edgar Snow.

Ficción:

- 1) *Todos los fuegos el fuego*, de Julio Cortázar, Sudamericana.
- 2) *Adán BuenosAyres*, Leopoldo Marechal, Sudamericana.
- 3) *El resentimiento*, Eduardo Mallea, Sudamericana.
- 4) *El Siglo de las Luces*, Alejo Carpentier, Seix-Barral.
- 5) *Crónicas de la incomunicación*, varios autores, Jorge Álvarez.

También aparecían *Juliano el Apóstata*, de Gore Vidal, *La casa verde*, de Mario Vargas Llosa, *El bazar*, de Oscar Hermes Villordo y *Doctor Zhivago*, de Boris Pasternak.

En *Confirmado*, un artículo anónimo comentaba *La tregua* de Mario Benedetti como «un alarde de síntesis, de habilidad en la construcción, pero sobre todo una limpia y clara novela de amor: no es poco para una primera

novela, a la que ya hay derecho a considerar entre los clásicos del realismo sudamericano». En ese mismo número, Bernardo Verbitsky escribía una encendida defensa de Eudeba: «Mientras los escritores de Argentina, Paraguay, Uruguay y prácticamente de toda América expresan su solidaridad ante el inocultable peligro que corre tras la intervención de la Universidad, grupos minoritarios macartistas, que numéricamente nada significan y en el mundo de la cultura sólo representan su negación, están realizando una sistemática campaña de insultos y desprestigio contra Eudeba. Aunque resulta inconcebible la sola idea de que el gobierno preste oído a sus insidias para destruir una institución que representa el hecho más importante que registra en los últimos años el ámbito editorial de todo el mundo, la amenaza no puede desecharse...». Semanas más tarde, el gobierno del general Onganía echó de la editorial universitaria a su director, Boris Spivacov, y recortó su presupuesto al mínimo. Meses después, Spivacov y parte de su equipo fundarían, con el mismo espíritu, el Centro Editor de América Latina. En diciembre, el CEAL lanzó 300.000 ejemplares de dieciséis títulos de autores argentinos.

En un café-teatro, una obra que incluía textos de diversos autores, *El tiempo de los carozos*, jugada a la manera del cabaret alemán de los veinte, revelaba a un nuevo actor: Federico Luppi. Al mismo tiempo, Alfredo Alcón se cubría de gloria en una interpretación de *Israfel*, de Abelardo Castillo, que la crítica elogiaba con denuedo. En el IFT, Augusto Boal, el brasileño director del teatro Arena de San Pablo, provocaba suave escándalo con una puesta vanguardista del *Don Juan* de Molière —con escenografía de Carlos Cytrinowski e iluminación de Jaime Kogan.

Según *Confirmado*, un serio competidor del teatro era ese género confuso llamado «conferencia»: «En los últimos 30 días, 100.000 personas asistieron en Buenos Aires a más de 1000 conferencias, dictadas en clubes sociales, organismos oficiales, congregaciones religiosas, bibliotecas populares, sociedades de beneficencia, empresas privadas, salones destinados especialmente a ese fin. 100.000 personas —un 2 por ciento de la población de la capital— interesadas en temas como *Akhnaton y Nefertiti: religión y política en el Egipto amarniano*; *Los malos aspectos astrológicos: ¿qué hacer con ellos?*; *El optimismo que genera vida, fe, belleza y responsabilidad social*; *Dios geometriza*; *Recrudescimiento de la sífilis*; *El simbolismo de la ascensión en la rayuela*. Pero en ese universo insólito casi no tienen cabida los pocos temas que más preocupan a los argentinos: la política, los

problemas gremiales, la carestía de la vida. Otros, apasionantes, como la astronáutica, apenas son rozados».

En el Vaticano, vestida de seda rojo oscuro, Martha Argerich tocaba obras de Chopin para Paulo VI en las celebraciones del milenio de la conversión de Polonia al cristianismo. La pianista era celebrada por la prensa local según el clásico modelo del argentino-que-triunfa-en-el-exterior, y se citaban comentarios de, por ejemplo, *L'Osservatore Romano*. «Martha Argerich ofreció a Chopin con el acento más auténtico y sincero, a través del cual hizo vibrar el alma del gran artista polaco». Tratándose de un alma, *L'Osservatore* debía ser un experto incuestionable. En Buenos Aires, en cambio, los melómanos celebraban los gorjeos de otra artista joven: con su versión de *Manon Lescaut*, de Puccini, Monserrat Caballé entusiasmaba a los habitúes del Teatro Colón. A mediados de septiembre, en cambio, el Ballet de Leningrado no pudo presentarse en Buenos Aires: la empresa de Clemente Lococo había organizado una serie de funciones y se había gastado mucho dinero en publicidad, pero el gobierno de Onganía sacó a relucir un decreto-ley de la época de Guido que fijaba normas para el ingreso al país de nativos de países comunistas —y que nunca se había usado— para exigir a los miembros de la troupe soviética que mandaran sus impresiones digitales. Los rusos, ofendidos, dijeron que de ninguna manera, y no hubo baile. Dos meses después, el director de Cultura de la Municipalidad, Juan Schettini, hermano del intendente, hacía declaraciones sobre la temporada 1967 del teatro Colón. *Confirmado*, ocupándose del tema, decía que «el doctor Schettini lamentó que la cúpula del teatro, decorada por el pintor argentino Raúl Soldi, no se pareciera a la de la Capilla Sixtina, pintada por Maquiavelo (sic). El director de Cultura, dentista y experto en finanzas, manifestó asimismo que era un “enamorado de la música, pero que no era posible que un tenor, por bueno que fuera, ganara más que un general”. En cuanto a la programación del Colón para el año próximo, la encontró “buena”, observando, sin embargo, que “cuatro óperas de Wagner seguidas le parecía excesivo”. El doctor Schettini se refería a la *Tetralogía*».

En plástica, una de las modas furibundas era el arte cinético de Julio Le Parc, un argentino que vivía en París. Entrevistado por *Panorama*, Le Parc decía que «lamentablemente, el arte cinético todavía es caro. Una de nuestras búsquedas —del grupo Recherche, al que pertenezco— es la manera de terminar con el instinto de posesión, de hacer que las obras vayan a parar a manos de mucha gente. Así, hace poco, hicimos una especie de manifestación

por las calles de París, y regalamos objetos cinéticos a la gente en el Metro, en la calle, en los bares.

»—La ilusión romántica de un arte “popular” dedicado a “las grandes masas”...

»—Seguro que sí. Y no creo que sea una ilusión romántica. Nuestra tarea es hacer que el público abandone la pasividad, incorpore activamente la obra de arte a su vida».

Buenos Aires tenía 150 salas de cine, con unas 100.000 butacas; el gran Buenos Aires, 200 salas; y el resto del país, otras 2000. De las 300 películas que se estrenaban cada año, un tercio era producción europea, alrededor de 40 eran argentinas y el resto mayormente norteamericano. Pero los exhibidores estaban preocupados: en 1957, vendían unos 75 millones de entradas por año; en 1965, la cifra había bajado a la mitad.

En esos días, la cartelera mostraba una mezcla de superproducciones «históricas» —*La Cabaña del Tío Tom*, *La agonía y el éxtasis*—, remedos del estilo James Bond —*El agente secreto Matt Helm*, *Flint agente secreto*—, y un Batman hecho a imagen y semejanza de la serie de televisión, en el Luxor daban *El Knack y cómo lograrlo*, película muy pop y muy swinging London del inglés Richard Lester. Para el 16 de agosto estaba prevista la presentación de *Blow up*, la película de Michelangelo Antonioni a partir de un cuento de Cortázar, pero ese estreno nunca llegó.

En las radios ya no sonaba el Club del Clan. Del furor de un par de años atrás sólo quedaba Palito Ortega, que presentaba el long-play *Sé de un mundo mejor*, grabado en Nashville. En cambio en los estudios TNT, de Moreno al 800, los Beatniks, liderados por Moris y Pajarito Zaguri, grababan a principios de junio el primer simple de rock en castellano, con dos temas: *No finjas más* y *Rebelde*. Mercedes Sosa estaba terminando su segundo disco y Atahualpa Yupanqui volvía de una gira por Japón. Pero lo que se escuchaba como nada en esos días era el nuevo éxito de Frank Sinatra, *Strangers in the night*. En los rankings de Estados Unidos e Inglaterra, los Beatles y los Rolling Stones se peleaban por el primer puesto: *We can work it out* versus *Paint it black*.

Pero seguramente lo más representativo del espíritu de época —al menos, lo que más llamaba la atención como novedad— eran los happenings. Los happenings eran el lugar común de una vanguardia artística que aparecía, a los ojos de los profanos, como radicada en el Instituto Di Tella y las zonas aledañas a Florida y Paraguay. «“Los argentinos están llenos de inhibiciones y complejos. En cambio nosotros, si queremos levantarnos a las 12, pintar o

farrear, hacemos nuestro gusto...” decía, en *Panorama*, Susana Salgado, ganadora del Primer Premio Di Tella 1966, explicando la extraña indumentaria que exhibía en Florida y Paraguay. Tocada con un turbante hindú, llevaba un tapado con los colores de Boca Juniors y zapatos blancos de maratonista. Dalila Puzzovio, que la acompañaba (vestía una piel de leopardo con un carcaj lleno de flechas a la espalda), arguyó a su vez: “En este país falta el sentido del humor. La gente es demasiado convencional, demasiado vulgar, demasiado burguesa... ¿Cómo decirlo? ¡No tienen imaginación!”.

»(...) Según sus teóricos, el happening constituye un híbrido del teatro y los últimos desarrollos de la plástica. De acuerdo con los conceptos de Alan Kaprow, creador de este espectáculo, el investigador Oscar Masotta explica que el happening trata de “desalentar la idea de que el sentido del mundo es linealmente legible”. Al integrar al espectador en el suceso, sería “el primer género artístico en que la materia es la acción social”. Por otra parte, “desentroniza el pleito entre el arte y la técnica para traer a primer plano la relación del arte con los medios masivos de información”.

»Para el psicólogo Oscar Berruezo, el espectáculo constituiría “una representación de la verdad sin mistificación alguna”. Tal vez para llevar a la praxis estos conceptos, la evanescente Marta Minujin organizó en octubre el happening “Simultaneidad en la simultaneidad”: 60 personas fueron citadas en el Instituto Di Tella. En la sala 60 aparatos de TV y 60 radios colocados platea por medio llenaban el espacio. Al dirigirse a sus butacas, al sentarse cada espectador fue fotografiado y filmado. Pocos días después las 60 personas volvieron al Di Tella, y con un aparato de TV al frente y una radio en la mano, pudieron escuchar su propia voz, observar su imagen, sus gestos y sus movimientos. En los costados se veían reflejados en slides que los mostraban de perfil, sentados, parándose y saliendo mientras que al frente se pasaba un film que mostraba a cada uno de los asistentes en el conjunto de la sala. Se pretendía mostrar de qué modo los modernos medios de información —la radio, la TV— se convertían en un fin en sí mismos».

Pero el verdadero happening llegó poco después. Un grupo de artistas plásticos encabezado por Roberto Jacoby distribuyó en diarios y revistas un informe —con análisis y fotos— sobre ese evento: probablemente, fue el happening más conocido de esos días, y nunca tuvo lugar. El «anti-happening» no existió más allá de esos artículos y esas imágenes. «Hemos cambiado el lugar de creación de la obra, situándolo dentro de los medios de comunicación», explicaron sus autores. «Si en la sociedad de masas el público se informa de los fenómenos culturales por los medios masivos, el hecho

artístico ya no importa: importa la imagen que construye el medio de comunicación».

Sergio no tuvo un cumpleaños feliz. Ese 27 de junio cumplía veintisiete, y a la tarde le llegaron las primeras noticias del golpe contra don Arturo. Hacía diez meses que se había estrenado como jefe de redacción de *El Sureño* y las teletipos de las agencias no dejaban lugar para la duda. El golpe estaba cantado. Esa noche, Sergio fue el último en irse del diario. Agarró el sobretodo y la bufanda y se los cargó al hombro. El portero de noche estaba medio adormilado:

—Abríguese doctor, que esta noche hiela. Bueno, hasta mañana.

—¿Hasta mañana? Esteban, ¿quién le dijo que llegamos a mañana?

Sergio Karakachoff se fue caminando por el centro de Bahía Blanca, frío y neblinoso. Cuando llegó, esa ciudad había sido un sueño; ahora le parecía un espanto. En el último mes habían denunciado las maniobras golpistas y le habían sacado lectores a *La Nueva Provincia*, el diario promilitar de la familia Massot, pero ahora parecía que todo se derrumbaba. Se sacó los zapatos a la entrada del departamento para no despertar a Elsa, su mujer. Se acostó pero no podía dormirse; a las siete de la mañana, cuando todavía no había amanecido, seguía moviendo la perilla de la radio entre Nacional y LV2. En la radio oficialista había música y noticias con cuentagotas, todas a confirmar; en la de los Massot, en cambio, parecía que llegaba la liberación de París. Lo sobresaltó la campanilla del teléfono:

—Señor, desde Buenos Aires le van a hablar.

—Ruso, ¿me oís?

—Sí, Ricardo, ¿qué carajo pasa?

—Estoy acá, frente a la Plaza de Mayo. Ya está, Ruso.

Su amigo Ricardo Cornaglia, asesor de la Dirección Nacional de Justicia, se había cruzado hasta una oficina del Banco Nación para tener un buen panorama de la chirinada, y ahora le contaba su bronca cuando los coroneles Prémoli y Perlinger subían por la explanada de la Rosada a desalojarlo a Illia.

—Ruso, a las once van a dar un comunicado. Ahora están reunidos en el comando en jefe del Ejército, después se cruzan a la Rosada. Está Alsogaray, López Aufranc, todos esos hijos de puta...

Mientras lo oía, Sergio pensaba que ni siquiera había un final con drama: era una caída sin el menor estrépito.

—¿El Viejo está bien?

—Sí, salió con Zavala Ortiz y se fue en un auto para la casa del hermano, en Martínez. Ahora empieza otra etapa, Ruso.

El Ruso ya era abogado, periodista y ahora se sumaba a los desplazados del gobierno. Trató de consolarse pensando que siempre había sido un poco así.

—... En el tren que va a Madrid,/ se engancharon dos vagones,/ uno para los fusiles y otro para los cojones...

Canturreaba poco después, frente al espejo del baño, mientras se afeitaba, como cada vez que las cosas se ponían feas. Elsa le acercó un café bien cargado y Sergio decidió que era mejor irse al diario. En el camino, pensó que el golpe era el desenlace de lo que ya percibía unos meses antes: por un lado una sociedad que miraba con bastante indiferencia la alianza entre grandes empresas, curas y sindicalistas que depositaban su esperanza en algún general de la Nación; por el otro, una conducción radical que no se jugaba por defender su propio gobierno. La semana anterior, el diario *El Día* había publicado un plan de la SIDE con todos los detalles de las acciones emprendidas para voltear a Illia y nadie había reaccionado.

Al mediodía habló con su hermano Diego y se enteró de que en La Plata el golpe había sido casi un trámite. A las siete y media el general Federico von Stecher le dijo en tono muy prusiano al gobernador radical Anselmo Marini que su hora había llegado. Marini, antes de cruzar la plaza a pie hasta la Legislatura, cantó el himno con sus amigos y colaboradores.

Al rato pasaron por el diario el Gordo Mugica y Juan Cabirón, también radicales. Karakachoff y Mugica vivían en el mismo edificio. El Ruso tenía tanta cara de desconcierto como el Gordo, pero bastante mejor humor:

—Perdimos por puntos, Gordo. No es para tanto, ya se nos va a ocurrir algo.

El 29 a la tarde, después de consultar con amigos, de escuchar la opinión de los dueños de *El Sureño*, Sergio se sentó frente a la Olivetti, y escribió el editorial para el otro día. Trató de que la prudencia primara sobre la bronca. El artículo se titulaba «La hora actual»: era corto y ambiguo, y terminaba diciendo que «... la sensación a la que nos referimos es la de una general expectación. Se percibe la urgente necesidad de encontrar de una vez el camino de la comprensión y de la armónica convivencia en un plano de razonable y concreto equilibrio, de respeto a todos los derechos, de vigencia cabal de la justicia y de imperio pleno de las libertades. En una palabra: garantizar y lograr la seguridad, la paz y el bienestar material y espiritual de todos los habitantes, que es la suprema aspiración de una comunidad

organizada. Sin esas condiciones y sin esas vivencias efectivas, el futuro no se nos mostrará a nosotros y a las nuevas generaciones con los rasgos deseables.

»Quienes, por propio designio y a los impulsos de sus sentimientos y preocupaciones expuestos en documentos públicos que invocan el patriotismo y el porvenir de la Nación, han asumido la grave responsabilidad de interrumpir una legalidad muy esforzadamente conseguida, tienen frente a sí a un país expectante. Mensajes y proclamas de este movimiento revolucionario han expuesto en términos generales objetivos que exaltan la necesidad de una vigorosa transformación en los principales aspectos de nuestra vida nacional, con especial acento en lo económico y social. Los actos concretos encaminados a esos resultados, que comportan aspiraciones por todos compartidas, dirán sobre la forma en que quedará salvada aquella responsabilidad. Su satisfacción, dentro de un clima de libertad, es asimismo fundamental para que la Argentina deje de vivir en tan permanente angustia, en tanta incertidumbre, en tantas frustraciones y en tan renovada como riesgosa inestabilidad institucional».

Para ser el editorial de una víctima del golpe, era bastante moderado. Quince años antes, cuando Ricardo Balbín era un preso del gobierno peronista, el Ruso voceaba el periódico radical *Adelante*, con voz de canillita: ¡Desde la cárcel de Olmos, escribe Ricardo Balbín...! Ahora, de Balbín lo separaba un abismo y él era un periodista a punto de quedarse sin diario, a ochocientos kilómetros de su lugar.

Sergio tenía el pelo rojo y la cara triangular rematada por un cráneo importante. Una nariz roma y ojos negros completaban un aspecto que su padre, Sergei, solía considerar «inteligente». Sergei era ingeniero, platense y conservador, hijo de una inmigrante rusa que no dudaba en votar a los conservadores y apoyar a los comunistas, por el placer de recordar sus años mozos en la Rusia de la revolución:

—Lenin fue un gran hombre, como sólo puede haber en Rusia.

Les decía a veces a sus nietos y les contaba que había sido militante, que había conocido a Malenkov y que algunos de sus hermanos formaron parte del gobierno de aquella vieja federación socialista.

La Plata era una ciudad recorrida por diagonales y los barrios estaban divididos por las plazas. Los Karakachoff eran de la Plaza España, pero no iban a la escuela 55, que tenían cerca, sino a la de la universidad, la «anexa» —o la «nexa», como decían los platenses— que dependía de la facultad de Ciencias de la Educación y era para gente importante; uno de sus compañeros

era Enrique Balbín, el hijo del Chino. Cuando estaba terminando la primaria, de repente, al Colorado le dio la vocación de ser marino.

Sergio empezó a joder con que quería ir al Liceo Naval Almirante Brown. En su casa no estaban muy contentos: nadie entendía el motivo pero el Colorado preparó el examen de ingreso y se sacó el segundo puntaje. Le dieron una beca y el primer año no le iba a costar nada. No habían pasado seis meses cuando dos marineros lo llevaron a su casa, prácticamente en el aire.

—Usted, grumete, comete tropelías contra la disciplina militar.

Le había dicho muy serio el profesor ultranacionalista Tomás Bernard. Sergio había sido arrestado un par de veces por pedirle a un marinero que le comprara el diario. El problema no era que usara al marinero: lo que estaba prohibido era leer el diario. Pero además, el Colorado dio algunos motivos: en una clase donde Bernard le tomó lección, el alumno Karakachoff había puesto el libro abierto cerca del escritorio donde estaba sentado el profesor. Sus compañeros al principio contuvieron la risa, después se descontrolaron y Bernard descubrió el truco. Fue la gota que colmó el vaso. Sergio decía que él en realidad sabía la lección, pero que le había parecido una buena joda. Así que lo expulsaron y tuvo que prepararse para dar libre el primer año del Colegio Nacional, que dependía de la Universidad. Ahí también mostró que no se quedaba atrás. Con un poco más de sutileza, a sus catorce años, el 26 de julio del 53, se le ocurrió romper el ritual por el primer aniversario de la muerte de Evita.

En el patio estaban formados todos los chicos con una flor en la mano; por orden, iban pasando y la depositaban sobre una placa de la finada. Cuando le tocó el turno al Colorado se metió la mano izquierda en el largo bolsillo del pantalón corto que le llegaba hasta las rodillas y sacó una flor bastante ajada, que tiró sin siquiera inclinarse.

—Carmen, si tu hijo sigue haciendo estas cosas nos van a echar a todos.

Carmen era profesora de música, ya criaba cuatro hijos varones y le importaba poco el culto a la abanderada de los humildes. En una ciudad con bastantes pitucos, el Ruso, ya desde chico, eligió mostrar gustos grasas. No era una cuestión de indiferencia: el Ruso imitaba la remera que usaba un morocho de Berazategui o del viaducto de Sarandí, antes que comprarse un casimir como los que usaban los chicos del Jockey Club. Estaba en contra de Perón pero le gustaban los peronistas. Uno de los tipos que Sergio admiraba, entre sus idas a la cancha de Estudiantes o las reuniones del hipódromo de La Plata, era el Toto Stagnaro, obrero de la carne, delegado del Swift de Berisso,

peronista de siempre. Del Toto le habían quedado algunas frases que lo acompañarían por años:

—Fierro que mata, fierro que muere, Sergio. Es así, no hay que dejarse atropellar.

En la facultad de Derecho, Sergio volvió a coincidir con Enrique Balbín y empezó a ir a menudo a la casa de don Ricardo. El Chino le tomó cariño y, en esos años, dijo más de una vez, en público, que el joven Karakachoff era una promesa para el radicalismo. Con Enrique se llevaba bien, aunque eran muy distintos: Sergio era un tipo capaz de cualquier desparpajo, mientras que Enrique era un Balbín tímido. Esa amistad contribuyó a que Sergio, ante la división del radicalismo entre intransigentes y del pueblo, en las elecciones del 58, apoyara a Balbín, que perdió contra Frondizi, con el peronismo proscripto.

Ese año, Sergio fundó una agrupación, Unión Universitaria, que se estrenó ganando las elecciones del centro de estudiantes de Derecho. Pero en Unión había gente de todos los pelajes. Sergio había inventado un término para describir la presencia de anarquistas, socialistas o independientes:

—Somos anarsigentes; hay anarquistas, intransigentes, independientes, y además estoy yo, que soy radical.

En realidad, los radicales eran mayoría y Unión se oponía fuerte al gobierno frondizista. Eran los años en que el radical intransigente Oscar Alende gobernaba Buenos Aires y cuando, por mandato de Frondizi, aplicaba el plan Conintes, la represión abarcaba a peronistas, comunistas y también a radicales o independientes. Años en los que el enfrentamiento podía ser por laico o libre, tacuara o judío, bolche o nazi, pero sobre todo por gorila o peronista.

Para los peronistas y los comunistas del ambiente universitario Karakachoff era gorila. No sólo por antiperonista: los comunistas también lo eran. Llamarlo gorila era también una forma de tratarlo de conservador. Sergio, en vez de ni yanquis ni marxistas, solía decir ni Plaza ni Kruschov. La Plaza era la de Mayo, por las convocatorias de Perón; Kruschov representaba a la Unión Soviética. La estrategia de los radicales en la universidad para crear una alternativa a las agrupaciones de izquierda era impulsar en cada facultad grupos con nombres distintos. En Humanidades, por ejemplo, Osvaldo «Bebín» Papaleo creó Impulso: Bebín era de familia anarquista y tuvo mucha aceptación entre los estudiantes. En Medicina, la agrupación reformista era ADER, donde militaba Elsa Carrebedo, una morocha de buen ver. Un día, Sergio la vio de atrás, por la calle 12, cerca de la Intendencia, y

apuró el paso. A medida que se acercaba, el viejo hincha de Estudiantes pensó su frase de impacto inspirada en el tablón.

—¡Ader/ Unión/ un solo corazón!

Cantó el Ruso mientras se adelantaba a Elsa, le dedicaba una mirada tierna y empezaba una charla que, días después, se transformó en noviazgo.

Unión y las demás agrupaciones radicales siguieron ganando las elecciones estudiantiles y en el 60 pudieron designar al presidente de la Federación Platense de Estudiantes. Sergio también militaba en el comité de los radicales del pueblo de su ciudad, que era un bastión de Balbín.

—¿Por qué no es usted el candidato, don Ricardo?

Le preguntó el Colorado en el patio de su casa cuando la fórmula para las elecciones del 63 fue Illia-Perette. Pero Balbín no le podía explicar que los cordobeses habían hecho fuerza para dejarlo de lado. Carlos Becerra y Conrado Storani, entre otros, habían caminado la provincia de Buenos Aires y él había tenido que ceder. Además, el Chino se reservaba como un referente, el único que podría hacerle frente al general de la Puerta de Hierro. Con gobierno radical, Sergio tuvo su primer cargo público como secretario legislativo del Concejo Deliberante de La Plata.

—Yo voto por ustedes si Karakachoff es el secretario; si no, me corto solo.

Los concejales radicales no estaban muy de acuerdo con los términos de la alianza que les proponía Emir Salvioli, el único concejal socialista. El Ruso y Emir compartían el tablón de Estudiantes de La Plata. Iban a la cancha de la calle Uno y Cincuenta y siete, donde se juntaban con los changarines del mercado municipal. Los concejales radicales necesitaban del solitario socialista y no pudieron oponerse. El problema era que Miguel Szelagowski, el nuevo intendente radical, no lo toleraba.

—Qué suerte, yo no soy galerita como ése. Mírenme bien, yo tengo un pañuelo atado en el bocho, con cuatro nuditos.

Los galeritas eran los radicales patricios de Alvear, los que se enfrentaron con Yrigoyen y dejaban entrever que Don Hipólito no era de linaje. Szelagowski era hijo de polacos nobles, estaba siempre de lo más engominado y no le caía en gracia que Karakachoff tuviera un puesto clave en el Concejo Deliberante. Además, el Ruso le había dicho al Polaco alguna vez que ellos habían llegado a ser gobierno por la proscripción de los peronistas. Hastiado, cuando a mediados del 65 a Illia lo acosaban de todos lados, Sergio empezó a soñar con un proyecto propio. Elsa se recibió ese año de médica, él de abogado y decidieron casarse.

La propuesta le había llegado de su amigo Raúl Kraiselburd, hijo de David, el director de *El Día* de La Plata: que fuera el jefe de redacción de un nuevo diario en Bahía Blanca. Querían competir con *La Nueva Provincia*. No era fácil enfrentarse con los Massot, que tenían el emporio de los medios locales. Ese desafío, para el Ruso, hacía más atractiva la oferta. Como *La Nueva Provincia* era sábana y matutino, ellos iban a salir tabloide y vespertino. Como el otro era provinciano y pesado, la fórmula sería lectura ágil, un poco de policiales, deportes y una sección política más picante.

El Ruso se sentía a la altura. Había estudiado periodismo en la Escuela de La Plata y se probó escribiendo en *El Correo de la Tarde*, del dirigente conservador Julio Cueto Rúa, pariente de su madre y seguidor del capitán de navío retirado Francisco Manrique. También había escrito algunas notas en *El Día*.

Así se largó *El Sureño*. Elsa se quedó en La Plata y Sergio fue a instalarse. Alquiló un departamento en el mismo edificio donde vivía el Gordo Mugica, primo de su amigo bahiense Juan Carlos Cabirón. En La Plata, el Ruso y Cabirón fogoneaban juntos el radicalismo universitario. También habían aprendido a reconocer un buen caballo cuando lo vareaban. En Bahía la vida era más sedentaria, la política eran anécdotas de punteros y caudillos, así que esa noche la carta que le había llegado al Ruso de su grupo platense, merecía una ronda de amigos. Estaba fechada el primero de octubre:

«Querido Ruso. El viejo Balbín estuvo jugando en contra del acto que quiere organizar Illia para el 12 de octubre en la Plaza Colón, detrás de la Rosada. Entonces fuimos a verlo a Balbín al mismísimo Comité Nacional pero no nos recibió. Enrique Vanoli nos abrió la puerta y, Balbín, que estaba cerca le preguntó “¿Quiénes son esos pajarracos?”. Cuando Vanoli le dijo: “La Juventud Radical de La Plata”, el Chino le contestó sonriente: “La Juventud Radical de La Plata no golpea puertas, las tira abajo”. Nos fuimos y decidimos trabajar para el acto en las facultades y los colegios. Vamos a ir al acto de apoyo a Illia, más allá de los inservibles y de intereses mezquinos... A ver cuándo reaparecés, se te extraña, Ruso...».

—La puta madre...

Cabirón lo palmeó y quería consolarse a sí mismo.

—Ruso, hay peleas que se ganan por puntos, vos siempre la querés por knock-out.

En abril de 1966, el Ruso volvió a La Plata. Tenía fecha en el registro civil para el día 6. Se puso un saco chillón y Elsa un traje sastre oscuro. La boda fue breve y no hubo luna de miel: al otro día salieron para Bahía Blanca.

Ella iba a hacer la especialidad de patología a un hospital público y él tenía que seguir adelante con *El Sureño*.

Julio de 1966. Cuando se fueron, mes y medio antes, los despidió Ricardo Illia, hermano del entonces presidente. Pero el 31 de julio, cuando volvieron a Ezeiza, los esperaba el secretario de Prensa del nuevo gobierno, coronel Luis Prémoli, para llevarlos a Olivos a visitar al nuevo presidente. Entre una y otra fecha, los 22 seleccionados argentinos habían participado en el mundial de fútbol que se jugó en Inglaterra. Se clasificaron ganándole a España y Suiza y empatando con Alemania; en el partido siguiente, por los cuartos de final, el equipo formó con Roma, Ferreyro, Albrecht, Perfumo y Marzolini; Solari, Rattin, Alberto González y Ermindo Onega; Artime y Más. El DT era Juan Carlos Lorenzo.

Era sábado por la mañana y el país lo siguió a través de los tics radiofónicos de José María Muñoz. Iban cero a cero cuando un árbitro alemán expulsó al capitán argentino Antonio Ubaldo Rattin que, famosamente, escupió frente a la reina Isabel antes de sentarse en su alfombra roja. El partido terminó uno a cero para los ingleses, la prensa inglesa llamó animales a los argentinos y la delegación volvió con el deber patriótico cumplido. *La Nación* los consagraba «campeones morales». En el aeropuerto los recibió una turbamulta de hinchas que cantaban «Aserrín, aserrán, queremos la cabeza de ese referí alemán» o «Cicuta, cicuta, inglés hijo de puta», mientras una banda de la Aeronáutica ejecutaba *Days of Glory*, una marcha británica de la primera guerra mundial. Ya en Olivos, el general Onganía les dijo que «el gobierno de la Revolución se complace y les agradece esto que han hecho. Ustedes pusieron el nombre de la Argentina donde debía estar, y la República se regocija». Dicho lo cual, le pidió al capitán Rattin que diera los clásicos hurras que todo buen sportsman inglés sabe lanzar.

En las reuniones de la Federación Internacional de Fútbol Asociado que acompañaron al Mundial inglés, la Argentina consiguió que la designaran como sede del campeonato de 1978. La noticia no fue muy comentada: faltaban tantos años...

—¿Y esto cómo hay que entenderlo, José?

—Hay que esperar, Alberto, pero de acá no va a salir nada bueno.

José Carri era un muchacho de veinte años, clásico nacionalista platense, de los que apenas un par de años antes vivaban a Tacuara, insultaban a los

judíos y rezongaban porque veían comunistas enquistados en el gobierno radical. José tenía un cuarto kilo de gomina en la cabeza y mocasines Tibus en los pies.

Alberto Elizalde tenía dieciséis. Hacía frío ese mediodía, en La Plata, pero un rato antes, cuando salió del colegio, se le ocurrió caminar para el lado de la Universidad, a ver qué se decía. Cuatro o cinco carros de asalto custodiaban el edificio cerrado. Alrededor, piquetes de la guardia de infantería se ocupaban de dispersar reformistas o comunistas que se juntaban sin saber qué hacer. Hubo algunas corridas, bombas de gases lacrimógenos: Alberto las miró de lejos.

Alberto no entendía por qué un tipo como José Carri, que las iba de decidido, a quien respetaba, le había dicho que la cosa no iba terminar bien pero había que esperar. Aunque no tenía una postura política definida, si no iba a salir nada bueno no entendía qué había que esperar.

Decidió volver a su casa. Quería hablar con Delia, su madre, que aunque no era radical, solía defender a Illia. Un rato antes, todavía en el colegio, una compañera de clase le había dicho que seguro que Onganía iba a pisar los derechos de la gente.

—Si eso es cierto, no se puede tener una actitud pasiva. No podemos sentarnos a esperar. Sería una agachada.

Alberto Clodomiro Elizalde Leal había nacido en La Plata en 1950, en situación confusa. Su padre había llegado a La Plata desde Tucumán, retoño de una familia provinciana de cierto linaje. Profesor universitario, yrigoyenista, socio del Jockey Club y de Gimnasia y Esgrima, deportista en una época en que el deporte era cosa de señores más o menos elegantes, el doctor Elizalde enviudó de su primera mujer a los tres meses de casado. Poco después conoció a Delia Avilés, una enfermera mucho más joven y menos distinguida que él. La familia Elizalde se opuso a esa relación, que los rebajaba en el mundo social. Cuando nació Alberto, el primero de sus hijos, todavía no se habían casado; el matrimonio llegó en 1954.

Los Elizalde vivían moderadamente bien en una casa del centro de La Plata y habían tenido otros dos hijos cuando, en 1955, el profesor se enfermó. Tenía problemas cardíacos y los médicos le recomendaron reposo. El profesor no les hizo caso. Pocos meses después, una tarde de otoño, su madre, llorosa, lo llevó a la habitación conyugal.

—Vení a darle un beso a tu padre que no va a estar más.

En la cama, el profesor parecía el de siempre y Alberto le dio el beso sin entender mucho. Esa noche, la casa se llenó de parientes y amigos que

tomaban café, contaban chistes y hablaban de las virtudes del finado.

La enfermera Delia tuvo que volver a trabajar para sacar adelante a sus tres hijos. Con mucho sacrificio consiguió mandar a Alberto a un colegio de curas salesianos. Él habría querido ir al San Luis, más bacán, más caro, pero no se podía. Alberto era un muchacho alto, flaco, buen deportista, de ojos rasgados y pelo negro.

—Mamá, la verdad es que me estoy cansando de los curas.

Le dijo un día, poco después de cumplir catorce años. La religión no le interesaba, la disciplina era demasiado estricta y las clases lo aburrían mortalmente. Sólo le gustaba un profesor de historia antigua y medieval, un cura joven y distinto:

—El marxismo dice que la lucha de clases es previa al capitalismo, según ellos se remonta a la esclavitud, por eso denominan a los obreros como esclavos modernos. Aunque yo no lo comparto, es un punto de vista interesante.

Les enseñaba el cura, en vez de atiborrarlos con fechas y nombres.

—Si no te sirve, entonces para qué seguir, querido.

Le dijo su madre. En el colegio nacional, Alberto siguió estudiando sin necesidad de gastos y descubrió que, además, era tanto mejor tener compañeras en el aula.

—¡Qué boludos! ¿Cómo pudimos ir a un colegio todo de machos?

Se preguntaban Alberto y un amigo con quien se había pasado a la escuela pública cuando veían las piernas con polleras tableadas de sus compañeritas de quince. Las polleras tableadas, escocesas dentro de lo posible, eran una de las obligaciones de las chicas bien. Si no, las «caqueras» también podían ponerse polleras negras con medias color carne y su suéter de angora. Los muchachos se repeinaban con gomina y usaban pantalón de franela gris, blazer azul y zapatos de Guido. Ellos marcaban el ritmo y los demás eran los «mersas». Las divisiones eran complejas y tajantes. Los mersas eran triperos, de Gimnasia, y los caqueros pinchas, de Estudiantes. En automovilismo, los mersas eran de Chevrolet, hinchas de Pairetti y los Emiliozzi; los caqueros eran de Ford y cinchaban por Cabalén, Álzaga o Charlie Menditeguy. No había que mezclarse. Los mersas usaban Far West y los caqueros Lee importado; los mersas escuchaban al Club del Clan, los caqueros a los Beatles.

En esos días, Alberto jugaba al rugby, el deporte caquero, y se estaba haciendo amigo de un par de muchachos de Tacuara, el movimiento nacionalista. En La Plata, los tacuaras tenían el apoyo de monseñor Plaza y

algunos militares del regimiento 7 de Infantería. Alberto había empezado a leer a José María Rosa y a José Luis Busaniche, historiadores nacionalistas y revisionistas. Le parecía que la política era, también, la manera de zafar de la pequeñez del pueblo chico, la forma de buscar un destino más trascendente. Los tacuaras solían pelearse con los comunistas: en uno de esos encuentros, un amigo de Alberto que estaba tirando piedras se ligó un balazo. La situación le pareció un poco absurda, y empezó a alejarse de esa gente. Pero la política siguió interesándole, aunque lo alejara de algunos de sus amigos.

—Así que ahora te dedicás a la política.

Le dijo, un día que se lo cruzó en la calle, Jorge Moura, su compañero del La Plata Rugby, con desprecio infinito. Era lo más mersa que podría haber hecho.

Alberto, además, leía mucha ciencia-ficción y biografías de grandes hombres: Colón, Hernán Cortés, San Martín y, sobre todo, la *Historia de Belgrano* de Bartolomé Mitre. Le impresionaba que un abogado de Buenos Aires, sin preparación ni grandes medios, hubiese terminado dirigiendo un ejército libertador. A Alberto le gustaba ponerse en el lugar de esos hombres que, en principio, no tenían ninguna posibilidad, sólo sus ideas, y que pasaban mil penurias con tal de llevarlas a cabo. En esos días, Alberto empezó a pensar que había pocas cosas tan importantes como pelear por un ideal que valiera la pena.

Junio de 1966. La gran novedad era la píldora. En 1956, un par de científicos americanos, Rock y Pincus, habían descubierto una sustancia que impedía la ovulación; en 1960 la Food & Drug Administration la había autorizado, y la píldora anticonceptiva se difundió rápidamente por el mundo. «Antes vendíamos más preservativos; ahora, una gruesa de profilácticos nos dura cuatro o cinco días, y en cambio vendemos unas veinte cajas de píldoras por día», decía la encargada de una farmacia en Córdoba y Acevedo. Aunque no era más que un comienzo: se calculaba que las argentinas que la usaban eran menos de cien mil.

Las políticas de control de la natalidad estaban fuertemente incentivadas por los organismos internacionales. «Ahora que, debido al crecimiento desbordante de la población mundial, el nivel de ingresos personales declina, mientras las aspiraciones del hombre son cada vez —y con justicia— mayores, comienzan a darse otra vez todas las contradicciones para una explosión de irracionalidad colectiva y de violencia. La capacidad destructiva de las nuevas armas del hombre es tal que no podemos arriesgarnos a una

nueva conflagración mundial...», decía Sir Collin Deverell, de las Naciones Unidas. Un informe de la FAO explicaba que la población mundial, de 3500 millones de personas, se habría duplicado para el año 2000. En el caso de Latinoamérica, decía, «si la actual expansión demográfica no se modifica, para el año 2000 dos de cada tres habitantes de la región padecerán hambre». Ante ese panorama, los métodos anticonceptivos aparecían como una de las pocas respuestas posibles para los que no pensaban en cambiar las formas de distribución de la riqueza.

Sus intentos chocaban con la Iglesia. Los teólogos de la Comisión Papal para el Control de la Natalidad, convocada por Paulo VI, decían que «si el principio de que la anticoncepción no es intrínsecamente mala en determinados actos conyugales es admitido, males peores podrían producirse». Y los enumeraban: «... podría sostenerse entonces que el onanismo es bueno para el equilibrio psíquico, o que la homosexualidad es buena para los que padecen desequilibrios hormonales y buscan relaciones con individuos del mismo sexo. Y el mismo argumento sería válido para permitir el uso de abortivos, o del aborto inducido, para salvar la vida de la madre».

Pese a lo cual los métodos anticonceptivos seguían mejorando y difundándose. La píldora y el espiral eran los más usados. «La procreación», decía Lincoln Day, un demógrafo de Yale, «es un acto privado pero afecta a la comunidad. No se puede seguir sosteniendo que pertenece exclusivamente al ámbito individual». En la Argentina y en 1966, la cuestión de los anticonceptivos no se relacionaba tanto con el control de un crecimiento demográfico que siempre había sido bajo, sino con las libertades individuales. «Desde que tomo la píldora mis relaciones sexuales cambiaron mucho», decía a *Confirmado* Graciela, una empleada de 23 años. «Ahora sé que no tengo que preocuparme, que puedo hacerlo cuando quiero y con quién quiero: es un gran alivio». La liberalización de las costumbres sexuales tuvo que ver con un cambio de moral pero también, en gran parte, con las libertades que permitían los nuevos anticonceptivos.

—Como dice Malraux, el fusilado concentra en su cuerpo toda la luz...

—¿Como dice quién?

—Malraux, André Malraux. Es un francés, el que escribió *La Condición Humana*, quizás la escucharon nombrar, sobre los levantamientos comunistas en China en los años veinte. Era comunista y también se fue a pelear a la

guerra de España y después estuvo en la resistencia francesa contra los nazis. Ahora medio se dio vuelta, está de ministro de De Gaulle, pero igual...

—¿Y por qué dejó de ser comunista?

—Ésa es otra cuestión, es una historia medio larga.

—¿Y qué dice sobre el fusilado?

—Eso, que toda la luz del cuadro éste se concentra en él, como queriendo resaltar el sacrificio del hombre del pueblo que se opuso a la invasión de Napoleón y pagó con su vida...

Carlos se entusiasmaba mientras les mostraba los detalles del cuadro de *Los Fusilamientos del tres de mayo*, de Goya, en una reproducción que se pasaban de mano en mano. Los chicos jugaban el juego de ser grandes y serios, le hacían preguntas y lo escuchaban con el mayor respeto; hacía varias semanas que, cada mañana de sábado, Carlos Olmedo juntaba al hermano menor de su novia, a la hermana menor de su novia, a la prima de su novia y a dos o tres más y les daba clases que debían ser de Historia del Arte, a partir de las reproducciones de los fascículos de la *Pinacoteca de los Genios*. Ya habían pasado Picasso, Van Gogh, Rembrandt; cada uno era una buena excusa para hablar del momento histórico correspondiente y de las relaciones entre el arte y la política. Mercedes, la prima de la novia, le preguntó si Goya se había opuesto a la invasión napoleónica, y Carlos le contestó que en un principio no, pero que después se recluyó en su casa y pintó esos cuadros sobrecogedores. Mercedes estuvo a punto de reírse por esa palabra que no terminaba de sonarle bien.

Mercedes Depino tenía casi catorce años. Había nacido en noviembre de 1952, en Buenos Aires. Su madre, Beba Fernández Vega, era una hija de andaluces del barrio de Flores que un día, cuando tenía veinte años, escuchó los piropos de un cadete naval mientras compraba pollos en el mercado de Retiro. El cadete, Ricardo, resultó un oficial de marina medio extraño: poco disciplinado, no muy marcial, su primer destino había sido la jefatura de la base naval de Ushuaia, donde también tenía a su cargo el penal. En esos días, el teniente Depino tuvo que investigar por qué gran parte de sus conscriptos sufrían de la misma enfermedad venérea, hasta que alguien le contó que el médico del barco de abastecimiento, homosexual, los había infectado. Como parte de las medidas para solucionar el entuerto, el teniente se fue a Río Grande, parlamentó con una vieja francesa que hacía de madama y, con su colaboración, organizó el primer prostíbulo del fin del mundo. En 1950, la Marina, necesitada de profesionales, le ofreció cursar la carrera de Ingeniería electrónica en la Universidad de Buenos Aires; en 1952, ya recibido, lo

destinaron a Puerto Belgrano. Depino era muy antiperonista: lo irritaba el antisemitismo, la falta de libertades que le suponía al régimen de Perón. En 1953, el General anunció una visita a la base de Puerto Belgrano y, con un grupo de camaradas, Depino planificó la colocación de una bomba en un puente que tenía que atravesar el presidente. Perón, a último momento, suspendió la visita, y la bomba nunca explotó.

En junio del 55, un tío de Mercedes fue uno de los pilotos de la Aviación Naval que bombardearon la Plaza de Mayo. En septiembre, cuando el golpe, su padre estaba de guardia y toda la familia se fue a refugiarse a la casa de la hermana de su madre, Isabel. Durante tres o cuatro días, todos los chicos estuvieron juntos amontonados en colchones en el suelo, felices de ese imprevisto que les daba piedra libre. Tras el triunfo del golpe, al capitán Depino lo nombraron inspector de espectáculos públicos, con la función de calificar las películas que se proyectaban en el país. Duró poco: cuando apareció *El Silencio*, de Bergman, Depino no acató la orden de censurarla del todo y creó la calificación «prohibida para menores de 21 años», que no existía, para que se pudiera proyectar. Y lo echaron.

A principios de 1966, el capitán Depino ya había abandonado la Armada y montado, con unos amigos, el primer servicio de radiollamadas, y Mercedes Depino acababa de dejar el colegio de monjas de Nuestra Señora de la Misericordia para irse al Normal 6. Sus padres nunca habían sido católicos practicantes, pero la mandaron ahí porque les quedaba cerca y se suponía que era un buen colegio. Dos años antes, Mercedes había tenido su momento místico: había pasado por la Legión de María, había rezado todas las novenas y había comulgado los primeros viernes de cada mes durante nueve meses, lo cual le garantizaba que nunca se iba a morir en pecado mortal, sino a lo sumo en pecado venial: en el peor de los casos el purgatorio, pero nunca el infierno. Así que muchas veces las monjas le dejaron llevarse a su casa un altarcito de madera con una lamparita y una virgen, que era el premio de las aplicadas. Era la época en que su hermana mayor, Marcela, estaba en su etapa rebelde y a la noche, cuando se iban a dormir, le gritaba que apagara esa luz.

—Cerrame la puerta de esa puta que no me deja dormir.

Mercedes se enojaba; después se le pasó y empezó a soportar cada vez menos la disciplina de las monjas. En segundo año consiguió aplazar las materias suficientes como para tener que dejarlo, y pasarse al Normal. Fue en 1966, el año en que Carlos empezó a enseñarles esa Historia del Arte:

—No sé si saben que los españoles fueron los inventores de la guerra de guerrillas. Ya la usaron contra los romanos de Julio César, pero después

contra los franceses se armaron una...

—¿No fue ahí que estuvo San Martín?

Preguntó Mercedes. Mercedes era baja y morocha, ojos marrón claro, de facciones bonitas. Solía llevar unos pantalones ajustados que le moldeaban los anuncios de un buen cuerpo.

—No, San Martín era un oficial español, del ejército regular. Peleó en batallas verdaderas, pero no en las guerrillas.

Se apuró a contestar su primo Carlitos. A Carlos Goldenberg siempre lo llamaron Carlitos; en esos días estaba en tercer año del Nacional Buenos Aires y, en general, quería demostrar que sabía muchas cosas. Carlitos Goldenberg había nacido en septiembre del 52, y su madre, Isabel, era la hermana mayor de la madre de Mercedes. Su padre, Mauricio, era el hijo de un inmigrante judío ruso, carbonero en Núñez, que había hecho grandes sacrificios para que su hijo le saliera doctor. Lo había conseguido: en esos años, Mauricio Goldenberg era uno de los psiquiatras más prestigiosos del país, fundador del Servicio de Psiquiatría del policlínico de Lanús, donde se formaron muchos de los mejores profesionales de la época. El doctor Goldenberg estaba muy bien relacionado en la colectividad judía y había sido compañero de ruta de los comunistas. Carlitos era su tercer hijo. La mayor se llamaba Isabel, como su madre; el segundo se llamaba Hernán, y la cuarta Liliana. Las reuniones de los sábados a la mañana solían hacerse en el escritorio de su piso de Libertador y Salguero: un gran departamento, amueblado entre francés y escandinavo, que siempre había sido un lugar muy abierto, donde los chicos invitaban amigos sin problemas. Cuando Isabel se puso de novia con Carlos Olmedo, su celador en el Buenos Aires, que le llevaba como seis años, el muchacho empezó a ser una presencia habitual en esa casa.

—Sin embargo, cuando tuvo que preparar la campaña de los Andes, San Martín también organizó cuerpos de guerrillas para que distrajeran y entretuvieran a los españoles.

Dijo Carlos, y Carlitos quedó desprestigiado. En el escritorio del doctor Goldenberg había un retrato de Freud, un cuadro de Castagnino, muchos libros en estanterías de peteribí, una alfombra espesa y sillones de cuero. Sobre una mesa, una botella cocacola y varios vasos. Carlitos intentó el contraataque:

—Así que San Martín también era guerrillero. Para vos, Carlos, no se salva ni uno.

Carlitos solía ser muy alegre, muy jodón, de lo más afectuoso. A veces le tomaban el pelo por toque, pero le toleraban muchas cosas: era un lindo chico, alto, flaco, de pelo castaño claro y una batería de tics que hacía que lo llamaran, también, «semáforo descompuesto».

Carlos Olmedo era más serio; tenía, en esos días, 24 años, y solía resultar bien seductor. Para los chicos era un lujo que les dedicara todo ese tiempo: era más grande, muy culto, y todos lo admiraban. Carlos Olmedo era el hijo de un exiliado paraguayo que había muerto muy joven; su madre, enfermera en el hospital policial Churruca, crió a sus tres hijos, y Carlos tuvo que empezar a trabajar en cuanto terminó el Nacional Buenos Aires, para pagarse los estudios de Filosofía. Solía usar esas camisas grafa verdes, como de laburante, y zapatos abotinados. Era brillante: de una inteligencia muy visible. Cuando pasó a ser el novio oficial de Isabel, Mauricio Goldenberg le ofreció trabajar con él en el policlínico de Lanús, contactando a los líderes de las villas cercanas para acercar el servicio a la comunidad. Desde los últimos años del secundario, Carlos Olmedo había militado en el Partido Comunista y no hacía mucho que había roto con ellos. En marzo de 1966 había recibido una invitación que le cambió la vida.

En febrero de 1966, una pareja de psicoanalistas argentinos, Martha Rosenberg y Antonio Caparrós, pasaba su última noche en el hotel Habana Libre. Caparrós había nacido en España antes de la guerra y llegó a la Argentina a los dieciocho, cuando su padre, un médico republicano, consiguió huir después de algunos años de prisión franquista. Hacia 1964, Caparrós había escrito un trabajo sobre *Los incentivos morales y materiales en la producción* y se lo había mandado a su ex compañero de la Facultad de Medicina, entonces residente en Cuba, Ernesto Guevara de la Serna. El tema era uno de los problemas centrales en el tema de la economía cubana en proceso de socialización: cómo lograr niveles aceptables de producción sin recurrir a las típicas zanahorias monetarias del capitalismo. Guevara le escribió invitándolo a viajar a la isla para hacer un trabajo de campo sobre esa cuestión en las industrias locales; cuando el viaje pudo concretarse, más de un año después, Guevara ya no estaba en Cuba, y el equipo de psiquiatras argentinos se pasó una semana esperando que alguien se hiciera cargo de ellos. Nadie tenía ni idea, y al final los mandaron a hacer un trabajo totalmente diferente en un centro de formación de maestros en la Sierra Maestra. Después de un mes, volvieron a La Habana. Allí, Caparrós se cruzó con Fidel Castro a la entrada de un partido de béisbol. El cubano lo saludó con afecto y le dijo que había leído su libro y que le gustaría tener la

posibilidad de hablar un poco más: parecía una fórmula de cortesía. Pero esa noche, en el hotel Habana Libre, hacia la medianoche, Castro se presentó sin avisar.

La conversación duró hasta la madrugada. Caparrós, que se había separado años antes del Partido Comunista argentino, junto con Juan Carlos Portantiero y Juan Gelman, en una fracción que reprochaba a los ortodoxos su condena de la lucha armada, insistía sobre las posibilidades de una guerrilla en la Argentina. Al principio, Castro estaba dicharachero y chistoso; después empezó a ponerse serio, casi dramático: les explicó por qué, si la revolución no se extendía por América latina en uno o dos años, la situación cubana se haría insostenible. La habitación olía a humedad y la charla se hacía muy intensa. Al final de la noche, Caparrós recibió el mandato de organizar un grupo que apoyaría, desde Buenos Aires, la guerrilla que Guevara estaba empezando a preparar en Bolivia. Para eso, los cubanos le dieron algunos papeles, algún dinero y la promesa de unos cursos de instrucción militar, más adelante.

En marzo de 1966, de vuelta en Buenos Aires, Caparrós se contactó con alguna gente. Entre ellos, un abogado joven que había sido activo militante comunista en la facultad, Roberto Quieto, que coordinaba un pequeño grupo. Y otro grupito de estudiantes de Filosofía que respondían a Carlos Olmedo. Entre todos no llegaban a sumar una docena.

En junio de 1966, cuando Onganía derrocó a Arturo Illia, las charlas de los sábados a la mañana sobre la *Pinacoteca de los Genios* eran la actividad más ingenua de Carlos Olmedo. Ese sábado tocaba Goya aunque el martes hubiera habido golpe; por una especie de acuerdo tácito, los chicos no habían dejado de hablar de su pintor, como si no quisieran permitir que nada condicionara la seriedad de sus ocupaciones. Y Carlos no había querido forzar la discusión. El que saltó, por fin, fue Carlitos:

—¿Pero les parece que sigamos hablando de esto cuando en el país está pasando lo que está pasando?

Dijo, y estalló el griterío. Por un minuto, todos dijeron algo al mismo tiempo. Carlitos temió que su madre se asomara a ver qué pasaba. De a poco, la discusión se fue encauzando. Al cabo de un rato, Carlos se pasó la mano por el pelo y los miró un momento, como quien disfruta del silencio en que lo esperan. Después, les dijo que quién podía saber:

—Quién sabe si, al final, este golpe no va a servir para clarificar las cosas en el país, y el tiro no les va a salir por la culata.

Julio de 1966. Cerca de la medianoche del miércoles 27 apareció por televisión el capitán de navío retirado Enrique Green Urien, cuñado del presidente y secretario de Abastecimiento y Policía Municipal, y dijo que «se reprimirá en forma ágil y concreta a las revistas pornográficas. No hay que olvidar que todo esto es la base de la penetración comunista».

La tarea estaba a cargo de la Comisión Honoraria Asesora para la Calificación Moral de Impresos y Expresiones Plásticas, presidida por el secretario de la Liga de la Defensa Moral y las Buenas Costumbres y presidente de los Caballeros de Cristo, Francisco Mario Fasano, e integrada por dos periodistas de *La Nación*, un arquitecto, el secretario de la Organización Americana de Salvaguardia Moral y un cura del Consejo Nacional de Protección al Menor. Las intervenciones se basaban en las denuncias de la Brigada de Inspección General de la Municipalidad, a cargo del comisario Luis Margaride. En esa primera semana, el equipo consiguió secuestrar 27 publicaciones. Entre ellas, *Bichofeo*, *Churrolandia*, *Adán* y una edición de *Playboy* con fotos de Ursula Andress tomadas por su esposo John Derek. El capitán no llegó a explicar qué intereses comunistas estaban detrás de *Playboy*.

Poco después, el gobierno prohibió *Tía Vicenta*, un semanario de humor político dirigido por Landrú, que había dibujado al presidente con bigotes de morsa. El 30 de julio, *¿Caperucita Roja era verde?*, un medimetraje del dibujante Juan Fresán, ligeramente osado, estaba anunciado en el Instituto de Cinematografía. Esa misma tarde, antes de la función, la intervención del Instituto consideró que «no debía proyectarse un filme de dudosa moralidad en una repartición del Estado». Pero la censura no sólo alcanzaba a las producciones estéticas. La semana anterior, las mismas autoridades disuadieron a los estudiantes de cine de jugar un partido de fútbol que habían organizado por considerarlo «poco serio, e inadecuado para la formalidad que debe reinar en los estudios». El caso del Instituto del Cine era sólo un ejemplo de lo que estaba pasando en todos los ámbitos. Un gobierno que al principio no había despertado especiales resistencias empezaba a provocarlas gracias a su irreductible cruzada moral.

Es posible que este entusiasmo le viniera de su fervor cristiano. Se hablaba mucho, entonces, del «cursillismo» como una logia secreta que manejaba los hilos del gobierno de Onganía. De hecho, muchos de sus integrantes habían pasado por los Cursillos de Cristiandad. Rogelio García Lupo, en un artículo publicado en la revista *Marcha*, de Montevideo, decía que «estamos en presencia de una organización secreta, aunque no tanto como

para cerrarle el camino a nuevos prosélitos; católica, pero sobre todo dispuesta a servirse de la religión como instrumento de dominación política, y militar, aunque con ramificaciones entre los civiles, particularmente los relacionados con el poder económico y cultural.

»Los “Cursillos” están basados en el antiguo modelo de los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola. Se prolongan durante tres días y medio, con la asistencia de un sacerdote, supervisor del tratamiento religioso que los profesores laicos presentan en los temas de su especialidad».

Los asistentes eran muy elegidos: «en Cursillos no importa su número, sino la capacidad influyente transformadora del candidato», decía un *Boletín de los Cursillos de Cristiandad*. Y explicaba la transformación: «El Cursillo apunta a la construcción cristiana del mundo, a la cristianización real del ambiente, al renacimiento de la comunidad cristiana. La transformación individual que se logra en el Cursillo constituye solamente una meta de paso para transformar y situar después las piezas individuales a fin de que, con una acertada administración de sus talentos, rindan toda su eficacia en la transformación del mundo».

García Lupo cuenta que los generales Juan Carlos Onganía y Alejandro Agustín Lanusse eran asistentes habituales a los cursillos, junto con muchos otros compañeros de armas, y que se encontraron, en mayo de 1966, en un cursillo organizado en una quinta eclesiástica de Pilar, La Montonera. Y que en ese encuentro terminó de sellarse el plan del golpe de junio.

Tres

—¡Pero jefe, esto es un atropello!

—Bueno, muchachos, no se calienten con nosotros. A nosotros nos mandan...

Habían llegado en dos patrulleros pero sin alharaca, como quien trata de no patear al caído. En otros lugares no fue así, pero en esa unidad básica del Movimiento de la Juventud Peronista de la calle Catamarca al seiscientos, los policías por poco no pidieron disculpas. Ni siquiera se metieron adentro del local, ni trataron de llevarse nada de lo que había.

—¿O ustedes se creen que a nosotros nos gusta hacer esto?

Dijo un sargento gordo, por lo bajo, mientras trataba de pegar las bandas de clausura en la puerta de chapa. Las bandas se le caían: el engrudo debía estar mal hecho y, además, la llovizna complicaba todo. Cacho y Carlos se miraron con una mezcla de resignación y sorna: el cuento éste de los policías o guardiacárceles que eran más peronistas que ellos ya lo habían escuchado muchas veces. El sargento volvió a pegar la banda y rajó una puteada. Cacho había previsto la situación: unos días antes, estaba reunido con otros compañeros en una unidad básica de la calle Urquiza, esperando novedades, cuando salió el comunicado número uno:

—... las Fuerzas Armadas, interpretando el más alto interés común, asumen la responsabilidad irrenunciable de asegurar la unión nacional y posibilitar el bienestar general, incorporando al país los modernos elementos de la cultura, la ciencia y la técnica que...

Discutían, esperaban directivas, no sabían qué hacer:

—Pero qué, macho, ¿entonces vamos a dejar que los milicos vuelvan a cagarnos como siempre?

—Y qué, ¿vamos a salir a jugarnos la vida por este radicheta que se aprovechó de la proscripción del General?

—Está bien, tenés razón, pero ahora con los milicos la mano puede ponerse mucho más pesada.

El mate circulaba con mucho más orden que las ideas. La radio seguía con las marchas de rigor.

—Un amigo de Luis, que tiene gente conocida entre los oficiales jóvenes, dijo que algunos de los capos del golpe son nacionalistas... En una de éstas hasta son mejores que los radichetas, quién te dice...

—Uy, otra vez con eso. Te digo que nos van a hacer correr como en el 62... Hermano, hay que hacer algo. Por lo menos hay que resistir si quieren venir a clausurarnos los locales.

—Eso por lo menos. Nos atrincheramos en el local con un par de fierros, y que nos saquen como puedan. Así por lo menos se arma un poco de bardo, no se la llevan de arriba...

—Pero qué, ¿nos vamos a hacer matar por un local? Es una locura.

Perón y Evita los miraban gélidos, desde los retratos, y no opinaban nada. Al lado colgaba una bandera argentina medio vieja. En mayo, uno de ellos, Nito Rodríguez, había viajado a Madrid a ver a Perón; era un trabajador ferroviario que vivía en ciudad Evita y entre todos habían tenido que comprarle un sobretodo para que soportara el frío madrileño. El golpe ya se veía venir, y el general le había dicho que por el momento era mejor mantenerse a la expectativa, no tomar decisiones apresuradas. Ahora había llegado. Cacho volvió a hablar: era el que solía tener la última palabra:

—No, no, tenemos que estar expectantes, tenemos que ver que pasa. Por ahora conviene desensillar hasta que aclare, como dijo el general. No nos metamos, muchachos, vamos a ver qué pasa.

Así pasaron los primeros días: a la espera. Después vinieron las clausuras, la prohibición de los partidos y de toda militancia política. Onganía declaraba a diestra y siniestra que la Revolución Argentina iba a durar veinte años, y sus declaraciones no tenían nada que ver con el famoso militar del pueblo, que nunca llegaba. Ya a esa altura, Cacho empezó a pensar que no les quedaría más alternativa que pelear. No era la primera vez que se le ocurría esa idea.

A Envar El Kadri tardaron como veinticinco años en empezar a llamarlo Cacho. Envar El Kadri había nacido en Río Cuarto en mayo de 1941, hijo de un libanes y una descendiente de piemonteses. Su padre, Khaled, había llegado a la Argentina a mediados de los años treinta y se instaló en La Laguna, un pueblito de Córdoba donde vendía de todo en un almacén de ramos generales y llegó a ser comisionado municipal cuando la revolución del 43. Por eso le llegó, un día, una carta que decía «El coronel Perón agradece al señor El Kadri su saludo y le desea muchos éxitos en su gestión...». En La Laguna, Khaled empezó a hacerse argentino: se casó con una nieta de piemonteses, Ester Amelia Manna, y fundó una familia. Hacia fines de los

cuarenta, los El Kadri —padre, madre, Envar y su hermana Sara Amelia— juntaron sus petates y se mudaron a Ciudadela, a pocas cuadras de la General Paz. Allí nació otra hermana, que llamaron Susana Eva, y un hermanito Eduardo Omar. Al principio, Khaled salía de vendedor ambulante, para hacer honor a la tradición del turco, con una valija donde había de todo. Hasta que consiguió, con mucho esfuerzo, instalar su propia tienda de telas en la calle Venezuela, en medio de sus paisanos. Hacia 1954 los negocios prosperaron, y la familia se compró una vieja casa en el barrio de Flores.

En esos días, Doña Ester enseñaba corte y confección y trabajaba de modista: una de sus clientas, esposa de un capitán, la convenció de mandar a su hijo al Liceo Militar, donde se iba a hacer un hombre de provecho. Si Envar quería, podría entrar, más tarde, en el Colegio Militar: para una familia inmigrante, un hijo oficial era un ascenso social importante. Y, si no, el Liceo seguía siendo un buen colegio secundario; de hecho, muy pocos alumnos seguían la carrera militar. Envar aprobó fácil el examen de ingreso, y entró con media beca.

El 16 de junio de 1955, el cadete de segundo año Envar El Kadri estaba por salir de permiso para ir al casamiento de una tía cuando le dijeron que se suspendían todas las salidas: la Aviación Naval estaba bombardeando la Plaza de Mayo. Envar no entendía bien por qué todos sus compañeros y oficiales estaban tan contentos. A las pocas horas vinieron a buscar a uno de los cadetes, el hijo de un general Vergara Ruso, peronista, para decirle que su padre había muerto por una bomba que cayó sobre su coche, y el clima se volvió más tenso.

Dos meses después, cuando el golpe del 16 de septiembre terminó con el gobierno peronista, hubo una alegre fogata en un campito del Liceo. Los cadetes cantaban el Himno, la Marcha de la Revolución Libertadora, la Marsellesa, gritaban puteadas contra el tirano prófugo, rompían sus ejemplares de *La Razón de mi Vida* y los tiraban al fuego. Todos participaron de la quema: entre ellos, un compañero de aula de Envar, un tal Jorge Acosta, que más tarde, ya capitán, se haría famoso, con el sobrenombre de Tigre, como jefe de inteligencia del grupo de tareas 33/2, de la Escuela de Mecánica de la Armada. Y un tal Luis María Aguirre, que terminó fundando un grupo de guerrilla guevarista, las Fuerzas Armadas de Liberación —FAL— y murió combatiendo a fines de 1976. Sólo hubo dos muchachos que no quemaron sus libros: un tal Rimoldi, que se haría comisario y, veinte años después, aparecería como enlace entre la Marina y la Policía Federal, y Envar El Kadri.

Envar siempre había sido vagamente peronista. Sus padres no hablaban mucho de política, pero en la casa de sus abuelos maternos, que tenían un almacén muy humilde en Villa Lugano, se leía la revista *Mundo Peronista* y la caída del general fue motivo de tristeza. Después de la Libertadora un cadete, hijo de un suboficial peronista, tomó la costumbre de ponerle, cada vez que podía, un balde en la cabeza al busto de Sarmiento que había en el patio. Entonces venían los preceptores, investigaban, los amenazaban, les suspendían los recreos, pero no encontraban al culpable. Cuando podía, Envar lo ayudaba. Y sus compañeros le tomaban el pelo pero no lo denunciaban:

—Peronacho, gilún. ¿No te da vergüenza mezclarlo con esos negros de mierda?

Ser peronista, así, sin exageraciones, era, también, una manera de afirmarse, de ser diferente. Pero su primera rebeldía más o menos seria tuvo que ver con una muerte.

Un viernes de abril de 1956, cuando Envar El Kadri estaba cursando tercer año, internaron en la enfermería a un compañero de clase, De Gásperi, por un trastorno vagamente intestinal. Envar pasó a verlo el domingo, a la vuelta del franco, y lo encontró muy recuperado. Pero el martes a la mañana, en la formación de las seis y media, un oficial les anunció que De Gásperi había muerto. De Gásperi era un muchacho opaco: nadie le había hecho mucho caso, pero la muerte adolescente lo transformaba en una víctima y un símbolo de algo que no estaba claro. Envar se quedó más que impresionado: tenía 15 años, todavía no se le había muerto nadie y la idea de la muerte era una nube lejana, sin un sentido cierto. Ahí mismo, en el patio, los cadetes pidieron permiso para ir al velatorio y les dijeron que no. Entonces preguntaron si podían ir al entierro, en el cementerio de Flores, y también les negaron la salida. La respuesta fue casi espontánea: «Entonces no entramos a clase». Vino el regente y les dio la orden de ir a las aulas. Nadie se movió. Tuvo que venir el oficial de servicio:

—¡A las aulas, cadetes!

Los cadetes llevaban su uniforme de aula: un pantalón caqui con chaquetín cortito y su birrete. Y todos quietos: doscientos figurines militares perfectamente quietos.

—¡A las aulas carrera maarr, carajo!

Y todos quietos. Estuvieron en el patio un rato largo. Hacia las nueve, un oficial vino a preguntar quiénes eran los delegados: los chicos se miraron entre ellos y, sin mucha discusión, se adelantaron Envar y otros dos. Un

murmullo en las filas, y los tres delegados fueron a hablar con un teniente coronel más que ceñudo:

—Está bien. Por esta vez van a tener permiso para concurrir al sepelio.

Los cadetes trataron de mantener cara de póquer mientras se cambiaban a los piques y, una vez afuera, en pleno San Martín tomaron por asalto la terminal del 166, a pocas cuadras, y varios de sus colectivos. Entre súplicas y patoteadas, convencieron a varios choferes de que salieran al mismo tiempo; un rato más tarde, los doscientos cadetes estaban en el cementerio de Flores, orgullosos, marciales, despidiendo el cajón. Envar trató de hablar con los padres del muerto:

—Esto hay que investigarlo, señor, cómo puede ser. Si yo lo vi el domingo y estaba bien...

—No, no, no se preocupe, no hagan nada, por favor.

Decía el padre.

—Dios lo quiso, fue la voluntad de Dios.

Decía la madre, y se secaba las lágrimas con un pañuelo sucio. Un par de horas después, de vuelta en el Liceo, los hicieron formar vestidos de fajina en la Plaza de Armas. El director, un coronel Túrolo, les habló con micrófono desde una tarima:

—Hoy los cadetes del tercer año han cometido un grave acto de indisciplina, porque aunque la causa haya sido noble los medios no eran legítimos. Les voy a contar una anécdota que ocurrió durante la travesía del Mediterráneo, cuando las tropas de Napoleón iban a conquistar Egipto. Un teniente tenía que atar en la bodega de los barcos los cañones de una determinada manera. En el medio del cruce se desató una tormenta, el barco comenzó a moverse de babor a estribor, y los cañones se soltaron y empezaron a golpear a un lado y a otro con el peligro de hundir el barco. Entonces este teniente fue, con grave riesgo de su vida, y pudo calzar las ruedas de los cañones, y se salvaron gracias al teniente. Cuando llegaron a Egipto, Napoleón hizo formar a todas las tropas y dijo que iba a premiar un acto de coraje extraordinario, que el teniente fulano había tenido. Y lo condecoró. Y a renglón seguido lo mandó fusilar por no haber atado bien los cañones.

Los cadetes trataron de que no se les notara el estremecimiento. Se venía una difícil. El coronel Túrolo les hablaba de a poco, casi gozándolos, sin siquiera mirarlos:

—Hoy los cadetes de tercer año cometieron... Al principio se les dio el permiso de ir a saludar a su compañero muerto, pero en realidad querían salir

porque tenían una prueba escrita.

En la formación, algunos gritaron mentiroso, mentiroso. Gritaban despacito y el coronel estaba demasiado lejos para oírlos.

—Y la mayoría de ellos no fueron. La salida era un pretexto para no ir a la prueba: hubo muchos que tampoco fueron al sepelio de su compañero.

Los gritos aumentaron: mentiroso, hijo de puta, mentiroso, y ahí si los oyeron. Un oficial preguntó quiénes habían gritado. Envar se adelantó, con otros tres o cuatro. El oficial dijo que habían sido muchos más y les aplicaron el quinceo:

—¡Numerarse de uno a cinco! Uno, dos, tres, cuatro... ¡cinco!

Cada quinto caía en la redada. Y cayeron algunos de los mejores promedios, el abanderado. La idea era darlos de baja a todos, pero entre los elegidos estaba el hijo de un coronel, el hijo de un ministro, y todo se arregló con treinta días de calabozo.

En tercer año, los cadetes ya empezaban a hacer instrucción militar, maniobras, tiro y guardias. Las guardias eran una mezcla de jolgorio y aventura: muchachos de quince o dieciséis con fusiles Mauser, pistolas ametralladoras PAM o pistolas calibre 45 ocupando puestos de control, parando coches en la ruta. En las guardias se podía abandonar un rato los deberes marciales y escaparse a comprar una pizza del otro lado de la carretera; o usarla como pretexto cuando un examen no había sido satisfactorio:

—Lo que pasa, señor, es que estuve de guardia hasta las siete de la mañana.

—Bueno, El Kadri, mañana le vuelvo a tomar.

—Gracias, señor.

—No me agradezca nada, cadete. Es justicia.

Pero a veces las guardias se volvían difíciles. Una de esas noches, a un cadete se le escapó un tiro de una ametralladora Colt y mató a un compañero. Las muertes empezaban a repetirse. El 9 de junio de 1956, los generales Valle y Cogorno encabezaron un levantamiento peronista que estaba muy infiltrado y capotó enseguida y terminó con el fusilamiento de los jefes. El hijo de Cogorno era cadete en cuarto año y casi nadie se animó a darle el pésame. Un compañero de Envar estaba de guardia la noche siguiente y le contó que, haciendo controles en la ruta, levantó la lona de un camión y vio un montón de cadáveres nuevitos. Envar no le creyó hasta muchos años después, cuando leyó en *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh, que los fusilados de José

León Suárez fueron llevados en la parte de atrás de un camión al Policlínico de San Martín, muy cerca del Liceo.

El cadete El Kadri estaba cada vez más incómodo y además jodía demasiado. A fines de 1957, cuando terminó cuarto año, unos exámenes corregidos con mala intención lo dejaron afuera del Liceo Militar y lo eyectaron, de golpe y porrazo, a la vida civil.

—Escuchemé, che, digamé si cuando estaba el general los hospitales no funcionaban mucho mejor que ahora...

—Sí, pero no me va a negar que ese sinvergüenza hizo quemar las iglesias.

—Las quemó, las quemó. ¿Pero qué es más importante, las iglesias o la gente?

—¡Así que encima de peronista es ateo, usted!

Remataba Envar, a los gritos. Era toda una farsa, que los muchachos solían organizar en la esquina de Corrientes y Esmeralda o delante de las pizarras de *La Nación*, en la calle Florida. Dos de ellos se ponían a discutir, en voz alta: uno hacía de peronista y otro hacía de gorila. Envar solía hacer de gorila porque todavía estaba en quinto año nacional y andaba de saco, corbata y anteojos. Envar era fibroso, no muy alto, eléctrico, de pelo negro y facciones agradables: era el que mejor podía pasar por un estudiante de clase media, un «intelectual gorila»:

—¡Pero si ese turro nos tuvo a todos presos durante diez años, qué me va a contar!

Y siempre aparecía alguno del público que lo apoyaba:

—Sí, ese viejo hijo de puta nos mandaba a los cabecitas para meternos miedo. Si ya ni en las mucamas se podía...

Entonces, de repente, los dos que discutían y otros cuatro o cinco que estaban disimulados en el coro se convertían en sí mismos y, al grito de Perón, Perón, la emprendían a mamporros contra el gorila recién desenmascarado. El sistema era sibilino, y funcionaba. Casi no pasaba tarde sin que hubiera trompadas en la esquina. Era una manera pragmática de resistir el decreto ley 4161, que penaba con años de cárcel el hecho de nombrar al «tirano prófugo» o de mostrar símbolos de la «dictadura depuesta».

Cacho se había conectado con ellos a través de su tío Héctor, delegado de la sastrería Albion House. Al principio iba con un compañero de su quinto año en el colegio nacional Urquiza, en Flores. Era un muchacho Silva, hijo de

un mayor retirado, peronista, con quien fue conociendo a Rulli, Spina, Pepe Pignataro, Gustavo y Pocho Rearte, el Anguila, el Poncho Colorado, el Paraguayo, Tito Bevilacqua, Tuli Ferrari, Zapata: los habitués de las pizarras. Muchos eran más grandes que Envar: andaban por los veintitrés, veinticinco años. Corría 1958 y, el 1.º de mayo, Arturo Frondizi había recibido el gobierno de manos de Aramburu, después de unas elecciones con el peronismo proscripto. Tras unos meses de tregua, los muchachos peronistas dejaron de hacer diferencias entre el gobierno militar y el constitucional malparido: había que traerlo de vuelta al General. La farsa también podía armarse en Suipacha y Lavalle. Un grupo pasaba cantando la Marcha Peronista y Envar empezaba a los gritos:

—¡Pero vayan a trabajar, manga de vagos!

Ahí aparecía algún otro que se prendía:

—Esto no es posible, estos peronistas. Vamos a romperles la cara, vení, vamos.

Y se les sumaban dos o tres más, y se armaba la batahola. Envar cambiaba rápidamente de bando, justo después de sacarse los anteojos. El Anguila era de los más bravos y los muchachos solían decir que su uno-dos no tenía nada que envidiarle al del Mono Gatica. El Paraguayo, en cambio, que tenía miedo de que lo deportaran, solía esconderse, aunque repartía unos mamporros importantes. Clavelito era famoso porque podía darse como en la guerra sin que se le cayera el clavel que siempre portaba en el ojal del saco. Zapata tenía la fisonomía de un caribeño y solía hacerse pasar por cubano o mexicano, para decir en voz alta que si bien Perón había sido un dictador, no había dudas de que gracias a él la clase trabajadora estaba organizada y había obtenido conquistas sociales que provocaban la admiración y envidia de sus paisanos. Otra variante era pegar una foto de Perón o Evita en la pared, en la esquina de Corrientes y Esmeralda, justo donde estaba el cartelito del número, y siempre iba alguien a tratar de arrancarla. Y también cobraba. Eran las primeras escaramuzas. Después, a los que demostraban en la calle que estaban dispuestos a ponerle coraje al asunto, alguien los invitaba a una reunión, les proponía alguna otra cosa.

Los primeros «caños» que pusieron fueron muy humildes: llenaban con pólvora unas latitas redondas de pomada Washington, que eran bien herméticas, y las ponían en la vía del tranvía. Cuando el tranvía la pisaba, la lata explotaba y salía mucho humo. Entonces los muchachos aprovechan para cortarle el cable del trole y al tranvía, que se quedaba parado, bloqueando la calle, mientras ellos gritaban Perón, Perón. Ahí solía llegar la policía, y los

muchachos le cantaban la cana es peronista, laralaralará. Algunas veces la policía los corría, les pegaba; otras no.

Un día, muchos de los que habían venido cobrando en las esquinas llegaron en patota, organizados, con cachiporras y las ideas más claras. En medio de la batahola, alguien dijo que eran cadetes de la Escuela Naval, porque uno de ellos había caído, días antes, en la trampa. La gresca empezó en Corrientes y Esmeralda y se fue desplazando hacia Lavalle. Las peleas solían ser a puño limpio o, si acaso, con algún pedazo de manguera relleno de arena. Envar y los demás sabían que había que hacer frente: correr era lo peor, decían, el que corre siempre pierde porque queda aislado, lo agarran, lo tiran a la mierda. En medio del despelote, uno de los contrarios quedó solo, y los muchachos empezaron a correrlo por Lavalle: el perseguido sacó un revolver y lo vació contra los perseguidores: a uno de los muchachos le dio en el cuello y le saltó un chorro de sangre. Cuando se le acabaron las balas lo agarraron, le pegaron mucho y lo dejaron en el suelo, medio muerto. Envar estaba impresionado pero pensó que era una forma de legítima defensa. En esos días, los Comandos Civiles de la Libertadora empezaron a recorrer el centro, armados, para vengar a su compañero. Los muchachos, de pronto, se sintieron indefensos, y a partir de entonces trataron de llevar algún revólver. No era fácil conseguirlos, pero tampoco tan difícil.

En esos años, los muchachos empezaron a llamarse a sí mismos Juventud Peronista y a reunirse en determinados sindicatos. La Revolución Libertadora les había sacado los gremios a los peronistas y los había puesto en manos de interventores militares o se los había entregado a los comunistas y socialistas; cuando empezaron a salir los presos amnistiados por Frondizi, y la situación se abrió un poco, muchos se dedicaron, entre otras cosas, a copar los sindicatos que habían sido suyos. En algunos hubo elecciones, y los peronistas las ganaron. En otros no hubo, y los muchachos de la Juventud, más de una noche, hicieron saltar una cerradura para ocupar un local sindical. Después se quedaban para garantizar la toma, hacían guardias, dormían ahí. Y siempre había una buena razón para salir a la calle: las fechas históricas del peronismo como el 17 de octubre, el 9 de junio o el 26 de julio, o las manifestaciones contra el aumento de tarifas, la privatización del transporte automotor, la entrega del petróleo, la venida de Eisenhower, la polémica por la enseñanza laica o libre, los planes de «racionalización» ferroviaria, y tantos otros. Las manifestaciones terminaban casi siempre en batallas campales contra la policía: quemaban tranvías para hacer barricadas, tiraban cócteles

molotov, hacían quilombo, trataban de demostrar que la resistencia estaba viva.

Solían reunirse y prepararse en esos mismos sindicatos: Farmacia, Aceiteros, Madereros, Calzado, Jaboneros. Eran días agitados: en enero del 59, los obreros del frigorífico Lisandro de la Torre, encabezados por Sebastián Borro, lanzaron una huelga por tiempo indefinido para oponerse a la privatización decretada por Frondizi. John William Cooke, delegado de Perón, logró que las 62 Organizaciones peronistas decidieran plegarse al movimiento y generalizar la huelga; miles de policías apoyados por tanques entraron en el frigorífico y se encontraron con la violenta resistencia de los trabajadores. Terminaron por tomarlo y echaron a 5200 obreros, pero durante varios días todo el barrio de Mataderos fue una batalla campal. Después hubo más huelgas, y el gobierno lanzó el plan Conintes —Conmoción Interna del Estado— que permitía juzgar a los presos políticos en tribunales militares.

También apareció, en esa época, el grupo Uturuncos, que quería lanzar una guerrilla rural en Tucumán. Cooke era uno de sus inspiradores. En Buenos Aires, los muchachos de la Juventud se entusiasmaron, organizaron grupos de apoyo y empezaron a soñar con unírseles: hacían gimnasia, corrían, dejaban de fumar o de ir al cine para mandarles plata. Con cincuenta pesos, decían, se podía comprar una granada. Los Uturuncos duraron muy poco. De ahí volvió el Vasquito Unamuno, con una herida poco gloriosa, como decía, porque era en una nalga, y les contaba sus experiencias en el monte.

En los sindicatos, los muchachos se encontraban con los más viejos de la Resistencia, que les contaban historias y les transmitían su orgullo de ser peronistas. Ahí conocieron a Julio Troxler, Magín del Carmen Guzmán, el Flaco Durruti, Benito Moya, Bigotito Vanzini, César Marcos, Raúl Lagomarsino, y muchos otros que les enseñaban la necesidad de la organización, de actuar con el pueblo y no por el pueblo. Sutilezas de la dialéctica, de las reglas del accionar en conjunto, obedeciendo a un plan general, que se llamaba la estrategia, y que había que diferenciar de la táctica, porque si no uno podía equivocarse. También les dejaban sus dudas y peleas internas, porque en su pasión por hacer, cada uno creía tener «la precisa», la última directiva, que escuchaban en los flamantes grabadores Geloso: una rareza cara por entonces, de donde salía la voz de Perón como si estuviera ahí mismo, hablando con cada compañero. Algunos les decían que a Perón había que traerlo con las armas, que si no nunca lo iban a dejar volver.

—Sí, pero qué armas. Armas no tenemos.

Tenían algún revólver, nada importante. A veces los robaban, otras hacían una colecta para comprarlos. Cacho le había sacado un 38 a su abuelo, cazador experto, y solía llevarlo: había aprendido a usarlo en el Liceo y era buen tirador. Pero siempre había alguien que conocía a un coronel o a un general peronista, que estaba dispuesto a levantarse y repartiría las armas entre los civiles. El general Iñíguez, por ejemplo, que mandaba la Central de Operaciones de la Resistencia. Una vuelta la gente de Iñíguez les encargó un trabajo de inteligencia: tenían que poner un par de petardos en una iglesia de Constitución. Primero no entendieron bien el truco, hasta que el tipo les explicó:

—Pero muchachos, cómo no se dan cuenta. Les ponemos unos caños a los curas para asustarlos, nomás, no es por nada. La cosa es que se crean que se viene el comunismo y que la única manera de pararlos es que vuelva el General. ¿Captaron?

—Sí, ahora sí, Bigotito. Es genial. No te preocupes que nosotros nos encargamos de todo.

—Bien, muchachos. Van a ver cómo, de puro cagazo, la iglesia se pone de nuestro lado.

Y otras veces los mandaban a los alrededores de los cuarteles, a tirar unos volantes que decían «Derrocar al general Perón fue un tremendo error. Enmendarlo es un deber patriótico». Era peligroso. El general Iñíguez fue un clásico, que terminó levantándose en Rosario en noviembre de 1960, sin ningún éxito.

Y los dirigentes sindicales de entonces los trataban bien. Para ellos, eran «los muchachos» que siempre estaban listos para dar una mano. Por ahí andaban Armando Cabo, Avelino Fernández, Sebastián Borro, Jorge Di Pascuale, Andrés Framini, Amado Olmos, Miguel Gazzera, el Gordo John de Telefónicos, Descalzi del Cuero o Eyerelde del Calzado. En esos días, los sindicatos también eran lugares donde se organizaban acciones, se preparaban caños, se refugiaban prófugos. Entonces, Envar se alegraba de que un tipo como Augusto Vandor, por ejemplo, con una larga historia en el peronismo, lo conociera por su nombre, lo invitara a un mate, lo dejara tutearlo.

Los muchachos no solían discutir demasiado de política. Asociaban la política a lo electoral, a la integración con el régimen, a los que cuando hubo que poner los huevos para defenderlo a Perón, salvo honrosas excepciones, se fueron al mazo. También se asociaba con los políticos «democráticos» que habían apoyado el derrocamiento de Perón, y ahora buscaban beneficiarse con

los votos peronistas. El propio Perón decía que «hemos cometido el error de creer que una revolución social como la nuestra podía realizarse incruentamente. La reacción nos ha demostrado que estábamos equivocados... La tiranía nos ha hecho una poda que nos devolverá la dinámica revolucionaria». Por eso los muchachos pensaban que bastaba con ser peronistas y que lo más importante era la acción: cómo traerlo al General. Aunque a veces iban a cursos y conferencias. En el Instituto Juan Manuel de Rosas, de la calle Florida, o en locales sindicales, se organizaban charlas con José María Rosa, Arturo Jauretche, Enrique Sampay, Eduardo Astesano, Raúl Scalabrini Ortiz, John William Cooke, Hernández Arregui. O las charlas que daban Gustavo Rearte, Carlos Maldonado, el «Plumita» Sánchez Bahamonde o el propio Envar, que habló sobre Nasser y la Revolución Árabe o sobre la lucha anticolonialista en el Congo. Pero esas clases no estaban destinadas a la sola formación intelectual: enseguida suponían la necesidad de una acción. Una tarde, por ejemplo, cuando Envar habló sobre la Revolución Argelina, que recién empezaba, los muchachos terminaron incendiando el Consulado de Francia, frente a la plaza San Martín.

La acción era la fuente de todo saber y justicia: sus valores principales eran el arrojo, el heroísmo, que basaban sobre todo en ejemplos de los caudillos del siglo pasado y, también, en los obreros que hicieron el 17 de Octubre o en los que pedían armas para luchar contra los militares en el 55. Si la violencia reaccionaria había despojado al pueblo de su derecho a ejercer la soberanía popular, los jóvenes peronistas ejercerían la violencia revolucionaria para restaurar esa soberanía popular, que asociaban sin ninguna duda con el retorno de Perón.

Aunque, en medio de esas claridades, las ideas estaban bastante mezcladas. Mientras algunos podían estar leyendo el *Qué hacer* de Lenin, aclarando que lo hacían porque había que leer de todo, otros se tragaban *Rebelión en Tierra Santa* de Menahem Begin, o los libros de José Antonio Primo de Rivera y su Falange, o del antisemita rumano Cornelius Codreanu y su Guardia de Hierro. Los jóvenes peronistas eran nacionalistas. En Perú les gustaba el APRA de Víctor Haya de la Torre, en Bolivia, el MNR de Víctor Paz Estenssoro, en Paraguay apoyaban a Stroessner, que le había dado asilo a Perón en el 55 y además «gobernaba con el pueblo en contra de la oligarquía liberal». Y, en Cuba, lamentaron la caída de Fulgencio Batista, un «tirano prófugo» que, a la distancia, les parecía una especie de Perón. En 1960, cuando vino a Buenos Aires Fidel Castro, una revista de actualidad lo presentó como «el joven apolíneo que derrocó al Pochito del Caribe». Castro,

que entonces era saludado por los liberales como un joven demócrata, salió a hablar desde el balcón del diario *Crítica*, en la Avenida de Mayo, y los muchachos fueron a tirarle huevos. La pelea fue con la Juventud Socialista, que lo defendía.

Sin embargo, no se consideraban de derecha: de derecha eran los de Tacuara, que se reunían en un local de la calle Tucumán bajo el nombre de Unión Cívica Nacionalista. «Ustedes no son peronistas», les decían, «ustedes son nacionalistas católicos, no confundamos». Pero, por supuesto, tampoco eran de izquierda. Había algunos trotskistas, de *Palabra Obrera*, que estaban tratando de entrar en los sindicatos para acercarse al pueblo peronista. «Ojo, que hay algunos que dicen que son peronistas y no son», decían los muchachos. Su definición era más bien el grito clásico: «¡Ni yanquis ni marxistas, peronistas!».

Aunque había algunos que tenían más lecturas. Gustavo Rearte, por ejemplo. Una vez, Envar se peleó con él. Estaban sacando un boletín, *Trinchera*, y Rearte había escrito un artículo muy largo que hablaba, entre otras cosas, de «posiciones antitéticas». Envar pensó que era un error. Qué carajo era «antitéticas». Entonces puso «antiestéticas», porque supuso que eso era lo que Rearte había querido escribir. Rearte se cabreó, lo acusó de haber querido falsear sus palabras.

—No, hermano. Pero ¿de dónde iba a conocer esa palabreja yo?

Y ahí nomás le cayó una lección abreviada de tesis, antítesis y síntesis que después le sirvió para impresionar a más de un auditorio. A todo esto, Envar había entrado en la facultad de Derecho. Rendía una materia cada tanto y hacía trabajitos: durante un tiempo mostró departamentos para una inmobiliaria. Salvo él y Jorge Rulli, el resto de los muchachos no eran universitarios. Siempre había alguno que vivía en un barrio más pobre, o en una villa, y Envar empezó a conocer las casas y casillas de los peronistas de abajo. Cuando quisieron lanzar, con un acto en Ciencias Económicas, una Juventud Interuniversitaria Peronista, los comunistas, los socialistas, los radicales, los corrieron a palos hasta el edificio de Obras Sanitarias. Envar corrió más rápido, pero Rulli cobró como en la guerra.

Días después, había un acto en la esquina de Callao y Rivadavia, frente al Molino, organizado por el Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical, orientado por el Partido Comunista. Se trataba de entregar a los diputados un petitorio para que se restablecieran ciertas libertades. Envar fue con Rulli, Spina y una docena más; los manifestantes eran más de mil, y gritaban todo el tiempo Unidad, Unidad. Ellos, cada vez, contestaban: «con Perón». Y los

otros: Unidad. Y ellos: con Perón. La dialéctica fue degenerando en empujones, y los fueron corriendo para el lado de Callao. Enseguida voló una trompada. Y más, y más. Cuadros del Partido Comunista decían no, compañeros, no hagan caso, esto es una provocación, no nos peleemos. Y de nuevo: Unidad, Unidad. Y otra vez: con Perón. Entonces alguien lo agarró a Envar de la camisa; Envar se zafó, dejándole la mitad de la tela, y trató de sacar una cachiporra que llevaba envuelta en un diario, pero la cachiporra salió volando. Entonces sí que empezaron a pegarle: le rompieron los anteojos, la cara, lo que hubiera. Envar consiguió correr unos metros y refugiarse en un bar, sangrando, con los otros detrás; llegó hasta la cocina, trató de esconderse. El cocinero lo paró con un cuchillo.

—No, mire, me están cagando a trompadas.

Ahí aparecieron tres policías de civil, preguntando qué pasaba. Envar se agarró del tizón encendido:

—¡Cómo! Ustedes no cumplen con su deber, miren cómo me dejaron.

—Y vos te fuiste a meter ahí, boludo.

La mayor preocupación de Envar era qué le iba a decir a sus padres cuando lo vieran así. En esos días, la autoridad paterna seguía siendo seria. Su madre lo quería matar por la camisa y los anteojos rotos. Y a Envar le dolía todo y se decía que basta, que no se metía más en nada. A los pocos días, cuando se encontró con sus compañeros, les reprochó que no lo hubieran defendido.

—No, vos sos un boludo, porque cuando nos empezamos a ir nos tenemos que ir todos juntos y vos te quedaste. ¿Te quisiste hacer el guapo, vos?

Envar El Kadri estaba más que cabreado, y de verdad pensó en dejar toda esa historia.

La cocina era chiquita y los siete se amontonaban ahí, callados, mirándose. Tenían hambre pero les habían explicado que no tenían que comer nada:

—Si te pegan un chumbazo en el estómago y lo tenés lleno, te morís. Si no comiste capaz que podés salvarte.

La idea se le había ocurrido a Gustavo Rearte. Ahí enfrente, del otro lado de la autopista General Ricchieri, estaban terminando unos monoblocks para personal aeronáutico. Como tenían miedo de las ocupaciones ilegales, siempre había tres o cuatro soldados de custodia. Los muchachos, divididos en tres grupos y aprovechando la noche y la sorpresa, pensaban que podían reducirlos y sacarles las armas. Habían pensado un plan, lo habían discutido,

lo habían revisado, y ese sábado se habían concentrado en la casa de un compañero, en un monoblock del barrio Evita, que entonces se llamaba General Belgrano, a esperar que llegara la hora. Ya era medianoche; al día siguiente habría elecciones para senador de la Capital: se decía que el candidato socialista, Alfredo Palacios, tenía muchas posibilidades. El peronismo, como de costumbre, estaba proscripto. Los muchachos de la Juventud habían decidido votar en blanco, y subrayar el voto con una acción de gran impacto. Nunca habían hecho algo así, pero se imaginaban que, si conseguían su objetivo, el lunes iban a ser tapa de los diarios. Tenían armas menores: Envar llevaba el 38 del abuelo. Rulli cargaba un revólver que se habían comprado: como no les alcanzó la plata para más, tenían sólo seis balas, y no habían podido probarlo. Nunca habían hecho algo así: el silencio en la cocina era pesado.

—¿Y si nos vamos a comer unos churrascos y mandamos todo a la mierda?

Dijo uno que le decían el Petitero, y enseguida se rió para que todos se dieran cuenta de que era un chiste. Después, otra vez el silencio.

Bajaron a eso de la una; en la puerta del monoblock se dividieron en tres grupos. Lloviznaba. Envar iba con Rulli, Rearte con el Petitero, Felipe Vallese iba con otros dos. Cada grupo tenía que entrar por uno de los lados del monoblock, a medio terminar, reducir a los dos soldados de guardia y después avanzar hacia el lugar donde debía haber dos o tres más, durmiendo, y sacarles las armas. El monoblock en construcción era un laberinto de columnas a medio terminar, chorreado y sembrado de charcos. Envar pensó que si metía un pie en el agua el ruido iba a arruinar todo. Un par de lamparitas colgando iluminaban apenas. Rearte y el Petitero encontraron a un soldado, lo encañonaron, le sacaron una pistola ametralladora. Envar y Rulli encontraron a otro. En un momento, Rulli, que tenía que avanzar, gritó No, no, y Envar se preparó para tirar. Justo antes, vio que el que llegaba era Rearte. Cuando fueron a buscar a los demás soldados, no los encontraron: supusieron que, a la noche, debían escaparse a dormir a algún lugar más hospitalario.

Tenían dos armas y dos prisioneros: dos colimbas tiritando de miedo. Les dijeron la proclama que habían preparado:

—Somos guerrilleros del Ejército de Liberación Nacional. No somos delincuentes, somos peronistas, luchamos por el retorno de Perón.

Los soldaditos los miraban aterrados y les decían que sí. Rearte tiró en una esquina un par de brazaletes que decían ELN, para que pareciera que se

les habían caído. Y otro compañero iba a mandar comunicados a los diarios. Para atar a los soldados, habían practicado unos nudos que se hacían muy rápido alrededor de las muñecas y al tirar se cerraban como esposas. Envar se lo hizo a uno y le dijo a ver, desátate. El soldado se desató casi sin querer. Así que los ataron a la criolla, los dejaron tirados en el suelo y Rearte dio la orden de retirada:

—¡A los camiones, a los camiones!

—Y no se olviden de decir que somos peronistas.

Les gritó Vallese. Los camiones nunca habían existido. Se separaron en dos grupos: Envar se fue con Rulli, el Petitero y Vallese, caminando por un descampado. Todavía lloviznaba. Envar había imaginado muchas veces el momento de entrar por fin en acción, una acción de verdad, pero ahora que sucedía resultaba más bien un barro de ansiedad, complicaciones y engorros: nada grandioso. Al cabo de unos minutos descubrieron que se habían perdido. Unos cientos de metros más allá se cruzaron con la vía de un tren y se les ocurrió un plan: llevaban un par de molotov; podían tirarlas cuando llegara el tren, que tendría que pararse y ellos se subirían. Cuando apareció el tren ni siquiera tuvieron tiempo de prepararlas: iba a mil por hora. Entonces siguieron caminando a lo largo de la vía y encontraron a un guardabarreras. Estaban empapados. Le preguntaron para dónde quedaba la Capital; el hombre les señaló una dirección y empezaron a caminar, preocupados:

—Hermano, por acá no podemos seguir. El tipo este nos bate, es fija. Imaginate, cuatro tipos caminando por la vía a esta hora, sin saber dónde están.

Envar, que era el único que tenía algún entrenamiento castrense, tomó la iniciativa:

—Mejor vamos y nos metemos en aquel bosquecito.

Entonces apareció, al final de un camino, un camión que parecía militar, con las luces prendidas.

—¡Cuidado, nos encontraron! Dame la pistola que yo sé como se usa.

—No, no, dejame a mí.

—No, damelá.

El Petitero se la dio. La pistola ametralladora tenía un botón para eyectar el cargador. Alguien lo había apretado sin darse cuenta, así que no tenían ni una bala. La situación era desesperada. El camión ya estaba llegando; al final siguió de largo. Unas cuadras más allá, Gustavo Rearte, que ya se había despedido de los demás, caminaba solo hacia su casa, en Villa Celina. Cuando el camión lo alcanzó hizo lo primero que se le ocurrió: se metió en un jardín

donde había una manguera y, con su mejor cara de nada, la agarró y simuló que lo regaba, a las tres de la mañana, bajo la lluvia. Los perros le ladraban sin fervor.

El grupo de Envar, por fin, consiguió llegar hasta una ruta donde pasaba el 86. En la planificación previa se había prohibido tomar colectivos, porque la policía los iba a parar seguro. Pero no había más remedio. Un rato después, Envar El Kadri y Felipe Vallese se bajaron en Flores.

—Felipe, a mí no me agarran nunca más para una de éstas.

—A mí tampoco. Tenía un cagazo...

—Sí, yo también. Ésta es la última, primera y última.

—La verdad, yo no estoy hecho para eso, Envar.

—No, hermano, yo tampoco.

Envar se fue caminando hasta su casa. Llegó a la cinco de la mañana y su padre se despertó y le preguntó dónde había estado. Envar tenía diecinueve años.

—Nada, papá, una reunión.

El lunes, cuando se encontraron en el Jardín Botánico, los muchachos vieron que su proeza salía así chiquita en una página perdida de los diarios. Pero se sentían Gardel, y querían preparar otra más grande.

El 30 de noviembre de ese año el general Iñíguez lanzó por su chirinada: los sublevados tomaron un cuartel en Rosario, y eso tenía que desencadenar otros alzamientos en varios lugares del país. Los muchachos esperaban acuartelados en el Sindicato de Aceiteros, en Buenos Aires: en cuanto el golpe se impusiera, tenían que salir a la calle, tomar los ministerios, copar las embajadas para que no se les escaparan enemigos. Tenían Winchesters, pistolas, revólveres, dos ametralladoras, muchos explosivos, una farmacéutica y una médica para ocuparse de los heridos. Había, por una vez, varias mujeres: Clarisa, Aída y María. A Envar le impresionaba ver las mesas preparadas para servir de camillas; la noche se fue pasando entre chistes malos y ansiedad de noticias. Las radios no contaban casi nada. A las seis de la mañana, cuando ya fue evidente que las otras guarniciones no se levantaban, el grupo de comandos se desconcentró con esa mezcla rara de amargura y alivio. Cada vez les parecía más claro que los milicos siempre prometían y después se echaban para atrás, que ya estaban hartos de confiar en esos tipos, que las soluciones tenían que surgir de ellos mismos.

El grupo era más o menos estable, salvo por las caídas. A Gustavo Rearte lo agarraron en diciembre, después de un tiroteo. Su hermano Pocho y Envar

se fueron al hospital Rawson, dispuestos a reducir al policía de guardia y rescatarlo, hasta que un médico que conocían les dijo que si se lo llevaban así, con el intestino agujereado en quince partes, se les moría. Rulli y Spina también habían caído, y también intentaron rescatarlos: se pasaron varias tardes apostados en Las Heras y Malabia, mirando pasar el camión que llevaba los presos desde la penitenciaría de Las Heras hasta el Consejo de Guerra en el Regimiento 1 de Palermo. Pasaba el camión militar, de esos abiertos atrás, y los muchachos, en combinación con los presos, pensaban tirar unas granadas para pararlo; con la frenada, los guardias del camión iban a quedar culo p'al norte y los iban a reducir fácil y después, con sus compañeros rescatados, iban a huir todos en un Kaiser Carabelle. Cacho le había pedido su colaboración a José Luis Nell, que sin preguntar nada, se sumó al operativo. Estaba todo listo. Pero el día D llovía, y dos compañeros faltaron a la cita, y la operación se levantó a último momento en el bar de Canning y Las Heras. Después se enteraron de que ese día ni Rulli ni Spina estaban en el camión militar.

Al mismo tiempo, trataban de organizarse un poco mejor. Habían armado una estructura en la que se reunían los distintos grupos que andaban medio sueltos: la Juventud Peronista Mesa Ejecutiva. La Mesa Ejecutiva estaba compuesta por un Comando de Organización, un Comando de Finanzas, un Comando de Prensa y Propaganda; un muchacho de La Matanza, Alberto Brito Lima, estaba a cargo del Comando de Organización. En una de las reuniones, Envar, Carlos Caride, Luis Sansoulet, Aída Filippini y Edgardo Lombardi, entre otros, le criticaron a Brito los riesgos innecesarios que había corrido en una acción que terminó mal; entre un reproche y una puteada, la polémica fue degenerando, y Brito Lima decidió abrirse llevándose su Comando de Organización. Mientras tanto, los muchachos seguían activando, publicaban *Trinchera*, armaban un acto, ponían algún caño, pero las caídas se aceleraban. Los buscaban, entre otras cosas, por lo de Ezeiza: un detenido había cantado nombres. Entre los nombres, entre los más buscados, figuraba un tal Saúl Hecker.

Los grupos solían estar infiltrados y no tenían grandes medidas de seguridad. Envar y sus compañeros usaban nombres de guerra, nombres falsos, pero muchos se conocían los apellidos verdaderos. A Envar le habían puesto Zeke, por sus iniciales E.K.E.: Zeke el Malo era el padre del Lobo Feroz en una historieta que los del grupo solían leer en esos días. Entonces, cuando aquel preso cantó, el único nombre que conocía del séptimo integrante del grupo de Ezeiza era Zeke. Los policías que lo torturaban para interrogarlo

conocían a un Hecker, militante de la resistencia peronista, y supusieron que era él. Hasta salió en los diarios: «Se busca a Saúl Hecker, ideólogo marxista». A Envar no lo buscaban por ésa, pero sabían que estaba. Esa mañana, el 4 de agosto de 1961, se había levantado temprano, y se estaba vistiendo.

—Envar, hay dos señores en la puerta, preguntan por vos.

Le dijo su hermana. Envar terminó de abrocharse el pantalón y se asomó a la puerta. Iban de civil, pero olían de lejos a botón:

—Nos va a tener que acompañar.

—No, pero por qué...

—No, por nada, por averiguación de antecedentes.

Dijo el más viejo. Entonces apareció la señora El Kadri, entre llorosa e iracunda:

—¿Qué es lo que está pasando acá?

—Señora, su hijo está metido en actividades terroristas.

—¿Mi hijo? ¿Pero cómo se le ocurre?

Detrás de los dos oficiales venían cuatro policías más, todos de civil. La patota entró en la casa; le preguntaron a Envar dónde dormía y él los llevó a la habitación de sus hermanas. En la suya tenía, adentro de una caja de aeromodelismo, una granada y una pistola. En la confusión, Envar trató de decirle a su hermana mayor que se llevara la caja; la hermana no entendió.

—¿Y adónde vas cuando te vestís así, corazón?

Le dijo uno de los oficiales, que había empezado a revisar un armario, mientras sacaba una pollera de cuadritos. Envar los tuvo que llevar a su dormitorio, y los policías empezaron a revisar todo, hasta que encontraron la caja de aeromodelismo.

—¿Y esto de acá?

—No sé, señor, yo esto recién lo veo ahora.

—No seas mentiroso, esto lo tenías vos acá.

—No, yo recién lo veo.

En menos de un minuto, Envar estaba esposado y lo empujaban hacia un coche en la puerta. Su madre lloraba y la calle estaba llena de curiosos. Envar no terminaba de entender si se sentía un héroe o un pelotudo o era, más que nada, miedo. Unos vecinos, mientras, habían avisado a la seccional 38 y ya había aparecido un patrullero. Los de civil se impusieron a los gritos:

—Oficial Caballero. No se metan que éste es nuestro. Es un terrorista.

En un cuarto del edificio de Coordinación Federal, Envar se enteró de que lo habían ido a buscar porque lo había cantado un compañero. El cuarto ese se

le había vuelto un mundo: lo tenían ahí, era de ellos, le podían hacer lo que quisieran. Lo tenían esposado con las manos atrás y lo patoteaban entre cuatro: le gritaban, lo sopapeaban, y Envar no sabía de dónde iba a venir el próximo golpe o la próxima pregunta.

Rearte siempre le había dicho que había que negar todo. Para decir que sí ya vas a tener tiempo, le decía. Ellos saben, te junan, te tienen, pero les queda la duda. Lo tenían: tantas veces había temido este momento, tantos compañeros le habían hablado de eso, y ahora por fin iba a ver cómo reaccionaba. Pensó que ojalá fuera capaz de portarse como había querido. Trató de pensar sobre todo en eso, pero los canas no lo dejaban concentrarse. Entonces uno agarró su granada, de lo más casera, fundida por los compañeros de la Resistencia de Zona Sur, fragmentada como si fueran ravioles con un tapón de corcho y unos fósforos incrustados en el corcho: al rasparla con la lija de una fosforera, se prendían los fósforos y, teóricamente, la granada explotaba al cabo de unos segundos. El sistema funcionaba muy de vez en cuando.

—Y esto para qué sirve.

—No sé, señor, a mí me dijeron que la guardara, no tiene nada.

Uno de ellos acercó un cigarrillo a los fósforos de la granada.

—Ah. ¿No tiene nada? Vamos a probar, hijo de puta, vas a saltar por los aires, no tiene nada.

Y lo seguían pateando, o le hacían el aplauso: desde atrás, dos cachetazos sincronizados, uno en cada oreja. Mientras, le preguntaban por tal o cual acción, si había estado en la de Ezeiza, si conocía a fulano o a mengano. Envar mantenía el ingenuo inocente que negaba todo. La sesión duró un par de horas, hasta que se cansaron. Lo dejaron tirado en una celda; cada tanto venía alguno y decía éste es el que tenía la granada, la quería tirar contra nosotros, hay que matarlo. Envar trataba de contestar que no, que él no sabía nada, y lo puteaban más.

El mismo día en que detuvieron a Envar, tres civiles fueron a buscar a Alberto Brito Lima a la casa de su madre en Mataderos. Ella les dijo que no estaba y los policías se fueron; cuando Brito pensó que ya había pasado el suficiente tiempo, salió a la calle. Los policías lo estaban esperando; cuando le dieron la voz de alto, Brito estaba desarmado y trató de salir corriendo, pero lo bajaron de un balazo en la pierna. Los policías también hirieron a dos vecinos. Lo tuvieron unos días en el hospital Salaberry, pero como no había pruebas, tuvieron que soltarlo.

Después de una semana en Coordinación, la policía traslada a Envar El Kadri al Regimiento 1 de Palermo, para pasar ante el Consejo de Guerra. Envar seguía ignorando todo y, sobre todo se negaba a declarar ante un Tribunal que, según la Constitución, no le correspondía. Cuando le pegaban, Envar jugaba la carta institucional:

—Yo soy cadete del Liceo Militar y me parece una vergüenza un deshonor que los militares sean torturadores. Yo no lo podía creer cuando leía que ustedes eran torturadores, pero ahora me doy cuenta de que es verdad.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde lo leíste, turro?

—No, no sé, por ahí, no sé.

—Te vamos a fusilar, hijo de puta.

Envar El Kadri fue condenado a cinco años de cárcel por tenencia de explosivos e infracción a la Ley Federal de Emergencia N.º 15.293 dictada para suplantar a los Tribunales del Plan Conintes. Estuvo en Caseros; en Neuquén, donde conoció a Monseñor de Nevares; en Santa Rosa, donde los guardiacárceles se habían sublevado el 9 de junio de 1956 bajo el mando del capitán Phillipeaux; otra vez en Caseros, donde lo trajeron el 25 de mayo de 1963 para llevarlo al funeral de su hermano Omar, que murió a los once años. En esos días, las cárceles no tenían pabellones especiales para políticos: los militantes compartían el lugar con los demás presos. Envar, en un cuaderno que llevaba entonces, donde describía la vida carcelaria, escribía recomendaciones jocosas para el preso bisoño:

«Cuando entre al pabellón se le acercará un muchacho y en amable tono de voz le dirá: “Diga, allá en el fondo hay un muchacho que lo conoce”. Usted dirigirá la vista al fondo y sabrá por primera vez qué quiere decir “oscuro como boca de lobo”. No obstante, se armará de coraje y avanzará. Llegará a una rueda matera de 8 o 10 integrantes, que se caracterizarán por tener una toalla alrededor del cuello y calzar zuecos. Lo observarán detenidamente, hasta que uno le preguntará “¿Por qué caíste?” o “¿Andás en la pesada?”. Usted podrá contestar la verdad o mentir. O, sin dejar de decir la verdad, adornarla con algunos detalles. Entonces, se expresará como una persona que nunca ha estado presa, menos en el ambiente, y ellos —los muchachos— confirmarán el juicio emitido por su sexto sentido cuando lo vieron entrar: lo tomarán por un gil, y le harán pasar las mil y una. Así que es recomendable que usted se exprese al “vesre” y en el lunfa, diciendo, por ejemplo:

»“Tuve un tiroteo con la yuta. Le pegué un cohetazo a un tonbo pero se me trabó la máquina y el chino me agarró vovi porque me quería mandar a la

parrilla. En erre-hache estuve catorce días. Trompadas en los riñones, gomazos en la espalda, cadenzos en los pulmones. ¡Todavía orino sangre! Pero no me sacaron ni mú. Me hacen autor de 104 hechos y un amasijo. Tengo 124 quemaduras comprobadas...»», escribía Envar, en su «Cuaderno de Miguelito».

En la cárcel, los peronistas solían llamarlo Miguelito. En la cárcel, Envar-Miguelito conoció a muchos compañeros: la cárcel les dio a estos militantes más bien aislados, de pequeños grupos, la posibilidad de ir haciendo los contactos que más tarde les permitirían crear estructuras nacionales y, además, se anudaban amistades que durarían muchos años. En Caseros, en agosto de 1962, se enteró de que la policía de la provincia había secuestrado a su amigo Felipe Vallese, un obrero metalúrgico del grupo que se robó las armas en Ezeiza, que nunca más apareció y se transformaría en uno de los primeros mártires que reivindicaría la Juventud Peronista. En Caseros, también, vio un día en el rotograbado de *La Prensa* la foto de una maestra primaria que había acompañado a sus alumnos a visitar las instalaciones del diario. La maestra le gustó. De puro preso, de aburrido, le escribió. Cuando le llegó la respuesta estaba más que nada sorprendido:

«Al principio creí que se trataba de una broma —decía la chica—, pero después pensé que no, y entonces pensando en lo que debes estar sufriendo, decidí responderte. Si es una broma olvídale, pero si no era una broma, te ofrezco mi amistad». Envar le contestó, y ella a su vez. El correo, en esa época, funcionaba, y se mandaban un par de cartas por semana. Envar se le declaró en el mismo lunfardo que recomendaba a su bisoño imaginario:

«En este chamuyo reo/ con respeto le diré/ el amor de un hombre niño/
por una niña mujer.

»En entreveros y aprietos,/ el primero siempre fui,/ y si la yuta me dio la
naca/ por seguir un ideal,/ no dejé de ser taura/ ni en la parada aflojé.

»Entre scruchantes y logis/ entre malandras y ortivas/ enfriaba yo los
días./ Minga de alegría o de pasión./ Ninguna feba/ encendía mi metejón.

»En la mula vi una foto/ Entre canguelas y angelitos/ entre pastenacas y
pamelas/ encontré ahí tus ojitos/ que al zurdo encanaron/ sin pogru ni
escrusho.

»Te escribí sin confianza/ porque, en la desgracia,/ el pobre no tiene
esperanza./ Batacazo tu rayito de sol/ hermoso como una flor,/ que en sus
letras mostraba/ la dulzura del Amor...

»Ahí nomás, el bobo se descarriló./ Ya latió sólo por vos/ y a nadie más
relojeó (...)

»Lo que no pudo la yuta,/ lo que no pudo el botón,/ lo logró la niña Mirta/
y su churro corazón.

»Ya pueden venir cohetazos/ y la máquina también./ A la muerte como
hermana/ yo también abrazaré,/ si en esa muerte me espera/ su cariño de
mujer...».

En libertad, Envar no había tenido gran trato con mujeres. El mundo de la Juventud Peronista era muy masculino, y sus actividades lo tenían demasiado absorbido. Pero en la cárcel ese enamoramiento fue uno de sus grandes aliados. Mirta empezó a visitarlo, cada vez que podía, e Caseros, y se siguieron escribiendo cuando lo transfirieron a cárceles más lejanas. Envar salió en libertad en Santa Rosa de La Pampa, el 6 de junio de 1963, después de casi dos años de prisión, porque su condena fue reducida gracias a la defensa del doctor Ventura Mayoral, abogado y apoderado del general Perón. De vuelta en Buenos Aires se encontró con Mirta: los novios epistolares se dieron algunos de los besos, apasionados pero castos, que tanto habían demorado, y ella le pidió que hiciera una vida más normal, que volviera a la facultad, que dejara todas esas historias de la militancia: lo apretó. Fue un error. Entre Mirta y Perón, Envar eligió a Perón.

—Esta pistola me la dio el general Perón para que se la entregue a usted.

Le dijo Héctor Villalón mientras le alcanzaba una cajita con una 7,65, y Envar El Kadri se infló como un pavo real. Envar, Spina y Luis Sansoulet estaban en una suite del hotel Victoria Plaza, el mejor de Montevideo, en pleno invierno de 1963. Villalón era un desconocido, pero había aparecido con credenciales muy en regla, firmadas por el General, que lo autorizaban para ayudar a la reorganización de la Juventud Peronista, y decía que en realidad su verdadera misión era organizar la guerra de guerrillas en todo el continente. Villalón los había invitado a reunirse con él en el Uruguay. Sobre la mesa, junto a las tazas vacías del desayuno, Villalón había desplegado un mapa de la Argentina y les explicaba cómo los tanques que iban a comprar en Chile entrarían por tal paso del sur, y cómo desde Paraguay iba a avanzar un ejército con aviones. La invasión iba a ser definitiva: cualquiera podría haber pensado que eran los delirios de un chiflado pero, a los muchachos, los planes les sonaban a música divina: era lo que siempre habían querido oír y venía avalado por las credenciales del General.

—Lo primero que vamos a hacer es mandarlos a ustedes a Cuba, para que se entrenen en el manejo de los Mig 17, que van a ser los que encabecen la

invasión...

Decía Villalón, y los muchachos se miraban, excitados. Villalón les hablaba de Fidel Castro como quien habla de un amigo de siempre: lo llamaba «El Caballo», y también exhibía su intimidad con un famoso «Barbarroja», que era el cubano que se ocupaba de todos los movimientos revolucionarios en América Latina. Los muchachos ya habían cambiado su juicio sobre Fidel, y estaban muy impresionados.

—Además, quiero que de ahora en más todos los explosivos que hay en Buenos Aires los manejen ustedes...

Mientras tanto, Villalón les dio 150.000 pesos para armar el congreso que tenía que reorganizar la Juventud Peronista. A los pocos días, de vuelta en Buenos Aires, Envar se encontró con un compañero de muchos años, Julio Troxler, el sobreviviente de los fusilamientos de 1956. Su grupo era el que tenía buena parte de los explosivos que, supuestamente, ellos tenían que controlar.

—¿Así que ustedes me quieren matar a mí?

Le dijo Troxler, de movida.

—Pero Julio, cómo se te ocurre.

—No, porque me dijeron que ustedes nos quieren sacar los explosivos.

—¿Quién te dijo eso?

Troxler primero le dijo que no podía decirlo; al final, le confesó que había sido Villalón.

—Ah, Villalón. Flor de hijo de puta. A nosotros Villalón nos dijo que vos querías darnos las cosas.

Al salir de la cárcel, unas semanas antes, El Kadri, Spina y Rulli habían formado un triunvirato para reorganizar la Juventud. Tenían ciertas diferencias: Envar pensaba que la JP debía ser un ejército de cuadros que encabezara la lucha armada, y Rulli una organización de masas para la insurrección popular. En esos días, Envar y Spina se enteraron de que Rulli, que no había estado con ellos en Montevideo, también había escuchado los cantos de sirena de Villalón y se había abierto. Se juntó con Gustavo Rearte: la unidad buscada se estaba rompiendo antes de empezar. Envar estaba muy amargado: Rearte y Rulli estaban entre sus compañeros más queridos. Ahí decidieron cortar por lo sano. Spina, Sansoulet y otros cuatro salieron para Montevideo con la intención de secuestrar a Villalón y traerlo a Buenos Aires, para aclarar las cosas. Pero el enviado se les adelantó: dos días más tarde, caía preso en el bar La Paz, de Corrientes y Montevideo; dicen que su declaración fue un alarde de detalles y de buena memoria.

La reorganización de la Juventud, de todas formas, seguía siendo el objetivo. Tenían los 150.000 pesos de Villalón, Framini colaboró con el hotel de los textiles en Valle Grande, Córdoba, y Vandor les prestó un par de coches para que recorrieran el país convocando a los compañeros de las provincias. Envar y los suyos no sabían manejar, y Vandor puso también a los choferes.

—Dos compañeros de confianza, dos muchachos dispuestos a todo.

Les dijo el Lobo. Un auto lo manejaba Juan Destéfano; el otro, Herminio Iglesias. Eran apenas más grandes que ellos: tendrían veintiséis, veintisiete años. Los respetaban, porque habían estado en la cárcel y en muchas otras. Pero se asombraban de que, cuando hacían noche en algún pueblo, no los acompañaran a tomar unas copas, o al quilombo. Envar trataba de explicarles que tenían que mantener una conducta, que no podían gastarse la guita en esas cosas y Herminio, entre sonrisas, les preguntaba si eran peronistas o curas o troscos o qué eran, pero las discusiones no pasaban de ahí. Fuera de eso, los unía el mismo entusiasmo por su tarea. A veces, cuando pasaban por algún lugar especialmente descampado, ponían un par de naranjas al costado del camino y hacían puntería: Envar solía acertarles de movida, y también lo respetaban por eso.

En poco tiempo recorrieron casi todo el país. Gracias a los contactos de la cárcel, sabían a quién había que ver en cada lugar: hacían reuniones, más o menos clandestinas, con diez, quince o veinte, según hubiera. En cada lugar se nombraban delegados para el congreso reorganizador, y Envar y los suyos les dejaban una cita para octubre en el hotel textil y la plata para el pasaje.

La clandestinidad era relativa: Illia acababa de ganar las elecciones y se suponía que el clima debía ser más democrático. Pero el peronismo seguía proscrito. En la inauguración del congreso, a fines de octubre, cuando Illia ya había asumido, leyeron una carta del General Perón que decía que «el nuevo gobierno recibe un país en quiebra, con su economía paralizada y al borde de la ruina, sus finanzas manejadas por agentes de los intereses foráneos de explotación, con casi un millón de desocupados, con una deuda externa estatal directa de 4000 millones de dólares, con los servidores del Estado impagos y al borde de la miseria, las Fuerzas Armadas desquiciadas y el Pueblo desesperado por los efectos de ocho años de tiranía. (...) Con semejante herencia, nadie puede gobernar como no sea con el concurso orgánico y patriótico de todos los argentinos y en especial de la masa popular, dentro de lo que hace veinte años venimos sosteniendo...».

Los muchachos gritaban Perón, Perón y saltaban entusiastas. El mensaje seguía:

«El Dr. Illia recibirá la banda y el bastón simbólicos, pero el poder y el gobierno permanecerán en manos de una banda de gangsters uniformados que desde hace ocho años los vienen explotando en sus beneficios y en los de los intereses foráneos.

»Si el enemigo común de la civilidad son los mandos de ocupación, lo natural será que nos unamos contra ese enemigo común para desmontar sus fuerzas en forma de que no puedan seguir gravitando funestamente contra el país y su gobierno. El Pueblo Argentino apoyará cualquier esfuerzo hecho en este sentido, porque azorado por los terribles males del presente está inclinado a hacer cualquier sacrificio por su liberación, ya sea colaborando en una situación justa como luchando cruelmente contra la continuidad de la injusticia».

El grito seguía igual: Perón, Perón. En esos años las consignas no eran muy variadas. Cuando se callaban, más mensaje:

«Si, despreciando la oportunidad que se les presenta, la pequeñez y la ambición dominan a estos hombres que la casualidad ha puesto en situación de decidir, se habrá perdido la última ocasión y las consecuencias serán imprevisibles, porque lanzado el Pueblo en brazos de la desesperación sólo le quedará expedito el camino insurreccional y la lucha cruenta con todos sus efectos».

El centenar de delegados cantó la Marcha Peronista con el fervor de quien se desquita y está por fundar algo. Esa misma tarde, llegaron algunos que no habían sido invitados: Alberto Brito Lima apareció en un micro con cuarenta más, con bombos y cadenas. Los muchachos pensaron que había ido a romper el congreso, pero al final lo dejaron hablar: Brito hizo un discurso muy peronista y después decía que había ido «para evitar que se marxistizaran demasiado». Rearte también habló: no era delegado, porque ya estaba organizando el Movimiento Revolucionario Peronista, pero todos lo respetaban como a un líder. Después de dos días de discusiones, el Primer Congreso del Movimiento de la Juventud Peronista sacó una declaración que decía, entre otras cosas, que los jóvenes peronistas se habían reunido «con el sano y patriótico fin de servir a la Patria, con sacrificio y desinterés, en la convicción y certeza de hacerlo mediante la Revolución Peronista y dando cumplimiento a las expresas directivas del Conductor del Movimiento, único e indiscutido Líder de los Trabajadores, General Juan Domingo Perón, portando la inquietud de los compañeros de lucha de sus respectivas zonas, a

los que juran interpretar con lealtad y servir con desinterés, a los efectos de consolidar la unidad de acción, fortificar su organización y efectivizar toda tarea de lucha por la liberación de la Patria». Y, más adelante: «La nueva etapa que se abre determina la hora cero de la liberación nacional y la Juventud Peronista, consciente de la responsabilidad de impulsar estas formulaciones para concretarlas en el plano orgánico, insta a todos los peronistas a la lucha revolucionaria total hasta sus últimas consecuencias...». Y pedían, entre otros puntos:

«En lo político:

- 1) Derogación de todas las leyes represivas.
- 2) Amplia amnistía para todos los presos políticos y sociales.
- 3) Retorno inmediato e incondicional del General Juan Perón a la Patria.
- 4) Restitución al pueblo de los restos de Eva Perón.

En lo económico-social:

- 1) Implantación del control de Estado sobre toda la producción y el comercio exterior.
- 2) Organización del sistema bancario nacionalizándolo y poniéndolo al servicio del Pueblo.
- 3) Expropiación total de los latifundios y bienes de la oligarquía terrateniente sin indemnización (...)

Premisas estas que serán cumplidas cuando el peronismo vuelva al poder para felicidad del Pueblo Argentino».

Y así sucesivamente.

El plan estaba bien organizado: el 10 de noviembre Envar iba a estar en la quinta de Puerta de Hierro de Madrid, enviado por la Juventud a ver a Perón y a entregarle las conclusiones del Congreso. Entonces le iba a decir al General que al otro día, aniversario de la muerte del Chacho Peñaloza, sus compañeros volarían monumentos de Sarmiento en todo el país. Era una manera de demostrarle que la Juventud tenía poder de acción. Perón le iba a decir bueno, todos me dicen lo mismo, pero al día siguiente iba a ver que de verdad había volado todo, así que tendría que darse cuenta de que los muchachos estaban organizados de verdad.

El plan estaba bien pensado, y lo habían armado en cuatro o cinco días. El congreso de Valle Hermoso había terminado a fines de octubre y Envar, con el mandato de la Juventud, tuvo que ponerse a buscar la plata para el pasaje a Madrid. Primero fue a hablar con la conducción del Movimiento: Cafiero, Iturbe y Saadi le dijeron que sí, que se lo pagaban, cómo no, pero que la plata

iba a tardar un par de semanas. Él tenía que viajar ya mismo, porque si no todo el plan se desmoronaba, y se lo comentó a su padre.

—Mirá, papá, me van a pagar todo, pero por el momento la plata no está. ¿Vos podrías sacar un crédito y después yo te voy dando la plata todos los meses?

—Podría ser, ¿pero estás seguro que ellos te la van a dar?

—Sí, sí papá, me prometieron.

Don Khaled, entonces, firmó dieciocho pagarés en una oficina de Air France en la calle Florida. Después, durante un año y medio, cada mes sería una lucha para que el Movimiento le pagara la cuota. A veces, cuando las tensiones políticas entre jóvenes y viejos se erizaban, no había plata.

Envar El Kadri llegó a Madrid el 8 de noviembre: estaba deslumbrado. No paraba de decir que cinco meses antes estaba en el penal de Santa Rosa y ahora ahí, a punto de ver al General: no lo podía creer. Tenía veintidós años y le parecía que el mundo se le rendía sin una sola queja.

Envar viajó con otros tres: un tal Martín, sindicalista de la resistencia, del gremio de los jaboneros; un coronel Ortega, muy peronista, de esos que siempre estaban preparando alzamientos; y el Pelusa Bertelli, un dirigente de la resistencia de Rosario, un hombre grande, muy nacionalista, del que se contaba que había estado en cantidad de expropiaciones, caños y otros hechos. Envar se sentía bien acompañado: eran compañeros que habían probado su peronismo en las calles y cárceles, en la acción. Podía haber algunas diferencias de criterios o de ideas pero, en ese momento, parecían secundarias.

En el hotel donde se instalaron, cerca de la Gran Vía, los esperaba la noticia de que Perón los iba a recibir a las nueve de la mañana siguiente. Cuando le dio la mano, en ese escritorio de la casa de Puerta de Hierro donde el General solía recibir a sus visitas, Envar se quedó mudo. Perón tardó muy poco en dejar los saludos de cortesía y empezar a echar pestes sobre Villalón:

—No me hablen más de Villalón, porque ese Villalón hizo todo lo contrario de lo que yo le había dicho. Le dije que no fuera a Montevideo y al primer lugar que se va es a Montevideo. Montevideo es como Suiza en la guerra mundial, la cueva de todos los servicios. Todos los servicios, no falta ni uno. Ahora están todos enterados, y esto abortó, y no me hablen más, ni quiero hablar más de él. Ni me cuenten.

El General estaba cabrero. Después les dijo que la táctica de la conducción había cambiado: ya no se trataba de ir al enfrentamiento sino de aprovechar el gobierno democrático de Illia para tratar de volver al país. Les

habló de la Operación Retorno, que estaba preparando para el año 64, y que entonces era un gran secreto. Les pidió que no lo comentaran con nadie, pero que dentro de ese marco tranquilizaran los ánimos: él quería volver, les dijo varias veces, como prenda de paz y unidad entre los argentinos.

Envar seguía callado: no podía creer que ese hombre por el que estaba dispuesto a dar la vida estuviera ahí, hablándoles. Era raro que Perón fuera tan parecido a sí mismo, a ese personaje de tantas fotos y carteles. Era raro que tuviera la misma sonrisa cachadora, los ojitos achinados peligrosos, el pelo renegrado y la risa un poco floja, de mandíbula caída, que desaparecía en un segundo cuando el hombre quería. Era raro que Perón fuera tan Perón, y que estuviera hablándole ahí, sentado en su escritorio. Pero lo que le decía era lo contrario de lo que había ido a escuchar, y no terminaba de imaginarse qué les iba a transmitir a sus compañeros: había llegado para explicarle al General sus proyectos de agitación, sus intenciones revolucionarias, y se tendría que volver con las órdenes de tranquilizarse y aceptar el juego institucional. El encuentro fue breve, porque Perón tenía otros compromisos, y quedaron en volver la mañana siguiente. Cuando salieron, los demás le tomaban el pelo:

—Che, te comieron la lengua los ratones.

—No, lo que pasa es que estoy muy emocionado.

—Sí, claro, pero tenés que hablar.

—Sí, seguro, mañana, mañana.

Después, en un café de la Gran Vía, los visitantes discutían las novedades. El aire olía a churros rancios. Envar estaba preocupado y les preguntaba cómo podían hacer para convencerlo al General de que no cambiara la línea tan de golpe:

—No, no, si Perón ya dijo que él... Yo soy disciplinado, él dio las directivas, ustedes lo escucharon igual que yo. Tenemos que cumplir las directivas. No vamos ahora a discutir las directivas.

—Pero coronel...

—No, no. Si el General lo dice...

Aceptaba el coronel Ortega. Martín, el sindicalista, no estaba de acuerdo:

—Tiene razón Envar, ¿qué vamos a decir a la vuelta? Vinimos con una postura revolucionaria y ahora nos volvemos con una postura pacifista, domesticados. ¿Qué vamos a decirle a los compañeros? Van a creer que nos vendimos.

El coronel insistía con la verticalidad; Bertelli participaba poco. Envar seguía preocupado. Al final les anunció que iba a intentar algo:

—Mañana yo voy a hablar. Vamos a ver qué pasa.

El 9 de noviembre llegaron más temprano. Envar había estado pensando muy bien lo que tenía que decir, y arrancó de movida:

—Mi general, ese barquito que tiene usted lo hizo De Roberto en el pabellón 23 de la Cárcel de Caseros, y me pone muy contento verlo aquí, porque simboliza nuestro espíritu de lucha...

El General miraba complacido un velero tallado en madera, con el nombre «La Argentina» y una dedicatoria pirograbada que decía: «A Juan Perón, el mejor piloto de tormentas»; mientras, Cacho respiraba hondo antes de seguir:

—... y en la Juventud Peronista estamos en una postura de lucha, no porque seamos violentos ni nada por el estilo, sino porque vemos que durante tanto tiempo nos han engañado: Frondizi subió con nuestros votos y después nos traicionó; los militares nos han prometido golpes y esto y lo otro y un día que estaba nublado, otro que a mi mujer le duele la cabeza, otro día se hizo el golpe pero no sirvió para nada. Nosotros queremos organizarnos como se organizó Cuba, Argelia. Nosotros también queremos luchar. Usted mismo nos enseñó que hay que luchar. El enemigo ya nos ha mostrado que el único idioma que entiende es el de la violencia. Y creemos que con cambiar de dirigentes y sacar a Villalón y poner otro, o mejor, un conjunto, un grupo, un Estado Mayor, esto tendría que salir adelante. Porque nosotros lo único que cuestionamos...

Envar notaba que Perón quería interrumpirlo, pero seguía. Rápido, sin parar. Estaba un poco asombrado de su propia osadía, pero había pensado cada palabra detenidamente:

—... es a un hombre que pretendió enfrentarnos, pero no la estrategia ni la metodología y acá están mis compañeros que le van a confirmar que en todo lo demás estábamos de acuerdo con las instrucciones que usted le dio a Villalón, General.

Finalmente, Perón lo miró fijo diez segundos y consiguió que se callara.

—No, de ninguna manera se puede seguir adelante con eso. Los servicios de informaciones ya están al tanto de todo, y un plan que el enemigo conoce no sirve para nada. Hay que hacer todo de nuevo. Hemos perdido el factor sorpresa. Ellos ya saben todo lo que íbamos a hacer porque este inconsciente se instaló en Montevideo, y yo le dije que no fuera a Montevideo, que era preferible que se instalara en Rosario, o en Avellaneda... De todas formas, ése es un problema del pasado. Ya les he dicho que lo que se impone en esta etapa es buscar la pacificación, la concordia entre todos los argentinos. Mi retorno no tiene sentido si no es una prenda de paz para la patria.

Envar lo escuchaba consternado. Además, uno de los perritos bandidos se había ensañado con él y le mordisqueaba los tobillos.

—General, yo no le puedo decir esto a mis compañeros. ¿Cómo vamos a hablar de paz con los torturadores, con los asesinos?

Fue entonces cuando Perón se hartó. Frunció el ceño para que se viera que lo estaba frunciendo, estuvo a punto de golpear su escritorio con la mano y después, muy suavemente, le dijo:

—Muchacho, ya que usted sabe tanto de revoluciones, hágala usted.

Envar le contestó demasiado rápido. Parecía que se había dejado llevar por la calentura:

—Mire, General, si yo supiera cómo hacer la revolución, la haría para mí...

Los otros tres lo miraron, aterrados. Perón lo esperaba agazapado.

—... pero es con usted que la tenemos que hacer, General. Sin usted no la podemos hacer, porque usted es el único capaz de guiarnos en esta empresa, es el mejor piloto de tormenta, como dice el barquito. Por eso estamos acá, y por eso estamos dispuestos a dar todo por usted.

El General se quedó un momento callado y después se rió, despacio, sin muchas ganas, y murmuró algo acerca de que le gustaba que sus muchachos fueran así, enérgicos, dispuestos a llevarse el mundo por delante. Todos los demás se rieron también. Martín, el sindicalista, trató de recomponer la situación:

—Bueno, claro, General, tiene razón, la pacificación, porque así le probamos a los gorilas que nosotros tenemos voluntad de unir al pueblo argentino, que nosotros somos más patriotas que ellos.

El clima se fue distendiendo. Envar se había quedado apichonado, con el perrito mordisqueándolo. Poco después entró Isabelita para recordarle a su marido que los estaban esperando en alguna parte. Isabelita era joven y usaba un peinado muy complejo. El General tenía que irse y Envar todavía no le había dicho lo que venía a decirle. Tosió, y la voz le salió desfallecida:

—General, nosotros, como pensamos que muchos grupos vendrán a decirle que tienen gente en todo el país, queríamos mostrarle que estamos realmente organizados. Entonces habíamos pensado que la mejor carta de presentación de nuestra organización era hacer una serie de atentados...

El General lo cortó en seco:

—¡Nooo, qué van a hacer!

—No, nada, General, unos petardos, unas acciones simbólicas de volar algunos bustos de Sarmiento para recordar el aniversario de la muerte del

Chacho Peñaloza y señalar que Sarmiento fue el responsable de la muerte del Chacho, que nosotros nos sentimos identificados y continuadores de esos caudillos del interior.

—No, no, pareló. No hagan eso, no se da cuenta de que yo estoy preparando mi vuelta por la paz y la unidad de todos los argentinos. Tiene que pararlo, llame por teléfono, arreglélo de alguna manera.

—Pero General, ¿cómo? Ahora ya está todo en marcha, imagínese, en todo el país...

—No, no, lo tiene que parar como sea.

El perrito bandido seguía mordiéndole los tobillos. Enfrascado en la discusión, sin darse cuenta, Envar lo agarró del cogote y lo revoleó metro y medio. El perrito aterrizó con un chillido y desparramo de patas en la alfombra. El General lo miró casi con bronca.

En el taxi, sus compañeros le reprocharon su falta de tacto y su asistencia con el General.

—Estás loco, lo hiciste calentar al viejo, sos un boludo.

—¿Y qué? ¿No estábamos de acuerdo todos? ¿No habíamos dicho que íbamos a decir esto, y después me dejaron solo?

—No, lo que pasa es que vos tenés que comprender, porque el General tiene razón en lo que dice. Él no dijo que fuera definitivo, pero este año hay que parar porque él va a volver por la pacificación. Después, si no vuelve, entonces...

—Pero al final qué vamos a hacer. ¿Qué le voy a decir a los compañeros?

Apenas llegaron al centro, Envar se fue a la Telefónica, ahí mismo, en la Gran Vía, a tratar de hablar con Luis Sansoulet.

—Luisito, el viejo me cagó a pedos. Hay que levantar todo.

—¿Cómo? ¿Pero vos estás mamado?

—No, pero el Viejo dijo que hay que parar...

—Pero carajo... ¿Cómo te dijo eso?

—Bueno, no te puedo explicar, pero me lo dijo. ¿Qué hacemos?

—¡Putá, el Viejo te convenció también a vos! Los convence a todos...

—¿Qué hacemos, Luis?

—No lo vamos a poder parar.

—¿Y qué hacemos?

—Decile que yo voy a hacer todo lo posible, pero no creo que me den bola. No, no paramos un carajo.

—Y bueno, metele. Le voy a decir que no pude hablar con ustedes.

El 11 de noviembre de 1963, en varias ciudades argentinas saltaron bustos de Sarmiento por los aires. En Viedma, la noble testa acabó en el río. En el Nacional Sarmiento de la capital, un par de desaforados, con «Dulce de leche» Ibarra a la cabeza, lo ataron al paragolpes de un Peugeot 403, lo arrancaron y lo arrastraron por la calle Libertad. En San Juan pintaron la pared de la casa natal con unas tacuaras y lo firmaron como Juventud Peronista.

Envar se pasó todo el día 12 esperando los diarios argentinos. A la noche, en Cibeles, consiguió *La Nación*. Hacía un frío de perros. En la primera página un artículo anunciaba «Graves atentados contra Sarmiento en todo el país» y, más allá, hablaba de «la barbarie y la incultura ya habituales en ciertos grupos políticos...». Envar no sabía si alegrarse o preocuparse más todavía.

El 13, Envar El Kadri y sus tres compañeros tenían que volver a Puerta de Hierro a despedirse del General antes de volar para la Argentina. Mientras hacían antesala, los atendió un secretario de Perón, un tal Algarbe, que también era hijo de libaneses y había simpatizado con Envar.

—Algarbe, ¿el General leyó *La Nación*?

—Sí, ¿sabe lo que me dijo? Me dijo leameló de nuevo, leameló de nuevo. Dos veces se lo tuve que leer. Se lo veía contento.

Cuando entraron, Envar jugó el humilde.

—General, lo que se pudo parar se paró, pero algunas cosas no...

—Sí, ya lo vi, ya lo vi.

Perón estaba afable, simpaticón. Tenía en brazos a uno de los perritos y se le habían reducido las ojeras.

—Nosotros, General, queremos que sepa que somos sus soldados, de manera que vamos a hacer lo que usted nos dice, pero nos va a costar convencer a nuestros compañeros.

—Sí, lo entiendo. Pero yo no quiero que corran riesgos inútiles. Por ahora no hagan más nada. Me doy cuenta de que la representatividad que ustedes tienen...

Entonces Perón empezó a hablar de lo que era la conducción, que todos tenían que obedecer a la conducción, que si bien cada peronista llevaba su bastón de mariscal, igual había un dispositivo. Que él manejaba todo el dispositivo. Que si cada cual hiciera lo que quisiera sería un caos, y nunca se llegaría a ningún resultado. Cuando terminó su lección, sacó una carta de cuatro carillas manuscritas y se la tendió a Envar. La carta estaba dirigida al Movimiento de la Juventud Peronista y abajo decía «Don Envar El Kadri». En

esos días, las cartas de Perón valían su peso en oro en las internas del Movimiento. La carta era un privilegio, pero Envar se preocupó:

—General, le agradezco mucho. Una carta suya para nosotros es invalorable, pero nosotros no queremos personalizar. Si yo la llevo así con mi nombre, los compañeros van a creer que yo vine a buscar una carta suya para avalarme. Nosotros queremos tener una conducción colectiva, no caudillos. En el movimiento siempre hemos tenido problemas con los pequeños caudillos...

—¡Pero no me hable de caudillos! ¡Ojalá tuviéramos caudillos!

Le gritó Perón. Decididamente, Envar El Kadri no conseguía decir lo que Perón quería escuchar. El General estaba casi exaltado:

—Lo que nos faltan son caudillos. Si tuviéramos buenos caudillos, yo ya habría vuelto al país. Lo que pasa es que todo lo esperan de mí y no hacen nada. ¡Ojalá tuviéramos caudillos! ¡Tendríamos que tener veinte caudillos y entonces no me hubieran echado y no estarían esperando todo de mí, y estarían haciendo las cosas que tendrían que hacer!

Envar escuchaba con la cabeza baja. Martín, para tratar de desviar otra vez la tensión, preguntó si el General creía que los militares y los radicales lo iban a dejar volver en son de paz.

—Bueno, yo voy a intentar volver en el 64 por la pacificación y la unión de todos los argentinos. Pero si no me dejan volver yo salvo mi responsabilidad...

Juan Domingo Perón empezó otro discurso sobre sus responsabilidades históricas, y en un par de minutos ya había recuperado su talante afable. Los enojos le duraban poco, o sabía controlarlos bien. Envar aprovechó el momento:

—General, entonces hasta el 31 de diciembre nosotros estamos por la pacificación, la unión de todos los argentinos, pero si el primero de enero del 65 usted no volvió, nosotros quedamos en libertad de acción.

—Por supuesto, ya veremos, ya veremos. Pero no se preocupe, ya va a ver cómo el año que viene me tiene en Buenos Aires.

Habían vuelto la calma y la concordia. Perón agarró un frasquito del escritorio y borró con aplicación la línea que decía «Envar El Kadri»; después agitó en el aire la hoja, para que se secase:

—Así no va a tener problemas de personalismo...

A Envar le pareció que el General era una especie de padre de familia que te pega, te sermonea, y después te premia. Cuando llegó a Buenos Aires sus compañeros lo recibieron con bastante escepticismo: lo habían mandado con

una idea y lo veían volver con otra totalmente distinta y que, además, reducía mucho sus posibilidades de participación, y abría el juego a las estructuras más institucionales. Envar estaba un poco decepcionado pero, por otro lado, suponía que el General le había dado las órdenes correctas: él era la conducción estratégica, el que tenía todos los datos, las llaves de todo, y además era muy difícil sustraerse al recuerdo de su magnetismo. Cuando sus compañeros se ponían muy duros, Envar trataba de tranquilizarlos con la cuestión del plazo:

—Y bueno, hay que quedarse piolas hasta fin del año que viene. Pero después, si no lo dejan venir, o lo cagan, ahí sí que no nos para nadie.

La idea del avión negro se le había ocurrido a Edgardo Lombardi, que era bueno para esas cosas. Era simple: lo llevaban desarmado en el taxiflet de un compañero, lo armaban rápido en la Plaza de Mayo y, para cuando llegara la policía, el fotógrafo de *Crónica* ya iba a tener la foto del avión de seis metros con el cartel que decía «En este avión vuelve Perón para acabar con la explotación». Esa noche, la foto salió en la tapa del diario. «Avión negro en la Plaza de Mayo», era el título, grande.

También les avisaron a los de *Crónica* cuando quisieron liberar al gorila del zoológico, el 16 de septiembre, y fue el fotógrafo el que los convenció de que podía ser un peligro: de todas formas, le pusieron un cartel que decía: «Éste es el único que no quiere que Perón vuelva», y volvieron a salir en la tapa del diario. En ese año 64, el Movimiento de la Juventud Peronista cumplía con las órdenes pacificadoras del General. Se portaban bien: muchos andaban armados porque era la costumbre, pero no ponían caños ni emprendían acciones violentas. La CGT había lanzado un plan de lucha y había fábricas y talleres ocupados; los muchachos del MJP, cuando podían, ayudaban a los sindicalistas amigos con un discurso, una guardia o un acto. Habían crecido mucho: eran más de quinientos militantes, repartidos en distintos barrios y ciudades. Pero ya se iba terminando el año y Perón no volvía. En alguna de esas reuniones que tenían que coordinar el retorno, con políticos y sindicalistas, Envar proponía que compraran armas:

—Si Perón va a volver, juntemos la plata de todos los sindicatos, de todas las cajas fuertes, veinte millones, cien millones de pesos, y compremos armas y preparemos todo, porque si Perón vuelve y nosotros no estamos preparados esto va a ser un desastre. Tenemos que estar preparados.

No convencía a nadie:

—No, no, Perón vuelve por la paz, por la pacificación. Vamos a decretar la huelga general.

—Sí, pero si después reprime la policía, ¿qué hacemos?

—No, no va a reprimir, porque ya estamos haciendo trabajo de ablande con la policía, el ejército no va a salir.

Envar ya había oído esa historia muchas veces. En esos días, también, los del MJP tuvieron un primer encontronazo con Alonso. El sindicato del Vestido había comprado un hotel de turismo, por mucho dinero. Los muchachos les reprochaban su reformismo:

—¿Qué querés, que los trabajadores se vayan de vacaciones gracias al sindicato, porque es más barato y entonces pueden salir con los salarios de hambre que tienen, o tomar el poder para que los trabajadores puedan disfrutar de sus vacaciones, para que todos los argentinos puedan disfrutar de sus vacaciones con la plata que ellos mismos ganan, porque tienen salarios dignos?

Y los otros les decían que se estaban volviendo cada vez más troscos. Fue la época en que tuvieron esa discusión sobre la plusvalía. Dardo Cabo, el hijo del sindicalista Armando Cabo, que había estado en la cárcel con su padre y con Envar y que, entonces, dirigía el Movimiento Nueva Argentina, les decía que no creyeran en eso, que era un invento de los bolches. Y en el MJP había dos posturas, muy enfrentadas: unos estaban de acuerdo con Cabo y otros decían que no, que era una realidad verificable en la práctica. Pero esta postura la sustentaba sobre todo un tal el Pato Kapeluzny, entonces los de la contra decían que claro, que ese encima de comunista era judío y por eso los quería convencer de todos esos camelos. A Envar le parecía que si el trabajador produce una mercadería por valor de tanto y le pagan tanto, la diferencia, una vez que se descuentan los insumos, es la plusvalía y que, si bien sirve en parte para amortizar el capital, es el dinero que el patrón le saca al obrero. Sin embargo esos enfrentamientos no solían terminar en rupturas o separaciones. La discrepancia se olvidaba en las acciones compartidas, en el compañerismo o las amistades de muchos años.

Ciertos datos cambiaban. Juan Domingo Perón, a esa altura, había hablado del «gran Mao»; Mao acababa de rebelarse contra la Unión Soviética y se hacía más tolerable para el anticomunismo peronista. Envar empezó a leer a Mao, y también a convencerse de que Fidel Castro no era un Lonardi caribeño sino el líder de un pueblo. Y empezó a admirar cada vez más al Che Guevara. Guevara era una figura subyugante y además servía, cosa de no perder la costumbre, para criticar a los comunistas que lo apoyaban de palabra pero no

seguían sus enseñanzas. Lo cual se agregaba al sonsonete habitual: que habían estado con Braden en la Unión Democrática del 46, que habían estado contra Perón todo su gobierno, que habían estado con los Comandos Civiles de la Libertadora, que los militares les habían entregado los sindicatos peronistas, que lo habían apoyado a Frondizi. Y que los verdaderos continuadores del Che Guevara, ya iban a ver los bolches, serían ellos, los muchachos peronistas.

El 64 se acababa, y Perón no volvía. El Movimiento de la Juventud Peronista decidió convocar a un congreso para el 30 de noviembre en Salsipuedes, Córdoba. Consiguieron un hotel del sindicato de Telegrafistas, uno de esos hoteles que solían criticar, y reunieron sesenta delegados de todo el país. El plazo que Perón les había dado estaba por vencer, y el congreso intentaba, sobre todo, pensar y preparar la posibilidad de acciones armadas para el año siguiente. La estrategia de la paz, decían, ya había fallado.

Había un hombre, que habían conocido poco antes, que los tenía bastante fascinados: Ciro Ahumada. Ahumada era un ex capitán del ejército y había intervenido en un famoso robo de explosivos en una cantera de Mendoza, en el 58. Después, decía, se había preparado en Argelia y en Cuba. Más tarde empezarían a circular versiones que lo acusaban de ser de los servicios o incluso de la CIA pero, entonces, el hombre tenía aureola de revolucionario. En el congreso, Ahumada les dio las primeras clases sobre Sun Tzé, Clausewitz o Liddel Hart, un militar británico que explicaba cómo era posible hacer mucho daño con pequeños grupos que atacan las líneas interiores del enemigo. Ahumada les hablaba de guerra popular, de guerra integral, de explosivos, de tácticas guerrilleras. Y, cada vez más, les parecía que no había otra solución: que los militares y los gorilas no iban a entregar el poder si no se lo sacaban por la fuerza. En eso andaban cuando se enteraron que Perón estaba detenido en el aeropuerto de Río de Janeiro: había intentado volver, y las autoridades argentinas le pidieron a las brasileñas que lo mandaran de nuevo a Madrid. La Operación Retorno se derrumbó sin mucho estruendo.

Los muchachos, en Salsipuedes, vieron que se confirmaban sus prevenciones sobre la vía pacífica. Es más: en pequeño comité, cinco o seis resolvieron que los traidores que habían organizado todo para que fracasara tenían que pagar. El 5 de enero de 1965, Envar y otro compañero estaban parados frente a una casa cerca de Plaza Italia donde vivía el ingeniero Alberto Iturbe, uno de los responsables del Operativo Retorno, uno de los que, según ellos, más había traicionado. Estaban dispuestos a matarlo: la

sorpresa fue cuando lo vieron salir de su casa con Andrés Framini, a quien respetaban. No quisieron arriesgarse a matarlo también, y Envar suspendió la operación. Después, el compañero que estaba con él le reprochó que se había cagado; hubo discusiones muy fuertes, y el muchacho se fue con el grupo de Rearte. Al poco tiempo, estaba haciendo entrenamiento militar en Cuba. Después habría más, pero ya en el 65, algunos argentinos empezaron a recibir entrenamiento militar en Cuba. Los muchachos del MJP se jactaban de que no habían ido ni iban a ir, porque pensaban que todo ese dinero que el pueblo cubano gastaba para entrenar gente les era más necesario para comprar medicinas y alimentos, que debían pagar con dólares contantes y sonantes, por causa del bloqueo. Además, la cuestión no era entrenarse, sino hacer las cosas acá, como ya las habían hecho antes con la Resistencia y los Uturuncos.

A principios del 65, la decisión de traer al General por los medios que fueran ya estaba tomada. Todavía no hacían gran cosa pero se preparaban, como el atleta que espera la carrera. Iban a tirar al Tiro Federal o algún descampado de Sarandí o de Quilmes, hacían prácticas militares en la laguna de Lobos, disfrazados de pescadores melancólicos. El elenco estable seguían siendo los diez o doce de siempre, pero había muchos nuevos, más jóvenes, menos curtidos, igualmente entusiastas. Perón los alentaba: «No intentamos de ninguna manera sustituir un hombre por otro, sino un sistema por otro sistema. No buscamos el triunfo de un hombre o de otro, sino el triunfo de una clase mayoritaria, y que conforma el pueblo argentino: la clase trabajadora. Y porque buscamos el poder, para esa clase mayoritaria, es que debemos prevenirnos contra el posible “espíritu revolucionario” de la burguesía. Para la burguesía, la toma del poder significa el fin de su revolución. Para el proletariado —la clase trabajadora toda del país— la toma del poder es el principio de esta revolución que anhelamos, para el cambio total de las viejas y caducas estructuras demoliberales (...) Es fundamental que nuestros jóvenes comprendan que deben tener siempre presente en la lucha y en la preparación de la organización que es imposible la coexistencia pacífica entre las clases oprimidas y opresoras. Nos hemos planteado la cuestión fundamental de triunfar sobre los explotadores, aun si ellos están infiltrados en nuestro propio movimiento», les escribía en una carta de octubre del 65, que había traído un muchacho de la MJP que habían mandado a verlo. Cada vez que había que ir a Madrid designaban a un militante distinto, porque seguían pensando que entre ellos no tenía que haber figurones ni caudillos sino formas de conducción compartida, grupal.

El MJP tenía un pequeño arsenal guardado en una casa, de donde nadie podía sacar un arma si no explicaba para qué era: en general, se solían usar para defenderse en las reyertas con los grupos de Brito Lima o de Dardo Cabo o, al menos, para no ir inermes a las reuniones con esos compañeros peronistas porque a pesar de todas las promesas de unidad y juramentos de acatar las directivas de Perón, los muchachos siempre estaban a punto de enfrentarse con el grupo de Brito Lima o el de Dardo Cabo, donde un tal Giovenco azuzaba el conflicto, hasta que lo echaron. Alguna vez, también, «expropiaron» —como decían— algún dinero para pagar el papel para imprimir *Trinchera*, o un par de fierros. Una vuelta tenían que ir a buscar unos explosivos que se habían conseguido en Mendoza, pero no les alcanzaba la plata. Cacho se fue a ver a Antonio Cafiero:

—Necesitamos plata porque tenemos que ir a Mendoza a buscar unos explosivos que...

—Bueno, tá bien. Yo le voy a dar la plata pero olvídense que usted me dijo para qué era.

La plata no era mucha: lo que les importaba más era que los políticos del partido también les dieran una mano. Y, mientras, seguían haciendo política legal: manifestaciones, actos, reuniones. Incluso mandaron un delegado al Festival Mundial de la Juventud, que se realizó en Helsinki, organizado básicamente por el PC, pero con una condición: que el billete permitiera la consabida escala en Madrid para verlo al General. El acercamiento había empezado el año anterior, cuando el embajador argelino había convocado a miembros de distintas juventudes políticas para invitarlos a un Festival Mundial que se iba a hacer en Argel. En esas reuniones, Envar, que ya empezaba a llamarse Cacho, conoció a jóvenes militantes como el demócrata cristiano Horacio Mendizábal, el radical Carlos Suárez y los comunistas Manuel Campos, Antonio Sofía y Rafael Sahieg. Y también a otra comunista que se llamaba Marina Malamud.

—Por favor. Vamos a tomar un café a otro lado, donde podamos charlar un rato tranquilos.

—No, no puedo.

—Sólo un café. Vos y yo tenemos que hablar, en serio.

Estaban en una recepción en la embajada de Argelia: era la quinta o sexta vez que se veían y Cacho estaba loco por esa mujer de grandes ojos azules. Al cabo de un rato de insistencia, Marina aceptó. Quedaron en encontrarse poco después en el Odeón de Flores. Para que nadie lo notara, Cacho saldría primero, se tomaría el 76 y, unos minutos más tarde, ella haría lo mismo.

Sentado en una mesa del salón familias, bien arrinconada, Cacho repasaba lo que le diría, cuando la vio llegar.

—No sabés lo bien que me hace que hayas venido.

Ella trataba de mostrarse distante, pero no sacó la mano cuando Cacho acercó la suya, sobre el mantel.

—Marina, ya sabés que me has vuelto loco. Nunca antes había estado así: me parece que hasta ahora no sabía lo que era estar enamorado de verdad.

—Cacho, no sigas. No hay ninguna posibilidad.

Cacho intentó decirle que al contrario, que tenían un mundo de posibilidades por delante, pero ella lo cortó en seco:

—Estoy casada.

—¿Cómo casada? No me dijiste nada, no llevás anillo...

Marina no dijo nada. La primera línea de argumentación era un fracaso. Cacho intentó otra:

—¿Y no me vas a decir que vos, una comunista convencida, va a tomar en cuenta esas convenciones de la legalidad burguesa?

Marina trataba de mirarlo con paciencia, como quien tiene que explicarle todo a un chico, pero ya estaba poniéndose nerviosa:

—La legalidad burguesa no tiene nada que ver con todo esto. Mi marido es un compañero revolucionario, y además yo estoy muy enamorada de él.

—Vamos, qué va a ser un compañero... Marina, no te niegues a la evidencia de nuestro amor. Nosotros...

—Es un compañero, y además vos lo conocés bien.

Cuando Marina le explicó que se trataba de Luis María Aguirre, compañero suyo del Liceo, con quien había vendido libros casa por casa muchos años antes, Cacho no podía creer en mala la suerte.

Como consecuencia de esos contactos con las juventudes políticas, el MJP fue uno de los organizadores de la gran manifestación de Congreso contra la invasión de Santo Domingo por los americanos, donde los de Brito Lima se tirotearon con los comunistas y hubo un muerto por bando. Cacho, a todo esto, estudiaba alguna materia de Derecho y ayudaba a su padre en el negocio de comprar telas en los remates de aduana, porque en esa época no había importación. Pero, sobre todo, se estaba preparando. La actividad pública era importante, pero lo que contaba de verdad era lo que se estaba armando por debajo, en silencio. Por eso no le importó demasiado cuando el golpe de Onganía derribó al gobierno de Illia, fruto de la proscripción del peronismo.

—No, no, tenemos que estar expectantes, tenemos que ver qué pasa. Por ahora conviene desensillar hasta que aclare, como dijo el General. No nos

metamos, muchachos, vamos a ver qué pasa.

En esos días de julio, Cacho y los suyos hicieron correr la bola de que iban a hacerle caso al General y quedarse a la expectativa. Era la versión pública. En privado, los diez o doce del núcleo duro pensaban otra cosa:

—Ahora que proscribieron la actividad política, intervinieron las universidades, prohibieron las huelgas, cada vez va a estar más claro que no hay otro camino que la lucha armada.

Se dijeron, y decidieron que iban a hacerse los boludos lo mejor que pudieran.

—Hagamos una vida totalmente legal. La cana nos conoce y a los primeros que va a venir a buscar es a nosotros. Así que no nos veamos más, no hagamos más reuniones, y digámosle a todos que nosotros no nos metemos más en nada, que estamos ablandados, desengañados.

Cacho El Kadri se dedicó a cursar más materias, empezó a salir con una chica de la facultad y a veces se ponía nervioso cuando se enteraba de que los demás decían que se había ido al mazo: otro que se cagó, que está borrado. Pero les había dicho a sus compañeros que alimentaran ese rumor. Cuando cualquier otro lo venía a buscar para hacer algo, se encontraba con una pared:

—No, hermano, yo no quiero saber nada.

—Pero macho, no ves cómo estamos... Tenemos que dar una respuesta.

—No, dejame de joder, no me vengas a hablar de esas cosas...

Le parecía que había llegado la hora de preparar algo serio.

Junio de 1966. En esos días, el jefe de redacción de *Primera Plana*, Tomás Eloy Martínez, estaba en Madrid, armando una nota sobre España a treinta años de la guerra civil. Antes de salir de Buenos Aires, había arreglado con el director de la revista que si se concretaban los rumores de golpe en la Argentina, trataría de entrevistar a Perón. No era fácil y, sobre todo, podía tener consecuencias: semanas antes, Pinky y Cacho Fontana lo habían hecho y, a su vuelta, fueron molestados por la policía. Tomás Eloy Martínez había acordado con su director una contraseña: por eso, cuando le llegó un telegrama de la revista con la orden de que «traiga marchas militares», se puso de inmediato a buscar un contacto con el general Perón.

Durante toda la mañana del 28 de junio, en la quinta de Puerta de Hierro nadie contestó el teléfono. Después de varios rodeos, Martínez dio con Jorge Antonio, financista argentino y hombre de confianza del general en su exilio madrileño. Antonio le arregló una cita para esa misma tarde, en su lujosa oficina del Paseo de la Castellana. Allí, bajo un gran retrato de Ernesto

Guevara, Perón habló largamente con Tomás Eloy Martínez: era su primer encuentro. El artículo, publicado en la edición especial de *Primera Plana* del 30 de junio, empezaba diciendo:

«En la noche del domingo 26, Perón recibió en Puerta de Hierro un cable que decía textualmente: “Llegaré a Madrid entre el veintiocho y el veintinueve, pero probablemente anticiparé viaje veinticuatro horas”. Era la comunicación oficial de que el alzamiento contra Illia iba a estallar.

»Al anochecer del martes 28, asediado por la prensa española, a la que finalmente no recibió, Perón se encerró tres horas con el enviado especial de *Primera Plana*, Tomás Eloy Martínez. Parecía animoso, fumando un cigarrillo detrás de otro, bebiendo té y jugo de naranjas, con un pantalón blanco cuya pulcritud cuidaba al sentarse y una camisa de mangas cortas.

»Antes de la conversación, Jorge Antonio le informó que Onganía asumiría el poder a las 22, hora española. Al terminar, su secretario Giménez le anunció la suspensión de las relaciones de Estados Unidos con la Argentina: “Es la gran ocasión que tienen estos muchachos para ganarse ahora el afecto popular. ¿Sabe qué haría yo en estos momentos? —le dijo al cronista—. Lanzaría un llamamiento nacional explicando al país que Estados Unidos nos aisló y que somos lo bastante fuertes como para salir adelante solos. Ya vería usted cómo inmediatamente el pueblo no vacila en engrosar las filas detrás de Onganía”. El entusiasmo de Perón por la revolución lo había hecho levantar la voz, guiñar picarescamente el ojo izquierdo, encenderse y abrir los brazos con vehemencia, como en los buenos tiempos.

»“Para mí, éste es un movimiento simpático —dijo— porque se acortó una situación que ya no podía continuar. Cada argentino sentía eso. Onganía puso término a una etapa de verdadera corrupción. Illia había detenido el país queriendo imponerle estructuras del año mil ochocientos, cuando nace el demoliberalismo burgués, atomizando a los partidos políticos. Si el nuevo gobierno procede bien, triunfará. Es la última oportunidad de la Argentina para evitar que la guerra civil se transforme en la única salida”.

»“Cuando los jefes militares me visitaron por interpósita persona, descubrimos algunas coincidencias. Pero hace poco escribí con seudónimo (firmo *Descartes* porque el filósofo francés usaba el seudónimo *Astrónomo Peron*, y yo le devuelvo así la gentileza) que el peronismo no pacta con nadie. Si el nuevo Gobierno apoya los intereses populares, nosotros apoyaremos al Gobierno. La proscripción del peronismo no nos interesa porque es imposible proscribirnos por decreto. No nos interesa nuestra existencia legal, sino nuestra existencia real. Tampoco nos interesa el acceso al poder porque no

luchamos por nosotros sino por el país. Hemos aprendido a tener paciencia; será dentro de un año, dentro de diez. Creemos, como Confucio, que una hormiga no puede matar a un elefante, pero que puede comérselo. Tenemos buenos nervios”.

»Perón habló largamente sobre el arte de la conducción y juzgó a Onganía en este sentido. Especificó: “Un conductor político es una cosa y un conductor militar, otra. Este manda, vale decir, obliga. El conductor político persuade. Para mandar se necesita voluntad y carácter; para gobernar, sensibilidad e imaginación. Si el general Onganía tiene sensibilidad e imaginación, entonces el país saldrá adelante. No conozco suficientemente a Onganía. Es un hombre que habla poco y, por lo tanto, es difícil de definir. Tengo la impresión de que es un buen soldado; sé que es un hombre patriota, bienintencionado y honesto, y éstas son condiciones esenciales para un hombre político. Reconozco calidad a Onganía como hombre de mando en el Ejército. Si Onganía se comportase en el terreno político como en el terreno militar, el país podrá andar bien”.

»“Simpatizo con el movimiento militar porque el nuevo gobierno puso coto a una situación catastrófica. Como argentino hubiera apoyado a todo hombre que pusiera fin a la corrupción del Gobierno Illia. La corrupción, como el pescado, empezó por la cabeza. Illia usó fraudes, trampas, proscripciones; interpretó que la política era juego con ventaja; y en política, como en la vida, todo jugador fullero va a parar a Villa Devoto. El hombre que acabó con eso, por supuesto, tiene que serme simpático, pero no sé si también lo será en el futuro. El defecto del actual Gobierno es no saber exactamente lo que quiere, pero la cosa va a ser cuando desate el paquete, porque ellos tampoco saben qué hay allí”.

»“Argentina —prosiguió—, cuando trabaja, equilibra en seis meses lo estructural y en dos años resuelve todos los problemas económicos. En economía no hay milagros. En economía, la misión fundamental del Gobierno es dar posibilidad a la gente para que se realice. El Gobierno anterior fracasó porque intentó gobernar sin concurso popular. Pero para eso hace falta grandeza, olvido de las pasiones. Yo ya estoy más allá del Bien y del Mal. Fui todo lo que se puede ser en mi país, por eso puedo hablar descarnadamente. No tengo interés en volver a la Argentina para ocupar cargos públicos. Quiero, claro, volver a la patria, pero sin violencias”.

»“Llegó el momento en que los argentinos deben ponerse de acuerdo. Si no, habrá llegado el momento de tomar las armas y pelear. El camino de la unidad es cada vez más difícil; el camino de las armas cada vez más fácil. Los

argentinos debemos ponernos de acuerdo, porque la disyuntiva es la guerra civil. Si permanecí impasible durante diez años ante el retroceso nacional, es porque no creo en la violencia ni en la destrucción de las obras realizadas, porque lo que ya está hecho puede prosperar. Tuve importantísimos ofrecimientos de armas y tropas, pero me negué por no entregar el alma al diablo ni provocar nuevos derramamientos de sangre. El nuevo Gobierno tiene una buena intención. El problema político sólo se soluciona haciendo los padrones de nuevo (han borrado de los padrones a nuestra gente). Deben, también, organizarse fuerzas políticas. Es tarea para un año y medio o dos. Hay que romper con los estatutos de la trampa y convocar luego a elecciones con la Ley Sáenz Peña o cualquier otra ley justa. Y quien sea que gane, nos comprometemos a ponerle el hombro todos”.

»“Si Onganía, luego de las elecciones, entrega el Gobierno al ganador legítimo, pasará como prócer a la historia; si se quiere perpetuar, fracasará irremisiblemente. Pero el que haga bien al país contará con nuestro apoyo. El movimiento peronista no podrá ser destruido con proscripciones ni decretos. Los gorilas intentaron la destrucción por la violencia, Frondizi por la integración, Illia por la disociación: los tres fracasaron. La organización del peronismo tiene como base de adoctrinamiento la búsqueda del bienestar nacional”.

»Luego, Perón adelantó el mensaje enviado a través del periódico *Retorno*, que se publicará la semana próxima. Allí recuerda: “Uno de los hombres más sagaces de la historia política argentina, el general Roca, decía que para que los radicales se hundieran bastaba dejarlos gobernar”.

»Alzándose de la pequeña silla, Perón apagó el cigarrillo y vaticinó: “Ésta es nuestra última oportunidad, y por eso necesitamos que el nuevo Gobierno tenga grandeza. En caso contrario, podemos desembocar en una guerra civil y en esa guerra tendremos que entrar todos. Dios quiera iluminar a Onganía y sus muchachos, y que estos muchachos acierten a tomar la mano que la fortuna les está tendiendo”. Afuera, la noche de pesado calor había caído sobre Madrid, y Perón, acompañado por Jorge Antonio, hizo atisbar la entrada de la casa del Paseo de la Castellana, y sorteando la vigilancia del periodista se escabulló en un automóvil verde.

»A pocos metros, en la embajada argentina, Gauna acababa de anunciar que si el Gobierno Illia había cesado en su misión, la del representante argentino también llegaba a su fin».

En cuanto terminó su entrevista, Tomás Eloy Martínez buscó la forma de transmitirla a Buenos Aires, con la excitación del periodista que sabe que

tiene algo muy fuerte. El general le preguntó cómo iba a hacer y el periodista le contestó que mandaría un telegrama. Perón le dijo que había métodos más modernos:

—¿Por qué no lo manda por télex, m'hijito?

En atención al derecho de asilo, Franco le había prohibido a Perón que hiciera declaraciones públicas, y el envío de un telegrama sería rápidamente detectado por el gobierno español. Así que le ofreció a Martínez las direcciones de seis «empresas amigas» que le prestarían su télex. Ya eran más de las nueve de la noche. Martínez le dijo que seguramente estarían cerradas.

—No, no, los gallegos trabajan hasta tarde.

Un taxi paseó a Tomás Eloy Martínez por las «empresas amigas»: las seis habían cerrado. El periodista se fue al Correo Central, en la plaza Cibeles, donde redactó y mandó su telegrama. Satisfecho, se fue a dormir a su hotel. Hacia las dos de la mañana, lo despertó un llamado de Jorge Antonio, que le decía que el general estaba muy disgustado con él y que le pedía que desmintiera toda la entrevista. Martínez, por supuesto, se negó, y Antonio le dijo que Perón ya lo había hecho: la policía franquista, que había detectado el artículo en el correo, se lo había pasado al diario falangista *Arriba*, que antes de publicarla había llamado al general. Perón dijo que era todo falso.

Martínez terminó de despejarse y decidió convocar ahí mismo a los periodistas de guardia de las grandes agencias noticiosas, para confirmar la entrevista haciéndoles escuchar fragmentos de sus grabaciones. Así fue como, al otro día, las palabras del general, su desmentida y la confirmación del periodista se publicaron juntas en varios diarios de Buenos Aires. Tres días después, Jorge Antonio volvió a llamarlo.

—El general quiere agradecerle todo lo que hizo, y decirle que está muy satisfecho con su comportamiento.

Martínez terminó de confirmar lo que ya sospechaba: que Perón lo había usado para difundir algo que no podía decir oficialmente. Pero debía ser cierto que estaba satisfecho porque cuatro años después, cuando tuvo que armar una versión de sus memorias, volvió a llamar a Tomás Eloy Martínez.

Cuatro

—Estamos aquí reunidos, hermanos, para celebrar el sagrado sacrificio...

Ese jueves, como todos los jueves de esos últimos meses, Graciela Daleo fue a la misa universitaria en la capilla del Hospital de Clínicas. Sólo que ese viernes 29 de julio era ella la que tenía que leer y comentar, por primera vez, el texto de la Biblia. La semana anterior, cuando el padre Mugica se lo dijo, y le dijo además que le tocaba el *Cantar de los Cantares*, Graciela se puso frenética: tendría que hablar delante de todos esos amigos que admiraba, tanto más preparados, más acostumbrados a situaciones públicas. Graciela se había pasado un par de días escribiendo lo que iba a decir y, además, esa mañana se había maquillado con cuidado especial. En los bancos, como todos los jueves, estaban el Flaco Jorge, Mario Firmenich, Carlos Ramus, Fernando Abal Medina, los que dirigían los grupos de la Juventud Estudiantil Católica. Graciela empezó casi temblando:

—Como la esposa busca al esposo...

Así, explicaba Graciela, la Iglesia tiene que buscar a Jesucristo, y sólo puede encontrarlo en la solidaridad con los humildes, con los que sufren, con los que no tienen pan. Las miradas de aprobación la fueron tranquilizando. Cuando terminó, y llegó el momento de las intenciones, Fernando Abal, que estaba sentado al lado del Flaco, pidió por la Universidad:

—Por nuestra universidad, que acaba de ser intervenida...

Dijo, porque lo había escuchado en la radio mientras llegaba y todos le contestaron:

—Te pedimos, Señor.

Cuando salieron, el padre Mugica la felicitó, le dijo que había estado muy bien, que parecía santo Tomás de Aquino. Graciela estaba orgullosa y todos hablaban de la intervención. Mario decía que tampoco era tan dramático porque la autonomía era una cuestión de los radicales, de los liberales, y que al fin y al cabo la universidad era una isla de gorilas que no tenía nada que ver con el país real.

—¿Para qué nos sirve una universidad autónoma en un país donde los niños de Tartagal se mueren de hambre?

Lo apoyó Mugica. Cuando salieron a la calle Córdoba todo estaba en calma. Recién al día siguiente se enteraron de la entrada de la Guardia de Infantería en Ciencias Exactas, de los palos en Filosofía y Letras, de las reacciones y renunciaciones que se desencadenaron. Fue, pese a todo, un golpe.

Julio de 1966. En esos días, Maradona tenía 5 años, Fito Páez 3 y Alberto Olmedo 31. Bilardo, 28; Menotti, 27; Veira, 20; Monzón, 25; Alberto Reutemann, 24; Basile, 22, y Bianchi, 16. Pepe Biondi tenía 57, Federico Luppi, 32; Mirtha Legrand, 39; Isabel Sarli, 36; Norma Aleandro, 30; Chunchuna Villafañe, 26; Susana Giménez, 21; Mónica Cahen d'Anvers, 30; Pinky, 30; Bernardo Neustadt, 41 y Mariano Grondona, 33. Palito Ortega tenía 24; Susana Rinaldi, 30; Aníbal Troilo, 52; Astor Piazzolla, 45; Roberto Goyeneche, 38; Sandro, 20; Litto Nebbia, 16; Charly García, 14 y Luis Alberto Spinetta, 16. Borges tenía 66 años; Sabato, 55; Cortázar, 51; Bioy Casares, 51; María Elena Walsh, 36, y Rodolfo Walsh, 38. Perón tenía 70, Balbín, 62; Cámpora, 57; Lanusse, 47; Fortabat, 45; Massera, 40; Videla, 40; Alfonsín, 39; Miguel, 39; Rucci, 41; Menem, 36; Ubaldini, 29; Duhalde, 24; Santucho, 29; Firmenich, 18 y Astiz, 16.

Gabriel García Márquez tenía 38; Carlos Fuentes, 38; Salman Rushdie, 23; Miles Davis, 42; John Lennon, 25; Bob Dylan, 25; Mick Jagger, 22; Bob Marley, 21; Dustin Hoffman, 28; Francis Coppola, 27; Robert De Niro, 22; Steven Spielberg, 18; Brigitte Bardot, 29; Marcello Mastroianni, 41 y Joan Manuel Serrat, 22. Felipe González tenía 24 años, Bill Clinton, 21; Boris Yeltsin, 36; Ernesto Guevara, 38; Fidel Castro, 39; Yasser Arafat, 37; Sai Baba, 40; Karol Wojtyła, 46; Di Stéfano, 40; Pelé, 26; Michael Jordan, 3; Bill Gates, 10 y el subcomandante Marcos, 12.

La facultad estaba tomada. Habían cruzado bancos para atrancar las puertas y se declaraban dispuestos a resistir cuanto fuera necesario. Esa mañana había llegado la noticia de que el gobierno intervendría la Universidad y en el hall de la facultad de Filosofía y Letras, en Independencia al 3000, muchachos de veinte con el pelo corto y pantalones de franela corrían de un lado para otro llevando materiales. Gritaban, se saludaban, disfrutaban la excitación de los grandes momentos. Caía la noche del viernes 29 de julio. En un rincón, tres chicas de pollera tableada pintaban «Contra la intervención. Por la libertad de ens...», con tinta roja sobre una sábana blanca: la última ese se les había chorreado y estaban tratando de arreglarla.

No era fácil hacer todas esas maniobras con pollera tableada. En el suelo, al lado, en una spica, el noticiero de radio Colonia informaba sobre el lanzamiento de una nave espacial americana. Al fondo, junto a la entrada del aula magna, un rubio con intento de barba discurseaba subido a una silla:

—¡Sólo el peronismo, con su política bonapartista y filofascista, se había atrevido a violar la autonomía universitaria! Si querían terminar de convencernos de su carácter dictatorial, estos militares no podrían haber elegido una manera mejor...

Seis o siete lo escuchaban y aprobaban, pero dos que pasaron apurados les gritaron que mejor se pusieran a ayudar, en vez de nacer discursos.

—Estos troscos nunca paran de hablar...

Comentó uno. El otro, Horacio González, lo miró y estuvo a punto de contestarle algo. Prefirió callarse. Corrían los rumores: que la guardia de Infantería ya se estaba desplegando por la avenida Independencia, que tenían órdenes de entrar a sangre y fuego, que iban a tirar abajo las puertas de la facultad. Los estudiantes estaban decididos a resistir el ataque.

Horacio González había nacido en Buenos Aires en 1944, hijo de un empleado público que se separó de su madre cuando él era chico; su abuelo materno, el hombre de la casa, era un inmigrante italiano que había hecho carrera en el ferrocarril de los ingleses y terminó como capataz en los talleres de San Martín. El abuelo Ulderico tocaba el clarinete y celebraba a los dos próceres de Recanati, su pueblo natal: el poeta Giacomo Leopardi y el tenor Beniamino Gigli. El abuelo Ulderico siempre pensó que los trenes se arruinaron cuando los nacionalizaron, y estaba en contra del gobierno que lo hizo: no solía participar en política, pero cuando cayó Perón puso una bandera argentina en la puerta de su casa. La casa era grande y oscura, con su patio y sus malvones, sobre una calle de tierra de Villa Pueyrredón. Aída, la madre de Horacio, trabajaba en la Biblioteca Popular del barrio; desde chico, Horacio la acompañaba a su trabajo y leía, leía, leía.

En el barrio, a principios de los cincuenta, Horacio era «el hijo de la señora que se separó» y eso, entonces, significaba algo. La familia quería prepararlo para una vida útil y lo destinaron a ser contador público. Horacio se resignó y empezó a cursar el comercial. Pero leía a los historiadores revisionistas, discutía en las clases y abominaba confusamente de ese destino ordenado y previsible: cuando le tocaba entrar en cuarto año consiguió pasarse al Nacional Sarmiento, en Libertad y Arenales y, con deliberación,

hizo todo lo posible por cambiar su barrio casi suburbano por las luces del centro.

Entrar en el Nacional era como entrar en la política, en la patria. En esos años, a fines de los cincuenta, el Sarmiento era más que nada un refugio para hijos de familias tradicionales venidas a menos. Un González, ahí, era casi un marginal: casi un judío. Era la época de las peleas entre enseñanza laica y enseñanza libre y el Sarmiento era uno de los bastiones de los grupos nacionalistas católicos que estaban por la educación religiosa. Horacio estaba fascinado a su pesar por esos muchachos de traje negro, bufandas federales y peinado a la gomina con la cola de pato: los hermanos Berra, el flaco Ezcurra: los jefes de Tacuara. Lo fascinaban, pero estaba en contra. Además, estaba claro que el plebeyo González no era uno de ellos.

—Che, González, vos de qué las vas con la cola de pato.

Le dijeron un día, y entendió. El clima era agitado, y a menudo la salida de clases se amenizaba con cadenazos; de vez en cuando aparecía algún revólver. Los alumnos nacionalistas les pegaban a los alumnos judíos y, a veces, llegaban al rescate desde el Nacional Moreno los muchachos de FACON, la Federación Argentina contra las Organizaciones Nazis, y se armaban trifulcas importantes.

Alguna, incluso, terminó a los tiros en la plaza Libertad, con un herido de FACON. Horacio, a todo esto, se había metido en un grupo del centro de estudiantes, alentado por varios profesores, que trataba de mantenerse equidistante y condenaba todo tipo de violencia.

En 1963, cuando entró en la carrera de Sociología, Horacio González se pasó unos meses rondando alrededor de mitines y asambleas, buscando dónde militar: quería pertenecer a algún grupo de izquierda, hacer algo contra ese estado de cosas del que venía leyendo y escuchando, pero no sabía con quién. Sabía, sí, que el militante era el modelo de persona que lo cautivaba y que quería ser uno de ellos: no estaba seguro de poder. Sociología también era un espacio atractivo: era una carrera en pleno auge, donde empezaban las discusiones que después se desparramaban por el campo intelectual. En esos días empezó en la facultad una huelga en una materia, Metodología, a la que se acusaba de empirista: de utilizar los saberes sociológicos para cuantificar la sociedad y operar sobre ella a favor del sistema. La huelga estaba encabezada por Heriberto Muraro, Daniel Hopen, Marcos Slajter. La discusión contra los empiristas era encarnizada. En una asamblea en el patio de Sociología, en la calle Viamonte, Slajter lanzó un desafío perentorio.

—¡Y estoy dispuesto a regalarle toda mi biblioteca de Lenin al que me demuestre que se puede comprobar algo por el método empírico!

La discusión y la pelea pasaban por un enfrentamiento de métodos y teorías: los estudiantes enarbolaban un libro de Wright Mills, *La imaginación sociológica*, y un manual de Lenin, *Sobre el empiriocriticismo*, contra los manuales americanos al uso.

La huelga consistía en no presentarse al examen de Metodología, pero poco a poco fue perdiendo fuerza. Horacio se empeñaba en no dar el final, aunque veía que algunos de los dirigentes de la huelga empezaron a rendirlo. Era extraño, pero Horacio respetaba a esos dirigentes y supuso que, si lo hacían, era porque habían entendido algo que él todavía no. Unos meses después, Slajter moriría como miembro del Ejército Guerrillero del Pueblo, un foco rápidamente abortado organizado en Salta por Ricardo Massetti, un periodista argentino que había vivido en Cuba, donde fundó la agencia *Prensa Latina*. En la facultad fue un golpe fuerte: hasta entonces, todos habían hablado pero nadie había pasado a la acción de esa manera tan tajante. En esos días, Horacio se contactó con un grupo más o menos trotskista que se llamaba MIRA, Movimiento de Izquierda Revolucionaria Argentina: no era exactamente que lo hubiese elegido; fueron, más bien, los que quedaban más a mano, y había que hacer algo.

El MIRA estaba dirigido por uno que se hacía llamar Horacio Casco Achával: era un poco mayor que la mayoría de sus compañeros y había leído su Lenin de cabo a rabo. Casco tenía una frase del ruso para cada ocasión: las aplicaba como parábolas cristianas, y deslumbraba a su auditorio. También tenía contactos con algunos militantes sindicales. Entre ellos un tal José Pedraza, un obrero de izquierda del gremio ferroviario, del que siempre se hablaba con el mayor respeto: era bueno, era como una garantía de importancia para un grupito de la izquierda tener a un obrero entre sus próximos. Alguna vez, el MIRA, para apoyar el trabajo sindical de Pedraza, pintó con sus consignas los grandes paredones junto a las vías de entrada a la estación Retiro. Después, durante semanas, Horacio pasaba en tren frente a esos paredones, cuando venía del barrio al centro, y los miraba con orgullo.

En esos días, Horacio tenía veinte años y empezó a leer a Lenin con denuedo. El MIRA era más bien ecléctico: también estudiaban con entusiasmo a Mao Tse-Tung, y leían *Pekín Informa* siempre que podían. Horacio se había suscrito a esa revista china, que llegaba sin escalas desde el Asia hasta su casa de Villa Pueyrredón. Su abuelo Ulderico, que la recibía del cartero, estaba impresionado. El MIRA, además, empezaba a discutir la

cuestión peronista: cómo se podía hacer la revolución obrera y socialista en un país donde los obreros estaban mayoritariamente con el General.

Uno de esos días, el TAU, la Tendencia Antiimperialista Universitaria, que era el grupo del MIRA en la universidad, organizaba una charla sobre Hegel y Marx, a cargo de un filósofo, Norberto Wilmer. Corría 1964 y recrudecía el plan de lucha de la CGT contra el gobierno radical y la proscripción del peronismo, con gente manifestándose en las calles. Pero la charla seguía en pie. Daniel Hopen lo agarró a Horacio en la vereda de Viamonte. La facultad todavía no se había mudado a Independencia.

—Che, decile a Wilmer a ver si puede suspender ese curso sobre Hegel, porque hay huelga de la CGT.

No hubo caso. En el aula magna había treinta personas escuchando hablar de la filosofía alemana y en el centro los obreros se peleaban con la policía. Horacio se quedó en el aula, pero estaba incómodo. El curso era realmente interesante, pero le parecía que la historia se estaba haciendo en otro lado.

Poco después, la policía baleó una manifestación en San Martín y mató a tres obreros: Mussi, Méndez y Retamar. Dos eran comunistas y uno peronista: cuando la noticia llegó a la facultad, el centro de estudiantes decidió levantar las clases y salir en manifestación como muestra de solidaridad con los caídos. Horacio y otros dos compañeros empezaron a recorrer las aulas para avisar a los alumnos. Cuando ya estaban casi todos en la calle, se encontraron con un aula donde seguía la clase.

Era una sala chica, donde diez o quince mujeres de mediana edad escuchaban una clase sobre sagas islandesas a cargo del profesor Jorge Luis Borges. A Borges nadie le hacía caso: era un lugar común hacerle burla cuando bajaba, tanteando, las escaleras de la facultad. Para los estudiantes de izquierda, Borges era una especie de aparato que, en medio de las transformaciones que enfrentaba el país, seguía hablando de guerreros míticos y versos en dialectos celtas. A sus clases sólo iban señoras bien vestidas, y los militantes estaban convencidos de que era un rezago de un pasado ridículo que estaba por desaparecer. A lo sumo, a veces, alguien le ayudaba a cruzar la calle cuando se paraba, golpeando su bastón contra el suelo, en la esquina de Viamonte y San Martín.

La puerta del aula hizo un ruido siniestro cuando la abrieron Horacio y sus amigos, y Borges, sentado en su escritorio, dirigió sus ojos ciegos hacia el estrépito. Borges se levantó, con una firmeza extraña, y caminó hasta la puerta. Uno de los militantes dijo en voz muy alta que había que suspender la clase:

—Venimos a levantar esta clase porque han muerto los obreros Mussi, Méndez y Retamar.

Y al profesor Jorge Luis Borges le temblaron los labios. No pudo balbucear nada, pero los tres creyeron que quería pegarles. Tenía un gesto de furia inverosímil. Hubo un segundo de tensión muy quieta. Después, los tres militantes bajaron la cabeza y se fueron, sin cerrar la puerta.

A mediados de 1966, Horacio González ya formaba parte de un grupo que resultó de la alianza del TAU con el LIM —Línea de Izquierda Mayoritaria— donde estaban Roberto Grabois y Daniel Hopen. La sopa de siglas no siempre era fácil de entender. Al poco tiempo, el LIM-TAU pasó a llamarse FAU —Frente Antiimperialista Universitario— y era el grupo de izquierda no-PC de más peso en esos días. En esos días de junio, los grupos estaban muy activos. La universidad fue una de las escasas instituciones que se opuso desde el principio al golpe. Ya la noche del 28 de junio el rector, Hilario Fernández Long, llamó a los docentes, alumnos y ex alumnos a defender a las autoridades que habían elegido y a «mantener vivo el espíritu que haga posible el restablecimiento de la democracia». El golpe parecía una amenaza pero Horacio sentía, extrañado, cierto alivio: algo estaba por cambiar, y mucho. Varios estudiantes discutían la cuestión cuando Horacio lo dijo, con ese estilo un poco marginal que muchas veces le ocurría:

—Y bueno, ahora pasaremos todos a otra cosa. Quién sabe si este golpe militar no nos hace a todos diferentes. Eso es así siempre, pero...

Y otro, enseguida, asintió con un raro entusiasmo:

—Claro, el compañero tiene razón. Yo me imagino que la situación se va a hacer mucho más dinámica.

Las facultades quedaron en tensión, esperando la reacción del gobierno militar: era evidente que iban a hacer algo, pero nadie previó la violencia con que actuaron.

Un mes después, el 29 de julio, el gobierno del general Onganía promulgó una ley, la 16.192, que debía «poner fin a la autonomía universitaria» y, aunque no mencionaba la palabra intervención, dispuso que las universidades pasaran a depender del Ministerio del Interior. A las diez de la noche de ese día, la Manzana de las Luces, donde funcionaba la facultad de Ciencias Exactas, sufrió el ataque de la guardia de infantería. El decano de Ciencias Exactas, Rolando García, fue herido en la mano, y hubo varios más; Varsavsky, Sadosky, Herrera, González Bonorino, entre otros doscientos estudiantes y profesores, fueron llevados a las comisarías de la zona. Fue la

«noche de los bastones largos». Mientras tanto, a la misma hora, en la facultad de Filosofía y Letras, en Independencia, la guardia de infantería también amenazaba con actuar. Los estudiantes, en el hall, en plena agitación, juraron resistir todo lo que pudieran.

De pronto, la puerta de la facultad cedió a los golpes y las cargas y los guardias entraron en malón. Se cortó la luz, y se escuchaban gritos. Los guardias pegaban, pateaban, insultaban. Horacio trató de protegerse la cabeza con las manos: no había dado cuatro pasos cuando sintió terrible golpe en plena coronilla. El mundo se le nubló, hubo un silbido fuerte y se cayó redondo. Fue un momento: se levantó enseguida, tocándose la cabeza para ver si había sangre, preguntándose qué era, dónde estaba; lo primero que vio fueron los cascos de los guardias, las manos revoleando bastones y trató de alejarse todo lo posible.

Había sido un momento: un desmayo muy leve. Pero Horacio González supuso que significaba algo. Por mucho tiempo creería que ese desmayo lo estaba despertando, que ese golpe había sido un principio: que con ese golpe en la cabeza alguien —el Estado, los militares, el poder— le estaba diciendo que de ahí en más sólo podrían hacer política los que estuvieran preparados para recibir o contrarrestar esos ataques. Horacio supuso que la política iba a suponer alguna forma de comportamiento heroico: por un lado, nada lo atraía más que ese destino literario, épico; por otro, dudaba mucho de sus posibilidades de sostener un personaje semejante. Siempre había creído que era un flojo, pero ese golpe en la cabeza parecía mostrarle otros caminos. Durante un par de semanas Horacio contó en los bares de la facultad la historia de su golpe: se sentía nimbado por un extraño aura.

Julio de 1966. El psicoanálisis se había impuesto en Buenos Aires. Entre las causas posibles del fenómeno se hablaba de las inseguridades de un país inmigratorio, de la docilidad de una gran clase media que corría detrás de las modas de lo moderno, de la mala salud mental de una población demasiado excitada por las perspectivas de movilidad social, y de tantas otras cosas. Por lo que fuera, en los diez años anteriores se había difundido como mancha de aceite. No había estadísticas precisas pero se suponía que pululaban, en ese momento, unos diez mil profesionales que practicaban distintas formas de la psicoterapia, más o menos alejadas de la ortodoxia psicoanalítica de Sigmund Freud. Y casi todos ellos tenían ocho o diez pacientes como mínimo.

Pero la fuerza del psi no estaba sólo en la cantidad de analistas y analizados por metro cuadrado: estaba, más que nada, en su penetración en

muy distintos espacios de la cultura local. Oscar Caballero, en un artículo publicado en *Primera Plana*, escribía que «con el psicoanálisis sucedió lo mismo que con otras doctrinas como el liberalismo, el marxismo e, inclusive, el cristianismo. Sus principios fundamentales se difundieron tanto que ya no se los visualiza como distintos: forman parte del patrimonio común de la cultura moderna. Es posible que en otros países (no en la Argentina, ni en Estados Unidos, donde el psicoanálisis está más vivo que nunca), las escuelas analíticas estén pasando por un momento de decadencia: ya no provocan ninguna apelación poderosa a las nuevas generaciones de psicólogos y psiquiatras. Pero en esas áreas culturales (como aquí, entre quienes se dicen adversarios del psicoanálisis), las ideas de Freud se usan espontáneamente cada vez que se quiere juzgar la conducta de un político, cuando se quiere educar a un chico, armar un aviso de publicidad o evaluar una novela de éxito. No han muerto sino que, por el contrario, triunfaron por completo».

El psicoanálisis era poderoso pero ya soportaba críticas potentes. Una de las más comunes era que servía para adaptar mejor a sus pacientes a la sociedad. En ese mismo artículo, la psicoanalista Marie Langer se defendía: «¿“Actitud adaptativa” significa aceptación de la sociedad actual? El psicoanálisis *per se* no implica su aceptación. Pretende integrar al paciente dentro de su ideología, eliminando contradicciones. Pero no adaptarlo». Y su colega Hernán Kesselman insistía: «El psicoanálisis permite al sujeto una mayor libertad de optar, pero él debe afrontar solo estas opciones. Es lícito hablar de sociedades enfermas y pienso que el psicoanálisis puede ir más allá de adaptar solamente al enfermo a una sociedad que lo conflictúa. Es decir: el paciente va a lograr mayor adaptación social —si está curado— pero también va a tener mayor misión social. Cada sujeto curado aumentará su papel en la curación social». Pero, un poco más allá, Antonio Caparrós se preguntaba sobre las relaciones de poder que el psicoanálisis creaba: «Toda crítica del paciente al psicoanálisis y al psicoanalista es considerada como una resistencia. ¿No es ésta una verdadera imposición de valores? La falta de resistencia, entonces, ¿no sería una carencia total de crítica? ¿No es ésta una creencia, más que una ciencia?».

En los días siguientes a la intervención, alrededor de la mitad de los docentes de la Universidad de Buenos Aires presentó su renuncia como protesta ante la intervención y la violencia. Los diarios publicaban listas de renunciantes: miles de nombres con letra muy chiquita. Las facultades estaban

cerradas. En los bares cercanos a Filosofía, militantes discutían si la renuncia era una actitud correcta.

—No hay que dejar ningún puesto, no hay que regalarlos.

—Pero esta ola de renunciaciones es un golpe muy duro para el régimen. Incluso en el exterior tuvo una repercusión impresionante...

—Sí, pero de eso se van a recuperar, y entonces va a resultar que todos los docentes piolas van a estar afuera, van a haber perdido su lugar. A mí me parece que lo de las renunciaciones es terriblemente liberal, Horacio, más que liberal. Como si dijeras ay, me pisaron un dedo, yo no voy a tolerarlo, me voy, me voy. Un revolucionario tiene que estar dispuesto a resistir en su puesto, no a abandonarlo a la primera provocación.

—Puede ser que un revolucionario sí, Roberto, pero te olvidas de que muchos de los que renunciaron no son revolucionarios ni de lejos.

—No, no me olvido. Por eso renunciaron.

El nuevo rector-interventor nombrado por los militares era Luis Botet, un abogado amigo del almirante Rojas que solía presentarse como «el juez de la Revolución Libertadora». En varias facultades las clases estuvieron suspendidas durante semanas —o meses— por falta de personal docente. En Ciencias Exactas, por ejemplo, fue muy difícil reclutar personal de reemplazo, y los institutos de investigación de la facultad quedaron desmantelados. Desaparecieron laboratorios de ciencia pura, pero también otros que trabajaban sobre el control de granizo y producción de lluvia artificial en Mendoza, ecología del Chaco, industrialización de la pesca atlántica y programas de cálculo para YPF, Gas del Estado, Agua y Energía. Emisarios de universidades chilenas, uruguayas, brasileñas y norteamericanas se paseaban por Buenos Aires reclutando docentes. En universidades del interior la situación era semejante.

En esos días, el rector Botet declaró que «profesores sumamente destacados han renunciado y no han aceptado el actual régimen de la Universidad; lógicamente, serán reemplazados, y trataremos de que sea en las mejores condiciones posibles. Si ese reemplazo significa algún atraso en alguna investigación, no será culpa mía. Si en alguna investigación no hay más que un hombre que la está haciendo y ese hombre se va, bueno, la investigación cesará. No por eso se va a detener la marcha de una Universidad. Hay un principio que quiero que quede bien claro y que está por encima de uno, dos o cien profesores: es el principio de autoridad. Considero elemental su restablecimiento en todos los órdenes del país para que siga su marcha hacia adelante y no siga detenido, estancado».

Con la intervención y la represión en la Universidad, Onganía empezó a malquistarse con sectores medios que, en principio, lo habían apoyado. Su gobierno había ejercido una violencia que todos consideraban excesiva contra los hijos de ese sector. La presencia policial en las facultades se hizo permanente; las autoridades la justificaban: «En esta facultad entran 12.000 personas por día y forman grupos que podrían ser peligrosos para la seguridad de la población. Por eso encargué a la Policía Federal la confección de un plan de seguridad. Yo no creo que esto sea una restricción a la libertad de pensamiento sino una cuestión de orden, simplemente», dijo en un reportaje el decano de Ciencias Económicas, Federico Frieschknecht, que poco después sería ministro. Un par de años más tarde, Mariano Grondona escribiría que «con la intervención, el Gobierno aseguró la disciplina y el orden del trabajo universitario».

Julio de 1966. Cuando se bajó del avión que llevaba a los Beatles a Nueva York, John Lennon dijo que «el cristianismo desaparecerá. En este momento, los Beatles somos más populares que Jesucristo. No sé quién desaparecerá primero, si el rock and roll o el cristianismo. Jesús era una gran persona pero sus discípulos fueron groseros y ordinarios. El retorcimiento con que usaron sus doctrinas arruinó al cristianismo». En Estados Unidos, pastores amenazaron con excomulgar a sus fieles que escucharan a los Beatles, jovencitas se pasearon con carteles que decían «John peca, Cristo salva», la PanAm anunció que iba a emitir himnos religiosos en el avión que tomaría el cuarteto y, en la bolsa de Londres, las acciones de la compañía editora de los discos de los Beatles bajaron tanto que los músicos perdieron en un día más de un millón de dólares. *L'Osservatore Romano*, mientras tanto, publicaba un artículo que decía que «hay algo de razón en las declaraciones de Lennon. Sus observaciones sobre el ateísmo o el alejamiento de mucha gente de la religión tienen cierto fundamento».

El editorial del primer número marcaba las posturas: «... la Revolución que estamos necesitando es la única capaz de dar de comer a los hambrientos, de dar casas a los que no tienen techo, de dar salud a los que están enfermos, de dar dignidad a los despojados, de liberar a los explotados, de incorporar a los sumergidos, de estabilizar a los que viven del miedo, de hacer felices a los que lloran, de dar la tierra a los mansos, de recrear la fe en

la vida y en los hombres, de realizar el mandamiento fraternal por la solidaridad entre los pueblos».

A principios de agosto, Graciela se había contactado con la gente que estaba por empezar a publicar la revista *Cristianismo y Revolución*: el director era Juan García Elorrio, un ex seminarista cercano a John William Cooke. La participación de Graciela era módica: iba a buscar revistas a la casa de García Elorrio y su mujer, Casiana Ahumada, y las vendía en la facultad o en las reuniones de jóvenes cristianos. El secretario de redacción era Jorge Luis Bernetti. El editorial, firmado por el director, terminaba con una promesa:

«Esta Revolución, aunque a veces necesariamente violenta por la dureza del corazón, no es desesperada: es la única manera de rescatar para la Humanidad la Esperanza y el Amor. Ya estamos en camino».

En esos días de septiembre, Graciela y la Gorda Beatriz fueron al teatro del Buen Ayre, en la calle Montevideo, porque se había anunciado una charla de don Helder Câmara, el obispo tercermundista brasileño. Cuando llegaron, se encontraron con que la charla había sido prohibida: el teatro estaba cerrado y en la calle se agolpaban trescientas o cuatrocientas personas. Decidieron esperar, porque no podía ser que impidieran la conferencia de un obispo, pero al cabo de un rato apareció la Policía Montada:

—Circulen, circulen, carajo.

Los jóvenes cristianos empezaron a caminar, más o menos encolumnados, por la vereda de Córdoba, hacia Callao. Carlos Ramus se puso a rezar un rosario, y muchos le hicieron coro; la montada, mientras tanto, los custodiaba desde la calle.

—Padrenuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

Los policías les gritaban vamos, vamos, circulen, y ellos les contestaban que por qué, si no hacemos nada más que rezar. De pronto, la montada cargó.

Alguien agarró a Graciela del brazo y la metió en el umbral de una verdulería en Córdoba y Rodríguez Peña: Graciela tenía un miedo terrible, tiritaba. Los caballos repicaban los cascos en el asfalto y amagaban pisarlos con lujo de relinchos. Los jinetes trataban de poner caras despiadadas. Unos días antes, el 7 de septiembre, en Córdoba, la policía había matado de un balazo, en una manifestación contra la intervención, a un estudiante, Santiago Pampillón, el primero de todos. Cuando pudo levantar la cabeza, Graciela vio un caballo enorme con un fulano encima que revoleaba un sable y les gritaba salgan, salgan carajo. Graciela, en un segundo, imaginó que si se quedaba ahí el fulano le iba a cortar la cabeza con el sable y que si corría le iba a tirar el caballo encima. El caballo le pareció lo menos malo, y salió corriendo para el

lado de la Nueve de Julio; corrió y corrió hasta que se chocó con Mario Firmenich y otro muchacho, Daniel, que venían caminando para su lado. Graciela les gritó medio desesperada:

—¡No vayan para allá, no vayan para allá!

—Pero qué te pasa, tranquilízate.

Graciela estaba fuera de sí:

—¡No vayan para allá, está la policía!

Más tarde, cuando se le empezó a pasar el miedo, Graciela se enteró de que Fernando Abal había caído preso con un portafolios lleno de ejemplares de *Cristianismo y Revolución*. Se pasó la noche en la comisaría y lo soltaron a la mañana siguiente.

Septiembre de 1966. El miércoles 28, un grupo de militantes de la vieja Juventud Peronista secuestró un avión y lo dirigió hacia las islas Malvinas. Estaban dirigidos por Dardo Cabo y, en el mismo avión, viajaba el director de la revista *Así* y el diario *Crónica*, Héctor Ricardo García. Dos semanas más tarde, *Así* publicaba una larguísima *Crónica* firmada por su director y fechada en Ushuaia, Tierra del Fuego. Se titulaba «Yo vi flamear la bandera argentina en las Malvinas».

«Ushuaia. Sé que muchos, en el instante en que comienzo a escribir este relato, se están preguntando cómo llegué a ocupar un asiento en el DC4 de Aerolíneas Argentinas cuyo vuelo 648, en lugar de culminar pacíficamente en Río Gallegos a las 7,31 del miércoles 28 de setiembre, culminó, pleno de espectacularidad, a las 8,42 del mismo día... ¡en las islas Malvinas!

»Desde luego sé también que un buen número de ellos habla ahora mismo de la “suerte” que tuve al ser el único periodista del mundo que presencié el sensacional Operativo Cóndor y vio flamear la bandera argentina en el remoto archipiélago que los ingleses usurparon un día hace 133 años (...)

»El martes 27 de setiembre, a las 5 de la tarde, sonó el teléfono en mi oficina. Atendí con cierto fastidio, pues habitualmente prefiero ver la cara de las personas que hablan conmigo. Del otro lado había una voz vigorosa y seria:

»—Soy Dardo Cabo.

»Dardo Cabo, personaje clave de la juventud peronista. Muchacho delgado, de pelo enrulado, a quien conocí unos meses atrás cuando él capitaneaba a los miembros de la custodia personal de Isabel Martínez de Perón.

»Dardo Cabo quería hablar conmigo. Le dije que viniera a mi oficina, pero me dijo que no podía. Hubo un silencio que él quebró enseguida:

»—Podríamos vernos dentro de una hora en la confitería El Ciervo.

»Asentí. A pesar de que El Ciervo está apenas a dos cuadras de la redacción de *Así*, confieso que fui con muy pocas ganas. Más tarde, con una coca-cola y un té en medio, me preguntó si me interesaba una nota “muy importante”. Le respondí que sí, pues muy pocas cosas me importan tanto como el periodismo, e inmediatamente lo inquirí acerca del tema de la nota. Cabo miró su vaso, hizo una pausa y me contestó que no podía confiarme nada más.

»Fastidiado, con la sensación de haber perdido lamentablemente un poco de mi tiempo, le dije que no contara conmigo porque tenía planeado un viaje a Manila para comentar el combate que, por el título mundial, disputaban el argentino Vicente Dorado y el filipino Flash Elorde.

»Me miró fijamente y respondió lacónico: “Es una lástima”; enseguida intentó pagar la consumición.

»Le ofrecí mandar a alguien de *Así* en mi lugar, pero me contestó:

»—Usted o nadie.

»La respuesta no me gustó y busqué al pagar mi cuenta poner fin al diálogo. Ya en la puerta que da sobre la calle Callao me despedí de él, pero antes de la separación definitiva, Cabo me extendió un papel con un número de teléfono, “por si cambiaba de opinión” (...).

»Ya en mi oficina medité mucho sobre esa “nota sensacional”. ¿Qué sería? ¿El Che Guevara en la Argentina? No hace mucho que se había hablado de su presunta aparición en el norte... ¿El cadáver de Eva Perón? Éste es el tema número uno por el que cualquier periodista tiene que estar dispuesto a cualquier cosa... ¿El retorno de Perón al país? Desde una semana atrás corrían versiones en la calle de un nuevo operativo retorno, de modo que...

»A las 9 de la noche, tomé el papelito y disqué. Me atendió una mujer y enseguida me comunicó con él. Concretamos la cita: “A las 12 de la noche en el aeropuerto para un viaje de dos días al sur del país”. Eso fue todo. Adelante, lo desconocido... (...)

»Llegamos al aeroparque tres minutos antes de la medianoche. Tras estacionar sin problemas entramos por la puerta más próxima al mostrador de Aerolíneas Argentinas. Allí estaba Dardo Cabo, mirando hacia afuera, como si me esperara. Me saludó con extraña frialdad entregándome un bono de material plástico: el equivalente a un asiento en el vuelo 648 que partiría a las

0,30 rumbo a Río Gallegos y Ushuaia. Diez minutos después de las 12, por los parlantes, comenzaron a llamar a los pasajeros. Todos se agolpaban sobre la puerta número uno; yo me quedé mezclado entre los últimos buscando a Dardo Cabo, a quien había perdido de vista.

»Poco a poco, fuimos avanzando hasta el avión. (...)

»A las 0,31, levantamos vuelo. Entre sueño y lectura, sin moverme de mi sitio, permanecí hasta las 6 de la mañana. A esa hora empezó la última parte de esta sensacional aventura de mi vida.

»A esa hora, la azafata comenzó a ofrecer café y bebidas sin alcohol, como clásico desayuno de los vuelos de cabotaje. Y, entonces, comencé a despertar mi humanidad. Segundos después fui hacia el fondo del avión en busca de una puerta que dice “caballeros”. Encontré, a mi paso, dos jóvenes con camperas grises que, apostados como granaderos, custodiaban la salida y, no lo puedo asegurar, a “alguien”. Retorné a mi asiento minutos después y comencé a presenciar una de las primeras partes del que, luego sabría, era el “Operativo Cóndor”. Cabo me informó después que fue denominado así en homenaje al cóndor, que simboliza la soberanía. El emblema es usado permanentemente por nacionalistas y tomó notoriedad, décadas atrás, al ser difundido por la desaparecida Alianza Libertadora Nacionalista (...).

»Pocos minutos después, por los altoparlantes se anunciaba que el avión continuaría viaje hasta Comodoro Rivadavia, ya que en Río Gallegos, primera etapa del viaje, “reinaba mal tiempo”. El llamado “Operativo Cóndor” había comenzado... La máquina había sido tomada por 18 jóvenes integrantes del comando, a las 6,08 de la mañana. Dos de ellos se habían presentado en la cabina del comandante, donde hallaron en esos momentos al mismo (Fernández García), al copiloto y al radio operador, a quienes amenazaron con armas de fuego, intimándolos a variar la ruta. Otros dos jóvenes habían hecho lo mismo con el sector trasero, donde generalmente toman ubicación el comisario de a bordo (encargado de la atención de los pasajeros) y la azafata, llamada también, más popularmente, “camarera”.

»Según supe posteriormente, los integrantes del grupo que actuaron en la cabina de los pilotos se limitaron a decirles, muy sonrientes, que “iban a cambiar el rumbo”. Fernández García sonrió, pues creyó que le estaban haciendo un chiste. Pero uno de ellos le respondió: “No tanta risa, esto es en serio”. Y esgrimiendo un arma de fuego insistió en que debían cambiar el rumbo y marchar hacia las Islas Malvinas.

»Según revelan ahora, el piloto y el copiloto adujeron no conocer el rumbo a tomar, ya que el mismo no figura en las cartas de Aerolíneas. Cabo,

que actuaba en la cabina junto a un compañero le informó que era “el 105”. Fernández García modificó entonces la ruta. (...)

»El Operativo Cóndor nació a principios de año cuando la señorita María Cristina Verrier, colaboradora de una revista de Buenos Aires, le hizo un reportaje al joven Rubén Dardo Cabo (25 años), activo dirigente nacionalista. Entre ellos nació un romance que esperan concretar, en la cárcel, dentro de poco. Ella, que también es autora teatral, le propuso en sus casi diarios encuentros, el aterrizaje en las Malvinas. Cabo, hombre de acción, (sufrió ocho procesos, de los cuales tiene una condena), acepta y deja para otra oportunidad las frases de los enamorados, para ocuparse de lleno del que luego sería sensacional operativo, con trascendencia internacional. Allí comienza el estudio del terreno y cómo se efectuará la acción. (...)

»Un mes antes, Cabo, jefe de la acción, reúne a 16 jóvenes cuyas edades oscilan entre los 18 y 31 años, y comienza a prepararlos para el operativo. Primero, explicando qué van a hacer, luego por qué, más tarde, cómo. Y, finalmente, lo más difícil: a lo que se exponen. La cárcel es el tema número uno, pues el instructor sabe que ése puede ser el final.

»Y no se había equivocado. Pero lo real es que todos estaban dispuestos a terminar en ella. Sin rencores y sin temores. Pese a su juventud promedio (el mayor tiene 31 años) no temen pasar varios años entre rejas, pues creen que su causa es más que justa, y que han colaborado en algo netamente argentinista. (...)

»El avión sobrevuela en tres oportunidades la zona, especialmente el centro, buscando la pista hípica. El tiempo no es muy bueno y el piloto ubica la máquina lo más cerca posible de los techos. Junto a él, observando el descenso, están firmes dos de los jefes del operativo, sin bajar sus armas, pese a que la tripulación ya no puede ofrecer resistencia. El deseo era aterrizar al revés de cómo se hizo, para ubicar el aparato junto a la casa del gobernador inglés, y poder así tomarlo como rehén.

»Pero las condiciones climáticas (especialmente el viento) lo impiden y el DC-4 se ubica en sentido contrario. El aterrizaje es casi perfecto, pese al lugar y la precaria forma en que se hace.

»(Después del aterrizaje...) Los 18 jóvenes se atrincheraron como primera medida bajo el avión, tratando de alejar a los muchos curiosos que habían dejado sus ocupaciones y sus hogares para observar su extraña presencia en esas tierras. Allí, los únicos aviones conocidos son dos hidros, de color rojo, que pertenecen al Reino Unido y que cubren regularmente los vuelos entre una y otra isla.

»A los gritos, y en algunos casos esgrimiendo armas, los argentinos trataron de que nadie se les acercara, pero los ingleses, balanceando más la curiosidad que el miedo, siguieron avanzando hasta llegar, en un buen número (unos cien), hasta el avión mismo. Ese mismo avión que en sus tres pasadas previas al aterrizaje los había atraído y despertado...

»Allí se produjo el primer encuentro entre residentes y visitantes: unos recibieron panfletos escritos en inglés de manos argentinas que les explicaban los motivos del extraño viaje, y otros quedaron como rehenes. Entre estos últimos el jefe de la policía, un joven rubio de unos 25 años que comandaba a seis agentes sin armas, toda la fuerza policial de la isla.

»Los minutos iniciales fueron de confusión. Los jóvenes del operativo optaron, como primera medida, por enarbolar cinco banderas argentinas que ubicaron junto al avión, colgadas de una alambrada y, sobre varios vehículos que se habían acercado, otras. Dos de las siete enseñas azul y blanco llevadas quedaron para mejores ubicaciones: una sería enarbolada en el avión y otra izada en un mástil, en el que ondeó durante 36 horas. Inmediatamente después bautizaron a la ciudad (Puerto Stanley) con el nombre de Puerto Rivero, en homenaje a la gesta histórica del gaucho Rivero. (...)

»Treinta minutos después, se intentaría el primer contacto serio con pobladores: Dardo Cabo y Cristina Verrier marchaban hacia la casa del gobernador para entregarle una proclama e informarle que, como argentinos, que estaban en tierra argentina, deseaban quedarse en el lugar para vivir, a la vez que invitaban al jefe real a plegarse bajo la bandera argentina:

»“Señor gobernador, como argentinos, hemos venido a esta tierra para quedarnos, ya que la consideramos nuestra”.

»La respuesta fue cortante: “Fuera de aquí, ustedes no están en su casa”, a la vez que les señalaba la puerta de salida del despacho. (...)

Héctor Ricardo García sigue con el relato, detalladísimo, del primer día de los comandos en las Malvinas. Cuenta que entre los pasajeros del avión de Aerolíneas estaba el gobernador de Tierra del Fuego e Islas del Atlántico Sur, almirante José María Guzmán, que no se mostraba nada feliz de haber llegado al territorio que supuestamente gobernaba. Y que, esa misma mañana, el radio-operador del grupo usó la radio del avión para comunicarse con Buenos Aires: «Misión cumplida, hemos aterrizado en las Malvinas. Tenemos rehenes. No abandonaremos el lugar hasta que el gobernador inglés acepte que estamos en nuestro suelo».

Más tarde, el cura católico local Rodolfo Roel ofreció su ayuda, y 24 de los 29 pasajeros fueron trasladados a la iglesia. Después volvió a los

alrededores del avión y ofició una misa para los comandos.

A las seis de la tarde, rodeados por un centenar de pobladores de la isla, los integrantes del Operativo Cóndor se encerraban en el avión.

A las 4,30 del jueves 29, el comisario de a bordo Dardo Ferrari llevó un mensaje del gobernador inglés: «Están totalmente cercados, si intentan salir del avión los soldados y policías tienen orden de tirar. No respondemos por vuestras vidas. Es mejor que se rindan». El comando se negó. El relato de García continúa, ya el día siguiente, con la entrega del comando:

»A las 17 (hora local), todos los componentes, con el sacerdote y el comandante formaron junto a la bandera argentina que estaba flameando desde el día anterior y procedieron a arriarla. Luego, con ella en brazos, entonaron el himno nacional argentino, de viva voz, mientras atónitos custodios ingleses, sin moverse de sus puestos, pero siempre con armas listas, seguían con atención la emocionante ceremonia. Media hora más tarde, el comandante Fernández García recibía sobre su avión todas las armas y entregaba a los argentinos las mantas y almohadas de la aeronave para “estar mejor”. A las 18, en varios jeeps, y luego que las fuerzas locales palparon de armas a uno por uno, marcharon a la iglesia, y allí fueron alojados, en el mismo local anexo donde, horas antes, pasajeros y tripulantes del vuelo 648 habían escuchado las palabras y ofrecimientos del gobernador inglés. Allí iban a permanecer hasta el sábado a las 14 horas. (...)

»Durante la mañana del jueves, el único comentario giraba sobre el futuro de todos en la isla. ¿Qué harán con ellos? ¿Quedarían allí? ¿Irían a la Argentina? ¿Serían llevados a Inglaterra? (...)

»Las horas avanzaban y nada se sabía en concreto sobre la suerte de los integrantes del operativo. Nadie podía precisar dónde serían juzgados: en Argentina o en Inglaterra. Tampoco nada se sabía sobre el retorno a nuestro continente de pasajeros y tripulantes del avión. Radios del sur de Argentina estaban anunciando la presencia en Río Gallegos de tres hidroaviones de la marina de guerra, que se emplearían para el traslado de los integrantes del comando, de los pasajeros y a la vez para enviar la aeronave solicitada.

»El padre Roel entró a las 11 de la mañana y pidió que preparáramos las cosas para marcharnos. En pocos minutos, cada uno estaba con sus maletas listas esperando la hora de partir. La gran aventura quedaba atrás y ahora había que enfrentar la realidad. Hasta ese momento habían surgido inconvenientes, ya que, según el sacerdote, varios de los pasajeros comunes del avión se negaban a viajar con los integrantes del comando, si era que les tocaba ir juntos hacia el encuentro de alguna nave.

»Antes de partir, los integrantes del comando rezaron el “Padre Nuestro” y, posteriormente, el sacerdote los bendijo, poniéndose de rodillas.

»En fila india y con fuerte custodia en las calles, los argentinos marcharon hasta el puerto local, distante apenas dos cuadras del transitorio alojamiento en la iglesia. Unos cien curiosos dejaron la mesa a la hora del almuerzo para verlos partir. Todos lucían las mismas camperas con que tres días antes habían llegado a la Isla produciendo el hecho más espectacular de ese territorio en toda su historia. Al frente de la columna marchaba el padre Rodolfo Roel, que no abandonó a “sus muchachos” ni un minuto. Y ése era “un minuto importante”. En el puerto, escondido en un galpón, estaba el gobernador inglés “espiando” (ésa es la palabra por la posición en que lo vi) la partida de los argentinos».

Los integrantes del grupo Cóndor pasaron meses —y algunos años— en prisión. Eran, en total, dieciocho: Cabo, Verrier (la única mujer), Giovenco, Tursi, Rodríguez, Caprara, Ahé, Sánchez, Ramírez, Bovo, Aguirre, Karasiewicz, Navarro, Castillo, Lisardo, Bernardini, Chazarreta y Salcedo. Fueron defendidos, además del doctor Verrier, por Fernando Torres —abogado de la CGT y de la UOM— y Jesús Porto —defensor de presos políticos desde la instauración del Plan Conintes.

—Señorita, ¿usted me necesita para algo?

—Doctora. Doctora Sanz.

—¿Cómo?

—Que soy la doctora Sanz. Soy la abogada de la UOM de San Rafael. Sí, quiero hablar con usted. Hace días que lo estoy buscando.

—Bueno, disculpemé un segundito nomás, ya la hago pasar.

Augusto Timoteo Vandor volvió a meterse en su despacho de secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica. Susana Sanz se quedó parada en la sala de espera; en las paredes había fotos de los recreos, clínicas y hoteles metalúrgicos. Un poco más allá, en una mesita, una secretaria muy pintada, nerviosa, contestaba teléfonos. En silloncitos de cuerina, dos cuarentones robustos comentaban lo que había pagado la triple del domingo en Palermo y se pasaban fijás. Susana había llegado a Buenos Aires una semana antes para conseguir, a través del sindicato, una entrevista con autoridades del Ferrocarril. Desde entonces, llamaba a la UOM varias veces por día y hablaba con gente que no se hacía cargo de nada. Así que ese lunes había decidido presentarse en el edificio de la calle Rioja para tratar de ver a Vandor. Y ahí estaba, esperando. El metalúrgico la hizo pasar:

—Bueno, usted dirá, doctora.

—Mire, vengo a verlo... Como le dije, yo soy la abogada de la seccional de San Rafael, y queríamos pedirle su ayuda para solucionar un conflicto que tenemos allá. En realidad no me he vuelto a San Rafael, hace una semana que estoy acá, no me he vuelto porque no puedo afrontar la decepción que le va a producir a la gente cuando yo les cuente cómo me han tratado ustedes acá, lo poco que se preocupan por sus problemas. Me resultó tan tremendo que decidí hacer el último esfuerzo de venir a hablar con usted.

Vandor levantaba las manos como quien protesta inocencia, y ponía caras de preocupación. Tenía cuarenta y cuatro años, la boca fina y tensa, los ojos claros, una mueca de energía desdeñosa; Susana tenía veintisiete, una sonrisa muy medida, un trajecito de pollera medio corta y la mirada dura en los ojos oscuros.

—¡Pero por favor, doctora! Dígame con quién habló, dígame qué es lo que necesita, qué pasa. No puede ser. De ninguna manera, lo que pasa es que hemos andado muy atareados...

Entonces Susana le contó que en la fábrica Barari, de San Rafael, que hacía vagones para el ferrocarril, debían varias quincenas. Que la empresa era importante para la UOM de San Rafael: el año anterior, Barari y su abogado, Navarro, habían apretado a sus empleados para que formaran un sindicato interno de la fábrica, que les resultaría mucho más manejable. A los metalúrgicos de San Rafael les había costado mucho trabajo quebrarlo y traer a la gente de vuelta a la UOM. Y ahora Barari estaba muy atrasado con los pagos y la única posibilidad que se les había ocurrido era que la UOM la contactara a ella con directivos de Ferrocarriles Argentinos para pedirles que le pagaran a Barari una plata que le debían, con el compromiso de que Barari iba a usarla para pagar a sus obreros.

—Para eso me he venido a Buenos Aires, y por eso no me he vuelto aunque ustedes no me daban ninguna solución.

Vandor seguía haciendo caras y protestando interés. Estaba en su mejor momento: se hablaba de que tenía posibilidades de reemplazar a Perón a la cabeza del movimiento peronista, y de que podía incluso, en un futuro no muy lejano, llegar a presidente. Susana se sorprendía de que el gran hombre, el jefe tan temido, le hiciera tanto caso. Hasta que pensó que si era tan jefe debía ser justamente por eso, por ocuparse así de cada uno:

—Doctora, de verdad estábamos muy atareados, pero no se preocupe que ya mismo nos vamos a poner con esta cuestión. Quédese tranquila, doctora,

que lo vamos a resolver. ¿Usted adónde está? ¿Cuál es su número de teléfono?

Durante los dos días siguientes, empleados de la UOM la llamaron a cada rato.

—Mire, doctora, todavía no tenemos novedades porque el coronel no llegó. En cuanto sepamos algo la volvemos a llamar.

—Doctora, no lo pudimos encontrar, pero no se preocupe que seguimos buscándolo.

—Escuchemé, doctora, el coronel dice que podría recibirla con la delegación nuestra que va pasado mañana. ¿Usted podría, el jueves a las nueve?

—Sí, cuando ustedes digan.

—Bueno, entonces deme la dirección. El jueves a las ocho y media la pasamos a buscar en un coche del sindicato y la llevamos a Retiro.

En la delegación de la UOM había secretarios de varias regionales importantes —Calabro, Gutiérrez— pero el secretario del coronel interventor de Ferrocarriles les dijo que el coronel había tenido que salir de urgencia a la Casa Rosada y que no los iba a poder atender, que volvieran mañana. A la salida, Susana aprovechó para pedir a sus acompañantes si, cuando fuera la reunión, la dejarían hablar primero:

—Miren, yo vengo desde muy lejos y estoy esperando hace varios días y me tengo que volver lo antes posible para allá, imagínense. ¿No me dejarían presentar primero nuestro problema? Porque si empezamos con algo muy general el hombre va a decir bueno, lo vamos a estudiar. En cambio si le planteamos algo concreto...

Los sindicalistas se rieron y le tomaron un poco el pelo:

—Había resultado dura, la doctora. Mire que con esa carita...

Pero aceptaron. Al otro día, cuando llegaron a Retiro, el secretario volvió a decirles que el coronel no estaba, que había tenido que salir de urgencia. Susana ya no sabía qué hacer, pero no solía demostrarlo:

—Mire, acá los sillones son muy cómodos, no hace frío. Así que yo, si este señor está tan atareado, yo tengo mucho apuro, así que si me permite me voy a quedar toda la noche acá sentada. Mañana cuando llegue, o si viene esta noche, vamos a poder hablar.

Al rato apareció el coronel, y la delegación de la UOM se sentó con él alrededor de una gran mesa de conferencias. Susana le hizo todo su planteo: lo había ensayado y le salió redondo.

—... y la cuestión es que si ustedes no le pagan, el señor Barari va a tener que cerrar la fábrica y se va a perder una cantidad importante de fuentes de trabajo. O sea que si ustedes le pueden actualizar los pagos que le deben, y comprometerlo a usar ese dinero para los jornales, van a salvar una industria argentina importante...

Susana sonaba imperiosa con un toque de coquetería, y el coronel interventor le prometió que se lo iba a arreglar. Los sindicalistas se miraban y sonreían. A la salida, Victorio Calabró la tentó con un gran futuro metalúrgico:

—Doctora, ¿qué está haciendo en San Rafael? ¿Por qué no se viene acá de abogada laboralista nuestra? No sabe la cantidad de juicios que tenemos todo el tiempo. Nosotros necesitamos abogados laboralistas como usted. Además, no sabe la cantidad de guita que puede ganar con todos los juicios que hay. Vengasé, doctora, le arreglamos todo.

Al día siguiente Susana volvió a pasar por Retiro para terminar de arreglar el asunto. Después le dijeron que Vandor quería verla:

—Doctora, me dijeron que ya pudo solucionar su problema. No sabe cuánto me alegro. Me dijeron que usted estuvo muy bien...

Vandor seguía encantador, y Susana aprovechó para tratar de sacarse una duda:

—A propósito, ya que estamos charlando: quisiera saber qué piensa usted de Onganía. Porque como usted fue al acto de asunción, cosa que nos dejó a todos un poco descolocados, me gustaría saber qué piensa del gobierno.

—No, por favor, Onganía es un dictador. No se va a conseguir nada con él, pero como en ese momento había que evitar que tuviera una actitud mucho más frontal de enemistad hacia los sindicatos, nosotros fuimos, para preservar la estructura de la CGT y los sindicatos. Pero no, de ninguna manera, no hay nada que esperar de Onganía.

Vandor sonaba convencido y no dejaba de sonreír, pero tampoco quería seguir hablando de la cuestión:

—Doctora, ¿usted en qué viaja a San Rafael?

—En tren. ¿En qué voy a viajar? Imaginesé, con todos los días que llevo acá...

Vandor levantó el teléfono y dijo unas pocas palabras en voz baja. Después siguieron charlando unos minutos. Hasta que entró un empleado y le dio unos papeles a su jefe. Vandor se los dio a Susana:

—Doctora, acá tiene su pasaje en avión. Por favor, es lo menos que podemos hacer por una compañera como usted. Y ahora me va a tener que

disculpar, porque tengo que ver a unos compañeros de Córdoba, usted sabe que la situación allá está complicada. Pero si usted quisiera podría almorzar con mi adjunto Gutiérrez. Creo que ya se conocen, ¿no?

Vandor se paró y le extendió la mano. Era un gran seductor, y seguía sonriendo:

—Bueno, como seguramente usted no ha tenido tiempo de visitar a sus amistades, o hacer compras, nuestro chofer la va a llevar. Y la próxima vez que tenga que venir nos avisa con un par de días y le reservamos el hotel, le ponemos un auto.

—¿El Mercedes?

Le preguntó Susana, y Vandor le sonrió sin decir nada. En esos días había salido en los diarios la noticia de que la empresa que estaba terminando una gran clínica metalúrgica le había regalado un Mercedes Benz. Vandor insistió en la sonrisa:

—Bueno, ya sabe, doctora. Y cualquier cosa que me necesite, acá estamos. Yo con mucho gusto.

El coche era un Ford Falcon. Cuando pasaron por delante de una especie de cabarute con bombitas rojas, el chofer se entusiasmó:

—Uy, acá no sabe las noches que se pasan los muchachos. Sobre todo cuando vienen compañeros del interior, vio, siempre los traemos acá, y no sabe los desbarajustes que arman.

Susana pensó que no dejaban nada librado al azar: con esas atenciones, les iban mostrando cómo podía ser la buena vida de un dirigente comprensivo. Llegó con ciertas prevenciones al restorán donde la esperaban Gutiérrez y otros dos. Pero la charla fue interesante y animada. El secretario adjunto de la UOM, el sucesor de Rosendo García, había estado en La Habana un tiempo antes, con su jefe, y le habló entusiasmado de la revolución cubana y de cómo Vandor había llorado de emoción al ver algunos de sus logros:

—Lo que no entiendo es por qué el General no quiso ir. Parece que le ofrecieron que viviera ahí, con todos los honores y los medios que necesitara, pero él no quiso ir. La verdad que me parece que se equivocó, el General.

Octubre de 1966. Recién habían llegado y todavía no los anunciaba Claudia Sánchez pero, en 1966, los cigarrillos L&M fueron el boom de la industria nacional, pasando de cero a veinte millones de paquetes anuales. Los había empezado a fabricar en el país, bajo licencia, Piccardo y Compañía.

El mercado del cigarrillo había cambiado mucho. Recién quince años antes empezaba a imponerse el tabaco con filtro. Fue entonces cuando se

lanzaron en Estados Unidos los Winston, los L&M y los Marlboro, de una empresa relativamente chica, Philip Morris. Pero aún en 1966, la marca de más venta en Estados Unidos era el Pall Mall sin filtro. En la Argentina el consumo estaba repartido. En América el gran cambio siguiente, a mediados de los cincuenta, fue la aparición de los paquetes de cartón: ése fue el gran invento de la Philip Morris para sus Marlboro. Y, finalmente, aparecieron los contratos de las compañías americanas con empresas nacionales del resto del mundo para que fabricaran sus marcas bajo licencia. Un alto ejecutivo de la empresa licenciataria de L&M, la americana Liggett & Myers, explicaba su política: «El mercado del cigarrillo en los Estados Unidos está casi saturado. En el resto del mundo, en cambio, se consumen, término medio, cuatro veces menos cigarrillos que en América. Así que tenemos que expandirnos en ese mercado. Es un mercado ávido de productos norteamericanos: la prueba está en que todas las marcas multiplican sus negocios en el exterior a un ritmo acelerado, a pesar de que sus precios son, por lo general, superiores a los de las marcas nacionales». La difusión del cigarrillo en el mundo fue un plan perfectamente armado por las empresas norteamericanas.

Una publicidad sintetizaba esta idea. En todos los diarios, revistas, radios y canales, se anunciaba que «ahora sí es legal fumar Viceroy. Como en Estados Unidos, su país de origen... Sentir ese sabor tan americano...».

Susana Sanz había nacido en San Rafael en febrero de 1939. Su padre, Juan, era un español que había dejado su aldea de Burgos, Rabanera del Pinar, hacia 1910, cuando tenía catorce y se había instalado en ese pueblo medio salvaje del sur de Mendoza: tras unos años, puso una fonda que después se transformó en hotel y funcionaba más o menos bien. Su madre, Carmen, también había nacido en Rabanera, pero era bastante menor que Juan, y los futuros esposos no se conocieron en el pueblo natal. Los hermanos de Carmen se habían ido a trabajar a los altos hornos de Vizcaya, en el País Vasco, y Carmen los siguió. Allí se enamoró de un obrero comunista que cayó preso y poco después de salir, tuberculoso, murió. Carmen pensó en meterse a monja, pero finalmente decidió que había formas mejores de empezar otra vida y se tomó un barco para Buenos Aires. En esos días una migración era algo muy definitivo.

En Buenos Aires, Carmen se encontró con otras paisanas. Cuando llegó desde San Rafael otra mujer de su pueblo, muy enferma, Carmen la cuidó en el hospital; de vuelta en San Rafael, la mujer le habló tanto a su primo Juan de esa chica, que Juan se tomó el tren para ir a conocerla. Corría 1935. Juan y

Carmen se gustaron; ya eran grandes y decidieron casarse. Poco después estalló la guerra en España.

Cuando Susana tenía cuatro o cinco años solía escuchar acaloradas discusiones con mucha zeta y mucho coño sobre la guerra mundial, los cabrones de los americanos que parecía que no iban a voltear a Franco, las posibilidades de una huelga general revolucionaria, la traición de los comunistas aquí, de los azañistas allá, de los anarcosindicalistas acullá. Los republicanos de San Rafael tenían un club donde se reunían para sus actividades sociales, pero cada encuentro terminaba con las mismas discusiones. Los republicanos de San Rafael no dudaban de que Franco caería más o menos pronto, que la victoria de los pueblos no estaba lejos y que ellos terminarían volviéndose a su país para colaborar con ella. Uno de esos días, su padre la llevó al Club Italiano. Le habían ofrecido la concesión del restorán y fueron a verlo. Cuando entraron, Susana descubrió en el salón un gran retrato de Mussolini; algo habría escuchado, porque empezó a gritar abajo Mussolini, abajo Franco, viva Miaja: se trababa un poco con algunas palabras pero la intención estaba clara y su padre se quedó sin restorán, muy orgulloso de su hija.

Cuando cumplió seis, Susana era inquieta, entrometida y su madre, pese a sus convicciones comunistas, pensó que las únicas que podrían con ella serían las monjas. Aunque doña Carmen también hacía lo suyo: cuando Susana no le hacía caso le daba un par de azotes, o la tenía un rato arrodillada sobre garbanzos. Don Juan, en general, la defendía. Susana tenía siete años y estaba en el colegio cuando la fueron a buscar para decirle que su padre se había muerto de una peritonitis. Susana lloraba y lloraba y no terminaba de entender qué había pasado.

Su madre se hizo cargo del hotel y lo hizo prosperar: era una señora decidida, férrea, que sabía qué quería y cómo conseguirlo. Susana se pasaba largos ratos escondida en los rincones o debajo de las mesas, escuchando conversaciones de las mucamas, enterándose de todo lo posible. Oía cosas horribles: por ejemplo, que las chicas del asilo de huérfanas iban a trabajar a casas de familia donde las trataban como a esclavas. Tenía ocho o nueve años la primera vez que le dijo a su madre que iba a ser abogada.

—¿Por qué, niña?

—Porque me han dicho que los abogados pueden ser jueces, y entonces yo voy a ser juez para proteger a los chicos que no tienen padres.

Su madre solía estar muy ocupada y, a veces, mandaba a Susana al cementerio a poner unas flores sobre la tumba de su padre. A Susana no le

daba miedo ir; le gustaba, y había notado que algunas tumbas tenían muchas flores y otras no tenían ninguna. Esas tumbas sin flores la llenaban de pena. Entonces sacaba flores de donde sobraban y las ponía donde faltaban; a veces se pasaba horas correteando, hasta que cada muerto recibía sus matitas.

En el colegio, Susana tenía muy buenas notas y bastantes conflictos. Solía protestar cada vez que algo le parecía injusto, y más de una vez las monjas se enojaron y amenazaron con echarla. A los once o doce años, Susana seguía jugando mucho con los varones de su barrio: podía mezclarse en un partido de fútbol o en una pelea sin desventajas evidentes. Pero también era muy religiosa: comulgaba casi todos los días y solía ir a la misa de siete de la mañana porque a esa hora no se trataba de aparentar o de ver gente. Alguna vez pensó que podía llegar a ser monja. Pero un día, frente al espejo, se estaba poniendo unas telas sobre la cara como si fueran velos religiosos y decidió que no:

—Como monja no voy a quedar muy linda que digamos. Me parece que no voy a ser monja.

Susana confiaba en las monjas y les creía: salvo cuando le hablaban de lo salvajes que habían sido los republicanos españoles. Cuando Susana empezó a parecer una mujer, su madre decidió que un hotel no era el mejor lugar para criarla: había demasiada gente que iba y venía y podía resultar peligroso. Entonces lo vendió: con el dinero que le dieron, hizo inversiones y vivió de esas rentas.

Susana hizo el secundario en el Normal de San Rafael. Era una chica alegre, solían elegirla la mejor compañera, se divertía mucho y tenía cuidado en no ponerse de novia. Le gustaba gustar, pero los muchachos le tenían un poco de miedo: aparecía demasiado independiente, y una chica así podía asustar.

Cuando estaba terminando el colegio, Susana empezó la batalla para que su madre la dejara estudiar abogacía. Había un grupo de muchachos de San Rafael que estudiaban en La Plata, y ella insistía para irse allá. Doña Carmen, al final, transigió, pero la acompañó. A principios de 1957, las dos mujeres estaban instaladas en un departamento de La Plata, y Susana empezó su carrera de Derecho.

La Plata, en esos días, era un hervidero de estudiantes que venían de todas las provincias argentinas. Había peñas, encuentros, películas, teatros, conciertos. Era el final del gobierno del general Aramburu, y después vino Arturo Frondizi: era una época de ciertas libertades y mucha agitación. Estudiantes politizados, que habían creído en el desarrollista, empezaban a

decepcionarse con sus medidas y a buscar nuevos rumbos. Susana se integró al grupo de estudiantes de su pueblo: varios militaban en grupos anarquistas. Algunos eran bastante mayores: la vida estudiantil era cómoda y agradable, muchos podían conseguirse trabajitos para ir tirando y rendían alguna materia de vez en cuando, como para seguir siendo estudiantes. Con ellos empezó a leer a Dostoievsky, León Felipe, Vallejo, García Lorca.

Cuando ya estaba en tercero, Susana se metió en Unión Universitaria, el grupo de los balbinistas —y algunos anarquistas— en Derecho, donde militaban, entre otros, Sergio Karakachoff y Julio Rajneri. Los radicales tenían cierta aureola de coraje, que les venía de su resistencia al gobierno de Perón: a menudo contaban historias de las cárceles y persecuciones que sufrieron entonces. Además, la Unión se oponía al gobierno de Frondizi: estaban terminando las peleas entre los partidarios de la laica y la libre, y los radicales unionistas decían que, en realidad, todo eso había servido para ocultar lo que importaba: la concesión de grandes contratos petroleros a empresas extranjeras. Los unionistas seguían a Balbín, pero también solían tomarle el pelo. Sergio Karakachoff, que iba mucho a su casa, contaba que el Viejo era siempre igual de solemne:

—El otro día habíamos terminado de comer y don Ricardo se quedó medio dormido. Entonces uno de sus nietos, chiquito, lo sacudió y le dijo tatita, tatita, qué está haciendo. Y don Ricardo se despertó de golpe y le dijo estoy reflexionando sobre los graves problemas que aquejan a la patria, m'hijito.

Las chicas no solían participar en los grupos de activistas: la política seguía siendo cosa de hombres. Poco después la eligieron vocal del centro de estudiantes de Derecho. En esos días se armó un conflicto porque la policía había reprimido una manifestación de la CGT contra los contratos petroleros de Frondizi y los sindicalistas, corridos, se refugiaron en la Universidad. La policía no podía entrar a sacarlos porque la autonomía universitaria era algo serio. Ese día estaba reunido un plenario de todos los centros y empezaron a discutir si tenían que dejar que los obreros hicieran un acto en su territorio. Avanzada Reformista decía que sí; Unión Universitaria era muy antiperonista y no estaba de acuerdo. Los militantes hablaban mucho de la clase obrera pero ahora, que tenían obreros de carne y hueso golpeando a su puerta, les negaban la entrada. Tres vocales de Unión, entre ellos Susana, votaron que sí: Avanzada ganó por dos votos de diferencia y se armó el escándalo. Fue una ruptura importante, y Susana quedó afuera de Unión: solía creer que estaba más cerca de los planteos de izquierda de los militantes de Avanzada, pero no

tragaba el fervor frondizista de muchos de ellos. Que se les fue pasando poco a poco: de esa decepción nacieron varios grupos de la izquierda de esos días.

En la política universitaria la izquierda y los radicales eran fuertes y casi no había peronistas. En ese clima, Susana empezó a aprender las reglas y maneras de la militancia. Aprendió, por ejemplo, que había que tener mucha paciencia y quedarse siempre hasta el final: los últimos eran los que redactaban las resoluciones, los comunicados: los que tenían la última palabra.

Mientras, seguía cursando y aprobando materias. Le gustaba dar exámenes: era una situación de desafío que la ponía en marcha. La carrera de Derecho era más bien masculina, y los hombres sospechaban de sus compañeras:

—Vos sí que no tenés problemas para que te aprueben. Lo mirás un poco al profe, le hacés un par de caritas y ya lo tenés en la bolsa.

Susana siempre despreció la idea de que ser mujer pudiera representar una ventaja y solía presentarse a los finales con la cara lavada, un par de trenzas y la ropa más austera que tuviese. A veces se le hacía pesado vivir con mamá: para zafar un poco del control, Susana había empezado a trabajar como administrativa en una escuela-fábrica. De todas formas, doña Carmen no ponía ninguna traba a encuentros y visitas y su casa se había convertido en un lugar de reunión de sus amigos. Se pasaban noches enteras estudiando o charlando. Uno de los sanrafaelinos, Alberto Llorente, una mezcla de anarco consecuente con nihilista ruso, le empezó a gustar más que los otros. Alberto estaba terminando ingeniería y le llevaba seis años; juntos leían a Sartre, a Camus, a Rafael Alberti, paseaban, iban al cine, se perdían a veces en lo oscuro de un parque. En 1961, en pleno entusiasmo castrista, se anotaron como voluntarios para ir a Cuba a colaborar con la revolución, pero los comunistas controlaban los contingentes y los rechazaron. Susana ya tenía un par de ideas muy asentadas: que los valores tradicionales estaban definitivamente caducos y que esta sociedad era terriblemente injusta y había que modificarla con los medios que fueran: la política, los levantamientos populares, las armas. Que nada era tan urgente como ese cambio y que el mundo marchaba en esa dirección. Y que ella era una privilegiada y tenía que aprovechar ese lugar de privilegio para volcarlo hacia la sociedad.

—Pero todo eso no va a llegar solo...

No, hay que empujarlo, hay que hacerlo, pero es inexorable. Es cosa de que le pongamos toda la voluntad necesaria, de que encontremos los medios,

de que modifiquemos las mentalidades y lleguemos a la gente a la que tenemos que llegar y esto se va a transformar, sin ninguna duda.

—El problema es que hay demasiadas corrientes y cada cual tira para su lado...

—No, todas van en la misma dirección, en el sentido de la historia. Hay un objetivo común, eso está claro. Puede que haya diferencias en el cómo, en los métodos, pero todos vamos para el mismo lado.

En 1962 Susana y Alberto se casaron por riguroso civil. Ella, entonces, ya había dejado de creer: de a poco, sin grandes conflictos. Lo festejaron con un asado para los amigos, y se instalaron en el departamento de Susana. Su madre, entonces, pasaba más tiempo en San Rafael y los iba a visitar de vez en cuando. La casa del matrimonio Llorente seguía siendo un centro de encuentros y discusiones. A fin de año, Susana rindió las últimas materias y quedó embarazada. Decidió empezar el doctorado, donde enseñaba, entre otros, Alfredo Palacios, y esperar a su primera hija. La llamaron Mariana, como un personaje de Federico García Lorca. Susana ya no creía que siendo jueza pudiera arreglar nada, y había empezado a prepararse para hacer derecho laboral. Ésa sería su forma de contribuir al cambio.

En 1964 ya había nacido Bernarda, la segunda; Alberto planteó que quería volverse a San Rafael. Allí tendrían una familia, una casa mejor y un buen trabajo; Susana no estaba entusiasmada pero terminó por aceptar. Primero se fue él, y después ella. Hacia fines de ese año, la familia Llorente ya estaba de vuelta en su ciudad, instalada en una casa grande que les dio doña Carmen. La casa era muy linda, con jardín y varias habitaciones.

En esos días, San Rafael era una ciudad de cien mil habitantes en medio de un desierto que exigía mucho esfuerzo para volverse productivo. En el sur de Mendoza, a unos 900 metros sobre el nivel del mar, seca, arenosa, recostada contra la montaña, San Rafael había sido fundada por inmigrantes franceses a principios de siglo, cuando llegó el ferrocarril: los franceses plantaron viñas y empezaron a producir buenos vinos, pero poco a poco las primeras familias fueron perdiendo sus tierras a manos de sus administradores, la segunda oleada migratoria, hecha de italiano y españoles.

Eran pobladores con espíritu pionero, de pueblo de frontera. Con mucho trabajo conseguían criar el vino y las frutas que los enriquecían. Las tierras estaban muy divididas y mejoradas con acequias y canales de riego. Y, a su alrededor, se establecieron fábricas de conservas y bodegas. Y después minas de uranio y de carbón, y por fin las industrias de metalurgia más pesada,

usinas y diques. La ciudad era chata, reciente, y todos se conocían demasiado. Eran, decían, un pueblo de tahúres: tenían que apostar, por ejemplo, a que el granizo destruyera las cosechas del norte para dar valor a las suyas, o a que una veta de mineral los salvara de golpe. Era gente dura, que no podía darse el lujo de parecer compasiva. Y la ciudad crecía, y crecía el consumo, y llegaban inmigrantes más nuevos, del norte o de Chile, que se instalaban en los suburbios y pasaban a ser mano de obra en las empresas de los pioneros europeos.

En 1964, cuando Susana Sanz llegó de vuelta al pueblo, la CGT nacional había lanzado su plan de lucha, había cantidad de conflictos sindicales y San Rafael no tenía ni un solo abogado laboralista. Susana se juntó con otra abogada recién recibida, Marilín Salvo, la hija de un dirigente personal de la zona, y pusieron un estudio. Marilín hacía derecho civil y Susana laboral: el viejo Salvo le hizo algunos contactos y, muy pronto, empezó a trabajar para los sindicatos locales.

Uno de sus primeros casos fue el de la fábrica Barari; a través de los tribunales pudo desmontar el sindicato de fábrica que la patronal había tratado de formar y, a partir de entonces, sus relaciones con la UOM y la CGT locales se hicieron muy fluidas. La CGT de San Rafael no estaba a favor de la corriente «participacionista»: era más combativa. En 1965 apoyó a los candidatos peronistas que se opusieron a los neoperonistas y vandoristas en unas elecciones provinciales. La fórmula estaba encabezada por el abogado Corvalán Nanclares, para vice se presentaba un farmacéutico de San Rafael, viejo peronista con muy buena relación con esos sindicatos: Alberto Martínez Baca. La fórmula perdió, pero la campaña removió un poco el avispero.

Susana no era peronista: se sentía más bien de izquierda, con un ligero toque ácrata, pero le gustaba e interesaba el trabajo y la compañía de los sindicalistas del lugar. Estaba muy cómoda, sobre todo, con Julián Contreras, el secretario de la CGT local, que la invitaba a actividades y reuniones. Y su vecino Héctor Dauvernet, el marido de su madrina, Julia. Héctor Dauvernet era un viejo peronista, una especie de símbolo de la resistencia: un gasista que solía recorrer el pueblo en bicicleta silbando la marchita, que conocía a todos los sindicalistas y militantes y había estado en todas las luchas. Cada vez que alguien en San Rafael trataba de organizar una huelga o un acto, Dauvernet era una presencia obligada; y era, también, el gran experto en confección de clavos miguelito. Dauvernet le había presentado a muchos peronistas: a menudo, Susana se entusiasmaba y les soltaba largas parrafadas sobre las

posibilidades de acción, las formas de organización, la situación política o lo que fuera.

—Bueno doctora, pensamos que usted nos quiere transmitir cosas muy importantes, pero ¿por qué no hace el esfuerzo de traducirnos para que entendamos lo que usted nos quiere decir? Porque no podemos terminar de entender lo que nos dice.

Susana se prometió que iba a intentarlo. En esos días llegó el golpe militar. Al principio, la vida en el pueblo no cambió demasiado. Aunque los dirigentes de los sindicatos locales se cabrearon fuerte cuando se enteraron de que sus jefes nacionales habían ido a la asunción del general Juan Carlos Onganía.

Enero de 1967. El último día de 1966, Onganía nombró ministro de Economía y Trabajo a Adalbert Krieger Vasena. El 4 de enero de 1967, Krieger era esperado en la escalerilla del avión que lo traía de Ginebra para ir a asumir su cargo. Junto con él, Antonio Lanusse recibió la cartera de Defensa.

Krieger formaba parte de los directorios por los menos de cuatro empresas mineras norteamericanas del grupo National Lead Co. Además era representante de muchas otras empresas extranjeras. Su prestigio en el mundo de los altos negocios estaba en su apogeo. A poco de asumir, el ministro consiguió un crédito del Fondo Monetario Internacional de 120 millones de dólares, a los que se sumaron 75 millones del tesoro norteamericano y 100 millones de un consorcio de bancos europeos. Enseguida empezó a renegociar con las grandes empresas petroleras los contratos derogados por el gobierno radical.

La radicación de capitales externos se centró en las áreas más concentradas: tabacalera, automotriz, química y petroquímica, pero las inversiones fueron llegando lentamente. Lo que sí se registró fue un importante aumento en las quiebras de las pequeñas y medianas empresas de origen nacional.

Los apoyos empresarios venían de las grandes empresas industriales vinculadas al capital extranjero nucleadas en la UIA y ACIEL. El sector agropecuario, en cambio —Sociedad Rural y Carbap— veía peligrar sus intereses por las retenciones a las exportaciones tradicionales que estableció el plan desde el principio.

En marzo la moneda fue devaluada en un 40 por ciento: un dólar pasó a costar 350 pesos. Una de las bases del plan de estabilización fue la suspensión

de las convenciones colectivas de trabajo y el congelamiento de los salarios hasta diciembre del '68, con un aumento generalizado del orden del 15 por ciento. En esos días, el Consejo Publicitario Argentino lanzó una campaña titulada «Nuestras ¡ay! Empresas del Estado»; sus avisos decían:

«Las empresas del Estado son una dura carga que pesa sobre nuestros hombros. Y sobre nuestro presupuesto. El del país y el de cada uno. Porque todos pagamos por buenos los malos servicios. Mucho dinero se malgasta cada día en alimentar a la burocracia. Si ese dinero se redistribuyera mediante una inteligente política de créditos, si el estatismo y la burocracia fueran perseguidos como peligrosos enemigos del país, si la empresa privada viera aseguradas las condiciones necesarias para su progreso...

»Si todo esto se hiciera habría para todos más trabajo, mejores remuneraciones, prosperidad.

»Ciudadano: contribuya para que así sea. Combata el estancamiento, el miedo al cambio. Participe del esfuerzo *por una Argentina fuerte, rica y justa*».

Eduardo Sigal se había preparado un bolso con dos pantalones, tres shorts y media docena de camisas, y lo llevaba colgado del hombro por una calle de Lomas de Zamora. Aunque estaba cayendo la tarde, todavía hacía calor, y Eduardo transpiraba. Le faltaban ocho minutos para la hora de su cita.

Desde el golpe de junio, siete meses antes, la situación había cambiado. Eduardo ya era miembro de la dirección provincial de la Fede, como encargado de los secundarios. El partido había tenido que cerrar sus locales y había que hacer reuniones en clubes y sindicatos. Había que cuidarse más con la seguridad: no anotar tanto y tratar de acordarse de memoria de ciertos datos importantes: las finanzas, la distribución de la prensa, las citas, los nuevos afiliados. Pese a todo, había que seguir afiliando: siempre se había dicho que los que se incorporaban al partido o a la Fede en tiempos de persecución eran los mejores, porque estaban dispuestos a enfrentar lo que fuera necesario. Pero había que andar atentos: por eso tenía que llegar a su cita a la hora exacta, ni un minuto antes ni un minuto después.

El camarada que lo estaba esperando lo llevó a una casa a pocas cuadras. Eduardo llegó mirando para abajo, pero igual le pareció que sabía dónde estaba. En el garaje de la casa había una camioneta carrozada: Eduardo se subió a la parte de atrás y la camioneta salió hacia alguna parte. Adelante, manejando, había dos camaradas como de veintipico. Un rato después, la camioneta entró en un garaje donde había otro coche: le dijeron que se subiera

y volvieron a salir. Anduvieron otro rato: Eduardo no miraba para afuera y ya no tenía ni idea de dónde estaba. Cuando llegaron a un tercer garaje, Eduardo se bajó y entró directamente en una casa, donde le dieron algo de comer y le prestaron una cama. Eduardo tardó mucho en dormirse.

El baile duró dos días más. Durante dos días, Eduardo cambió de coches y de casas; al final, en los últimos viajes, había dos pasajeros que viajaban con él. Ya se le habían pasado los nervios y empezaba a cansarse de tanto traqueteo. Era mediodía cuando llegaron a la quinta donde se iban a pasar un mes siguiendo un curso de la Escuela Nacional de Cuadros del Partido Comunista Argentino.

La escuela de cuadros era una quinta en algún lugar del Gran Buenos Aires, que el partido alquilaba por uno o dos años, hasta que se suponía que podía tener problemas de seguridad y la cambiaban por otra: ésta era una casa con varias habitaciones y muchas camas en cada una, un salón, un comedor, cocina y baños y, al lado, cruzando un jardín, un quincho cerrado que hacía de aula. Los alumnos eran militantes promisorios del partido y de la Fede, de distintas ciudades y orígenes sociales: ese verano, entre las ocho mujeres y doce hombres, había sindicalistas, maestros, universitarios y Eduardo, el benjamín de dieciséis años.

Cada mañana, los alumnos se despertaban a las seis para lavarse, hacer gimnasia, arreglar sus cuartos y desayunar. Tenían que mantenerse bien limpios y afeitados: últimamente, el partido había desaconsejado vivamente las barbas, que eran como un disfraz de revolucionario, una tontería pequeño-burguesa que podía traer problemas de seguridad. A las ocho atravesaban el jardín para pasar al aula: tenían que ir en grupos chicos y esos diez o doce pasos eran sus únicos momentos de aire libre. Aunque la casa y la escuela estaban rodeadas por ligustros altos, la seguridad los inducía a no andar en el jardín, para que no se viera que había gente todo el tiempo. Salvo los domingos, cuando tenían permiso para bañarse en la pileta, porque los domingos siempre hay gente en las quintas.

Pero el resto de los días eran de estudio sostenido. En el aula había una biblioteca bien provista de los textos clásicos —Marx, Engels y Lenin, sobre todo— y las revistas y materiales del partido. Docentes que solían cambiar cada semana, según el tema que tocara, y dirigentes que venían a dar clases especiales, los instruían sobre distintas cuestiones de la línea política. Eduardo tomaba apuntes en un cuaderno Sarandí:

«—Marx y Engels, que fundamentaron científicamente el papel de la clase obrera, determinaron que para cambiar la sociedad el proletariado debe tener

un partido político propio.

»—Lenin dijo que sólo el partido de la clase obrera está en condiciones de agrupar, educar y organizar a la vanguardia.

»—No todo partido que pretenda dirigir a la clase obrera es capaz de cumplir esta tarea.

»—El carácter revolucionario del partido lo determinan sus principios, su organización, cohesión, unidad de acción y flexibilidad táctica.

»—El PC es la vanguardia de la CO, o sea su parte más avanzada, capaz de llevar al resto a la lucha por el derrocamiento del capitalismo y la construcción del socialismo.

»—Lenin dijo que el marxismo educa a la vanguardia con capacidad para tomar el poder y conducir a todo el pueblo al socialismo, de organizar y dirigir el nuevo régimen, de ser el maestro, el dirigente, el jefe de todos los trabajadores y explotados en la obra de organizar su propia vida social sin la burguesía y contra la burguesía.

»—El partido representa los intereses de toda la clase obrera».

A mediodía, cuando ya los alumnos no podían más, volvían a la casa para comer el almuerzo que les preparaba una señora que llamaban la abuela. Los alumnos estaban contentos y orgullosos del honor de estar en la escuela pero había días en que les pesaba el encierro y el régimen de estudio continuado. Había varios que no estaban acostumbrados a tanto libro y documento. En la mesa volaban chistes y cargadas, para aligerar el clima, pero después de breve siesta volvían al aula, a seguir leyendo, escuchando clases y escribiendo los trabajos que les encargaban. Cada dos o tres días les daban un tema:

«Esclarecer a la clase obrera sobre el papel histórico que le corresponde jugar.

»—En su conjunto la CO no ubica cuál es el camino que hará cambiar en forma perentoria su vida.

»—Parte de ellos no ven todavía cuál es su verdadero partido.

»—Las masas revolucionarizadas, que están haciendo una rápida experiencia política en la solución de sus problemas, contra el imperialismo, contra la oligarquía, en defensa de la paz y las libertades democráticas, etc...

»—Hoy podemos ver la justeza de la posición de nuestro partido “nada que nos aparte, todo para marchar junto a ellas”, y a la vez realizando un intenso trabajo político ideológico.

»—La clarificación política de la clase obrera se debe a las experiencias realizadas junto a los comunistas en la lucha.

»—El peronismo ha calado hondo en la CO.».

Y después, a la tardecita, venía un rato para leer, jugar al truco, al ajedrez, escuchar la radio y, una vez por semana, ver cine en un proyector de 16 milímetros. En la cena seguían charlando de los temas de estudio o tomándose el pelo: no era fácil pasar de ahí, porque se suponía que nadie contara mucho sobre su vida personal: habría sido una falla en las normas de seguridad. Y, sin embargo, Eduardo hablaba con María más que con todos los demás.

María era una cordobesa diez años mayor que Eduardo, miembro del partido, militante del sector estudiantil, y dos o tres veces las charlas se resolvieron en escapadas a un rincón del parque, detrás de la casa, donde nadie les viera los abrazos. Podía parecer un escarceo de encierro y de verano, pero tenía también la atracción de lo prohibido. Para Eduardo, además, era el gusto de que una mujer de verdad le hiciera caso a él, un pendejo. Cuando se despidieron, Eduardo y María se intercambiaron direcciones y promesas de cartas y futuros encuentros. Días después, ya de vuelta en su casa, Eduardo recibió una cita en un café de Quilmes. Cuando llegó, vio que lo esperaban el secretario general y el secretario de organización del comité provincial de la Fede; eran los dos dirigentes más altos, así que la cuestión debía ser seria:

—¿Qué tal, Eduardo, cómo te fue en la escuela?

—Increíble, muy bien. La cantidad de cosas interesantes que pude aprender en esos días es impagable...

—¿Y María?

Eduardo tuvo que aceptar las críticas, autocriticarse: era cierto que había violado varias normas, era cierto que no debía salir al parque por su cuenta, era cierto que era incorrecto haber dado y aceptado datos que comprometían la seguridad, era cierto que la camarada era mucho mayor que él y no correspondía a su moral de militante enredarse con ella.

—Sí, es cierto, pero a mí María me importa y yo estoy dispuesto a seguir viéndola.

—Eso sería persistir en el mismo error, y ya sería motivo para una sanción. Hasta ahora todo puede resultar una equivocación, un error comprensible, y dar lugar a una advertencia, pero para eso es evidente que tenés que romper cualquier contacto con ella. Además, si estás de acuerdo en todo lo que dijimos...

Eduardo quería verla. Le mandó un par de cartas, hablaron de la posibilidad de un viaje, pero el partido decididamente se oponía. El secretario del comité provincial habló con sus padres, los camaradas cordobeses hablaron con ella y, finalmente, Eduardo decidió darse por vencido. Aunque

no entendía muy bien por qué tanta insistencia en un algo que parecía tan menor.

—Es un problema ideológico. Tenés que entender que tu conducta en todo este asunto mostró claras desviaciones individualistas, muy pequeño-burguesas. En este caso no es grave, pero podría ser germen de problemas mucho peores, y por eso conviene extirparlo de raíz.

Enero de 1967. Ya en diciembre los portuarios le habían hecho la primera huelga al gobierno militar, que había decretado despidos, eliminado conquistas laborales e implantado un control casi policial en el puerto de Buenos Aires. La reacción oficial fue veloz: militarizaron el puerto, encarcelaron a muchos activistas e intervinieron el sindicato. Su secretario general, Eustaquio Tolosa, consiguió en Londres la solidaridad de la Federación Internacional de los Trabajadores del Transporte, que declaró el boicot a los barcos argentinos. Tolosa fue encarcelado en cuanto volvió al país.

En enero los que protestaron fueron los ferroviarios. Como parte del plan de racionalización del gobierno, se anunció el cierre de varios grandes talleres y de ramales ferroviarios, dejando sin trabajo a miles de obreros. El 11 de enero los dos gremios, Unión Ferroviaria y La Fraternidad, fueron a la huelga por 24 horas: el paro fue total, y ayudó a que la CGT empezara a preparar un plan de lucha.

En Tucumán, mientras tanto, la Federación de Obreros Tucumanos de la Industria Azucarera estaba en pie de guerra: la asignación de «cupos de producción» a los ingenios significaba una amenaza a las fuentes de trabajo. Se preveía que once ingenios tendrían que cerrar sus puertas. Los trabajadores del azúcar hicieron asambleas zonales, y en una de ellas, en el ingenio Santa Lucía, en Bella Vista, la policía se presentó y detuvo a varios dirigentes sindicales. Una manifestación se encolumnó hacia el lugar donde estaban detenidos, para pedir su libertad; los trabajadores tiraron bombas molotov y la guardia de infantería disparó contra la multitud. Había muchas mujeres y chicos: Hilda Guerrero de Molina, de 34 años, madre de cuatro hijos, cayó muerta de un balazo en la frente disparado de muy cerca. La sangre enardeció todavía más a los trabajadores, que obligaron a los policías a encerrarse en su destacamento. Entre ellos, voces pedían ametralladoras «para ir a la lucha contra la dictadura».

Esa noche, el doctor Gastón Lacaze, gobernador interino de Tucumán, «lamentó los hechos» a través de un escueto comunicado. El día 13, la FOTIA

declaró una huelga de 24 horas en Tucumán para repudiar la política nacional azucarera y la represión. Ese mismo día, a las 10 de la mañana, una multitud llevó a pulso el féretro de Hilda Guerrero desde Bella Vista hasta el cementerio de Acheral. Una corona, más grande que todas las demás, decía «Juan Perón».

El obispo de Tucumán, Juan Carlos Aramburu, mandó una carta al ministro de Economía trasmitiéndole su «honda preocupación» y recordándole que el Concilio Vaticano Segundo decía que «una fuente de trabajo no debe ser valorada por su rendimiento económico sino por el bienestar del hombre».

Entre los participantes en esos incidentes había dos contadores del sindicato azucarero del ingenio San José, Mario Roberto Santucho y José Manuel Carrizo, y un dirigente de la fábrica a quien Santucho había enseñado a leer, Antonio del Carmen Fernández. Un mes y medio más tarde, a fines de febrero, el contador Santucho fue detenido por la policía en los alrededores de la ciudad de Tucumán. Procesado por activar en apoyo de la huelga decretada por la CGT nacional, Santucho fue condenado a 24 días de cárcel. Años antes, el escritor polaco Wytold Gombrowicz lo había conocido en Santiago del Estero, y lo describió en su *Diario Argentino*: «Es un muchacho de color subido, cabellera negra ala de cuervo, boca color tomate, dentadura deslumbrante. Un poco oblicuo a lo indio, robusto, sano, con ojos de astuto soñador, dulce y terco. Es un soldado nato. Sirve para el fusil, las trincheras, el caballo. En general, ellos me recuerdan mucho a Seromski y a sus compañeros de los años 1890: entusiasmo, fe en el progreso, idealismo, fe en el pueblo, romanticismo, socialismo y patria».

—Jorge, me parece que es una equivocación terrible.

—No, mirá, por más que insistas, ya lo tengo decidido. Yo dejo los estudios, no puedo seguir así.

Graciela Daleo estaba recostada en su cuarto y le llegaban, desde el comedor, las voces del Flaco y de su hermano que discutían cada vez más fuerte. El Flaco le explicaba que no soportaba seguir perdiendo el tiempo en la facultad cuando la revolución era algo urgente que no se podía dejar para mañana, y que requería toda su atención. El hermano de Graciela le decía que quizás tuviera razón con lo de la revolución pero que, si triunfaba, seguro que se iban a destruir muchos puentes y que entonces se iban a necesitar ingenieros para hacerlos de nuevo. Y que él, el Flaco, iba a ser mucho más útil a la revolución si se preparaba como ingeniero para hacer esos puentes.

—¿Y entonces la revolución, qué? ¿Quién la va a hacer, mientras nosotros nos la pasamos bacanes preparándonos para después? No, che, es una decisión firme, me parece que es el único camino para sentirme de acuerdo conmigo mismo.

Graciela seguía escuchando y ni siquiera pensaba que si el Flaco dejaba de estudiar quizás considerara roto el pacto que había hecho con su madre y pudiera buscarse una novia. En realidad, estaba impresionada, casi emocionada por la decisión del Flaco: la firmeza con la que se lanzaba hacia el futuro. Ese verano, Graciela había cumplido diecinueve años y conseguido su primer trabajo: una chica que conocía de las misas universitarias la había presentado en la librería Hachette y la contrataron como cajera suplente. Por primera vez, no había ido a pasar vacaciones a Huanguelén, y se había anotado en el curso de ingreso de la Universidad del Salvador. La gorda Beatriz la había convencido de que en la UBA, tal como había quedado, no se podía hacer nada.

—¿Y te parece que podemos encontrarnos a comer, ahora, a las doce y media?

—Sí, Jorge, me gustaría mucho.

Graciela colgó el teléfono de la librería y se quedó pensando. A veces almorzaba con el Flaco, pero esa invitación le sonó casi demasiado urgente. Media hora después, Jorge pasó a buscarla: iba de punta en blanco, con un traje gris, camisa blanca y corbata bordó: una pinturita. Caminaba, como siempre, un poco encorvado de tan alto, pero así trajeado se le notaba menos. Graciela llevaba una minifalda bastante seria: se habían empezado a usar el año anterior, y ya eran casi normales, aunque los hombres seguían mirándolas con cierta baba por la calle.

En el Hamburgo, de Carlos Pellegrini y Tucumán, donde solían ir a la salida del Colón cuando conseguían invitaciones, Jorge empezó a contarle que había estado tres días en Montevideo porque había habido una reunión de la Juventud Peronista con el mayor Vicente, un delegado de Perón, y lo habían invitado. Y que estaban, también, algunas de las viejas glorias: Gustavo Rearte, Cacho El Kadri. Pero en medio de la reunión cayó la policía y los que pudieron se escaparon saltando por las ventanas. El Flaco fue de los que no pudieron, pero la policía uruguaya lo soltó al cabo de unas horas. Graciela lo miraba, espantada por la historia. Entonces el Flaco sacó de su portafolios una lata de marrón glacés y la puso sobre la mesa:

—Mientras estaba preso, ayer, en Montevideo, me di cuenta de que estoy enamorado de vos.

Graciela se había pasado un par de años esperando esas palabras y ahora, cuando llegaban, la tomaron por sorpresa y no supo qué decir. Jorge la miraba, callado; ninguno se movía. Las cuatro manos estaban quietas sobre el mantel blanco. Al fin, Graciela le dijo que bueno, que estaba tan sorprendida y que tenía que pensarlo:

—Vamos, Graciela. ¿No te parece que entre nosotros ya está todo dicho?

Tenía razón, y Graciela aceptó: iban a ser novios. La comida siguió entre nubes confusas. Cuando terminaron, él la acompañó de vuelta a Hachette; al despedirse, Graciela le ofreció la mejilla. Imaginaba que un noviazgo era algo muy gradual: primero, al cabo de unos días, se agarrarían de la mano; después, tras semanas o meses, se darían un beso en la boca. Aunque no pudiera imaginarse cómo sería un beso en la boca. Jorge la besó, suavemente, en la mejilla y le pidió que no se lo dijera a nadie hasta que él pudiera explicarse con su madre. Graciela aceptó y estuvo a punto de darle otro beso. Estaba casi desorientada: ¿cómo sería, ahora, tener eso que había querido tanto tiempo? Dos días después, Graciela tuvo que rendir su primer examen en el curso de ingreso. El Flaco iba a pasar a buscarla, pero ella terminó antes y se metió en la iglesia; estaban ensayando el *Aleluya* con gran clamor de órgano: algo cercano al éxtasis. Al rato, cuando lo vio llegar al bar de la esquina, con un vaquero y una camisa de cuadros, y le ofreció su mejilla para el beso, supuso que de ahí en más todo empezaría a ser lo que debía.

Febrero de 1967. *Primera Plana* publicaba, en su sección de música, un comentario sobre el primer disco de Bob Dylan que salía en Buenos Aires: se llamaba *El trovador de nuestro tiempo*, y era monoaural:

«“Mañana, uno de nosotros puede despertarse, tocar un botón y estallar la guerra. El mundo, tal como está hoy, no nos gusta a los jóvenes. Nos lo dieron servido en un plato que no encargamos. No podemos modificarlo; deberíamos sólo modificarnos a nosotros mismos, integrarnos. No hemos elegido la vida que hacemos, por eso cantamos, pensamos en un mañana mejor”. Este moderno Mesías tiene 25 años. Hace seis que cambió su verdadero nombre, Robert Zimmerman, por el de Bob Dylan, como homenaje al poeta maldito Dylan Thomas; desde entonces, empezó su cruzada contra el orden establecido en un mundo que desprecia. Antes, este hijo único de un oscuro farmacéutico de Minnesota se había escapado siete veces de su casa. Querían hacer de él un médico. Eligió ser músico y profeta.

»¿Qué ven en él las nuevas generaciones que, sin votar, lo consideran unánimemente el líder máximo? Su figura —un metro y 50 centímetros

enfundados en estrechos pantalones pegados al cuerpo, botas con tacones de cinco centímetros, copiosa cabellera enrulada enmarcando un rostro pálido, enfermizo, y una voz que suena como un violín destemplado— no es, ciertamente, agradable. Nunca aprendió a tocar el piano, la guitarra ni la armónica, pero es admirable su empeño en sacar sonidos de esos tres instrumentos. “Lo que importa son las palabras”, dice. Y tiene razón. Tantas carencias no le impiden ser el más talentoso compositor de música popular de la última década. El juicio lo suscriben Joan Baez, Pete Seeger, Peter, Paul & Mary y los Beatles.

»El disco contiene diez temas compuestos e interpretados por él, algunos tan famosos como *Blowin' in the wind* y *Mr. Tambourin Man*. Su música, como toda su persona, no admite concesiones. Prohíbe, también, la indiferencia. El oyente no tiene alternativas: o atesora el álbum en un rincón de su discoteca, o lo tira por la ventana».

Cacho El Kadri lo había conocido a principios de los sesentas, cuando José Luis Nell encabezó junto con el gordo Joe Baxter una escisión en el grupo nacionalista de derecha Tacuara. El nuevo grupo se llamaba Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara, aceptaba el marxismo como método de análisis y declaraba que no era posible la liberación nacional sin una revolución social con la clase obrera al frente; el 29 de agosto de 1963, camuflados en una ambulancia de alquiler, con Nell a la cabeza, atacaron el Policlínico Bancario, hirieron a un policía y se escaparon con el equivalente a 100.000 dólares. Poco después, el grupo fue detenido, pero Nell consiguió huir de Tribunales, donde lo estaban juzgando: al otro día se apareció en la casa de Cacho, que le consiguió un par de lugares para esconderse hasta que pudiera retomar el contacto con los suyos. Muy buscado, Nell pudo llegar a la China, donde se pasó unos meses recibiendo instrucción; a principios de 1966, Nell reapareció en Montevideo, donde se encontró con tres sobrevivientes del MNRT para colaborar con la formación del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros.

Hasta entonces, los tupamaros eran un grupo de militantes políticos de la izquierda, sindicalistas, trabajadores y estudiantes, que se planteaban empíricamente combinar las luchas de masas con la lucha armada para hacer la revolución, convencidos de que no había que sentarse a esperar que se dieran todas las condiciones para hacerla, sino que había que calentar los motores, realizando acciones armadas, como se había hecho en Cuba. Varios de ellos habían participado con Raúl Sendic en la organización de la marcha

de los cañeros del azúcar de Artigas, que llegaron hasta Montevideo con sus reclamos salariales y de mejoras en las condiciones de trabajo. Estaban convencidos de que la lucha armada urbana debía desarrollarse en paralelo a las luchas sociales, y aunque todavía no habían aparecido públicamente como MLN-Tupamaros, ya algunos habían participado en expropiaciones de dinero y armamento.

Lo bueno de estos contactos era que Cacho no tenía que andar explicándoles, como solía pasarle con otros militantes de izquierda, por qué el peronismo no era un movimiento fascista. Y varias veces comentaron que la lucha de los tupamaros dependería mucho de lo que pasara en Argentina y Brasil; que sin la liberación de los grandes vecinos, solía decir Sendic, el Uruguay no tenía muchas chances.

Cacho los visitó un par de veces en la segunda mitad del 66; compartía con esos uruguayos y sus compañeros argentinos la idea de que no era necesario declararse marxista-leninista para llevar adelante una lucha revolucionaria. El MLN se consideraba un movimiento de liberación nacional en un país del Tercer Mundo, reivindicaba mucho a Artigas, retomaba valores nacionalistas que llenaba con contenidos revolucionarios e, incluso, sus miembros tenían, como Cacho, cierta alergia a ir a entrenarse, como tantos otros, a Cuba. Si bien en Uruguay había democracia, los del MLN descreían de la vía electoral para hacer la revolución, y seguían las ideas guevaristas de crear, por medio de acciones armadas, las condiciones objetivas y subjetivas para la toma del poder y la construcción del socialismo. Los argentinos compartían esa visión, y decían que tenían la ventaja de que en la Argentina la proscripción del pueblo peronista y la instalación de la dictadura de Onganía facilitarían mucho el proceso revolucionario.

El 22 de diciembre de 1966, en uno de los primeros operativos del grupo, un militante, Carlos Flores, cayó en un tiroteo. La policía le encontró unos papeles que la llevaron a descubrir que una academia que ofrecía cursos de dactilografía y otras habilidades era, en realidad, la cobertura de este movimiento incipiente. Los tupamaros primitivos tuvieron que pasar apresuradamente a la clandestinidad, y se refugiaron en una casita del balneario de Solymar, unos veinte kilómetros al este de Montevideo. Cuando se enteró, Cacho tuvo una idea; José Luis Nell lo llevó, con todas las precauciones, hasta la casita de fin de semana, y allí les hizo su propuesta a los jefes tupamaros:

—Ya que en este momento las condiciones de la lucha acá en el Uruguay se han puesto muy complicadas, lo que nosotros podemos ofrecerles es que

vengan a la Argentina, donde podemos garantizarles la seguridad, para ayudarnos a iniciar el proceso revolucionario allá. Por supuesto que será sólo una etapa, pero creo que todos podemos beneficiarnos mucho de esta colaboración y, una vez que la situación en la Argentina empiece a asentarse ustedes van a tener una base de operaciones bien sólida que les va a permitir...

Era una tarde de enero y el sol caía a plomo. La sala era chiquita y calurosa: el mate daba vueltas y vueltas y los uruguayos, entre los que estaban Raúl Sendic, el Ñato Huidobro, Pepe Mujica, Marenales Sáenz y algún otro, escuchaban atentos. Cacho estaba embalado, hablando como si fuera el jefe de un movimiento revolucionario en pleno desarrollo que les ofrecía su hospitalidad; cuando terminó su propuesta, Raúl Sendic le dijo que por favor se retiraran un rato, que querían discutir el asunto entre ellos. Cacho, el Pata y Rubén salieron al jardincito de césped pelado y se sentaron a esperar.

—¿A vos qué te parece?

—Y, hay muchas posibilidades. Yo creo que les conviene y sería una experiencia única. Puede que acepten, vamos a ver...

—Bueno, con ellos o sin ellos va a haber que empezar a hacer algo en la Argentina. Ahora ya hay una dictadura militar, las condiciones objetivas están dadas...

Ya caía la noche cuando los uruguayos los llamaron de vuelta para adentro, y les explicaron que consideraban que el pueblo uruguayo iba a ver muy mal que se las tomaran en el momento en que estaban perseguidos, que agradecían el ofrecimiento pero que no podían aceptarlo, que querían seguir manteniendo la colaboración con los compañeros del Movimiento de la Juventud Peronista y que tenían que encontrar las maneras de profundizar esa colaboración. Los argentinos y los uruguayos se abrazaron para sellar el Pacto, y alguien salió a hacer el fuego para preparar el asado.

Durante ese año de 1967, Cacho siguió yendo a Montevideo. Cuando quería conectarse con sus compañeros, a veces pasaba por un edificio de la Universidad donde trabajaba un periodista uruguayo, Eduardo Galeano, que le hacía de contacto: después en los encuentros, se intercambiaban informaciones, materiales, experiencias. La práctica de guerrilla urbana que hacían los uruguayos contemplaba no sólo algunas expropiaciones de dinero o armas, sino también la participación política a través de grupos de apoyo y la tarea de denuncia de negociados y actos de corrupción gubernamental. Usaban la violencia de manera medida, razonable, proporcionada. En Buenos Aires, el núcleo duro de lo que había sido el MJP empezaba a prepararse para

la lucha. Con dinero conseguido en un par de asaltos a bancos, habían alquilado tres casas que llamaban «operativas», donde guardaban armas y otros materiales, y que mantenían en estricta clandestinidad. A veces llegaba algún tupamaro y se alojaba en ellas: se intercambiaban técnicas, armas, experiencias. Cacho viajaba al interior cada vez que podía: en Rosario, en San Juan, en Río Gallegos, algún viejo compañero de la Juventud organizaba un asado con dos o tres muchachos de confianza y hablaban de la situación y las perspectivas. Cada vez que los escuchaba, Cacho se entusiasmaba más: todos querían empezar algo, y empezarlo ya.

Cinco

—Otro plan de lucha como éste y terminamos todos en Siberia, Gringo. Estos burócratas yo no sé si son peores cuando colaboran o cuando se ponen duros, la verdad.

Dijo Felipe Alberti, y Agustín Tosco le contestó que tenía razón:

—Sí, ahora se nos va a hacer muy cuesta arriba para remontar esta situación. Pero bueno, Felipe, no hay que perder el entusiasmo.

En realidad, los dos sindicalistas de Luz y Fuerza de Córdoba tenían razones de sobra para el pesimismo. El fracaso del segundo paro general convocado por la CGT significaba el final de su Plan de Acción y el principio de una etapa complicada para los sindicalistas combativos. El proceso había empezado un par de meses antes, con la asunción de Adalbert Krieger Vasena y su anuncio de un plan estrictamente liberal para todo menos para los salarios, que quedarían congelados por veinte meses. Era evidente que el sacrificio lo harían los trabajadores y la CGT tenía que reaccionar de alguna manera: Augusto Vandor, que ya estaba descubriendo que el nacionalismo de Onganía era declamatorio y que su gobierno no tenía la intención de reconocerle los servicios prestados como él quería, trató de retomar su táctica habitual: presionar para después negociar. Además, pronto tendría elecciones en su propio gremio, y le convenía recuperar una imagen más opositora. El 4 de febrero, en la reunión del Confederal de la CGT, los vandoristas impulsaron el Plan de Acción contra los sectores participacionistas, que querían negociar sin más trámites, y ganaron. El Plan preveía una serie de jornadas de agitación que culminarían en un paro de veinticuatro horas el 1.º de marzo y otro de cuarenta y ocho el 21. Vandor estaba lanzado: «Sabemos que la huelga va a ser difícil, pero mejor que decir es hacer, y entonces haremos. Los metalúrgicos estamos dispuestos a tomar las fábricas si fuera necesario».

El gobierno contraatacó con fuerza. El 10 de febrero, la policía declaró que había descubierto un complot terrorista que acompañaría al plan de lucha de la CGT; el complot era más bien imaginario, pero el gobierno informó que había decidido interrumpir el diálogo con los sindicalistas, prohibir toda manifestación e intervenir varios sindicatos. La CGT vacilaba, y el gobierno

profundizó su ataque; el paro del 1.º fue un relativo fracaso, el gobierno suspendió la personería gremial de varias uniones importantes y hubo una escalada de despidos en las empresas del Estado. La CGT no sabía cómo reaccionar: su Comisión Directiva renunció y los participacionistas de Taccone, Alonso y Coria ocuparon el espacio perdido por los vandoristas. Los sindicalistas más combativos, como el gráfico Ongaro, el sanitario Olmos, el telefónico Guillán, el farmacéutico Di Pasquale, el azucarero Santillán, el naval De Luca y el lucifuerista Tosco, quedaban, por el momento, sin muchas posibilidades de acción.

Cuando nació Felipe, el segundo hijo varón de los Alberti, su padre, José Luis, ya llevaba cuarenta días de bronca por la prepotencia de los milicos. Era octubre de 1930 y el ejército acababa de voltear a Yrigoyen: José Luis Alberti era del Partido Demócrata, una variante conservadora en Córdoba, y no estaba con los radicales, pero los militares en la calle le caían mucho peor. Felipe creció en Dalmacio Vélez, un pueblito de la pampa gringa, y era un clásico producto de esas tierras: un rubio de ojos claros que a los cinco años ya ordeñaba, montaba en pelo, distinguía la alfalfa del mijo y se divertía pescando en el arroyito que cruzaba la chacra. A los seis heredó el guardapolvo de su hermano Uber y se quedó aterrado cuando fue a la escuela y vio lo grandote que era el cura Nicasio.

—No quiero volver, papá, me pegó unos guascazos bárbaros.

Felipe no aprendía mucho, porque además de pegarles, Nicasio tenía que enseñarles todas las materias y todos los grados, de primero a sexto. Cuando los varones terminaron la primaria, José Luis resolvió mandarlos a la ciudad, con la abuela, que vivía en el barrio General Paz, porque las cosas iban muy mal y las 160 hectáreas no daban ni para comer. Tras un par de años en la ciudad de Córdoba, Felipe volvió al campo. Esta vez a Hernando, una zona sembrada de maní, porque la abuela le había conseguido una beca en un internado de curas. La vida de los claustros no mejoró la situación: aprendía poco y nada y la comida le resultaba espantosa.

A los dieciséis, un cura lo sacó de la clase para decirle que su padre había sufrido un ataque de peritonitis y que, por esa cosa de las distancias del campo, nunca había llegado al hospital. Felipe decidió cambiar de vida: agarró las pocas cosas que tenía y se tomó un micro a Córdoba. Salió a buscar trabajo y a los pocos días estaba despachando comida en un almacén. Después probó suerte como vendedor, primero de balanzas y después de equipos eléctricos. Yiraba. Conoció Rosario y el norte de la provincia de Buenos

Aires. Hasta que a los veinte lo sortearon para la colimba. Como era alto, flaco, rubio, de ojos claros y buen jinete, era el perfecto granadero. Se pasó el año clavado en la Capital, haciendo guardias en Balcarce 50, firme cuando pasaba Juan Domingo Perón, por quien no tenía simpatías. Fue el año del levantamiento del general Menéndez. Alberti había nacido en un pueblo conservador de una provincia antiperonista pero no sintió la más mínima pena porque ese general fracasara. A Felipe le interesaba la política, pero le disgustaban los estancieros, los curas y los milicos.

Cuando le dieron la baja probó suerte en Mar del Plata, donde le habían ofrecido ser apoderado del Partido Demócrata. Pero con eso no pudo conseguir ni un trabajo para parar la olla. En cambio, conoció a Clelia y se casó rápidamente; al cabo de unos meses la convenció de que en Dalmacio Vélez podrían tentar suerte con la alfalfa, el mijo y unas vacas lecheras. Pero el campo estaba más que áspero y al poco tiempo los Alberti se fueron a la ciudad, donde Felipe manejó un taxi. Entre sus idas y vueltas ya habían tenido dos varones y una nena, los tres seguidos. Cuando empezó el año 59, Felipe ya tenía veintinueve años y algunas tardes, la sensación de que la vida se le escapaba haciendo changas. Le importaba asegurar la vida de su familia y decidió buscar algo más firme.

—Querida, hablé con el Negro Mercado, el tipo me prometió una mano.

Mercado era un abogado del Partido Demócrata que había llegado a senador provincial. A Felipe le caía bien porque no la iba con los curas y los milicos y estaba de acuerdo con las leyes obreras que había dejado de herencia Amadeo Sabattini.

—El tipo me va a hacer un enganche con la Empresa de Energía.

A fin de mes presentó la carta de Mercado dirigida a la dirección. Acostumbrado a trajinar, fue sin muchas expectativas.

—Bueno, Alberti, preséntese en la sección Medidor y Conexiones, el 26 a las siete.

Tres días después tenía el uniforme de trabajo y un puesto estable. Sentía que muchos lo miraban con recelo: al fin y al cabo había entrado por la patronal, y más de uno podía suponer que ese rubio alto y flaco fuera medio buchón. Su ingreso como acomodado coincidió con el fin de los acomodados. Los del sindicato, encabezados por Agustín Tosco, que venía de Buenos Aires porque estaba en la Federación, habían ido a ver al gobernador Arturo Zanichelli.

—Sabemos que hay 200 nuevos puestos de trabajo, gobernador.

—Bueno, muchachos, yo necesito cien. Tengo algunos compromisos, el resto es de ustedes.

—Bueno, pero hay que crear la bolsa de trabajo, don Arturo, y eso es para el sindicato.

—Está bien, siempre y cuando nos dejen mirar las listas.

A la semana de empezar Felipe, sin conocer a nadie, fue a una reunión gremial. Había militantes de todas las tendencias y Tosco aparecía como el líder indiscutido: se lo veía enérgico, convincente, bien plantado. Al mes, Alberti fue al acto de los quince años de Luz y Fuerza que, como tantos gremios, se había fundado apenas tres meses después que Perón estrenara la Secretaría de Trabajo y Previsión.

En el sindicato empezaban a saludarlo y en la sección Felipe se sentía en su salsa. El trabajo tenía sus alegrías. En los barrios, cuando llegaban a poner la electricidad era una fiesta. Acostumbrados al farol a kerosén y la heladera a gas, los vecinos se enloquecían con las lamparitas y el motor eléctrico. Más difícil le resultaba, en la empresa, que algunos que lo miraban de costado disiparan las sospechas.

—Acá hay muchos alcahuetes.

Le advertía Gregorio, un italiano veterano que alternaba historias de las víboras, arañas y hasta monos que salían de entre los troncos que solían alimentar las usinas con la bronca de los palazos de Frondizi a las huelgas ferroviarias.

—Yo los conozco a los ferroviarios, éstos van al frente, son como el Gringo.

Gregorio era de Misiones. Aunque tenía unos cuantos años más que Tosco, lo seguía a muerte. Ese año el Gringo había decidido dejar el cargo de secretario gremial de la Federación para volver a encabezar una lista unitaria en Córdoba. Gregorio le contó que la primera vez que se presentó para secretario general tenía veintitrés años.

—Y ganó. Después lo llamaron de Buenos Aires para la Federación, pero él siempre estuvo en la lucha.

Alberti se enteró de que él y Tosco eran de la misma edad y que el otro era hijo de piamonteses y que se había ido a Córdoba capital desde Moldes para aprender artes y oficios en un internado y que cuando terminó estudió en la Tecnológica.

—Se lo nota instruido.

—Claro, Alberti, el Gringo no lleva la cabeza de adorno. Ni los huevos tampoco. En mi provincia, en plena Libertadora, la Federación lo mandó para

ponerse al frente de un conflicto con la empresa eléctrica provincial. Sesenta días duró la huelga, y lo tuvieron que meter en cana al Gringo para que termine.

Gregorio, que era peronista, le contó que Tosco también lo había sido, pero que se había distanciado antes de la Libertadora.

—Pero no es gorila, a él lo que le importa es la lucha de los trabajadores, no hace partidismos y en la lista azul hay muchos peronistas.

La lista azul de Tosco le ganó a la blanca en 1960. En las dos había peronistas, y terminaron acercando posiciones y conformando la azul y blanca para la siguiente. Por ese entonces, la seccional Córdoba andaba bien con la Federación y el gremio había hecho conquistas importantes. Consiguieron que la semana laboral bajara de 44 horas a 35, negociaron con las empresas eléctricas un aporte especial para la construcción de viviendas para los afiliados, tenían planes de turismo, días por estudio. En 1962 había elecciones del cuerpo de delegados. En Instalaciones y Conexiones no estaban muy conformes con el que los representaba.

—Che, ¿y si lo ponemos al Felipe...?

Dijo Cerdá, un peronista que llevaba mucho tiempo en la sección, era un poco autoritario y le había visto pasta a Alberti. Alberti le ganó al anterior por 45 votos a 14. Cuando fue a la primera reunión del cuerpo, Tosco los miraba uno por uno.

—¡Qué cuerpo de delegados!

Cerrichio y el Flaco Murúa estaban a punto de recibirse de abogados y Alberti decidió que, por lo menos, iba a ir a terminar el secundario en la nocturna. Dos años después, cuando estaba acabando tercero, Tosco lo llamó.

—Bueno Felipe, Usted debería sumarse a la lista para el consejo directivo.

—Mire, Tosco, el problema es que yo estoy haciendo un bachillerato acelerado.

—No hay ningún problema, si acá va a tener todo el tiempo que necesite.

Alberti creyó en el Gringo. Ganaron las elecciones, y lo nombraron secretario de Cultura y Acción Social. Después pasó a Vivienda. Después lo pusieron en la comisión del veinte aniversario del sindicato. Pero en la nocturna sólo acumulaba faltas.

—Acá va a aprender más que en la escuela.

Lo consoló Tosco. En esos días llegaron de visita unos sindicalistas cubanos y el secretario de Turismo del gremio, que era del PC, les arregló una cena con la comisión directiva. Eran tiempos de Illia y los cubanos estaban un

poco impresionados cuando se enteraban de que cada uno que hablaba era de un color distinto:

—Oye chico, ¿cómo haces tú pa' manejar eso que tienes ahí en ese sindicato?

Tosco les explicaba que el peronismo estaba proscripto, que los comunistas estaban permitidos pero que habían sido perseguidos por los peronistas, y que ahora todos decían que a los radicales los iban a echar los militares, para lo cual contaban con la ayuda de algunos sindicalistas peronistas.

—En medio de todo eso, para mantener cohesionada la comisión directiva hay que dar el ejemplo personal y, sobre todo, saber hacer alianzas.

Los cubanos escucharon con atención y elogiaron mucho el vino tinto argentino. Cuando llegó el golpe, Alberti ya había pasado por la secretaría gremial y vuelto a la de vivienda y Tosco finalizaba un nuevo período como secretario general. Tosco viajó a Buenos Aires, se reunió con Taccone, Vandor y otros sindicalistas que le transmitieron su fe en Onganía. A la vuelta, reunió el consejo directivo y con cara de pocos amigos, les dijo:

—Mientras nosotros estamos acá en la lucha, en Buenos Aires los burócratas hacen de felpudo de la dictadura. Taccone fue con Vandor a verlo a Onganía y salieron hablando maravillas; que va a crecer la producción, que se va a consumir más energía, y que eso es bueno para todos.

—¿Y qué le dijiste?

Le preguntó Felipe. Ahora se tuteaban: en esos años, el tuteo llegaba después de mucho tiempo.

—Le pregunté qué íbamos a hacer sin derecho de huelga, con la intervención como amenaza permanente y todo eso.

—Acá los que resisten son los estudiantes, hermano. Son ellos los que se pusieron los pantalones largos, llamaron a un paro de cuarenta y ocho horas y ya llevan más de quince días.

El 19 de agosto, en asamblea, los estudiantes habían decidido parar la universidad. La policía, que al principio disuadía con bastones, pasó a las balas y el 7 de septiembre mataron a Santiago Pampillón. Varios dirigentes gremiales querían la oposición frontal, pero la situación no daba para mucho. Tosco y Alberti estuvieron en los cabildeos con todas las corrientes:

—Lo que se logró es llamar a una hora de paro por turno, y a duras penas, porque los participacionistas están llamando a carnerear.

Tomaba fuerza la idea de la unidad obrero-estudiantil. Alberti empezó a ir a las facultades y a recibir agrupaciones en el sindicato. Antes de fin de año,

Luz y Fuerza decidió romper la apatía, pero con precaución. La solicitada que firmaron en *La Voz del Interior* se titulaba apenas «Signos Negativos».

—No es momento para mostrar las uñas. Hay que organizar por abajo y buscar la unidad con todos los sectores que no transan con los militares.

Tosco empezó a viajar seguido a Buenos Aires. Telefónicos, sanidad, ferroviarios, periodistas. En muchos gremios iban apareciendo dirigentes combativos. Y la postura de la dirigencia que al principio había apoyado a Onganía se iba modificando por la presión de las bases. Hasta que llegó el Plan de Acción y la derrota. En la reunión de la comisión directiva de Luz y Fuerza en Córdoba, Tosco seguía intentando el optimismo:

—Yo digo que por lo menos esto sirvió para desenmascarar la política antipopular de los milicos, para apretar a los compañeros indecisos y evitar que puedan hacer doble juego...

—Sí, Gringo, pero hay un problema previo, que es que la gente no adhirió masivamente. Sin la gente, lo que hagan los dirigentes da lo mismo.

—Bueno, la gente va a seguir si hay consignas claras y si tienen confianza en sus dirigentes. Hay que darle para adelante. Si consiguen desmovilizarnos, capaz que logran los diez o veinte años de monarquía que quieren.

Pero el desánimo igual amenazaba. Tosco, Alberti, Di Toffino y el Flaco Arnaldo Murúa trataban de encontrar qué decir en el comunicado que tenían que redactar, y le daban vueltas. Murúa era el secretario de prensa:

—Che, estar en prensa en este momento es como ser Adán el día de la Madre.

—No te desesperes, Flaco, esto es un reflujo temporario, como dicen algunos. Vamos a ir de a poco. Por ahora podemos ir juntándonos con los estudiantes, con los muchachos de otros gremios. Ir de a poco, hermano.

Marzo de 1967. Antes de morir en esos días, había sido uno de esos científicos cultos: era capaz de leer a Sófocles en el original griego, escribía sonetos en francés y reconocía cada concierto de Mozart al primer compás. Pero su actividad específica fue la física. J. Robert Oppenheimer había nacido en Boston, en 1904; en 1928 se diplomó en Harvard y, cuando empezó la segunda guerra mundial, fue nombrado director del Proyecto Manhattan: el gobierno norteamericano lo puso a la cabeza del selectísimo grupo de científicos que, en el laboratorio de Los Álamos, en Nuevo México, inventó la primera bomba atómica. Albert Einstein había sido uno de los propulsores de la idea.

Cuando el *Enola Gay* lanzó la bomba sobre Hiroshima, Oppenheimer empezó a aterrarse ante los efectos de su criatura. Solía repetir un versículo del Baghavad Gita: «Yo soy ahora la muerte, quebranto los mundos». En 1947, Oppenheimer se negó a seguir participando en el proyecto de la bomba de hidrógeno. A partir de entonces, el inventor se dedicó a difundir los peligros de la bomba y, en 1954, una investigación dirigida por el senador Joe McCarthy lo acusó de actividades izquierdistas y lo separó de cualquier tarea relacionada con el desarrollo atómico. En sus últimos años, Oppenheimer se dedicó a la física teórica en Princeton y a la lectura de Proust en las plazas de París. Murió atormentado, sabiendo que había contribuido a uno de los grandes cambios de la historia. Gracias a él y a sus compañeros de laboratorio, la humanidad estaba, por fin, preparada para destruirse por completo.

—Lo que dicen es que no sirve para diario.

—No se puede creer, ¿pero qué dicen del contenido, de los títulos...?

—Bueno, hay cosas que gustan, pero acá están acostumbrados a los diarios grandes, que al otro día te sirven para la basura, hacer paquetes, o para vendérselos a los botelleros...

Sergio Karakachoff se agarraba la cabeza y gritaba «urrr diooó; dónde estooó...». Para *El Sureño* el viento soplaba decididamente en contra. La dictadura censuraba y *La Nueva Provincia* apretaba a los anunciantes para que no le dieran avisos a la competencia. Cuando hicieron una encuesta y vieron que a los bahienses no les gustaba el formato, empezaron a darse cuenta que el vespertino se caía. Kraiselburd y Marín, su socio local, no podían bancar mucho más un proyecto que iba a contrapelo. Era noviembre del 66 y, para colmo, Elsa había dejado los estudios de especialización, extrañaba Tolosa y no podía disimular su depresión. Terminaba el día y el único refugio era cenar con los amigos. El Gordo Mugica vivía en el sexto y ellos en el cuarto. Esa noche, los Karakachoff habían subido a comer pollo al horno.

—Basta, ya nos tomamos hasta el pulso...

Sergio se quedó charlando en la puerta, mientras Mugica terminaba de contarle algo poco trascendente y Elsa, bamboleándose, empezó a bajar las escaleras. Nadie miró si se agarraba del pasamanos, apenas si se escuchaba su taconeo sobre los mosaicos. Lo único que se oyó fue un ruido tremendo y los últimos quejidos. Elsa se había caído por el hueco de la escalera, y se murió al golpear contra el piso; nunca se supo si fue un suicidio o un accidente. Sergio

quedó sumido en una tristeza incomparable. Se hicieron las pericias de rigor y la policía caratuló suicidio. Karakachoff cerró su año en Bahía Blanca poco antes de las fiestas. En el entierro de Elsa, lo rodearon sus padres, sus hermanos y las primeras noches durmió en la casa familiar.

—Mamá, me voy a quedar en lo de mi suegra; le voy a hacer un poco de compañía a la vieja.

La suegra también se llamaba Elsa y vivía en Tolosa en una casa sencilla, de frente blanco. Sergio se llevó unas pocas cosas y ese verano casi no salía. Sus hermanos lo iban a buscar para que pasara los domingos en Punta Lara con la familia; los amigos de la política le contaban sobre el día del golpe:

—Nosotros hubiéramos salido a la calle, Ruso, pero éramos cuatro gatos. Vos no sabés la vergüenza; ese día Lavalle llevó a los milicos a la legislatura. El muy turro hizo un acto y nosotros afuera, le gritamos abajo la dictadura y no teníamos ni quién repita abajo...

—Pero Marini estuvo bien; y no es sólo un consuelo, se pueden hacer cosas, Ruso...

Pablo Pinto, Horacio Palacios y otros amigos le contaban cómo ese día, mientras el gobernador Anselmo Marini se fue con la frente alta, el vice, Mario Lavalle, se había sacado la careta. Los amigos del Ruso no querían quedarse en los lamentos y empezaron a formar una corriente propia. La base del grupo estaba formada por ex estudiantes platenses; la mayoría venía del interior de la provincia. También estaba Pepe Pozzio, Polilla García y Federico Storani, que era bastante más joven pero muy activo. El Ruso estaba cambiando algunas de sus posturas de los años de la universidad:

—Acá hay que arrancar desde el treinta, hay que recordar quiénes eran los radicales que criticaban a Yrigoyen y terminaron haciéndole el caldo gordo a Uriburu. Y hacia afuera hay que dejarse de joder con el antiperonismo, acá hay que unir a las fuerzas populares, punto.

Por teléfono o en reuniones informales empezaron a proyectar una estructura provincial. En una reunión del Comité Provincia, hecha en Avellaneda y con bastante discreción, se encontraron con que los disconformes eran bastantes más. La convocatoria había partido de Raúl Alfonsín.

—Parece que éste ya empezó a distanciarse del Chino Balbín, Ruso.

Le dijo Ricardo Cornaglia, con quien no se veía desde hacía unos cuantos meses y le contó que estaba dedicándose a hacer derecho laboral en su estudio de Quilmes. Raúl Alfonsín era un abogado de cuarenta años que había empezado su carrera política como concejal en Chascomús durante el primer

gobierno peronista; después fue diputado provincial durante los gobiernos de Frondizi y Guido y durante el gobierno de su correligionario Arturo Illia fue vicepresidente del bloque de diputados nacionales de la UCR. Desde 1966 era el presidente del Comité Provincia del radicalismo. Era una opción posible.

En esos días, su hermano Diego lo invitó a la cancha. A Sergio el fútbol le despertaba tanta pasión como la política.

—Dale, es contra el Racing de Pizzuti.

Ese domingo empezaba el campeonato y Estudiantes jugaba de visitante:

—Bueno, vamos, que este año vamos a hacer buena campaña.

Contra los pronósticos de muchos, Estudiantes ganó tres a cero, sin problemas. Se empezaba a preparar el campeón del mundo, con Zubeldía en el banco y Madero, Malbernat, Bilardo y Verón en los puestos clave.

Mayo de 1967. En la revista *Extra*, el sociólogo de moda de esos días, Juan José Sebrelli, que había tenido un gran éxito con *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, publicaba un artículo sobre el futuro de la clase media argentina. Se titulaba «Ni política ni amor».

«En junio de 1966, la clase media argentina asistía pasivamente a la caída sin gloria del radicalismo, al que había ayudado a subir tres años antes. La impotencia que caracterizó a este gobierno —fluctuando entre su vacilante oposición a la oligarquía y su hostilidad por la clase obrera— reflejaba las tendencias de la pequeña burguesía argentina y su incompetencia para conducir al país. Decepcionada por el fracaso de sus propios representantes, la clase media no se sintió demasiado afectada por el golpe y hasta en algunos sectores lo recibió con alegría. Se trataba de establecer un gobierno de “mano dura” que estaría dispuesto a “poner las cosas en su lugar” y esto es muy del gusto de la clase media que, a pesar de todo su democratismo, tiene una personalidad predominantemente autoritaria y prejuiciosa y se deja fascinar por el espectáculo del poder y el culto de las jerarquías. El golpe no era contra ella, pensaba, sino contra el peronismo que iba a triunfar en las próximas elecciones, contra el comunismo infiltrado, contra las permanentes huelgas —“ahora por lo menos van a andar los teléfonos”, decían—, contra el caos en Tucumán, en una palabra contra la clase obrera, el enemigo predilecto de la clase media.

»A pocos meses del golpe y ya definida su política, ¿sigue pensando lo mismo la clase media? La oligarquía a través de sus instituciones típicas y la clase obrera a través de la CGT han definido su posición a favor y en contra del nuevo régimen, respectivamente. Pero la clase media, por sus tendencias

al individualismo y a la dispersión, carece de instituciones representativas y la disolución de los partidos políticos la ha dejado más incomunicada que antes. La clase media está muda; para saber lo que piensa es preciso recorrer las calles del Centro, ese club social de la pequeña burguesía porteña, sentarse en los cafés que frecuenta, mezclarse en los lugares donde vive, trabaja y se divierte. La ciudad nos transmite un mensaje que es preciso descifrar: caminando por las noches porteñas mucho menos ruidosas, por las calles mucho más vacías por donde cada vez se ven menos parejas de enamorados, viendo el rostro de la gente cada vez más apesadumbrado, tenemos la sensación de que en los últimos meses Buenos Aires está muerta. Parecería que uno de los objetivos principales del régimen es convertir a esta ciudad inmensa y cosmopolita en uno de los lugares más aburridos del mundo. Como en 1962, cuando el actual equipo gobernante hizo sus primeras armas, se vuelve a llevar a cabo una vastísima campaña moralizadora, una represión puritana antisexual con características de manía persecutoria que adopta la forma espectacular del “operativo”. Se impide a los ciudadanos ocuparse de la Cosa Pública, pero al mismo tiempo se le impide las expansiones de la vida privada. Ni política ni amor para el pueblo argentino.

»La campaña moralizadora ha sido ridiculizada por el humorismo pequeño burgués y resistida por la mayor parte de la clase media. ¿Cómo se explica esta contradicción entre el moralismo básico de la pequeña burguesía y la práctica efectiva de ese moralismo? Simplemente porque la duplicidad y la hipocresía constituyen la verdadera cara de este moralismo. El pequeño burgués puede predicar la fidelidad conyugal y los lazos inviolables del matrimonio pero practica el adulterio cuando puede. Exalta la castidad y la virginidad prematrimonial pero disimula la promiscuidad de los varones.

»La clase media no puede ya sentirse totalmente identificada con el régimen, pero a la vez tampoco puede atacarlo activamente porque carece de una moral de la libertad capaz de contraponer a la moralina clérigo-militar.

»Ahora las medidas contra la moral supuestamente relajada de la clase media argentina complementan las medidas económicas tendientes a proletarizarla vertiginosamente. Porque ahora la clase media comienza a advertir con horror que además de arreglar el gran asunto con la clase obrera, el régimen está dispuesto a arreglar sus pequeñas cuentas con ella misma. La devaluación del peso destruye sus pobres ahorros y rebaja el sueldo fijo del empleado pequeño burgués.

»La liberación de alquileres, en estudio, amenaza a los inquilinos con alquileres congelados, en tanto que el impuesto a la propiedad inmueble

perjudica al propietario del modesto departamento donde vive. El impuesto al automotor afecta el status recientemente conquistado por el pequeño burgués que está pagando su Fiat 600 con muchos sacrificios. La llamada reestructuración de la Administración Pública y la modificación de los horarios traerán la desocupación masiva del empleado público. La modificación del régimen jubilatorio quiebra el ciclo vital no sólo del obrero, sino del empleado. La ley totalitaria de defensa civil afecta igualmente a ambos. La operación contra las Cooperativas de Crédito perjudica a pequeños comerciantes y empresarios que vivían de ellas. Las pequeñas empresas industriales que conocieron el auge durante el peronismo y que capitalizaron rápidamente a la clase media en ascenso, desaparecen una tras otra ante la imposibilidad de competir con los monopolios.

»En fin, la intervención y paralización de Eudeba, la devolución de la Universidad —que durante diez años fue dirigida por la pequeña burguesía intelectual— a la más rancia oligarquía, la disolución de los partidos políticos y de todos los cuerpos deliberativos del país, la intervención del Poder Judicial, la disolución de las Cámaras, constituyen por su parte una provocación a las más queridas instituciones liberales de la pequeña burguesía. Y no nos olvidemos de los ataques a la libertad de expresión, aunque hasta ahora sólo hayan afectado a *Tía Vicenta*, a algunos semanarios políticos y a los autores y editor de *Crónicas del sexo*, gracias a que la tradicional cobardía y obsecuencia de los intelectuales argentinos hacen que la autocensura supla muy eficazmente a la represión y permita al gobierno mostrar que no es una dictadura.

»Frecuentemente he atacado a la clase media argentina burlándome de sus caducos valores, el liberalismo antiguo, el parlamentarismo, los viejos partidos políticos traidores al pueblo y la universidad del país, las formalidades vacías de la democracia burguesa. Pensaba y sigo pensando que todos esos valores representan el pensamiento argentino de derecha, pero en las actuales circunstancias, cuando la crítica de esa derecha ha sido emprendida por la extrema derecha, el ataque al liberalismo pequeño burgués, a la libertad —para nada— de los radicales, no favorece sino al autoritarismo y al nepotismo de la oligarquía que además se limita a atacar al liberalismo político para mejor defender el económico.

»El sistema ahora sin máscaras enfrenta dramáticamente a la clase media consigo misma mostrándole la dualidad que ésta siempre trató de ocultar: defensora de la propiedad privada, pero la mercancía con la que trabaja no le pertenece ni a veces tampoco la casa donde vive ni el auto que no terminó de

pagar; jerarquizada, pero las clases altas, sus auténticos jefes, no vacilan en ofenderla y humillarla; moralista, pero permanentemente transgrediendo las normas de la moral burguesa y católica; ideológicamente identificada con las clases altas, pero económicamente corriendo la misma suerte que las clases populares; salvaguardia de la demócrata pero destinada a dejar que en defensa de esa supuesta democracia se impongan el fraude, la violencia y la dictadura.

»Si en los momentos cruciales la clase media estuvo siempre del lado de la oligarquía y en contra de la clase obrera, la cruel objetividad histórica parece querer ahora arrojarla, aun contra su voluntad, del lado de la clase obrera y en contra de la oligarquía».

Algunas noches iban a bailar a boliches del norte, en el coche de los padres del Flaco, y a veces a Graciela Daleo le parecía que eso los alejaba de su compromiso de cristianos y revolucionarios, pero otras veces no. La primera película que vieron como novios fue una de Pasolini, *El Evangelio según San Mateo*, en el Coliseo. Además del tema, les había llamado la atención lo que había dicho Pasolini en una entrevista con su amigo y discípulo Bernardo Bertolucci: «El Evangelio me planteó un problema: no podía contarlo en la forma tradicional porque no soy creyente, sino ateo. Sin embargo, quería filmarlo, es decir, contar la historia de Cristo, hijo de Dios. Debía contar una historia en la que no creía».

A la salida, el Flaco estaba perplejo y casi entusiasmado porque un marxista había podido entender el mensaje cristiano con tal profundidad. Al Flaco se le ocurrían tantos comentarios que Graciela se desesperaba porque no sabía qué decir. A veces, en esos días, leía algún libro de historia de Abelardo Ramos, o uno que contaba la guerrilla de los Uturuncos en Salta, y trataba de pensar las preguntas qué podría hacerle al Flaco, para mostrarle que se interesaba y que se le ocurrían cosas. El Flaco le había recomendado que leyera *Los condenados de la tierra*, de un argelino, Franz Fanon, con prólogo de Jean-Paul Sartre, y fue una revelación: la sacudió la noción de colonización cultural y la idea de que el lugar desde donde se lee una realidad cambia totalmente esa lectura, que no es lo mismo leer estos fenómenos desde Europa que desde el Tercer Mundo. Sartre, en el prólogo, decía que Europa ya estaba agotada, que desde Europa ya no se podía producir nada que valiera la pena en términos de teoría revolucionaria y de cultura renovadora. Era una gran sorpresa —y un impulso fuerte— para alguien educado en la certeza argentina de que todo lo bueno llegaba desde el otro lado del Atlántico. Sartre

también hablaba de la violencia: «Ninguna dulzura borraré las señales de la violencia; sólo la violencia puede destruirlas».

Graciela veía cómo se abrían mundos ante sus ojos. En esos días empezó a ir con Jorge, Mario, Carlos, Beatriz, Fernando y algunos más a las charlas que daban Gonzalo Cárdenas o Gustavo Roca en el departamento de Casiana Ahumada, en Ruggeri y Las Heras. Y sufría porque, cuando llegaba el turno de las preguntas, casi nunca se le ocurría qué decir.

A fines de abril, Jorge le contó que estaban preparando un operativo para el día 1.º de Mayo en la Catedral. En medio del Te Deum tirarían unos volantes, y Juan García Elorrio trataría de decir un discurso sobre el compromiso cristiano. A Graciela le pareció que eso era poco menos que profanar un espacio sagrado, pero esa mañana fue y se instaló entre el público, a la expectativa. Hasta que García Elorrio se paró, caminó hacia un púlpito con micrófono y empezó a leer un documento que atacaba las «claudicaciones de la Iglesia oficial», su «desprecio por los humildes y los necesitados, su traición al verdadero mensaje cristiano». Mientras tanto, Fernando Abal y Casiana Ahumada volanteaban ese mismo mensaje. La policía tardó menos de dos minutos en llegar y detener a los tres. Mientras se los llevaban, Fernando intentó agarrarse de la manga del cardenal Caggiano, que se desprendió de esa mano como quien ahuyenta un bicho. Los volantes aparecían firmados por un Comando Camilo Torres que, hasta entonces, prácticamente nadie conocía. A los pocos días, el Flaco invitó a Graciela a una reunión del grupo.

Camilo Torres había sido un cura colombiano, profesor universitario de buena familia bogotana, que, en 1965, había decidido colgar los hábitos para tratar de organizar una guerrilla en las sierras de Santander. Unos meses antes, al anunciar su decisión, había publicado un manifiesto que decía que «la revolución puede ser pacífica si las minorías no hacen resistencia violenta. La revolución es por lo tanto la forma de lograr un gobierno que dé de comer al hambriento, que vista al desnudo, que enseñe al que no sabe, que cumpla con las obras de caridad, de amor al prójimo, no solamente en forma ocasional y transitoria, no solamente para unos pocos, sino para la mayoría de la población. Por eso la revolución no solamente es permitida, sino una obligación para los cristianos que vean en ella la única manera eficaz y amplia de realizar el amor para todos». A Camilo Torres lo mató una patrulla del ejército colombiano a las pocas semanas de haber llegado al monte, pero su nombre y su historia quedaron como el ejemplo más extremo de la decisión de muchos creyentes latinoamericanos de no desdeñar ningún método en su

búsqueda de esa sociedad más justa cuyo anuncio creyeron leer en las palabras de Jesús.

Eran casi las ocho de la noche, y Graciela y el Flaco iban en un taxi a la casa de Casiana. Graciela estaba aterrada porque pensaba que en la reunión iba a tener que hablar, que decir algo. El Flaco le tomaba el pelo:

—¿Y cómo te querés comunicar? ¿Por señas?

Esperaron que se hiciera la hora en el Marisco Bar, justo al lado del departamento. Al rato llegó Fernando, y a Graciela le pareció que la saludaba de otra manera, con más afecto, reconociéndola ahora sí como una compañera. Enseguida llegó Norma Arrostito y les dio un beso a cada uno; a Fernando, en los labios. Norma era flaca, de piel muy blanca y pelo oscuro y solía andar un poco desaliñada, sin una gota de maquillaje. Ya tenía veintiséis años, venía del Partido Comunista y, cuando empezó a salir con Fernando, el Flaco, Mario y Carlos se habían escandalizado un poco: eran, más que nada, celos de amigos que ven cómo uno de ellos abandona la banda por una mujer. En esos días ya estaban viviendo juntos y resultaban, para los otros, una provocación y un modelo. Norma les dijo que se hacía tarde, que subieran a la reunión.

—... claro que el último país en liberarse muy probablemente lo hará sin lucha armada, y los sufrimientos de una guerra larga y tan cruel como la que hacen los imperialistas se le ahorrará a este pueblo...

Juan García Elorrio leía un documento del Che Guevara: su mensaje al secretariado de la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina. Juan tenía muy buenos contactos y conseguía los materiales más interesantes. Éste era un escrito muy reciente, de abril, y lo estaban discutiendo con detenimiento. Pero la idea de que la Argentina podía llegar a ser ese último país, el que aprovechara los esfuerzos de los demás para liberarse sin pagar su precio, les pareció casi provocadora. El Flaco se exaltó:

—Nosotros no podemos quedarnos quietos para ver si aprovechamos el esfuerzo de los demás. Sería terrible que un pueblo con la tradición de lucha que tiene el nuestro tuviera que ir a la rastra de los otros pueblos del continente...

—Eso parece especialmente dirigido al PC, que se van a pasar la vida esperando que la liberación nos venga de arriba.

Dijo Norma, y los demás aprobaron. Por un rato siguieron discutiendo por qué la idea de los comunistas de una revolución por etapas era inaplicable en un país como la Argentina, y que acá la única posibilidad de la revolución

pasaba por el peronismo, porque los trabajadores eran peronistas, y esto era otra cosa que la izquierda nunca terminaba de aceptar, con sus modelos de salón, perfectos, europeos. Después hablaron de la burguesía nacional y su inserción en ese proceso, que cada vez parecía más lejano. Graciela nunca había oído hablar de la burguesía nacional. Fumaban mucho: Graciela tuvo miedo de empezar a toser desafortadamente y quedar como una nena que ni siquiera soporta el humo. Juan explicaba que para poder llegar a la lucha revolucionaria era fundamental el desarrollo de la conciencia del pueblo:

—Lo peor de la explotación es la alienación que la esconde: el hecho de que haya tantos millones de personas que están siendo explotadas por esta sociedad y ni siquiera consiguen verlo, no se dan cuenta. Una de nuestras funciones más importantes es hacerles ver esa realidad, sacarles el velo de los ojos.

A Graciela le pareció que por fin podía decir algo:

—Pero si toda esa gente no se da cuenta de que está siendo explotada, y puede vivir así, ¿para qué se lo vamos a ir a decir nosotros?

No había terminado y ya tuvo la sensación de que no había dicho lo correcto. Casiana le contestó enseguida:

—Porque sin esa conciencia, nunca van a poder alcanzar la liberación que estamos buscando. Y como nosotros sabemos que están siendo explotados, nuestra tarea y nuestra responsabilidad están en ayudarlos a comprender los mecanismos de la explotación que están sufriendo, que es el origen de todas las injusticias que sufren, para que puedan acabar con ella...

Al rato, Juan siguió leyendo las palabras del Che. El departamento era agradable, amplio, y tenía muebles modernos de diseño muy sobrio. En las paredes sobraban cuadros:

—Es absolutamente justo evitar todo sacrificio inútil. Por eso es tan importante el esclarecimiento de las posibilidades efectivas que tiene la América dependiente de liberarse en forma pacífica. Para nosotros está clara la solución de este interrogante: podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello, de lograr la libertad sin combatir. Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta, donde el frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades, en las casas de los combatientes, donde la represión irá buscando víctimas fáciles entre sus familiares...

Graciela seguía callada, escuchando con todos sus oídos. El futuro de penurias y glorias que les auguraba el Che Guevara no le daba miedo: sí acaso, se preguntaba si iba a estar a la altura, si sería capaz de soportar todo lo que viniera. En esos días ya se sabía que el Che estaba peleando en la selva boliviana: que sus palabras no eran pura teoría, que había tenido el coraje de abandonar su lugar de revolucionario vencedor para volver a empezar la lucha en otra parte. Su ejemplo era casi abrumador, pero los llenaba de entusiasmo y compromisos. Casiana llegaba de la cocina con café para todos: siempre era Casiana la que preparaba el café. Casiana tenía menos de treinta, ojos azules y un estilo de niña bien que superaba cualquier esfuerzo ideológico. García Elorrio seguía leyendo:

—... Nos empujan a esa lucha; no hay más remedio que prepararla y decidirse a emprenderla. Los comienzos no serán fáciles; serán sumamente difíciles. Toda la capacidad de represión, toda la capacidad de brutalidad y demagogia de las oligarquías se pondrá al servicio de su causa. Nuestra misión, en la primera hora, es sobrevivir. Después actuará el ejemplo perenne de la guerrilla realizando la propaganda armada en la acepción vietnamita de la frase, vale decir, la propaganda de los tiros, de los combates que se ganan o se pierden, pero se dan, contra los enemigos. La gran enseñanza de la invencibilidad de la guerrilla prendiendo en las masas de los desposeídos. La galvanización del espíritu nacional, la preparación para tareas más duras, para resistir represiones más violentas. El odio como factor de lucha: el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así: un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.

Graciela tuvo un escalofrío y estuvo a punto de decir algo. Después prefirió callarse, porque no estaba muy segura, pero la idea de «transformarse en una fría máquina de matar» le resultaba difícil de tragar, tan alejada de sus nociones del amor cristiano. Miró al Flaco y le pareció que aprobaba. Miró a Mario, porque era sensato y en esas situaciones solía tener reacciones que le sonaban lógicas, y también le pareció entusiasmado. Después, ya en la calle, el Flaco le explicaría que ese odio, el que reclamaba el Che, era la forma más alta del amor. Graciela le contestaría que claro, que ella no estaba en contra de la violencia si era necesaria, pero que una cosa era ejercerla y otra convertirse en una fría máquina de matar. Que, en todo caso, lo que había que hacer era pelear con la pena del que sabe que cada muerte, o cada daño provocado al enemigo, le duele y le cuesta, aunque lo crea justo. Y el Flaco le

diría que era eso, que el odio y la máquina de matar no acababan con la moral y el amor, que al contrario, que el hombre nuevo tenía que estar dispuesto al odio cuando fuera necesario Pero sólo por su amor y su compromiso con su prójimo: que ese odio sería su mayor sacrificio en el altar de ese amor. Pero eso fue después; antes de que terminara la reunión, Graciela se sorprendió con un ritual que no había previsto.

—Compañera, tendrías que elegirte el nombre que vas a usar.

Le había dicho Juan García Elorrio, casi como una aceptación: como la confirmación de que pasaba a ser una de ellos. A Graciela le pareció un poco ridículo ponerse otro nombre para estar con gente que sabía su nombre verdadero. Aunque enseguida se le ocurrió que era lógico, que pronto iba a tener que encontrarse con otra gente que no conocía, y que tenía que mantener esas mínimas reglas de compartimentación. Hacía poco que Graciela había descubierto un disco de Cafrune con canciones sobre el Chacho Peñaloza: cuando empezó a leer historia desde el punto de vista de los revisionistas, cantidad de personajes que las monjas le habían presentado como truhanes zaparrastrosos pasaron a ser los verdaderos héroes de la Patria. En el disco de Cafrune había descubierto que la novia del Chacho se llamaba Victoria Romero, y ese nombre lleno de significados le gustó.

—Victoria. Si les parece bien, me voy a llamar Victoria.

Dijo, y le gustó. Le gustó tener un nombre nuevo para esa vida distinta que estaba empezando, y le gustó que fuera uno que ella misma había elegido.

Junio de 1967. «Si estalla la guerra, nuestro objetivo será la destrucción de Israel. Tenemos asegurada la victoria», decía, en mayo, el líder egipcio Gamal Abdel Nasser. Su ejército se había rearmado con ayuda soviética y estaba dispuesto a la lucha. Los israelíes, con armas americanas y francesas, también hacían declaraciones belicosas. El 22 de mayo, Nasser declaró un bloqueo marítimo a Israel. El 31, el rey Hussein de Jordania viajó a El Cairo para firmar su alianza con Nasser: de pronto, la frontera jordana fue tan amenazadora para Israel como la egipcia y la siria. Los tres países árabes tenían setenta millones de ciudadanos; Israel, menos de tres. El jefe de gobierno israelí, el conservador Levi Eshkol, convocó a un gabinete de unidad, al que entraron los laboristas Menahem Begin y Moshé Dayan, un general prestigioso con un parche en el ojo, que se haría cargo del Ministerio de Defensa.

El 5 de junio, en la madrugada, doscientos cazas israelíes destruyeron, en sus aeropuertos, casi toda la aviación de sus tres enemigos: unos cuatrocientos

aparatos. Además de grandes fábricas, carreteras y puertos. Los tanques israelíes avanzaron sobre la franja de Gaza, y la ocuparon antes del anochecer. Las tropas de Moshé Dayan siguieron su avance hacia Egipto a través del desierto del Sinaí. En Jerusalén, que hasta entonces estaba dividida en una zona jordana y otra israelí, se luchaba casa por casa.

El 6, los tanques israelíes avanzaron en el Sinaí. En los altos del Golán, territorio sirio, empezaba la batalla terrestre y aérea. El 7, los israelíes ocuparon la Ciudad Vieja de Jerusalén y el gran rabino Goren agradeció al Señor ante el Muro de los Lamentos: la zona volvía a ser territorio judío después de casi veinte siglos. Esa noche los jordanos, que habían tenido diez mil bajas, aceptaron el alto el fuego.

El 8, Israel había conquistado toda la península del Sinaí: sus tropas llegaban hasta la orilla izquierda del Canal de Suez, y Egipto reconocía su derrota. Sólo se mantenía la resistencia siria en el Golán. Dos días después, los sirios se rindieron. Los israelíes tenían abierto el camino hacia Damasco, pero prefirieron no recorrerlo. Aun así, el resultado de la Guerra de los Seis Días fue espectacular: en una semana de combates, Israel triplicó su territorio. Su ejército tuvo ochocientos muertos y dos mil quinientos heridos; los árabes perdieron decenas de miles de soldados, cientos de blindados y toda su aviación.

El Comando Camilo Torres tenía, a mediados de 1967, unos treinta militantes de menos de veinticinco años, divididos en células de tres niveles distintos: un nivel de superficie, un nivel intermedio y el nivel militar o especial. El Camilo usaba la clásica organización en pirámide de muchas organizaciones revolucionarias, donde cada cual, supuestamente, sólo conocía a sus compañeros de célula, a su responsable y, si tenía una célula a cargo, a sus subordinados. Pero, en realidad, muchos de ellos se conocían de antes y sabían que estaban formando parte del mismo grupo. Pese al nombre, no se suponía que sus militantes tuvieran que ser cristianos; de hecho había algunos que nunca lo habían sido, como Norma Arrostito. Pero la mayoría estaba de acuerdo con las posiciones de la iglesia tercermundista, aunque iban más allá: suponían que la violencia iba a ser necesaria para lograr esos objetivos, pensaban en organizar una guerrilla rural en Santa Fe o Tucumán y tomaban como modelo a la revolución cubana. También se identificaban con un peronismo que todavía resultaba bastante vago y, en ese momento, no aceptaban las consignas de Perón, que seguía diciendo que había que desensillar hasta que aclarara.

Algunos miembros del Camilo militaban en villas miserias del gran Buenos Aires y otros en las universidades, pero con la idea de que esos espacios servían para reclutar «cuadros» para la organización. Donde producían materiales para la discusión, organizaban una volanteada o un acto relámpago y, con mucho trabajo, se ocupaban de la edición y distribución de *Cristianismo y Revolución*.

En esos días de julio, el Camilo participó en la organización de un encuentro de militantes que, en distintos lugares del país, compartían visiones políticas similares. El Flaco, Mario y Fernando habían viajado por el interior invitando gente. Graciela estaba encargada de preparar una pequeña edición de los mensajes de Camilo Torres, y tuvo que escribirle un prologuito, que la tuvo dos o tres días sin dormir. Poco después, estaban armando los cuadernillos en la casa de Casiana y Juan; cuando terminaron de armar el primero, Juan lo agarró y se lo dio a Graciela.

—Tomá, el primero para vos.

Era como una condecoración, y Graciela se llenó de orgullo. Dos días después, un sábado, muy temprano, se sentó en un banco de la plaza Constitución a esperar que el Flaco pasara a buscarla. Ahora el Flaco se llamaba Pedro, y Graciela/Victoria tenía miedo de que, en un descuido, se le escapara su verdadero nombre. Hacía frío, y Graciela pensaba que estar ahí, sentada en ese banco, tiritando, era de lo más sospechoso. Finalmente, el Flaco llegó y se tomaron el tren; cuando se bajaron en una estación que Graciela no miró, un coche que los esperaba los llevó hasta una casona rodeada de un gran parque cerrado por un paredón. Graciela hizo todo el trayecto con la mirada baja. Ya había aprendido la primera regla: cuanto menos información innecesaria tuviera un militante, menos podía cantar si alguna vez caía en manos de la policía. La casa era blanca y austera, con muchas piezas y un salón para reuniones: parecía una de esas casas que solían usarse para retiros espirituales, y quizás lo fuera.

Graciela tenía que recibir a la gente que iba llegando y entregarle los materiales que se discutirían; lo hacía junto con otra chica que también era menuda, bajita, y las llamaron «las minimilitantes». Era una forma de afecto. La mayoría de los que llegaban eran desconocidos; entre los que había visto antes, en alguna reunión, estaban Emilio Maza e Ignacio Vélez, de Córdoba; Marcelo Nivoli, de Santa Fe; Armando Jaime, de Salta. En las discusiones, que Graciela escuchaba sin abrir la boca, se enfrentaban dos posturas sobre cómo se podría derrotar a la dictadura de Onganía y tomar el poder. Estaban

los que defendían la vía insurreccional y los que apostaban al establecimiento de un foco guerrillero. Los argumentos se cruzaban con ardor:

—¿Pero entonces cómo vamos a hacer si no es con los fierros para echarlos?

—Como en las invasiones inglesas, con aceite hirviendo y piedras.

Dijo un tal Tito, de la provincia de Buenos Aires, y se escucharon carcajadas. Tito se cabreó:

—Está visto que acá si no salís con una metralleta en la mano no te dan bola.

Pese a las diferencias, muchos de los asistentes al encuentro decidieron intentar una coordinación de sus acciones y se trabaron relaciones que durarían años. Pocos días después, el 26 de julio, se cumplían quince años de la muerte de Eva Perón y catorce del asalto fallido de Fidel Castro al cuartel Moncada, que inició su guerra. Graciela tenía que contactar a algunos periodistas más o menos amigos. En *Crónica*, que era el diario que más información les publicaba, estaban Julio Bortnik y los hermanos Algañaraz, que solían darles bola. Graciela se encontró con Bortnik en la esquina de Pueyrredón y Las Heras y lo llevó hasta un laguito que había en Figueroa Alcorta, frente a Plaza Francia, donde había estado la residencia presidencial: el lugar donde había muerto Evita. Allí, otros dos compañeros echaron al agua una balsa con una antorcha y el retrato de Eva: todo muy simbólico. Otros cuatro tiraron una molotov contra el edificio del Jockey Club: el fuego fue modesto. Y otros dos fueron a un cine donde estaban dando *Boinas Verdes*, con John Wayne, y tiraron un petardo y unos volantes. Una mujer los vio, los denunció, y terminaron la tarde en la comisaría.

En esos días, Graciela había dejado de ir a Sociología del Salvador y estaba trabajando en el Instituto de Ortodoncia y Odontología Infantil, como «auxiliar administrativa de cuarta categoría». Tenía que levantarse a las cinco de la mañana para entrar a las siete a aburrirse por falta de tareas. A veces se llevaba algo para leer, para estudiar. La jefa, una solterona con zapatos de profesora de música, le dijo que no estaba permitido leer en horario de trabajo.

—Pero si no tengo nada que hacer.

—No importa, no podés leer. Lo único que podés leer es el *Boletín Municipal*.

El movimiento de las bóvedas en los cementerios de la comuna no terminaba de interesarle. Para el 22 de agosto, cuando organizaron otros actos, el Camilo ya había perdido a su jefe. Juan García Elorrio se había ido,

apenas terminado el encuentro de Quilmes, a la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), en La Habana, donde cientos de asistentes suscribieron una Declaración que decía, entre otras cosas:

«—Que constituye un derecho y un deber de los pueblos de América Latina hacer la revolución. (...)

»—Que el contenido esencial de la revolución en América Latina está dado por su enfrentamiento al imperialismo y a las oligarquías de burgueses y terratenientes. Consiguientemente, el carácter de la revolución es el de la lucha por la independencia nacional, emancipación de las oligarquías y el camino socialista para su pleno desarrollo económico y social.

»—Que los principios del marxismo-leninismo orientan al movimiento revolucionario en América Latina.

»—Que la lucha revolucionaria armada constituye la línea fundamental de la revolución en América Latina.

»—Que todas las demás formas de lucha deben servir y no retrasar el desarrollo de la línea fundamental que es la lucha armada».

Y trece puntos más. En esos días, el viaje no era fácil. No había muchos aviones que fueran a Cuba. Las opciones eran tres: vía México, Madrid o los países socialistas. Para que no quedara constancia de su paso, la mayoría de los militantes volaba vía Praga. Muchos, además, viajaban con documentos falsos.

García Elorrio quiso volver pasando por Chile: así podría entrar al país con la cédula, por Mendoza, y era más fácil. Pero en Santiago un diputado de la democracia cristiana con quien tenía relaciones políticas declaró a la prensa que estaba con el compañero García Elorrio; ese nombre no figuraba en ninguna parte, y García fue detenido por portación de documento falso. Como en Chile había un gobierno democristiano, no quisieron entregarlo a la dictadura argentina: al cabo de unos días lo deportaron al Uruguay. La conducción del Camilo quedaba fuera del teatro de operaciones y los actos del 22 de agosto eran, por eso, una prueba muy especial.

Se conmemoraba el renunciamiento de Evita y el secuestro de Felipe Vallese: Graciela, por primera vez, tendría que participar directamente de una acción de propaganda. Tenían que tirar unos volantes en la estación Constitución, y habían hecho largos chequeos para ver cuál era el mejor lugar, cómo se movía la policía, a qué hora se juntaba más gente. En su habitación, Graciela se había probado distintas ropas hasta que se decidió por un gabán grandote, muy feo, que tenía unos bolsillos hondos donde podría guardar los

volantes. Los volantes eran chiquitos, como de quince por cinco, los que solían llamarse «mariposas», y estaban impresos en mimeógrafo. En su habitación, Graciela había ensayado cada gesto. Era su primer operativo y estaba nerviosa, impaciente, más que asustada. Quería que el momento llegara de una vez, y quería que no llegara nunca.

El día señalado, dos minutos antes de las siete de la tarde, Graciela y otra compañera, una abogada sanjuanina recién recibida, se pararon con sus volantes en el centro del hall de la estación; a dos o tres metros, dos compañeros tenían que cuidarlas; un poco más allá, en la punta del andén 14, otro iba a tirar un petardo que llevaba en un paquete de cigarrillos, para distraer la atención. Por todos lados pasaban obreros con bolsito y la cara cansada de la jornada de trabajo: Graciela los miraba y pensaba que, sin que ellos supieran, se estaba jugando por ellos.

—O porque tu conciencia no soportaría que no lo hicieras.

Se dijo, solemne de repente. Graciela esperaba que dieran las siete y se sorprendía porque ya se le habían pasado los nervios y el miedo; ahora le parecía que veía todo con la mayor lucidez, y que sería capaz de cualquier reacción. Los volantes hablaban del renunciamento y del asesinato; iban firmados Comando Camilo Torres-Juventud Peronista. Cuando llegó la hora, Graciela repitió el movimiento que había ensayado tanto, y los volantes-mariposa volaron por el aire ferroviario. Alcanzó a ver cómo alguna gente los atrapaba en el aire, mientras caían, y no escuchó el ruido del petardo. Al día siguiente sabría que no había explotado, y que la otra militante que tenía que tirar volantes había pensado, a último momento, que era una locura, y se había ido caminando. Uno de los muchachos que las custodiaban le contaría que había visto bajar a la sanjuanina por la escalera del subte C con los volantes en la mano, llorando porque no se había animado.

Graciela salió de la estación y trató de caminar normal. Pensó que no sabía cómo era caminar normal. Cada dos o tres pasos se daba vuelta para asegurarse de que no la seguían. Después se tomó el 12 y se bajó en Congreso. En la confitería del Molino la esperaba un compañero para la cita de control que se hacía siempre después de una operación: el compañero de control tenía los nombres de los que iban a participar escritos en unos papelitos cerrados y, si alguno no se presentaba a verlo, llamaba a la familia y a un abogado, para que empezaran a buscarlos. Si aparecían los rompía, para no enterarse de sus nombres. Graciela pasó delante de su mesa rumbo al baño: era mejor así, sin hablarse siquiera. El compañero la miró y le hizo un gesto con la cabeza, para decirle que la había registrado. Graciela se sentía flotar:

iba feliz, de lo más orgullosa. A la mañana siguiente, mientras estaba en el trabajo, le dio un terrible ataque al hígado.

Julio de 1967. En la foto aparecía, de cuerpo entero, un tipo joven que no sabía cómo pararse y se mostraba entre altanero y muy incómodo. La revista *Primera Plana* del 20 de julio de 1967 se había dado el lujo de poner en su tapa la foto de un autor colombiano casi desconocido en Buenos Aires y titular, además, «La Gran Novela de América». *Cien años de soledad* había salido, tres semanas antes, en la editorial Sudamericana.

Esa semana, *Cien años* había llegado al primer puesto de las listas de best-sellers. La semana anterior estaba tercera, detrás de *La rompiente*, de Silvina Bullrich, y *La bastarda*, de Violette Leduc. En cambio las *Crónicas de Bustos Domecq*, que Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges acababan de publicar en Losada, nunca llegó a los rankings.

Para presentar al nuevo héroe, *Primera Plana* mandó a uno de sus secretarios de redacción, Ernesto Schóó, a entrevistarle a su casa de México. Schóó contó la historia de la vida del escritor: la misma que, después, tantos contarían. Y los meses en que escribió su novela más reciente: «En realidad, desde 1960, García Márquez no había vuelto a escribir nada que le importase: se levantaba a las seis de la mañana, destilaba un párrafo trabajoso después de horas de pelea, y terminaba por tirar los papeles al canasto. Hasta que un día de 1965, mientras guiaba su Opel por la carretera de la ciudad de México a Acapulco, se le presentó íntegra, de un golpe, su lejana novela-río, la que estaba escribiendo desde la adolescencia: “La tenía tan madura que hubiera podido dictarle, allí mismo, el primer capítulo palabra por palabra a una mecanógrafa”. Como no había mecanógrafa a mano, Gabo se fue a su casa, conferenció con Mercedes, y el compartimiento estanco que es “La Cueva de la Mafia” se cerró sobre él. Cuando volvió a abrirse no habían pasado seis meses sino dieciocho. Él tenía en la mano los originales (1300 cuartillas, escritas en ese lapso a razón de ocho horas diarias, sin contar el doble o triple de material desechado) de *Cien años de soledad*. Mercedes tenía en la suya facturas adeudadas por 120.000 pesos mexicanos (10.000 dólares). “Más dinero del que puede producirme la novela en diez años de ediciones sucesivas”, exagera, beatífico, García Márquez, librado ya de su pesadilla».

Y, en la página siguiente, el jefe de redacción, Tomás Eloy Martínez, retomaba su título de tapa y decía, entre otras cosas: «Si la literatura latinoamericana asoma ahora —casi con certeza— como la más original de todas las literaturas, es sólo por la aceptación de su destino subversivo, por su

desaforada caminata a través de una imaginación sin límites. Esa originalidad es engañosa, sin embargo, porque las formas que asume son las mismas formas que adoptaron las primeras ficciones humanas, las de toda cultura en erupción (...) No es improbable que, dentro de mil años, Güiraldes y Rómulo Gallegos, Azuela y José Eustaquio Rivera figuren como palimpsestos perdidos de la historia literaria; que Macedonio Fernández y Arlt y Borges sean apenas la semilla natal de un mundo cuyos padres se llamarán Cortázar, Vargas Llosa, Onetti, Guimarães Rosa, Carpentier. Este padre mayor que se les ha unido definitivamente, con sus *Cien años de soledad*, viene a aportar, él solo, una bandera nueva para la aventura: la novela que acaba de publicar resume mejor que ninguna otra todas esas corrientes alternas. La magia celebra aquí su matrimonio con la épica; los filtros maravillosos, las ascensiones al cielo en cuerpo y alma, los festivales interminables del sexo, se pasean orondos del brazo de las guerras revolucionarias, de los políticos hipócritas, de las plantaciones bananeras que aniquilan, donde quiera que están, la felicidad y la inocencia».

Análisis y elogios se sucedían, felices: Martínez tuvo el mérito indudable de inaugurar una corriente. En los treinta años siguientes, estos mismos argumentos se repetirían infinitamente.

—Mire, nosotros necesitamos armar un nuevo radicalismo en la provincia de Buenos Aires, de lo contrario no habrá ninguna clase de cambios. Hay que darse cuenta hasta qué punto el Chino Balbín tiene controlada la estructura partidaria. Mientras él siga presidiendo el comité nacional, vamos a ser un partido para la componenda. Nosotros creemos que la única manera es sacar a los radicales a la calle. Por eso, doctor Karakachoff, necesitamos que usted tome un rol activo en este proyecto.

Tras gruesos anteojos, con tono cordobés y catedrático, hablaba Conrado Storani. Hasta el golpe, un año antes, Storani, que se sentía uno de los herederos del sabattinismo, había sido secretario de Energía del gobierno de Illia. Sus frases eran ceremoniosas:

—Nosotros tenemos que marcar claramente la diferencia. El plan de Krieger es la entrega del patrimonio y contra eso hay que levantar a todos los sectores. Cuando nosotros anulamos los contratos petroleros que firmó Frondizi a espaldas del país, sabíamos que nos oponíamos a los monopolios. Ahora que somos perseguidos, necesitamos debatir ideas y unificar la acción.

Tomaban café en la casa de un correligionario de La Plata. Aunque Sergio no veía muchas salidas, sabía que se necesitaban caudillos y le parecía que

Storani era un hombre firme y de un pensamiento profundo. Con él estaba otro viejo cordobés radical, Carlos Becerra. Días después, Karakachoff supo que los dos cordobeses hablaron con Juan Carlos Ciani, un ex diputado provincial, bastante fogueado pero que no se sentía en condiciones de salir a hacer punta en Buenos Aires, dominada por Balbín. También supo que barajaban el nombre de Alfonsín, pero los cordobeses desconfiaban.

—No se olviden que Balbín sigue apostando a Chascomús.

Dijo Becerra. Alfonsín difundía su línea en los editoriales de la revista *Inédito*, que él dirigía. Y solía eludir las definiciones tajantes:

«Debemos alistarnos todos para un combate en el que triunfaremos sobre el escepticismo, la sumisión y la nueva moral deformada al gusto de los que viven de acuerdo a una moderna sicología del éxito», escribía Alfonsín a un año del golpe y, como mucho, recomendaba «negarnos a aceptar la realidad de hoy como la fatalidad de un proceso histórico, porque lo niega, y porque importaría intentar justificar tras un conformismo negligente la renuncia a defender los fundamentos mismos del ser nacional».

Hacia fines de julio, Sergio Karakachoff, Pepe Pozzio, Ricardo Cornaglia, Federico Storani, Juan Cavalari, Luis Menucci, Juan Carlos Cabirón, Horacio Palacios, entre otros, lanzaron el Movimiento de Afirmación Popular (MAP). El Ruso fue uno de los redactores del manifiesto:

«Hay que terminar con la antinomia peronismo-antiperonismo que troza al pueblo», decía la propuesta, que se definía contra el imperialismo y la oligarquía, por una universidad del pueblo y para el pueblo, por la reforma agraria y la independencia económica. La cúpula radical supuso que el nuevo grupo era un poco extremo, y temió que la policía decidiera intervenir. Los jóvenes del MAP fueron convocados a una reunión con el propio Balbín. Durante más de seis horas estuvieron encerrados en la casa de Jorge Autino, en 48 y 14. El Chino trató de ir desarmando uno a uno los argumentos de los desafiantes:

—Vean, con Perón no se puede llegar a ningún lado. Hablarle a través de interlocutores como Paladino es perder el tiempo, hoy lo designa, mañana lo desautoriza.

El médico Jorge Daniel Paladino había sido nombrado delegado personal de Perón y mantenía diálogos infructuosos con la conducción radical. Pero el Ruso sabía que en la reunión tenía que lograr dos cosas: imagen de decisión frente a sus compañeros y una censura no muy grave de la cúpula:

—En los sindicatos, donde estamos defendiendo a cientos de trabajadores cuyos derechos han sido conculcados, saben que somos radicales. Los que

están al frente, que son peronistas en la mayoría de los casos, están tan marginados como nosotros... La cuestión es sacar el partido de los comités. Ésa es la manera de lograr la unidad: en la acción.

Balbín los escuchó, cara de póker, pero empezaba a quedar claro que sus posiciones ya no tenían muchos puntos de contacto. Sus caminos se separaban definitivamente.

Septiembre de 1967. Desde enero, las elecciones en la Unión Obrera Metalúrgica, previstas para mediados de año, habían obligado a Augusto Vandor a endurecer su postura frente al gobierno. El 4 de febrero, en una reunión del Comité Central de la CGT, Vandor acusó a los seguidores de Alonso de colaboracionistas y propuso un plan de acción que promovía una huelga general para el 1.º de marzo, con la idea de presionar y después negociar. Pero Onganía no se dejó amedrentar: sus servicios de información denunciaron «un plan terrorista» atribuido a los sindicalistas, y su gobierno intervino la cúpula y las cuentas bancarias de la Unión Ferroviaria y la FOTIA, que habían protagonizado huelgas en los meses anteriores. El gobierno amenazó con más medidas, y el vandorismo cedió levantando el paro general.

La normalización definitiva de la CGT —que implicaba la elección libre de nuevas autoridades— volvió a postergarse y se mantuvo la hegemonía vandorista. Mientras tanto, José Alonso se juntó con Juan José Taccone (Luz y Fuerza) y Rogelio Coria (Construcción) en la Nueva Corriente de Opinión. Su portavoz, Taccone, insistía en la propuesta de participar en el gobierno militar. La corriente fue rápidamente bautizada como «participacionista».

En mayo del '67, se presentaron en la UOM dos listas opositoras que amenazaban la permanencia de Vandor al frente del sindicato más influyente del país. El secretario de Trabajo, Rubens San Sebastián, salió en auxilio del Lobo: suspendió las elecciones y prorrogó los mandatos de las cúpulas sindicales. Las grandes empresas metalúrgicas completaron la jugada despidiendo a los obreros que integraban las listas opositoras.

Entre tanto, una nueva corriente se iba conformando en el movimiento obrero: los que se oponían frontalmente al gobierno. Algunos de esos nuevos dirigentes eran Amado Olmos (Sanidad), Raimundo Ongaro (gráficos), Ricardo De Luca (navales), Atilio Santillán (FOTIA, Tucumán), Agustín Tosco (Luz y fuerza, Córdoba) y Jorge Di Pascuale (Farmacia).

En 1967 hubo un aumento importante de la desocupación; durante esos meses, se batió un récord en materia de conflictos laborales, que el gobierno

se encargó de propagandizar: fue el año con menos jornadas de trabajo perdidas por huelgas desde 1945.

A las cinco de la mañana del lunes 25 de septiembre de 1967, Daniel se presentó en la explanada del Swift de Berisso. Esa mañana, los diarios comentaban el discurso del canciller Nicanor Costa Méndez ante la OEA: había dicho que, si los demás países estaban de acuerdo, la Argentina aceptaría acompañar militarmente una invasión a Cuba. En Vietnam los americanos lanzaban una gran ofensiva contra el Vietcong: el jefe máximo de sus tropas, Will Westmoreland, decía que tenía «la mayor concentración de fuego de todas las guerras hasta el presente». Y en Camiri, Bolivia, empezaba el juicio contra Regis Debray, un intelectual francés que había caído preso cuando trataba de dejar la guerrilla del Che Guevara.

Daniel Egea buscaba trabajo. Unos meses antes había trabajado como temporario en la administración del frigorífico, pero ahora estaba parado en la puerta esperando que lo tomaran para la estiba, el primer escalón para entrar a la fábrica. El Swift era uno de los grandes centros obreros del sur: los más viejos del frigorífico solían jactarse de que de ahí había salido el 17 de octubre, y era casi cierto. Daniel levantó la mano con el documento bien visible; los capataces miraban y elegían según la pinta de cada uno. Lo seleccionaron enseguida.

Daniel Egea tenía veintidós años y era robusto, atlético. De hecho, había sido el ocho de la tercera de Estudiantes que ese año se estaba llevando el campeonato. Sabía que iba a aguantar el ritmo del trabajo porque, además de la fuerza, tenía el entusiasmo necesario: le había prometido al Cabezón José que iba a abrir la actividad política en el frigorífico donde también trabajaban algunos de sus tíos.

—En el laburo fabril y sindical hay que abrir bien los ojos y cerrar bien la boca.

Le había dicho muchas veces, entre La Habana y Pekín, José a Daniel. José Ríos y Daniel Egea eran vecinos desde la infancia en Tolosa y se habían enganchado en la política con la gente del barrio, muy trabajado por el Partido Comunista. A los diez, doce años iban al cine a la sede de los Bomberos Voluntarios de Berisso: ahí vieron *El Globo Rojo* y las películas mudas de Chaplin; un poco más grandes se quedaron impresionados con *El Acorazado Potemkin*. La rebelión de los marineros rusos no les resultaba del todo comprensible, pero tenían grabada la escena de la carga policial en que un carrito con un bebé saltaba descontrolado, de escalón en escalón, hasta que se

paraba y el bebé sonreía, salvado por la magia del cine. Después del impacto del realismo socialista, Daniel se iba a jugar con José a la pelota, hasta que los vecinos le gritaban que Josefa, su madre, lo andaba buscando. Y con la Gorda no se jodía, porque si era necesario lo levantaba en peso.

Josefa era una rubia morruda de ojos claros, hija de inmigrantes polacos. Había llegado a ser delegada sindical en la Hilandería de Berisso donde trabajaba en la sección devanado, hasta que pasó a la Prefectura. Allí consiguió un puesto de administrativa porque Juan Egea, su marido, era chofer de la Prefectura. En 1960, Juan murió y le dejó a Josefa la casita de Tolosa, una pensión y un puesto de trabajo menos cansador y mejor remunerado que el de devanadora.

En el gremio textil, Josefa se había hecho amiga de Andrés Framini y lo acompañó en su campaña para las elecciones a gobernador de la provincia de Buenos Aires a principios de 1962. Algunas veces se llevaba con ella a su hijo. Framini era el candidato justicialista y ganó lejos; el ejército, para impedir el retorno del peronismo, derrocó a Frondizi, puso de presidente a José María Guido y anuló los comicios.

Ya desde antes, cuando tenía quince, Daniel había empezado a ir a reuniones de la Fede: en el colegio secundario participaba en el centro de estudiantes y leía *Novedades de la Unión Soviética* y algún artículo de *Nuestra Palabra*, el semanario del PC. El Cabezón José era todavía más precoz que Daniel, porque tenía un hermano mayor, el Cabezón Oscar, que era más precoz que ellos. El Cabezón Grande había empezado a trabajar en la industria del vidrio, soplando botellas, y tuvo que cambiar varias veces de fábricas y de gremio porque su militancia comunista le traía problemas.

Oscar Ríos fue uno de los precursores en eso de romper con la disciplina y el credo del partido. En 1962, tras la crisis de los misiles, cuando Kruschchev y Kennedy estuvieron a punto de hacer volar el mundo a raíz de unas bases misilísticas instaladas en Cuba, Oscar Ríos leyó la *Segunda Declaración de La Habana*, un discurso de Fidel Castro ante un millón de cubanos que le hizo pensar que ya era tiempo de mirar para otro lado, lejos de las filas del partido de don Vittorio Codovila:

«... El resumen de esta pesadilla que ha vivido América de un extremo a otro es que en este continente de casi doscientos millones de seres humanos, formado en sus dos terceras partes por los indios, los mestizos y los negros, por los discriminados; en este continente de semicolonias, mueren de hambre, de enfermedades curables o de vejez prematura alrededor de cuatro personas

por minuto, de cinco mil quinientos al día, de dos millones por año, de diez millones cada cinco años.

»Estas muertes podrían ser evitadas fácilmente; pero sin embargo, se producen. Las dos terceras partes de la población latinoamericana comen poco, y viven bajo la permanente amenaza de la muerte. Holocausto de vida que en quince años ha ocasionado dos veces más muertes que la guerra de 1914...

»Mientras tanto, de América Latina fluye hacia los Estados Unidos un torrente continuo de dinero: unos cuatro mil dólares por minuto, cinco millones por día, dos mil millones por año, diez mil millones cada cinco años. Por cada mil dólares que se nos van, nos queda un muerto.

»¡Mil dólares por muerto: ése es el precio de lo que se llama imperialismo! ¡Mil dólares por muerto cuatro veces por minuto!...».

—Frente a esta situación en el continente, frente a la voracidad del imperialismo, la contradicción ya no es entre ser comunista o no ser comunista sino entre ser reformista o ser revolucionario.

Empezó a decir Oscar a quien quisiera escucharlo. Se abrió del PC y siguió en la lucha sindical, intercambiando ideas y propuestas con otros círculos que se iban definiendo como de izquierda revolucionaria. Los cabezones Ríos eran tipos estudiosos, que habían aprendido en el partido a leer los clásicos del marxismo, pero también eran gente de acción, muy atléticos, buenos boxeadores. Y estaban en buenas relaciones con los líderes del CNRR.

El Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria empezó a formarse dentro del sector universitario de la Federación Juvenil Comunista en 1965. Sus miembros eran cuadros de conducción que estaban decepcionados con lo que consideraban una traición del PC a sus objetivos revolucionarios. La revolución cubana ya le había traído varios dolores de cabeza a los seguidores de Codovila. Se discutía si el PC boliviano había traicionado o no al Che si la consigna de «crear dos, tres, muchos Vietnam» lanzada por Guevara debía tener algún correlato práctico, si la idea de la coexistencia pacífica impulsada desde la URSS y reproducida en la Argentina por el partido era una visión suficientemente revolucionaria para los tiempos que corrían. Los del CNRR también acusaban a sus antiguos dirigentes de burocratización y aparatismo. Sus simpatías hacia Cuba y China los llevaron a hacer buenos contactos con estos países y, por lo tanto, a conseguir invitaciones para sus militantes. Por eso le ofrecieron a Ríos un par de lugares para un viaje de lo más interesante.

—¿Qué te parece si le propones a Daniel que él también vaya?

Le dijo José a su hermano mayor cuando supo que estaba incluido en la nómina de un grupo que saldría a los pocos meses.

—Puede ser. Daniel es un pibe muy inquieto, pero tiene pasta para ser un buen compañero, sobre todo por la facilidad que tiene para relacionarse con la gente.

A las pocas horas, ya estaban reunidos los tres:

—Mirá Daniel, Cuba abre la posibilidad de que alguna gente vaya a ver los resultados de la revolución allá mismo. Pronto va a salir un grupo de gente para La Habana, y a nosotros nos dieron la posibilidad de incluir a algunos compañeros.

Daniel no lo pensó demasiado. Le pidieron que no le contara nada a nadie y que se preparara para pasarse unos meses afuera.

—¿Cuánto, qué le calculan?

—Mirá, depende. Vos arreglate para quedarte lo que sea necesario.

A principios del 66, cuando aún sobrevivía el gobierno de Illia y los comunistas todavía no estaban perseguidos, Egea partió con la ilusión de conocer de cerca la revolución que servía de ejemplo para todos los revolucionarios de esos años, y de emprender una nueva etapa de su militancia y de su vida. Estaba excitadísimo: nada mejor, pensaba, podía haberle pasado. Acababa de cumplir veinte años.

El contacto tardó varios días en llegar. Antes, José, Daniel y otros dos muchachos del barrio se habían pasado varios días alojados en un hotel barato cerca de la Bastilla, esperando ansiosos que apareciera algún cubano. Nunca habían salido de la Argentina y no hablaban ni un poquito de francés. En París estaba empezando la primavera: los muchachos se pasaban el día en la calle, paseando, mirando mujeres, impresionados por tanta novedad y puteando por la espera. Todo muy bien, pero lo que ellos querían era llegar a la isla. París era muy bonito pero ellos no estaban ahí para eso y, por otro lado, les daba casi culpa estar boludeando en Francia cuando tenían tanto que hacer en otros sitios. Además, ya se les estaba acabando la plata. Cuando por fin apareció, el contacto les dijo que todavía les faltaba una escala:

—Compañeros, para poder llegar a La Habana van a tener que pasar por Checoslovaquia. Nosotros vamos a organizarles todo para que puedan llegar a la isla.

El cubano les dio pasaportes falsos para que en los suyos no quedaran rastros del viaje, que podrían complicarles la vida cuando volvieran. Antes de salir se unieron a otros cuatro argentinos que no conocían, y se tomaron un

tren hasta Praga. Cuatro días después estaban volando a La Habana en un avión soviético.

Lo primero que Daniel vio en el aeropuerto fue un cartel que decía «Bienvenido a Cuba, primer territorio libre de América». Se emocionó, y se mordía los labios pensando que no iba a poder contarle todo lo que se venía a sus amigos de Tolosa y Berisso.

—Compañeros, en nombre de la revolución les doy la bienvenida.

Les dijo Luis Carlos, un cubano simpático que se identificó como del Ministerio del Interior y que sería una especie de responsable del grupo durante su estada.

Primero pasaron unos días en La Habana. Era una ciudad vieja, se la notaba descuidada, con algunos hoteles que habían lucido mejor en otros tiempos, con automóviles y ómnibus norteamericanos de los 40 y 50 y camiones y jeeps militares rusos y alemanes orientales de la misma época. Todavía la arquitectura de la ciudad no daba signos de ningún cambio. Pero el entusiasmo de la gente por las calles, las ganas de charlar y de contarles cosas, el afecto con que los trataban, los impresionó. Se notaba que era un pueblo que estaba construyendo su destino, pensaba Daniel. Era tan diferente de lo que él conocía.

—Acá lo principal es la educación, la salud, el trabajo y terminar con el monocultivo, chico.

Les explicaba un dirigente de los Ce-de-erres, los Comités de Defensa de la Revolución, que se habían creado después de la frustrada invasión de la CIA y los cubanos exiliados a Playa Girón.

El grupo de argentinos vivía en una casa sencilla que les había dado el gobierno y tenía un programa de actividades que incluyó unos días en la zafra del azúcar y visitas al Museo de la Revolución y a distintas fábricas, hospitales, escuelas y otras instituciones. Cada visita se completaba con charlas y debates; a veces, eran horas y horas.

—Nosotros les queremos transmitir nuestra experiencia, queremos que aprendan lo que les sirva, pero de ninguna manera nos interesa participar en las discusiones sobre lo que pasa en su país.

Les dijo muchas veces Luis Carlos. En esos años, pasaba por La Habana todo tipo de militantes de la izquierda argentina; algunos, incluso, estaban viviendo ahí. Había peronistas de distintas vertientes, marxistas ortodoxos y no tan ortodoxos, trotskistas, cristianos del tercer mundo. Cuba era el ejemplo y la guía, la meca de los revolucionarios latinoamericanos, y tenía un ingrediente extra: el Che, a quien, por supuesto, Daniel y José querían ver.

—El comandante Guevara en estos momentos está en el Congo, peleando junto al compañero Patrick Lumumba, junto a otros revolucionarios cubanos.

Les dijo un oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba en una charla, después de ofrecerles que hicieran un curso de teoría revolucionaria y entrenamiento militar. Aunque no veían la posibilidad de la lucha armada como algo inminente en la Argentina, Daniel y José no quisieron perderse la oportunidad. Así que fueron a un centro de instrucción del Ejército Rebelde y durante unas semanas cumplieron con la rutina de cuartel. La preparación física y el manejo de las armas se mezclaban con los relatos de las campañas de la Sierra Maestra y la lectura de teoría revolucionaria. En ese momento, todo les parecía posible.

Al cabo de cuatro meses, con varios kilos menos perdidos por el exceso de ejercicio y de arroz con frijoles, con el entusiasmo de una experiencia que los había fascinado, Daniel y José emprendieron el retorno a Tolosa.

Primero volaron a Madrid. De ahí a Barcelona, donde se instalaron en la tercera clase de un barco que tardó 18 días en llegar a Brasil. Desde Río de Janeiro viajaron en ómnibus y así se ahorraron unos pesos y pasaron la frontera argentina con la cédula. Cuando por fin aterrizaron en el barrio ya era noviembre del 66, y todo estaba muy distinto. Oscar les explicó que había que cuidarse mucho más que antes:

—Ahora acá las cosas cambiaron. Onganía prohibió las actividades políticas y han cerrado todos los locales políticos, así que hay que redoblar las precauciones. Pero los recién llegados se salían de la vaina.

Al principio, le costó reacomodarse en la vida más calma y conocida de su barrio: Tolosa no tenía ni el atractivo grandilocuente de París ni el entusiasmo contagioso de La Habana, pero pronto aceptó que era su lugar, el lugar donde quería hacer lo suyo, y volvió a organizarse una rutina. Daniel tenía una novia en el centro de La Plata y la veía tres o cuatro veces por semana; había conseguido trabajo de administrativo en el frigorífico Swift, ocho horas por día y poca bola, y seguía yendo a reuniones con la gente de los hermanos Ríos. Estaban tratando de armar un grupo autónomo aprovechando los contactos que tenían en la zona y el clima de relativa agitación en muchas empresas de La Plata y alrededores.

No habían pasado cinco meses cuando José y Oscar le hablaron de un nuevo viaje. En éste también iba a comer mucho arroz, pero el destino era mucho más insólito. La polémica chino-soviética estaba en un punto caliente. Cada tanto las agencias de noticias hablaban de choques fronterizos, que

reflejaban las diferencias cada vez mayores entre Mao Tse-Tung y Leonid Breznev: desde abril del '66, cuando el XXIII Congreso del PCUS oficializó la política de entendimiento con Occidente, los chinos acusaban a los soviéticos de claudicar ante el gran enemigo. A los chinos les interesaba buscar entre los comunistas disidentes argentinos a quienes pudieran retomar su política: Oscar Ríos recibió una invitación para ir con algunos de sus compañeros a conocer ese otro mundo.

Esta vez pasaron por Varsovia, donde se tomaron un avión a hélice que hizo como ocho escalas antes de llegar a Pekín. El aeropuerto pekinés estaba en obras y prometía un futuro grandioso, pero la carretera de dos carriles que los llevó hasta la ciudad era un camino bucólico entre sauces y arroyos. Cada tanto, cruzaban un contingente de muchachos y muchachas vestidos con chaquetas mao, embarrados, sonrientes, que volvían cantando de trabajar los campos. La guía que les habían asignado, Li Huan, les explicó que se trataba de que todos se renovaran por medio del trabajo campesino. Li debía tener treinta años y era menudita y muy discreta: se movía como si se cuidara de no ofender al aire circundante.

El coche entró en la ciudad por una avenida rodeada de enormes edificios del mismo estilo que los que habían visto en los suburbios de Varsovia y de Praga, tapizados de carteles escritos en chino. Li les traducía las leyendas:

—El imperialismo es tigre de papel, dice escrito ahí. En aquél dice escrito venceremos a ese imperialismo yanqui.

Las consignas eran comunes, pero los cartelones con grandes caracteres rojos resultaban impresionantes. Esa noche los alojaron en una residencia para extranjeros, donde había gentes de todas las razas y colores. A las cinco de la mañana, Li vino a despertarlos para llevarlos a la plaza Tien-An-Men. Ahí, junto a miles de soldados y guardias rojos, vieron cómo se izaba una gran bandera roja. Justo enfrente, en la entrada de la Ciudad Prohibida, la cara rechoncha de Mao Tse-Tung los vigilaba desde un cartel de veinte metros.

Cuando terminó la ceremonia estaba saliendo el sol, y los miles se disgregaron en grupitos que se quedaron discutiendo. Todos gritaban, fumaban y escupían sin parar, y Li no alcanzaba a traducirles demasiado. Otros grupos se dedicaban a hacer tai-chi, esa gimnasia lenta y meticulosa con que los chinos suelen empezar sus días. Una chica con una trenza renegrida que le caía hasta las caderas enfundadas en pantalones bolsa se acercó y empezó a hablar con Li: la guía les dijo que era una revolucionaria confirmada, ex poeta que ahora trabajaba en una fábrica de zapatillas. Si los

camaradas extranjeros querían saber algo, ella trataría de ayudarlos. José le preguntó si todavía quedaban muchos reaccionarios.

—No, los verdaderos reaccionarios son escasos. Lo que sí hay, gente que no ha comprendido. Esos debemos explicarles sus errores y denunciarlos si persisten.

Tradujo Li, en castellano más o menos, y la ex poeta asentía como si entendiera algo. José le preguntó cómo lo hacían.

—Mediante dazibaos.

Del monumento en el medio de la plaza, de las paredes de los edificios circundantes, de todos lados colgaban dazibaos, trozos de tela escritos con caracteres chinos que servían para dar curso a los debates del momento.

—¿Y si no se enmiedan con los dazibaos?

—Abatimos.

—¿De qué modo?

—Ideológicamente.

—¿Y si fuera necesario abatirlos de otra manera?

—Eso tienen que decidirlo las autoridades del Partido. O bien nosotros, los Guardias Rojos, según casos.

La ex poeta era bellísima aunque tratara de esconderse bajo una gorra que le quedaba grande y tres kilos de ropa de franela. Daniel le preguntó cómo se construiría la sociedad socialista.

—Construyendo de simple a complejo.

Tradujo Li una larga frase de la ex poeta. Daniel le pidió más precisiones.

—Hemos andado primero de práctica a teoría y después de teoría a práctica. Son métodos dialécticos de un marxismo-leninismo, explica el Presidente Mao, dice.

La china tenía que irse a su fábrica de zapatillas, y Daniel lamentó que el diálogo se hubiera terminado: lo impresionaba su belleza y el tono de determinación con que les había hablado. Todavía no había entendido mucho, pero ya tendrían tiempo de profundizar. Empezaba a salir el sol sobre la plaza, y los grupos se disolvían para ir a sus trabajos.

—Es bueno que empezamos desde ahora en ver cómo es la Revolución Cultural que nos ha lanzado el Presidente Mao.

Les explicaba Li, y les recomendaba la lectura atenta de su *Libro Rojo*.

—Ya el *Libro Rojo* del Presidente Mao es el libro mayor tirado en historia del mundo. Más que la *Biblia*, más que *El Capital*.

La avenida de la Paz Celestial se había poblado de una nube de bicicletas negras que se movían como un cardumen ordenado. Era notable ver tanta

gente tan organizada. Era tan distinto de La Habana: aquí, lo que faltaba de entusiasmo y buen humor aparecía como potencia desatada. Daniel se sorprendía ante la idea de una extraña hermandad con todos esos sujetos tan distintos: no se parecían en nada, pero todos peleaban por la misma causa. Respiró hondo, como si quisiera llenarse de ese aire. Después, Li, Daniel y los demás volvieron al coche que los había traído: esa mañana empezaron un programa de visitas, charlas y encuentros que duró casi un mes. Cuando se terminó, los argentinos tenían la sensación de que iba a ser difícil contrarrestar la fuerza de la revolución maoísta: eran mil millones de personas puestas en marcha bajo la dirección de un líder respetado y sabio.

Cuando pasaron por París para volver a la Argentina, José y Daniel se encontraron con Oscar, que también volvía de China pero había hecho un recorrido distinto. Les contó que estuvo en una recepción con el canciller Chou En Lai, que había saludado a delegaciones de varios países africanos, latinoamericanos y europeo. Lo vieron muy entusiasmado con ese viaje: convencido de que, seguramente, la China tendría que ser la nueva guía y modelo de la revolución socialista y que, desde su modesto lugar en Tolosa, harían todo lo posible para seguir sus enseñanzas. Una de las primeras era que no se podía hacer una revolución lejos de sus protagonistas naturales, los obreros. Los militantes tenían que insertarse en la producción, es decir, trabajar en las fábricas, mezclarse con la clase donde, según la frase de Mao, «el militante debe moverse como el pez en el agua». A los pocos días de su regreso a Buenos Aires, Daniel Egea fue a presentarse a la puerta del frigorífico Swift, para ocupar el lugar que le correspondía.

Septiembre de 1967. La Cueva ya llevaba funcionando un par de años, pero los hits de la mayoría de las radios seguían siendo Sacha Distel, Johnny Halliday, Paul Anka, José Feliciano, trío Los Panchos, Altemar Dutra o Los Shakers, que cantaba pop en inglés. Y, más que nadie, el Rey Palito Ortega. La excepción estaba en las noches de Splendid y Excelsior, donde dos sastrerías competían por dos millones de jóvenes, con *Música con Ton Son y Williams* y *Modart en la Noche*, que se especializaban en rock y pop americano y británico.

En La Cueva, Pueyrredón y Juncal, un grupo de fulanos se dedicaba a mezclar letras de tango con melodías que les sonaban rockeras: Javier Martínez, Pajarito Zaguri, Moris, Miguel Abuelo, Tanguito, Litto Nebbia se encontraban entre vahos de alcohol y tabaco, alguna anfetamina y nada de coca, para descubrirse una misión: tenían que hacer acá, con maneras de acá,

lo que otros ya estaban haciendo allá, desde hacía varios años. Es fama que, cuando La Cueva cerraba, algunos se iban a desayunar a La Perla del Once y que ahí, en el baño, el tal Tanguito, José Alberto Iglesias, imaginó *La Balsa*:

—Estoy muy solo y triste en este mundo de mierda...

—Abandonado, querrás decir: en este mundo abandonado.

—De mierda. Dije de mierda.

Litto Nebbia y sus Gatos grabaron el simple de *La Balsa* en esa primavera: el disco fue recibido como un logro y un anuncio. Antes de que llegara el verano ya había vendido doscientas mil copias. Ese 21 de septiembre, en la plaza San Martín, unos trescientos jovencitos de pelo apenas prolongado se reunieron para proclamar que en la Argentina también había hippies. La convocatoria les proponía presentarse «vestidos como andarían si el país fuera libre»: se pasaron una tarde de sol, pastito, mimos y guitarreadas y al ocaso apareció la policía para convencerlos de que circularan. «No son maricones ni guerrilleros —constataba la revista *Así*— sino hippies que quieren paz, amor y música».

En San Francisco, poco antes, unos veinte mil jóvenes habían celebrado la llegada de la era de Acuario dejando entrar el sol en el primer Human-Be-In. Allen Ginsberg, Timothy Leary y Alan Watts les cantaban invocaciones hindúes con acento slang mientras los chicos de las flores se internaban en un trip de LSD y suscribían un manifiesto: «Cuidado con los líderes, con los héroes, con los organizadores; ojo con esa gente. Cuidado con los abortos de la estructura. Ellos no entienden. Sabemos que el Sistema no anda porque vivimos en sus ruinas. Sabemos que los líderes no resuelven nada porque nos han llevado únicamente hacia este presente; los buenos líderes tanto como los malos (¿quién causó más sufrimientos: Hitler o San Pablo?). No interesa que el líder sea bueno o malo: el liderazgo es malo en sí. El medio es el mensaje, y el mensaje del liderazgo es Vietnam. Los campos de concentración. La Gran Sociedad...».

Primera Plana reproducía, en esos días, un artículo fechado en Londres donde el peruano Mario Vargas Llosa producía una descripción lejana, desconfiada, del fenómeno: la mirada de un intelectual entonces de izquierda que mostraba unos hechos que no entendía ni quería entender:

«Tienen catorce, quince, dieciocho años; van casi siempre en grupos por las calles de Londres y se los reconoce desde lejos por su atuendo multicolor y extravagante. Ellas llevan faldas muy cortas y suelen ir descalzas, los pelos caídos en desorden, las uñas sucias, con extraños dibujos en la frente, las mejillas y los párpados; ellos visten levitas, túnicas ruinosas, camisas

llamativas, aretes en las orejas y pulseras hasta los codos; tienen los cabellos enmarañados, las uñas largas, y en las túnicas y pecheras ostentan insignias con divisas que dicen: “Hagan el amor, no la guerra”, “Amo a todos”, “La felicidad es posible”. Hombres y mujeres llevan flores anudadas a los cabellos, y en los hombros pequeñas coronas de mirtos, de azucenas, de claveles. Los llaman hippies y también “la gente de las flores”. Son pacíficos, corteses y discretos, y sólo provocan desconfianza y cierta alarma, irritación.

»La gente adulta les reprocha que sean ociosos e indiferentes a la higiene, y que se droguen, practiquen el amor libre y descrean del porvenir. Casi todos han abandonado sus hogares y sus estudios para llevar una vida promiscua, pasiva y vagabunda. En los veranos duermen en las calles o en los parques, y en invierno en oscuros refugios que comparten por docenas. Cuando son arrestados, van a las comisarías sonrientes y cordiales; al ser puestos en libertad, agradecen a los policías su hospitalidad.

»Aunque hay entre ellos, a veces, alguien que pinta o escribe poemas, la mayoría no tiene nada que ver con la literatura; no les interesan los libros ni los periódicos y ni siquiera saben que ahora son objeto de una vasta bibliografía. Es cierto que participan, de vez en cuando, en manifestaciones pacifistas, pero por lo general la política está fuera de sus preocupaciones habituales. Dicen estar de acuerdo con la revolución, pero explican que la verdadera revolución “es interior, espiritual, mental”.

»Una mañana vi a uno de ellos trepar sobre la estatua de Eros, en Picadilly Circus, colocarse sobre sus hombros y permanecer allí, impávido, una media hora, hasta que llegó un carro de bomberos. No opuso ninguna resistencia: se dejó llevar en brazos, con una expresión tranquila, ni siquiera satisfecha. Anoche entraron cuatro de ellos al restaurante donde estaba cenando; pidieron un churrasco; los vi rebuscarse los bolsillos, reunir entre todos, arduamente, el precio de la cuenta. Envolvieron el churrasco en un periódico, salieron a la calle y sirvieron el manjar a un perro vagabundo que esperaba. Partieron cantando.

»Hace tres meses se reunieron varios miles en Hyde Park, en una manifestación que dejó desconcertada y alarmada a la opinión: llevaban carteles pidiendo que se legalizara la marihuana. Les hablé, encaramado sobre una silla, el poeta norteamericano Allen Ginsberg: “Fumen, fornicuen, ensanchen sus mentes, ¡vivan!”. Algunos veteranos de la guerra mundial que pasaban por allí se enfurecieron. Uno los increpó: “¿Por esta clase de libertad se hicieron matar tantos jóvenes ingleses?”. Ellos aplaudieron y luego avanzaron afectuosamente sobre los policías, arrojándoles flores».

Vargas Llosa seguía, en este tono, varios párrafos más, para terminar profetizando: «Lenta, segura, incomprensiblemente, la revolución de las flores sigue ganando terreno».

—¿Estás segura de que no se van a dar cuenta?

—Yo qué sé, creo que no. Dale, no te vas a echar atrás ahora.

—No, pero mirá si nos descubren.

—Dale, tomá, no seas cagona.

Liliana Goldenberg agarró el cigarrillo que le ofrecía su prima Mercedes Depino y aspiró una pitada. Mercedes le había dicho que se lo acababa de sacar a su mamá y que por qué no probaban. Era tarde y estaban encerradas en el baño de la casa de Mercedes: el resto de la familia ya dormía. Uno de los problemas de Mercedes y su primo Carlitos solía ser Liliana, la menor de los hermanos Goldenberg. Cada vez que querían hacer algo que no estuviera exactamente dentro de las normas, corrían el riesgo de que Liliana los denunciara ante las madres. Así que a Mercedes le tocaba, muchas veces, el trabajo de convertirla en cómplice, que era la única manera de callarla. Mercedes y Carlitos ya habían fumado varias veces, pero para sentirse más seguros tenían que meter en la bolsa a la hermana menor. Liliana sintió primero un picor incómodo en la garganta, pero fue un momento; enseguida empezó a toser como una loca. Se mareaba, y apenas alcanzó a llegar al inodoro para vomitar en buena y debida forma. La madre de Mercedes se despertó con el ruido, y fue casi un escándalo.

Mercedes y Carlitos tenían quince años y eran muy amigos. Se veían más que nada los fines de semana: iban a los mismos bailes, o al cine, o al Centro Naval de Olivos a navegar, o al club Alemán a ver las pruebas de equitación de Carlitos, o a los partidos de rugby de Hindú, donde también iba el que empezaba a ser su mejor amigo, un alumno del Cangallo Schule, Sergio Paz Berlín.

Sergio y Carlitos se conocían desde chicos, por sus padres. León Berlín era un médico fisiólogo, compañero de carrera de Mauricio Goldenberg, que tuvo, joven, la oportunidad de comprar Odol casi en la quiebra. No era rico, pero tenía unos ahorros y decidió invertir todo ahí: le fue muy bien. La madre, Hilda, era una hija de gallegos que había militado con los comunistas, muy entusiasta, bastante menor que su marido. En los cincuenta y sesenta, Odol era una empresa muy sólida: León Berlín ganaba mucha plata. En sus primeros años, la vida de Sergio Paz Berlín fue una sucesión placentera de cuidados, quintas, buenos colegios, Europa, Punta del Este, mucho estímulo y

mucho consentimiento. En su casa había libros y charlas y discusiones interesantes. Los Berlín siempre fueron muy generosos, y su generosidad incluía también a sus amigos, los hijos de sus amigos y los amigos de sus hijos. En esos días, cuando vieron que Carlitos estaba realmente entusiasmado con la equitación, le compraron un caballo de salto de lo más bonito. Acababa de aparecer *Cien años de soledad*, y el caballo se llamó Macondo.

En medio de la bonanza, el mundo circundante no dejaba de tener cierta presencia. Mercedes a veces resoplaba cuando su padre, cada vez que ella o sus hermanos se dejaban la comida en el plato, les decía que cómo podían despreciar ese bocado mientras había chicos en el mundo que se morían de hambre. Su tío Mauricio había empezado a viajar por América Latina como consultor de la Organización Panamericana para la Salud y, cuando volvía, les contaba la miseria terrible que había visto en Haití o en Nicaragua. Los chicos tenían cierta idea de las desigualdades e injusticias del mundo, pero no por eso dejaban de disfrutar de sus vidas de adolescentes de clase media alta. Incluso la cita de los sábados para estudiar la *Pinacoteca de los Genios* con Carlos Olmedo había quedado suspendida unos meses antes, a fines del 66, cuando Carlos les anunció que le habían dado una beca para irse tres meses a estudiar a Francia. Pasó mucho tiempo antes de que los chicos se enteraran de que, en realidad, Carlos se había ido a Cuba, a hacer entrenamiento militar y a coordinar detalles de su apoyo a la guerrilla del Che Guevara en Bolivia.

A su vuelta, Carlos se casó con Isabel, la mayor de los Goldenberg, con fiesta muy austera, y empezó a organizar el grupo que tenía que acompañarlo. Entre ellos estaba un hermano suyo, Osvaldo, su mujer, Isabel, una compañera del colegio de Isabel, María Angélica Sabelli, Pilar Calveiro, Juan Pablo Maestre, y tres o cuatro más. Carlitos y Sergio le pidieron que los dejara hacer algo a ellos también, pero Carlos, en un primer momento, se negó. Le parecían demasiado chicos. Después, al cabo de unos meses, se cruzó con su cuñadito en el departamento de la avenida Libertador y le dijo que quería verlo a solas. Quedaron en una cita para el día siguiente en la confitería del Olmo, en Pueyrredón y Santa Fe.

Mientras entraba por la puerta giratoria, Carlitos se dio cuenta de que estaba temblando. Quiso suponer que no era miedo sino más bien emoción, la excitación de que Carlos lo hubiera citado y quizás le permitiese hacer algo con los más grandes. Carlitos buscó a su cuñado en el salón: no estaba. Se sentó en una de las mesas junto a las ventanas de Pueyrredón, pidió una coca-cola y trató de tranquilizarse. Cinco minutos después, cuando lo vio llegar, le pareció que Carlos caminaba despacio y que miraba mucho a los

costados. Y que lo saludó de otra manera Carlos tenía una de esas camisas Grafa marrones, de trabajador, con muchos bolsillos, y un bluyín nacional. Carlitos se sintió un poco incómodo con su Lee importado y su remera Lacoste. Carlos le empezó a decir que podía encargarle una tarea, pero que antes que nada tenía que estar seguro de que iba a ser una tumba.

—¿Una qué?

—Que vas a ser una tumba, que no vas a hablar con nadie.

Carlitos le dijo que por supuesto, que qué se creía, y le preguntó qué era lo que podía hacer. Le parecía que un cuarentón morocho dos mesas más allá los estaba mirando demasiado. Carlos le dijo que no se apurara.

—¿Vos seguís con lo de los caballos, no?

—Sí, sigo. Me gusta mucho, de verdad.

—Bueno, entonces lo que podrías hacer es escribir una cartilla explicando cómo se anda a caballo.

—¿Una cartilla?

—Sí, Carlitos, como unas instrucciones: por dónde hay que subir, cómo se agarran las riendas, cómo se frena el caballo, cómo se pone y se saca la montura... Todo eso.

—¿Y para qué?

—¿No quedamos en que no ibas a hablar ni preguntar nada?

Cuando terminaron, Carlos le dijo que saliera primero, que prefería que cada uno se fuera por su lado. Carlitos no sabía qué pensar del pedido de su cuñado. Lo iba a hacer, pero le parecía muy raro. Y estaba dispuesto a mantener el silencio: tardó como dos días en contárselo a Sergio, y tres a Mercedes.

—Da la impresión de que quieren aprender a moverse por el monte, ¿no?

—Quizás están preparando una guerrilla en el norte. Eso sí que sería impresionante.

Dijo Carlitos, y pasó a contarles lo increíble que era la rubia que se había levantado en el Alemán.

—¿Pero coge o no coge?

Le preguntó Sergio.

—Todavía no, pero ya van a ver.

—¿Y no es muy boluda?

Le preguntó Mercedes. Carlitos se rió:

—Un poco, pero todas esas minas que están tan bien son un poco estúpidas. Yo sé que no es lo mejor, pero me tientan, me tientan...

La cartilla de introducción al jineteo no fue muy útil, y unos días después Carlitos empezó a llevar a los compañeros de su cuñado a cabalgar por Palermo. Alquilaban unos caballos, y Carlitos les enseñaba los detalles básicos. Solían salir de a cuatro o cinco, y se cuidaban mucho en todo lo que decían. Se divertían, hacían chistes. A Carlitos le parecía que llamaban mucho la atención, porque iban vestidos demasiado crotos, muy distintos de los demás jinetes que paseaban por el parque, pero no se atrevía a decirles nada. Al final, un día, se animó a hablar con su cuñado.

—No te preocupes, Carlitos, en serio. ¿Vos te creés que alguien va a sospechar de unos tipos que hacen equitación? No, che, por qué. Son los resquicios del sistema, tenemos que aprovecharlos todos, ¿me entendés?

Las clases siguieron, sin grandes resultados. La Petisa Sabelli era tan tronco que Carlitos desesperaba de que alguna vez pudiera cabalgar más de diez metros.

—La abogada que ustedes tienen es medio comunista.

Solían decir los sindicalistas más colaboracionistas de San Rafael, como Strohan, el de la Alimentación, o Chávez, el de la Construcción. O si no:

—¿Cómo puede ser asesora siendo mujer? Ella no tiene calle no tiene estaño, no puede ir a un cabaret... ¿Cómo va a saber de todo esto?

Los que trabajaban con ella, como Contreras, el secretario de la CGT, o Dauvernet, la defendían. Era una época de muchos conflictos: no pasaba un día sin que Susana Sanz tuviera que ocuparse de algún despido, una reivindicación, un paro. Y tenía la sensación de que iba encontrando un lenguaje que le permitía conectarse con los sindicalistas y los trabajadores y les hablaba de la revolución, de la explotación, de la necesidad, de la igualdad. Ellos solían estar de acuerdo:

—Lo que usted dice es lo que nosotros queremos, eso es lo que nosotros queremos. El problema es que no sabemos cómo hacerlo.

A veces, ellos se entusiasmaban y le dedicaban lo que consideraban un elogio fuerte, dicho con un resto de broma:

—Doctora, ¿sabe lo que pasa? Que usted es peronista y no se ha dado cuenta. Todavía.

Susana no era peronista. Por el momento, no tenía una opción política definida, ni la sensación de que tuviera que tenerla. Le alcanzaba con esa actividad, muy política pero sin una marca, que llevaba adelante con los sindicalistas y los trabajadores de San Rafael. Se sentía útil, necesaria, y pensaba que estaban aprendiendo a moverse juntos y que ya llegaría el

momento de hacer algo más con eso. Por el momento conseguían mejoras concretas, que también eran importantes. Y ella también estaba aprendiendo a moverse en política: a ver los problemas, a reaccionar, a ubicarse, a buscar las soluciones y a tratar de llevarlas a la práctica.

Mientras tanto seguía siendo una profesional que ganaba su vida muy correctamente y vivía en una casa grande y linda con un marido, dos hijas, un perro, una mucama y su madre en otra casita atrás, que la ayudaba con las chicas. Porque, en general, estaba muy ocupada: todas las mañanas tenía que ir a Tribunales y, las tardes de lunes, miércoles y viernes atendía al público en su estudio; los martes y jueves preparaba los casos. Después, cuando salía, o los fines de semana, solía tener reuniones en la CGT o en algún sindicato. Y muchas veces algún demandante o algún sindicalista pasaban por su casa para contarle sus problemas o pedirle un consejo, y todavía tenía que hacerse tiempo para charlar un rato con su marido, jugar con las chicas, leer, ir a cenar a lo de unos amigos o pasar un domingo en el club.

A veces, si iba a alguna fiesta, le gustaba aparecer bien arreglada. Sabía que muchos en el pueblo comentaban sobre ella, porque pasaba mucho tiempo con los obreros, y entonces esas apariciones tenían un suave gusto de revancha. Aunque, de todas formas, trataba de estar bien arreglada siempre. Nunca le habían gustado los que se disfrazaban de militantes, los que creían que había que parecer popular con ropa vieja o fea. Susana veía que si invitaba a un asado en su casa a los delegados de una fábrica, por ejemplo, se ponían lo mejor que tenían, iban de punta en blanco. Entonces le parecía que era un error o una ofensa ir a sus casas con un aspecto que sería, en última instancia, condescendiente. Y estaba segura de que ellos se lo agradecían.

A mediados de año, unos amigos de Mendoza le dijeron que tenían un contacto con John William Cooke, que si no quería invitarlo a dar una charla a San Rafael. Susana habló con la gente de la CGT y aceptaron enseguida. Cooke llegó una mañana, en el tren, y se lo llevaron a la casita de la CGT, en la calle Coronel Suárez, donde lo esperaban militantes y delegados de fábricas que fueron a escucharlo. También estaban Dauvernet, Salvo, Martínez Baca. Cooke les explicó su visión del peronismo como movimiento revolucionario y el papel de los obreros para conseguir que se convirtiera en un verdadero movimiento de clase. Era brillante, y a Susana le parecía que estaba de acuerdo con todo lo que decía. Después le hicieron un asado. Cooke, en ese momento, estaba un poco raleado del movimiento y, cuando Susana le agradeció que hubiera hecho semejante viaje, él le dijo que al contrario:

—La verdad, hace tiempo que no tengo la posibilidad de hablar en un sindicato, con delegados obreros.

Cooke le contó a Susana que estaba muy enojado con Perón: que le había ido a ofrecer que se asilara en Cuba, donde el gobierno le daría toda clase de facilidades, que le instalaría una radio para que pudiera transmitir hacia la Argentina, y que Perón se había negado porque tenía miedo de quedar demasiado identificado con el castrismo. Y que últimamente tenía problemas para verlo, que Jorge Antonio le hacía de filtro y él no sabía si era por iniciativa propia o por orden del General. Susana estaba impresionada por la sencillez y el entusiasmo de alguien que era una especie de prócer peronista, que había sido delegado personal de Perón y que, ahora, no desdeñaba una charla en un pueblo perdido junto a las montañas.

Fue una visita impactante. Después de su partida, Susana redobló sus discusiones con otros dos abogados de San Rafael Isuani y Simón, sobre el peronismo. Isuani y Simón eran maoístas, de Vanguardia Comunista: también trabajaban con los sindicatos locales pero desde una postura que a Susana le parecía más cerrada, más dogmática. A veces les tomaba el pelo:

—Ustedes no pueden ni pelearse entre ustedes, porque el día que se peleen no van a tener con quién discutir. Tienen que seguir amigos a muerte, es una condena.

Y seguían discutiendo. Susana, sin decirse peronista, estaba cada vez más dispuesta a buscar su camino dentro del peronismo.

Septiembre de 1967. Mientras el mundo seguía las alternativas de la guerrilla del Che Guevara en Bolivia, el pequeño grupo sufría grandes dificultades. En esos días, Guevara anotaba en su *Diario*:

«Agosto, 8.

»Caminamos algo así como una hora efectiva, que para mí fueron dos por el cansancio de la yegüita; en una de éstas, le metí un cuchillazo en el cuello abriéndole una buena herida. El nuevo campamento debe ser el último con agua hasta la llegada al Rosita o al Río Grande; los macheteros están a 40 minutos de aquí (...). Por la noche reuní a todo el mundo haciéndole la siguiente descarga: Estamos en una situación difícil; el Pacho se recupera pero yo soy una piltrafa humana y el episodio de la yegüita prueba que en algunos momentos he llegado a perder el control; eso se modificará pero la situación debe pesar exactamente sobre todos y quien no se sienta capaz de sobrellevarla debe decirlo. Es uno de los momentos en que hay que tomar decisiones grandes; este tipo de lucha nos da la oportunidad de convertirnos

en revolucionarios, el escalón más alto de la especie humana, pero también nos permite graduarnos de hombres; los que no puedan alcanzar ninguno de esos dos estadios deben decirlo y dejar la lucha. Todos los cubanos y algunos bolivianos plantearon seguir hasta el final. Eustaquio hizo lo mismo pero planteó una crítica a Muganga por llevar su mochila en el mulo y no cargar leña; lo que provocó una respuesta airada, esta vez de Pacho. Cerré la discusión diciendo que aquí se debatían dos cosas de muy distinta jerarquía: una era si se estaba o no dispuesto a seguir; la otra era de pequeñas rencillas o problemas internos de la guerrilla, lo que le quitaba grandeza a la decisión mayor. No me gustaba el planteamiento de Eustaquio y Julio pero tampoco la respuesta de Moro y Pacho; en definitiva, tenemos que ser más revolucionarios y ser ejemplo».

Él mismo había escrito, tres años antes, en un artículo titulado «El socialismo y el hombre en Cuba», publicado en la revista *Marcha* de Montevideo en marzo de 1965, que «el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario sin esta cualidad. Quizá sea uno de los grandes dramas del dirigente: éste debe unir a un espíritu apasionado una mente fría y tomar decisiones dolorosas sin que se contraiga un músculo. Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar ese amor a los pueblos. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita. Los dirigentes de la revolución tienen hijos que en sus primeros balbuceos no aprenden a nombrar al padre; mujeres que deben ser parte del sacrificio general de su vida para llevar la revolución a su destino; el marco de sus amigos responde estrictamente al marco de los compañeros de revolución. No hay vida fuera de ella.

»En esas condiciones, hay que tener una gran dosis de humanidad, una gran dosis de sentido de la justicia y de la verdad, para no caer en extremos dogmáticos, en escolasticismos fríos, en aislamiento de las masas. Todos los días hay que luchar porque ese amor a la humanidad viviente se transforme en hechos concretos, en actos que sirvan de ejemplo, de movilización. El revolucionario, motor ideológico de la revolución dentro de su partido, se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre en escala mundial».

—¡Pará, pará, escuchá lo que están diciendo!

Esa noche, en su casa, después de cenar con su marido, Susana oyó casi sin querer unas palabras en el noticiero de radio Nacional:

—... y las fuentes militares bolivianas aseguran que el cadáver corresponde al guerrillero argentino Ernesto Che Guevara, que...

Afuera llovía. Era raro, porque en San Rafael no llovía casi nunca. Llovía, hacía frío y la radio dijo que habían matado al Che en Bolivia y enseguida pasó a hablar de otra cosa:

—El ministro del Interior, Guillermo Borda, anunció la intervención del poder judicial en la provincia de Formosa. La medida, que será efectivizada en los próximos días, se originó en...

Al rato llegaron Isuani y Simón —los dos abogados compañeros de Susana—, Héctor Dauvernet y su mujer, el doctor Sat —un dirigente peronista local— y la madre de Susana, que estaba particularmente afligida. Susana solía decir que por suerte compartía, con su madre, dos amores que las salvaban de tantos desencuentros: Boca Juniors y el Che. Los demás habían ido llegando porque, cuando oyeron en la radio las primeras noticias, quisieron juntarse con amigos, no escucharlas solos y poder apoyarse unos a otros. Entre pitidos y explosiones captaron a locutores de la BBC, de la Voz de las Américas y de radio Moscú que repetían las mismas frases escuetas, sin más información:

—El general Alfredo Ovando Candia, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Bolivianas, ratificó ante los corresponsales extranjeros que cinco guerrilleros fueron muertos en el combate librado en las inmediaciones de la localidad de La Higuera, pero se negó a confirmar si entre ellos se encuentra Ernesto Guevara. Aún se espera un comunicado oficial del gobierno boliviano...

Se hacía tarde; en el living de la casa de Susana, sus amigos se miraban, silenciosos, y tomaban café. Mariana, la hija mayor de Susana, apareció medio dormida a preguntar qué pasaba y nadie supo qué decirle.

—Nada, nada, estamos charlando. Volvó a la cama, tranquila, no pasa nada.

Pero las caras de los grandes le parecieron poco tranquilizadoras. Se los veía preocupados, extrañados, como quien se enfrenta a un imposible. Cuando se fueron a dormir ya casi amanecía, y no tenían más datos. No era la primera vez que daban por muerto al Che, y todos querían creer que no era cierto:

—No, obviamente esto es otra maniobra de los americanos. Seguro que a algún coronel de los boinas verdes se le ocurrió dar un golpe de efecto. Ya van a ver como mañana salen desmintiendo todo.

A la mañana del otro día, martes 10 de octubre, el gobierno boliviano confirmó oficialmente la muerte de Guevara y, aún así, muchos siguieron sin

creerlo. A media tarde el canciller argentino, Nicanor Costa Méndez, declaró que el gobierno norteamericano le había pedido las impresiones digitales de Guevara, y que él las había entregado. Poco después empezaron a llegar las informaciones de los primeros corresponsales desde Valle Grande, cerca de La Higuera, donde el ejército boliviano les mostró un cadáver, tendido en el lavadero de un hospital, diciéndoles que era el Che. Aparecieron las primeras fotos, pero quedaban dudas. Los rumores se hicieron más intensos hasta que, tarde esa noche, radio La Habana habló de la muerte en sus informativos. Las agencias noticiosas la captaron en Miami y, de inmediato, la rebotaron a todo el mundo: era, de alguna forma, la confirmación oficial. En los días siguientes, poco a poco, se irían conociendo los detalles.

Ernesto Guevara había dejado Cuba en junio de 1965: durante años se discutiría si se fue por diferencias con Fidel Castro sobre el rumbo de la revolución cubana y su acercamiento a la Unión Soviética, o porque realmente quería seguir su tarea en otras tierras. Las dos razones no se excluían. En julio, Guevara apareció, con un pequeño grupo de cubanos, peleando en el ex Congo Belga pero, ocho meses después, el contingente se retiró a pedido de Castro. Entre marzo y junio de 1966, Guevara recorrió, en secreto, de traje y corbata, Uruguay, Brasil y Paraguay buscando un nuevo destino. Finalmente decidió aceptar el plan que le habían propuesto, años antes, los hermanos Peredo, bolivianos. El 3 de septiembre estaba en La Paz, donde se presentó a las autoridades como Adolfo Mena, funcionario de la OEA. Con papeles oficiales fue hacia el sur y, poco después, estaba en la zona de Ñancahuazú, instalado en un campito que habían comprado los Peredo, que serviría de primera base a la guerrilla.

El plan era complejo. El foco guerrillero, formado por mayoría de bolivianos, unos pocos cubanos y un par de argentinos, pasaría primero unos meses instalando bases, refugios, hospitales y depósitos de armas y comidas a lo largo del cañón del Ñancahuazú. Después los guerrilleros se irían hacia el norte, del otro lado del río Grande y, en septiembre de 1967, empezarían sus acciones en la zona de Valle Grande, amenazando a Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra. Desde allí empezarían a bajar de vuelta hacia Ñancahuazú, atravesando una zona conocida y fortificada. Estaba bien pensado: si todo salía como Guevara preveía, a fines del 67 un grupo guerrillero podría internarse en el Perú y, a mediados del 69, otro grupo entraría en la Argentina, que era el objetivo final de toda la operación.

En la Navidad de 1966 surgió el primer problema: Mario Monge, secretario general del Partido Comunista boliviano, pro soviético, visitó el

campamento de Guevara para decirle que su partido no le daría el apoyo que le había prometido. El PC habría servido, sobre todo, para tener un buen apoyo en las ciudades; ahora, el grupo guerrillero quedaba bastante aislado.

En marzo, un vecino carnicero y un soldado infiltrado denunciaron la existencia y posición de la guerrilla: la lucha empezó con varios meses de anticipación y en un lugar que los guerrilleros nunca habrían elegido. Los primeros combates les fueron favorables, pero ese principio era un revés: pronto tuvieron que dejar en manos del ejército las bases que habían preparado en Ñancahuazú, y alterar todos sus planes.

Además, los campesinos de la zona parecían perfectamente inmunes a las arengas que les lanzaba el Che cada vez que podía. «Nuestro aislamiento sigue siendo total. La base campesina no se mueve, está sometida por el miedo», anotó en esos días en su diario, y así sería hasta el final.

A principios de abril, el gobierno de Onganía mandó armas a Bolivia: el secreto de la operación fue desmontado por el periodista Héctor Ricardo García, que las descubrió en Santa Cruz de la Sierra. Al mismo tiempo, el ejército argentino apostó tropas a lo largo de la frontera con Bolivia. Mientras tanto Guevara, en un artículo que mandó a la Conferencia Tricontinental de La Habana, reconocía que estaba peleando en Bolivia: hasta ese momento, su paradero era secreto y motivo de todo tipo de versiones.

Entre mayo y julio, sus tropas, divididas en dos columnas, recorrieron el cañón de Ñancahuazú y, esporádicamente, atacaron a los rangers bolivianos, con resultados más o menos favorables. Pero el cerco se iba cerrando. El 31 de agosto, la columna de Joaquín quiso cruzar el río Grande por el Vado del Yeso. Le pidieron información a un baquiano de la zona que los denunció al Ejército. Una patrulla los esperaba en el lugar: de los diez guerrilleros, nueve murieron y uno cayó preso. Entre los muertos estaba Tania, la única mujer. Sólo quedaba la columna de Guevara, con unos veinte hombres.

Hacia mediados de septiembre, los militares bolivianos anunciaban que la captura del Che era inminente y nadie les creía. El martes 26 proclamaron a la prensa que lo habían abatido en La Higuera, cerca de Valle Grande: la noticia se difundió por todo el mundo y, poco después, la tuvieron que desmentir: lo habían confundido con el Coco Peredo. Pero el grupo, muy diezmado, seguía escondido por la zona. El sábado 7 de octubre una campesina los denunció a los soldados. Al día siguiente una patrulla, dirigida por el capitán Gary Prado, salió desde La Higuera hasta la quebrada del Yuro y encontró a los guerrilleros hacia el mediodía. Con los primeros tiros, dos soldados cayeron muertos. El tiroteo siguió, esporádico, en un terreno difícil, muy quebrado.

Dos horas después, los soldados hirieron a uno de los guerrilleros; los otros trataron de cubrirle la retirada hacia la parte alta de la quebrada, pero ahí los esperaba el capitán y dos de sus hombres. El herido tenía una pierna colgando y el arma inutilizada por otro balazo. Cuando estaban por matarlo, se paró y dijo paren, no tiren, soy el Che y para ustedes valgo más vivo que muerto.

Gary Prado, eufórico, lo ató a un árbol y se comunicó por radio con su coronel Zenteno Amaya para decirle tenemos a Papá, tenemos a Papá. En el fondo de la quebrada seguían los tiroteos. Al cabo de un rato, la patrulla se retiró, con tres prisioneros. El Che casi no podía caminar y se lo llevaron medio a rastras hasta La Higuera, donde lo encerraron en una de las pocas chozas de la aldea: la escuelita. Ahí pasó su última noche. Una mujer fue a llevarle comida y él le pidió un huevo. La mujer salió a buscar el huevo y los vecinos le dijeron que no se lo llevara, porque seguro que lo quería para «hacer su magia».

Al mediodía siguiente, el Che escuchó unas puteadas y unos tiros en el patio de tierra y entendió que habían matado a sus dos compañeros. Los oficiales no querían entrar a matarlo y terminaron dándole la orden al sargento Mario Terán. Años después, Mario Terán contó la escena: «Cuando llegué al aula, el Che estaba sentado en un banco. Al verme dijo: “Usted ha venido a matarme”. Yo me sentí cohibido y bajé la cabeza sin responder. Entonces me preguntó: “¿Qué han dicho los otros?”. Le respondí que no habían dicho nada y él comentó: “Eran unos valientes”. Yo no me atrevía a disparar. En ese momento vi al Che grande, muy grande, enorme. Sus ojos brillaban intensamente. Sentía que se me echaba encima y cuando me miró fijamente, me dio un mareo. Pensé que con un movimiento rápido el Che podría quitarme el arma. “¡Póngase sereno —me dijo— y apunte bien! ¡Va a matar a un hombre!”. Entonces di un paso atrás, hacia el umbral de la puerta, cerré los ojos y disparé la primera ráfaga. El Che, con las piernas destrozadas, cayó al suelo, se contorsionó y comenzó a regar muchísima sangre. Yo recobré el ánimo y disparé la segunda ráfaga, que lo alcanzó en un brazo, en un hombro y en el corazón». Terán no sabía que acababa de pasar el gran momento de su vida.

Mientras tanto, en Valle Grande, el general Ovando esperaba impaciente: había volado hasta ahí con periodistas nacionales y extranjeros y les había prometido que el cadáver de Ernesto Guevara, muerto en combate el día anterior, los estaría esperando. El cadáver llegó dos horas después, caliente todavía, atado a las patas de un helicóptero americano.

Seis

—¡No, no se puede creer! ¿Será cierto? ¡Pero la puta que lo parió!

Cacho acababa de ver en la sexta de *La Razón* el titular cuerpo catástrofe con la noticia de la muerte del Che Guevara, y estaba por perder el control:

—¡Pero me cago en...! Y encima Perón en Madrid, y nosotros acá hablando boludeces, tomando mate, y el Che peleando en Bolivia... Se dan cuenta, el Che. No un pinche cualquiera, el comandante, el que se podría haber quedado tranquilo sentado sobre sus galones. Es de no creer...

Los demás lo miraban sin saber qué decir. En principio, no entendían por qué Cacho El Kadri, vieja gloria peronista, un veterano de veintiséis años recién cumplidos, recibía la noticia puteando a Perón. Pero Cacho estaba totalmente fuera de sí:

—¡La puta que lo parió! Y nosotros acá como unos pajeros. No podemos seguir así, carajo, hay que hacer algo, no podemos seguir discutiendo boludeces.

Elena trató de calmarlo, pero Cacho siguió gritando:

—¡No, en serio, no podemos seguir así, discutiendo y discutiendo! ¡Dejémonos de joder! Acá lo que hay que hacer es agarrar los fierros. Este hombre nos marca un camino, el que quiera y esté en condiciones que lo siga, y a los demás ya les va a pedir cuentas la historia, carajo.

En el departamento de Susana no había un mueble. Los otros tres muchachos y la otra mujer estaban sentados en el suelo; Cacho caminaba a zancadas, esquivándolos. Uno de los sentados era el marido de Susana, Simón; otro era Antonio, el jefe del grupo, que debía tener unos treinta y cinco años, había militado en Palabra Obrera y era un sobreviviente del grupo del Vasco Bengochea, un trotskista de Palabra Obrera que había muerto en la explosión de una bomba casera en el departamento de la calle Posadas donde la estaban armando, a mediados de 1964. Todos ellos habían formado un «grupo de estudio» y se habían acercado al peronismo porque la clase obrera estaba ahí. Al poco tiempo ya sabían más de peronismo que cualquier peronista: a veces Cacho se indignaba de que un «troSCO» lo corrigiera cuando citaba a Perón, pero en general se la bancaba. Tiempo después se llamarían los Demetrios, pero entonces todavía no tenían nombre, y lo habían

contactado para que les diera alguna instrucción militar: les llevaba una pistola y les enseñaba a armarla y desarmarla, o les explicaba cómo relevar un objetivo, o cómo preparar un caño; un par de veces habían salido a hacer prácticas de tiro en algún descampado del gran Buenos Aires. Cacho y sus compañeros del MJP «atendían» a varios grupos sueltos que les pedían ese tipo de ayuda: se suponía que ellos tenían más años de militancia, más experiencia y, de alguna manera, funcionaban como una escuela y un enlace entre esos grupitos.

A Cacho le gustaban esos troscos. Le parecían un poco rígidos pero les reconocía que eran muy derechos, que se ayudaban mucho entre ellos, que socializaban toda la plata que ganaban para que ninguno tuviera problemas económicos. Por eso en el departamento de Elena y Guillermo no había muebles: el padre de ella le había dado la plata para que los compraran, pero ella la repartió con sus compañeros. El problema era mantener al buen señor alejado del lugar, para que no se enterara. A Cacho le gustaban, pero seguía bufando:

—¡Putá, a ver si entendemos el ejemplo del Che, carajo! Éstos son los hombres, que vienen al frente de sus tropas, no los que se quedan en Madrid pontificando o se quedan en Buenos Aires charlando boludeces. Ya les dije: se acabaron las reuniones. Acá hay que hacer algo, y el que tenga los huevos que me siga, y el que no, al carajo.

Al día siguiente, Cacho se encontró con El Pata, un compañero suyo que se había enterado de la escena:

—Che, pero ¿cómo se te ocurre decirles eso...? Entre nosotros podemos putearlo al Viejo, porque es como un padre, uno se enoja con él como el hijo que se enoja con el padre, pero ¿cómo vas a hablar así con estos chicos que recién están arrimando al peronismo?

—Sí, ya sé, hermano, ya sé que el Viejo tiene razón en estar en Madrid que es el lugar de la conducción estratégica y todo eso. Pero qué lindo sería que estuviera acá...

—Claro que nos gustaría que estuviera, pero mirá si le llegara a pasar algo. Estaríamos más jodidos todavía y no ganaríamos nada.

—Se me subió la calentura a la cabeza. ¿Pero estos maricones ya te fueron con el cuento?

—Me enteré por Antonio. Dice que están muy dolidos. Lo que no me dijo es cómo terminó. ¿Te contestaron algo?

—No, se quedaron totalmente muzzarella. Después quedamos en que me tenían que contestar la vez próxima.

—Mirá, como lo vi, me parece que no va a haber vez próxima.

—Pero que se vayan a la puta que los parió...

—Cacho, me pidieron una cita con vos para mañana a las cinco, en la plaza Libertad. Yo también voy a ir.

Al día siguiente, Cacho apareció, como siempre, con su saco azul, su pantalón gris, su corbata, sus anteojos y su portafolios de cuero. Cacho era flaco, elástico y se empeñaba en parecer un caballero inglés. A veces decía que era la mejor forma de que la cana no jodiera; otras, que si no andaba así le parecía que estaba medio disfrazado. Antonio llegó mirando para todos lados: estaba buscado y nunca salía del departamento. Cacho pensó que muchos de sus compañeros, como el propio Pata, estaban tan buscados como ése, y no hacían tanto esparó. Se sentaron en un banco de la plaza, con el Pata en el medio. Enfrente, en el cineteatro Coliseo, daban *El Dorado*, un western con John Wayne y Robert Mitchum. Antonio empezó fuerte:

—Mire, compañero, nosotros estamos muy disconformes con lo que usted dijo el otro día, porque no vamos a permitir que se ensucie el buen nombre y honor del general Perón.

Cacho saltó como un resorte. Él se había ganado en muchas paradas el derecho de putear al Viejo y, sobre todo, no iba a permitir que un izquierdista recién llegado lo corriera con la ortodoxia peronista.

—Lo único que me falta es que vos me enseñes peronismo a mí, troSCO de...

Sabía que la estaba pifiando, que se estaba poniendo del peor lado, pero no podía parar. Ese Antonio, con su cara de Ernesto Sábato apesadumbrado, lo sulfuraba.

—No le voy a permitir que me trate así, carajo. Lo único que falta, que me vengan a macartear a mí. ¡Qué se ha creído!

El Pata trató de calmarlos:

—Sientensé, che, no sean boludos.

Antonio ya no le hablaba a Cacho sino al Pata:

—Evidentemente ya no vamos a poder continuar con las reuniones.

—No, no vamos a poder, pero no es por esto. Es porque ustedes son unos comemierda. Porque yo les planteé que ahora viene la definición, ahora hay que pasar a la acción, y ustedes se cagaron en las patas.

Remató Cacho. El Pata no quería perder el contacto con ese grupo, que proveía infraestructura y militantes, y seguía con su intento de cordura:

—Pero no hablés así, Cacho. Andate, andate, no sabés lo que estás diciendo.

—Sí, sí que sé. Éstos son puro blablá, pero si vos te los bancas, que te garúe finito...

Sentenció, mientras le guiñaba un ojo sin que el otro lo viera. Al año siguiente, cuando Cacho y su grupo cayeron presos, Antonio les mandó a la cárcel una crítica en la que les decía que él había tenido razón en no sumarse a la acción y que eso les había pasado por voluntaristas, por adelantarse a los hechos y tratar de producir situaciones para las que el país todavía no estaba preparado. Cacho y sus compañeros nunca antes habían escuchado la palabra voluntarismo como concepto político, pero la retomaron y le contestaron, desde la cárcel, con un escrito que se llamaba «Voluntarismo, ¿defecto o virtud?».

Octubre de 1967. Los argentinos se estaban acostumbrando de nuevo a la censura, y a muchos les gustaba poco. En estos meses, los casos más resonantes fueron las prohibiciones de la película de Michelangelo Antonioni, *Blow up* —inspirada en un cuento de Julio Cortázar, *Las babas del diablo*— y de la ópera de Alberto Ginastera y Manuel Mujica Lainez, *Bomarzo*.

Mujica Lainez se había enterado de la prohibición en la embajada argentina en Brasil, donde había sido oficialmente invitado por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Dos meses antes, Mujica y Ginastera habían presentado, con toda pompa y auspicio oficial, en Washington, ante el vicepresidente norteamericano, su ópera, ahora censurada en Buenos Aires. En ese momento, el embajador Álvaro Alsogaray la había definido como un «importante acontecimiento para la cultura argentina» y el propio Onganía les había mandado, tras el estreno, telegramas de felicitaciones. Por eso, ahora, la medida era difícilmente comprensible. En *Bomarzo* había homosexualidad, adulterios y un envenenamiento, pero lo mismo se podía encontrar en muchas otras óperas.

Mujica Lainez, indignado, escribía en la revista *Extra* que «no hace mucho, el film *Blow up*, de Antonioni, realizado sobre un cuento de Julio Cortázar, no se pudo proyectar en Buenos Aires, pues se le impusieron supresiones inadmisibles. Ahora se prohíbe a *Bomarzo*. Cortázar y yo nos dividimos el premio Kennedy: hoy nos toca compartir, en la capital argentina, igual destino. Cortázar hubiera podido ver *Bomarzo* en Washington y yo hubiera podido ver *Blow up* en París o en Nueva York. Ojalá nos sea dada la satisfacción de asistir juntos y pronto, con Ginastera y Antonioni, en Buenos Aires, a la presentación de una ópera y una película que, en el resto del

mundo (allá donde Ginastera, Cortázar y yo somos extranjeros) son recibidos con respeto y admiración unánimes».

Julio Cortázar le contestaba, desde París, con otra carta: «Decididamente, los hados y los ediles nos acercan. Hace usted bien en comparar los destinos simétricos de nuestras obras. Cuando compartimos el premio Kennedy, le escribí a un amigo que usted y yo debiéramos fundir nuestros libros en uno solo y titularlo *Boyuela* o *Ramarzo*. Pero ahora nos están fundiendo de otra manera, me temo. Un abrazo, Julio Cortázar».

Mientras tanto, en Buenos Aires, un empresario de espectáculos proponía un tour de tres días a Montevideo, con derecho a presenciar el viernes *Bomarzo*, el sábado *Blow Up* y el domingo *La vuelta al hogar*, de Harold Pinter, en puesta de Leopoldo Torre Nilsson. La excursión completa costaba menos de cien dólares.

Acostumbradas a esos avatares, dos actrices argentinas seguían su guerra particular contra la censura. A fuerza de triquiñuelas, Isabel Sarli y Libertad Leblanc encontraban maneras de mostrar alguna piel en la pantalla. Aunque cada una tenía ideas distintas sobre la cuestión.

Isabel Sarli decía que «lo hago porque me conviene, pero contra mi gusto... No creo que sea difícil comprender que a nadie le gusta pensar que su cuerpo desnudo va a ser visto por cualquiera. Pese a mi larga experiencia, nunca termino de acostumbrarme, siempre consigo demorar la inevitable escena del desnudo para el final, cuando no queda más remedio... Desnudarme es parte de mi trabajo, no la más agradable precisamente, pero la acepto a sabiendas. No me siento culpable, sólo molesta».

Libertad Leblanc era más cáustica: «¿Si me molesta que me fotografíen desnuda? A esta altura de las cosas, es como preguntarle a un capitalista si le molesta invertir su dinero. En todas mis películas hay desnudos (hasta donde lo permite la censura). Si ésta es la razón de su éxito, mejor... señal de que no he equivocado el camino».

A todo esto, Carlos Montana escribía en la revista *Marcha*, de Montevideo, un artículo donde insistía en que la censura era una constatación del fracaso del poder: «Los gobiernos tienen que recurrir a la censura cuando no pueden instalar en el público las pautas que postulan. Si la sociedad estuviera adaptada a lo que el poder pretende, no sería necesario agredirla con estas medidas: ella sola regularía, con su repudio o su indiferencia, los productos pasibles de censura. Eso, en la Argentina actual, no sucede. De esta inadecuación entre la voluntad común y la voluntad gubernativa nace, entre otras cosas, el enojoso hábito de la censura».

Alberto Elizalde estaba cursando el último año del secundario y en poco tiempo más ingresaría en la Universidad de La Plata, como su padre. Aunque no había ido al industrial, prefería las carreras técnicas: estaba entre la física y la ingeniería y, más que nada, le interesaban las telecomunicaciones. Terminaba el secundario, no se llevaba materias, hablaba bastante inglés y se las rebuscaba bien al fútbol.

Ese año, Chiche Proia, un personaje de la cultura de La Plata, había organizado un cineclub en el Select, en 7 y 56, que funcionaba los jueves y viernes a la noche. Para Elizalde ya no era programa ir a ver a Isabel Sarli revoleando tetas entre los matorrales misioneros. Alberto se metió en ese ambiente intelectual y disfrutaba de alegorías pretenciosas como *El séptimo sello*, de Bergman, o de panfletos simples y vibrantes como *Morir en Madrid*, de Rossif. El heroísmo que trataban de mostrar esas imágenes de combatientes convencidos consiguió emocionarlo. Y se quedó prendado del neorrealismo italiano, que le vino muy bien para entender sus conflictos de pago chico: Alberto solía pensar que La Plata estaba plagada de las mismas superficialidades y tonterías que mostraban *Milagro en Milán* o *Ladrones de bicicletas*. Una de esas noches vio *Rocco y sus hermanos*.

—Lo que logra Visconti con sus personajes es que sean de carne y hueso. Acá están los dramas y las alegrías de una familia común, como cualquiera de las nuestras.

Decía Esteban, que ya estudiaba la carrera de Cine y coordinaba las discusiones después de la función. El ritual del debate permitía romper la timidez, impresionar a alguna chica y tener tema de conversación con los amigos.

—Aquí los protagonistas se las ven con la marginalidad, con el trabajo, con un mundo muy crudo. Y el clima dramático lo da sobre todo el plano, la cámara, que es el ojo del director.

Explicaba Esteban. Por esos días, a fines de octubre, en una función con acceso más restringido, Alberto pudo ver una película en 16 milímetros donde se veía a Fidel Castro leyendo en tono épico y fatalista una carta de despedida que el Che Guevara le había dejado al irse de Cuba:

—«Haciendo un recuento de mi vida pasada creo haber trabajado con suficiente honradez y dedicación para consolidar el triunfo revolucionario... Siento que he cumplido la parte de mi deber que me ataba a la Revolución Cubana en su territorio, y me despido de ti, de los compañeros, de tu pueblo, que ya es mío. Hago formal renuncia de mis cargos en la dirección del partido, de mi puesto de ministro, de mi grado de comandante, de mi

condición de cubano. Nada legal me ata a Cuba, sólo lazos de otra clase que no se pueden romper como los nombramientos...».

Leía Fidel desde la pantalla, casi sin gestos, por una vez muy contenido.

—«Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba. Y llegó la hora de separarnos. Sépase que lo hago con una mezcla de alegría y dolor. Aquí dejo lo más puro de mis esperanzas de constructor y lo más querido entre mis seres queridos... En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo dondequiera que esté. Esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura...».

El párrafo era extraño: Fidel Castro leía una carta que le estaba dirigida, donde la segunda persona era él mismo:

—«Digo una vez más que libero a Cuba de cualquier responsabilidad. Salvo la que emana de su ejemplo. Que si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo y especialmente para ti. Que te doy las gracias por tus enseñanzas y tu ejemplo y trataré de ser fiel hasta las últimas consecuencias de mis actos. Que he estado identificado siempre con la política exterior de nuestra revolución, y lo sigo estando. Que dondequiera que me pare sentiré la responsabilidad de ser un revolucionario cubano, y como tal actuaré. Que no dejo a mis hijos y a mi mujer nada material, y no me apena: me alegra que así sea. Que no pido nada para ellos, pues el Estado les dará lo suficiente para vivir y educarse...».

El silencio del cine estaba suspendido de la voz del comandante Castro que se escuchó más grave, solemne cuando leyó:

—«¡Hasta la victoria siempre! ¡Patria o muerte! Te abraza con todo fervor revolucionario, Che».

Ahí sí, la reducida audiencia rompió en aplausos, gritó muera contra Onganía, vivas a los cubanos y al Che Guevara; algunos se despacharon contra el imperialismo. En medio del entusiasmo, Alberto seguía pensando que era el mensaje de un médico argentino, de un tipo de una familia con cierto linaje venida a menos, con un apellido tan rimbombante como el suyo. Ernesto Guevara de la Serna, más allá de la mística, pudo haber sido alguien cercano, y hasta llenar algunos de los vacíos del presente. Pensaba que el Che ya era uno más en la saga de los próceres argentinos. Entre esos próceres Alberto prefería a Manuel Belgrano. No estaba mal que un abogado de buena familia, como Manuel Belgrano, se hubiera puesto al frente de un ejército

para llevar la insurrección al resto del país. Belgrano era un intelectual, de manos suaves, de trato delicado, y resultó todo un general. Y había peleado en esos mismos lugares donde, ahora, habían matado al Che Guevara.

Después, a la salida, discutieron en un café durante horas. Esteban, el que coordinaba los debates en el cineclub era, evidentemente, un tipo agudo y Estela, una asistente asidua, un poco mayor que él, era una morocha interesante, aunque Alberto sabía que Esteban llevaba las de ganar:

—Bolivia es el segundo país más pobre de América Latina, después de Haití, y además, tiene un campesinado fuerte y una clase obrera consciente. La revolución nacionalista del '53 fue mucho más profunda en sus transformaciones que el peronismo en la Argentina, nacionalizaron las minas, hicieron la reforma agraria. Pero como está pasando ahora en toda América Latina, en el año 64 hubo una contrarrevolución que volvió atrás las cosas. El golpe del general Barrientos coincidió con la reunión de ejércitos americanos realizada en West Point, en la que estuvo el mismísimo Onganía y en la que los ejércitos decidieron cagarse en la democracia...

Pontificaba Esteban. Era un maestro de la perorata, pero Alberto le aprovechó el flanco débil:

—Pero eso siempre fue así. Siempre se cagaron en la democracia...

—Lo que pasa es que ahora tienen la doctrina de defender el sistema, los monopolios, por encima de las constituciones. Eso es lo que plantea el documento firmado por los generales de todos los países americanos, la declaración de West Point. Por eso se convierten en ejércitos de ocupación de sus propios países. No defienden la soberanía, defienden directamente los intereses del imperialismo.

Esteban tomó un respiro y volvió a hablar del emprendimiento de Guevara:

—Por eso el Che eligió Bolivia. Pese a lo que dicen algunos, no se equivocó. Había condiciones objetivas para la revolución, faltaba crear las condiciones subjetivas...

Alberto y Estela todavía no estaban acostumbrados a esos conceptos. Esteban les explicó que lo objetivo era lo ajeno a la voluntad individual, lo que existía más allá de cualquier subjetividad, lo real...

—¿Y en qué sentido te referís a lo subjetivo...?

Preguntó la morocha, arreglándose el pelo.

—Y, lo subjetivo es la creación de una fuerza revolucionaria, de una vanguardia consciente...

Alberto no solía leer panfletos y periódicos de los grupos de izquierda, y no estaba muy al tanto de la terminología. Mientras trataba de entender, vio que Estela miraba a Esteban muy interesada, que asentía con miradas que eran una caricia pese a lo duro del tema. Más que celos, lo llenó la resignación: seguramente, con los años, ya podría.

Esteban había empezado a pasarle, de vez en cuando, algunos materiales para que leyera. Entre esos papeles le dio, a principios de noviembre, una carta abierta fechada en Puerta de Hierro pocos días antes. Aunque Perón no le resultaba un personaje simpático, a Alberto le interesó mucho que escribiera sobre el Che Guevara:

«Con profundo dolor he recibido la noticia de una irreparable pérdida para la causa de los pueblos que luchan por su liberación. Quienes hemos abrazado este ideal, nos sentimos hermanados con todos aquellos que en cualquier lugar del mundo y bajo cualquier bandera luchan contra la injusticia, la miseria y la explotación. Nos sentimos hermanados con todos los que con valentía y decisión enfrentan la voracidad insaciable del imperialismo, que con la complicidad de las oligarquías apátridas apuntaladas por militares títeres del Pentágono mantienen a los pueblos oprimidos.

»Hoy ha caído en esa lucha, como un héroe, la figura joven más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica: ha muerto el comandante Ernesto Che Guevara.

»Su muerte me desgarró el alma porque era uno de los nuestros, quizás el mejor: un ejemplo de conducta, desprendimiento, espíritu de sacrificio, renunciamento. La profunda convicción en la justicia de la causa que abrazó le dio la fuerza, el valor, el coraje que hoy lo eleva a la categoría de héroe y de mártir.

»He leído algunos cables que pretenden presentarlo como enemigo del Peronismo. Nada más absurdo. Suponiendo que fuera cierto que en 1951 haya estado ligado a un intento golpista, ¿qué edad tenía entonces? Yo mismo, siendo un joven oficial, participé del golpe que derrocó al gobierno popular de Hipólito Yrigoyen. Yo también en ese momento fui utilizado por la oligarquía. Lo importante es darse cuenta de esos errores y enmendarlos. ¡Vaya si el “Che” los enmendó!».

Alberto releyó el último párrafo. Perón no le caía simpático, pero le pareció admirable que aceptara que había sido utilizado por la oligarquía, y que reconociera sus culpas. Era un buen gesto.

«Su vida, su epopeya, es el ejemplo más puro en que se deben mirar nuestros jóvenes, los jóvenes de toda América Latina.

»... La hora de los pueblos ha llegado y las revoluciones nacionales en Latinoamérica son un hecho irreversible. El actual equilibrio será roto porque es infantil pensar que se pueden superar sin revolución las resistencias de las oligarquías y de los monopolios inversionistas del imperialismo.

»Las revoluciones socialistas se tienen que realizar: que cada uno haga la suya, no importa el sello que tenga. Por eso y para eso deben conectarse todos los movimientos nacionales, en la misma forma en que son solidarios entre sí los usufructuarios del privilegio. La mayoría de los gobiernos de América Latina no van a resolver los problemas nacionales sencillamente porque no responden a los intereses nacionales. Ante esto, no creo que las expresiones revolucionarias verbales basten. Es necesario entrar a la acción revolucionaria, con base organizativa, con un programa estratégico y tácticas que hagan viable la concreción de la revolución. Y esta tarea la deben llevar adelante quienes se sientan capaces. La lucha será dura, pero el triunfo definitivo será de los pueblos.

»El peronismo, consecuente con su tradición y con su lucha, como Movimiento Nacional, Popular y Revolucionario, rinde su homenaje emocionado al idealista, al revolucionario, al Comandante Ernesto “Che” Guevara, guerrillero argentino muerto en acción empuñando las armas en pos del triunfo de las revoluciones nacionales en Latinoamérica».

La firmaba Juan Domingo Perón, y su final no podía ser más explícito y vibrante. A Alberto le pareció que esto iba a traer cola. Esas cosas le daban ganas de hacer algo, de abandonar su lugar de espectador. A veces, le daba mucha culpa ser un espectador. Y, por otra parte, el interés de Estela por la epopeya del Che le indicaba que eso de que la política era cosa de hombres también estaba cambiando.

Cuando llegó la noticia de la muerte del Che, Carlitos Goldenberg se pasó semanas sin encontrarse con Carlos Olmedo, su cuñado. Cuando volvió a verlo, le pareció que estaba deprimido, apagado.

—¿Qué pasa, Carlos? Te veo jodido.

—La muerte del Che fue un golpe duro para todos.

—Bueno, no será para tanto...

Carlitos pensó que el otro exageraba: no sabía que esa muerte significaba el replanteo de todo su plan de apoyo a la guerrilla guevarista. Su cuñado se había quedado momentáneamente sin proyecto. Después, Olmedo y sus compañeros se pasaron meses discutiendo, hasta que decidieron intentar el establecimiento de un foco de guerrilla urbana en la Argentina. Entonces

Carlos le preguntó a Carlitos si sabía manejar. Carlitos le contestó que no, pero que su amigo Sergio sí sabía.

—¿Y te parece que querrá enseñarnos?

—Seguro, seguro.

Con la muerte de Guevara, el proyecto de guerrilla rural había cedido frente a la idea de la guerrilla urbana, y los caballos eran reemplazados por los coches. Las clases eran ahí mismo, en los bosques de Palermo, y los alumnos aprendían más rápido.

Octubre de 1967. En esos días, la muerte de Ernesto Guevara fue cantada en cantidad de versos. Entre ellos, un poema de Juan Gelman, *Pensamientos*, decía:

«(...)/ soy de un país donde se llora por el Che o en todo caso/ se canta por el Che y/ algunos están contentos con su muerte/ “vieron” dicen “estaba equivocado la cosa/ no es así” dicen y cómo carajo será la cosa no lo dicen o/ prefieren recitar viejos versículos o/ indicar señalar aconsejar mientras/ los demás callan/ miran al aire con los ojos perdidos/ el comandante Guevara entró a la muerte/ y allí andará según se dice

soy de un país donde costó creer que se moría y/ muchos/ un servidor entre otros/ se consolaba así:/ “pero si él dice no hay que/ pelear hasta morir hay que/ pelear hasta vencer entonces no está muerto”/ otros lloraban demasiado como quien/ ha perdido a su padre y yo creo/ que él no es nuestro padre y/ con todo respeto creo que/ está mal llorarlo así/ (...)

soy de un país complicadísimo/ latinoeurocosmopoliurbano/ criollojudí-polaco-galleguisitanoira/ según dicen los textos y los textos que dicen/ pues dicen y/ como dicen/ así será la historia pero yo/ les aseguro que no es cierto/ de este país de fantasía/ se fue Guevara una mañana y/ otra mañana volvió y siempre/ ha de volver a este país aunque no sea/ más que/ para mirarnos un poco un gran poquito y/ ¿quién habrá de aguantar?/ ¿quién habrá de aguantarle la mirada?/ pero/ ahora nomás/ el comandante Guevara entró a la muerte/ y allí andará según se dice

pregunto yo/ ¿quién habrá de aguantarle la mirada?/ ¿ustedes momias del Partido Comunista argentino?/ ustedes lo dejaron caer/ ¿ustedes izquierdistas que sí que no?/ ustedes lo dejaron caer/ ¿ustedes dueños de la verdad

revelada?/ ustedes lo dejaron caer/ ¿ustedes que miraron a China sin entender que/ mirar a China en realidad/ era mirar a nuestro país?/ ustedes lo dejaron caer/ ¿ustedes pequeñitos/ teóricos del fuego por correo partidarios/ de la violencia por teléfono o/ del movimiento de masas metafísico?/ ustedes lo dejaron caer/ ¿ustedes sacerdotes del foquismo y más nada?/ ustedes lo dejaron caer/ ¿ustedes miembros del club/ de grandes culos sentados en “lo real”?/ ustedes lo dejaron caer/ ¿ustedes los que escupen/ sobre la vida sin/ advertir que en realidad están/ escupiendo contra el gran viento de la historia?/ ustedes lo dejaron caer/ ¿ustedes que no creen en la magia?/ ustedes lo dejaron caer

soy de un país donde al comandante Guevara/ lo dejaron caer:/ los militares los curas los homeópatas/ los martilleros públicos/ los refugiados españoles masoquistas judíos/ los patronos y/ los obreros también por ahora/ (...)

soy de un país donde es necesario/ no amar sino matar/ a la melancolía y donde/ no hay que confundir/ el Che con la tristeza/ o como dijo Fierro/ hinchazón con gordura

soy de un país donde yo mismo/ lo dejé caer/ y quién pagará esa cuenta/ quién

pero/ lo serio es que en verdad/ el comandante Guevara entró a la muerte/ y allí andará según se dice/ bello/ con piedras bajo el brazo

soy de un país donde ahora/ Guevara ha de sufrir otras muertes/ cada cual resolverá su muerte ahora:/ el que se alegró ya es polvo miserable/ el que lloró que reflexione/ el que olvidó que olvide o que recuerde/ y aquel que recordó sólo tiene derecho a recordar/ el comandante Guevara entró a la muerte por su/ cuenta pero/ ustedes/ ¿qué habrán de hacer con esa muerte?/ pequeños míos/ ¿qué?».

—Era un gran tipo, un gran revolucionario, pero la verdad que terminó equivocándose. Al final terminó siendo un aventurero.

—Sí, por eso lo mataron: quiso hacer la revolución cuando no estaban dadas las condiciones objetivas.

—Lo que parece mentira es que éstos no se den cuenta del error del Che, que quieran seguir el mismo camino.

—Sí, claro. Eso es lo insólito: que sigan defendiendo una línea foquista y elitista cuando al tipo que la había llevado más lejos, el mejor de todos, lo mataron por seguir en ésa.

Cuando Eduardo Sigal se enteró de la muerte del Che Guevara, el Partido Comunista estaba sacudido por una ola de disidencia que amenazaba con quebrarlo en dos. Eduardo estaba del lado oficial, pero una buena mitad de los militantes de la Federación Juvenil Comunista —y muchos del PC— se había declarado en rebeldía y criticaba abiertamente la línea del partido. Las diferencias habían empezado dos o tres años antes, cuando Rodolfo Ghioldi, el paciente de su papá, lanzó las primeras condenas al foquismo. El foquismo, decía, era una grave desviación que estaba sufriendo el Partido Comunista cubano: en su intento de propagar el método guerrillero al resto de América latina, decía, los caribeños fomentaban la instalación de focos armados en países donde no estaban dadas las condiciones para eso. Y entonces, decía, la vanguardia revolucionaria se aislaba del pueblo, que era lo peor que le podía pasar.

El mensaje correspondía a la opinión de los soviéticos y estaba tan difundido que, unos meses antes, Fidel Castro le había contestado en un acto en La Habana. Castro había dicho que «el hecho de que algunos guerrilleros hayan fracasado y de que todavía no se haya producido el triunfo de ninguno de estos movimientos sirve como material a los enemigos de la lucha revolucionaria para predicar el fracaso del camino revolucionario (...) Extraña coincidencia entre lo que predicán el imperialismo y las oligarquías y lo que predicán algunos señores y organizaciones que se autotitulan revolucionarias (...) Gente que, en pose de sensatos, predicán el camino del electoralismo y la charlatanería (...) Una de sus frases muy conocidas y muy repetidas es aquella que se refiere a las condiciones objetivas y a las condiciones subjetivas. Bien arreglados habríamos estado si para hacer una revolución socialista nos hubiésemos tenido que dedicar a catequizar a todo el mundo con el socialismo y el marxismo para después hacer la revolución».

Pero Rodolfo Ghioldi era implacable y era, también en esto, un fiel intérprete de los postulados de don Vittorio Codovila, el líder histórico del Partido Comunista argentino, que siempre se caracterizó por su fidelidad a la Unión Soviética. Don Vittorio había nacido en Italia a fines del siglo pasado, llegado a la Argentina de muy chico y participado en la fundación del partido en el país. Era hombre de confianza de la Internacional comunista, controlado

por Moscú, y siempre tuvo, además de sus cargos en el partido local, misiones internacionales de primera importancia. Don Vittorio fue, por ejemplo, una especie de interventor del Partido Comunista español durante la guerra civil, donde controló con mano dura cualquier disidencia y lideró la represión de los movimientos trotskistas y anarquistas con cárceles y fusilamientos. Para los comunistas argentinos su autoridad, que ejercía desde Buenos Aires o desde los distintos lugares del mundo adonde lo llevaban sus tareas, era indiscutida: los cuatro tomos de sus *Obras Completas* eran la biblia de los comunistas locales, y sus órdenes se cumplían sin pestañear.

Eduardo lo vio una sola vez en su vida, en esos días de 1967, en un acto que festejaba el cumpleaños del gran hombre. Era en un salón en el Dock Sud, atestado de militantes fervorosos. En el escenario, un dirigente lo elogiaba y don Vittorio lograba esa mezcla perfecta de humildad y satisfacción que era su cara para esas circunstancias:

—¡Mírenlo, camaradas, porque pocas veces podrán ver tan encarnada, tan en carne viva la historia del comunismo argentino y mundial!

Don Vittorio bajaba la cabeza, como quien se abruma, y la levantaba al momento para seguir mirando al orador con ojos casi sobrados:

—... no es sólo por la justeza, mejor diría la clarividencia de sus análisis políticos. No es sólo por la certeza indiscutible de sus postulados teóricos, su conocimiento incomparable de las herramientas del marxismo-leninismo. Ni es sólo por su tan conocida hombría de bien, aquella que lo llevó a abandonar toda tentación personal para supeditar su vida al bienestar de los pueblos del mundo. Ni siquiera es por su reconocida humildad, ni por sus descollantes valores familiares, ni por su generosidad tan extraordinaria. Es porque el camarada Vittorio Codovila es, ante todo, un ser humano excepcional, que hoy, todos juntos en un abrazo fraterno, llenos de admiración ante la figura y la vida de un verdadero comunista, queremos desearle...

El miembro del Comité Central emocionaba a los trescientos asistentes con un discurso inflamado sobre las cualidades del líder cumpleañosero. Y Eduardo, entre ellos, se conmovía también y pensaba si algún día podría llegar a tener aunque más no fuera una parte ínfima de los méritos de ese gran militante. La sala estaba llena de banderas rojas y banderitas argentinas. Olía a sudor y a cigarrillo viejo. De pronto, a una señal del orador, todos se pusieron de pie y, en homenaje al camarada secretario general, empezaron a cantar la *Internacional* casi a los gritos, serios, entusiastas. Por un momento, Eduardo se olvidó de los problemas y las discusiones que, en esos días, sacudían al partido.

—«El pasado hay que hacer añicos,/ masa de esclavos en pie, a luchar./ El mundo va a cambiar de base:/ los nada de hoy todo serán.

»¡Agrupémonos todos/ en la lucha final,/ y se alcen los pueblos con valor/ por la Internacional!».

La disidencia se había iniciado en las facultades. En Buenos Aires, casi todos los cuadros de la juventud comunista en la universidad —y muchos miembros del partido— estaban de acuerdo con ella. La encabezaba un platense, Otto Vargas, que había sido un dirigente importante, y reprochaban a la conducción su «reformismo». Criticaban que no apoyara los esfuerzos de los cubanos —y del Che Guevara— por extender la revolución a Latinoamérica: esa falta de colaboración era una decisión de los soviéticos, que se oponían a esa política de los cubanos que, para llevarla adelante, estaban acercándose a los chinos. Los disidentes habían empezado a manifestarse un par de años antes, cuando formaron el Comité de Recuperación Revolucionaria del PC, pero en septiembre de 1967 la cuestión ya había llegado a un punto de ruptura.

A esta altura lo que se discutía, bajo la capa de debates político-ideológicos, era más bien qué pasaría con la estructura y los militantes del partido a partir de esa división que estaba por producirse y que iba a dejar al partido en la situación más complicada de las últimas décadas.

Eduardo participaba de algunas de esas reuniones. Era muy joven, pero concurría, como representante de los secundarios de la provincia de Buenos Aires —que en buena parte se mantenían fieles a la dirección— a las discusiones sanguinarias que se daban en La Plata.

—Pero ¿no se dan cuenta de que con su extremismo lo único que van a conseguir es quedarse al costado de la historia? O peor: con sus urgencias de pequeño-burgueses pueden llevar a la clase obrera a acciones inmaduras, que le hacen el juego a la reacción. En este momento la tarea principal es encontrar las maneras de unirse para derrotar a la dictadura, y eso pasa por armar formas de organización social, vecinal, estudiantil, y por hacer alianzas con las demás fuerzas políticas, y no por salir a tirar tiros... La cuestión es la acción de masas hacia la toma del poder, pero hay que respetar las etapas: primero habrá que recuperar la democracia, formar un frente democrático-burgués para echar a los militares, y recién después vendrá la etapa de la profundización de la democracia, que nos permitirá empezar a encarar la revolución democrática que...

—Disculpame, no quiero molestar, pero con todo eso, ¿cuándo calculan que podremos empezar a pensar en el socialismo? ¿Para el 2020?

En esos días llegó la noticia de la muerte de Ernesto Guevara en la selva boliviana. Eduardo y sus compañeros de la dirección provincial de la Juventud lo lamentaron porque para ellos el Che siempre había sido un héroe, pero también entendieron que esa muerte los reafirmaba en sus posturas contra los disidentes:

—Estos tipos tienen una concepción totalmente foquista, petardista de la política. La verdad que son unos elitistas de mierda: se creen que van a hacer la revolución ellos solos, aislados del pueblo.

—Pero se equivocan, Eduardo. Si siguen así van a terminar cayendo en el terrorismo. Va a ser un desastre, van a terminar todos como el Che: solos, aislados, perdidos en medio de la selva. Qué boludez, regalarse así, ¿no?

—Eso les pasa porque ellos ya están aislados del pueblo. No ves que la mayoría son militantes universitarios... Esto es una clásica deformación pequeño-burguesa. Esto les pasa porque no tienen contacto con las masas, con los obreros. Eso es lo que no entienden: el partido sí que está bien metido en las bases obreras, y sabe acompañar el verdadero proceso popular.

Hacia fin de año, cuando la división terminó de concretarse, la estructura juvenil y estudiantil del partido estaba casi desmantelada, y había que volver a formarla. Eduardo se metió de lleno en la tarea; además, la partida de muchos dirigentes dejó huecos que había que cubrir, y Eduardo ascendió en el escalafón. Estaba excitado ante el desafío: la obligación de recomponer filas traía de vuelta un espíritu pionero que se estaba perdiendo.

La división entre los que se quedaron y los que se fueron fue feroz, y llegó a dividir familias. Si un amigo o un pariente se iba con los otros, había que borrarlo de todo mapa. No había términos medios: el que no siguiera al pie de la letra la recta línea era un enemigo. Una vieja dirigente comunista, por ejemplo, dejó de ver, durante muchos años, a su hija, que se había ido al PCR. Era casi una obligación: el estatuto del partido decía que toda persona que tuviera relaciones con un integrante de un grupo fraccional estaba traicionando los ideales del marxismo-leninismo. Los disidentes reivindicaban sobre todo al Che Guevara, máximo exponente del foquismo, y usaban su imagen como símbolo. Poco después, muchos de ellos formaron el Partido Comunista Revolucionario —PCR— que, tiempo más tarde, se volcaría hacia el maoísmo. Eduardo dejó de ver a algunos amigos, pero no llegó a lamentarlo demasiado.

Octubre de 1967. El movimiento aparecía por todas partes. Incluso las más inesperadas: en Estados Unidos, los negros más radicalizados

amenazaban con reventar todo. El campeón mundial de los pesados, Cassius Clay, uno de los mejores boxeadores de la historia, se había convertido al islamismo un año antes y pasó a llamarse Muhammad Alí. En mayo de 1967, Alí anunció que no aceptaría presentarse al servicio militar para no ser enviado a Vietnam a pelear en una guerra ajena. En octubre, el boxeador, despojado de sus títulos y de su licencia profesional, fue condenado a cinco años de prisión, que pudo evitar pagando una fianza millonaria.

Eldridge Cleaver era un buen escritor y, además, uno de los líderes del movimiento más extremo de los negros americanos, los Black Panthers. En 1967, Nat Hentoff, periodista y gran crítico de jazz, lo entrevistó para la revista *Playboy*.

«Los diez puntos del programa del Partido Panteras Negra muestran, con toda claridad, que no estamos dispuestos a aceptar las reglas de los intereses creados de los blancos. Uno, queremos libertad; queremos poder de determinación del destino de nuestras comunidades negras; dos, queremos ocupación plena para nuestra gente; tres, deseamos alojamientos adecuados para dar abrigo a seres humanos; cuatro, queremos que se exima a todos los negros del servicio militar; cinco, queremos instrucción adecuada para los negros, una enseñanza que nos enseñe cuál es la verdadera naturaleza de esta sociedad decadente, racista, y que les enseñe a los jóvenes hermanos y hermanas negros cuál es el lugar que les corresponde por derecho en esta sociedad. Pues si no saben cuál es su lugar en la sociedad y en el mundo, entonces no podrán entender ninguna otra cosa; seis, queremos que se ponga fin al robo que perpetran contra los negros en sus propias comunidades los comerciantes blancos racistas; siete, queremos que se ponga fin inmediatamente a la brutalidad policial y al asesinato de negros; ocho, queremos que se ponga en libertad a todos los negros recluidos en las prisiones municipales, estatales y federales, porque no se los juzgó con equidad; los juzgaron jurados constituidos exclusivamente por blancos y eso es tanto como llevar a juicio a un judío en la Alemania nazi; nueve, queremos que a los negros acusados de la comisión de delitos los juzguen miembros de su grupo de “iguales”, y entiendo por igual a la persona que procede de la misma comunidad económica, social, religiosa, histórica y racial. En otras palabras, deberán ser negros quienes juzguen a cualquier negro; y diez, queremos tierras, dinero, casas, ropa, educación, justicia y paz.

»—¿Paz? Pero usted ha escrito que “el genio de la violencia negra ha llegado”.

»—Sí, pero hay que entenderlo en su contexto. He dicho que la guerra sobrevendrá únicamente si no se da satisfacción a estas demandas fundamentales. No simplemente una guerra racial que por sí sola destruiría a este país, sino un movimiento guerrillero de resistencia que sería tanto como una segunda guerra civil, sumiendo a los Estados Unidos en las profundidades de su más desesperada pesadilla. (...) Los Estados Unidos ya han decidido donde llevar a cabo su siguiente campaña una vez que termine la guerra en Vietnam. Creemos que el gobierno ya ha elegido su nuevo blanco, y que éste son los Estados Unidos Negros. Muchos negros ya están en ascuas por lo que entienden que son los preparativos para la supresión de la lucha de la liberación de los negros en este país. No trabajamos con un tiempo fijo, pero podemos decir que la situación se está agravando rápidamente. (...) Permítaseme aclarar una cosa: no me hace gracia la violencia. Las armas son horrendas. Lo bello son las personas; y cuando se usa un arma para matar a alguien, se está haciendo algo horrendo. Pero hay dos formas de violencia: violencia dirigida contra uno para tenerlo en el lugar elegido por otros y violencia para defenderse uno mismo contra esa opresión y conquistar la propia libertad. Si no se da satisfacción a estas demandas, tarde o temprano tendremos que elegir entre seguir siendo víctimas o lanzarnos a la captura de nuestra libertad».

—¿Y te parece que se podrá hablar con este tipo?

—Seguro, es de confianza.

—¿De confianza como para proponerle algo?

—Bueno, tantealo un poco, pero me parece que sí.

—¿Y cómo puedo hacer para encontrarme con él?

Los contactos solían empezar así. Alguien conocido conocía a alguien que en alguna discusión había dicho algo que parecía que, o en una charla había insinuado que le gustaría participar en, y entonces otro iba y hablaba con ése, y lo iba probando, calándolo de a poco hasta que, al final, le proponía formar parte de un grupo de estudio para revisar la historia argentina desde un punto de vista no colonizado, o discutir sobre la realidad nacional con unos amigos. Había que cuidarse: de movida, nunca se podía estar muy seguro. A Graciela Daleo, tímida como siempre, le daba pánico la situación, pero a fines de agosto, después de pasar con éxito la prueba de los volantes, su responsable en el Camilo le dijo que tenía que empezar a «ocuparse» de cuatro o cinco contactos que tenían, en diversas facultades, para ver si podían formar con ellos un grupo de «episuperficie». La episuperficie era lo que estaba todavía

más allá que la superficie, o sea: gente que no iba a formar parte del Comando Camilo Torres, sino de un grupo que el Camilo controlaría, y se estaba creando: el Comando Revolucionario Universitario, el CRU.

Graciela los fue viendo de a uno, en distintos bares. Eran seis: Julio Bárbaro, presidente del centro de estudiantes de Sociología de Salvador; Carlos Hobert, de Sociología de Salvador; Pilar de Letras, el Colorado Alejandro de Medicina, Pedrito de Ingeniería. Lo primero que intentaron organizar fue un operativo para el 16 de septiembre, en el aniversario de la Revolución Libertadora. Los aniversarios eran ocasiones señaladas, y había muchos: los actos y acciones solían hacerse en esas fechas. Después de larguísimas discusiones, decidieron que el operativo consistiría en hacer un cartel de varios metros, atarlo a uno o dos globos con gas y soltar el engendro bajo el puente de Pacífico: entonces el cartel se remontaría hasta chocar con la base del puente y se quedaría ahí, inaccesible, inatacable, hasta que vinieran los bomberos a sacarlo. La idea no era mala: Joaquín, el de Ingeniería, calculó que los globos, para levantar el cartel, tenían que tener como un metro de diámetro. Cuando ya habían encontrado semejantes globos, se les planteó el problema de llevarlos, inflados, hasta el lugar de los hechos, y no consiguieron resolverlo. Por problemas técnicos, el operativo fue reemplazado por una pintada en las paredes del colegio San José, en el Once. Pero la discusión ya se había cobrado su primera víctima. Estaban en la casa de Graciela, porque sus padres habían salido; a su tía abuela, que vivía con ellos, le decía que eran compañeros de la facultad. Entonces, en medio de los preparativos, Julio Bárbaro se paró y dijo que estas acciones implicaban una violencia que él no estaba en condiciones de asumir:

—Compañeros, antes de que sigan avanzando con la planificación me parece que por razones de seguridad tengo que decirles algo. Mejor que yo no me entere de más detalles, porque esto que ustedes están planeando significa un nivel de violencia que yo no puedo asumir en este momento.

Dijo, y agarró sus cosas. Graciela lo acompañó hasta la puerta y no volvió a verlo en muchos años. La pintada fue pintada sin inconvenientes.

—Flaco, no soporto más el trabajo.

—¿El Instituto? Pero si te pagan más o menos bien y no tenés que hacer nada...

—Por eso, no soporto estar ahí sin hacer nada.

En esos días no era difícil conseguir trabajos. No todos eran buenos o estaban bien pagados, pero la sensación generalizada era que cada cual podía

ir buscando, cambiar de empleos hasta encontrar uno que le gustara o conviniera.

—No sé, no sé si te conviene... Pero justo el otro día estuve hablando con Paula que me dijo que iba a dejar su trabajo, y en una de éstas te lo puede pasar.

Paula era, en realidad, Norma Arrostito, y estaba a punto de dejar su empleo como secretaria de un jardín de infantes nuevo, con pretensiones de pedagogía moderna: el Arco Iris, en Uruburu y Santa Fe. Graciela, entonces, no sabía que Norma lo iba a dejar para irse a Cuba con su novio, Fernando Abal Medina, y el cordobés Emilio Maza, enviados por el Camilo para recibir instrucción militar. El Flaco armó una cita entre Graciela y Norma en El Galeón de Santa Fe y Gurruchaga. Mientras esperaba, Graciela miraba por la ventana el movimiento de la comisaría 23: hacía calor, las ventanas del bar estaban abiertas y ella los escuchaba hablar. Tres policías en la puerta comentaban que el fútbol estaba hecho una mierda, que todos jugaban a defender, que eso era el antifútbol y que el domingo habían ido a la cancha y se habían aburrido como locos. En esos días, Graciela había escuchado comentarios parecidos de su hermano y el Flaco; por un momento, la sorprendió pensar que en algunos puntos los enemigos y los íntimos podían parecerse tanto. Norma llegó casi sin aliento y pidiendo disculpas. La demora no había sido para tanto, pero se suponía que los militantes tenían que cuidar mucho la puntualidad.

—... y me parece que te puede resultar. Son tipos de izquierda, vienen todos del PC, pero son muy macanudos y tratan bien a la gente. Yo creo que te va a ir bien con ellos. Y si tenés algún problema consúltalo con mi hermana Nélide, que está de maestra de los patitos. De todas maneras, ni se te ocurra decir nada sobre tus opiniones políticas, o sobre tu militancia, flaquita, ni una palabra. Lo que sí, tenés que cuidarme mucho a un chico que yo lo adoro, un nene que se llama Fernando, Fernando Alcalde...

Al rato llegó Fernando Abal y los tres se quedaron un rato charlando. Los dos viajeros no dijeron ni una palabra sobre su destino inmediato, y Graciela prefirió no hacer preguntas. A los dos días, tuvo una entrevista y empezó a trabajar en el jardín de infantes. Era principios de octubre; pocos días después escuchó, en su oficina, una tarde, un flash informativo que interrumpió el programa del peruano Guerrero Martinheitz para decir que el Che Guevara había muerto en la selva boliviana. Esa noche, con el Flaco, dudaron de que fuera cierto; cuando la noticia se confirmó, los reconfortó leer la carta de Perón y la del cura Hernán Benítez, antiguo confesor de Eva Perón, que salió

publicada en la revista *Así*. Después la reprodujeron en *Cristianismo y Revolución*. Empezaba diciendo que el Che Guevara «ha muerto con las características de los héroes de leyenda, quienes en la conciencia popular no mueren. Como los judíos del Viejo Testamento creían siempre vivo al profeta Elías, los españoles del Medioevo al Cid Campeador y los galeses a Artús, es posible también que, en los años venideros, los soldados del Tercer Mundo crean sentir la presencia alucinante del “Che” Guevara en el fragor de las luchas guerrilleras».

Después Benítez, en su testimonio, pasaba a Camilo Torres y sus seguidores: «Drama igual al de Torres viven ahora, en el fondo de sus conciencias, no pocos sacerdotes jóvenes, por cierto, los mejores. Entienden que traicionan a Cristo si se encanallan en la aceptación obediente y sumisa de la “evidente y prolongada tiranía” que impera en el Tercer Mundo. Ansían testimoniar, con una vida heroica, la revolución exigida por el Evangelio... ¿Comunistas? ¡Qué va! Guerrilleros, para ser cristianos hasta la raíz del cristianismo. Yo no sé si el Che alimentaba fe religiosa explícita en su corazón. Pero veo muy claro que, si su lucha se la inspiró el anhelo de justicia, de redención social, de amor al prójimo, es un héroe cristiano...».

A los militantes del Camilo, la muerte de Guevara no les hizo perder la fe en las posibilidades de la guerrilla rural; en cambio, les sirvió para agudizar sus críticas y su bronca contra los comunistas. Parecía muy claro que la derrota de la guerrilla tenía que ver con la traición del Partido Comunista boliviano y su secretario general, Monge, que se había comprometido a una serie de apoyos y suministros que nunca llegaron:

—Estos hijos de puta siempre están del otro lado, parece mentira.

El CRU seguía con sus reuniones: discutían, leían historia, preparaban pequeños operativos. En esos días se incorporó un estudiante de Derecho de 18 años: otro ex alumno del Buenos Aires, bajito y muy cara de nene, al que llamaban «el Peronista». Se llamaba Juan Pablo Ventura y su sobrenombre le venía de que había leído *Cinco años después*, un libro de Antonio Cafiero sobre el gobierno peronista. Esos materiales eran difíciles de conseguir, y el Peronista se aprovechó de su bagaje y les daba charlas sobre la gestión económica del primer peronismo, su nacionalismo, su proteccionismo: no solían hablar de los contratos petroleros y las demás concesiones de los dos últimos años. Como ya hacía calor, se reunían en el Rosedal, en el pastito, con una botella de coca-cola, y simulaban tierno picnic. Las discusiones eran larguísimas, intensas.

Poco después, el 17 de octubre, Graciela salió apurada del jardín, con una bolsa de volantes envueltos en el delantal a cuadritos azules y blancos. Tenía que estar a las seis menos cinco en la estación Once.

—Che, éste no se decide a dar la orden.

—No sé qué carajo está esperando.

—¿No se habrá asustado el famoso teléfono público?

—¿Qué?

—Sí, no sabés que al Gallego le dicen teléfono público.

—No, ¿por qué?

—Porque es grandote, cuadrado y negro, como los teléfonos.

El Colorado Alejandro se rió y Graciela estaba contenta de haber podido colocar el chiste. Pero era verdad que el Gallego Álvarez no se decidía a dar la orden. Álvarez era uno de los jefes de Guardia de Hierro, y tenía a su cargo esa volanteada en Once: para ese 17 de octubre, varios grupos peronistas y afines habían coordinado sus acciones. La JRP y el ARP de Cooke, el MRP de Rearte, el MJP de El Kadri, Baluarte e incluso Guardia de Hierro, que estaba más a la derecha y no solía mezclarse con ellos. Graciela y el Colorado daban vueltas por la estación y veían a otros con pinta de militantes que también yiraban, esperando la orden. El mecanismo solía ser ése: hombres y mujeres que caminaban en redondo poniendo su mejor cara de nada, mirando vidrieras, fumando un cigarrillo con ojos extraviados, hasta que alguien pegaba un grito, en la línea viva Perón o muera la dictadura y de pronto todos ellos se transformaban en fieros gritadores, tiraban unos volantes y, a veces, alguna molotov. Pero, esta vez, Álvarez no dio la orden. Habría visto algo raro, o vaya a saber; al cabo de un rato, Graciela y el Colorado decidieron que ya no era prudente seguir esperando y se fueron al Obelisco, donde sabían que había otro acto. Ahí empezaron a dar vueltas por la galería del cine Arte, entre Corrientes y la Diagonal. En el cine daban *Zorba el Griego*, con Anthony Quinn y, cuando alguien gritó la contraseña, todos corrieron hasta la plaza del Obelisco y se pusieron a cantar la Marcha Peronista. La policía llegó en un par de minutos, y fue la desbandada. Graciela y el Colorado se metieron en el pasaje subterráneo y salieron del lado del Trust Joyero aparentando la mayor normalidad. Un patrullero les pasó despacio por delante, mirándolos con especial cuidado. Ellos se dieron la mano y trataron de simular mirada enamorada: se suponía que una pareja de noviecitos era menos sospechosa. En cuanto el patrullero terminó de pasar, el Colorado la soltó y soltó bruto suspiro. De movida, Graciela no estuvo segura de qué tenía que entender. Él le aclaró enseguida:

—¡Madre, qué susto! ¿Sabés qué? Tenía los volantes escondidos adentro del pantalón, en la cintura, y se me empezaron a caer. Nos salvamos justo, justísimo.

Graciela miró donde le señalaba el Colorado, y vio que, por la botamanga de unos pantalones grises de franela, sobre los zapatos abotinados negros, asomaban cuatro o cinco puntas blancas de volantes, indiscretas como polainas de vanguardia.

Octubre de 1967. Entre tantas mutaciones culturales, irrumpieron los supermercados y cambiaron muchos hábitos de consumo. Las primeras cadenas se instalaron a mediados de los sesenta: eran, entre otras, Minimax y Gigante. En esos días, la revista *Confirmado* trataba de entender el funcionamiento del nuevo fenómeno: «La mujer, precedida por un reluciente y silencioso carrito, avanzaba despaciosamente a través del supermercado Gigante en Buenos Aires. Había dejado atrás los primeros anaqueles y sobre su cabeza pendía un cartel con letras rojas sobre fondo blanco que decía, simplemente, comestibles. Miró la lista que llevaba y tuvo un primer impulso de volver atrás. Había olvidado un trapo de piso, un trapo rejilla para la cocina y 3 panes de jabón. Sin embargo, estiró la mano derecha y atrapó una lata de duraznos al natural de una impresionante pirámide.

»Los duraznos no integraban la lista que llevaba, pero eran una oferta y le pareció recordar que en el almacén de la esquina de su casa los vendían 35 pesos más caros. Inconscientemente, sin saberlo, había reafirmado una de las premisas de la moderna comercialización al menudeo. Es suficiente acumular en lugares estratégicos de cualquier supermercado una cantidad apabullante de objetos del mismo tipo y de igual presentación con un cartel que los anuncie como oferta, para que 7 de cada 10 clientes se transformen en sus compradores infalibles».

Esos 35 pesos eran entonces 10 centavos de dólar, y el artículo seguía tratando de desentrañar los misterios del supermercado:

«Centenares de investigaciones realizadas previamente determinaron la forma del envase que debía corresponder al producto que contenía, el tipo de marquilla que lo identificaría, el estilo de las letras que habrían de anunciarlo y hasta el color de la etiqueta. La técnica del *packaging*, una palabra inglesa que según sus cultores no tiene traducción castellana, pero que sin escrúpulos puede considerarse sinónima de empaquetamiento o embalaje, se propone revolucionar no sólo la presentación de los productos sino también los hábitos de compra del consumidor argentino.

»Más de 800 entrevistas realizadas en las últimas semanas entre compradores de 4 supermercados permitieron comprobar que cada uno de esos compradores no permanece más de 20 minutos en el supermercado. Esos 20 minutos fueron planeados minuciosamente por psicólogos, publicistas, diseñadores y dibujantes: el oficio de la persuasión, una tarea reservada antes al almacenero o al empleado de mostrador. Los psicólogos saben que la lista llevada por el ama de casa al supermercado no indica más que una parte de lo que realmente necesita comprar.

»A las compras planeadas, entre las que invariablemente figura la carne, se agregarán las que realiza por impulsos, determinados a su vez por un recuerdo o por la sugestión que opera la misma mercadería (...) La misma amplitud de los salones de venta y el hecho de que los compradores deban recorrerlos íntegramente para retornar a las cajas permiten, además, que una gran cantidad de artículos considerados a veces como superfluos entren en el carrito que empujan las compradoras de “supermarkets”...».

Y el artículo sigue avanzando en el análisis del fenómeno. No analiza, en cambio, sus propios mecanismos: cuando llama, por ejemplo, «compradoras de “supermarkets”» a este nuevo tipo de consumidores: en femenino, sin ninguna duda.

En esos días, varios militantes nuevos se habían acercado al grupo de Cacho El Kadri: Néstor Verdinelli, que había estado entrenándose en Cuba el año anterior, mandado por la Acción Revolucionaria Peronista de John William Cooke y había roto con ellos porque la mayoría del ARP insistía en que todavía no estaban dadas las condiciones objetivas para pasar a la acción. David Ramos y la Negra Amanda Peralta, la mujer de Néstor, que llegaron con él pero venían originariamente del grupo del Vasco Bengochea; y El Pata y Pedro, dos de los tacuaras-tupamaros que habían vuelto del Uruguay. También se les había unido Carlos Caride, que acababa de cumplir una condena de seis años por un accidente confuso en la Facultad de Derecho: una refriega en que se trenzaron antiperonistas y JP, y murió de un tiro una chica que no tenía nada que ver. Y varios ex seminaristas, como Gerardo Ferrari, Arturo Ferré Gadea y alguno más, que trabajaban en la villa de la Cava, de San Isidro, o en la Villa Jardín, en Lanús, junto al padre Elíseo Morales y otros curas obreros.

El grupo crecía con muchas precauciones; eran pocos, pero tenían el prestigio de haber participado en algunos hechos de armas, y de haber estado en la cárcel. Por eso los seguían llamando para pedirles ayuda y

asesoramiento, y Cacho El Kadri se enorgullecía sin confesárselo del todo. Le gustaba que gente grande, con una historia detrás, como Cooke o García Elorrio, les dieran ese lugar. Cuando el ARP necesitó comprar una partida importante de armas, Cacho y sus muchachos se ocuparon de hacerles la operación. Y después no se apuraron en entregarlas: las armas eran un bien escaso y muypreciado. Cacho y los suyos se justificaban diciendo que total los del ARP no las iban a usar para nada, y en cambio ellos las necesitaban. Y también del comando Camilo Torres les pidieron una entrevista.

En realidad, el contacto lo hizo Emilio, un muchacho que estudiaba Ingeniería con Mario Firmenich, y que también había sido celador en el Nacional Buenos Aires.

—Cacho, hay unos compañeros cristianos que están planteándose la posibilidad de asumir la violencia... Son totalmente de confianza. ¿Te parece que podremos armar una cita con ellos?

El encuentro con Abal Medina y Ramus fue en una pensión de estudiantes del Once, en la pieza de Emilio. Cacho no sabía que, entre ellos, los muchachos del Camilo lo consideraban una de las «vacas sagradas del peronismo», pero notaba el respeto con que le preguntaban sobre su experiencia y su visión del momento político. Cacho repitió una vez más que ya había llegado la hora de pasar a la acción, y que si no existían las condiciones objetivas había que crearlas con el esfuerzo y el arrojo de los precursores. El foquismo era eso: la confianza de los militantes en que su iniciativa podía cambiar la situación general y llevarla a una «etapa revolucionaria». Además, decía Cacho, tampoco era tan seguro que las condiciones no estuvieran dadas. Lo que era seguro era que si no lo intentaban, nunca iban a saber si estaban o no estaban. Ni ninguna otra cosa. Cacho les hablaba con un dejo de paternalismo: Fernando y Carlos acababan de salir del colegio, parecían muy tiernitos. Aunque hacían lo posible por disimularlo:

—¿Y ustedes podrían ocuparse de darnos unos cursos de guerra revolucionaria?

—Bueno, cómo no.

Cacho ya estaba saturado de docencia y delegó a otro compañero para que los atendiera: tenían grupos así en Sarandí, Berazategui, Morón, Castelar, la Capital; siempre reuniones chicas, de tres o cuatro personas, cinco como máximo. Por cuestiones de seguridad.

En esos días, una señora Susana, que Cacho conocía de la resistencia peronista, le dijo que su hijo, que trabajaba en el Banco Nación, tenía un

grupo de compañeros que querían participar de alguna manera, prepararse para la lucha.

—Bueno, bueno, Susana, ¿por qué no hacemos una cosa? Organicemos una reunión, tomamos unos mates, y yo los sembranteo y veo qué se puede hacer.

Cuando llegó a la reunión, Cacho se encontró con un ex compañero del Liceo Militar, con quien había compartido la cárcel en el 62. El tipo había caído preso por tirar una bomba contra una sinagoga del Once y no se vieron mucho, porque estaba en otro pabellón. Pero años después, ya en la calle, Cacho se cruzó con el hermano del tipo, un militante peronista que también había estado en el Liceo, que le dijo que estaba preocupado porque su hermano se había metido en el Servicio de Informaciones del Ejército. Y que su padre, que era un suboficial al que habían dado de baja por peronista, estaba de lo más amargado.

—¡Qué cagada! ¡Lo único que te faltaba, tener un hermano botón!

Tiempo después, se encontró con el tipo en la vereda de la facultad del Salvador, en Callao y Viamonte. El tipo usaba un sombrero de lo más extraño, y fue a saludarlo.

—¡Cacho, qué bueno verte!

—Bueno, según para qué. Me enteré de que estás laburando en el SIE.

—Sí, ¿y a vos qué te importa?

—Tenés un viejo que fue en cana por peronista, y vos estás...

—Mirá, no es tu problema. Además lo que yo estoy haciendo son trabajos económicos. Estadística.

Cuando lo vio en la reunión de los bancarios, en la casa de la señora Susana, Cacho se puso en guardia:

—¿Qué hacés vos acá?

—No, nada. Me invitaron.

—Qué suerte, así podemos charlar. Yo les voy a contar mi experiencia.

Corría el mate, y Cacho se calló un momento. Después empezó, hablando bajito:

—En momentos como éste lo que hay que hacer es conservar la sangre fría, no caer en ninguna provocación. Hay que mantener la mente puesta en la búsqueda de salidas políticas que no impliquen ningún costo humano, y bajo ningún punto de vista hay que dejarse llevar por los cantos de sirena de los violentos que nunca faltan...

La señora Susana lo miraba con los ojos así, y estuvo a punto de hablar, pero se dio cuenta de que algo pasaba. Uno de los bancarios no pudo

contenerse:

—Pero nosotros queríamos hacer algo contra la dictadura, ya estamos hartos de soportar órdenes y más órdenes. ¿Qué podemos hacer? No vamos a seguir aceptando todo esto.

—No, como dijo el general, hay que desensillar hasta que aclare. Te aseguro que el día que haya que salir yo voy a ser el primero en salir, pero por ahora no hay que caer en ninguna provocación.

La reunión duró como dos horas, y Cacho hacía esfuerzos inusitados para mantener ese discurso pacifista. Cuando terminó, los bancarios fueron saliendo desilusionados. Cacho se quedó un rato más, y encaró al dueño de casa, el hijo de la señora Susana.

—Ese tipo es de los servicios.

—No puede ser, si trabaja conmigo en el Banco hace tres, cuatro años, y es de total confianza, y me dijo que estuvo preso.

—Sí, por tirarle una molotov a una sinagoga. No es ningún mérito eso.

—No, eso no me lo dijo. Tenés razón, porque él siempre falta y nunca le ponen falta. ¡Qué desastre! ¿Ahora qué hacemos?

—No, nada, me parece que zafamos bien, pero vos olvidate que me conocés, nunca más. Y al tira vigilé, a ver qué pasa.

Cacho se fue agradeciendo su suerte y contento con su manejo. Había zafado bien, pero sabía que, por uno que habían podido detectar, seguramente había muchos más que seguían haciendo su trabajo, vigilándolos, controlándolos, esperando la ocasión para dar el zarpazo.

Noviembre de 1967. El tema estaba en el aire. Un cable de la agencia italiana de noticias *Ansa* informaba que «se está difundiendo una droga que produce alucinaciones y proporciona la sensación de que la verdad es lo que uno piensa bajo sus efectos, mientras que la realidad externa parece falsa». En esos días, *Primera Plana* anunciaba en su tapa: «Marihuana en Buenos Aires». El título del artículo era «¿Hacia la generación de la marihuana?» y citaba, entre otros, al canadiense Marshall McLuhan: «El viaje interior, vía marihuana, es la nueva respuesta a la era de la electrónica. Durante siglos, el hombre ha realizado viajes exteriores, al estilo de Colón: ahora se ha vuelto hacia adentro».

El artículo —anónimo— seguía diciendo que la marihuana «es una propuesta contra la muerte, informa H. (psicólogo, 39 años, terapeuta de grupos universitarios). “Yo he asistido a reuniones en que los muchachos armaban y fumaban sus cigarrillos, y me ha gratificado siempre el clima de

amor, de tolerancia y de meditación que allí se respira”. El sacerdote jesuita Carlo Weber, psicólogo de la Universidad Loyola de Los Ángeles, afirma que “la vieja generación vive en una cultura adquirida, reducida al alcohol y simbolizada por el cocktail party, al que la gente concurre para transformarse en anónimo, y para sumergirse en el escapismo. Nadie tiene derecho a culpar a sus hijos porque no quieran huir, porque prefieran mirar dentro suyo hasta las últimas consecuencias”. Joel Fort, director del centro de Problemas Especiales de San Francisco, es todavía más categórico: “Si la marihuana no hubiera sido llamada terrible por la sociedad —afirma— todos encontraríamos que se trata de una droga suave, de poco efecto, a no ser porque estimula el apetito, torna más lento el sentido del tiempo y crea una delicada euforia. Y eso sería todo”».

Más adelante, el autor de la nota se aventuraba a observar el fenómeno en vivo: «La semana pasada, un grupo de jóvenes de ambos sexos (edades entre 18 y 27 años) hizo una experiencia de conexión, en un departamento del Barrio Norte, destinada a esta nota. Como en toda experiencia psicodélica, las condiciones previas deben ser cuidadosamente estudiadas: un ambiente amplio y cómodo (preferentemente con almohadones y alfombras para permitir la relajación y la libertad de movimientos), una cocina bien provista de comida y bebida, poca luz, exclusivamente indirecta. Estas últimas precauciones están destinadas a atender las consecuencias de los únicos efectos físicos que sufren los consumidores de marihuana: hambre, sed y tendencia a la foto fobia (molestia ante la luz intensa).

»Los cigarrillos se arman con papel de arroz, aunque algunos prefieren el que se usa para la correspondencia vía aérea. Por lo menos la mitad de los reunidos adoptó otro sistema: consiste en vaciar un cigarrillo común, con filtro, y rellenarlo posteriormente de marihuana, lo que facilita la corrección del armado para manos inhábiles. Unos pocos fumaron sus cigarrillos de manera normal; la mayoría, más experimentada, prefirió aspirarlos por el hueco entre el pulgar y el resto de la mano cerrada, lo que permite el almacenamiento del humo en el interior del puño, y el aprovechamiento total del cigarrillo en cada inspiración.

»Durante toda la sesión se escuchó música (los Beatles, Bob Dylan, The Rolling Stones) a mediano volumen, y la actividad general comenzó a decrecer luego de la primera media hora. Hasta allí llegan generalmente los momentos de euforia producidos por el repentino enriquecimiento sensorial (“movete conmigo y vas a ver cómo el cuadro se mueve” o “¿no te parece como si estuvieran tocando adentro de tu cabeza?”), a los que sigue una zona

generalmente depresiva —muy notable en los no iniciados—, en la que la regresión puede llegar al punto de sentir frío, ovillarse en la postura fetal, y encerrarse en un mutismo absoluto por imposibilidad de coordinar frases inteligibles. A partir del cruce de esa tierra de nadie, se produce la *conexión*.

»Las conversaciones que se originan entonces pueden ser absurdas para un testigo que permanezca “del lado de acá”, pero su coherencia lógica es indiscutible, por las renovadas muestras de afecto que se intercambian los participantes, y la lucidez con que cada uno se integra al discurso. No hay un *estado* tipo de conexión: a veces se promueve a través de la hilaridad; otras, de un absoluto silencio. “Lo que es evidente —afirmó uno de los fumadores— es que dos personas que han fumado juntas han dado un paso adelante en el mutuo conocimiento, que es irreversible”. En las etapas en las que se produce la *conexión*, esta afirmación parece indiscutible: la solidaridad entre los participantes es absoluta, y la atención que todos prestan al sentimiento que comunitariamente los recorre los pone fuera de toda sospecha de histrionismo.

»Al regreso del viaje —que dura de dos a tres horas— ninguno de los fumadores manifestó trastornos físicos de ningún tipo; por el contrario, todos ellos deseaban irse a dormir, “cansados como después de un día de campo”.

»“Se me había dicho —afirma I., uno de los participantes, 24 años, casado— que la marihuana producía hábito y que conducía a la heroína. Fumé por primera vez hace un año, y en los períodos en que no consigo hierba no sufro ninguna desesperación. Tampoco siento necesidad de probar ninguna otra cosa, y menos un estupefaciente”. Su mujer (S., estudiante de medicina, 23 años) es más franca aún cuando aclara que “por increíble que parezca, los propios científicos temen al cuco de la marihuana, y disparatan cuando hablan de ella: me aseguraron que me conduciría a practicar aberraciones sexuales. Una patraña”.

»El “profeta psicodélico” Timothy Leary insiste en un argumento que repite a menudo: “Los psicodélicos no transforman al hombre en lo que no es. En el plano erótico, su difusión sería el fin de los seductores: porque un hombre o una mujer bajo los efectos de un psicodélico son absolutamente honestos, y les repugnaría tenderse trampas en ese terreno”.

»De una manera u otra, sirva o no sirva como método de conocimiento, facilite o no las experiencias místicas y ontológicas que sus adeptos le atribuyen, la marihuana ha ganado la batalla más importante al demostrar su inocuidad, un tema que ya no se discute.

»Si faltaba alguna prueba para aventar la imagen del adepto a la marihuana como un desecho humano, tembloroso y raquítrico, allí están los bares y las calles de Buenos Aires, por donde circulan centenares de ellos sin ser advertidos. «¿Por qué fumo marihuana? —dijo uno de ellos, para concretar—: es más entretenido y más barato que el cine, más sano que el alcohol y más instructivo que la televisión.»», terminaba el artículo. En la página contigua, una propaganda de Olivetti anunciaba «el primer computador electrónico de mesa del mundo: Programma 101». Se trataba de una calculadora de oficina cuyas cuentas podían registrarse y conservarse en tarjetas magnéticas.

—¿Te parece que vale la pena seguir acá?

—¿Acá? ¿En esta mesa?

—No, acá, en esta inmensidad pampeana. Los milicos te bañan todos los días en agua bendita para que vayas a misa limpito y de uno en fondo, y parece como si nadie se opusiera en serio. El país está hecho una mierda, ¿no? Siempre lo dijimos, la revolución la hacen los obreros o los escritores en prosa, y a nosotros para recibirnos todavía nos falta la última materia, el viaje a París. ¿Por qué ser menos que Sarmiento?

Ya hacía tiempo que Nicolás estaba decepcionado y buscaba una respuesta imposible. Eran las dos de la mañana; el salón estaba repleto de barbudos, poetisas y escepticismo. Cafés y cigarrillos humeaban en medio de charlas, ironías y ginebras: el clima de La Comedia, en Corrientes y Paraná, pretendía parecerse al de antes del golpe militar pero no era el mismo. Manolo, el mozo, que seguramente se llamaba Rubén, le preguntó si quería otra. Nicolás volvió a mirar embelesado a la morocha de la segunda mesa a la derecha, sus labios, su pelo lacio. Se aflojó el nudo de la corbata e insistió en que nada era lo mismo.

—Esto que le pasa al país debe ser culpa de alguno de nosotros cuatro, además de las tendencias del capitalismo mundial. Reconozco: como intelectuales desgarrados no somos perfectos. Seguir sacando la revista no tiene sentido, quizás sí hacer el amor un par de veces más antes de irnos de la patria. Pero da un poco de vergüenza seguir así como andamos, ¿no? Esto sofoca, corroe, provoca caries: si parece que nos fuéramos a aguantar cualquier cosa...

Hacía unos días que Nicolás Casullo había cumplido veintitrés años y, por primera vez, tenía la sensación de que el tiempo se le iba sin remedio. Nicolás había nacido en el barrio de Almagro el 10 de septiembre de 1944, en la casa

de tres plantas y treinta habitaciones de su abuelo Nicolás, un extraño inmigrante italiano intelectual que prosperó como puestero de frutas y verduras en el mercado del Abasto y llegó a tener una empresa con media docena de barcos que remontaban el Paraná transportando naranjas.

Muchos años antes, a principio de siglo, don Nicolás había sufrido una tragedia: casado, con dos hijos, una epidemia de viruela mató a su mujer y a los chicos. Desesperado, se encontró con un pastor protestante que le dio consuelo y terminó por convertirlo. Don Nicolás volvió a casarse y tuvo siete hijos más, varones y mujeres que se fueron casando a su vez aunque algunos siguieron viviendo con sus parejas e hijos en la casa grande de Lavalle y Salguero, donde imperaba una idea muy estricta, protestante, de la moral, del bien y el mal y la voluntad divina. Don Nicolás fue pastor metodista, fundó varias iglesias por la capital y suburbios, escribió dos o tres obras de teatro éticas pedagógicas, un tratado sobre la predestinación y el mal, y reinaba sobre su casa cual patriarca, mensajero de los secretos celestiales y severo juez de cualquier conducta desviada. Pero no pudo hacer nada cuando uno de sus hijos se enamoró de una chica que trabajaba en una fábrica textil del barrio. Es cierto que Mercedes era hija de italianos, pero no estaba a la altura de las aspiraciones de los Casullo.

El romance, pese a la oposición de la familia, terminó en casamiento. Como no podía ser de otro modo también se instalaron en la casa grande, y el escándalo aumentó cuando, en 1945, resultó que la obrerita se hizo, para colmo, peronista. La pareja ya tenía una hija de cuatro años; su hijo menor, Nicolás, recién había cumplido uno.

Nicolás Casullo creció en esa casa interminable, plagada de tías, tíos, primos y primas, donde a pesar de la muerte del abuelo varios seguían rezando cada noche, antes de acostarse, y revisaban sus actos del día porque el Dios de los protestantes exige que sus fieles, en la mayor de las soledades y sin ningún avemaría absolutorio, le rindan cuentas de todo lo que hacen y se arrepientan de todas sus faltas. Durante los años de su infancia, la familia de Nicolás participaba, cada Navidad, en las representaciones que se hacían en el templo Central, en Rivadavia y Yatay. Cuando era chico, pocas cosas le gustaban más que actuar en el grupo de los pastorcillos y ver cómo esos señores y señoras muy correctos y vestidos de oscuro durante todo el año, se disfrazaban y convertían de pronto en Marías, Josés, Reyes Magos, soldados romanos, Pilatos y burros para el pesebre por un rato. Y lo más raro era que después volvían a ser iguales que antes.

En la casa grande nunca había menos de una docena de personas a la mesa, que charlaban con orden y mesura hasta que terminaban a veces en discusiones a los gritos entre radicales, socialistas y Mercedes, su madre, peronista irredenta. Las mujeres de la familia empezaban a cocinar temprano, cuando Nicolás salía para la escuela, ayudadas por un par de mucamas. Menos Mercedes, que nunca había dejado la fábrica textil, donde pasó a ser supervisora y después una de las varias secretarias de gerencia.

Nicolás tenía once años cuando el barrio se puso de fiesta para celebrar la caída del tirano. En la calle, almaceneros y carniceros bailaban alrededor de una fogata donde quemaban las fotos de Perón y Evita que, por años, habían exhibido en sus negocios. En la casa, su padre y sus tíos y tías brindaban con champán y se felicitaban a las carcajadas; sólo faltaba Mercedes, encerrada en su pieza, ausente, dolorida. Casi de golpe, Nicolás se encontró con algo que llamaban política: esos gritos y silencios, los nombres prohibidos, el recuerdo de unos bombardeos, los insultos y la alegría despiadada.

Meses después, Mercedes volvió con dos obreros que traían un busto de Evita envuelto en cartón y escondido en una chata gasolera. Su marido, que solía tolerarle casi todo, pensó que hasta ahí se podía llegar:

—¿Qué hacés con eso?

—Era el busto que teníamos en la fábrica. Si no me lo llevaba lo iban a romper en pedacitos.

—Vos no vas a guardar en esta casa la estatua de ésa.

—¿No?

Durante un tiempo el busto de Eva Perón estuvo escondido en un rincón del altillo. Ricardo, el padre, era un hombre tranquilo, que abandonó pronto su título de químico industrial y se dedicó a trabajos diversos y a encerrarse en la sala a leer junto a la biblioteca del abuelo o a escuchar música clásica alemana. De joven había viajado mucho por el interior del país, y a Nicolás le encantaba escucharlo cuando contaba sus historias sobre las salinas santiagueñas, sobre tempestades nocturnas en estancias cordobesas, sobre interminables días de navegación remontando el Paraná.

—... vos estabas por nacer, pero yo tuve que irme al Paraguay para tratar de rebotar un barco hundido del abuelo, era el *Quo Vadis*. La tripulación estaba nerviosa, se peleaban; yo tenía miedo de que alguno perdiera el control y sucediera una desgracia. Y lo peor era que tenía la cabeza tan lejos, pensando cómo estarían vos y tu madre. Pero tenía que seguir adelante. Atamos unas sogas gruesísimas...

—¿Cómo de gruesas?

—Gruesas como las anacondas más gruesas.

Nicolás había escuchado cada historia docenas de veces, pero seguía oyéndolas con el mayor placer: le gustaba la manera que tenía su padre de contarlas. De llevar el ritmo, de construir los diálogos, de esconder el desenlace, de usar palabras que no se oían en las conversaciones diarias. En la casa grande había una buena biblioteca del finado abuelo. Cuando tenía catorce o quince años, Nicolás volvía del Nacional Sarmiento y, muchas tardes, se ponía a leer los libros que encontraba, o los que le daba su hermana que ya estudiaba Psicología. Así desfilaron Hesse, Thomas Mann, Kafka, Sartre, Maupassant, Homero, Poe, Milton, el Dante, Leopardi y los primeros cuentos de Cortázar o los segundos de Borges. A veces, se pasaba tardes enteras escribiendo historias que después rompía o no rompía: por el momento, le importaba menos el resultado que el raro éxtasis de hacerlo.

Después, cuando se cansaba, Nicolás salía a la vereda: Almagro todavía era un barrio bravo y las barras solían agarrarse en la esquina de la lechería o en la canchita, detrás de la Algodonera de Córdoba. Ahí se daban como en bolsa, se fumaban los primeros cigarrillos, se acababan los tres cuartos de Quilmes y se contaban historias de mujeres perfectamente falsas. Ahí se respiraba un peronismo natural, sin teoría, silvestre, transmitido a veces por los padres de aquellos once adolescentes que los domingos se ponían la misma camiseta. Nicolás era flaco pero fuerte, se defendía bastante bien con la redonda según el modelo de su ídolo Corbatta y no le molestaba una buena pelea de tanto en tanto. Por eso armó con algún otro el equipo del barrio, donde también hacía de director técnico para aplicar el 4-2-4 de Vicente Feola en los entrenamientos de Parque Centenario. Aunque también sabía que la barra era otro mundo y que no podía hablarles de Leopardi o de esa frase que se le había ocurrido un rato antes y le parecía tan enigmáticamente bella. No había que mezclar los tantos: Nicolás sabía que si los muchachos llegaban a enterarse de sus aficiones literarias lo menos que le iban a decir sería que era puto.

En 1964, los Casullo dejaron la casa grande. La familia se había ido disgregando y ya no tenía sentido seguir ahí. Se la vendieron a un grupo que planeaba instalar un colegio, y le pusieron una sola condición: que el instituto se llamara William Morris, un educador y utopista inglés de fin de siglo que había sido el gran héroe del abuelo. Poco antes, cuando Nicolás tuvo que empezar la universidad, aceptó cursar Derecho. No era lo suyo; lo dejó al cabo de un par de materias y al año siguiente se fue a anotar en Letras.

La facultad lo aburrió: Nicolás quería escribir y leer a autores contemporáneos, y Lope de Vega le importaba bastante poco. Lo que sí le interesó de la carrera de Letras fueron sus mujeres. Si en Almagro las de buen porte estaban altamente cotizadas y el beso costaba cerca de dos semanas de tácticas y juramentos, en las clases teóricas y prácticas aquel cardumen de «aviones con polleras en estado latente», como las llamaba Carlos, compañero de estudio, llegaba a atemorizarlo placenteramente. A veces era el único varón en un aula con setenta muchachitas escuchando a la Barrenechea. ¿Cómo valorar, cómo tener tiempo para distinguir rasgos, muecas, detalles? Por otro lado no podía fijar un objetivo concreto por más de quince minutos: su perpetuo estado de enamoramiento nunca llegaba a tener una cara precisa: eran, por ejemplo, todas las de la fila de adelante, o aquellas cinco o seis a la izquierda.

En esos días se perfilaban los primeros brotes de transgresión femenina, el fin de la cultura de la virgen, del «nena no más allá de las once»; en esos días, alguna pecosa de flequillo ya empezaba a ser capaz de lanzar, en un bar cualquiera, el «yo ya decidí dejar de sabotearme» que la llevaría a las sábanas más próximas. Nicolás descubrió que el cruce entre las de Psicología y las de Letras en los bares adyacentes daba un interesante coctel de emulación, una extraña alquimia que potenciaba a unas con lo que les faltaba a otras, una mezcla de romanticismo y yo destraumatizado. Y con algunas de ellas visitó los hoteles entre avenida Independencia y el Once, piezas baratas sobre viejos patios, puertas con cortinas de pana rojo, una cama camera, dos mesitas de luz, un perchero y música empotrada con Los Panchos. Las dos horas costaban menos si era temprano por la tarde, y a los conocidos les regalaban treinta minutos de yapa. Carlos solía decir que del programa de la carrera le gustaban las minas y el equipo de fútbol que habían formado:

—¿Vos te diste cuenta qué lindo es coger, quiero decir, cuando cogés bien, como Dios manda? ¿Te acordás la petisita que tenía marcada el otro día? Terminó en la trampera. Cuando se quiso acordar, don José nos estaba abriendo la puerta de la pieza, la última del patio, la más calentita. ¿Sabés lo que me dijo la turra después? Che taradito, yo no acabé. ¿Vos podés creer? ¿Pero qué carajo se piensan ahora?

A principios de 1965 Nicolás empezó a trabajar en periodismo: cubría partidos de fútbol de 1B o 1C para *La Nación*, la formación de los equipos, los goles y cinco líneas de comentario transmitido por teléfono. Pero lo que más lo entusiasmaba era su participación, desde el año anterior, en el grupo *Cero*, que editaba una revista literaria. En *Cero*, Nicolás publicó sus primeros

cuentos y críticas; con ellos entró al circuito literario de la calle Corrientes: era un mundo que se le abría, y que se parecía mucho a lo que había estado buscando. Durante unos meses, Nicolás se compró todas las revistas atrasadas, todos los libros que se comentaban y él no había leído: tenía que ponerse al corriente.

Los de *Cero* se reunían en el estudio de uno de ellos, Vicente Zito Lema, su director, que ya era un abogado instalado en Sarmiento y Montevideo. También solía ir su amigo Jorge Carnevale, y Angélica Manero, Ramón Plaza, Raúl Castro, Alberto Szpunberg, Miguel Briante, Rodolfo Ramírez, para pasarse horas discutiendo los pros y los contras de cada texto que pensaban publicar, criticándose mutuamente los escritos, tratando de establecer si la literatura debía ser una práctica autorreferente y separada de las tentaciones del mundo, o si tenía que tomar partido y actuar en la ciénaga política de problemas contemporáneos. En 1965, *Cero* publicó una serie de poemas inéditos de Juan L. Ortiz, a quien descubrieron solitario en su provincia. También relatos de la guerra revolucionaria de Ernesto Guevara, poesía del líder vietnamita Ho Chi-Minh, Saint-John Perse, Lovecraft, Marechal. El editorial de la contratapa del número cuatro se refería a la invasión americana a Santo Domingo, ocurrida pocos días antes: «No es cuestión de ampararse en que uno sólo se compromete con su obra: nos guardamos cuentos y poemas para otro momento». Y, más adelante: «... otra vergüenza para los argentinos ante la posición cómplice de nuestro gobierno. Los que gustan llamarse paladines de la democracia han descubierto su rostro de dolor y muerte (...). Es muy larga la cuenta de atropellos del tío Sam, y por más duro que sea tu cuello de marines, habrá un atardecer que entre cantos y risas de niños y mujeres, te veremos colgar torpemente de un algarrobo mecido por los morenos brazos que hoy tanto desprecias».

Después de las reuniones, el grupo solía bajar hasta La Comedia, La Paz, el Politeama, donde seguramente se cruzarían con Luis Luchi, Humberto Constantini, Oscar Massota, Pedro Orgambide, y también Abelardo Castillo con el resto de *El Escarabajo de Oro*, los más jóvenes como Ricardo Piglia o Germán García, o David Viñas con alguna de sus novias: la última que se le había visto era una actriz del teatro independiente que se llamaba Norma Aleandro. Y si no se iban hasta el Tortoni donde, si era martes, era probable que estuvieran los comunistas de *Hoy en la Cultura* y se podía discutir un rato. O pasaban por la librería de Jorge Álvarez, en Talcahuano y Lavalle, donde siempre había alguien para charlar. De lo contrario se metían en el Lorraine a ver una de Bergman, Antonioni, Bresson o Godard, previo paso

por el kiosco de enfrente, donde vendían entre otras *La Gaceta Literaria* y *El Grillo de Papel*, y los viernes llegaba *Marcha*, de Montevideo. O se iban a un sótano de la otra cuadra a escuchar a Piazzolla, que era tango pero tenía una búsqueda estética distinta.

Más tarde recalaban en algún bodegón, que también podía ser Güerrin o Serafín para una grande de muzzarella. Y al final se iban a tomar licor más fuerte al tapiado boliche de una húngara en la calle Tres Sargentos. Nicolás, en esos días, había roto con su primer amor de hotelitos baratos por Palermo para recalcar en un apasionado romance con Martha, bailarina de danza moderna. Y sus noches terminaban muy tarde, casi amaneciendo, en lugares extraños o demasiado previsibles: estaban llenas de alardes, miradas cómplices, proyectos literarios y virulencias ideológicas.

A veces, alguien hablaba mal de Borges, por sus declaraciones y su ideología, pero, después de un par de copas, concluían por reconocer que era un gran escritor. Varios admiraban a Cortázar, que parecía haber encontrado la forma de una prosa argentina contemporánea. Se discutían los significados que podía tener un compromiso literario, la relación entre la literatura y la política, el perpetuo desfasaje entre el peronismo de los obreros y el marxismo de los intelectuales, la falacia democrática en un país donde el único poder real eran los milicos. Los poetas de *Cero* respetaban más que nada a Juanele Ortiz; los narradores habían descubierto a Leopoldo Marechal, un viejo escritor católico y peronista demasiado olvidado, que todavía no había agotado, a veinte años de publicada, la primera edición de *Adán Buenosayres*. El editorial de *Cero* número seis se preguntaba «cuántas veces nos preguntaron en algún café, en cualquier charla, ché este Marechal, ¿vive todavía? Y era, claro, tan ilusoria su presencia...». Algunos del grupo empezaron a visitarlo en el departamento donde vivía con Elbia, su mujer, rodeado de libros e imágenes religiosas. El viejo los recibía con afecto: le hacían sentir que tenía un lugar en las letras argentinas y él les hablaba largo; de sus viajes en los años veinte a París, de sus almuerzos en fondas frecuentadas por Picasso y Unamuno, de las rarezas de Macedonio, de Fidel Castro y la furia asesina de los yanquis en Vietnam. Marechal les contaba sobre las vanguardias de los años treinta, sobre sus amores o ciertos resquemores sobre Ernesto Sábato, que entonces estaba levemente de moda:

—El otro día lo vi. ¡Qué habilidad para la tragedia! Ernesto está convencido de que se va a morir mañana o pasado, y no lo soporta. Ese hombre está obsesionado con su muerte. En realidad, lo que más me admira

de Ernesto es su altísima capacidad para escribir páginas y más páginas sobre las pocas páginas que escribió.

Nicolás y Jorge, en algunas de esas charlas con Marechal, quisieron saber cómo se había entablado su relación con el movimiento justicialista, cómo recordaba el gobierno de Perón y su caída, qué pensaba del caudillo exiliado en Madrid. Marechal, venerador de Evita, les hablaba de su lectura cristiana de la historia argentina, de los miserables como justos, de los pobres como bienaventurados y de cómo el peronismo era el único que podía llevar adelante la necesaria redención, aunque tuviera muchos desacuerdos con el General. Ellos lo escuchaban con interés, con cierta distancia. El peronismo, para el campo de las ideas, de la cultura y el arte, todavía resonaba con frases del estilo alpargatas sí libros no. De todas formas, la política aplicada no era lo que más les interesaba. Nicolás, Jorge, Raúl, eran globalmente de izquierda, pero al PC lo sentían como una vieja institución anquilosada imposible de ser tomada en cuenta, y el resto de los grupos estaban desperdigados y confusos.

El mandato de Illia agonizaba entre rumores golpistas y a ellos les importaba poco. Todo el mundo comentaba la inercia, la inutilidad del gobierno radical: era como un ente sin significado, sin peso, sin sustancia. Y cuando alguno de los amigos enterados comentaba que la asonada del ejército estaba al caer, a nadie se le ocurría pensar que había que defender a la Tortuga porque fuera un gobierno democrático. Era burgués y era, sobre todo, apático.

Primera Plana, y después *Confirmado* entre otras, lo cuestionaban todo el tiempo. Nicolás leía *Primera Plana*, aunque muchas veces lo irritaba esa campaña tan premeditada como así también esa tentativa de armar un boom de la literatura basado en el éxito y la difusión masiva de una mercancía «culta» para una nueva estirpe de ejecutivos. Como si todo fuera una especie de modernización empresaria donde también la literatura tenía su lugar, su status de consumo en la lista de best-sellers. Pero igual varios del grupo leían la revista, porque los que la escribían finalmente eran criaturas del mismo palo, formaban parte de esa zona confusa entre escritores, periodistas, críticos, «gente de izquierda», sintonizados o atraídos una vez por semana por un lenguaje informativo común.

La tarde del 28 de junio, Nicolás cursaba un práctico en la facultad de Filosofía y Letras, que se había trasladado de Viamonte, del Bajo y su fauna, a la amorfa calle Independencia. Había disturbios: unos doscientos estudiantes habían sacado unos cincuenta bancos a la avenida Independencia

y cantaban el Himno. La policía los atacó con el agua rojiza de los carros hidrantes. Nicolás también cantó y pensó que la situación era casi amable: los policías les tiraban chorros y ellos cantaban el Himno. Por las radios en cadena pasaban el himno a cada rato.

Al principio parecía que nada iba a cambiar demasiado, pero enseguida empezó la perorata cristiana, el anuncio de los veinte años de paz y la censura en cine y revistas; poco después llegó la intervención a la universidad y cada vez había más controles policiales en la calle y los cafés pidiendo documentos y fiscalizando los pelos y pintas de los jóvenes. Nada era demasiado grave, pero el clima se había vuelto grisáceo y mortecino tanto en la Corrientes intelectual, la de los mandarines sartreanos, como también en la otra orilla estética porteña, la Florida del Di Tella y sus experiencias de avanzada en música, teatro, plástica y danza. Era una cuestión de entusiasmo. De hecho, la revista dejó de salir.

—Es como si a nadie le importara mucho que la revista esté en la calle. Ni a nosotros. No es un tiempo para revistas literarias, ni para hacer las cosas que se hacían. Tampoco te podría decir para qué carajo es este tiempo.

—Hasta el general en Madrid «desensilló». Pero nosotros somos los peores hablando de novela y contranovela, por escribir sobre el dolor de la condición humana, somos un anacronismo imperdonable, piezas de museo. La literatura ahora es consumo, periodismo, notas cortas para público masivo, estar en onda, informado, caricatura, caca, pis, agenda de espectáculos, comics, happenings.

A mediados de 1966, *La Nación* empezó a mandarlo a los partidos de la A, pero justo Racing estaba haciendo una campaña excepcional. Nicolás siempre había sido fanático de la Academia, y no se quería perder ni un partido del equipo de José, así que renunció para seguir a la camiseta domingo tras domingo. En esos días no era del todo difícil encontrar trabajo: tiempo después, Nicolás entró como redactor en el noticiero de canal 13, *Su ojo en la noticia*, donde estaba por empezar el exitoso *Telenoche* de Mónica Mihanovich y Andrés Percivale. Lo mejor eran los días en que aparecía Dante Panzeri por la redacción, y a veces tenía tiempo para un café en la esquina del canal para charlar de fútbol y anti-fútbol. Una tarde Nicolás estaba por ahí, entre los escritorios, cuando empezó a aparecer, en las teletipos, la noticia de que habían matado a Ernesto Guevara en las selvas bolivianas. Nadie lo podía creer. Nadie lo creyó. Tardaron varias horas en sacar la noticia al aire, porque esperaban un desmentido que nunca llegó, hasta que desde la gerencia de Proartel dominada por el exiliado cubano Goar Mestre bajó un texto

celebratorio para acompañar las imágenes de archivo con que se dio la noticia. Mientras el viejo Alberto Rudni abría su cuarto atado de cigarrillos desde su puesto de comando, Nicolás se fue con Pepe Capdevila y algún otro para una larga noche de ginebras. Entretanto las charlas en La Comedia seguían muy parecidas a sí mismas:

—Época argentina oscura, medioevática con perdón de la palabra. Peste, inquisición y hoguera. ¿No se te ocurre un cuento largo sobre esto? Una nouvelle, digo.

—Fue un error, estoy seguro. Este país fue un error, pero reparable. Una historia de tres generaciones, apenas eso. Abuelo migrador que se equivocó fiero y en vez de Nueva York apuntó al Plata. Padres obedientes y laboriosos, después nosotros, que debemos plantar, regresar al punto de partida. Y se acabó, no va a quedar registro ni testimonio. Le dejamos todo al Tres de Infantería.

—¿Te parece?

Nicolás tenía la sensación de que una época se había terminado, pero todavía no sabía qué ni cómo la reemplazaría. Todo sonaba a hueco, a vacío sin ningún interés. Manolo, que debía llamarse Rubén, les trajo la tercera ginebra.

—Esto no tiene salida.

—Ezeiza.

La idea se fue armando de a poco. Nicolás había juntado algo de plata y consiguió que el canal 13 y *Panorama* le prometieran que le iban a comprar algunas notas. A fines de 1967 decidió, con su amigo Jorge Carnevale, que se irían por un tiempo. Para un par de jóvenes escritores argentinos de entonces, el lugar excluyente era París: estaba *Rayuela* y el fantasma de Julio Olivera por supuesto, pero el mito tenía raíces más antiguas:

—Tenemos que ir a ver cómo son las cosas en el mundo verdadero.

—El hecho de que nos vayamos ya le hace un bien al país.

El viaje podía durar unos meses, o la vida. Era cosa de ir a ver, sin demasiados planes. Nicolás y Jorge decidieron que en marzo se tomarían el barco para Francia.

Noviembre de 1967. Fue desde lejos, en Montevideo, a los veintiocho minutos del segundo tiempo. Desde lejos, el Chango Cárdenas era un morocho retacón y chueco vestido de azul celeste y blanco; desde lejos, el Chango Cárdenas pegó el zapatazo que sacó a la Argentina de su eterno refugio de campeón moral.

La pelota se metió en el ángulo derecho del arquero del Celtic y el partido terminó uno a cero: Racing era el primer equipo argentino que ganaba una copa Intercontinental. «Estábamos hartos de ser campeones morales, y alguna vez tenía que ser la otra, aunque los medios para llegar no fueran los correctos», editorializó al día siguiente, 5 de noviembre, *La Razón*. En octubre, Racing había perdido, en Glasgow, uno a cero y, el primero de noviembre, había ganado uno a cero la revancha en Avellaneda. Antes de que empezara este partido, el arquero escocés había caído desvanecido de un monedazo en la cabeza.

El presidente, general Onganía, fue a la cancha: era un acontecimiento nacional y no quiso perderselo. Allí se llevó la segunda gran silbatina de su mandato: la primera había sido dos meses antes, en la planta cordobesa de Industrias Kaiser Argentina (IKA). En la cancha, Onganía estaba con el interventor de la provincia de Buenos Aires, general Imaz, y el de la AFA, Valentín Suárez: como pasaba en muchos partidos, la barra local cantó la Marcha Peronista con lujo de detalles. Onganía la escuchó con su mejor cara de póker.

En esos días, el fútbol era claramente visto como un instrumento del sistema. Y no sólo por los intelectuales críticos: Valentín Suárez, el representante de Onganía en la AFA, decía que el fútbol «sirve para infundir entusiasmo en las masas; pero para lograrlo, hay que motivar de antemano a la gente con condiciones que se acerquen a la felicidad cotidiana. Y cuando ese hombre está en la tribuna no le importa el fair play porque ha dejado de ser hipócrita: desnuda su pasión y descarga la agresividad que no pudo soltar en la semana. Entonces eso le sirve, porque la catarsis es saludable. Siempre volarán botellas por encima de las cabezas de los jueces y lo único que podemos hacer es moderar esa agresividad. Un crack gratifica a millones de personas por el solo hecho de serlo. Si encontráramos otra manera de contribuir a la felicidad de tanta gente, tal vez el jugador-estrella desaparecería; pero eso no ocurre y, aun si ocurriera, estoy seguro que nos costaría más dinero». En ese año empezaron las transmisiones regulares de fútbol por televisión: todos los viernes se veía el partido adelantado de la fecha. «A la derecha de su pantalla, señora», informaba el relator Horacio Aiello, para incluir a toda la familia en el paquete.

Siete

A fines de 1967, Julio César Urien estaba terminando el Colegio Nacional de San Isidro y ya tenía elegida la carrera de las armas. Julio jugaba al rugby, remaba en el Náutico de San Isidro y bailaba con los Beatles en las fiestas de sus amigos pero, a veces, tenía la sensación de que vivía encerrado en una campana de cristal. Su padre, el juez Julio César Urien, le insistía en que eso no era todo, que un verdadero hombre no puede ser feliz mientras haya otros que sufren miseria.

Julio César Urien era el mayor de cinco hermanos, así que se llamaba igual que su padre, un camarista muy nacionalista que se había encontrado varias veces con Perón. Por el lado de la madre, Susana Trotz, tenía muchos parientes en la milicia; entre ellos su abuelo, el general Ernesto Trotz, y varios tíos. Por los dos lados descendía de familias muy tradicionales y cristianas.

En algún momento, Julio pensó en hacerse cura y misionero, pero finalmente se decidió por la milicia: suponía que las Fuerzas Armadas también podían jugar un papel en la construcción de un país más justo. Y, además, lo fascinaba la imagen y los mitos de la carrera militar.

Julio no pudo ir al Ejército: su hermano Facundo, un año menor que él, había ingresado al Colegio Militar a principios de ese año, porque se podía entrar con cuarto año nacional, y no les parecía muy bien ser compañeros de banco en las filas militares, así que se repartieron las armas: uno al agua y el otro a tierra. A punto de recibirse de bachiller, Julio cumplía con todos los requisitos. Además, su familia había logrado que lo presentara el almirante Pedro Gnavi, que pocos meses después reemplazaría Benigno Varela en la comandancia de la Armada.

Julio tenía diecisiete años y se sentó en la casa familiar de San Isidro a completar la planilla de la Armada. No había tenido enfermedades, tenía buena vista, buen oído, no padecía ninguna discapacidad física, medía 1,85, y, gracias a su pasión por el rugby, suponía que no le faltaba la cuota de disciplina, espíritu de equipo y actitud ofensiva necesarias para ser un hombre de mar y de armas tomar. Además nadaba y remaba desde chico.

Todo estaba en orden. Sólo le faltaba contestar algunas preguntas sobre sus gustos personales, inclinaciones, datos casi anecdóticos. La planilla

preguntaba qué políticos admiraba, con quiénes podía identificarse. Julio no dudó. Pensaba en un argentino que poco antes había muerto combatiendo en la sierra boliviana y en un chino que dirigía una revolución cultural en su país.

—Julio, no es conveniente que pongas al Che Guevara y a Mao Tse-Tung.

Le aconsejó su padre, que ya tenía alguna experiencia personal y familiar sobre conflictos y armonías entre ideología y milicia. Los Urien tenían en su árbol genealógico al segundo jefe del primer Regimiento de Patricios, el de 1810; también tenían su propio mártir, porque eran descendientes de un oficial José María Urien que el unitario Bernardino Rivadavia había mandado fusilar en mil ochocientos veintipico. La familia tenía toda la prosapia que se podía tener en un país relativamente nuevo. Y, remontándose a episodios más cercanos, el propio camarista Urien había participado en la resistencia peronista, cerca de sectores militares peronistas como el CONASUB, la organización de suboficiales, y el COR, del general Iñíguez. Era de los que creían en el golpe nacionalista y popular, salvador de las tradiciones y esencias de la patria. Entre los contactos de Urien padre había también gente procedente de las filas de la Policía Federal, algunos nucleados en la secta Anael: entre ellos, un ex cabo llamado José López Rega, una figura oscura que había llegado hasta Perón por expresa recomendación de Urien.

En la casa de San Isidro solía haber discusiones: el padre criticaba al gobierno de Onganía y puteaba contra la política económica de apertura de fronteras, pronorteamericana, de su ministro de economía, Adalberto Krieger Vasena. La madre, en cambio, solía defender a sus amigos y parientes. Julio, en general, seguía las opiniones de su padre.

—¿Entendés, Julio? Mejor poné otros líderes políticos.

Y el aspirante aceptó reemplazar al Che por el asesinado presidente norteamericano John Fitzgerald Kennedy. Pero lo pensó una vez más y decidió dejar al líder chino en su planilla. No tuvo problemas: la recomendación del almirante Gnani pesó más y, en marzo de 1968, Julio César Urien entró en el primer año de la Escuela Naval Militar.

Diciembre de 1967. Fue una conmoción: en Ciudad del Cabo, el cardiocirujano sudafricano Christian Barnard dirigió una operación que, en cinco horas de quirófano, transplantó a Louis Washkansky, 56, blanco, enfermo incurable, el corazón de una chica de 25 años muerta en un accidente de tránsito. Era la primera vez que alguien conseguía injertar un corazón y mantener vivo al paciente. A las 30 horas de operado, Washkansky decía que

se sentía mucho mejor que cuando tenía el suyo. El mundo seguía ansioso su supervivencia: a los 13 días se murió de una neumonía.

Poco después, Barnard lo intentó de nuevo. En este caso, la operación tenía un condimento especial: el cirujano implantó el corazón de un negro en el pecho de un hombre blanco. Ni el primer ministro B. J. Vorster ni los teóricos del apartheid pudieron explicar por qué dos hombres de distinto color tenían corazones compatibles; de acuerdo al Acta 55, de 1949, estaban prohibidos los casamientos interraciales porque el cruce de razas era perjudicial para la gente de color blanco. A causa del apartheid, el Estado Sudafricano había perdido su banca en las Naciones Unidas. En cambio, el organismo había aceptado en carácter de observador al representante del Congreso Nacional Africano, cuyo presidente, Nelson Mándela, de cuarenta y nueve años, había sido condenado a prisión perpetua cuatro años antes.

Christian Barnard se transformó en miembro activo del jetset mundial. Al año siguiente dejó a su mujer y se casó con una chica de veintidós, un poco más joven que su hija mayor; viajaba por el mundo dando charlas y entrevistas y, de vez en cuando, hacía otro trasplante. Sus pacientes solían morir pronto.

El salón olía a azahares recién cortados, madera antigua y tapices frondosos. La señora repicó su campanita de plata y una mucama con cofia y delantal de nieve entró trayendo el té en servicio inglés.

—Así que van a hacer un encuentro de actividades misionales. Pero qué fascinante, Graciela, qué fascinante.

La señora hablaba con la voz aguda de la aristocracia chilena y el encuentro de actividades misionales parecía fascinarla tanto como un partido de bochas indochinas. Su hija, Cecilia, trató de salvar la ropa:

—Vamos, Graciela, que se nos hace tarde, y la mamá tiene mucho que hacer.

Hacía dos días que Graciela Daleo estaba hospedada en esa casa del mejor barrio de Santiago. Era el 11 de enero de 1968: poco antes, Graciela había renunciado a su trabajo en el jardín de infantes, se había tomado un micro hasta Mendoza y, allí, se había encontrado con un compañero del Comando Camilo Torres con quien había cruzado la cordillera en camioneta. El viaje a través de las altas cumbres la había impresionado.

Graciela estaba en Santiago para asistir a un encuentro del Camilo chileno. Era un gran honor que la hubieran elegido para representar a su grupo en esa reunión: significaba que Juan García Elorrio, Casiana Ahumada,

el Flaco y los demás estaban apreciando sus esfuerzos. El encuentro era clandestino, y sobre todo tenía que cuidarse de que la madre de Cecilia no sospechara nada sobre las verdaderas razones de su estadía en su casa. Cecilia la alojaba porque era una militante del Camilo local, pero su familia no sabía nada de nada. Cada mañana, Cecilia y Graciela dejaban la residencia aristocrática y se iban, cuidándose de que no las siguiera nadie, hasta una callampa —villa miseria— en el sur de Santiago. Ahí tenía su parroquia Nicasio Viejo, un cura camilista que albergaba las reuniones, donde Graciela se encontraba con que las discusiones y problemas de los chilenos eran muy parecidas a los que ya conocía.

En el encuentro participaba, entre otros, Clotario Blest, un viejito arrugado de voz engolada que había sido por décadas secretario general de la Confederación Única de Trabajadores de Chile, y que les repartía unas estampitas con la cara del Che y, al costado, copiadas a mano, una palabras del guerrillero: «Si a nosotros, los que en un pequeño punto del mapa del mundo cumplimos con el deber que preconizamos y ponemos a disposición de la lucha este poco que nos es permitido dar: nuestras vidas, nuestro sacrificio, nos toca alguno de estos días lanzar el último suspiro sobre cualquier tierra, ya nuestra, regada con nuestra sangre, sépase que hemos medido el alcance de nuestros actos y que no nos consideramos nada más que elementos en el gran ejército del proletariado».

La declaración de Guevara les sonaba absolutamente cristiana, un gran ejemplo de humildad cristiana, y Graciela la usó como base cuando le preguntaron su opinión sobre los problemas que había en el Camilo chileno, donde un grupo de militantes cuestionaba a la conducción y se proponía para reemplazarla:

—Nosotros en la Argentina no tenemos dudas de que Juan es la conducción y nunca se nos ocurriría cuestionarlo como conducción. Pero sobre todo, compañeros, si el Che, nada menos que el Che, dijo que él no era más que uno más en el ejército del proletariado, no entiendo cómo hay gente que quiere ser número uno, alzarse a la conducción. Eso es lo que no me cabe en la cabeza, compañeros, yo estoy convencida de que se debe buscar la humildad del Señor antes que nada. La conducción es un peso que algunos tienen que soportar, pero buscarla, compañeros... Eso sí que no lo entiendo.

Después del encuentro, Graciela empezó el curso que le había servido como excusa para su viaje. Cuando los del Camilo recibieron la invitación para participar en Santiago de Chile de un curso de alfabetización para adultos a cargo del pedagogo brasilero Paulo Freire, un gran especialista en la

cuestión, no dudaron en mandar a sus dos maestritas posibles: Graciela y la Gallega Mary. La idea era que se establecieran como maestras rurales en el chaco santafesino, cerca de donde habían ido a misionar un par de años antes. En Tartagal, Graciela había conocido a una maestra que quería dejar su puesto y le había ofrecido reemplazarla. El Flaco, Fernando, Mario, Gustavo y los demás seguían con la idea de tratar de establecer un foco de guerrilla rural en la zona: las dos maestras, bien instaladas en el lugar, serían una cobertura ideal, y les podrían servir como contacto con el exterior y base de operaciones.

Cuando empezó el curso, Graciela se mudó a un colegio de monjas donde se alojaban las mujeres participantes, y ahí se encontró con la Gallega. El colegio también era lujoso: había un lago con lotos, una glorieta exuberante y una pileta enorme donde las monjas se bañaban cubiertas por largas túnicas blancas. Entre los hombres que también llegaron de la Argentina estaba Roberto Cirilo Perdía, el abogado santafesino que habían conocido en Tartagal. El curso era intensivo y muy interesante y, además, estaban las charlas y las salidas con los demás alumnos. Era fascinante estar ahí, entre chilenos, españoles, bolivianos, preparándose para llevar adelante la tarea que habían elegido. Una noche, al grupo de los argentinos le pareció que ya empezaban a extrañar a la patria y se fueron a comer y bailar tangos a una parrilla del centro. Era la primera vez que Graciela salía del país, y la acechaba la nostalgia.

Dos semanas después, Graciela y Mary cruzaron otra vez la cordillera. El Flaco y otro militante del Camilo estaban de gira por el interior, y les habían mandado decir que los esperaran en San Juan. Antes de que llegaran, Mary había estado haciéndole chistes sobre el reencuentro. Graciela estaba más que ilusionada, y su amiga le decía que el Flaco iba a llegar y ni siquiera iba a saber quién era esa chica, Graciela, que lo esperaba ahí.

—Hola, qué tal.

Fue todo el saludo del Flaco Jorge a su novia, después de un mes de separación y tantos kilómetros viajados. Graciela no sabía qué estaba pasando, y se arrastraba por los rincones; Mary le pedía disculpas y le decía que ella no tenía ni idea, que de verdad había pensado que estaba haciendo un chiste, que ya se arreglaría. Pero el viaje de vuelta en el Citroen de José Luis fue una tortura. Calor, silencio y nervios: los kilómetros se hacían interminables. Además, ni él ni el Flaco tenían registro. Cerca de la entrada a

Buenos Aires pararon en una estación de servicio y el Flaco aprovechó para llamar por teléfono a un compañero. Cuando volvió al coche sonreía feliz:

—Dice Pedro que los vietnamitas están por tomar Khe Sahn. Parece que la ofensiva del Tet es un éxito, que si siguen así los echan a los yanquis este año.

Y empezó a explicarles la astucia de los vietnamitas al aprovechar el Tet, el año nuevo lunar, para lanzar su ofensiva:

—No es sólo que aprovechen el descuido de esos días de fiesta. El día del año nuevo lunar es el momento más importante del culto a sus ancestros. Por eso, empezar la ofensiva ese día es entregarse a su destino con todo el apoyo de sus antepasados.

A Graciela la animó ver cómo en lugares tan lejanos, con historias tan diferentes, otros combatientes revolucionarios también sabían mezclar la revolución con la mística religiosa.

Esa misma noche, en su casa, Graciela estaba desempacando sus cosas cuando apareció el Flaco. Primero se ilusionó pensando que venía a reconciliarse, pero otra vez estuvo breve y parco:

—No, venía a decirte que te prepararas porque mañana a la noche tenemos que salir para Uruguay. Todavía tenemos que arreglar algunos detalles de la reunión del Camilo en Montevideo, va a ser un encuentro muy importante.

Sus padres no estuvieron muy felices de que la nena, apenas llegada, volviera a irse. Graciela les contó que justo le había salido otro curso en Montevideo y ellos aceptaron a regañadientes. Al otro día, Graciela, Mary y el Flaco se tomaron el *Vapor de la Carrera*, que tardaba toda la noche en llegar al Uruguay. Llegaron al último momento: por cuestiones de seguridad, siempre se embarcaban cuando ya estaban sacando la planchada. Hacía calor, la pesadez del río no ayudaba, las olitas golpeaban contra el casco oxidado. Bajo la luna, el Flaco le explicaba que no sabía qué le había pasado, por qué había dejado de extrañarla, pero que ahora sabía que la seguía queriendo. Acodados en la cubierta, con la vaga sensación de estar viviendo una película vieja, los novios se reconciliaron con besos tiernos y suavemente castos.

—Documentos, por favor.

Graciela y Mary presentaron sus cédulas de identidad y sus permisos de viaje: siendo menores de veintiuno, sus padres las tenían que autorizar para salir del país. Un par de meses atrás, la madre del Flaco, enrabiada porque su hijo se le escapaba de las manos, le había sacado su permiso. El Flaco tenía que viajar a menudo a recibir directivas de Juan García Elorrio, que seguía en

su exilio uruguayo. Una noche en que sus padres habían salido y él estaba con Graciela en su casa, el Flaco agarró una foto carnet de sí mismo y la metió un momento en el horno. La foto se puso sepia, y el Flaco la puso en una cédula que había robado en la facultad, de alguien mayor de edad. Con ese documento ya había viajado dos o tres veces, sin problemas. Hasta esa mañana, en la aduana de Montevideo.

—Documentos, por favor.

Por cuestiones de seguridad, habían decidido no presentarse los tres juntos al mismo mostrador. El Flaco ni siquiera llevaba equipaje: sólo un portafolios repleto de ejemplares de *Cristianismo y Revolución*. El empleado que le pedía sus papeles tenía el bigote mustio y su mate en la mano. De pronto, se le animó la cara y dijo algo. El Flaco miraba para todos lados. Desde su lugar, Graciela y Mary vieron cómo un par de policías se le acercaban y se lo llevaban hacia una caseta de la Prefectura. En cuanto les devolvieron sus papeles, las dos salieron tratando de simular que iban tranquilas, lo más rápido posible, a buscar a Juan García Elorrio y comunicarle que el Flaco había caído.

Enseguida se armó el zafarrancho de combate. Juan se conectó con abogados de la democracia cristiana y del Partido Comunista: el Flaco Jorge era presidente de la Juventud Estudiantil Católica argentina y eso le daba alguna salvaguarda. Pero el primero que pudo ver al Flaco en la cárcel se enteró de que le habían pegado mucho y que lo habían confundido con Manera Lluveras, un tupamaro muy buscado que se le parecía mucho. Después confirmaron que no era, pero seguía siendo un argentino que había tratado de entrar al país con documentos falsos, revistas subversivas y una lista de todos los pedidos que había recibido, el mes anterior, en su gira por las provincias. Todo anotado, muy clarito: los militantes del Camilo del Chaco, por ejemplo, pedían doce metros de mecha lenta.

Al día siguiente, Graciela tuvo que subirse a un avión por primera vez en su vida para volar a Buenos Aires: tenía que levantar todos los materiales comprometedores que pudiera haber en la casa del Flaco. Graciela estaba hecha una lágrima, con su novio preso y una terrible incertidumbre, y trataba de disimularlo todo lo posible. En Buenos Aires, se conectó con José Luis y con el padre Alberto Carbone: fue el cura el que se presentó en la casa de los padres del Flaco, donde Graciela no podía ni aparecer, y se llevó una valijita que tenía, entre otras cosas, la libreta de enrolamiento del Flaco Jorge. Antes de irse le dijo a la madre que, por cualquier problema, se contactaran con el cura Miguel Ramondetti en su parroquia de La Paternal. Pocos días después,

un funcionario oficial la llamó desde Montevideo diciéndole que necesitaba la libreta de enrolamiento, que la libertad de su hijo dependía de eso. La buscaron por todas partes y, por supuesto, no la encontraron. Entonces un hermano de la señora, un comodoro, fue a la parroquia de Ramondetti a exigirle que se la diera. El cura no sabía nada del asunto; el comodoro, fuera de sí, le partió una silla en la cabeza.

Febrero de 1968. En esos días, uno de los grupos de teatro más representativos era el llamado «Clan Stivel», por el nombre de su director, David Stivel (37). Ellos lo habían bautizado «Gente de Teatro»; sus integrantes eran Marilina Ross (24), Bárbara Mujica (24), Emilio Alfaro (35), Federico Luppi (34), Norma Aleandro (31), Carlos Carella (41). Las mujeres eran más jóvenes que los hombres y, en las entrevistas, ellos hablaban más. En *Primera Plana*, por ejemplo, Stivel decía que «yo siempre he escuchado que los actores no hacen política, que simplemente representan, y creo que ése es el sinónimo más evidente de la castración. Creo que los actores son seres humanos y, por lo tanto, tienen opiniones, y sufren». Y Carella agregaba: «Hay diversos enfoques de la realidad nacional. Yo tendría que desprenderme de varios que me apasionan —uno es el gremial, por ejemplo— y tendría que atender pura y exclusivamente a la función actoral. Pero Stivel ha dicho muy bien que se hace muy difícil desprenderse del ser humano. Indudablemente no tengo como salida más que la de contemplar una realidad nacional total. Pienso que tendría que pedirle al país, como actor, que no se destruyeran más salas; que todas las salas municipales del interior sean sacadas de las manos de la cinematografía y devueltas a su origen teatral; que salas como el Municipal General San Martín sean obligatoriamente manejadas por gente de teatro (...) Cada vez que pienso en todas estas cosas, pienso que si... si a mí me ocurre un accidente en la ruta dos, no se para nadie a ayudarme y es probable que tenga que ir a parar a un hospital sin elementos imprescindibles. Si pienso que un jefe de familia no puede vivir en una pieza con ocho chicos y su mujer; si pienso en las cosas que son realmente imprescindibles, realmente imprescindibles, creo que todo esto que estoy pidiendo para el teatro es totalmente prescindible para mí como ser humano. Es decir: hasta tanto una realidad nacional permita que el público que venga a ver teatro esté en condiciones de vivir algo más que decentemente, yo no pido absolutamente nada para el teatro».

El Clan Stivel se hizo famoso en la televisión con el ciclo *Cosa Juzgada* —una serie de unitarios que emitía Teleonce y consistía en dramatizaciones

de casos judiciales, escritas por Marta Mercader y Juan Carlos Gené— pero no dejó de hacer teatro en salas. «El teatro nos atormenta deliciosamente y nos hace felices con dolor», dijo en esos días uno de ellos. Cuatro de los integrantes del clan estaban casados entre sí y todos compartían una psicoterapia de grupo, además de sus psicoanálisis individuales. En la revista *Panorama*, Federico Luppi decía que su actitud no era vanguardista: «Esa palabra sólo sirve para crear confusiones. Muchas obras de hoy supuestamente vanguardistas son retaguardia en relación a otras escritas hace un siglo o más. El Instituto Di Tella, supuesto templo de la vanguardia, carece de objetivos y su única meta es el diletantismo». Después, Luppi habló de sus entusiasmos: «Admiro las figuras de Helder Câmara y del cura guerrillero Camilo Torres. Pero tengo dudas en cuanto a la autenticidad de los móviles que han llevado al vuelco social de la Iglesia en los últimos tiempos. Aceptan a los aparentemente heterodoxos como Teilhard de Chardin mientras sus propuestas no salen del plano idealista. Pero cualquier cura de campaña —o de ciudad— que haga real tarea revolucionaria en medios obreros o campesinos es inmediatamente radiado o dado de baja. ¡Viva la justicia social!, dicen, mientras no destruya el poder de las clases ricas que crean justamente la injusticia social».

—Donde cayó Camilo nació una cruz/ pero no de madera sino de luz./
Lo mataron cuando iba por su fusil,/ Camilo Torres muere para vivir...

Daniel Viglietti se acompañaba con su guitarra y trescientos militantes lo coreaban, en el Paraninfo de la Universidad de Montevideo, en la apertura del encuentro del Comando Camilo Torres, con la presencia de su jefe, Juan García Elorrio, y la madre del cura colombiano presidiendo la sesión.

—... Y cuando ellos bajaron por su fusil/ descubrieron que el pueblo tiene cien mil:/ cien mil fusiles listos a combatir...

La señora de Torres era una bogotana de buena familia, pelo blanco y ojos bien celestes, muy aguerrida. A menudo se le caía alguna lágrima, y las dejaba rodar por las mejillas con la cabeza alzada, como quien las desprecia. En esos días, se las arregló para ir a visitar a la cárcel al Flaco Jorge, y le dejó un retrato de su hijo pegado en una madera, a modo de estampita. Mientras tanto, el encuentro seguía con discusiones y entusiasmo. Pero Graciela estaba desconcertada ante ciertas cuestiones. Poco antes, un ex seminarista militante del Camilo había pasado un par de semanas en un campamento de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas, de donde venía Raúl Sendic, el jefe tupamaro, y se había enamorado de una «peluda», una cañera. El asunto sacó

chispas: los uruguayos se empezaron a quejar de que venían los argentinos a sacarles las mujeres, y los argentinos le hicieron un cuestionamiento serio a su compañero: que cómo se atrevía a hacer una cosa así, que le había faltado el respeto a una militante, a una compañera. A todo esto, el ex seminarista no le había tocado un pelo y, cuando ella le propuso irse a la cama, le dijo muy serio que para eso primero tenían que casarse. Y aún así hubo un pequeño escándalo. La moral oficial era muy estricta: por eso Graciela se sorprendía mucho cuando veía, por ejemplo, que Juan solía aprovechar las ausencias de Casiana, su mujer, para flirtear con otras militantes. No le constaba que fuera nada serio, pero igual le indignaban esos quiebres de una moral en la que creía sin fisuras. Ella estaba convencida de que los militantes no hacían esas cosas.

—Pero fue realmente muy duro, Graciela. Muy duro, sabés, muy duro. Yo no pensé que pudiera ser así. Me dieron como en la guerra...

A fines de febrero, el Flaco acababa de salir en libertad, y parecía dolido. Graciela lo había esperado a pocas cuadras de la cárcel. El reencuentro fue emocionante y, esa misma tarde, los dos se fueron a una playa de Carrasco. Tirados en la arena, desentendidos del mundo alrededor, él empezó a contarle que la había pasado muy mal. Estaba azorado:

—Y después me pusieron desnudo contra una pared, me hicieron abrir mucho las piernas, de cara a la pared, y me pegaban con una tolla mojada, me gritaban, me preguntaban todo el tiempo cuáles eran mis contactos con los tupas... Uno de los que más preguntaba era un yanqui, un tipo con mucho acento yanqui...

Graciela no se atrevía a preguntarle más. Quería que el Flaco le contara todo pero le daba pudor. Pasó bastante tiempo hasta que se enteró de que lo habían picaneado fuerte, que lo habían tenido en una habitación con la mierda hasta las rodillas, que no le habían ahorrado nada. Tiempo después, el Flaco creyó reconocer en los diarios al americano: era Dan Mitrione, un agente de la CIA que los tupamaros secuestraron y mataron al año siguiente. Pero esa tarde no le contó mucho más; estaba preocupado por la marcha de las cosas en el Camilo y, quizás, también por la ingenuidad con que Graciela las veía.

—No todo es como parece, sabés. Para empezar, tendrías que cuidarte un poco más de Juan.

—¿Cuidarme de Juan?

A Graciela se le notó la extrañeza, el sobresalto.

—Digo, poner un poco más de distancia. Hubo problemas, hubo algunos problemas con él...

Anochecía. Estaban recostados en la arena, roncaba el mar, gaviotas revoloteaban sobre la playa plácida. Por la orilla pasaron dos parejas abrazadas, caminando despacio: tan lejanas. A veces Graciela se sorprendía pensando que el mundo estaba lleno de otras cosas, gentes, intereses. A veces, incluso, le daba un poco de pena que todavía no hubieran entendido. Entonces, a veces, se decía que no tenía que ser soberbia. El Flaco Jorge le apretó la mano y le empezó a contar que había habido una disidencia en el Camilo, que se habían ido varios compañeros.

—¿Te acordás de que Norma y Fernando se fueron de viaje?

—Claro, cómo no me voy a acordar.

—Bueno, fueron a entrenarse a la isla, con el gordo Emilio. Pero cuando estaban allá empezaron a criticar la conducción de Juan y terminaron rompiendo...

El Flaco le contó que esos compañeros se habían hartado del liderazgo indiscutido de Juan, de que se creyera el jefe por derecho divino, y que lo único que le interesaba del Camilo era seguir sacando la revista y que no hacía nada para construir realmente el foco guerrillero. Y que en Buenos Aires Mario Firmenich, Gustavo Ramus y otros dos militantes también habían roto.

—Ahora, hace un par de meses. La llamamos la rebelión de los enanos; como son todos tan petisos...

Graciela no entendía nada. Descubría, de golpe, que la supuesta armonía de un grupo de militantes honestos y dispuestos no era tal, que ante sus narices había habido todo tipo de enfrentamientos y disputas que ni siquiera sospechaba. Y que todo eso había sucedido sin el menor debate, so pretexto de seguridad y compartimentación.

—Pero que se vayan así es muy grave, Jorge. Puede ser que los compañeros tengan alguna razón, pero me parece que romper así es un gesto muy discutible, ¿no? Tendrían que haber tratado de resolver sus conflictos adentro, me parece.

—Seguramente. A mí también me parece. Juan dice que se dejaron llenar la cabeza por los cubanos. Vaya a saber. Pero es cierto que con Juan no es nada fácil, sabés.

Graciela abrazó muy fuerte al Flaco Jorge. Alrededor ya no había playa, y le pareció que cada vez necesitaba más esos abrazos.

Noemí Gianetti de Molfino había enviudado cuatro años antes y para ese entonces ya sabía lo que era criar sola a cinco hijos. Por suerte, los cuatro

mayores ya estaban en el secundario y sólo tenía que preocuparse por Gustavo, de ocho años. Además, la madre de Miguel, a sus cuarenta y tres, había empezado a trabajar. Siempre hay una primera vez, repetía. Como su marido había sido un personaje más o menos público en Resistencia, se consiguió un empleo en el Centro de Rehabilitación del Lisiado.

Noemí salía con Emilio, que era joyero. Ser joyero significaba vender algunos relojes para los casamientos y cumpleaños y, sobre todo, comprarles aros y pulseras a las señoras que necesitaban salir de algún apuro. Pero era un tipo cariñoso, al menos con los hijos de Noemí. No eran una pareja formal y por eso no querían mostrarse, aunque en Resistencia todo se sabía rápidamente.

A Miguel no le parecía mal que su madre tuviera un compañero, pero sus propios asuntos lo tenían bastante revirado. El año anterior había sido malo para él. De buenas a primeras se había ido de Resistencia con sus cuadernos de poemas y cuentos, y con muy pocas ganas de terminar el secundario. Recaló primero en Buenos Aires en la casa del abuelo Fortunato; después pasó el invierno en Mar del Plata, en la casa de un hermano de la madre a donde fue, sin éxito, con la idea de pasársela escribiendo. En noviembre de 1967 volvió a su casa chaqueña con los cuadernos de poemas y recortes de los diarios con la muerte del Che:

—Mamá, el año que viene voy a retomar el colegio.

—Me parece muy bien, querido.

A Miguel le daba un poco de bronca tener que ir a cuarto con dieciocho años y por eso se anotó en la nocturna. Mientras, iba a los bailes de los viernes del colegio de sus hermanas. En ese ambiente se hizo varios amigos y se interesó por uno de los profesores, el cura Rubén Dri, que se definía como un cristiano revolucionario. Él lo invitó a una charla que dio Juan García Elorrio, el director de *Cristianismo y Revolución*; Miguel se entusiasmó y se compró varios números atrasados. Al tiempo, Dri los llevó a la villa Itatí, a tomar mate con los pobres y dar una mano. No era mucho lo que hacían: levantaban una pared, cavaban alguna zanja, pero para él era la manera de descubrir la vida de los villeros, la otra cara de su ciudad. Una tarde de sábado, mientras amasaba los fideos, Noemí encaró a su hijo mayor:

—Miguel, no me parece que te metas en política. Dedicate a escribir, terminá los estudios. Mirá las que pasó tu padre por la política.

—Mamá, esto es muy distinto. Yo no ando con políticos. Vamos con la gente. Esto no es por los votos ni por los cargos.

—Cada vez traés más libros, los folletos esos del Che, traés todos los panfletos que encontrás.

—Mirá, yo quiero militar por los pobres, como hizo el Che.

Noemí se resignó: si Miguel iba a seguir en eso, prefería que las charlas se hicieran en su casa. Así que el living se llenaba de amigos de Miguel, y de a poco también sus hijas empezaron a hablar de socialismo o a pedir prestados discos con canciones de protesta. Ella les preparaba unos sandwiches y les servía té o nesquik; algunas veces, si no la miraban mal, se quedaba escuchándolos.

Febrero de 1968. La campaña moralizadora de los militares seguía adelante, suscitando las quejas de la clase media porteña. En esos días, fue famoso el corte de pelo del pintor y abogado Ernesto Deira, detenido por la policía en un café concert de Suipacha al 700 porque tenía las patillas crecidas. Poco después, en la comisaría, se las cortaron prolijamente. El caso fue resonante. La semana siguiente, Deira aparecía entrevistado en la revista *Extra*:

«—¿Qué sentido le encuentra usted a esta campaña?

»—En todas las épocas se han buscado chivos emisarios, cortinas de humo para disimular problemas más importantes. Todo esto será quizás una consecuencia de una crisis de chivos emisarios: los judíos y los comunistas ya están gastados...

»—Usted, ¿cómo vio comportarse a la policía? ¿Como si sólo cumpliera una orden o, por el contrario, como si estuviera plenamente convencida de la utilidad social que reporta esta campaña?

»—Para los oficiales de alta graduación, comisarios y demás, parecía una Santa Cruzada contra el Anticristo.

»—¿Y los demás?

»—La oficialidad media descarga aquí un evidente resentimiento social, y la tropa me parece el estrato más sensato: estaban desconcertados, avergonzados; hasta parecían sentirse culpables de algo, pero no sabían de qué.

»—¿Le molesta el manoseo público de su caso, se siente una especie de fenómeno?

»—No, no. Si justamente quiero que esto haga mucho ruido, que sonroje, que avergüence: así no se repite. Así sirve de algo».

El fenómeno debía ser mundial. En Cuba, según *Primera Plana*, no se quedaban atrás con los cortes. Dos semanas después, la revista decía que

«aunque las noches del malecón en La Habana no han perdido su dulzura prerrevolucionaria, las hileras de jóvenes presuntamente hippies (o *enfelmitos*, como los llaman los cubanos mal pensados) han desaparecido desde que el Gobierno ordenó: todos los estudiantes deberán cortar sus barbas y melenas, estirar las minifaldas y los pantalones estrechos. Fidel Castro quiere una réplica del ascetismo de los Guardias Rojos o, más bien, convertir a su demasía pilosa en monumento nacional.

»En realidad, la medida es el efecto de una nueva carnada de Profesores universitarios que competirán este año: los militares. Si bien reconocen que la barba y el pelo largo no violan las leyes, objetan: “No se puede concebir a un Comandante ejercitando a un centenar de hippies. Es intolerable”. Hay brigadas que rapan el cabello gratis, pero los estudiantes se resisten: ellos consideran a la barba como un signo revolucionario y no puro esnobismo, como pretende Fidel Castro».

—Gringo, para mí, esto de la normalización de la CGT se parece a un partido de tute cabrero: no sabés si apostar a más o a menos. Si el congreso se hace con participación plena de los Vandor y los Alonso, sale una gran CGT y los dirigentes combativos somos el pato de la boda. Si no se consigue el quórum para sesionar, quedamos en buena posición pero sin CGT nacional. La verdad que no sé. ¿Vos a qué jugarías?

Felipe Alberti y Agustín Tosco se habían subido al tren en la terminal de Córdoba y tenían más de doce horas de viaje hasta Retiro. Recién empezaba el otoño y, detrás de las ventanillas, los campos brillaban de tan verdes. Las tierras de la pampa gringa, de los piamonteses y toscanos que habían llegado a hacer la América, estaban trabajadas hasta el último metro. Alberti y Tosco iban especulando sobre lo que podía pasar en el congreso normalizador de la CGT, que estaba citado para el 28 de marzo. Desde principios del año anterior, con el fracaso del Plan de Acción vandorista, la CGT había quedado acéfala, y ahora se planteaba su «normalización»: era la ocasión para que los grupos que peleaban por conducirla dirimieran sus cuestiones. Por un lado estaban los combativos de Ongaro, Guillán, De Luca, Tosco que, hasta unos días antes, tenían el apoyo del entonces delegado personal de Perón, el mayor Bernardo Alberte, que acababa de ser destituido por el General. Y, por otro, los vandoristas y los participacionistas como Coria, Alonso, Taccone.

Vandor acababa de hacerse reelegir como secretario general de la UOM en un proceso muy confuso. Las elecciones estaban previstas para mayo del 67 pero, ante la presentación de dos listas opositoras, la gris y la rosa, el Lobo

le pidió a su viejo amigo Rubens San Sebastián, entonces secretario de Trabajo de Onganía, que las aplazara. El gobierno prorrogó los mandatos de los dirigentes. Rodolfo Walsh lo resumiría poco después:

«Y (Vandor) se quedó, elegido por el secretario de Trabajo del gobierno elegido por nadie.

»Ahora había que ajustar la deteriorada maquinaria. Las grandes empresas metalúrgicas despiden uno por uno a los enemigos conocidos de Vandor. La General Electric echó a 5 candidatos de la lista gris, además de 56 obreros de su planta de Santo Domingo y 70 (incluso 12 delegados) de su planta Carlos Berg. La Phillips completa un millar de despidos: no queda ningún delegado, o que haya sido delegado aún en los tiempos más remotos. Tamet, de la banca Tornquist, cesantea a 47 candidatos opositores. Camea, a 150. Despidos masivos de trabajadores antivandoristas sacuden a Ascensores Electra, BTB, Fanal, Saccol, Volcán, Deador, Perdriel, Manuel Royo, Silvania y Zabaza.

»Los grises y los rosados desaparecen del mapa. Advertidos, los metalúrgicos esconden el bulto: antivandorismo equivale a perder el trabajo. En marzo de 1968 Vandor ha recuperado la confianza y cree que puede dar elecciones.

»Su proverbial cautela, sin embargo, le hace elegir el momento de la convocatoria: la semana de carnaval, cuando muchos trabajadores están de vacaciones. Como por milagro resurge la oposición, las listas rosa y gris se unifican en la Capital, presentan sus 104 candidatos y las 750 firmas de aval. Vandor acude entonces a una táctica que nadie ha perfeccionado como él: dividir el campo opositor. Compra directamente a 6 candidatos de la lista gris, que se reúnen, “expulsan” a los demás y publican una solicitada bajo el título “Procedemos así porque no somos comunistas”. Pero esta vez la maniobra fracasa.

»Capital, con 60.000 afiliados, era la seccional más importante. Setenta y dos horas antes de los comicios era evidente que la gris arrasaba. “Ganamos por muerte y desolación”, decía un dirigente. El vandorismo emplea un último recurso: hace impugnar la lista por la junta electoral. La protesta opositora se derivó al secretario San Sebastián, que todavía lo está pensando.

»La lista gris ordenó entonces no votar. En la Capital, 57.500 trabajadores sobre 60.000 cumplieron la orden. El vandorismo obtuvo apenas 2500 votos, el cuatro por ciento del gremio...

»Falta aún elegir los cuerpos de delegados. Se hacen algunas elecciones maravillosas, con sobres abiertos que entran de a 3 en las urnas, carnets falsos, voto cantado, urnas cambiadas. En la fábrica de envases Centenera,

Bunge y Born facilita el triunfo de sus amigos despidiendo a 40 activistas opositores. A pesar de todo el vandorismo empieza a perder en las empresas más grandes: Tamet, Camea, BTB. Entonces se suspenden las elecciones y la mayoría de las fábricas permanecen hasta hoy sin delegados, los trabajadores sin defensa alguna ante los patrones. Igual que en 1955 el gremio está intervenido. Sólo que el interventor es ahora el secretario general de la UOM».

Mientras tanto, el gobierno había tomado una serie de medidas que afectaban a los trabajadores, privados de defensa gremial: ley de represión de los conflictos laborales, violación de los contratos colectivos de trabajo, modificación de la ley de indemnizaciones por despido, aumento de la edad para jubilarse, eliminación de las compensaciones por años de servicio. La normalización de la CGT era básica para frenar ese avance.

—Mirá, Felipe, acá la clave está en no aceptar la cláusula impuesta por la dictadura de que sólo pueden participar los sindicatos que no están intervenidos. Parece que los vandoristas y los participacionistas la van a apoyar. Primero hay que ver eso. Después, las diferencias internas las tenemos que arreglar en el marco de la democracia sindical. Acá el problema pasa por la independencia del movimiento obrero. Vos te acordás que cuando se produjo el golpe yo viajé a Buenos Aires y Taccone estaba entusiasmado con la idea de la industrialización que tiró Onganía, incluso decía que eso iba a fortalecer el gremio, porque se iba a consumir más energía y que eso iba a dar más trabajo...

Juan José Taccone era el secretario general de la Federación de Obreros de Luz y Fuerza, y tenía su base en la seccional Capital, la más grande del gremio con sus 25.000 afiliados, diez veces más que la de Córdoba. Los trabajadores de Córdoba eran todos de la Empresa Provincial de Energía de Córdoba (EPEC), un ente estatal donde entraban, por influencias, empleados de origen radical, y también comunistas o socialistas. Una diferencia muy grande con la Capital, donde la mayoría de los trabajadores eran de SEGBA (Servicios Eléctricos del Gran Buenos Aires), un bastión peronista en el que los acomodados llegaban de la mano de los gobiernos militares.

—Hay que pararlos de alguna manera. Lo de Taccone no tiene nombre. Que la inauguración del hotel de veintidós pisos en Mar del Plata, que la compra del hotel de Bariloche... ¿Ahora qué va a hacer? ¿Se va a esconder en el hotel?

—Sí. Un guacho tierno; si ya nos empezó a tratar de zurdos cuando sacamos esa solicitada en *La Voz del Interior* diciendo qué es el

corporativismo.

—La de diciembre del 66.

—Fue antes, Gringo, en octubre. Hay que hacer algo, che, tenemos que hacer algo. Vos y yo ya tenemos treinta y ocho pirulos y muchos años de sindicato, pero estos tipos nos tratan como si fuéramos chicos...

—Pará Felipe, que no se te suba la tanada a la cabeza, porque estos días me parece que vamos a estar en el ojo de la tormenta. Habrá que ver cómo se puede ir encontrando un espacio de unidad con otros sectores, con gente de otras provincias y de los gremios combativos...

Estaba oscureciendo y la calefacción del tren no era excesiva. El Gringo y Felipe terminaron sus sandwiches de milanesa, se sacudieron las miguitas y se subieron el cuello de la campera. El Gringo Tosco solía decir que no había mejor lugar que un tren para dormirse como en una cuna.

Al día siguiente, Agustín Tosco y Felipe Alberti estaban instalados en un viejo hotel de pasajeros de la avenida Rivadavia, a cuatro cuadras de la sede de la Unión Tranviarios Automotor, en Moreno al 2600, donde se haría el congreso normalizador de la CGT. Tosco, que integraba la Federación Nacional de su gremio, había salido temprano a verse con dirigentes de otras seccionales chicas. Varios se quejaron de que los delegados del gremio ante el Congreso estaban todos alineados con Taccone. De hecho, Tosco ni siquiera era delegado. Y estaban indignados porque, esa misma noche, Taccone se iba a reunir con Guillermo Borda, el ministro del Interior de Onganía.

—Mirá Felipe, más tarde tenemos unas citas con gente de ferroviarios y telefónicos. Nos van a tener al tanto de cómo van las negociaciones entre los independientes y estos guasos de la comisión de los 20. Si no hay acuerdo en que todos los delegados de los gremios tienen voto, estén o no estén intervenidos, puede ser que se postergue todo hasta nuevo aviso. Pero, por lo que me han dicho, se puede dar el enfrentamiento. Si se logra el quórum propio, los gremios independientes quieren hacer funcionar el congreso sin la gente de ellos.

Había más suposiciones que certezas. Al fin de la jornada lo más sustancioso fue la paella que se comieron en un bodegón de la calle Salta. Alberti servía el vino Toro con soda y recordaba sus años de recién casado en Mar del Plata, cuándo trabajaba de panadero a mediados de los 50:

—En esos tiempos me cansé de comer pescado, tenía un vecino que trabajaba en un barquito de una empresa pesquera y sabía traer merluza o bonito. Así que lo metíamos en el horno de la panadería bien adobado. Una

cosa de locos. Ya te vaa' a hacer uno algún día, Gringo. Mirá, si este congreso sale bien, te juro que te hago uno, aunque sea en la parrilla del fondo de casa.

—Por de pronto, veamos qué vamos a hacer mañana. Yo no quiero ni entrar al congreso. Lo mejor es que vos vayas y me cuentes cómo van marchando las cosas.

Agustín Tosco había decidido no aparecer: pensaba que un tipo de su prestigio no podía estar en el gallinero. O participaba con todos los derechos o no iba, y como las maniobras de Taccone le habían impedido ser delegado, prefirió mandarlo a Felipe como emisario.

El jueves 28, a las ocho de la mañana, Felipe Alberti estaba plantado frente a la sede de los tranviarios. Era un hervidero. A esa hora tenían que llegar los delegados para retirar sus credenciales. Y a los rumores se sumaba una lentitud desesperante en cada trámite: era evidente que se estaba cocinando algo. Las puertas de la UTA se abrieron pasadas las once y recién a las dos de la tarde aparecieron los delegados normalizadores. Uno de ellos tomó la palabra para dar la mala noticia: no habían reunido la cantidad de delegados que marcaba el estatuto para que pudiera sesionar el congreso. En el recinto había 218 delegados. Si el número no mejoraba, la normalización de la CGT quedaría para otra oportunidad. Hubo gritos y amenazas y se pidió un cuarto intermedio. A los diez minutos el panorama era otro: los delegados sumaban 239 y eso daba quórum. Quedaba claro que el sector dialoguista se retiraba del congreso. El cuarto intermedio se extendió hasta las seis de la tarde.

Tosco esperaba a Alberti en una confitería de Plaza Once. Los alrededores de la sede de los tranviarios eran un ir y venir de muchachos con camperas, de todos los gremios y todas las tendencias. Negociaban los que esperaban la palabra de Vandor y los participacionistas —o colaboracionistas— sobre cuáles serían sus pasos futuros si, como se preveía, desconocían el congreso. Negociaban los que se quedaban y debían ver quiénes podían ser las cabezas de un sindicalismo combativo.

—Bueno, Gringo, parece que si era un tute cabrero había que jugar a menos. Por lo menos en esta vuelta, porque con el retiro de los gremios grandes, la única representación sindical nacional queda en manos de los independientes, de los más combativos. El problema es que la mayoría de los dirigentes combativos son de gremios más chicos.

—Todavía está complicado, Felipe. Estuve con unos compañeros telefónicos que me dijeron que la maniobra de Vandor y Alonso es desconocer el congreso y citar al Comité Central Confederal. Parece que

tienen el apoyo de metalúrgicos, vestido, petroleros, construcción. También están los de Taccone. Anoche Taccone se reunió nomás con Borda. Estos burócratas no tienen vergüenza: están negociando todo con los jefes de la dictadura. El tema es que los colaboracionistas tienen más de 250 delegados, así que ahora todo depende de que Ongaro, Guillán, De Luca puedan sumar a los delegados indecisos.

El congreso retomó su actividad después de las diez de la noche. Cuando la comisión de poderes dio la cifra de delegados acreditados el clima de confianza crecía: en siete horas la cifra había pasado de 239 a 393.

La reunión empezó a tomar color: De Luca pidió que se votara un repudio a la dictadura que tenía detenido al dirigente portuario Eustaquio Tolosa, condenado a cinco años de prisión por encabezar una huelga de su gremio. De inmediato, Tolosa fue elegido presidente honorario del congreso. Tras los gritos y mueras a la dictadura, otro pidió un minuto de silencio para Amado Olmos, dirigente del gremio de la sanidad muerto un mes antes en un accidente. Olmos había sido de los primeros en intentar la unión de los combativos, y por eso lo habían echado del consejo directivo de la CGT; para terminar de hundirlo, Paulino Niembro, ex diputado metalúrgico, lo había acusado de castrista. Por unanimidad, le pusieron su nombre al congreso.

Las deliberaciones se retomaron a las cinco de la tarde del día siguiente. El respiro de la mañana y el mediodía sirvió para descansar pero, sobre todo, para que algunos gremios se tomaran su tiempo para deshojar la margarita: Vandor y Alonso se habían acuartelado en la sede del Sindicato de la Alimentación, a veinte cuadras de la sede de la UTA. Sus emisarios se acercaban a los bares del Once y tentaban a los dirigentes más tibios para que abandonaran el congreso Amado Olmos.

Una vez que retomaron las sesiones, parecía evidente que los combativos habían conseguido el control de la central obrera. Aunque faltaba un tema decisivo: ya llegaba la medianoche y todavía no había acuerdo sobre el secretario general. Los dos candidatos eran el naval Ricardo De Luca y el gráfico Raimundo Ongaro.

Cuando se leyó la lista de unidad los aplausos explotaron: Ongaro encabezaba la CGT y De Luca era secretario de prensa. Los otros integrantes del consejo directivo eran: Amancio Pafundi (adjunto, personal civil), Julio Guillán (gremial e interior, telefónico), Benito Romano (prosecretario, trabajadores azucareros), Jorge Datermini (finanzas, municipales), Armando Coronel (prosecretario, conductores de trenes) y Antonio Scipione (Unión Ferroviaria, previsión social).

Tosco siguió con su postura de no entrar al congreso. Alberti estaba entre los concurrentes y se quedó muy bien impresionado del discurso de Ongaro.

—Gringo, vos sos más conceptual. Este Ongaro tiene otro estilo, más encendido, mantiene la vista levantada, parece que se va inspirando a medida que empieza a hablar. Algo medio místico, sabés, pero con mucha polenta. Me gusta el tipo, che...

El sábado a la noche los dos cordobeses estaban de nuevo camino a su provincia. En Retiro, Tosco compró la *Crónica*. Cuando se sentó y empezó a hojear, en la página ocho encontró un título que auguraba tiempos muy duros: «El ministro de Trabajo, Rubens San Sebastián, dijo que el gobierno no convalidará una CGT que no se ajuste a las leyes vigentes».

El Gringo se tomó un mes para decidir qué haría su sindicato. Llamó a una reunión del Consejo Directivo, en el tercer piso de la sede de Luz y Fuerza de Córdoba. Alberti estaba entre los más entusiastas. Querían tomar la iniciativa en armar la regional Córdoba de la CGT. Desde Buenos Aires, Taccone presionaba para que no lo hicieran. En Buenos Aires la división ya estaba sellada: en el edificio de la Federación Gráfica Bonaerense, en la avenida Paseo Colón, funcionaba la CGT de los Argentinos, que se llamaba así para diferenciarse de la que habían armado vandoristas y participacionistas, que funcionaba a tres cuadras, en la calle Azopardo.

Esa noche, el salón de reuniones de Luz y Fuerza de Córdoba estaba adornado con las fotos de viejos dirigentes y una bandera argentina. Tosco se levantó de su asiento: tenía unas hojas en la mano derecha y con la izquierda empezó a hacer gestos enfáticos:

—Compañeros: nos hemos tomado un tiempo para analizar cómo construir en nuestra provincia la representación de la CGTA. El secretariado nos ha enviado una declaración que se hará pública en estos días. Se trata de un verdadero programa del movimiento obrero, un programa que defiende nuestros intereses de clase y al que, creo, debemos adherir plenamente.

El silencio de los sindicalistas era casi religioso.

—Pero debemos ser conscientes de que la CGT de los Argentinos sirve si es una herramienta de combate contra la dictadura contra el sistema. Nuestra participación será un compromiso de lucha, un compromiso que debe ser asumido por cada uno. El que levante la mano a favor de esta propuesta, debe saber que votará a favor de la lucha y que eso implicará enfrentar la persecución, la cárcel...

Tras una hora de discurso y de análisis del programa de la CGT de los Argentinos, los lucifuercistas cordobeses llamaron a una asamblea de

trabajadores que aprobó la moción de Agustín Tosco. La filial Córdoba de la CGTA había recibido un impulso decisivo.

Mayo de 1968. El 1.º, Día del Trabajo, la CGT de los Argentinos presentó su programa en un acto encabezado por Raimundo Ongaro y Agustín Tosco en el Córdoba Sport Club. Se titulaba «Mensaje a los trabajadores y al pueblo argentino»; aunque el escrito apareció sin firma, después se supo que su redactor principal fue Rodolfo Walsh. Una de las sorpresas del acto fue la presencia del ex presidente Arturo Illia, que se abrazó con Ongaro ante los aplausos de los concurrentes:

«1. Nosotros, representantes de la CGT de los Argentinos, legalmente constituida en el congreso normalizador Amado Olmos, en este 1.º de mayo, nos dirigimos al pueblo.

»Los invitamos a que nos acompañen en un examen de conciencia, una empresa común y un homenaje a los forjadores, a los héroes y los mártires de la clase trabajadora.

»En todos los países del mundo, ellos han señalado el camino de la liberación. Fueron masacrados en oscuros calabozos como Felipe Vallese, cayeron asesinados en los ingenios azucareros como Hilda Guerrero. Padecen todavía en injustas cárceles. En esa luchas y en esos muertos reconocemos nuestro fundamento, nuestro patrimonio, la tierra que pisamos, la voz con que queremos hablar, los actos que debemos hacer; esa gran revolución incumplida y traicionada pero viva en el corazón de los argentinos.

»2. Durante años solamente nos han exigido sacrificios. Nos aconsejaron que fuésemos austeros: lo hemos sido hasta el hambre.

»Nos pidieron que aguantáramos un invierno: hemos aguantado 10. Nos exigen que racionalicemos: así vamos perdiendo conquistas que obtuvieron nuestros abuelos. Y cuando no hay humillación que nos falte padecer ni injusticia que reste cometerse con nosotros, se nos pide irónicamente que “participemos”.

»Les decimos: ya hemos participado, y no como ejecutores sino como víctimas en las persecuciones, en las torturas, en las movilizaciones, en los despidos, en los desalojos. No queremos esa clase de participación. Un millón y medio de desocupados y subempleados son la verdadera medida de este sistema y de este gobierno elegido por nadie. La clase obrera vive su hora más amarga. Convenios suprimidos, derechos de huelga anulados, conquistas pisoteadas, gremios intervenidos, prisiones suspendidas, salarios congelados.

»La situación del país no puede ser otra que un espejo de la nuestra. El índice de mortalidad infantil es cuatro veces superior al de los países desarrollados, 20 veces superior en zonas de Jujuy donde un niño de cada tres muere antes de cumplir un año de vida. Más de la mitad de la población está parasitada por la anquilostomiasis en el litoral norteño, el 40% de los chicos padecen de bocio en Neuquén, la tuberculosis y el mal de Chagas causan estragos por doquier. La deserción escolar en el ciclo primario llega al 60%; al 83% en Corrientes, Santiago del Estero y el Chaco; las puertas de los colegios secundarios están entornadas para los hijos de los trabajadores y definitivamente cerradas las de la universidad.

»La década del 30 resucita en todo el país con su cortejo de miseria y de ollas populares: 400 pesos es un jornal en los secaderos de yerba, 300 en los obrajes, en los cañaverales de Tucumán se olvida ya hasta el aspecto del dinero.

»A los desalojos rurales se suma ahora la reaccionaria ley de alquileres que coloca a decenas de miles de comerciantes y pequeños industriales en situación de desalojo, cese de negocios y aniquilamiento del trabajo de muchos años.

»No queda ciudad en la República sin su conjunto de villas miserias donde el consumo de agua y energía eléctrica es comparable al de las regiones interiores de África. Un millón de personas se apiñan alrededor de Buenos Aires en condiciones infrahumanas, sometidas a un tratamiento de ghetto y a las razias nocturnas que nunca afectan las zonas residenciales donde algunos “correctos” funcionarios ultiman la venta del país y donde jueces “impecables” exigen coimas de 40 millones de pesos.

»Agraviados en nuestra dignidad, heridos en nuestros derechos, despojados de nuestras conquistas, venimos a lanzar en el punto donde otros las dejaron, viejas banderas de lucha.

»3. Grandes países que salieron devastados de la guerra, pequeños países que aún soportan invasiones e implacables bombardeos, han reclamado de sus hijos penurias mayores que las nuestras. Si un destino de grandeza nacional, si la defensa de la patria, si la definitiva liquidación de las estructuras explotadoras fuesen la recompensa inmediata o lejana de nuestros males, ¿qué duda cabe que los aceptaríamos en silencio? Pero no es así. El aplastamiento de la clase obrera va acompañado de la liquidación de la industria nacional, la entrega de todos los recursos, la sumisión a los organismos financieros internacionales.

»Asistimos avergonzados a la culminación, tal vez epílogo, de un nuevo período de desgracia.

»Durante el año 1967 se ha completado prácticamente la entrega del patrimonio económico del país a los grandes monopolios norteamericanos y europeos. En 1958, el 59% de lo facturado por las 50 empresas más grandes del país correspondía a capitales externos; en 1965 esa cifra ascendía al 65%; hoy se puede afirmar que las tres cuartas partes del gran capital invertido pertenecen a los monopolios.

»La empresa que en 1965 alcanzó la cifra más alta de ventas en el país, en 1968 ha dejado de ser argentina, la industria automotriz está descoyuntada, dividida en fragmentos que han ido a parar uno por uno a los grupos monopolícos. Viejas actividades nacionales como la manufactura de cigarrillos pasaron en bloque a intereses extranjeros. El monopolio norteamericano del acero está a punto de hacer su entrada triunfal. La industria textil y la de la alimentación están claramente penetradas y amenazadas.

»El método que permitió este escandaloso despojo no puede ser más simple. El gobierno que surgió con el apoyo de las fuerzas armadas, elegido por nadie, rebajó los aranceles de importación, los monopolios aplicaron la ley de la selva —el dumping—, los fabricantes nacionales se hundieron. Esos mismos monopolios, sirviéndose de bancos extranjeros, ejecutaron luego a los deudores, llenaron de créditos a sus mandantes que con dinero argentino compraron a precio de bancarrota las empresas que el capital y el trabajo nacional habían levantado en años de esfuerzo y sacrificio.

»Éste es el verdadero rostro de la libre empresa, de la libre entrega, filosofía oficial del régimen, por encima de ilusorias divisiones entre “nacionalistas” y “liberales”, incapaces de ocultar la realidad de fondo que son los monopolios en el poder. Este poder de los monopolios que con una mano aniquila a la empresa privada nacional, con la otra amenaza a las empresas del Estado donde la racionalización no es más que el prólogo de la entrega, y anuda los últimos lazos de la dependencia financiera. Es el Fondo Monetario Internacional el que fija el presupuesto del país y decide si nuestra moneda se cotiza o no en los mercados internacionales. Es el Banco Mundial el que planifica nuestras industrias clave. Es el Banco Interamericano de Desarrollo el que indica en qué países podemos comprar. Son las compañías petroleras las que cuadriculan el territorio nacional y sus mares aledaños con el mapa de sus inicuas concesiones. El proceso de concentración monopolista desatado por el gobierno no perdonará un solo renglón de la actividad

nacional. Poco más y sólo faltará desnacionalizar la tradición argentina y los museos.

»La participación que se nos pide es, además de la ruina de la clase obrera, el consentimiento de la entrega. Y eso no estamos dispuestos a darlo los trabajadores argentinos.

»4. La historia del movimiento obrero, nuestra situación concreta como clase y la situación del país nos llevan a cuestionar el fundamento mismo de esta sociedad: la compra-venta del trabajo y la propiedad privada de los medios de producción.

»Afirmamos que el hombre vale por sí mismo, independientemente de su rendimiento. No se puede ser un capital que rinde interés, como ocurre en una sociedad regida por los monopolios dentro de la filosofía libreempresista.

»El trabajo constituye una prolongación de la persona humana, que no debe comprarse ni venderse. Toda compra o venta del trabajo es una forma de esclavitud.

»La estructura capitalista del país, fundada en la absoluta propiedad privada de los medios de producción, no satisface sino que frustra las necesidades colectivas, no promueve sino que traba el desarrollo individual. De ella no puede nacer una sociedad justa ni cristiana. El destino de los bienes es servir a la satisfacción de las necesidades de todos los hombres. En la actualidad prácticamente todos los bienes se hallan apropiados, pero no todos los hombres pueden satisfacer sus necesidades: el pan tiene dueño, pero un dueño sin hambre. He aquí al descubierto la barrera que separa las necesidades humanas de los bienes destinados a satisfacerlas: el derecho de propiedad tal como hoy es ejercido.

»Los trabajadores de nuestra patria, compenetrados del mensaje evangélico de que los bienes no son propiedad de los hombres sino que los hombres deben administrarlos para que satisfagan las necesidades comunes, proclamamos la necesidad de remover a fondo aquellas estructuras. Para ello retomamos pronunciamientos ya históricos de la clase obrera argentina. A saber:

»—la propiedad debe existir en función social,

»—los trabajadores, auténticos creadores del patrimonio nacional, tenemos derecho a intervenir no sólo en la producción sino en la administración de las empresas y distribución de los bienes,

»—los sectores básicos de la economía pertenecen a la Nación. El comercio exterior, los bancos, el petróleo, la electricidad, la siderurgia y los frigoríficos deben ser nacionalizados,

»—los compromisos financieros firmados a espaldas del pueblo no pueden ser reconocidos,

»—los monopolios que arruinan nuestra industria y que durante largos años nos han estado despojando, deben ser expulsados sin compensación de ninguna especie,

»—sólo una profunda reforma agraria, con las expropiaciones que ella requiera, puede efectivizar el postulado de que la tierra es de quien la trabaja,

»—los hijos de obreros tienen los mismos derechos a todos los niveles de educación que hoy gozan solamente los miembros de las clases privilegiadas.

»A los que afirman que los trabajadores deben permanecer indiferentes al destino del país y pretenden que nos ocupemos solamente de problemas sindicales, les respondemos con las palabras de un inolvidable compañero, Amado Olmos, quien días antes de morir, desentrañó para siempre esa farsa: “El obrero no quiere la solución por arriba, porque hace 12 años que la sufre y no sirve. El trabajador quiere el sindicalismo integral, que se proyecta hacia el control del poder, que asegura en función de tal el bienestar del pueblo todo. Lo otro es sindicalismo amarillo, imperialista, que quiere que nos ocupemos solamente de los convenios y las colonias de vacaciones”.

»5. Las palabras de Olmos marcan a fuego al sector de dirigentes que acaban de traicionar al pueblo y separarse para siempre del movimiento obrero. Con su experiencia, que ya era sabiduría profética, explicó los motivos de esa defección: “Hay dirigentes —dijo— que han adoptado las formas de vida, los automóviles, las casas, las inversiones, y los gustos de la oligarquía a la que dicen combatir. Desde luego con una actitud de ese tipo no pueden encabezar a la clase obrera”.

»Son esos mismos dirigentes los que apenas iniciado el congreso normalizador del 28 de marzo, convocado por ellos mismos, estatutariamente reunido, que desde el primer momentos sesionó con el quórum necesario, lo abandonaron por no poder dominarlo y cometieron luego la felonía sin precedentes en los anales del sindicalismo de denunciar a sus hermanos ante la Secretaría de Trabajo. Son ellos los que hoy ocupan un edificio vacío y usurpan una sigla, pero han asumido al fin su papel de agentes de un gobierno, de una oligarquía y de un imperialismo.

»¿Qué duda cabe hoy de que Olmos se refería a esos dirigentes que se autocalifican de “colaboracionistas” y “participacionistas”? Durante más de un lustro cada enemigo de la clase trabajadora, cada argumento de sanciones, cada editorial adverso, ha sostenido que no existía en el país gente tan corrompida como algunos dirigentes sindicales. Costaba creerlo, pero era

cierto. Era cierto que se realizaban en el lujo insolente de sus automóviles y el tamaño de sus quintas de fin de semana, que apilaban fichas en los paños de los casinos y hacían cola en las ventanillas de los hipódromos, que paseaban perros de raza en las exposiciones internacionales. Esa satisfacción ha dado a los enemigos del movimiento obrero y una amargura a nosotros. Pero es una suerte encontrarlos al fin a todos juntos —dirigentes ricos que nunca pudieron unirse para defender trabajadores pobres—, funcionarios y cómplices de un gobierno que se dice llamado a moralizar, y separados para siempre de la clase obrera.

»Con ellos, que voluntariamente han asumido ese nombre de colaboracionistas, que significa entregadores en el lenguaje internacional de la deslealtad, no hay advenimiento posible. Que se queden con sus animales, sus cuadros, sus automóviles, sus viejos juramentos falsificados, hasta el día inminente en que una ráfaga de decencia los arranque del último sillón y de las últimas representaciones traicionadas.

»6. La CGT de los Argentinos no ofrece a los trabajadores un camino fácil, un panorama risueño, una mentira más. Ofrece a cada uno un puesto de lucha.

»Las direcciones indignas deben ser barridas desde las bases. En cada comisión interna, cada gremio, cada federación, cada regional, los trabajadores deben asumir su responsabilidad histórica hasta que no quede un vestigio de colaboracionismo. Ésa es la forma de probar que la unidad sigue intacta y que los falsos caudillos no pueden destruir desde arriba lo que se ha amasado desde abajo con el dolor de tantos.

»Este movimiento ya está en marcha, se propaga con la fuerza arrasadora por todos los caminos de la República.

»Advertimos sin embargo que de la celeridad de este proceso depende el futuro de los trabajadores. Los sectores interesados del gobierno elegido por nadie no actúan aún contra esta CGT, elegida por todos: calculan que la escisión promovida por dirigentes vencidos y fomentados por la Secretaría de Trabajo bastará para distraer unos meses a la clase obrera, mientras se consuman etapas finales de la entrega. Si nos limitáramos al enfrentamiento con esos dirigentes, aun si los desalojáramos de sus últimas posiciones, seríamos derrotados cuando en el momento del triunfo cayeran sobre nosotros las sanciones que debemos esperar pero no temer.

»El movimiento obrero no es un edificio ni cien edificios; no es una prisionería ni cien prisionerías; no es un sello de goma ni es un comité; no es una comisión delegada ni es un secretariado. El movimiento obrero es la

voluntad organizada del pueblo y como tal no se puede clausurar ni intervenir. Perfeccionando esa voluntad, pero sobre todo esa organización, debemos combatir con más fuerza que nunca por la libertad, la renovación de los convenios, la vigencia de los salarios, la derogación de las leyes como la 17.224 y la 17.709, la reapertura y creación de nuevas fuentes de trabajo, el retiro de las intervenciones y la anulación de las leyes represivas que hoy ofenden a la civilización que conmemora la declaración y el ejercicio de los derechos humanos.

»Aún eso no es suficiente. La lucha contra el poder de los monopolios y contra toda forma de penetración extranjera es misión natural de la clase obrera, que ella no puede declinar. La denuncia de esa penetración y la resistencia a la entrega de las empresas nacionales del capital privado o estatal son hoy las formas concretas del enfrentamiento. Porque la Argentina y los argentinos queremos junto con la revolución moral y de elevamiento de los valores humanos, ser activos protagonistas y no dependientes en la nueva era tecnológica que transforma al mundo y conmociona a la humanidad. Y si entonces cayeran sobre nosotros los retiros de personería, las intervenciones y las clausuras, será el momento de recordar lo que dijimos en el congreso normalizador: que a la luz o en la clandestinidad, dentro de la ley o en las catacumbas, este secretariado y este consejo directivo son las únicas autoridades legítimas de los trabajadores argentinos, hasta que podamos reconquistar la libertad y la justicia social y le sea devuelto al pueblo el ejercicio del poder.

»7. La CGT de los Argentinos no se considera única actora en el proceso que vive el país, no puede abstenerse de recoger las aspiraciones legítimas de los otros sectores de la comunidad ni de convocarlos a una gran empresa común, no puede ni siquiera renunciar a la comunicación con sectores que por una errónea inteligencia de su papel verdadero aparecen enfrentados a nuestros intereses. Apelamos pues:

»—a los empresarios nacionales para que abandonen la suicida política de sumisión a un sistema cuyas primeras víctimas serán ellos mismos. Los monopolios no perdonan, los bancos extranjeros no perdonan, la entrega no admite exclusiones ni favores personales. Lealmente les decimos: fábrica por fábrica los hemos de combatir en defensa de nuestras conquistas avasalladas, pero con el mismo vigor apoyaremos cada empresa nacional enfrentada con una empresa extranjera. Ustedes eligen sus alianzas, que no tengan que llorar por ellas.

»—a los pequeños comerciantes e industriales, amenazados por desalojo en beneficio de cuatro inmobiliarias y un par de monopolios dispuestos a repetir el despojo consumado con la industria, a liquidar los últimos talleres, a comprar uno por uno lo que vale diez, a barrer hasta con el almacenero y el carnicero de barrio en beneficio del supermercado norteamericano, que es el mercado único, sin competencia posible. Les decimos: su lugar está en la lucha, junto a nosotros.

»—a los universitarios, intelectuales, artistas, cuya ubicación no es dudosa frente a un gobierno elegido por nadie que ha intervenido universidades, quemado libros, aniquilado la cinematografía nacional, censurado el teatro, entorpecido el arte. Les recordamos: el campo del intelectual es por definición la conciencia. Un intelectual que no comprende lo que pasa en su tiempo y en su país es una contradicción andante, y el que comprendiendo no actúa, tendrá un lugar en la antología del llanto, no en la historia viva de su tierra.

»—a los militares, que tienen por oficio y vocación la defensa de la patria: nadie les ha dicho que tienen que ser los guardianes de una clase, los verdugos de otra, el sostén de un gobierno que nadie quiere, los consentidores de la penetración extranjera. Aunque se afirme que ustedes no gobiernan, a los ojos del mundo son los responsables del gobierno. Con la franqueza que pregonan, decimos: que preferiríamos tenerlos a nuestro lado y del lado de la justicia, pero que no retrocederemos de las posiciones que algunos de ustedes parecerían haber abandonado pues nadie debe ni puede impedir el cumplimiento de la soberana voluntad del pueblo, única base de la autoridad del poder público.

»—a los estudiantes queremos verlos junto a nosotros, como de algún modo estuvieron juntos en los hechos, y asesinados por los mismos verdugos, Santiago Pampillón y Felipe Vallese. La CGT de los Argentinos no les ofrece halagos ni complacencias, les ofrece una militancia concreta junto a sus hermanos trabajadores.

»—a los religiosos de todas las creencias: sólo palabras de gratitud para los más humildes entre ustedes, los que han hecho suyas las palabras evangélicas, los que saben que “el mundo exige el reconocimiento de la dignidad humana en toda su plenitud, la igualdad de todas las clases”, como se ha firmado en el concilio, los que reconocen que no se puede servir a Dios y al dinero. Los centenares de sacerdotes que han estampado su firma al pie del manifiesto con que los obispos del Tercer Mundo llevan a la práctica las enseñanzas de la *Populorum Progressio*.

»La CGT convoca en suma a todos los sectores, con la única excepción de las minorías entregadores y dirigentes corrompidos, a movilizarse en los cuatro rincones del país para combatir de frente al imperialismo, los monopolios y el hambre.

»Sabemos que por defender la decencia todos los inmorales pagarán campañas para destruirnos. Comprendemos que por reclamar libertad, justicia y cumplimiento de la voluntad soberana de los argentinos nos inventarán todos los rótulos, incluso el de subversivos, y pretenderán asociarnos a secretas conspiraciones que desde luego rechazamos.

»Descontamos que por defender la autodeterminación nacional se unirán los explotadores de cualquier latitud para fabricar las infamias que les permitan clausurar nuestra voz, nuestro pensamiento y nuestra vida.

»Alertamos que por luchar junto a los pobres, con nuestra única bandera azul y blanca, los viejos y nuevos inquisidores levantarán otras cruces, como vienen haciendo a lo largo de los siglos.

»Pero nada nos habrá de detener, ni la cárcel ni la muerte. Porque no se puede encarcelar y matar a todo el pueblo y porque la inmensa mayoría de los argentinos, sin pactos electorales, sin aventuras colaboracionistas ni golpistas, sabe que sólo el pueblo salvará al pueblo».

El programa fue publicado, íntegro, en el número uno de *CGT*, el periódico de la CGT de los Argentinos, que dirigía Rodolfo Walsh.

—¿Y si no volvemos a vernos?

—No digas eso, Graciela. Vamos a volver a vernos.

—Ya sé. ¿Pero y si no?

En abril de 1968 la situación había cambiado mucho. En esos días, el Flaco Jorge había cumplido veinte años y recibido la convocatoria para el servicio militar. Estaba en Uruguay, libre pero bajo proceso, no podía irse legalmente, nadie sabía qué podría pasar si se volvía a la Argentina: Juan García Elorrio le propuso que condujera el nuevo grupo de cinco militantes del Comando Camilo Torres que, dado el fracaso del anterior, se preparaba para ir a entrenarse a Cuba. De ese grupo, decía, sí saldría el foco guerrillero del que ya habían hablado tanto.

El Flaco aceptó la propuesta con entusiasmo y Graciela tuvo que volver a su papel de correo para contactar a los otros viajeros, conseguir los pasaportes falsos, sacar los pasajes. Esa mañana Casiana le había dicho que fuera al Cervatillo de Arenales y Riobamba, con su bolso, preparada para salir de viaje. En una mesa del fondo, junto a una ventana, estaba Casiana con un

hombre que se parecía mucho a Juan. Graciela pensó que estaba viendo una aparición: si acaso, era una aparición que se reía:

—Sí, me mandaron de vuelta.

—Pero cómo, ¿no estás perseguido?

—Parece que no, ya ves.

Juan le contó que dos días antes la policía uruguaya lo había detenido en el centro de Montevideo al grito de un punga, un punga, lo habían metido en un coche, lo habían llevado al puerto y embarcado sin mayor dilación. Y que cuando llegó a Buenos Aires nadie le pidió cuentas ni se ocupó de él: que en Migraciones, cuando esperaba que lo detuvieran, lo dejaron pasar con gran indiferencia. Así que la conducción del Camilo ya estaba de vuelta en la patria, y acompañada por su mujer, Casiana. Que le dio a Graciela un dinero que tenía que llevarle esa misma tarde al Flaco, a Montevideo.

Graciela nunca supo exactamente de dónde venía el dinero que gastaban, pero sí que buena parte eran aportes personales de Casiana Ahumada. Casiana era viuda de un terrateniente de la pampa húmeda y, en momentos de necesidad, Graciela tuvo que ir a llevar a una consignataria de hacienda órdenes de venta de vacas de su campo. O si no siempre estaba un famoso collar de perlas, que ella empeñaba y desemeñaba sin parar, con modales de dama mendocina.

En esos días, Graciela estaba viajando a Montevideo varios días por semana para hacer sus contactos, y cada vez se encontraba con el Flaco, pero era probable que ésta fuera la última. Ya había completado todos los trámites y, a su vuelta, tenía que salir para Córdoba, donde un grupo de militantes de menor nivel del Camilo iba a recibir una módica instrucción militar. Y, mientras tanto, el Flaco ya tenía todo listo para viajar a Cuba y, antes de que él volviera, era probable que Graciela se fuera a su escuelita rural en el chaco santafesino.

—¿Y si no volvemos a vernos?

—No digas eso, Graciela. Vamos a volver a vernos.

—Ya sé. ¿Pero y si no?

Graciela suponía que quizás, en una etapa más avanzada de la revolución, si ninguno de los dos había muerto, volverían a encontrarse. El sacrificio la asustaba y la enaltecía al mismo tiempo. Hablaron mucho y, en algún momento, caminando por la rambla de Montevideo, decidieron que ya que tenían que separarse, ya que quizá nunca más pudieran, tenían que sellar su promesa de amor como si fueran marido y mujer. Esa noche, por primera vez, durmieron juntos.

Graciela ya estaba de vuelta en Buenos Aires, preparándose para salir para Córdoba, cuando Juan la citó para decirle que tenía que volver a Montevideo. De entrada, Graciela no supo si alegrarse o preocuparse: el tono de Juan anunciaba problemas.

—Tenés que decirle al Flaco que se suspendió el viaje. Que anule todo y que se quede allá esperando instrucciones.

Graciela le pidió que se lo repitiera y después le preguntó qué había pasado, si era algo tan grave. Sabía que no tenía que preguntar, pero esta vez no pudo contenerse.

—Hubo una falta terrible de seguridad, que compromete toda la operación, así que no tuvimos más remedio que suspenderla.

Le dijo Juan García Elorrio y le recordó que, a la vuelta de un viaje anterior, Graciela le había contado que el Flaco se había encontrado en Montevideo con Gerardo Gatti, un líder sindical combativo, y que en medio de la cita se dieron cuenta de que la policía los estaba siguiendo. El jefe, en el momento, no había reaccionado, pero ahora le decía que era posible que la policía uruguaya estuviera al tanto de todo y que, ante esa sospecha, había que levantarlo.

Dos horas después, el Flaco recibió en Montevideo un llamado avisándole que su novia iba a pasar a verlo a la mañana siguiente. Ya se habían despedido, y se olió algo. Pero cuando se sentaron en una plaza de la Ciudad Vieja y Graciela le contó que el viaje se suspendía por ese problema, el Flaco primero no lo pudo creer y, enseguida, empezó a acusarla de cosas horribles: empezó diciéndole que era una ingenua, después que descuidada y, al final, le gritó que cómo se le había ocurrido botonearle algo así a Juan, que si él no le había dicho que había que cuidarse.

Graciela no sabía dónde meterse. El Flaco estaba aterrador. Ella trató de explicarle que de verdad pensó que era su deber informar sobre un problema de seguridad. Después se calló, y siguieron caminando en silencio. El Flaco estaba destruido. Al rato, Graciela empezó a preguntarse si no lo habría hecho a propósito para impedirle que viajara, para retenerlo: la idea era ligeramente retorcida, pero siguió dándole vueltas. Graciela tenía órdenes de volverse a Buenos Aires esa misma tarde y, cuando llegó, le dijeron que por cuestiones de seguridad no podría verlo ni llamarlo por un tiempo. Esa noche, Graciela empezó a escribirle una larga carta.

La carta llegó a tener como cincuenta páginas y trataba de todo un poco. Las pequeñeces cotidianas, el fragmento del diario de un vietnamita que había aparecido en *Siete Días*, la historia de dos parejas de militantes cuyos

miembros habían terminado cruzándose, algunas palabras de amor y ciertas dudas que, cada vez más, tenía sobre el Camilo y Juan, su jefe. Nada muy explícito: «tenés razón, hay cosas de las que me estoy dando cuenta», por ejemplo. Un par de semanas más tarde la carta se acabó porque Graciela tenía que salir para Córdoba y un militante del Camilo se iba a Montevideo, a ver al Flaco: Graciela se la dio para que se la llevara y, esa noche, se tomó el tren a Córdoba junto con la Gallega Mary y tres compañeros más.

A la mañana siguiente tomaron un micro hasta un pueblo de la sierra. Cuando llegaron, Casiana los estaba esperando y, casi antes de saludarlos, la encaró a Graciela y le dijo que tenía que volverse a Buenos Aires.

—¿Qué?

—Que tenés que volverte ya mismo a Buenos Aires.

Lo primero que Graciela pensó fue que habían leído la carta. Y lo siguió pensando toda esa noche, en el micro: como no conseguía dormir, se tomó un valium y, a la mañana siguiente, la despertó un guarda en el depósito donde estaban lavándolo. Cuando se bajó, los lavadores le gritaban cosas y le preguntaban dónde se había emborrachado así. Graciela estaba roja de vergüenza.

Graciela no quiso ir a su casa, porque les había dicho a sus padres que iba a estar afuera varios días, y si se presentaba no podría volver a irse, si la dejaban regresar a Córdoba. Al mediodía se encontró con el compañero que había leído su carta. Era José Luis, con quien habían viajado desde San Juan, y le hizo toda clase de reproches:

—¿Pero cómo se te ocurre escribirle estas cosas al Flaco? Él tiene la moral tan alta, y vos así querés minársela... ¿En qué estabas pensando?

Graciela no sabía qué decirle:

—No, pero yo no tuve intenciones de violar ninguna norma. Yo nada más le estaba contando honestamente lo que yo estaba haciendo, lo que se me pasaba por la cabeza, sin ninguna mala intención...

—Sí, yo te entiendo, pero tendrías que haber pensado un poco más en las consecuencias de tus actos, ¿no?

Graciela aceptaba todas las críticas, hacía propósitos de enmienda y pedía, sobre todo, si podía volver a Córdoba esa noche. José Luis le dijo que eso no lo podía decidir, que tenía que hacer unas consultas. Graciela no tenía adonde ir; para esperarlo, se pasó el día yendo de acá para allá, tomando trenes para sentarse un rato, paseándose por calles sin mirarlas. Se sentía un paria, una inútil, poco menos que una traidora involuntaria. A la noche, José Luis le dijo que no, que no podía viajar, que por el momento se quedara esperando la

sanción que se merecía por sus actos. Y que, por supuesto, ni siquiera intentara ponerse en contacto con el Flaco Jorge.

Mayo de 1968. Tras la ofensiva del Vietcong a principios de año, parecía que mucho había cambiado en la guerra indochina. Incluso en Estados Unidos recrudesció la resistencia a seguir peleando y se empezaron a difundir acusaciones graves contra los métodos del ejército americano. Estados Unidos ya había tirado sobre el territorio vietnamita tantas bombas como las que Alemania recibió en toda la segunda guerra mundial, pero no le alcanzaba. Un abogado, Mark Lane, recogió testimonios de soldados que le contaron sus experiencias de entrenamiento y de combate. El resultado sería, finalmente, un libro titulado *Conversaciones con norteamericanos*, que terminó en escándalo. Algunos de los testimonios eran bastante brutales:

«Pregunta: —¿Presenció interrogatorios de prisioneros?

»Harry Plimpton: —Sí.

»—¿Cómo se efectuaban?

»—Una vez llevamos a cinco hombres en un helicóptero. Comenzamos a hablar con uno, pero no quería cantar. Lo tiramos del helicóptero.

»—¿Qué rango tenía entonces usted?

»—Sargento. Era uno de los custodios de los prisioneros.

»—¿Quién tomó la decisión de arrojar del helicóptero al hombre?

»—El oficial de comunicaciones, un teniente.

»—¿Sólo lanzaron a uno?

»—No. Teníamos cinco prisioneros y tiramos a cuatro.

»—¿Qué pasó con el quinto?

»—Habló. Por eso lo mandaron a un campo de prisioneros de guerra.

»—¿A qué altura volaba el helicóptero cuando arrojaron a los hombres?

»—A unos 900 metros.

»—¿Los cinco hombres eran soldados?

»—Eran vietcongs.

»—¿Eran soldados?

»—Eran guerrilleros.

»—¿Presenció otras tropelías contra prisioneros?

»—Vi cómo los batidores vietnamitas torturaban a una muchacha. La martirizaron muy lentamente: matarla les llevó tres días.

»—¿Cómo la torturaban?

»—Le sacaron la ropa y le clavaron ganchos en los tobillos. Le separaron las piernas y la colgaron de un árbol, como a un chanco que van a degollar...

Entonces agarraron una vara de bambú de un metro de largo, más o menos, y gruesa como la muñeca, y se la metieron en la vagina. Después le pincharon astillas de bambú en los pechos y en todas las partes blandas del cuerpo. En los sobacos, en el vientre. La cosa duró tres días, hasta que se murió.

»—¿Usted estaba presente?

»—Los norteamericanos teníamos que dar vuelta la cara. No debíamos mirar. Así podíamos decir que no habíamos visto nada. Pero la verdad es que vimos a la mujer y lo que hacían con ella».

En otro testimonio, el soldado Chuck Enan contaba sus experiencias:

«Pregunta: —¿Alguna vez se le dio instrucción acerca de cómo interrogar a prisioneros enemigos?

»Chuck Enan: —Sí.

»—¿Dónde?

»—En todas las bases militares donde estuve. Pero durante el mes previo a la partida hacia Vietnam, esa enseñanza se intensificó. En Beaufort, base de la infantería de marina, se nos preparó para sobrevivir en la selva. Y nos explicaron cómo se tortura a los prisioneros.

»—¿Quién les daba esas instrucciones?

»—Por lo general los sargentos, pero también algunos oficiales, tenientes y en más de un caso un capitán.

»—¿Qué les explicaban?

»—Que a un tipo se le sacan los zapatos y se le pega en las plantas de los pies. En comparación con otros métodos, éste era bastante suave.

»—¿Qué otros métodos les enseñaban?

»—Nos decían que teníamos que utilizar los transmisores. Debíamos fijar los electrodos a los órganos genitales.

»—¿Se les daban ejemplos prácticos de esa técnica o sólo se hablaba de ella?

»—Había dibujos en la pizarra mural, de los cuales se desprendía muy claramente cómo hay que fijar los electrodos a los testículos de un hombre o al cuerpo de una mujer...

»—¿Alguno de los oficiales había hecho esos dibujos en la pizarra?

»—No; eran croquis impresos, fijos a la pizarra.

»—¿Qué les enseñaban, además?

»—Cómo se arrancan las uñas con alicates de los que usan los radioelectricistas.

»—¿Qué otros métodos les enseñaban?

»—Las diversas cosas que pueden hacerse con palitos de bambú.

»—¿Por ejemplo?

»—Clavarlos debajo de las uñas o en los oídos.

»—¿Recibieron instrucciones especiales de cómo interrogar a las mujeres?

»—Sí.

»—¿Qué les dijeron?

»—Teníamos que desvestirlas, separarles las piernas y meterles palos puntiagudos o bayonetas en la vagina. Nos dijeron además que podíamos violar a las muchachas todas las veces que quisiéramos.

»—¿Les explicaron también cómo usar los helicópteros?

»—Sí. Contaban como si fuera una gracia que una vez, en Vietnam, habían atado las piernas y los brazos de un prisionero a dos helicópteros distintos. Entonces los pusieron en marcha y lo descuartizaron.

»—¿Quién les contó eso?

»—Uno de mis instructores, un sargento. Dijo que él lo había hecho.

»—¿Los adiestraron a fondo en el uso de los helicópteros?

»—Nos entrenaron muchos expertos en helicópteros. Y nos explicaron una serie de métodos de tortura con esos artefactos. Fuera del helicóptero, por ejemplo, hay una soga que se puede bajar y subir automáticamente. Con ella, por ejemplo, se saca gente del agua. Está proyectada para eso. Pero nos enseñaron a colgar a un prisionero de esa soga, atándole al pescuezo una más pequeña que sirve para casos de emergencia. Cuando se les descuelga, la víctima ve que la cuerda se ciñe cada vez más a su cuello, hasta que muere. Es una de las posibilidades. También se puede atar a los prisioneros abajo del helicóptero y hacer vuelos rasantes sobre la copa de los árboles. Quedan a la miseria.

»—¿Cuánto duraba ese adiestramiento en interrogatorios y torturas?

»—Más de seis meses; de promedio, por lo menos cinco horas por semana. Nos preparaban a fondo para que torturáramos. Y ésta era sólo la parte oficial. En realidad, había más. Nuestros instructores, los sargentos, convivían con nosotros, comíamos y dormíamos en la misma habitación. Y siempre hablaban de sus experiencias en Vietnam.

»—¿De qué hablaban?

»—Muertes y violaciones de muchachas. Tenían fotos también, de las cosas más horribles que habían hecho.

»—¿Cuál era la reacción de los reclutas ante ese entrenamiento?

»—Positiva. Les gustaba. Los infantes de marina eran, en lo fundamental, voluntarios. Soñaban con el momento de verse ya en Vietnam, aplicando

todas esas nuevas habilidades».

Eran algunas de las técnicas que los americanos difundieron, a través de asesores y escuelas de guerra, entre los militares amigos de Latinoamérica.

—Miguel, estos días con la correspondencia me llegó un documento muy interesante. Me lo mandó un francés que está participando en el Sínodo. Es sobre la *Populorum Progressio*. Llévatelo porque es justo para vos... Además tenés un viaje largo.

El Sínodo era el encuentro de obispos de todo el mundo con Paulo VI en el Vaticano y la *Populorum Progressio* era una encíclica dedicada a los pobres, especialmente del Tercer Mundo. El obispo Alberto Devoto le dio el folleto al cura Miguel Ramondetti, que ya estaba preparando el bolso para irse a Buenos Aires: se había pasado una semana en Goya con la idea de asentarse ahí. Terminaba la primavera del 67 y el calor no respetaba sotanas ni crucifijos.

—Bueno, Alberto, gracias por todo. Me alegro de que hayas aceptado mi pedido. Cuando vuelva es para quedarme, definitivamente. Hablé con una familia del barrio San Ramón, y me van a alquilar una casita. Tienen dos muy chiquitas al fondo de la de ellos. Además, como están construyendo viviendas de material, voy a poder seguir con mi trabajo de albañil.

Hacía siete años que monseñor Devoto era obispo de Goya. Era alto y pelado como Ramondetti y después de haber pasado por el obispado de San Isidro eligió una diócesis donde la miseria golpeaba, y para estar a tono renunció incluso al sueldo de obispo. Como cura y obispo ya se conocían, parecía una buena oportunidad para que Ramondetti trasladara su trabajo al interior: su parroquia de la Paternal ya no lo satisfacía. Había demasiados comercios, mucho trajín, se estaba perdiendo el ambiente de barrio en el que él había crecido. En cambio, Goya era un lugar humilde, de gente sencilla.

Miguel Ramondetti tenía cuarenta y cinco años, una pelada importante y las manos del tamaño necesario para hacer mezcla y enfilar ladrillos. Era el mayor de seis hermanos nacidos de una pareja de inmigrantes piamonteses que llegaron a la Argentina antes de la guerra del 14 y se instalaron en Córdoba. Miguel tenía ocho años cuando murió su padre y, como en el campo la madre no podía mantener sola a sus seis hijos, se fueron para Buenos Aires.

A los doce, Miguel entró de dependiente en la panadería de un tano en Villa Crespo, a la vuelta de su casa. Poco después otra familia italiana le ofreció un empleo que le gustaba más en un taller de artículos de cotillón. Por la mañana iba a la escuela de Loyola y Bonpland; por la tarde cortaba

serpentinatas, armaba bonetes y picaba papel. Los domingos se iba temprano a la Acción Católica de Dorrego y Corrientes, donde daban misa y chocolate. A la tarde se quedaba pegado a la radio escuchando el partido de Boca. Cuando cumplió los dieciocho se decidió a hablar con el párroco de la iglesia de Dorrego y Corrientes, que siempre le había dado consejo:

—Padre Moledo, quiero ser sacerdote.

—Miguel, te voy a dar dos años más para que lo pienses. Es una decisión delicada. Los votos son para toda la vida. No hay mayor grado de entrega a Dios en la Tierra que ser sacerdote, hijo.

Dos años después Miguel cambió el overol por la ropa de seminarista. Y tuvo que estudiar diez: cinco cursando filosofía en Buenos Aires y cinco más de teología en Roma. Recién ahí volvió con la sotana puesta. Era el año 1952.

Como a la mayoría de los curas, la Libertadora lo agarró en la oposición al general Perón. Miguel fue a parar a la diócesis de Buenos Aires, cuando al frente de la Curia porteña estaba el cardenal Santiago Copello y lo secundaban dos obispos muy antiperonistas: Manuel Tato y Ramón Novoa. A mediados de 1955, Ramondetti participó de una idea para ayudar a tumbar el régimen.

—Hay que convertir Corpus en una gran marcha de repudio.

Cuando terminó de decir misa en la Catedral, monseñor Tato dejó el altar y se paró en las escalinatas para implorar al cielo que, de una vez por todas, cayera el tirano. La multitud, en vez de dar vueltas por la Plaza de Mayo como siempre, encaró por Rivadavia hacia el Congreso con una bandera argentina y otra papal:

—Si éste no es el pueblo/ el pueblo donde está.

Gritaba Ramondetti entre los manifestantes. Poco después la plaza fue bombardeada por la aviación naval: ese día los manifestantes eran defensores de Perón. A los pocos días los obispos Tato y Novoa fueron expulsados del país por el General. Cuando llegó el 16 de septiembre, la sede de la Curia porteña hervía. Ramondetti se subió con otros tres curas a un Morris negro modelo 47 y salieron a recorrer la ciudad. Se dio cuenta que la avenida Rivadavia era el límite entre dos países:

—En la zona norte todo es algarabía. En el sur la gente llora..., ¿para esto trabajamos nosotros?

Años después, ya como párroco en la Paternal, pidió autorización a la jerarquía de la diócesis para trabajar de obrero. Hasta entonces solía hacer trabajos de albañilería, ayudando a los vecinos, pero entrar en una fábrica era otra cosa. Primero pidió respetando las formas: Copello nunca le

contestó. Cuando Copello se murió, un día se cruzó con Caggiano y aprovechó para insistir con su pedido:

—Eminencia, quiero ir a trabajar a una fábrica. De obrero.

—Podría ser... Es una posibilidad que los sacerdotes trabajen.

Caggiano le parecía una esfinge. Apenas extendió la mano izquierda para que Ramondetti le besara el anillo sin mover la vista del infinito. Era la señal: el diálogo había terminado.

—Gracias, Eminencia.

Esa media palabra le pareció suficiente para entrar a la Kenwood, una empresa metalúrgica: en la fábrica no dijo que era cura. En el barrio seguía diciendo misa los fines de semana o, cuando podía, a la mañana muy temprano o a la tarde tarde. Corría 1964, y los metalúrgicos estaban en pleno plan de lucha; la patronal de la Kenwood les prohibía a sus trabajadores afiliarse al sindicato. Un año después, un compañero de la fábrica se mató al caer de un entrepiso, muy precario, que servía de depósito. Los obreros dijeron que era culpa de la patronal, que no había querido gastarse unos pesos en reforzar ese piso. Al día siguiente del velorio, Miguel se fue a la calle Cangallo y se afilió a la Unión Obrera Metalúrgica. Al otro día, en cuanto la ficha de afiliación llegó a la empresa, le mandaron el telegrama de despido. Miguel respondió escribiendo una carta a los dueños con copia a todos los obreros de la fábrica:

«Estimados señores: soy un sacerdote católico y, como hijo de Dios, asumí la responsabilidad de vivir cristianamente. Eso significa que tengo que trabajar con mis hermanos, sufrir como mis hermanos y asistir a mis hermanos. Lo que ustedes están haciendo no es más que defender sus privilegios y conculcar los derechos de otros hombres. Eso ha costado la vida de un trabajador y esa vida quedará en la conciencia de ustedes como un pecado del cual deberán dar cuenta ante Dios y también frente a los nombres...».

Poco después llegó el golpe de Onganía. La Iglesia lo vio con buenos ojos: era un general muy cristiano y supo hablar un idioma que muchos fieles conocían. Al principio, Miguel Ramondetti no supo bien qué estaba pasando; al cabo de unos días, tres curas con los que solía estar de acuerdo lo visitaron para decirle que había que apoyar el golpe, que era una revolución, que los sindicalistas estaban de acuerdo. Miguel se dio cuenta de lo que pensaba mientras armaba su respuesta:

—Si querés que yo apoye a Onganía, preguntale qué va a hacer con los medios de producción, y después me contás.

En Goya seguía haciendo calor: en la cola del micro, los pasajeros se abanicaban con lo que podían. El pantalón beige de Coppa y Chego, la camisa de manga corta y las alpargatas no delataban al cura: Miguel Ramondetti se sentó al lado de un paisano que llevaba la portátil a volumen potente; sonaba un chamamé.

—... Camino de Pampa Banderas/ lo esperan en una emboscada/ y en una descarga cerrada/ se escucha el ruido de una ametrallada.

Isidro Velázquez ha muerto,/ enancando un sapucay,/ pidiéndole rescate al viento/ que lo vino a delatar ¡Ayyyyy...!

El grito de la radio atronó en el calor del micro.

—El Isidro era bueno.

Dijo el paisano.

—Vivía en el monte nomás..., con sus hombres. De noche iba a los ranchos y repartía las cosas que se robaba...

A Miguel lo intrigaba eso de que lo había delatado el viento.

—En el monte cuando sopla viento puede llevar el olor, el ruido... Pero también hay quienes dicen que al Isidro lo entregó un soplón y por eso, si vuelve por acá, muchos le van a decir que tenga cuidado con el viento...

Al rato, Miguel se tomó la balsa para cruzar a Reconquista. El silencio del Paraná y la lentitud del viaje le permitieron hojear el folleto en francés que le había dado Devoto. Era un manifiesto firmado por dieciocho obispos de Asia, África, América Latina y Europa: una defensa cerrada de la opción cristiana por los pobres. Miguel pensó que tenía que llegar a Buenos Aires con el documento ya traducido: era un texto interesantísimo, que podía resultar de lo más útil para su prédica: «Los pueblos del Tercer Mundo forman el proletariado de la humanidad actual, explotados y amenazados en su existencia misma por aquellos que se arrogan el derecho exclusivo, porque son los más fuertes, de ser los jueces y los policías de los pueblos materialmente menos ricos...». El primero de la lista de firmantes era el brasileño Helder Câmara, arzobispo de Olinda y Recife, una de las zonas más pobres del continente.

A la mañana siguiente, Miguel llegó a su parroquia de Todos los Santos y Ánimas, en la Paternal, con la traducción casi terminada. Algunas palabras se le resistieron, pero tenía la persona indicada para ayudarlo. Había conocido al padre André Lanzon en Roma, cuando entró en contacto con el movimiento de curas obreros emergente de la segunda guerra mundial. Ahora Lanzon tenía una parroquia en Avellaneda, en la diócesis de monseñor Podestá.

—André, tenemos que vernos lo antes posible.

Enseguida, Ramondetti se encontró con un cura de su parroquia, el padre Rodolfo Ricciardelli, su compañero de más confianza. Ricciardelli era un tipo alto, de cara angelical y unos veinte años menos que Miguel. Trabajaba en una empresa de reparación de ascensores.

Los tres se encontraron en la parroquia de la Paternal. Era una casa chorizo: al frente la iglesia y al fondo los dormitorios de los curas y el sacristán. La habitación de Miguel era austera. Una cama, puerta y ventana al patio, un crucifijo tallado en quebracho y una foto sepia de la revista *Así* con la cara del Che Guevara muerto. Abajo, Miguel había escrito una frase: «No hay amor más grande que dar la vida por el amigo». La firmaba Jesucristo.

Cuando el francés completó la traducción del documento, tipearon un stencil para imprimirlo y, con la labor cumplida, se dieron cuenta de que tenían, al menos, una en contra:

—Vamos a difundir un documento que está firmado por obispos de todo el mundo, ¿no?

Preguntó Ricciardelli.

—Sí, tendríamos que difundirlo, tratar de juntar opiniones...

—Bueno, pero no hay un solo obispo argentino que lo firme.

—Hagamos una carta firmada por los tres, de adhesión formal, y veamos cómo repercute...

Hicieron centenares de copias en mimeógrafo y mandaron unas doscientas a los curas que conocían en todo el país. A los pocos días empezaron a llegar las respuestas. Los más tibios querían, al menos, sumar su firma. Otros proponían una reunión para pensar un aporte al encuentro de obispos que se iba a celebrar en Medellín meses más tarde. Los más resueltos apuraban: «roguemos al Señor para que en poco tiempo estemos reunidos».

El 20 de diciembre había doscientas setenta firmas de adhesión pública al documento de los obispos terceristas. Ricciardelli estaba impresionado por la lista de los adherentes.

—Luis Farinello de Avellaneda, Miguel Hesayne de Azul, Carlos Mugica y Jorge Vernazza de Buenos Aires, Nagib Nasser de Córdoba, Amadeo Dri de Paraná, Rubén Dri de Resistencia, Santiago McGuire de Rosario, José Serra de Santa Fe...

—Dios bendito, creo que esto es más que lo que podíamos soñar...

—Miguel, es un hecho histórico: desde que Pedro de Mendoza vino al Río de la Plata ésta es la primera vez que los sacerdotes se reúnen sin la convocatoria de la jerarquía católica.

Al entusiasmo fundacional de Rodolfo, Miguel opuso una idea más serena:

—Éste es un primer paso. Y primeros pasos ya hubo muchos...

El 31 de diciembre tenían redactada una carta para monseñor Câmara y otra para todos los adherentes, invitándolos a sumar esfuerzos para un encuentro nacional. Ese verano, un equipo promotor recorrió el país y formó una organización embrionaria y lograron unos cuatrocientos adherentes. Eran demasiados para poder juntarse: resolvieron que sólo participarían los responsables zonales.

El proceso les llevó unos meses: fijaron la cita para el primero de mayo del 68. Buscaron un feriado porque muchos tenían que trabajar. Mientras deliberaban, en el Córdoba Sport Club se presentaba la CGTA. En Roma, también en ese momento, estaba reunido el sínodo de obispos. Hacía más de un siglo que la jerarquía mundial no se reunía para ajustar el dogma de la iglesia a los vaivenes terrenales. En la cita del Vaticano evaluaban, por ejemplo, cómo estaban funcionando las nuevas liturgias en lenguas nacionales —que reemplazaban a la misa en latín—, o qué hacían los sacerdotes con la orden de officiar de cara a los fieles, en lugar de darle la espalda como habían hecho durante siglos.

—... La idea es que el compromiso cristiano con la realidad se exprese en organización, sumando de a poco a los curas que acuerden con nosotros. Creo que lo primero es plasmar en organización este compromiso cristiano con la realidad, para lo cual no tenemos que sumar indiscriminadamente.

Planteó Ramondetti y Nasser preguntó:

—¿Qué hacemos con los laicos?

Se armó una discusión que no llegó a ningún acuerdo y resolvieron que cada diócesis determinaría cómo encarar el tema. Ricciardelli trató de temporizar:

—Lo importante es que las resoluciones vayan saliendo por consenso, democráticamente. Por ahora, que en cada zona se vayan conformando equipos, y que las propuestas las trasmitan a través de los responsables.

Al final, nombraron un secretariado nacional integrado por Botán, Vernazza, Ricciardelli y Ramondetti, que oficiaba de secretario general. La primera tarea fue hacerle llegar una carta dirigida a Paulo VI y a los obispos reunidos en Medellín sobre la violencia en el continente.

Ramondetti ya estaba viviendo en Goya. Se había instalado en las dos piezas de atrás de una casa de familia en un barrio obrero, San Ramón. En un cuarto tenía las herramientas de albañil; en el otro la cama, algunos libros, una

Olivetti recién comprada y un par de colchones por si había huéspedes. Escribió el borrador de la carta, lo mandó a los responsables zonales y esperó sus críticas y sugerencias. Los curas tenían mucho cuidado de mantener reglas democráticas para su funcionamiento interno: sostenían que la Iglesia había sido una de las instituciones más autoritarias de la historia y que era importante que ellos no se contagiaran ese espíritu. Al cabo de un mes, Miguel había recibido todas las respuestas y redactó, con ellas, el documento definitivo.

«Sacerdotes de varios países latinoamericanos, inquietos por la situación en que se debate la mayoría de la población de América Latina y preocupados por la ubicación de nuestra Iglesia frente a esa situación, con filial respeto, nos dirigimos a los pastores de nuestro continente:

»Es nuestro deseo presentarles nuestra inquietud y hacerlos participar de nuestra preocupación.

»Se habla cada día con más insistencia de la “violencia en el continente americano”. Muchos comienzan a preocuparse. Algunos sienten temor. Nosotros queremos situarnos ante ella como pastores del pueblo de Dios y ministros del Evangelio del amor que procuran interpretar los signos de los tiempos.

»Desde esta perspectiva, nos sentimos en la obligación de afirmar, ante nuestros obispos y eventualmente ante el mundo, el resultado fundamental de nuestra reflexión pastoral: Latinoamérica, desde hace varios siglos, es un continente de violencia.

»Violencia de una minoría de privilegiados contra la mayoría inmensa de un pueblo explotado. Es la violencia del hambre, del desamparo y del subdesarrollo. La violencia de la persecución, de la opresión y de la ignorancia. La violencia de la prostitución organizada, de la esclavitud ilegal pero efectiva, de la discriminación social, intelectual y económica.

»(...) En América latina se vive una democracia más formal que real, donde falta en ocasiones auténtica libertad de organización. Los sistemas políticos están caracterizados por distintas formas de oligarquía... En muchos países, el grupo militar constituye un poderoso grupo de presión que pasa a ser decisivo en la política.

»La Iglesia ha sido afectada por esta hipertrofia de lo político. Allí donde ella es la religión oficial, sus jefes religiosos son identificados con el poder político. En otras partes se los ve ligados a las clases dominantes y a los poderosos. La Iglesia constituye también un cierto grupo de poder. Ella, por

desgracia, ha permanecido a veces callada frente a los abusos del poder civil y militar.

»Llamamos a esto “violencia” porque no se trata de la consecuencia fatal e inevitable de un problema técnicamente insoluble, sino del fruto injusto de una situación voluntariamente sostenida.

»Somos cada día más conscientes de que la causa de los grandes problemas humanos que padece el continente latinoamericano radica fundamentalmente en el sistema político, económico y social imperante en la casi totalidad de nuestros países. Sistema basado en la ganancia como motor esencial del progreso económico, la competencia como la ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como derecho absoluto que Paulo VI denuncia en la *Populorum Progressio*...

»(...) La luz de la Revelación Cristiana nos permite ver con claridad que no se puede condenar a un oprimido cuando éste se ve obligado a utilizar la fuerza para liberarse, sin cometer con él una nueva injusticia. Si esa condenación viniese de la Iglesia Latinoamericana, ésta aparecería una vez más como el opio de los pueblos, al servicio de aquellos que durante siglos han practicado la violencia de la explotación y de la opresión, produciendo el hambre, la ignorancia y la miseria.

»1. Que en la consideración del problema de la violencia en América latina se evite por todos los medios equiparar o confundir la violencia injusta de los opresores que sostienen este nefasto sistema con la justa violencia de los oprimidos, que se ven obligados a recurrir a ella para lograr su liberación.

»2. Que se denuncie con toda claridad y sin ambigüedades el estado de violencia en que los poderosos —sean éstos personas, grupos o naciones— han sumido durante siglos a los pueblos de nuestro continente. Que se proclame el derecho de esos pueblos a la legítima defensa.

»3. Que se exhorte con claridad y firmeza a los cristianos del continente a optar por todo aquello que contribuya a una liberación real del hombre latinoamericano y a la instauración de una sociedad más justa y fraternal, en estrecha colaboración con todos los hombres de buena voluntad.

»4. Que se asegure a esos cristianos un amplio margen de libertad en la elección de los medios que ellos crean más aptos para obtener esa liberación y construir esa sociedad».

La carta se publicó en distintos medios. En diarios y revistas no resultaba práctico reproducir los nombres de los cuatrocientos curas argentinos y quinientos latinoamericanos que firmaban la proclama, así que los periodistas empezaron a llamarlos los curas del Tercer Mundo.

—No está mal, necesitamos un nombre. ¿Qué te parece Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo?

Le dijo Ramondetti a Ricciardelli.

—Podría ser. Vamos a plantearlo en la próxima reunión del secretariado, y a ver qué dicen los demás.

Pocas semanas después, entre las respuestas que llegaban por correo, había una carta con estampilla de Brasil. Ramondetti se alegró porque la remitía monseñor Helder Câmara. Leyó la carta con ansiedad. Aunque sabía que era un respaldo importante, le pareció que el obispo de Olinda tenía una visión más parecida a la de Mahatma Gandhi que a los vientos revolucionarios que cruzaban Latinoamérica.

Mayo de 1968. Un año después de su aparición, *Cien años de soledad* seguía, en las listas de los libros más vendidos, aunque ahora estaba segundo de *La vuelta al día en ochenta mundos* de Julio Cortázar, y amenazado por *La señora Ordóñez* de Marta Lynch, *Paradiso* de José Lezama Lima, *El valle de las muñecas* de Jacqueline Susan, *El señor presidente* de Miguel Ángel Asturias y una nueva novela de García Márquez: *El coronel no tiene quien le escriba*. Entre los ensayos, el primer lugar era para *Ser judío* de León Rozitchner, seguido por *Mafalda 3* de Quino, *Testimonios* de Victoria Ocampo, *Buenos Aires dos por cuatro* de Osvaldo Rossler, *San Genet, comediante y mártir* de Jean-Paul Sartre y *Folklore argentino y revisionismo histórico* de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde.

La cartelera cinematográfica estaba exultante: *2001, Odisea del espacio* de Stanley Kubrick, *Edipo Rey* de Pasolini, *Othello* de Laurence Olivier, *A sangre fría* de Richard Brooks, *Bonnie & Clyde* de Arthur Penn, *Pierrot le fou* de Jean-Luc Godard, *Trenes rigurosamente vigilados* de Jiri Menzel, *Belle de jour* de Luis Buñuel, *El Samurai* de Jean Pierre Melville, *Sólo se vive dos veces* —la quinta de James Bond—, *Humo de Marihuana* de Lucas Demare y el debut como director de Héctor Olivera: *Psexoanálisis* con Elsa Daniel, Norman Briski, Jorge Barreiro, Libertad Leblanc y Malvina Pastorino.

En distintos boliches y salas se presentaban Susana Rinaldi, el cuarteto Zupay, el Chango Farías Gómez, Los Gatos, María Elena Walsh, Edmundo Rivero, Aníbal Troilo, Roberto Goyeneche, Mercedes Sosa, Nacha Guevara, Facundo Cabral y Alberto Lysy con la Camerata Bariloche. En los teatros se podía ver *El Campo* de Griselda Gambaro, *Atendiendo al señor Sloane* de Joe Orton, *El grito pelado* de Oscar Viale, *¡Crash!*, una coreografía de Oscar Araújo en el Di Tella, la reposición de *La Fiaca* de Ricardo Talesnik, *La*

Hortaliza de Norman Briski, el *Tango Psicopatafísico* en la Botica del Ángel con Horacio Bergara Leumann y Andrés Percivale. Y una exposición que convocó multitudes: *De Cézanne a Miró*, en Bellas Artes.

En televisión se destacaban *Operación Ja Ja*, de los hermanos Sofovich, con Altavista, Porcel, Carella, Irizar, en canal 11; *Matrimonios y algo más*, de Hugo Moser y Gius —que después pasaría a llamarse Eduardo Galeano— en el 13; *La Galera*, conducida por Juan Carlos Mareco con invitados internacionales como Ornella Vanoni o Elis Regina, en el 11; *Los vengadores* y *Misión imposible* en el 13, el fútbol de los viernes en el 7 y, en el 9 de Romay, un programa nuevo al que la crítica de la revista *Panorama* auguraba poco futuro: «La idea de reunir personajes notorios en un mismo programa para hacerlos dialogar sobre temas variados no es nueva. Pero se requiere un conductor hábil e informado y Mirtha Legrand no aporta más que simpatía y belleza de una anfitriona escasamente enterada de la actividad de sus invitados y de lo que ocurre en el mundo. Más allá del ámbito del cine y del teatro argentinos, sus conocimientos flaquean notoriamente y las preguntas derivan a superficialidades. Además, la mayoría de los invitados evidencia una notoria molestia cada vez que la cámara los enfoca mientras mastican: muy pocos logran comer y hablar al mismo tiempo. Los cortes publicitarios, por otra parte, quiebran la continuidad de los diálogos, generalmente en el momento en que la charla insinúa superar trivialidades. La falta de oficio periodístico de Mirtha Legrand acentúa los baches con preguntas obvias o de muy escaso interés, mientras los invitados superponen su vocalización con la natural consecuencia de que no se oye a ninguno». El programa se llamaba *Almorzando con las estrellas*, iba de lunes a viernes a las 13 y duraba una hora. En *Panorama* trabajaban, en ese momento, Enrique Alonso, Homero Alsina Thevenet, Miguel Grinberg, Juan Gelman, Daniel Muchnik, Marcelo Pichon Rivière, Carlos Ulanovsky, Francisco Urondo, Miguel Brascó, Marcos Mundstock y Horacio Salas, entre otros.

—¿Y la pizza de Las Cuartetas sigue siendo la mejor?

—Bueno, yo prefiero la de Serafín, que es un poco menos aceitosa.

—Pero la pizza para ser polenta polenta tiene que ser aceitosa, che, o por lo menos así era en mi época. Acá, si quieren tomar una buena *soupe a l'oignon*, bien pesada, el mejor lugar es un bistró que se llama chez Pierre, en la rue Saint-André des Arts, justo después...

—¿Adónde?

—Acá cerca, en la rue Saint-André des Arts. Cuando salen de casa doblan en la primera a la derecha y...

Julio Cortázar tenía, en persona, la misma cara de nene inverosímil que en las fotos y el mismo acento de erres belgas que en el disco, pero era mucho más grandote que lo que Jorge y Nicolás habían imaginado. En los dos años anteriores, Jorge Carnevale le había escrito varias cartas y Cortázar se las había contestado. Así que, a los pocos días de llegar a París, lo llamaron, Cortázar les dijo que sí, que pasaran a verlo el viernes. El living de su casa en el Barrio Latino era chiquito y estaba lleno de libros y afiches: una cara del Che, un retrato de Poe y una reproducción de Modigliani, entre otros. El escritor los invitaba con un té, porque eran las cuatro de la tarde, y se lamentaba de no tener un mate que ofrecerles. Nicolás Casullo había pensado una serie de cuestiones que le quería preguntar, y algunas maneras de contarle su historia, pero ante cada insinuación literaria Cortázar insistía en indicarles cuáles eran los mejores lugares para comprar un vino decente, para ver ciclos de cine japonés o para encontrar un ejemplar de *Cambio de piel*, de Carlos Fuentes, que acababa de aparecer en México. Después les habló un poco de la Argentina de los años cincuenta, les preguntó por el gobierno de Onganía y, al final, se apiadó:

—¿Y ustedes escriben?

—Sí, pero yo prefiero mantener cierta prudencia...

Dijo Nicolás, tratando de recordar rápidamente todo lo que había pensado decirle:

—... porque en la Argentina en este momento hay una terrible urgencia por publicar, y parece como si se olvidaran de que lo importante es qué publicar.

—¿Te parece? Yo creía que ésa era una enfermedad de los franceses.

—No se olvide de que nosotros somos como franceses en miniatura.

—Puede ser, che, pero cuando yo me fui el problema era que la Argentina parecía un páramo, y ahora en cambio veo que se escribe y se publica mucho...

—... y la Argentina sigue siendo un páramo, igual que cuando usted se fue, aunque hayamos leído a Sartre y algunos escritores se pasan el día hablando del compromiso del intelectual. O quizás por eso.

—Claro, una cosa es un escritor comprometido y otra muy distinta un escritor casado. No hay nada peor que un escritor que escribe para la victoria de la causa, ¿no?

El encuentro fue amable, pero la revelación no se produjo. Julio Cortázar les dio todavía un par de consejos más, les dijo que volvieran cuando quisieran, que no dejaran de llamarlo y otras cortesías por el estilo. Nicolás Casullo y Jorge Carnevale se habían instalado en una pieza de un sexto piso del Barrio Latino que les había conseguido otro argentino recién conocido, un dibujante que firmaba Mordillo y estaba empezando a vender alguna ilustración en Suecia y Finlandia. Nicolás trataba de filmar alguna nota para el noticiario del 13, intentaba mejorar su francés y se desesperaba un poco con lo que veía. Había decidido llevar un diario de su viaje y anotaba que Francia era un país provinciano donde se hacía muy difícil conseguir una coca-cola o un cigarrillo rubio, y que al mismo tiempo todo estaba lleno de consumo moderno y americanos en bermudas y japoneses con sonrisa boba. En *Le Monde*, uno de esos días, salió una nota del comentarista político, Bertrand Poirot-Delpech, que decía que Francia se aburría porque nunca pasaba absolutamente nada. Nicolás estaba de acuerdo y, sin saber muy por qué, le daban de pronto ataques de extremismo latinoamericano que, por supuesto, no había tenido en la Argentina. Aquello sí que estaba vivo. París, en cambio, estaba anquilosado por las tentaciones del consumismo y la discusión estéril.

Cuando empezaron los disturbios en la universidad, Nicolás pensó que eran los típicos sobresaltos de unos nenes de papá que querían divertirse un rato. Los que empezaron las protestas fueron los estudiantes de Nanterre, una facultad reciente y suburbana, y a los pocos días la cerraron. El viernes 3 de mayo hubo asambleas en la Sorbona para declararse contra el cierre, y el gobierno levantó por primera vez la inviolabilidad de la vieja institución: la policía entró y detuvo a seiscientas personas. Esa tarde empezaron los enfrentamientos en el Barrio Latino, con piedras y barricadas contra gases y palos. Al día siguiente, Nicolás se dio una vuelta por el boulevard Saint-Michel para ver cómo había quedado el terreno: llovía finito y el panorama era tristón. Unos obreros estaban despejando los árboles cruzados en la calle y tratando de poner en su lugar los adoquines. Algunos de ellos charlaban en español, y Nicolás les preguntó qué hacían:

—Pues nada, aquí, arreglando este follón. Nos han mandado a nosotros porque los obreros franceses no quieren colaborar con sus autoridades.

Eso sonaba más fuerte que un berrinche estudiantil.

—¿Y ustedes sí?

—Nos han dicho que si nos negábamos nos quitaban el permiso de residencia y nos mandaban de vuelta pa' casa, así que qué remedio...

Una larga columna de micros con policías antidisturbios pasó, despacio, por el boulevard, y dos o tres paseantes muy normales les gritaron asesinos. Nicolás pensó que quizás la cosa no fuera simplemente un sobresalto de chicos aburridos.

El lunes 6, muchos miles se manifestaron en Denfert-Rochereau, al final del boulevard Saint-Michel. Nicolás fue con su cámara de 16 milímetros a filmar algo para el noticiero, y quedó impresionado por la cantidad y el entusiasmo. Esa noche hubo otra vez palos y piedras. Los días siguientes siguieron las manifestaciones. El jueves 9, miles de estudiantes estaban sentados en una gran asamblea que bloqueaba el boulevard Saint-Michel, frente a la Sorbona, cuando apareció el poeta comunista Louis Aragon, que quería hablarles. Daniel Cohn-Bendit, el portavoz anarquista del movimiento, le tendió el megáfono. El diario comunista *L'Humanité* había publicado declaraciones del secretario general del partido, George Marchais, que había dicho que, «como siempre, cuando progresa la unión de las fuerzas obreras y democráticas, los grupúsculos izquierdistas se agitan por todos lados. Estos grupúsculos ahora están unidos bajo la dirección del anarquista alemán Daniel Cohn-Bendit. Las tesis y las actividades de esos “revolucionarios” son para reírse. Son falsos revolucionarios, que deben ser enérgicamente desenmascarados pues, objetivamente, sirven a los intereses del poder gaullista y de los grandes monopolios capitalistas. Más aún, en la medida en que se trata en general de hijos de grandes burgueses, que desprecian a los estudiantes de origen obrero, y que rápidamente dejarán su “flama revolucionaria” para correr a dirigir la empresa de papá y explotar a sus trabajadores...».

—Acá esos turros no tienen derecho a hablar.

Gritó alguien y Cohn-Bendit le contestó que sí. Cohn-Bendit no era un jefe: se suponía que el movimiento no quería tener jefes, pero había ganado mucho ascendiente en los últimos días.

—Acá todo el mundo tiene derecho a hablar... Por más traidor que sea.

Aragon, con su blanca cabellera al viento, agarró el megáfono para decir que había ido a título personal y que ponía su revista, *Lettres Françaises*, a disposición de los estudiantes. Que le gritaron que esa revista los obreros no la leían y que la que querían era que los dejaran escribir en *L'Humanité*.

—En *L'Humanité* nos calumniaron, nos trataron de agentes del poder, escribieron que Cohn-Bendit era un judío anarquista. Queremos contestar en *L'Huma*.

—En *L'Humanité* yo no tengo ningún poder, pero les doy mi revista. Estoy con ustedes. Agarren lo que quieran.

Algunos estudiantes aplaudieron. Otros chiflaban y gritaban:

—¿Y los surrealistas que traicionaste?

—¿Y los poemas que escribiste sobre Stalin?

Nicolás se paseaba por esas calles llenas de acontecimientos, con su cámara, escuchando, registrando. El viernes 10, los manifestantes tomaron el Barrio Latino y lo defendieron durante toda la noche de los asaltos de la policía. Estaban bastante organizados, con enlaces que recorrían la calle en bicicleta informando a los manifestantes sobre la localización del enemigo. Según esos datos, los grupos se iban de una barricada a otra, armaban, desarmaban, abastecían uno u otro lugar. Desde las casas les tiraban pañuelos mojados para aguantar los gases y alguna fruta o galletitas. Ese día, Mario Santucho recorrió el terreno: estaba de paso por París en camino hacia Cuba, y su anfitriona de la Liga Comunista Revolucionaria lo llevó a pasear por el Barrio Latino sublevado. El santiaguense no se dejó impresionar por esos amateurs:

—¡Ustedes son unos incapaces! No están preparando en serio la toma del poder. Éstos son juegos callejeros. Ni siquiera saben dónde están las emisoras de radio, las armerías...

Los estudiantes resistieron en sus barricadas hasta bien entrada la mañana. El sábado 11 de mayo, Herbert Marcuse, el filósofo más semioficial del movimiento, decía, en una conferencia en la Unesco para conmemorar el 150 aniversario del nacimiento de Marx, que «los obreros ahora están integrados, ya no hay lucha de clases. Ya no hay revolución, a menos que la hagan los marginados, los negros o los estudiantes. Los que disponen de un principio vital capaz de provocar la ruptura del sistema capitalista». Al día siguiente, el ideólogo comunista Roger Garaudy lo acusaba de que «buscar la negatividad entre los marginales debilita la lucha de clases, la fuerza revolucionaria». Pero su partido, sobrepasado por los acontecimientos y presionado por su base, tuvo que convocar a la huelga general por tiempo indefinido a partir del lunes 13. Mientras tanto, el primer ministro Georges Pompidou intentaba calmar a los estudiantes disponiendo la liberación de sus presos y la reapertura de la Sorbona. Pero ya era tarde.

Nicolás leía panfletos, documentos, revistas artesanales, periódicos de cuatro o cinco páginas, pasquines de barricadas, publicaciones del Movimiento 22 de Marzo, de la Unión Nacional de Estudiantes Franceses, del anarquismo de la Internacional Situacionista, de los prochinos que habían roto

tiempo antes con el PCF, del trotskismo de la IV Internacional. El lunes 13, un millón de manifestantes recorrieron París, agitando banderas rojas y negras y rojas. Muchos gritaban «Somos un grupúsculo». Era como estar en una imagen de la Comuna de París de 1871, que tantas veces había visto en libros. El millón esquivó controles policiales y llegó a los Champs Elysées: era la primera vez que una manifestación de izquierda pisaba el coto reservado de la gran burguesía francesa. En esos días, Jean-Paul Sartre entrevistó para el *Nouvelle Observateur* Daniel Cohn-Bendit, que le dijo que «el movimiento ha tomado una dimensión que no podíamos prever al principio: ahora, el objetivo es la caída del régimen». Aunque le aclaraba que ése no era el final del camino:

—Para mí no se trata de hacer metafísica y de averiguar cómo se hará «la revolución». Ya he dicho que creo que vamos más bien hacia un cambio perpetuo de la sociedad, provocado en cada etapa por acciones revolucionarias. El cambio radical de las estructuras de nuestra sociedad sólo sería posible si se produjera, de repente, por ejemplo, la convergencia de una crisis económica grave, de la acción de un poderoso movimiento obrero y de una fuerte acción estudiantil. En la actualidad no se reúnen esas condiciones. En el mejor de los casos se puede esperar que hagamos caer el gobierno. Pero no hay que soñar con hacer saltar ahora la sociedad burguesa. Esto no quiere decir que no haya nada que hacer. Al contrario, hay que luchar paso a paso...

El diario de viaje de Nicolás había cambiado de sintonía. Ahora las páginas del cuaderno estaban plagadas de reflexiones grandilocuentes y aforismos pretenciosos sobre París, sobre los albores de la revolución y el mandato para artistas y escritores de hacer estallar la historia en el lugar que les correspondiera. Una tarde, Nicolás y Jorge fueron a la Ciudad Universitaria, donde se alojaban estudiantes de muchos países. Las paredes estaban llenas de pintadas: «Lo difícil es lo que puede hacerse de inmediato; lo imposible es lo que necesita un poco más de tiempo» o «En toda revolución hay dos tipos de personas: las que la hacen y las que la aprovechan». Conversaron sobre el papel de las universidades allá y acá, también sobre el lugar del arte en la revolución que se anunciaba. En la Casa de Brasil, que estaba tomada, conoció a un par de brasileños que le propusieron ir a ver a Julio Le Parc. Le Parc, artista plástico argentino que estaba teniendo mucho éxito en Europa y al que la conmoción de ese presente parisino lo había politizado de manera extrema: Nicolás lo había conocido poco antes, cuando fue a hacerle una entrevista periodística.

El taller de Julio Le Parc era una vieja casa en un barrio popular de París donde se reunían artistas plásticos de variadas procedencias: era un grupo muy espontaneísta que quería participar de alguna manera en la revolución cultural que, decían, se estaba viviendo. «La acción no debe ser una reacción, sino una creación», era una de las consignas que se veían en las paredes. Buscaban y debatían maneras de llevar el arte a la calle, de hacerlo revolucionario; entre otras cosas, imaginaron una revista. Querían hacer algo pero estaban como sobrepasados por la abundancia: cada día aparecían ideas nuevas, hechos no previstos, proyectos maravillosos y, cada día, en la calle pasaban tantas cosas. Nicolás las recorría con avidez: en cada esquina había alguien que daba un discurso, en cada café se armaban discusiones. La vida corría al ritmo de la revuelta: por la huelga general, cada vez era más difícil conseguir comida fresca y no había nafta, así que todo consistía en largas caminatas, encuentros, planes y debates. Nicolás iba hasta el Odeon, el teatro tomado, donde los discursos y discusiones no paraban nunca y donde, a veces, aparecía Sartre o Simone de Beauvoir a solidarizarse con el movimiento. Un gran cartel decía que «no hay más teatro que la guerrilla». Cohn-Bendit proclamaba que «todo el mundo se quedaría tranquilo, y Pompidou antes que nadie, si fundáramos un partido que anunciara “toda esta gente ahora es nuestra: he aquí nuestros objetivos y he aquí cómo pensamos alcanzarlos”. Se sabría con quién hay que entenderse y se podría encontrar la componenda. Ya no tendrían enfrente “la anarquía”, “el desorden”, “la efervescencia incontrolable”».

En el taller de Le Parc, el grupo se había puesto de acuerdo en que los estudiantes habían dado el golpe inicial, pero ahora lo que importaba eran los obreros. Las grandes fábricas del conurbano estaban paradas y ocupadas. En Boulogne-Billancourt, los grupos obreros más jóvenes y radicalizados de la Renault le contestaban al secretario general de la CGT, comunista, que les ofrecía pelear por mejores salarios, que lo que querían era el control de la empresa, la autogestión. Le Parc y el grupo hicieron un volante que hablaba de la solidaridad internacionalista contra el imperialismo y se fueron a repartirlo a puerta de fábrica. La agitación seguía, los encuentros y las manifestaciones también. En el patio de la Sorbona, tomada, Nicolás filmó la asamblea permanente y las decenas de mesas de los distintos grupos y partidos.

—Compañeros, hay que llamar a una mayor solidaridad internacional: ¡que desde Inglaterra, Italia, Alemania los estudiantes marchen sobre París! ¡Que no suceda como en la Comuna del 71, cuando la rebelión quedó aislada!

Gritaba un orador, y cada cual hacía sus comentarios:

—Esto no puede seguir mucho tiempo así, el país está paralizado.

—El gobierno está a punto de caer y acá puede pasar cualquier cosa...

—Nada, no va a pasar nada. Ya vas a ver cómo los franceses, como buenos burgueses, en algún momento se van a asustar, van a parar la mano y van a volver todos al redil.

El viernes 29, todavía, medio millón de trabajadores desfilaron pidiendo la dimisión del general De Gaulle y la instalación de un gobierno popular. Había en el país unos trece millones de trabajadores en huelga. Esa tarde, el presidente se tomó un helicóptero y desapareció. En la ciudad, sin negocios ni transportes, nadie sabía si había huido o qué estaba haciendo. Al mediodía siguiente volvió y dio un discurso por la televisión, anunciando la disolución de la Asamblea Nacional y la convocatoria a elecciones para mediados de junio. Se rumoreaba que el general se había ido a tantear el estado del ejército y confirmar que ciertos regimientos lo secundarían si decidía sacar los tanques a la calle. Esa tarde, un millón de manifestantes de derecha le mostraron su apoyo en los Champs Elysées, con profusión de banderas tricolores. Transformaron a París en un gran embotellamiento de autos y masas que asombró a los propios asistentes. La tendencia empezó a revertirse.

—Cada vez hay más policías en cualquier parte y servicios de inteligencia militares, están deportando extranjeros a la frontera que da calambre.

Al día siguiente, Julio Le Parc recibió el llamado de un conocido que le decía que tenía que escaparse, que había una orden de detención contra él, para expulsarlo del país. Moviendo contactos pudo pararla por unos días, pero su grupo se sintió amenazado: la mayoría de sus miembros no tenía residencia legal en Francia. Todavía quedaban millones de huelguistas, pero el movimiento parecía desarmarse cada día más. La zona de la Sorbona se iba vaciando. Nicolás, con Jorge y otros tres más, decidieron que era mejor fugar hacia España por un tiempo, hasta que la cosa se aclarara y terminasen las deportaciones. En un Volkswagen de segunda mano comprado a 350 dólares, enfilaron hacia los Pirineos. Un mes después, el general De Gaulle ganó las elecciones parlamentarias con mayoría absoluta: «Cuando quiero saber lo que le pasa a Francia, me interrogo a mí mismo», dijo, exultante.

Ocho

A esa altura, ya casi todo estaba decidido: sólo seguían discutiendo si la guerrilla tenía que instalarse en la ciudad o en el monte. Cacho El Kadri y sus compañeros que habían estado con los tupamaros en el Uruguay sostenían que la ciudad era mucho más conveniente, porque era el terreno que conocían, donde sabían moverse y donde tenían más apoyos. En cambio Néstor Verdinelli se había entrenado en guerrilla rural y prefería el monte. Aunque, en febrero, su grupo —él, la Negra Amanda Peralta, y otros dos— había asaltado una guardia de Campo de Mayo y se había llevado dos fusiles FAL y algunas pistolas.

En total eran unos veinticinco, todos militantes probados, con buenas coberturas, sin infiltraciones. Y habían estado pertrechándose: para conseguir fondos habían asaltado un par de bancos y correos. El argumento para justificar los asaltos era simple: era plata que las grandes empresas o el Estado le sacaban al pueblo, y suponían que era justo sacársela para usarla en favor del pueblo. Con esa plata eran más que estrictos: en una casa operativa en Temperley tenían un bolso con once millones de pesos y no había manera de que se gastaran un centavo en nada que no fuera absolutamente necesario.

Se reunían cada diez o doce días, en alguna de las cuatro casas operativas que mantenían. Había una en Castelar, oeste del gran Buenos Aires; otra en Temperley, en el sur; una tercera en el Norte y la cuarta en la capital, y muy pocos sabían dónde estaban. Lo de las casas funcionaba bien: era una idea que Cacho y los suyos habían tomado de los tupamaros.

Al cabo de varias reuniones, llegaron a un acuerdo: tanto la lucha urbana como la rural eran necesarias: eran «como las dos piernas, que no se puede decir que la derecha sea más importante que la izquierda, o viceversa». El asunto era con cuál darían el primer paso. Finalmente decidieron que iban a armar dos estructuras simultáneas; la urbana ya estaba, de alguna forma, funcionando; la rural, en cambio, estaba por hacerse, y tendría que empezar lo antes posible.

A mediados de 1968, Cacho salió a recorrer varias provincias para reclutar peronistas que estuvieran dispuestos a subir al monte. Suponía que lo mejor era armar un grupo de unas quince personas de todo el país, militantes

más o menos reconocidos que, tras el primer golpe, firmarían con su nombre y apellido una proclama revolucionaria:

—Entonces, si el gobierno nos trata de descalificar diciendo que somos comunistas, que somos agentes de Cuba, la gente nos va a conocer y va a saber que somos peronistas de toda la vida.

Decía Cacho, sin pensar que esas firmas iban a orientar las investigaciones y deschavar a los que se hubieran quedado en las ciudades. La respuesta de los contactados fue entusiasta: en un par de semanas, media docena de militantes viajaron hacia la capital para conectarse con el resto y empezar a organizar el lanzamiento de la guerrilla rural peronista. Cacho, a todo esto, se iba a quedar en la ciudad, a cargo de la coordinación del grupo urbano, donde resultaba más útil. Era importante que siguieran marcando una presencia en las ciudades.

La cuestión estaba decidida; en una de esas reuniones, poco más de veinte militantes se comprometieron a seguir adelante con el proyecto costara lo que costase:

—Éste es un punto de no retorno. A partir de ahora, todos los que sigamos tenemos que saber que no hay vuelta atrás. De ahora en más, si alguno se fuera sería una desertión y habría que castigarla con la pena de muerte.

—Es una cuestión de seguridad del conjunto. Si se fuera alguien con la información que vamos a tener ahora, estaría poniendo en peligro el proyecto, ¿no?

Todos estuvieron de acuerdo. Todavía faltaba, entre otras cosas, decidir el lugar donde se instalaría el primer contingente. En esos días, Cacho se encontró con el Pelusa Bertelli, el viejo resistente de Rosario con quien había ido, años antes, a Madrid a ver a Perón. Bertelli siempre le había parecido un tipo de confianza y era de origen tucumano; Cacho le contó que estaban formando un grupo de compañeros que quería hacer algo en serio, y que necesitaban su colaboración.

—Sí, sí, nosotros nos subordinamos por entero. Vamos a aportar. Tenemos gente. Decinos lo que hay que volar, volamos todo.

—No, lo que necesitamos es un terreno en Tucumán, para prepararnos. ¿No conoces a alguien de confianza que nos pueda ayudar?

—Pero qué justo. Yo tengo un terreno, que es de mi hermano, en Taco Ralo.

Pocos días después, Néstor y la Negra se fueron con él a Tucumán a ver el lugar. Era un lote de 600 metros de frente por 500 de fondo a 132 kilómetros al sur de la capital, en un paraje llamado Taco Ralo, en el departamento

Graneros, y lo compraron con documentos falsos. Costó 165.000 pesos —470 dólares—; lo pagaron al contado rabioso, con la plata de los asaltos.

Junio de 1968. El 4 de abril, mientras demócratas y republicanos recorrían su maratónico año electoral, Martin Luther King, de 39 años, un pastor negro padre de cuatro hijos que lideraba la lucha por los derechos raciales, era asesinado en las calles de Memphis por un hombre blanco: un sureño llamado James Earl Ray, de 39 años, que fue detenido horas más tarde.

Martin Luther King era una especie de Mahatma Gandhi para la comunidad negra norteamericana: pacifista, dialoguista, opuesto a las propuestas violentas de los Panteras Negras, se había hecho famoso con un discurso que repetía, como un salmo: «He tenido un sueño...». Y lo describía: «... Ayer soñé que llegará un día en que esta nación se levante y viva de acuerdo con el verdadero sentido de su credo, según el cual consideramos como verdad evidente que todos los hombres fueron creados iguales». Fue en Washington, frente a cientos de miles de personas, el 28 de agosto de 1963, y la revista *Time* lo designó su «hombre del año».

Después, King siguió su lucha: organizó marchas, jornadas de boicot, grupos y movimientos. En 1967 se pronunció contra la guerra en Vietnam. Pocas semanas antes de su muerte, el Congreso sancionó la ley 1968 «sobre los derechos de los ciudadanos», que respondía parcialmente a las reivindicaciones de igualdad que había encarnado el pastor. Cuando lo mataron estaba organizando otra marcha sobre Washington, para reclamar que la igualdad económica se uniera a la igualdad jurídica. Al recibir la noticia, los negros de la capital salieron a la calle y, durante 36 horas, quemaron, saquearon y pelearon con la policía y el ejército. Hubo doce muertos, más de mil heridos y treinta millones de dólares en daños.

Dos meses después, otro asesinato conmovió a los Estados Unidos. El 6 de junio, el senador demócrata Robert Kennedy, hermano de John Fitzgerald, fue muerto a balazos en el pasillo de un hotel, mientras hacía campaña para la elección presidencial. Robert Kennedy había sido brevemente ministro de Justicia de Johnson, y desde 1964, como congresista, se convirtió en un duro opositor de la política guerrera de la Casa Blanca. Cuando murió tenía grandes posibilidades de convertirse en el candidato demócrata para las elecciones de noviembre. Su asesino fue detenido de inmediato: se llamaba Sirhan Bishara Sirhan, un jordano radicado en Estados Unidos. Sin embargo, como en el caso de su hermano mayor, la verdadera trama del crimen nunca se develó.

Ya en marzo, el presidente Johnson había anunciado que desistía de la carrera a la reelección. Una de sus razones principales fue la ofensiva vietnamita del Tet, en febrero, que le impidió llegar a las instancias electorales con una victoria militar para ofrecer. Tras la muerte de Bob Kennedy, la candidatura demócrata quedó para el liberal Hubert Humphrey, que perdería las elecciones frente al republicano Richard Nixon. Nixon le ganó por doscientos mil votos sobre un total de setenta millones. Mientras tanto, en las universidades, seguía el descontento.

Uno de los líderes estudiantiles, Carl Oglesby, de los Estudiantes por una Sociedad Democrática, lo decía en una entrevista:

«—Olfateamos el aire y detectamos la presencia del diablo.

»—¿Cómo es eso de que ahora huelen al diablo?

»—Sí, antes no estaba.

»—Pero, ¿qué es el diablo?

»—El proceso por el cual la reacción empleará la violencia para impedir el cambio.

»—Dígalo de otra manera.

»—Vea, tenemos miedo. Somos muchachos de esta generación, educados en un cierto confort, alojados ahora en universidades. Miramos con incomodidad el mundo que heredamos.

»—¿Cómo es ese mundo?

»—Violento. Esa palabra lo describe».

Graciela Daleo nunca había pensado que el famoso «nivel especial» fuera eso. La habían pasado al nivel especial como sanción por los problemas de abril: no terminaba de estar excluida de toda participación, pero sus actividades se habían limitado mucho. Durante un mes, lo único que hizo fue estudiar: iba, junto con la Gallega Mary, a una biblioteca de temas económicos en el edificio Fiat, donde leían sobre el nordeste argentino; se suponía que así se estaban preparando para su destino de maestras rurales en el chaco santafesino. Al mismo tiempo, Carlos Hobert le había conseguido un contacto en el hospital de Morón, donde iba a las guardias para aprender primeros auxilios: se suponía que una maestra rural debía ser capaz de atender a los pobladores de su zona; en realidad, se trataba de conocer algunos rudimentos para auxiliar a los heridos del foco guerrillero. Uno de los médicos de la guardia le había tomado aprecio y, para instruirla, le recitaba *Los Protocolos de los Sabios de Sión*, un violento panfleto antisemita. Graciela, para mantener las buenas relaciones, se lo había comprado en el

subte, y había leído las diez primeras páginas. El médico, sin embargo, no caía en la trampa:

—No, no, vos a mí no me engañás, me parece que vos sos medio izquierdista.

—Pero no, cómo me va a decir eso a mí...

Graciela se pasó un par de días aterrada, y estuvo a punto de no volver a la guardia.

También, algunas tardes, iba a tomar clases de alfabetización en el Centro Teilhard de Chardin, que dirigía Miguel Mascialino, un cura que trabajaba con los sindicatos combativos. El Centro Teilhard estaba en Paraguay y Pueyrredón, y ahí se enseñaba teología, economía, historia; también funcionaba como lugar de encuentro más o menos seguro para militantes de distintos sectores peronistas o cristianos. Entre los que circulaban por ahí había un obrero, el Negro Sabino Navarro, por el que suspiraban todas las asistentes. Sabino Navarro era un morocho de ojos verdes con mujer y dos hijos preciosos: Graciela y la Gallega coincidían en que era el obrero más lindo que habían visto en su vida, pero que jamás intentarían seducirlo porque sería una liberalada: un hombre casado, un compañero. Entre tanto, Graciela seguía sin poder comunicarse con el Flaco.

En esos días empezaron a llegar las noticias de la revuelta estudiantil, primero, y de la huelga general, después, en Francia. Graciela y Mary lo veían con ligero desdén:

—A mí me parece que es más que nada un movimiento de pequeño-burgueses, ¿no? Unos estudiantes parisinos que como no pueden hacer la revolución se entretienen con esas cosas.

—Bueno, de todas formas sería bueno que siguiera todo lo posible...

—Sí, pero si quieren hacer algo en serio que se vengán para acá. Ya lo dijo el propio Sartre, que Europa está agotada, que no tienen ninguna potencialidad revolucionaria.

—Tenés razón. Comparado con lo que están haciendo los vietnamitas, o incluso lo que está pasando en Colombia o en Venezuela, éstos son entretenimientos de chicos malcriados. Sean realistas, pidan lo imposible...

—¡Qué boludez!

—No, ni siquiera. Son chicos con buenas intenciones. Si pudieran hacer otra cosa, si tuvieran la suerte de haber nacido de este lado del mundo, seguro que estarían haciendo cosas más reales, ¿no?

Estaban convencidas: aunque esas cosas más reales no se manifestaran todavía en la práctica, aunque el proceso argentino estuviera atrasado con

respecto al de otros países latinoamericanos, la rueda de la historia ya había empezado a girar. En unos pocos años, los focos guerrilleros que se estaban preparando iban a crear las condiciones revolucionarias, y la situación iba a dar un vuelco radical.

En el Camilo Torres estaban empezando algunos cambios. Ya firmaban algunos volantes como Comandos Peronistas de Liberación, y seguían las discusiones internas sobre sus objetivos principales: *Cristianismo y Revolución* iba viento en popa, pero un sector insistía en que no se le prestaba suficiente atención al establecimiento del foco. De a poco, Graciela iba recuperando algunas de sus tareas habituales. Salían a hacer pintadas, a tirar volantes, a pegar afiches. En esos días, Graciela empezó a ir a la villa del Bajo Belgrano, donde el Camilo tenía un par de contactos. El gobierno de Onganía estaba tratando de sacar las villas miserias de la capital y, como no tenía a dónde mandar a sus habitantes, los alojaba provisoriamente en viviendas de tránsito. Uno de los grupos del Bajo Belgrano había ido a parar a Villa Martelli, y hasta ahí viajaba Graciela. Ahí trataban de contactar con los villeros, hablar de política, proponerles que se organizaran para pelear por sus derechos.

En esos días, un periodista y sindicalista de prensa, Emilio Jáuregui, les empezó a enseñar cómo armar cocteles molotov y bombas chicas con dispositivos de retardo.

Los alumnos eran Graciela, Carlos Hobert y un par más del CPL y, por supuesto, no sabían quién era el profesor. Sólo se enteraron de su nombre meses más tarde, cuando salió en los diarios. Se reunían en la casa de alguno de ellos, y alguien traía a Jáuregui, compartimentado; el profesor llegaba con una valija de tocadiscos portátil, una especie de fonógrafo, la abría, levantaba la bandeja tocadiscos y, debajo, tenía una pistola que les enseñaba a armar y desarmar con obsesividad, muy duro, sin la menor sonrisa.

Cuando tuvieron que hacer las primeras bombas, Jáuregui le dio a Graciela una lista de los productos necesarios. Para conseguir el caucho en polvo, Graciela se puso una pollera tableada y medias tres cuartos: como era menuda, podía pasar por una estudiante secundaria, y así fue a varias gomerías a pedirles el polvo que les quedaba en el suelo, diciéndoles que era para un experimento del colegio. Con la misma excusa consiguió el ácido sulfúrico y el clorato de potasio. Una de las primeras reglas era que nunca había que comprar dos cosas juntas: cada una de ellas por separado podía servir para otra cosa, pero dos juntas eran muy sospechosas.

Tampoco era fácil conseguir la plata para comprar esas cosas. No eran grandes cantidades, pero ninguno de ellos tenía un mango. En esos días, Graciela recibió una carta de la Gorda, una ex compañera del Camilo que se había ido a Londres «para tomar un poco de distancia y pensar qué hacer». En Inglaterra, la Gorda se había conectado con militantes procubanos: estaba pensando en irse a pasar unos meses a la isla y quería convencer a Graciela de que se fuera con ella. Graciela se tentó con la idea; además, adentro de la carta, la Gorda le mandaba dos billetes de diez libras para que empezara a ahorrar para el viaje, y le prometía que le mandaría más cuando pudiera. Graciela agarró los billetes, los miró varias veces, les dio vueltas y al final decidió que sería mejor que se los gastara en esos materiales. La revolución, se dijo, estaba antes que las realizaciones personales. Poco después, la Gorda la llamó por teléfono para ver cómo iban los preparativos del viaje:

—No, me gasté la plata.

—¿Cómo? ¿Por qué te la gastaste?

—No, no te puedo decir. Cuando nos veamos te cuento.

El problema fue cuando tuvo que conseguir fósforo blanco. El fósforo blanco es el principio activo del napalm, las bombas defoliantes que habían inventado los alemanes y que los americanos estaban usando para arrasar Vietnam. Graciela se presentó de estudiantita en una droguería y pidió medio kilo.

—¿De fósforo blanco?

—Sí, fósforo blanco. Es para un experimento en el colegio.

—Esperá un momentito.

El tipo se metió en la trastienda y Graciela escuchó que levantaba un teléfono. Cuando el droguista volvió, Graciela ya estaba a varias-cuadras, transpirando, puteando.

Poco después, ya en agosto, Graciela volvió a hacer de correo. Era muy útil para eso: la ayudaba su aspecto de jovencita educada y correcta. Además, seguía sin trabajo, y tenía tiempo. Esa vez se tomó el tren a San Juan, a buscar explosivos y fulminantes: Jáuregui le había explicado que tenía que tener mucho cuidado, que los fulminantes eran muy inestables, que cualquier sacudón podía hacerlos explotar. Graciela llevaba veinticinco, en la cartera, envueltos en algodón para evitarles golpes. En Mendoza subió un joven que se sentó en el asiento de al lado; a poco de charlar, le contó que era de la Gendarmería. Graciela trataba de que el terror se le notara poco. Después apareció un grupo de cinco chicos que iban a conocer la capital. Estaban exultantes, charlaban, jugaban, y Graciela agarrada con alma y vida a su

cartera. Pasó una noche muy difícil. Con cada traqueteo del tren cerraba los ojos e imaginaba la explosión. En un momento, los chicos, que ya se habían hecho amigos de ella, le sacaron la cartera y empezaron a jugar con ella. Era desesperante. A la mañana siguiente, cuando llegaron a Retiro, los chicos le insistieron para que les diera su dirección y se sacaran una foto todos juntos; Graciela les dijo que sí, que sí, que abajo en el andén. Bajó primero y se fue poco menos que corriendo. Una de las primeras reglas era no dejar rastros.

A todo esto, Graciela no entendía por qué no terminaban de mandarla al Chaco santafesino a instalarse en su escuelita rural: uno de esos días, Adrián, un miembro de la conducción, le dijo que por el momento no convenía porque el Flaco podía interpretar que lo hacían para que él no pudiera verla: Graciela se indignó y le dijo casi a los gritos que ésa no era una razón, compañero, que si la revolución no estaba antes que todas esas tonterías, entonces dónde estaba.

Esa noche, Cacho El Kadri entró al bodegón de la avenida San Martín restregándose las manos, con la nariz roja de frío. En la radio sonaba fuerte una canción del Rey Ortega: «Muchacho que vas cantando/ con tu guitarra por la ciudad/ la gente tiene sus penas/ por qué otras penas les vas a dar...». Corría el mes de julio, el invierno estaba feroz, y Cacho estuvo a punto de reírse. El bodegón estaba iluminado por un par de neones; en el medio, la luz violeta del fritador de moscas hacía que las caras parecieran más blancas, cadavéricas. Los muchachos estaban sentados en una mesa del fondo, de espaldas a la pared: desde ahí podían controlar todo el salón. Cacho reconoció a Fernando Abal de aquella cita en la pensión de Once. Al otro no lo había visto nunca.

—¿Hace mucho que me esperan?

—No, no te preocupes, recién llegamos.

Le contestó Mario Firmenich, y los tres pidieron, para empezar, sopa. En las mesas de al lado no había nadie; más allá, cerca de la ventana, bajo unos posters de Boca campeón 1962, dos camioneros atacaban una buseca humeante.

—Recibí la información de que nos estaban buscando y me parece bien. Nosotros estamos dispuestos. La cosa es que ya llegó el momento de pasar a la acción, ya no se puede seguir esperando. Ahora viene el aniversario de Evita y de la Revolución Cubana; a los compañeros nos ha parecido conveniente dar una señal de nuestra presencia, con una serie de atentados que...

Cacho estaba por explicarles en qué consistirían, pero se interrumpió porque les vio las caras de muy poco entusiasmo. El que le contestó fue Fernando:

—No, nosotros consideramos que todavía no están dadas las condiciones. Esto habría que discutirlo con más calma, y ver si...

—Bueno, discutamos.

—En principio, nos gustaría saber qué vamos a poner en el comunicado que saquemos, o los volantes. Habría que discutir lo que se dice ahí, porque...

Decía Fernando, y enseguida Mario agregó que tenían otro problema:

—Y también está el problema de los materiales, que nosotros en este momento no estamos en condiciones de conseguirlos. Con un poco de tiempo quizás podamos, habría que ver.

—No, por eso no se hagan problema. No es necesario que hagamos un volante. Si quieren, no tiramos volantes, para que no haya complicaciones. Lo que importa es hacer algo, señalar nuestra presencia, que estamos dispuestos a dar la lucha. Y con lo de los materiales tampoco se preocupen, porque nosotros tenemos y les podemos pasar lo necesario. Tenemos estas cajitas que son muy fáciles de manejar, no tienen ningún peligro... Lo que importa es marcar la presencia, que todos los que estamos en esto nos juntemos para hacer algo, y entonces vamos a ver quién está dispuesto de verdad, y quién está tomando jarabe de pico.

Cacho ya se había exaltado. Decididamente, esos días, no soportaba más las dilaciones. Y encima esos muchachos le parecían un poco tiernitos, jóvenes estudiantes con más labia que otra cosa. Fernando le dijo que había que discutirlo mejor:

—Habría que ver, compañero, habría que ver. Nosotros seguimos sin estar convencidos de que estén dadas las condiciones para...

El mozo ya estaba llegando, con los platos de sopa y sus dedos adentro. Cacho pensó que no quería perder más tiempo:

—Bueno, ¿saben qué? Cuando se decidan me llaman. Y ahora los dejo porque mi mamá me espera para tomar la sopa.

Cacho se levantó, los saludó y se fue para la casa operativa donde solía parar, en Castelar. Los dos compañeros que estaban ahí le preguntaron cómo le había ido.

—Ni me hablés. Salieron con boludeces, que las condiciones no sé qué, que la situación no sé cuánto. Los mandé a la mierda. Ya estoy harto de estos tipos que no hacen más que hablar.

Dos semanas después, el 26 de julio, Cacho y sus compañeros pusieron media docena de bombas en distintos puntos de la ciudad. Entre otras, una que voló un buen trozo del Panteón Naval de la Chacarita: los comunicados que mandaron a los diarios unían por primera vez en un solo aniversario la muerte de Evita y la revolución cubana. En esos días, Onganía declaraba que «nada puede estar más lejos del pensamiento de la revolución que la búsqueda de salidas políticas. La disolución de la centena de partidos políticos es un hecho irreversible». Poco después, relevó a los comandantes en jefe de las tres armas: el almirante Benigno Varela fue reemplazado por Pedro Gnavi, el brigadier Adolfo Álvarez por Jorge Martínez Zuviría y el general Julio Alsogaray por Alejandro Agustín Lanusse.

Junio de 1968. Su director técnico era Ángel Labruna y River jugaba con Carrizo, Morcillo, López, Guzmán y Dominichi; Matosas, Zywica y Montibelo; Daniel Onega, Ermindo Onega y Más. Hacía poco que los equipos se decían así, en 4-3-3, y muchos no terminaban de acostumbrarse. Boca, dirigido por Juan Carlos Lorenzo, salía con Sánchez, Suñé, Meléndez, Rogel y Marzolini; Cabrera, Rattín y Madurga; Pianetti, Rojitas y González. El histórico Antonio Roma estaba en el banco. En esos días, el campeonato se dividía en dos zonas y, en cada fecha, se jugaba un «interzonal»: tanto Boca como River iban primeros en su zona, y el Monumental de Núñez estaba repleto. Era el domingo 23, y hacía solcito.

El partido fue aburrido. Terminó cero a cero y la hinchada de Boca iba saliendo de la popular, sin grandes alharacas. De pronto, las radios empezaron a pedir calma:

—¡¡No salgan por la puerta doce!! ¡Por favor, no salgan por la puerta doce! No se sabe qué pasa, nos dicen que hay avalanchas, que hay víctimas. Calma, por favor, conserven la calma. ¡Quedensé en las tribunas!

Ya era tarde. En la puerta 12 murieron más de setenta personas, aplastadas por las avalanchas, y hubo cientos de heridos. Los primeros chocaron con algún obstáculo y los que venían detrás los pisotearon. Nunca se supo exactamente qué había pasado. La policía y el ministro del Interior, Guillermo Borda, repetían que «las puertas estaban abiertas, no cabe ninguna duda de ello». Directivos de River juraban que los molinetes que se usaban para controlar la entrada no estaban puestos.

Hubo varias versiones. Una aseguraba que los empleados encargados de retirar los molinetes tardaron demasiado, y que la gente chocó con ellos cuando intentaba salir: la presión de los que venían atrás hizo el resto. Otros

decían que la policía quería «peinar» la barra brava de Boca porque estaba buscando a algunos hinchas, y que por eso decidió dejar los molinetes. Otros, que la montada cargó sobre la barra y produjo el tapón. Uno de los que se salvaron, Julio Bazán, un peón industrial de veintiún años, contó cómo lo había visto:

—Me caí al piso, de boca. En seguida me di cuenta que era una avalancha y me arrastré hasta una pared. Empezaron a caer otras personas encima. En ese momento, vi que dos personas sacaban los molinetes y los pasaban por encima de mi cabeza. No me podía levantar, seguían cayendo encima mío y no podía salir de la trampa. Escuché que gritaban: ¡Saquen la reja! ¡Saquen la reja! Después de eso no me acuerdo más nada, me desperté en el hospital y me dijeron que tenía una pierna rota.

Otro, que no quiso dar su nombre, la contó desde otra perspectiva:

—Yo salí de la cancha unos minutos antes de terminar el partido, crucé la calle y me puse a tomar una bebida frente a la puerta 12. Desde allí vi a varios policías que revoleaban sus sables, tratando de contener al público que buscaba la calle. El número de policías creció. Un pelotón de la policía montada se les agregó. Eran una verdadera barrera que contenía a golpes al gentío. Entonces vi a dos personas que se arrastraban desesperadas sobre las cabezas del público. No quise ver más.

Al día siguiente, Onganía declaró duelo nacional y prometió investigar a fondo. El país estaba conmocionado. Poco después el cardenal Caggiano recibió a los presidentes de Boca y River y les aconsejó «seguir firmemente con su propósito de ejercer una función educadora». En Tucumán, Onganía declaraba que su «gobierno no era fascista». La Justicia nunca encontró a los responsables del asunto. Las entradas de la cancha de River pasaron a identificarse con letras, pero muchos hinchas siguen agarrándose el huevo izquierdo cuando pasan frente a la puerta L.

Cacho dormía casi todos los días en la casa de Castelar. La vida en esas casas era bastante estricta: había que llegar antes de una hora determinada y, si no, saltaba la alarma y se suponía que los que estaban en la casa tenían que irse, porque el retrasado podía haber caído preso y cantar el lugar. Pero a veces no lo respetaban: Cacho El Kadri sabía, por ejemplo, que cuando Pedro, que estaba clandestino, iba a ver a su mujer, una vez por mes, era probable que volviera después de hora. Algunos lo cuestionaban porque violaba las normas de seguridad; Cacho lo bancaba. Pero una noche se despertó sobresaltado porque oyó que alguien abría la puerta, manoteó el revólver que

tenía junto a la cama y casi le pega un tiro. Otro día Pedro estaba preparando una granada y le explotó el detonador. No pasó nada, sólo un agujero en la pared. La dueña de la casa, que vivía al lado, fue a ver qué había sido, y Cacho le inventó un accidente doméstico:

—No, que estaba arreglando un calentador y me explotó. No se preocupe que la pared se la dejamos como nueva.

—Qué cosa. Mire si lo agarraba.

—No, en cuanto vi el fogonazo salté.

Unos días después, Pedro aprovechó el final de una cena con Cacho y el Pata para empezar a hablar. Hacía tiempo que andaba tristón, huidizo:

—Muchachos, no puedo más.

Cacho y el Pata, primero, no entendieron a qué se refería. Miraron su plato, limpio de cualquier resto, donde sólo quedaba el hueso del churrasco bien pelado.

—Mejor, porque igual no te queda más nada.

—No, che, estoy hablando en serio. No puedo más. No soporto más esta vida. Quiero volver a hacer una vida normal, a ver a mi mujer, a mi hijo, andar tranquilo por la calle. A mi mujer la veo una vez por mes, hermano, como si fuera una... Bueno, y a mi nena casi no la conozco. No, che, no puedo más.

—Hermano, esperá que pongo la pava. Me parece que esto se va a llevar un par de mates.

Pedro hablaba despacio, abatido, como pidiendo perdón, pero parecía decidido. Cacho y el Pata le insistían en que lo pensara bien, que la situación era difícil, que se diera cuenta.

—¿Saben qué pasa? Pasa que ya no creo, che, a veces me parece que nos estamos equivocando, que la estamos pifiando fiero. Ya no sé si es tan posible hacer la revolución así, ahora. Capaz que hay que esperar que la gente esté más preparada...

La charla duró horas. Por un lado Cacho agradecía la prueba de confianza: Pedro podría haber desaparecido sin decir nada, cualquier tarde. En una de las piezas había un bolso con varios millones de pesos, y todos lo sabían: lo suficiente para rajarse y empezar una vida en algún lugar perdido. En cambio, Pedro les planteaba su situación, quería resolverla con ellos. Se tragaba su orgullo y se desnudaba ante sus compañeros. Cacho pensaba que era como el tipo que se tira del trapecio confiando en que las manos del otro lo van a agarrar. Eso lo reconfortaba. Pero igual la cosa era muy complicada:

—Pedro, si vos creés que lo tenés decidido no vamos a hacerte cambiar de opinión por más que digamos. Pero esto va a haber que discutirlo con el resto de los compañeros. Vos sabés que a esta altura cualquiera que se vaya es un peligro para todo el mundo.

—¿Una reunión con todos? ¿No podemos resolverlo entre nosotros?

—No, lo menos que tenemos que hacer es esa reunión, en serio. En cuanto podamos la hacemos.

Pedro se fue a dormir. Cacho y el Pata calentaron otra pava y se quedaron comentando la cuestión:

—Se cagó en las patas.

—No sé, vamos a ver. Es una crisis, capaz que se le pasa. Hay que tratar de ponerse en su lugar, imaginarse lo que está sintiendo...

—Puede ser, pero igual va a ser un quilombo. No lo podemos dejar ir así nomás, que se vuelva a su casa como si no hubiera pasado nada. Sería un peligro, de verdad, para todos.

La reunión se hizo la semana siguiente. Ahora en la cocina eran seis o siete, la dirección oficiosa. No era una dirección oficial, porque trataban de no formar estructuras jerárquicas, pero de hecho eran los que conducían al resto. Cuando Pedro terminó de plantear su situación, le pidieron que se fuera al living, que tenían que discutir qué harían.

—Es terrible. Lo que le está pasando al compañero es terrible, pero no podemos dejar que se vaya así como así. Él ya conoce todos los planes y...

—Sí, pero ahora...

—... y está al tanto de todo: no podemos dejarlo que se vaya. Ya habíamos previsto claramente qué pasaría si se planteaba un caso así.

Nadie lo decía con todas las palabras, pero todos sabían de qué estaban hablando. Cacho intentó una defensa:

—No, pero Pedro es un compañero de fierro. Yo me juego las bolas que no va a hablar. Pedro no puede hablar.

—Hermano, todos sabemos cómo es esto. Los quebrados son un peligro: les falta la moral, la mística. Si los agarran, son los que cantan más fácil. Y si llega a cantar todo el proyecto se va al carajo. Él sabía bien cuáles eran las reglas, él mismo las aceptó. No puede ser que cada uno empiece a tomar decisiones individuales a esta altura: nos iríamos todos al carajo, compañeros. Ya hemos llegado al momento en que el destino colectivo está por encima de los destinos de cada uno...

Había varios que fumaban nerviosos, y evitaban mirarse entre sí. Daba la impresión de que dilataban el momento de decir lo. Pero por fin llegó:

—Yo sé que es una decisión durísima, pero si queremos hacer la revolución en la Argentina vamos a tener que aprender a tomar este tipo de decisiones. Compañeros, con todo el dolor del alma planteo que la única solución posible es la ejecución del compañero, según los compromisos que él mismo había contraído con el proyecto.

Hubo un silencio. Cada cual sabía que la medida entraba dentro de la lógica que habían adoptado, pero ninguno se imaginaba la situación concreta, el momento de llevarla a cabo. Era lógico pero tremendo: matar a un compañero porque había decidido abrirse, porque quería vivir otra vida. Varios pensaron que, de todas formas, si no tenían más remedio tendrían que hacerlo. Lo contrario implicaría quizás que no pudiera establecerse el foco guerrillero. Cacho rompió el silencio:

—Compañeros, el compañero Pedro ha dado muchas pruebas de su lealtad y creo que deberíamos confiar en él. Ya sé que no se trata solamente de una cuestión de confianza. Por eso les propongo una solución alternativa.

En Río Gallegos Orlando Stirnemann, el Abuelo, un viejo compañero de todos ellos, tenía un criadero de chanchos; Cacho propuso mandar a Pedro a que se recluyera allá y saliera de la circulación mientras resolvía su crisis o, por lo menos, hasta que la guerrilla iniciara sus actividades y la información que manejaba ya no fuera peligrosa. La idea se discutió un rato; algunos insistían en que era un riesgo muy grande, que no tenía que temblarles la mano y que los verdaderos revolucionarios se veían también en esos trances, pero al final terminaron por aceptar el exilio de Pedro. Cacho llamó al Abuelo, le dijo que le iba a mandar un amigo que necesitaba trabajo con una carta cerrada donde le explicaba todo. Pedro recibió la noticia con alivio y, dos días después, estaba en marcha hacia el sur.

—Che, Abuelo, ¿y pudiste leer la carta?

—No, Cacho, qué carta.

—¿Cómo, no te la dio?

Cacho había llamado a Río Gallegos para controlar que todo estuviera en orden y se enteró de que Pedro se había guardado la famosa carta. Entonces el Abuelo se la pidió y Pedro no tuvo más remedio que entregársela. No había querido dársela porque, en el viaje, la había abierto: tenía miedo de que la carta dijera que lo ejecutaran cuando llegase. Pero sólo decía que estaba pasando un momento de crisis y que no lo dejaran irse de Río Gallegos hasta nuevo aviso.

Cacho iba poco por su casa: si acaso algún cumpleaños, o a veces los domingos. En cambio seguía yendo a la facultad y hacía como si cursara alguna materia, sin mayor entusiasmo. La carrera le servía como cobertura, pero tenía claro que lo que le importaba era la militancia, y en esos días andaba preocupado: el grupo de guerrilla rural iba a estar al mando de Néstor Verdinelli porque tenía entrenamiento especial, y él no estaba seguro de que fuera el jefe apropiado. Néstor venía de otra organización los compañeros del MJP casi no lo conocían y podían saltar problemas, enfrentamientos que en otras condiciones no importarían pero que, en medio de la selva, podrían echar todo a perder. Cacho empezó a pensar que solamente su presencia en el monte podía garantizar que eso no sucediera; se decía que era una tontería y que no podía ser que se creyera indispensable, pero seguía pensándolo. Los compañeros del MJP iban porque él los había llamado, porque le tenían confianza: eran relaciones muy personales, y él no podía mandarlos y quedarse en Buenos Aires. No le gustaba la idea de irse al monte, porque era una situación que no conocía, en la que su experiencia estaba limitada a los campamentos que había hecho de más joven en Córdoba y Bariloche, pero quizás tenía que hacerlo. Mientras se debatía en estas dudas, Fernando Andrés, el médico de su padre, al que conocía de muchos años, lo llamó para decirle que a don Khaled le habían detectado un tumor en el estómago y que tenían que operarlo sin pérdida de tiempo:

—Tu viejo puede salir bien o salir mal. Si sale mal lo más probable es que se muera enseguida. Te lo digo así para que estés preparado, por lo que sea.

A Cacho se le derrumbaron los esquemas. Su padre podía morir en cualquier momento, su familia iba a quedar desprotegida y él ni siquiera iba a estar ahí para hacerse cargo. Una tarde se encontró con el Pata en la estación Devoto. A él podía contarle su problema. Estaban sentados en un banco del andén y el viento frío les coloreaba las narices. Anochecía.

—... no sé, tengo muchas dudas. Me parece terrible dejar a mi familia en este trance. ¿A vos te parece que un revolucionario es un tipo que deja a su familia en una situación así?

—Cacho, qué cagada. Me parece que tenés que quedarte.

—¿Te parece?

—Y, sí.

—Sí, pero está la cuestión con los compañeros. Si yo no voy van a pensar que me cagué en las patas, que por eso no quiero ir.

—Cacho, nadie va a pensar que vos te cagaste.

—No sé, viejo, pero yo tengo que dar el ejemplo. ¿Ustedes bancarían a mi familia si se llega a morir mi viejo?

—Sí, nosotros la vamos a bancar, quedate tranquilo.

Cacho tenía en cuenta la posibilidad de que lo mataran, pero eso no era lo que más le preocupaba. Ya había estado en unas cuantas situaciones difíciles, y creía que sabía zafar; además, estaba convencido de que era necesario predicar con el ejemplo y tenía una idea mística, heroica, de la muerte: «Bueno, si me matan ya vendrán otros compañeros que tomarán la bandera y la llevarán adelante».

—Es un error que vayas. Vos no tenés que ir, pero no por lo de tu viejo, sino porque acá sos más útil, conocés a todo el mundo. ¿Qué carajo vas a ir a hacer en el medio del monte? Además vos siempre estuviste en contra de la guerrilla rural, y ahora estás a favor. ¿Quién te entiende?

—Es que siento que si no voy eso no va a funcionar. Puede haber problemas.

Días después, Gerardo Ferrari le mandó decir que quería verlo. Cacho ya estaba un poco harto de planteos, pero fue a encontrarse con él en Ciudadela. La charla empezó muy distinto de lo que había supuesto:

—Cacho: estoy enamorado.

Gerardo había sido seminarista hasta muy poco antes, cuando su militancia lo llevó a dejar la institución eclesiástica, pero seguía muy comprometido con los curas obreros de Villa Jardín.

—Te felicito.

Le contestó Cacho, que no sabía bien qué hacer con esa confesión. Gerardo sonreía, callado.

—Che, es una gran noticia. ¿Pero cuál es el problema?

—Que estoy anotado para subir en el primer grupo...

Cacho empezó a entender:

—Y decime: ¿es un amor-amor, o un amor así-así?

—Nunca creí que uno pudiera enamorarse así. Estoy hasta acá.

Siguieron charlando un rato. Cacho no sabía qué decirle. No encontraba nada objetable en ese enamoramiento, el primero en la vida de Gerardo. Y además, el ex seminarista no le planteaba que se quería abrir: sólo le pedía no subir en el primer contingente. Ya iría con el segundo, que estaba previsto para unos meses más tarde. Pero por lo menos podría pasarse algún tiempo con su novia. Cacho pensó qué contestarle: ¿que la militancia estaba primero, que la Revolución no podía esperar, que el amor hacia toda la humanidad era

más fuerte que el amor individual? No le parecía. Al cabo de un rato se despidieron con un abrazo fuerte:

—Quedate tranquilo, lo tuyo lo arreglo yo.

Poco después, los cinco o seis que formaban la dirección oficiosa del grupo estaban reunidos en la cocina de la casa operativa de Temperley. Estaban tomando unos mates y haciendo la lista de los que iban a ir a Tucumán en el primer grupo. Sobre el mantel de hule había migas de los bizcochitos de grasa y moscas zumbadoras. El momento era casi solemne. Habían discutido un rato largo y ya estaban terminando la lista. Cuando llegaron al nombre de Gerardo Ferrari, Cacho intervino:

—El compañero no sube en este primer grupo. Yo voy en su lugar.

Y todos lo miraron con una mezcla de sorpresa y alivio. Pese a las diferentes posturas, les gustaba que Cacho estuviera en el grupo que se jugaba la patriada. Afuera, uno estaba preparando el asado. Con los primeros chorizos empezaron a discutir qué nombre se iban a poner:

—Puede ser Ejército Peronista.

—No, me parece que la palabra ejército puede traer confusiones.

—¿Y Comandos Armados Peronistas?

—Eso podría ser, pero comando es un poco poco, ¿no?

Cacho pensó que lo más claro y obvio era lo mejor. El nombre de Fuerzas Armadas Peronistas había estado dando vueltas desde la venida de Villalón, más de cuatro años atrás. Incluso un grupo de Jorge Rulli se había puesto ese nombre, pero habían caído todos presos enseguida:

—Me parece que lo mejor, si queremos ser una fuerza armada y somos peronistas, es que nos llamemos Fuerzas Armadas Peronistas.

Dijo Cacho, y el nombre fue aprobado por unanimidad. Después decidieron que los que irían a Tucumán se llamarían Destacamento Montonero 17 de Octubre de las FAP, para marcar la continuidad con los montoneros del Chacho Peñaloza, que habían peleado en pampas y selvas contra el centralismo liberal, y que los que se quedaran en la ciudad se llamarían Destacamento Descamisado Eva Perón de las FAP: la referencia a Evita y sus descamisados era de las más queridas. Alguien propuso un brindis y todos levantaron sus vasos de vino con soda, salvo Cacho que brindó con naranja Crush. A veces le tomaban el pelo por abstemio, pero él mantenía esa costumbre musulmana. Ya estaba todo listo: tenían nombre, tenían una base, habían definido quién haría qué. Y decidieron que el destacamento tendría que empezar su preparación en el monte en septiembre para poder dar su primer golpe el 17 de octubre. Los hechos se precipitaban.

Julio de 1968. «¿Puede ser la misma muchacha (que algunos encuentran huraña y hasta antipática), casi siempre sin pintar, con traje sastre y tacones bajos, esta que ahora, esbelta y envainada en sofisticado palazzo-pijama de tela metálica, reinventa cada noche en el Regina, ante un público delirante, los regocijos y las melancolías del music-hall? Basta que abra la boca para saber que sí, que es la María Elena Walsh de la voz agridulce y los ojos claros, adormilados pero bien abiertos, la María Elena “desabrida, limpia y chúcará”, como ella se autodefine, empeñada ahora en fundar en la Argentina, y en consolidarlo, un género poco o nada cultivado en el país: el recital de canciones a la manera del Olympia de París o del Palladium londinense».

Con estas loas empezaba *Primera Plana* las tres páginas que dedicaba a María Elena Walsh con motivo de su primer espectáculo y disco de canciones para grandes: *Juguemos en el mundo*. Hasta entonces, Walsh se había dedicado a imprimir en los chicos de los años sesenta la marca de sus letras. Hasta que, en 1968, decidió que los adultos también la merecían, y fue un éxito.

«Me estoy poniendo los guantes blancos/ y el levitón ministerial/ y ya me voy a firmar decretos/ para que todo siga igual», decía una de esas canciones, suavemente protestonas. Como la que dedicaba a los ejecutivos, verdadero mito y modelo de la época: «Ay qué vivos/ son los ejecutivos,/ qué vivos que son,/ del sillón al avión,/ del avión al salón,/ del harén al Edén,/ siempre tienen razón/ y además tienen la sartén,/ la sartén por el mango/ y el mango también».

—Lo que estaba pasando en Checoslovaquia era una maniobra del imperialismo yanqui para resquebrajar el bloque socialista, y los camaradas soviéticos no tuvieron más remedio que intervenir.

—Pero a vos te parece, entrar con tanques en un país amigo, avasallar así su soberanía...

—La soberanía nacional es un concepto burgués, Eduardo, me parece que no entendés nada de internacionalismo. Además, yo creo que a los camaradas soviéticos les debe haber dolido tener que hacerlo...

—Tenés razón, y aún así se sacrificaron y lo hicieron, porque era necesario para el avance del socialismo. Eso les da más méritos todavía, ¿no te parece?

En la madrugada del 20 de agosto de 1968, seiscientos mil soldados del pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia para restablecer la hegemonía

soviética en el país. En enero, el comité central del Partido Comunista checo había decidido reemplazar a su líder histórico, el stalinista Antonin Novotny, por un burócrata eslovaco de cuarenta y seis años y carrera opaca: Alexander Dubcek. El país estaba casi arruinado por los errores económicos de la administración Novotny: para reconstruirlo, el nuevo gobierno pidió la colaboración popular. A cambio, fomentó el debate y la participación de la gente en la gestión del país. La respuesta fue entusiasta: en pocos meses, el Partido Comunista perdió su hegemonía absoluta en el gobierno, los sindicatos, cooperativas, asociaciones de jóvenes o de artistas empezaron a influir en el manejo del Estado, se abolió totalmente la censura de prensa, se decretó el derecho de los ciudadanos a viajar al extranjero, se reorganizó la policía para apartarla de la represión política, se adoptaron métodos autogestionarios en la producción con consejos de obreros y empleados en las empresas, y se descentralizó la economía, que dejó de depender de los intereses soviéticos.

Checoslovaquia estaba revolucionada y eufórica, pero Moscú no iba a permitir que uno de sus vasallos más cercanos se le escapara así. Tras diversas amenazas, a mediados de agosto las tropas se pusieron en marcha.

La invasión fue casi pacífica: los checos no se opusieron con las armas en la mano y hubo pocos muertos, en choques aislados. Pero hubo muchos actos de resistencia menor: los carteles de las carreteras, por ejemplo, estaban todos cambiados, y el país se transformó en un curioso laberinto. Había cantidad de carteles que decían «Moscú 1800 kilómetros», y los rusos tuvieron grandes problemas para conseguir nafta, agua y provisiones para su ejército.

Al cabo de una semana de idas y vueltas, Moscú consiguió que buena parte del gobierno reformista de Dubcek se plegara a sus exigencias, so pretexto de evitar un derramamiento de sangre. En pocos días, todas las reformas fueron eliminadas. En el exterior, la invasión de Checoslovaquia desató las condenas más tormentosas. El repudio fue casi unánime, desde las derechas hasta las izquierdas más radicalizadas. La invasión sólo fue reivindicada por los partidos comunistas prosoviéticos del mundo. En Buenos Aires, los comunistas también defendieron con entusiasmo «el derecho de la URSS a preservar el campo socialista, a evitar un movimiento contrarrevolucionario y proimperialista destinado a fragmentarlo» y saludaron «los esfuerzos del partido y el pueblo soviéticos por la defensa del socialismo en cualquier territorio donde nuestra revolución se encuentre amenazada». Sin embargo, les resultaba difícil responder a todas las voces que se alzaban en contra de la invasión, y salieron debilitados de muchos de esos debates.

Aunque tuvieron apoyos que quizás no esperaban: en La Habana, Fidel Castro declaró que la invasión soviética a Checoslovaquia era un mal menor, necesario para evitar un mal mayor: el retorno del país a la vía capitalista.

En esos meses, el partido estaba enzarzado en otra polémica violenta: Rodolfo Ghioldi, el esgrimista habitual, había escrito una serie de artículos contra el movimiento del mayo francés. Lo calificaba de «vanguardismo estudiantil pequeño-burgués, espontaneísta, anarquista, basista» y algún piropro más. Pero Eduardo estaba más preocupado por otras cuestiones. Había terminado el secundario en diciembre del 67 y en el viaje de egresados se había puesto de novio. Mabel Resines venía de una familia peronista y católica; no era comunista pero tenía alguna militancia en el centro de estudiantes del colegio. El partido estaba a favor de las relaciones de pareja —heterosexuales, por supuesto— más o menos libres aunque, al mismo tiempo, condenaba sin remilgos las infidelidades entre camaradas. Para atacarlas, cada organismo provincial o nacional tenía una comisión de disciplina, integrada por militantes confirmados, que controlaba la cuestión: si algún camarada salía con más de uno o una, era convocado por la comisión, que le planteaba que estaba cayendo en un libertinaje decididamente burgués, que se trataba de una desviación ideológica grave, y lo invitaba a rectificar la situación en los más breves plazos.

Eduardo no tenía ese problema. Pero unos meses antes se le había desmoronado parte de su mundo. Una tarde de enero en que la familia Sigal paseaba por el Tigre en el velero de unos amigos, el menor de los tres hermanos, que tenía seis años, se cayó al río. José Sigal, el padre, se tiró sin pensarlo: tenía cuarenta y pico, era un buen nadador, no fumaba. En un minuto, consiguió alcanzar a su hijo y sacarlo a flote. Entonces dio un par de manotazos y se hundió en el agua marrón. El chico se salvó, pero tardaron tres días en encontrar el cuerpo del padre. Eduardo, el hijo mayor, tenía dieciocho años y tuvo que hacerse cargo de algunas cuestiones familiares.

Ese año, Eduardo no entró en la facultad y se dedicó con todo a la militancia. Su carrera era firme: completaba con éxito los requerimientos de la campaña financiera, tenía infinidad de reuniones, a veces se encerraba en largos encuentros de dos o tres días con el resto de la dirección provincial y, cuando podía, escuchaba y cantaba tango, folklore, canciones cubanas o los clásicos de la guerra civil española en peñas, picnics y campamentos: le gustaban esos encuentros lo reafirmaban en sus convicciones porque veía que eran muchos los que estaban metidos en la misma. Eduardo no iba a bailar porque los jóvenes comunistas no solían hacer esas cosas, y despreciaba el

fútbol: le parecía una debilidad ideológica perder el tiempo con ese opio de los pueblos.

Su tarea principal estaba en la reconstrucción de las estructuras de la juventud en la provincia de Buenos Aires después de la división del año anterior. Los secundarios de la provincia, de los que Eduardo era un dirigente importante, se habían quedado casi todos en el partido: cuando llegaron a la universidad contribuyeron a recuperar la juventud universitaria comunista y, la noche del 31 de diciembre de 1968, en el clásico encuentro que los miembros de la fede hacían cada año en la costanera Sur, ya había seiscientos comunistas paseando y esperando que saliera el sol.

Julio de 1968. En esos días el plan de Krieger Vasena funcionaba de acuerdo a lo previsto. El dólar se mantenía estable desde marzo del año anterior a 350 pesos. La inflación se proyectaba al 16 por ciento para todo el año, frente al 29,2 de 1967. Los salarios nominales seguían congelados, aunque en términos reales se proyectaba una baja de entre el tres y el cinco por ciento. La desocupación rondaba el 8 por ciento, igual que el año anterior.

El plan de ajuste contemplaba reducción del gasto público, mayores impuestos y tarifas. Otro punto importante era el comercio exterior: mientras que para las exportaciones tradicionales funcionaban retenciones que permitían derivar recursos hacia otros sectores productivos, cayeron las barreras aduaneras para los productos importados que competían con las industrias de origen nacional. Eso provocó una ola de quiebras sin precedentes en las pequeñas y medianas empresas. La revista *Time* escribió, poco después, que Onganía se había ganado «la gratitud de los hombres de negocios extranjeros al autorizarlos a repatriar sus ganancias y al propugnar el retorno de las compañías petroleras cuyos contratos de exploración había anulado su predecesor civil, Arturo Illia».

La entrada de préstamos de corto plazo permitió a Krieger aumentar las reservas del Banco Central, pero no había inversiones exteriores de largo plazo. Ante la falta de capitales privados de riesgo que deberían acompañar un plan de ajuste liberal, durante el plan Krieger fue el Estado el que asumió el rol de capitalista: el motor de la inversión fueron las grandes obras públicas. Por eso, el PBI —que el año anterior había crecido dos por ciento— ese año 1968 crecía a un ritmo del cinco por ciento, con índices muy superiores en la construcción y en los sectores industriales de capital intensivo.

El ajuste de gastos y la reactivación económica tuvieron como telón de fondo la disciplina social y férreo control político ejercido por la dictadura. Una fórmula bien vista por los organismos mundiales de crédito, especialmente el Fondo Monetario Internacional. Pero, aunque no tuviera carriles de expresión, había otra Argentina y la sociedad estaba dividida frente a ese estado de cosas. La revista *Primera Plana* organizó una encuesta, cuyas respuestas se clasificaban según la clase social de los encuestados. Cuando les pidieron que compararan el gobierno actual con el anterior, de Arturo Illia, el 60% de «clase alta» dijo que era mejor y el 85% de «clase baja» dijo que era peor. La clase media se repartió en tercios entre mejor, igual y peor. Para la «clase alta», lo mejor que había hecho el gobierno era conseguir estabilidad económica —67%—; lo mismo decía —33%— la «clase media». Pero el 80% de la «clase baja» decía que no había hecho nada bueno.

Después les preguntaron si estaban satisfechos con la situación económica. El 54% de la «clase alta» contestó que no, igual que el 80% de la «clase media» y el 86% de la «clase baja». Y la mayoría le echó la culpa al «plan del gobierno», seguido por «los monopolios extranjeros» y, finalmente, «las empresas en general».

Otra de las preguntas era más elaborada: «El gobierno ha dicho siempre que uno de sus fines es defender al país de las ideologías de extrema izquierda. ¿Usted cree que esas ideologías es tan más fuertes o más débiles que antes?». El 52% de la «clase alta» contestó que más fuertes, igual que el 54% de la «clase media» y el 47% de la «clase baja», de la cual el 33% dijo que no sabía/ no contestaba.

El plan era simple, casi precario: iban a llegar en tren a San Miguel de Tucumán, donde los esperaba un compañero, Quito, que se había instalado en la ciudad un par de meses antes, con su familia, para servirles de base de apoyo. Quito había comprado una camioneta y los iba a transportar hasta la zona de Taco Ralo. Ahí iban a entrenarse durante un mes y después caminarían unos kilómetros hasta la cuenca del río Cochuna: una región montañosa entre los mil y mil quinientos metros de altura, de bosque subtropical húmedo, muy enmarañado, que ofrecía agua, fruta, reparo, pájaros para alimentarse. Primero enterrarían en distintos lugares unos cajones con víveres, botiquines y alguna munición, por si tenían que replegarse de urgencia. Y entonces empezaría a recorrer la zona, ya vestidos de uniforme, como FAP, repartiendo volantes a los escasos pobladores, y el 17 de octubre tomarían un puesto de policía que estaba sobre la nacional 38, lo pintarían con

consignas y lanzarían su proclama. Ahí los empezarían a buscar, pero ya estarían familiarizados con el terreno y con sus habitantes, así que podrían esconderse, marchar, combatir cuando les conviniera, golpear cuando no los esperaran y después replegarse, para volver a golpear: establecer un foco guerrillero según todas las reglas. Tenían seis FAL, cuatro pistolas-ametralladora, dos docenas de revólveres 38 y una buena cantidad de explosivos. Néstor y la Negra habían ido a relevar la zona, y aseguraban que era de lo más apropiada.

Había que preparar una serie de cosas. Cacho fue a ver a un viejo compañero del sindicato de la Alimentación para que les hiciera unas estampitas, unos volantes muy chicos con la foto de Perón y Evita y una consigna: «Caiga quien caiga y cueste lo que cueste. Venceremos. Patria o Muerte. Destacamento Montonero 17 de Octubre de las Fuerzas Armadas Peronistas». Pensaban repartirlos por los ranchos cuando estuvieran en la sierra: les parecía importante tener algo bien impreso para que la policía, cuando las detectara, creyera que tenían una infraestructura fuerte.

—Mirá, yo siempre te traje revistas, cosas así. Ahora te voy a traer un trabajo más pesado. ¿Estás dispuesto?

—Sí, Cacho, traemelo, yo te lo hago.

Cacho volvió un par de días después, con su estampita.

—¿Y esto qué es?

—Un grupo, como tantos grupos. No sé, por ahí sale, por ahí no sale. Vos hacemelo, pero que nadie sepa que se hizo acá. Tené cuidado de que no te vea nadie.

—No, no, quedate tranquilo, lo voy a hacer de noche.

Después, Cacho se presentó en el Comando de Operaciones Antárticas, donde había un coronel que había sido profesor suyo en el Liceo Militar. Cacho le dijo que había sido su alumno y le pidió asesoramiento:

—Queremos hacer un campamento en zonas inhóspitas de la montaña, en el sur. ¿Cuáles son las mejores provisiones para llevarse?

El coronel, muy amable, le dio la lista de los alimentos más ricos en proteínas.

—¿Y esto dónde se consigue?

—Pueden ir a Nestlé, o a Magnasco, que les preparen los sobres. Y tengan mucho cuidado, porque el frío es muy traicionero.

—No se preocupe, mi coronel, estamos bien preparados.

—Bueno, no se confíen. Que les vaya muy bien. Y cuando vuelvan no dejen de venir a contarme cómo les fue.

Al otro día, Cacho El Kadri y Samuel Slutzky, un muchacho recién recibido que iba a ser el médico del grupo, fueron a la fábrica Magnasco y encargaron los alimentos deshidratados y unos quesos más consistentes que los que solían hacer. También compraron frutos secos, llenos de calorías.

Ya estaba casi todo listo. Aún en esos últimos días, Cacho seguía yendo a la facultad, para mantener la cobertura, la ficción del estudiante. Pero no podía interesarse por nada de eso. En uno de los cursos había una chica que le gustaba más que un poco, y que parecía hacerle caso. Un par de veces, Cacho estuvo a punto de proponerle que salieran, que fueran a tomar un café. Pero no era muy ducho y, además, se decía que para qué, con qué derecho, si un mes después iba a estar en el monte, si su vida ya estaba entregada. En esos días hicieron un último asalto a un banco en Hurlingham, para terminar de reunir los fondos necesarios, y fueron a cara descubierta.

—Total, ya estamos jugados, qué importa que nos vean.

Cacho llevaba un uniforme de capitán del ejército y Néstor un traje elegante, con chaleco, que le habían prestado. Néstor era muy rubio y la idea era hacerlo pasar por un industrial inglés. Cacho y Néstor llegaron al banco cuando acababa de cerrar y golpearon la puerta de vidrio varias veces. El portero se acercó y les dijo que estaba cerrado.

—Por favor, déjenos entrar. Este señor es un industrial inglés que tiene que cambiar unos dólares. Tenemos que hacer una operación hoy mismo.

—A ver, un momentito. Voy a ver.

El portero se fue a consultar. Cuando volvió entreabrió la puerta para decirles que no se podía, que lo lamentaba tanto, y Cacho y Néstor se la empujaron fuerte. Entraron al banco gritando que era un asalto pero que nadie se preocupara, que no iba a haber problemas, que ellos no eran delincuentes, que era para la revolución y para el pueblo. No decían que eran peronistas. Néstor tenía una pistola dentro de su portafolios y se le había quedado trabada: no podía sacarla, así que amenazaba a los empleados empuñando el portafolios. Una mujer se desmayó: Cacho dio la orden de que la atendieran. En un par de minutos limpiaron las cajas del banco y se escaparon. En la calle los esperaba otro militante con un coche en marcha.

Tenían la sensación de que el corte era definitivo. Cacho estaba casi seguro de que no volvía, de que estaba dando un paso sin retorno. En esos días, más de una vez, cuando estaba solo, le dieron muchas ganas de llorar, y lloró.

—Bueno, mamá, papá, vengo a despedirme por un tiempo, porque me voy a ir a Cuba.

—¿Mucho tiempo, Cachito?

—No, papá, supongo que serán tres meses, cuatro como mucho.

Cacho pensaba que, en ese lapso, los diarios iban a hablar de él. Para contar que estaba peleando en el monte o que estaba muerto. Dentro del vértigo de esos últimos días, la buena noticia se la había dado el médico de su padre: el tumor era benigno y don Khaled estaba fuera de peligro. Su madre le había preparado las empanadas árabes que le gustaban tanto.

—Bueno, espero que hayas elegido bien a tus compañeros, querido.

Le dijo su madre, y Cacho les regaló un ejemplar del *Diario del Che en Bolivia*, que acababa de salir. Había una frase, en la carta que el Che les había dejado a sus padres cuando se fue de Cuba, que lo impresionaba: «Ahora, una voluntad que he pulido con delectación de artista sostendrá unas piernas flácidas y unos pulmones cansados. Lo haré». Cacho estaba más que emocionado, pero hizo todo lo posible para que sus padres no se dieran cuenta. No era nada especial, un viaje, muy interesante, y pronto estaría de vuelta para darles un abrazo.

El tren salió de Retiro en la tarde del 28 de agosto. Hacía frío; Cacho y los cuatro que viajaban con él llevaban mantas, comida, bolsos grandes. Otros viajarían en el tren siguiente, y el resto de la gente y casi todo el armamento iban en un camión. Cuando la locomotora anunció con tres pitazos la salida, Cacho tuvo un escalofrío.

Era un paso serio, el más serio que había dado en su vida. Lo tranquilizaba saber que no eran unos improvisados: a casi todos los conocía de varios años de militancia, y sabía que eran gente confiable, que se había probado en más de una acción. Era un grupo responsable, y estaban convencidos de que iban a cambiar la historia.

—Esto va a ser como una bomba. Le vamos a dar una cachetada al régimen, le vamos a demostrar que no nos entregamos, que la juventud está de pie, y nuestro ejemplo va a ser tomado por todos, va a ser una bandera de lucha.

Había dicho, en esos días, muchas veces, Cacho. Pensaba más en un sacrificio ejemplar que en empezar una guerra y ganarla. Aunque también cabía esa posibilidad: esa esperanza.

—Si conseguimos liberar una zona en Tucumán, con los cien mil trabajadores de FOTIA, más algún regimiento que se prenda, más alguna gente que se dé vuelta y que entonces... Entonces después Salta y Jujuy, y ya tenemos la frontera con Bolivia, y entonces volvemos...

Y si les iba mal siempre podían intentar la retirada por las montañas de Catamarca hasta la frontera con Chile: un viaje duro, pero no imposible. Aunque creían en el factor sorpresa: primero ocuparían un puesto, después otro, después otro y finalmente, el ejemplo provocaría una insurrección en la provincia y entonces... Tucumán, en esos días, podía resultar un polvorín. Había cierres de ingenios, ollas populares, mucha movilización de los cañeros, un clima muy espeso.

—Tenemos que ser la punta de diamante, la chispa que incendia la pradera. Cuando vean que estamos ahí, la gente va a salir a la calle...

Había dicho, y además estaba Perón. Uno de los objetivos de las FAP era traerlo de vuelta a Perón y, con Perón en el país, podía pasar cualquier cosa, pensaba Cacho. Por eso, además, no se sentían solos: eran parte del Movimiento Peronista, un grupo de catorce compañeros que iba a representar al Movimiento: se sentían parte de un gran conjunto. No eran una tentativa aislada, ni un grupo de vanguardia esclarecida, sino que «surgían de las entrañas del Movimiento». No estaban solos, y pronto iban a poder llamar a los demás, que seguirían su ejemplo. Aunque prefirieron lanzarse por las suyas, sin consultar a Perón, sin anunciarle nada. De todas formas, Perón lo había dicho muchas veces, cada vez más claro. Por ejemplo, cuando murió Guevara: «No creo que las expresiones revolucionarias verbales basten. Es necesario entrar a la acción revolucionaria, con base organizativa, con un programa estratégico y tácticas que hagan viable la concreción de la revolución. Y esta tarea la deben llevar adelante quienes se sientan capaces. La lucha será dura, pero el triunfo definitivo será de los pueblos». Perón mismo les estaba dando la orden, pero era mejor no decirle nada todavía:

—No tiene sentido hablarle de algo que todavía no existe. Todos van a consultarlo y a venderle buzones y después nadie hace nada. Nosotros salimos y después que se haga la primera operación se tomará contacto, pero con hechos, no con blablablá.

No tenían un proyecto claro para la sociedad que se construiría una vez tomado el poder. Tenían el programa de Huerta Grande de 1962, de las 62 Organizaciones peronistas, que daba algunas precisiones, como «nacionalizar todos los bancos; nacionalizar los sectores clave de la economía: siderurgia, electricidad, petróleo y frigoríficos; expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún tipo de compensación; implantar el control obrero sobre la producción», entre otras, pero en realidad, eso le correspondía más bien a Perón, la conducción estratégica. Y estaban convencidos de que la lucha los iba a purificar: por eso, cuando llegaran al poder iban a poder evitar los

errores del anterior gobierno, no iba a haber alcahuetes y chupamedias alrededor del general y se podría instalar una sociedad más justa, humanitaria, donde Perón iba a presidir los destinos de un país que volvería a ser floreciente, donde los trabajadores iban a estar contentos, se acabaría la explotación salvaje, reinaría la justicia, se distribuirían equitativamente las riquezas. Pero, más que nada, pensaban que la revolución iba a ir resolviendo sus propios problemas, construyendo por sí misma un mundo más humano.

Dos días antes, en Colombia, el papa Paulo VI había hablado ante 250.000 campesinos para pedir un orden más justo. Primero llamó a los gobiernos «de Latinoamérica y de otros continentes a seguir afrontando con perspectivas amplias y valientes las reformas necesarias que garanticen un orden social más justo y eficiente. Este orden se logrará con una más equitativa aportación de impuestos por parte de las clases más pudientes, en particular de aquellas que poseyendo latifundios no están en grado de hacerlos más fecundos y productivos o, pudiéndolo, gozan de sus frutos para su exclusivo provecho». Después, se dirigió a los campesinos: «No pongáis vuestra confianza en la violencia ni en la revolución, ya que tal actitud es contraria al espíritu cristiano y puede también retardar y no favorecer la elevación social a la cual aspiráis legítimamente».

Cuando llegaron a Taco Ralo, los guerrilleros sintieron una mezcla de emoción y alarma. El terreno que habían comprado era de monte bajo, muy llano, con pocos árboles para ocultarse, aunque no había nadie en kilómetros a la redonda. Pero también descubrieron que para llegar, cuando estuvieran preparados, a la sierra del Chacuna, tenían que atravesar un largo trecho sin la menor protección.

Los primeros días se pasaron instalando el campamento. Lo habían bautizado «El Plumerillo», como el del Ejército de los Andes. En el camión, junto con las armas y el grueso de las provisiones, habían traído una casita prefabricada Tarzán y la instalaron en el centro del terreno. En un mástil izaban todos los días su bandera: celeste y blanca en dos mitades, como la de San Martín, con una estrella roja de cinco puntas en el medio. Después se dieron cuenta de que había sido un error: que, en realidad, habían querido hacer una estrella federal, de ocho puntas, y se habían equivocado.

Durante el día hacía un calor de perros: junto a un gran árbol, frente a la prefabricada, pusieron una lona que les daba sombra, para comer y reunirse. Y para dormir tenían un par de carpas: eran catorce, trece hombres y una mujer. Entre ellos, además de Cacho y Néstor, el ex cura Arturo Ferré Gadea, de Alicante; la Negra Amanda Beatriz Peralta, de Bolívar; el médico Samuel

Leonardo Slutzky y José David Ramos, de La Plata; Hernán Laredo y Benicio Ulpiano Pérez, de Corrientes; Edgardo «El Águila» Olivera, de Santa Cruz; José Luis «El Zupay» Rojas, de Tucumán; Juan «El Chanco» Lucero y «El Negro» Alberto, de Rosario; Orlando «Chacho» Tomas, de Santa Fe; Hugo Ernesto «Jajá» Pettenati, de Entre Ríos.

La rutina se organizó enseguida. Cada día se despertaban antes de las cinco y salían a marchar por el refreno: No llevaban armas porque era entrenamiento físico y de contacto con el medio; los dos que se quedaban, de guardia, en el campamento, les tenían preparado el mate cocido para cuando volvían, a eso de las siete. Y enseguida salían otra vez para seguir marchando y familiarizarse con el monte. Se mantenían dentro de la propiedad, así que casi nunca se cruzaban con nadie. Salvo esa madrugada en que vieron aparecer a una señora cincuentona, baja, flaca. Cacho pensó en la historia de esa campesina que había entregado a Guevara en Ñancahuazú. Néstor, que ya la conocía de la vez pasada, la saludó con toda la naturalidad que pudo.

—¿Cómo le va, doña?

La mujer le contestó con algo que se parecía a un gruñido. Los guerrilleros estaban sin armas y con ropa común, así que el encuentro no era tan grave.

—Bueno, como le había contado, acá estoy con los muchachos de Agronomía. Estamos estudiando el terreno, a ver dónde vamos a plantar la jobo.

—¿Plantar, acá? No se me haga ilusiones, señor.

Dijo la señora, y siguió camino, refunfuñando algo. No era fácil charlar con esa gente.

Al volver solían ocuparse de las armas: habían cavado unos pozos grandes, como trincheras, cerca del campamento, y los usaban para amortiguar el ruido de las prácticas de tiro. No podían medir el alcance y la efectividad de las armas, pero se aseguraban de que nadie las oiría. Casi todas habían sido robadas en Rosario en 1960, cuando la asonada del general Iñíguez, y guardadas con grandes cuidados desde entonces. Entre ellas había una ametralladora Madzen 1926, que no andaba: Cacho se empeñó y dedicó horas y horas a tratar de arreglarla.

Al mediodía el sol era un infierno: los catorce se metían bajo la lona y comían arroz, fideos, polenta, algún guiso. Después dormían un par de horas de siesta; a la tarde solían hacer una pequeña caminata, una reunión de discusión, un rato de ocio. Se trataba de cohesionar el grupo: como Cacho había supuesto en Buenos Aires, aparecían tensiones entre los que venían del

MJP y los que venían del ARP. No llegaban a ser enfrentamientos, pero cada cual estaba más con los compañeros que más conocía. Formalmente, Néstor era el responsable de todo el grupo, que estaba dividido en vanguardia, centro y retaguardia; Cacho era el responsable de la vanguardia, subordinado al mando de Néstor, pero muchas veces sus viejos compañeros le consultaban a él decisiones que debían ser del otro. Cacho trataba de evitar esas situaciones y dar el ejemplo de subordinación: algunas veces le salía mejor que otras, pero todos creían que la lucha los haría mejores:

—Está claro que todavía arrastramos ciertos problemas, pero la acción nos va a ir depurando, limpiando de todo eso. Ya van a ver que vamos a salir de acá, si salimos, mucho mejores que cuando llegamos.

Cenaban a las ocho, ya de noche cerrada, y enseguida se desplomaban en sus bolsas de dormir. Las guardias eran de dos personas y dos horas, rotativas, y ni siquiera se podía fumar. Los muchachos del destacamento habían decidido cuidarse los pulmones: estaban convencidos de que el estado atlético era básico para la guerrilla rural.

Estaban impacientes y nerviosos. Era raro estar en ese lugar, perdidos en el medio de la nada, completamente aislados, salvo por los noticieros que escuchaban dos veces por día en la radio. Eso también formaba parte del renunciamiento necesario y, de todas formas, lo que importaba de ahí en más era lo que hicieran ellos mismos. Sentían que habían tomado su destino en sus manos. En general, se trataban bien, con el extraño afecto de los que saben que se están jugando la vida juntos y que sus vidas pueden depender de lo que haga el de al lado. Aunque, de vez en cuando, de puro nervio, saltaba alguna discusión, una puteada rápidamente sofrenada. Cacho no se preocupaba, y solía decir que era un buen signo, que mostraba que estaban impacientes por asumir más compromisos.

Tampoco había problemas con la Negra. Al principio, habían temido que una sola mujer en el campamento pudiera complicar las cosas, pero ella hizo todo lo necesario para demostrar que no estaba ahí por ser la compañera de nadie sino por sus propios méritos. Todos dormían en los lugares comunes, en el orden en que les tocaban las guardias, vestidos, y Néstor y la Negra evitaban cuidadosamente mostrar cualquier intimidación: de hecho, algunos decían que era joda, que en cuántos días que llevaban ahí no se habían dado ni un beso.

Ya habían pasado dos semanas cuando uno de los guerrilleros, Alberto, un rosarino flaco y nervioso, dijo que se sentía débil y no podía levantarse. Al rato empezó a vomitar. Slutzky, el médico, lo revisó y le diagnosticó un

problema de vesícula: había que operar. Néstor propuso que lo operaran ahí mismo; Cacho no estaba de acuerdo:

—Pero estamos todos locos. ¿Cómo lo vamos a operar acá? Si lo operamos acá se nos queda en la mesa. Hay que mandarlo a la ciudad, que lo operen en la ciudad.

Néstor no quería:

—No, compañero, sería un error mandar de vuelta a la ciudad a una persona que conoce nuestra localización. Si lo llegan a detectar vaya a saber si no nos entrega, así, enfermo como está... Se puede poner en peligro a todo el contingente. La única solución es tratar de operarlo acá.

Alberto venía del MJP y a Cacho le pareció ofensivo que se dudara de su entereza:

—El compañero no va a cantar ni muerto, eso te lo garantizo yo.

En el campamento no había ningún medio de comunicación. La camioneta se había vuelto y no tenían radiotransmisor ni walkie-talkies. Dos guerrilleros tuvieron que caminar hasta la ruta, a seis kilómetros, y hacer dedo hasta Lamadrid, el pueblo más cercano: unos treinta kilómetros. Desde ahí se comunicaron con Pipo Bertelli, que apareció con la camioneta y se llevó a Alberto a Tucumán, donde lo pusieron en un tren que salía para Rosario. En el campamento algunos dudaron de que hubiese estado realmente enfermo: pensaron en una somatización o, dicho de otra manera, en que se había cagado. Siempre les quedó la duda de saber si Alberto habló de más, consciente o inconscientemente. Pero es probable que el movimiento de idas hasta Lamadrid y tráfico de la camioneta llamara la atención de alguien que empezó a preguntarse qué hacían esos muchachos.

El 16 de setiembre de 1968, a trece años de la revolución Libertadora, a dos semanas de su llegada a Taco Ralo, el Destacamento Montonero 17 de Octubre de las Fuerzas Armadas Peronistas estaba por terminar la primera etapa de su preparación de monte. Cuatro días después empezarían a llevar las armas en sus marchas; menos de un mes más tarde tendrían su bautismo de fuego. Ese día, mientras tomaban el mate cocido a la mañana, el viento les trajo el ruido de un par de balazos no muy lejos. Las bocas se quedaron congeladas en los tarritos de metal, hasta que alguien dijo que eran cazadores.

—No, son cazadores.

—Sí, claro, son cazadores.

—Sí, no ves que es un calibre grande, de escopeta.

Al día siguiente, en plena marcha, Cacho encontró un atado de cigarrillos tirado junto a una mata de arbustos. Fue una sorpresa. Se suponía que ellos no tenían cigarrillos. Cacho preguntó quién lo había tirado, y nadie se hizo cargo. Néstor quería que investigaran más a fondo:

—Esto hay que descularlo. Alguien tiene que haber sido y hay que investigar quién es. En serio. Hoy son los cigarrillos y mañana es un compañero que se está muriendo de hambre y otro se guarda la galletita.

Preguntaron de nuevo si alguien tenía cigarrillos escondidos, pero todos negaron. Esa noche, a eso de la una de la mañana, Cacho se despertó con el ruido de un camión que pasaba a lo lejos. Sacudió al compañero que dormía al lado y le dijo que escuchara porque le parecía haber oído algo. El ronroneo del motor era inconfundible.

—Ah, el camión de la Hidráulica.

Dijo el otro. Empleados de la Hidráulica habían estado haciendo unos trabajos en un terreno cercano donde había un surgente de aguas termales: las estaban canalizando para usarlas en la Ciudad Termal que Boca Juniors quería construir para sus jugadores. Cacho y el otro se tranquilizaron y se volvieron a dormir. Se despertaron de nuevo poco después de las cuatro, para preparar la marcha. Se vistieron, medio dormidos todavía; Cacho estuvo a punto de agarrar un revólver, pero lo dejó. Habían convenido que empezarían a llevar armas recién al día siguiente. David y el cura Ferré se quedaron en el campamento para preparar el mate cocido y los demás salieron a caminar; estaba oscuro pero ya empezaba a hacer calor. Al fondo de la columna, uno puteaba porque tenía los pies todos llagados. Slutzky, el médico, le dijo que cuando volvieran le iba a hacer una cura.

Poco antes de las seis, la columna estaba llegando de vuelta al campamento, con Cacho, el Utu y el Águila a la cabeza. Todavía estaba oscuro. De pronto, Cacho vio una sombra que se movía allá adelante; se paró en seco mientras hacía una señal para que los demás también pararan. Cacho todavía tuvo tiempo para preguntarle al Utu qué era eso.

—¿Eso qué?

—Esa sombra, ahí adelante.

—Un caballo, debe ser un caballo.

Detrás, la columna se había parado y esperaba. La sombra se movió y se oyó un grito susurrado:

—¡Callensé, boludos!

El tipo tenía acento tucumano y voz desconocida. Los últimos de la columna empezaron a correr para atrás, y el tipo se dio vuelta de golpe y gritó

alto, alto, que no se mueva nadie. Estaba a menos de diez metros de Cacho; lo apuntó con su FAL y, antes de soltar una ráfaga, desvió el arma para arriba. Las balas le zumbaron por encima de la cabeza.

Enseguida se oyeron otros disparos, que llegaban desde todos lados, y aparecieron los haces de luz de varias linternas. Y más gritos:

—¡Quietos, carajo! ¡No se mueva nadie! ¡Quietos o los matamos a todos!

La columna estaba rodeada. Un poco más allá, adentro del campamento, David alcanzó a correr para buscar un FAL que estaba debajo de la lona; uno de los milicos lo corrió y lo tacleó justo cuando agarraba el arma. Alcanzó a disparar un par de tiros, que salieron al aire y se perdieron en el batifondo. Sonaban disparos por todas partes, pero no parecía que tiraran a dar. El cura Ferré trató de disparar una carabina automática pero la empuñó mal y el cargador se le cayó al suelo; en un segundo, cuatro policías se le tiraron encima y le pegaban. Los policías no sabían a quién estaban deteniendo: días atrás habían visto un avión sospechoso volando sobre la zona, así que creían que eran contrabandistas; tenían la orden de agarrarlos vivos. De pronto hubo un silencio, y Cacho pensó que tenía que decir algo.

—¿Quién manda esta tropa, carajo?

—¡El comisario Tamagnini!

—¡Acá el comandante El Kadri, de las Fuerzas Armadas Peronistas!

El círculo se había cerrado. Unos ochenta policías vestidos de fajina los tenían rodeados, apuntados con armas y linternas. Todavía sonaban tiros sueltos, y todos empezaron a gritar que no tiraran más:

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego!

En un par de minutos, diez guerrilleros estaban atados con las manos atrás; los cuatro últimos de la columna habían conseguido escaparse. El comisario Tamagnini se paró frente a Cacho y le preguntó si tenían armas. Era una pregunta casi retórica.

—Y, unas escopetitas.

Dijo el comandante, súbitamente modesto, y sintió terrible golpe en la cabeza. Alguien le había sacudido un culatazo, y cayó desmayado.

Cuando se despertó, un rato más tarde, ya era de día. Cacho El Kadri estaba tirado junto a un árbol, con las manos atadas y la cabeza a punto de estallar. Lo custodiaba el mismo que, un rato antes, no había querido tirarle al cuerpo y elevó sus disparos. Era un teniente de la policía, petiso, bien afeitado, muy jovencito, con tremendo casco: un novato. El tipo no parecía muy hostil:

—No te quise matar.

—Sí, ya vi. Tiraste para arriba.

—¿Vos quién sos?

—Nosotros somos peronistas.

El tenientito estaba blanco. Cacho le señaló a uno que daba órdenes y le preguntó quién era.

—Ése es el mayor Herrera.

Cacho sabía que el mayor Herrera era el jefe de policía de Tucumán. El teniente lo llamó:

—Jefe, éste ya se despertó.

—¡Traiganlo!

Cacho se paró y caminó esos pocos pasos. Cuando llegó frente al jefe de policía lo saludó con la mayor amabilidad:

—¿Cómo le va, mayor Herrera?

El jefe se quedó sorprendido.

—¡¿Y vos de dónde me conocés?!

—Tenemos amigos comunes.

Era mentira, pero Cacho estaba tratando de ganar un poco de tiempo. Miró alrededor y vio que había cuatro o cinco periodistas y un par de fotógrafos. Pensó que bueno, que por lo menos los habían blanqueado, que no los iban a matar ahí nomás. El jefe le preguntó dónde estaba el resto de las armas y la plata.

—No tenemos nada más.

—¿Cómo que no tienen nada?

Un poco más lejos, sonó una larga ráfaga de ametralladora. Y se acercó el comisario Tamagnini:

—Bueno, a ése ya lo eliminamos, ahora tráiganlo a éste.

A los empujones, dos policías se llevaron a Cacho un poco más allá, al lado de uno de los pozos que habían hecho en el campamento.

—¡Sí, sí, liquídenlo!

Gritaban. Y Tamagnini preguntó, también a los gritos:

—¿Y esto qué carajo es? ¿A quién enterraron acá?

—No señor, no enterramos a nadie.

—¿Cómo que no enterraron a nadie? ¿Qué es todo este revuelo? ¿Dónde está la guita?

—No, señor, no enterramos a nadie.

Entonces se oyó otra ráfaga, y Tamagnini volvió a decir que trajeran al siguiente. Cacho no podía creer que los estuvieran matando así, de a uno y

con los periodistas adelante. Pero Tamagnini estaba fuera de sí; después, alguien contaría que tomaba mucha coca.

—Ahora me vas a decir todo, quiénes son, dónde está la guita. Porque acá son todos boleta.

Más allá se oían otros disparos, aislados. Cacho pensó que debía ser la persecución de los que habían conseguido escaparse, y rogó que no los encontraran. Después pensó que tenía que hacerse cargo de la situación:

—Soy el comandante El Kadri, me hago cargo de todo. Lo único que le pido que traten bien a la compañera.

Los policías se sintieron tocados en su fibra de caballeros argentinos y le dijeron a Amanda que podía sentarse. Cacho siguió con su papel de comandante: estaba lanzado y dijo algo sobre los disparos que seguían sonando. Tamagnini cambió la cara y lo recogió al vuelo:

—¿Qué te pasa a vos?

—Que si nos van a matar que me maten a mí...

—No, alegrate. Lo bueno es que acá no hemos derramado sangre de argentinos. Yo soy más peronista que vos, a mí me echaron de la universidad de Córdoba por peronista, en el 55. Yo estudiaba medicina, iba para médico y me echaron por peronista.

Cacho le preguntó si había algún herido.

—Porque si hay, tenemos un médico que puede atenderlos.

—No, no hay heridos.

—Ah, bueno. Menos mal.

Tamagnini estuvo de acuerdo. La farsa de los fusilamientos ya se había acabado:

—La verdad que me alegro es que no se haya derramado sangre, porque esto hubiera sido terrible. ¿Quién es el médico?

—El doctor Slutzky.

Tamagnini le dijo que podía sentarse: respeto por la autoridad facultativa. Pero Slutzky no estaba de acuerdo:

—No, si no se sientan todos yo no me...

El doctor se llevó un culatazo que casi le parte la frente, y cayó medio desvanecido. Mientras tanto, la tropa revisaba todo el Campamento, y los policías se metían lo que encontraban adentro de sus chaquetas: un queso, un arma, una camisa.

Los guerrilleros se pasaron un par de horas tirados en el suelo, con las manos atadas, recibiendo puteadas y alguna patada de borceguíes policiales, hasta que llegó el camión. El ruido del motor era el mismo que habían oído

esa noche. Los hicieron subir: estaban aturridos, presos, derrotados. Varias veces habían discutido qué hacer si los agarraban vivos, y algunos dijeron que preferían la muerte a la tortura. Más que nada, porque no estaban seguros de aguantar la picana. Y que entonces tenían que llevarse unas pastillas de cianuro para tragarlas si caían. Otros no estaban de acuerdo. Cacho decía que era mejor resistir, y le contestaban que qué pasaba si no podían.

—Yo ya caí en cana, y si aquella vuelta me hubiera tomado una pastilla ahora no estaría acá, y habría un combatiente menos para la causa. Se puede aguantar, se los digo yo.

—Sí, pero a vos no te torturaron, solamente te pegaron un poco. Ahora te pueden tener diez días incomunicado y te hacen mierda.

La discusión no se había resuelto, y habían llevado el cianuro por un lado y las grageas para armar las pastillas por otro. Así que el veneno había quedado en el botiquín del médico y ahora formaba parte del botín policial.

Cuando llegaron a la ruta los hicieron bajar del camión y los pusieron cuerpo a tierra en la banquina. A lo lejos se escuchaban más tiros: era la cacería de los escapados. Agarraron a dos en el camino, poco después; a los dos últimos, esa noche, en la estación de tren de Lamadrid. Después de un rato les dieron la orden de levantarse y los hicieron subir a un ómnibus para llevarlos a Tucumán.

Cacho tenía un terrible chichón en la cabeza y todo le daba vueltas: se desmayó un par de veces más en el camino. Estaba destruido: tenía una sensación de derrota absoluta, y se preguntaba cómo podía ser que estuvieran ahí, detenidos y vivos. Habían llegado veinte días antes, creyendo que volverían victoriosos o muertos; habían pensado que iban a tomar aquel destacamento, que iban a ser la primera bofetada en la cara de régimen, la chispa que incendiara la llanura, y ahora estaban ahí, presos, derrotados, sin triunfo y sin gloria. Le dolía terriblemente la cabeza, y lamentó sobre todo no tener la pastilla de cianuro.

Septiembre de 1968. John William Cooke había nacido en La Plata en 1919. Fue elegido diputado peronista en 1946 y, durante esos diez años, defendió posiciones radicales. Fue preso en 1955 y estaba en la cárcel cuando Perón lo nombró su representante en el país. Desde la cárcel le escribió a su novia, Alicia Eguren:

«Stupity: Cuando Ud. llegó a lo de Palacio, con su sombrero coronado de flores de durazno (¿o serían jazmines?), me dio la sensación de un bello junco a la espera del vendaval que lo abatiese inmisericorde. Ud. me dirá, señora,

que desde entonces han pasado diez años y —¡ay!— muchos vendavales. No haga caso del almanaque, señora, que es una obra mezquina de burócratas del Tiempo. Son otros equinoccios los que rigen para nosotros. Yo le voy a contar la verdadera historia, la auténtica y real.

»De lo de Palacio fuimos a su casa, y hablamos de presidentes depuestos y de políticos, en la penumbra propicia de un crepúsculo de primavera. Comimos “chez moi”, Ud. leyó versos. Desde entonces, su adorable sonrisa de conejo iluminó mis felices noches de conspirador en desgracia.

»Ud., señora, aprovechó para hacerme víctima de sus artimañas e insolencias: puso en duda mi indiscutido talento, mis virtudes para el mando y mi condición de jefe; creó serias dificultades a mi acercamiento con el sector femenino del Partido; y, en suma, intentó tratarme como a otro de sus peleles. Ahora culmina sus desafueros apareciendo en mi celda, a las horas más intempestivas, para intranquilizar mi reposo y turbar mis pensamientos. (No crea que me quejo, señora; Ud. sabe que nunca me quejo).

»Dicen que estoy por abandonar esta celda propicia y me apresuro a escribirle. ¿Por qué? ¡Ah, señora!, no es que yo no sepa que de Ud. se puede decir la frase del poeta: “Qu’est-ce qu’il y a de plus changeant qu’un matin d’avril, si ce n’est le coeur de mon amant” (confío en que mi francés sea menos traicionero que Ud.). Pero eso no impide que yo tenga el deseo de verla caminar y moverse cerca mío, mientras su cara conejil se anima y profiere impertinencias, y los lugares van quedando contaminados con su coquetería insoportable.

»Ya ve, señora, qué humildes son mis anhelos. Venga a verme. La llamo apelando a los lazos indestructibles que unen a los conspiradores y a una relación de la cual lo menos que podrá decirse (en el peor de los casos) es aquella otra frase: “questa é una piccola aventura; patetica, miracolosa, e quasi d’amore”».

Tras su fuga del penal de Río Gallegos, en 1956, John William Cooke fue el líder principal de la Resistencia hasta 1959. Fue un período de mucha agitación, largas huelgas obreras y profusión de «caños». En enero de 1959, Cooke, junto con otros dirigentes, organizó el intento de «huelga general revolucionaria» a partir del conflicto en el frigorífico Lisandro de la Torre. Poco después, participó en el origen de la primera guerrilla peronista, los Uturuncos, que fue desarticulada en Tucumán hacia fines de ese año.

En 1960 se exilió en Cuba y, a partir de esa experiencia, profundizó su idea de que el peronismo era la forma argentina de un movimiento de liberación nacional que implicaba una revolución social. También terminó de

convencerse de las bondades del foquismo, el establecimiento de una vanguardia que, con sus actos, crearía las condiciones para el proceso revolucionario. Cooke, que sostenía el carácter de movimiento de clase del peronismo, insistía en que había que dotarlo de un «partido revolucionario» con una ideología bien definida, que estuviera mejor preparado para encarar la toma del poder, y criticaba a la «burocracia político-sindical» y al «fetichismo del líder». «El peronismo es, por su composición social y sus luchas, revolucionario por esencia. Y si existe, en su seno, el peronismo revolucionario, es porque el régimen, mediante el manejo del aparato estatal y cultural, demora la toma de conciencia de las masas con respecto a las razones de la tragedia que sufren y a la política que puede ponerle fin», escribió Cooke. «El peronismo revolucionario es una vanguardia que busca reconciliar la política del Movimiento con el verdadero papel que éste tiene en el enfrentamiento de las fuerzas sociales». «El peronismo —solía decir— es el hecho maldito del país burgués».

Hacia 1961, las relaciones entre Cooke y Perón se enfriaron, entre otras cosas, porque Cooke insistía en que el general se estableciera en La Habana. Durante los sesenta, Cooke fue el líder de Acción Revolucionaria Peronista, un grupo de la izquierda peronista que nunca consiguió demasiado peso. Empezó a ser más respetado como ideólogo que como político y sus numerosos escritos se convirtieron en una referencia obligada para los sectores medios que se iban acercando al peronismo.

En junio de 1968, en La Habana, le detectaron un tumor muy avanzado. Los cubanos le ofrecieron mandarlo a tratarse a algún hospital especializado en Europa del Este. Cooke prefirió volverse a Buenos Aires. El 21 de agosto le escribió a su mujer su última carta:

«Querida Alicia: ya a punto de ser operado, deseo establecer algunas indicaciones, disposiciones y directivas que, lamentablemente, pertenecen a lo macabro, pero creo mejor consignarlas expresamente.

»1) En caso de que mi estado se agrave y entre en coma, debes ocuparte que bajo ningún pretexto ni artimañas se me acerque personal eclesiástico, monjas, etc., o se intente suministrarme sacramentos, exorcismos, etc. La prohibición incluye a los sacerdotes que sean amigos personales.

»Comprendo que, ya que al fin y al cabo para mí carece de importancia todo ritual, algunas personas que me quieren piensan que exagero las restricciones. Pero es que deseo mantener intacto mi “buen nombre y honor” de ateo y materialista consecuente, y no deseo confusiones, leyendas sobre

arrepentimientos “in extremis” y otras fábulas producto de la propaganda (y a veces de la buena intención) de la gente.

»2) En caso de muerte, todo lo anterior se aplica con el mismo rigor, aunque he tomado disposiciones —con tu participación— que espero obvien dificultades:

»a) Donación de mis ojos, de mi piel, etc.

»b) Gestiones en trámite para donar los restantes órganos y, si es posible, todo lo que reste de mi cuerpo.

»3) Si lo anterior fuese factible, cumpliría un doble objetivo: ya que no he podido, por medio de una muerte heroica, contribuir a la solución revolucionaria de nuestro drama americano, al menos podré ayudar a resolver algún problema individual, servir para la práctica de estudiantes de medicina, etc. y, al mismo tiempo, quedaría eliminado el problema de disponer de mis restos mortales, con el consiguiente alivio en materia del orden establecido en materia de velorio, entierro, etc.

»4) Pero como la burocracia y la imbecilidad del orden establecido son infinitas, es previsible que surjan inconvenientes para una liquidación drástica y completa del cadáver, y por lo tanto debe plantearse lo que corresponde según las diversas hipótesis.

»5) No sé si el velorio es algo inevitable. Si pudiera evitarse, mejor, pues sabes lo que opino de esa ceremonia de cuerpo presente, coronas y demás elementos de mal gusto. Si, además, puede prescindirse del entierro, mejor que mejor. No pretendo que mis restos tengan que ser llevados en un paquete y en colectivo, pero sí que sólo recurras a lo más funcional, aséptico y desprotocolizado; nada de pompas fúnebres, ceremonias, solemnidades, etc. Por razones de estética, de fondo y también económicas, pues mi tendencia al despilfarro no alcanza a lo post-mortem o sea, que me irrita pensar en gastos de pompas y circunstancias para satisfacer costumbres y vanidades que ofenden mi racionalismo y sentido de lo elegante.

»6) En fin, ya llegamos, de una u otra manera, a la última etapa de esta planificación necrológica. Si no fuera posible disponer integralmente de mi cadáver por medio de donación y hay que hacerlo de otra manera, entonces que lo cremen. Y que las cenizas no se conserven ni se depositen: dispérsalas poéticamente al viento, tíralas al mar (transo con que las tires al Río de la Plata, lo mismo da cualquier río y aun una laguna). Yo viviré como recuerdo el tiempo que me tengan en la memoria las personas que de veras me han querido; y en la medida en que he dedicado mi vida a los ideales revolucionarios de la libertad humana, me perpetuaré en la obra de los que

continúen esa militancia. Así que no deseo que queden ni vestigios de lo que fue, por un breve intermedio de tiempo, un complejo fisiológicamente organizado como ser viviente...».

John William Cooke murió en Buenos Aires el mismo día de la detención de los guerrilleros peronistas de Taco Ralo: algunos de ellos habían sido sus discípulos. Un par de años antes había escrito que «cuando culmine el proceso revolucionario argentino, se iluminará el aporte de cada episodio y ningún esfuerzo será en vano, ningún sacrificio estéril, y el éxito final redimirá todas las frustraciones».

Nueve

Ya estaba cayendo la noche del 19 de septiembre cuando el ómnibus paró frente a la puerta de la jefatura de Policía de San Miguel de Tucumán. Alguien les gritó la orden de bajar, y Cacho El Kadri pudo ver que había mucha gente amontonada cerca de la puerta. Ahí le cambió el humor, se envalentonó y soltó un grito:

—¡Viva Perón, carajo!

Y todos los demás le respondieron:

—¡Viva!

Los policías les gritaron que se callaran la boca, y los presos empezaron a cantar la Marcha Peronista. Mientras bajaban del ómnibus, en esos pocos metros hasta la puerta de la jefatura, cantaban la Marcha Peronista y les empezaron a caer golpes y patadas:

—... todos unidos triunfaremos/ y como siempre daremos/ un grito de corazón/ ¡viva Perón! ¡viva Perón!...

—¡Silencio, carajo! ¡Cállense la boca ya mismo o los reviento!

Todavía cantaron un par de estrofas más; la Marcha Peronista era un himno de guerra. Cacho creyó ver, en las miradas de los curiosos, más de un gesto de complicidad, de apoyo, y recuperó algo de la esperanza perdida.

Los instalaron en una especie de galpón, grande y vacío, parados, separados entre sí por tres o cuatro metros, con las manos esposadas a la espalda, de cara a la pared. A Cacho le seguía doliendo la cabeza como nunca antes. Cada rato, sentía que el mundo le empezaba a dar vueltas, se le aflojaban las piernas y se caía redondo. Entonces alguno de los policías de guardia lo levantaba a patadas y rebencazos y lo hacía volver a su puesto. Así se pasó toda la noche; a la mañana del día siguiente los dejaron sentarse.

Por alguna razón que nadie supo, al primero que interrogaron fue Ferré Gadea, el cura español. El hombre tenía labia y una historia infinita, así que se pasó horas contando su vida: el seminario en España, su primera misión en una villa miseria limeña, sus trabajos en Bolivia y Colombia. Cada tanto lo apremiaban con preguntas más concretas, le pedían nombres y lugares, pero el cura seguía con su cuento y los policías no se atrevían a cortarlo. Así se pasaron las primeras horas, las más importantes para un interrogatorio: el

período en que los compañeros de los presos todavía no se han enterado de la caída y no han tomado las medidas necesarias. Pero la policía, entonces, era bastante inexperta en esas lides.

En Buenos Aires, los padres de Cacho El Kadri leyeron en el diario de la mañana que su hijo estaba preso, y se tomaron el primer avión a Tucumán. Cuando llegaron se instalaron en un hotel del centro y se fueron a ver a Benito Romano, el secretario general de la FOTIA, que les ofreció todo su apoyo y les dijo que tenían que estar orgullosos de tener un hijo capaz de jugarse por sus ideales. Y que era una lástima que no hubieran podido empezar la guerrilla:

—Acá, en Tucumán, si hubieran empezado muchos compañeros cañeros se les sumaban. Acá la gente está harta y la cosa no da para más, nos están cerrando los ingenios, nos hambread. Cada vez hay más gente que dice que así no vamos a ninguna parte, que la única que queda es agarrar el machete y meterse en el monte.

Después, en la jefatura de policía, Don Khaled hizo valer su condición de dignatario religioso de la comunidad musulmana en Buenos Aires. Le dijeron que no podía ver a su hijo porque estaba incomunicado pero, tras largas discusiones, aceptaron darle un paquete de empanadas árabes que doña Ester le había traído especialmente. Más tarde, cuando volvieron a su cuarto de hotel, se encontraron con que había sido prolijamente revisado por manos desconocidas.

Era 20 de septiembre, aniversario de la batalla de Tucumán: el oficial que se presentó con el paquete de empanadas triangulares estaba vestido con todos los dorados del uniforme de gala.

—¿Quién es El Kadri?

Cacho estaba tirado en un rincón, contra la pared, y se levantó despacio.

—Le traen esto.

En cuanto vio el paquete, Cacho reconoció la mano de su madre. El engalanado le sacó las esposas para que pudiera abrirlo; Cacho le pidió permiso para repartir entre sus compañeros.

—Bueno, pero sin hablar.

Era un momento tranquilo, los guardias estaban distraídos y, mientras les daba empanadas, Cacho aprovechó para decirle algo a cada uno: que no hablara del camión que los había traído, que no dijera nada de la gente que tenían en la ciudad, que negara tal o cual acción. Eran segundos, pero alcanzaban para decirle a cada cual lo más importante. Iba por la mitad cuando los policías se dieron cuenta:

—¿Qué está hablando? ¿No le dije que se callara la boca?

—No, les preguntaba cómo están.

Contestó Cacho, y terminó el reparto en silencio. La situación era extraña: la jefatura seguía funcionando y todo el tiempo pasaban policías por el galpón donde estaban los presos, pero era como si no los viesen. Cacho tenía la sensación de que lo habían enterrado vivo: era como estar en una tumba mirando todo lo que pasaba en el mundo de los sobrevivientes. Se acordaba de una mujer que le había contado un viaje a Sudáfrica: la mujer se había alojado en la casa de una amiga sudafricana y le impresionaba que su amiga saliera del baño desnuda delante de las mucamas negras y le decía que se tapara y la amiga le preguntaba por qué, si acá no hay nadie. Así estaban ellos, tirados en el suelo, ensangrentados, zaparrastrosos y, sobre todo, inexistentes.

Más tarde, Cacho extrañaría esas horas en que no les hacían ningún caso. Ya estaba oscuro cuando entraron cuatro policías y lo hicieron parar, junto con Néstor. A empujones, los llevaron hasta una puerta trasera, los metieron en un Ford Falcon y arrancaron. Poco después los hicieron bajar en un lugar que Cacho reconoció como un cuartel de bomberos. Los bajaron en un patio de tierra y los separaron. En ese patio oscuro, bajo una luna pálida, el comisario Tamagnini y otros tres lo empezaron a putear muy fuerte:

—Así que ustedes son los del banco de Temperley. Así que ustedes son los que mataron a nuestro compañero.

En uno de los asaltos que habían hecho para reunir fondos, en Temperley, un policía se resistió y, en el tiroteo, lo mataron. No habían querido hacerlo: justificaban la violencia porque la consideraban «necesaria, legítima, revolucionaria» pero, en general, si tenían que tirar trataban de apuntar a las piernas, no matar a un agente o un cabo que —decían— «también eran parte del pueblo». Pero lo habían matado y un identi-kit que levantó la policía en el lugar dio una cara muy parecida a la de Néstor. Por eso los habían sacado de la jefatura, esa noche, a Néstor y a Cacho, que decían ser los jefes. Tamagnini, días después, le diría a Cacho que si él hubiera sabido desde el primer momento que los tipos que estaba deteniendo en Taco Ralo eran los que habían bajado a un compañero suyo, los habría matado a todos. Y también le contó que él era el cazador que habían oído dos días antes de caer: que había ido con un par de suboficiales a relevar el lugar. Esa noche, en el patio de tierra, las amenazas eran cada vez más pesadas. Y, aunque estaban

legalmente detenidos, los policías podían pegarle un tiro a cada uno y declarar que habían intentado escaparse. Ya había pasado otras veces.

No se veía casi nada y Cacho estaba sin anteojos: se los habían sacado al detenerlo. Cacho estaba seguro de que ahí se terminaba todo. Lo hicieron arrodillarse en el piso de tierra y le preguntaron si sabía qué era eso. Delante suyo, en un pocito en la tierra, reconoció, borrosa, una bomba que habían preparado en Taco Ralo, como dos kilos de trotyl. Por un momento pensó que si la hacía explotar, se llevaría con él a dos o tres. Era, por lo menos, una manera de morir peleando: una última revancha. Cacho recordó el himno de la Juventud Peronista: «Si la tumba o la cárcel nos esperan/ al final en la patria sojuzgada/ ahí está nuestro lugar./ Juventud presente/ Perón Perón o muerte/ Juventud presente/ Perón Perón o muerte./ No podrán contra ti los opresores/ ni la fuerza te hará retroceder/ por tus venas corre sangre de leones/ y mil veces morir o vencer». Mil veces morir o vencer: ésa era la consigna. Y vencer ya no podía. Estaba derrotado, estaban por matarlo, y podía llevarse a dos o tres con él. Cacho se inclinó hacia la bomba, adelantó las manos. No pensó en la muerte; no pensó en nada, era pura acción. Cacho ya había pasado otras veces por ese tipo de situación: frente a la necesidad de actuar, todo pensamiento que no sirva para la acción se suspendía y dejaba paso a una claridad increíble para ver lo que tenía que hacer. Ya había estado en tiroteos donde lo único que importaba era ver bien la situación, decidir por dónde ir, adonde tirar, cómo parapetarse. Hacer, hacer lo que había que hacer. Una calma y una agudeza tremendas, que duraban lo que duraba la necesidad. A muchos les pasaba. Un año antes había estado en una situación de mucho peligro: había hecho todo lo necesario, había tirado justo, había salido bien. Uno de los otros había caído herido o muerto. Después, cuando llegó al refugio, ya fuera de peligro, todos a salvo, se largó a llorar un rato largo. Sus compañeros lo rodearon, lo abrazaron para consolarlo. Entonces venía el momento de la duda, de revisar lo hecho, de pensar si había actuado bien: sólo después. Cacho volvió a mirar la bomba, borrosa, ahí adelante, en su pocito, y estiró las manos. Estaban por matarlo y podía llevarse a dos o tres con él. Un sacrificio glorioso.

—¡Pará, hijo de puta!

Alguien se le tiró encima y lo apartó de la bomba.

—¡¿Pero no ven que este hijo de mil putas la quiere hacer volar?!

En el suelo, lo patearon con saña. Cacho trataba de cubrirse el cuerpo con los brazos, y pensaba confusamente que había perdido otra oportunidad. Después, Néstor le contaría que había tenido la misma idea, pero que a él

después de pegarle le tiraron un par de tiros al lado de la oreja. Al cabo de un rato de trompazos y puteadas volvieron a meterlos en el Falcon. Cacho pensó que quizás preferían matarlos en otro lugar, algo más apartado, donde no hubiera tanta gente. Cuando llegaron de vuelta a la jefatura empezó a pensar que quizás no le tocaba todavía.

Septiembre de 1968. Pasaron años antes de que *La Felicidad* se escuchara en Mau Mau. Fue una noche, por divertimento, según decía la revista *Gente*: para tomarle el pelo. Al principio, en el boliche del jet-set, la música de Palito se consideraba decididamente mersa. Pero después empezaron a ponerlo más seguido. El artículo decía que Palito había empezado por las grandes masas y que los elegantes lo empezaron a escuchar en joda, hasta que les gustó.

Antes de ser el Rey, Ramón Bautista Ortega vivía en Lules, un pueblito tucumano con ingenio, del que se fue a los catorce. Como tantos, tomó el tren, deambuló por Retiro y al poco tiempo lavaba pisos y copas en un bar del Once, donde jugaba a que la escoba era una guitarra. Después probó suerte en la calle con los termos de café Sorocabana y, cuando podía, iba a radio Belgrano a ver personalmente a Virginia Luque y a Pinky. Un productor le recomendó que se comprara un parche y dos palitos para aprender a tocar la batería; le hizo caso, y llegó a tocar un par de veces en una banda. Recién a los diecisiete juntó la plata para volver al pago a ver a su familia, pero a los pocos meses ya estaba buscándose la vida en Mendoza, donde imitaba a Luis Aguilé en un night club. De vuelta en Buenos Aires, hizo jingles de callicidas y desodorantes hasta que grabó *Dejala, dejala, Bienvenido amor y Media Novia*, los temas que lo hicieron famoso: la gente ponía el winco a todo lo que daba y bailaba en la calle. Era el verano del 64.

Casi cinco años después, el Rey le decía a la revista *Gente* que ahora sólo hacía dos especiales por año, alguna que otra gira o presentación en televisión y unas pocas películas. De vez en cuando volvía a cantar a Tucumán, donde la situación se hacía cada vez más explosiva. Sobre política nunca quiso opinar. Insistía en que no era lo suyo, y se cuidaba mucho de decir ni pío.

Esa misma noche, en el despacho del jefe de Policía de Tucumán, empezaron a interrogarlo en serio. Habían corrido los sillones y la mesa de café y le pegaban bajo la atenta mirada del Libertador General San Martín, envuelto en la bandera patria, colgado en la pared.

—¡Hijo de puta! ¡Cantá, hijo de mil putas! ¿Dónde carajo se reunían?

Tamagnini le gritaba las preguntas parado a medio metro: Cacho estaba arrodillado en el suelo, con las manos esposadas en la espalda. Había dos pesados que le pegaban en el cuerpo y alguien, desde atrás, le hacía el aplauso: trompadas simultáneas en las dos orejas. El aplauso le hacía ver las estrellas, sin metáfora: verdaderas estrellas sin colores. Cacho sabía que la única forma de no decir nada era hablando: cuando a alguien le pegan y le pegan no puede quedarse callado. Puede, si acaso, confundir a sus interrogadores con lo que les dice.

—¡Cantá, ya vas a ver cómo vas a cantar! ¿No ves que sos un mierda, que no valés más que mierda, pelotudo? ¿Dónde carajo se reunían?

—En mi casa.

—Pero aparte de tu casa, la puta que te parió.

—Ya le dije, señor, nos reuníamos en La Perla.

Las preguntas y las respuestas se repetían como una maldición:

—Pero aparte de La Perla, carajo.

—Ya le dije, señor, en mi casa.

Así aguantaba un rato, pero los golpes seguían y, cada tanto, tenía que darles algo nuevo:

—En la calle Beruti, señor, en la capital, en la calle Beruti.

—¡¿Qué número de la calle Beruti, hijo de mil putas?!

—No sé, señor, el número no me acuerdo.

—Ya vas a ver cómo te vas a acordar, carajo.

Y llovían de nuevo los golpes, los aplausos. Al cabo de un rato tenía que darles algo más. Para entonces, Cacho calculaba que ya debía ser la madrugada, que faltaba poco:

—Ah, sí, era el 3324.

Al fondo, parado junto al escritorio, había un tipo con un teléfono que llamaba a Buenos Aires para chequear cada información que iba saliendo. Cacho El Kadri lo conocía de mucho tiempo atrás.

El 31 de diciembre de 1962, en la cárcel de Caseros, las autoridades obsequiaron a los reclusos con un espectáculo. Algunas veces iba un equipo de Boca a jugar al baby fútbol, pero esa vuelta le tocó el turno al tango. Antes de subir al escenario, en el patio grande, uno de los cantores se acercó al grupo de Cacho, Rearte y Drago y les dijo que le habían dicho que ellos eran peronistas.

—Sí, claro, qué vamos a ser.

—Mucho gusto, yo soy Roberto Miró, de la resistencia de la zona sur. ¿Tienen algún mensaje para afuera, para los muchachos?

—No, no, muchas gracias. Pero ya que vos viniste invitado, ¿por qué no le pedís al director que libere a todos los que están castigados en los calabozos, a todos los compañeros?

El tipo subió y cantó unos tangos. Imitaba a Gardel hasta en la pose. Después habló:

—Ahora aprovecho esta oportunidad, y como estamos en estas fiestas, para pedirle al director que saque del calabozo...

El director, como era previsible, le contestó que lo iba a estudiar, y el cantor le agradeció con énfasis. Después el director no hizo nada, pero los muchachos adentro comentaron que había estado gaucho. Dos años después, ya en la calle, Cacho fue a mandar un telegrama a la sucursal de correo de la calle Medrano, y enseguida reconoció al empleado: era el cantor de tangos.

—Hola, ¿se acuerda de mí?

—No. ¿Vos quién sos, pibe?

—Nos conocimos en Caseros, ¿se acuerda? Yo estaba preso...

—Ah, sí, ¿cómo te va? ¿Cómo andan los muchachos?

—Mire, nos prohibieron un acto, entonces mandamos un telegrama al ministro Vítolo protestando por la falta de garantías.

—Bueno, dameló, dame tu documento, porque tengo que poner el documento...

En el despacho del jefe de Policía de Tucumán, detrás del escritorio, con el teléfono en la mano, Roberto Miró, el cantor de tangos, hablaba con Buenos Aires a los gritos.

—Muchachos, es en Beruti 3324. Vayan allá, revienten todo.

Y a Cacho le seguían dando como en bolsa. Media hora después sonó el teléfono, y Miró volvió a atender. Se rajó una puteada y le dijo al comisario Tamagnini que ese comunista de mierda los había engañado.

—Miente, jefe, el hijo de puta nos mintió.

Era una casa que habían usado meses atrás, un primer piso, pero hacía tiempo que la habían devuelto. Cacho pensó que podía entregarla, total no iban a encontrar a nadie. Pero se había equivocado de dirección:

—No, no, señor, es French. Hay una farmacia en la esquina.

Entonces el teléfono, el cantor de tangos:

—Sí, French 3324. Vean ahí. Revienten a todos.

Tiempo después, Cacho se enteró de que el nuevo inquilino era un oficial de policía, que estuvo a punto de cobrar de arriba. Y, a todo esto, ya estaba

amaneciendo. Cacho estaba destruido, pero tuvo la satisfacción de pensar que había ganado otro día.

La tarde siguiente, cuando lo llevaron al despacho del jefe, dos personajes nuevos se habían agregado al grupo: uno era un tipo muy atildado, de pelo corto cepillo y camisa blanca inmaculada, que le hizo unas preguntas con fuerte acento caribeño. Del otro, mucho después, Cacho supo que era un teniente coronel y se llamaba Panunzio. Pero esa noche, sin saber su nombre, lo reconoció enseguida.

—Mire cómo nos tratan. Usted era el que hablaba del estilo occidental y cristiano...

—Ah, me reconociste...

—¿Y cómo no lo iba a reconocer, si casi nos agarramos a piñas?

Tres años antes un tal Mosquera, uno que estaba con el Comando de Organización pero tenía fama de service, se encontró con Cacho por la calle y le empezó a decir que los del MJP estaban infiltrados por los comunistas, que hablaban más como comunistas que como peronistas, y le preguntó si se animaba a encontrarse con un amigo suyo para aclarar esa situación:

—Este tipo tiene influencia, te puede ayudar. Porque a vos te están ensuciando, ya te tienen marcado como pecé. Vos sos un títere, sos buen tipo pero sos un idiota útil.

Cacho consultó con sus compañeros y quedaron en seguirle el juego, a ver si podían descubrir algo. La cita fue cuatro días después en la casa de Mosquera, un departamentito de un ambiente en la calle Anchorena. Cacho llegó primero y se pusieron a tomar unos mates; al rato, apareció un cuarentón engominado, de buen traje, nariz aguileña y un anillo de oro con dos cañones cruzados. Mosquera le ofreció un mate, pero Panunzio pidió un whisky.

—El Kadri... ¿Vos sabés quién soy yo?

—No, la verdad que no. Me imagino que será de artillería.

Panunzio se sorprendió un momento, y enseguida se dio cuenta de que el anillo lo había delatado. Tampoco estaba claro que quisiera pasar inadvertido. Tomó otro trago, carraspeó:

—Mirá, vamos a hablar claro. Vos sos un idiota útil, le estás haciendo el juego a los zurdos. Me extraña de vos que andés con los zurdos.

—Disculpémé, pero me parece mejor aclarar las cosas de entrada. Yo no soy zurdo, yo soy peronista. Yo estuve con el general Perón. El general Perón me dio todo el aval. Nosotros vamos a luchar por Perón hasta la muerte, y Perón tiene que volver.

De a poco, Panunzio iba perdiendo la calma. Hasta que empezó a golpear la mesa de fórmica con la mano anillada:

—¡Pero Perón es un hijo de puta! Perón está en Madrid mientras ustedes están acá luchando, es un cagón.

Cacho se levantó de un salto, tiró la silla para atrás:

—¡No te voy a permitir que ensuciés...!

Mosquera trató de intervenir para calmarlos, y volvieron a sentarse. En las paredes del departamentito sólo había mugre; todos los muebles eran esa mesa de fórmica, las cuatro sillas y un sofá que debía hacerse cama. No había ni una radio. Para retomar el hilo, Panunzio le preguntó a Cacho qué formación tenía, qué leía; Cacho le habló de Primo de Rivera y de Franz Fanon. La charla siguió un rato por cauces más tranquilos. Cuando Panunzio llegó al cuarto whisky volvió a empezar con la cantilena gorila.

—Vos decís todo esto porque no sabés quién fue Perón. Perón violaba a las menores de la UES, y encima quemó las iglesias. ¿No te das cuenta de que está contra nuestro estilo occidental y cristiano? ¿No te das cuenta de que es un viejo perverso?

—¡Cállese la boca, carajo! ¡No le voy a permitir!

—Sí, es cierto, no tenemos nada más que hablar. Pero te hago una advertencia: vos sos boleta.

—A mí qué me importa. Nosotros los vamos a hacer cagar porque ustedes son unos milicos traidores que han vendido el país.

—Traidor yo... Yo me la jugué en Campo de Mayo. Yo me la jugué contra López Aufranc, contra... Yo tengo los huevos bien grandes, y a ustedes los vamos a hacer mierda.

—Usted haga lo que tiene que hacer, yo haré lo que tenga que hacer, y listo.

El encuentro había terminado abruptamente y Cacho El Kadri nunca había vuelto a ver al teniente coronel Panunzio. Hasta esa noche, en el despacho del jefe de policía de Tucumán, en que el hombre empezó a hacerle reproches.

—Pero mirá vos lo que hicieron, esto no tiene nombre. A vos te teníamos como un peronista serio, y mirá lo que nos hiciste. Pero bueno, ahora te voy a dar otra oportunidad. A mí me vas a decir toda la verdad.

—Yo no tengo ningún problema porque no tengo nada que ocultar, y hablando le voy a responder a todas las preguntas que me haga. Pero a usted solo.

Panunzio le preguntó si quería tomar algo. Desde las empanadas de su madre que Cacho no probaba bocado: le pidió un mate cocido. Se lo trajeron.

Después, Panunzio les ordenó a los dos pesados que tenía al lado que los dejaran solos. Los pesados refunfuñaron al aceptar la orden.

—Cacho, te dije que ibas a terminar con los comunistas. ¿Cómo fue que se metieron en esto?

—No, nosotros somos todos peronistas, ya le dije.

—¿Qué van a ser peronistas? ¡¿No tienen a ese Slutzky, judío?! ¿¡Ese judío de mierda es peronista!?! ¡Ése es un comunista, como todos éstos!

—No, no es comunista, es peronista.

—Y también lo tienen a Verdinelli, que estuvo en Cuba.

Era verdad, pero Cacho siguió negando.

—Sí, sabemos que sí. ¿Querés que te traiga las fotos, los papeles?

La sesión de ablande duró un rato. Cacho pensó que por lo menos estaba sentado y nadie le pegaba. Pero no terminaba de imaginarse adonde quería ir a parar el militar. Al cabo de media hora Panunzio le hizo traer otro mate cocido, un par de galletas y pasó a cosas más serias.

—Bueno, ahora decime la verdad: ¿de dónde sacaron la plata? ¿Quién les dio la plata?

A Cacho se le ocurrió de pronto una idea, y le gustó. No tenía ni pies ni cabeza, pero le gustó:

—Mire, si esto queda entre nosotros, yo le voy a decir la verdad.

—Así me gusta, porque estamos entre hombres. Te prometo que de acá no sale.

—Nosotros hemos recibido este dinero de Argelia.

El militar casi dio un salto, y la voz le salió destemplada:

—¿De Argelia?

Cacho le contó que, gracias a sus orígenes árabes, tenía contacto fluido con el embajador argelino, Mustafá Lacheraf, y que a través de él se había contactado con otra gente que les había pasado armas y dinero. Panunzio lo seguía mordiéndose los labios, excitado:

—¡Pero carajo! ¿Cómo se les ocurre meterse con Argelia? Ustedes están locos.

Decía el militar, pero lo traicionaba la sonrisa de triunfo.

—¿Y dónde se veían?

—En Montevideo.

—¿En qué lugar?

—En la embajada de Argelia en Montevideo.

Panunzio le preguntó dos o tres cosas. Después abrió la puerta y les gritó a los que estaban en el cuarto de al lado que vinieran.

—¡Vengan, che, vengan que ya tenemos lo que necesitábamos!

Cacho trató de oponerse:

—Pero usted me prometió que no iba a decir nada, que esto quedaba entre nosotros.

Cuando se paró, vio en el cuarto de al lado a Néstor tirado en el suelo, ensangrentado, jadeando. Tamagnini le tiró un par de pataditas suaves:

—No ves que tu amigo cantó, boludo, y vos haciéndote matar como un imbécil.

Cacho trató de meterse en el otro cuarto. Lo pararon en la puerta, y desde ahí le gritaba a Néstor que qué le habían hecho, que no valía la pena, que les dijera toda la verdad. Desde el suelo, Néstor lo miraba con los ojos reventados por los golpes y la cara de no entender más nada.

—Néstor, decí toda la verdad, contales que la plata venía de Argelia y las armas de Montevideo...

Alguien agarró a Cacho de los hombros y lo volvió a meter en el despacho del jefe mientras seguía gritando que qué le habían hecho a Néstor, que lo estaban matando, que trajeran un médico. Cuando cerraron la puerta volvió a quedarse cara a cara con Panunzio y le dijo que era un traidor:

—Me traicionó, su palabra no vale nada. Usted me dijo que esto iba a quedar entre nosotros dos.

Panunzio se reía, le decía viste pibe que no hay que confiar en los enemigos, a ver si te creíste que la palabra que le das a un comunista vale algo. Enseguida entraron los dos pesados y se lo volvieron a llevar al cuarto donde lo guardaban y, recién ahí, Cacho estuvo muy tentado de reírse. No pudo, porque le dio miedo de que lo vieran y, además, seguro que le iba a doler hasta el alma.

Tres horas después lo volvieron a llevar al despacho, a las patadas, y le empezaron a pegar de nuevo. A Cacho le pareció que le pegaban con más bronca que antes, con más saña.

—¿Así que la embajada argelina en Montevideo, eh? ¿Dónde dijiste que quedaba la embajada esa?

Ya habían descubierto que no había embajada de Argelia en Montevideo. Panunzio estaba sentado al fondo, callado, y los demás lo miraban con desprecio. Tamagnini había recuperado el control de la cosa. Cacho trató de mantener el cuento un rato más y se acordó de los encuentros con Villalón, cinco años antes, en Montevideo.

—No, no, nos veíamos en el Victoria Plaza, en el hotel, ahí en la plaza Independencia.

—¡Hijo de puta! ¿Y cómo hacían el contacto?

—Ellos nos contactaban.

—¿Cómo lo hacían?

—Ponían un aviso que decía «Extraviado portafolio marrón colectivo 55. Gratificaré devolución». Eso quería decir que había que ir a Montevideo, al hotel Victoria Plaza.

El cuento se derrumbó al cabo de un rato, pero ya había pasado casi un día más.

Septiembre de 1968. Los combates habían empezado más de un año antes, en mayo de 1967, cuando el gobernador militar de Nigeria Oriental, Odomewu Ojuku, decidió crear un estado separatista llamado Biafra. Detrás de su decisión había viejos enfrentamientos tribales y, sobre todo, mucho petróleo. El nuevo país tenía menos de un cuarto de la población de Nigeria —14 millones de habitantes— y más de la mitad de su riqueza minera. El gobierno central nigeriano intimó a Ojuku y le declaró la guerra, que fue larga y cruenta. Las alianzas de cada sector eran extrañas, y respondían más a los intereses de sus compañías petroleras que a las relaciones geopolíticas habituales. Portugal, Israel y Francia ayudaban a Biafra; la Unión Soviética y Gran Bretaña estaban con Nigeria. Hacia fines de 1968, los biafranos estaban totalmente rodeados, y empezaban las masacres. En esos días, fotos aterradoras dieron la vuelta al mundo: los chicos biafranos, hambreados, se veían raquíticos, con los ojos desorbitados, como muertos en vida. Biafra aparecía como el caso más claro de una guerra en la que millones de tercermundistas sufrían por intereses que se manejaban muy lejos de ellos, en los países centrales.

En cuanto entró en el Swift, Daniel Egea fue destinado a la sección Embarque de Carnes. Era el lugar adonde iban a parar los grandotes: como el frigorífico tenía puerto propio había que cargar y descargar los cortes hasta las vagonetas que los llevaban a los buques. Al poco tiempo le ofrecieron hacerse cargo de una cuadrilla del sector Frozen: era una sección nueva, con novedades técnicas importantes, donde armaban las estibas de carne cocida congelada para la exportación, el «frozen». Los estibadores trabajaban en cámaras a veinticinco grados bajo cero, con mucha ropa y en turnos de seis horas.

Unos años antes, Swift y Armour se habían fusionado: los nueve mil obreros del Swift se habían juntado con los cuatro mil del Armour. Para el año 62 esa cifra había llegado hasta los veinticinco mil obreros. Pero en 1968 no eran más de siete mil quinientos: había un proyecto oficial de dismantelar la empresa.

En el frigorífico, Daniel se encontró con muchos conocidos de su infancia de Berisso, y otra gente que no le resultaba tan familiar. Daniel venía de una familia obrera, pero había ido al secundario y había frecuentado otros ambientes: también entre los obreros había diferencias. En Swift trabajaban vecinos de los barrios más pobres, el Churrasco y el Mondongo, adonde llegaban familias de las provincias del norte escapando de la desocupación, que compartían la zona con algunos marginales y, sobre todo, obreros muy pobres, los que hacían los trabajos menos calificados. Los que sabían pegar el martillazo en el hueso preciso de la vaca, ponerla en una noria, cuerearla y cortarla, estibar: trabajos muy físicos que los dejaban exhaustos, listos para tomarse unos vinos y comentar el partido del domingo. Casi todos eran triperos, hinchas de Gimnasia.

Eran obreros pobres y muy explotados: para Daniel, una de las primeras sorpresas fue ver que ellos no se veían así. Muchos pensaban que el patrón era bueno porque les había dado conchabo y cuidaban los instrumentos, las instalaciones, la fuente de trabajo y, si tenían algún problema serio, recurrían a la vía organizada: delegado, comisión interna, sindicato. Daniel no siempre estaba cómodo, no siempre los entendía del todo. Pero tenía un objetivo, y las visitas a Cuba y China, donde había visto el socialismo en funcionamiento lo habían entusiasmado más todavía: tenía que ganarse un espacio entre sus compañeros, conseguir su confianza, encontrar el lugar que le permitiera ayudarlos a entender su situación y a modificarla.

Sabía que para ganarse esa confianza tenía que trabajar como el mejor, interesarse por los problemas de todos, mostrarse amable y generoso. No le costaba mucho: era su estilo. Aunque tuvo que cambiar un rasgo que sus compañeros le habían criticado más de una vez: Daniel era muy jodón, nunca paraba de reírse y hacer chistes, pero se había convencido de que si quería representar a sus compañeros de trabajo, si quería que confiaran en él, tenía que mostrarse como una persona seria, que sabía qué estaba haciendo. En lugar de contar chistes verdes, usaba su histrionismo para recitar poemas gauchescos. En el comedor, Egea se ponía grave y se acomodaba como si templara una guitarra. Le gustaba José Larralde, un payador de Bahía Blanca con la voz grave, y lo imitaba bien:

—A veces duele el cerebro por razón de razonar/ y a veces el alma duele y uno ni sabe 'ande está;/ a veces de amor se sufre y es cuando se sufre más:/ cosa rara pa' entender que lo bueno haga llorar.

Llora el hombre a su manera/ y si uno dentra a observar/ el llanto sale pa' fuera y el dolor queda ande está...

Fuera del frigorífico, Daniel seguía reuniéndose con sus compañeros: estaban tratando de formar un nuevo partido marxista y, mientras tanto, estudiaban la polémica chino-soviética o los textos de Lenin o el *Libro Rojo* de Mao, que les daban una base para discutir las ideas de partido, cuadro, clase y masas. Pero su interés se centraba en el trabajo en la carne. Daniel entraba cada noche a las diez y trabajaba hasta las cuatro de la mañana, junto con otros setenta obreros: ese turno, como era nuevo, no tenía delegado, y por eso no supieron bien qué hacer esa vez en que una roldana se le cayó en la cabeza a un obrero y lo lastimó feo y el capataz, encima, lo puteó por descuidado. Un rato más tarde, en el comedor, los ánimos estaban caldeados:

—A ese hay que esperarlo en la calle, y lo cagamos a trompadas.

Eran las dos de la mañana, la hora del café, y todos discutían qué hacer para acabar con las patoteadas del capataz:

—Vamos a tirarle alquitrán a la casa, yo sé dónde vive, en el barrio Mondongo.

—Entonces podemos esperarlo y le damos una paliza.

Daniel estaba callado, escuchando las propuestas, hasta que le pareció que era el momento:

—¿Y qué solucionan haciendo todo eso que dijeron?

Como tenía el pelo un poco largo, lo llamaban Rimoldi Fraga, o Gatti, que entonces era el arquero de Gimnasia:

—A ver Rimoldi: ¿vos qué opinás?

—A mí me parece que si quieren lo podemos cagar a trompadas, pero al otro día viene la cana, hace la lista de los que le pegaron, nos echan a la miércoles, y el tipo sigue jodiendo a los otros que se quedan. Si le tiramos alquitrán a la casa, pinta la casa, y al otro día viene acá y nos sigue jodiendo. Lo que tenemos que hacer es algo para cambiar la situación, no para sacarnos la bronca. O mejor vamos a hacer las dos cosas, nos sacamos la bronca y cambiamos la situación, ¿no les parece?

El discurso tuvo un éxito rotundo. Los veinte o treinta que lo rodeaban le pidieron precisiones.

—Lo que tenemos que hacer es pararles la producción. Esta noche, cuando sea el momento de mayor cantidad de laburo les paramos la

producción. Entonces el tipo va a venir a putear, y le decimos que la noria no se prende hasta que hablemos con el capataz general. El capataz general está durmiendo en la casa, el tipo se va a poner loco, y le vamos a decir: con usted no hablamos porque usted nos putea y nos trata mal, nosotros somos seres humanos, y acá nos faltan cascos, nos faltan un montón de cosas.

La propuesta fue aprobada por aclamación. Faltaba decidir quién iba a hablar con el capataz general. Muchos propusieron que fuera Daniel, pero él les dijo que era mejor que no fuera uno solo, y repartió entre varios unos papelititos donde decía lo que cada cual tenía que decir. A la noche siguiente, con la noria parada, se pusieron a esperar la llegada del capataz general. La noche estaba fresca pero agradable y les gustaba la sensación de que estaban imponiendo sus propias normas. Hasta que llegó el capataz, en su coche y en pijama, a los gritos, a preguntar qué pasaba.

—Bueno, lo que pasa es que nosotros queremos trabajar, estamos contentos de estar acá, trabajamos fuerte, usted ve que le sacamos siete camiones, el convenio dice cinco y nosotros le sacamos siete.

Dijo uno, y otro retomó:

—Nosotros no tenemos problema en hacer este laburo, pero queremos que nos traten bien, que nos den ropa adecuada, y que a este capataz que lo saquen, porque pasa que nos trata como si no fuéramos gente, nos trata. Si hasta lo escuchamos cuando dice a estos negros los tengo cagando, fijesé.

El capataz general tiritaba adentro de su pijama pero les prometió que iba a estudiar el caso con cuidado, y dos días después les llegaron cascos, calzado, ropa térmica, y un capataz nuevo. En unas horas, todo el Swift estuvo al tanto de que habían ganado el pequeño conflicto y, sobre todo, de que lo habían ganado sin intervención del sindicato, solos.

Octubre de 1968. Faltaba poco para que empezaran los Juegos Olímpicos. Había mucha expectativa: México, por su altura, daba la posibilidad de conseguir marcas inéditas. Miles de periodistas, fotógrafos y camarógrafos de todo el mundo estaban llegando al Distrito Federal.

El 2 de octubre, a las cinco de la tarde, la Plaza de las Tres Culturas —hispana, maya y azteca—, en el centro de la ciudad, estaba ocupada por miles de estudiantes, docentes y trabajadores que protestaban contra el retiro de los subsidios del gobierno a las universidades. El conflicto había empezado unos meses atrás y, para controlar las protestas, el presidente Gustavo Díaz Ordaz dispuso que el Ejército se apostara en los alrededores de la Ciudad

Universitaria. Entre las tropas estaba el batallón Olimpia, especialmente entrenado para exhibir sus ejercicios de destreza en la apertura de los Juegos.

A la hora señalada empezaron a hablar los dirigentes del comité de huelga, que se había instalado en el edificio Chihuahua, cerca de la iglesia de Tlatelolco. Una hora después, mientras el sol caía, el ruido de unos helicópteros que se quedaron inmóviles, a quinientos metros sobre las cabezas de los manifestantes, tapó las palabras de los oradores. Los helicópteros lanzaron bengalas de un rojo furioso. El ruido de los motores y el olor a pólvora de las bengalas distrajeron a los diez mil asistentes. A los pocos segundos empezaron a llover las balas de los fusileros que apuntaban al Chihuahua. Después llegaron aviones que ametrallaban a la multitud en vuelos rasantes. Los gritos y las corridas fueron contenidos por los infantes que cargaron con bayoneta calada.

En media hora quedaron desparramados en la plaza cientos de hombres y mujeres. El diario inglés *The Guardian* calculó 325 muertos.

Un plan elaborado por el ministro de Gobierno, Luis Echeverría, completó la represión con el encarcelamiento de los líderes estudiantiles y sindicales de izquierda; mientras tanto, fuerzas policiales registraban los hospitales para llevarse presos a los heridos. Un portavoz oficial le dijo a la periodista italiana Oriana Falacci que no era tan grave:

—No hay que alarmarse, piense que treinta muertitos en México son como un muertito en Francia.

El comisario argentino Alberto Villar, que estaba haciendo un curso de tácticas antsubversivas en la Escuela de las Américas de Panamá, había viajado en esos días a México invitado por las autoridades policiales para mostrarle las medidas que habían tomado para controlar las olimpiadas. Pero lo que recibió fue, más bien, una lección con gran despliegue de medios sobre la represión de manifestaciones populares. No tendría que esperar mucho para poder aplicarla a su vez, en su propio país.

Hubo protestas de intelectuales, renuncias de embajadores y una gruesa capa de silencio. A los pocos días se encendió la llama olímpica y los atletas de todo el mundo siguieron con el ritual de la alta competencia en saltos, carreras, pesas, jabalinas y lanzamiento de bala. La televisión pudo transmitir con normalidad todos los eventos. A modo de pequeño escándalo, se comentó durante muchos años el momento en que algunos atletas negros americanos, simpatizantes del Black Power, levantaron su puño izquierdo cuando estaban recibiendo sus medallas.

—Ruso, ¿pero éste es Uriburu?

—Sí, Ricardo; y el de allá también.

—Viejo, éste es un enemigo histórico...

—Andá a contárselo a mi abuela, Ricardo.

Ricardo Cornaglia tenía una idea un poco más prolija que Sergio Karakachoff de las identidades históricas argentinas. En esos días, Sergio estaba concentrado en su trabajo. Había montado el estudio de abogado en la casa de su abuela materna, en la calle 1. Su abuelo, Diego Giménez, ya había muerto, pero le había dejado a su familia la impronta de comisario conservador de Ramallo junto a dos cuadros del general Uriburu en el comedor de la casa. En uno vestía uniforme de general de artillería, en el otro estaba de civil con la banda de presidente. Doña Rosa, la viuda del comisario, no veía nada mal que el Ruso usara la casa como comité del MAP, o que desfilara cantidad de gente que iba a buscar apoyo jurídico. Pero, para espanto de la abuela, los clientes eran casi todos peronistas. Ella tenía una visión muy futbolera del peronismo: en el 45 vivía atrás de la cancha de Quilmes, y repetía que todo aquello del 17 de octubre había empezado con la hinchada del club y que lo que pasó en la Plaza no había sido más que la unión de todas las hinchadas.

En realidad, los primeros casos de Sergio habían salido de la popular de Estudiantes; otros aparecían de los changarines del mercado de La Plata o de alguna noche de copas. Era casi un destino. Unos años antes, la primera proeza de Karakachoff fue sacar de una comisaría a una noble señora acusada de brujería. En el acta policial constaba que la mencionada tenía una foto de la Bruja Verón luciendo la camiseta de Estudiantes con alfileres pinchados en los pies y en la cabeza. El descargo de la mujer fue que «era un trabajo hecho por encargo».

Sergio fue alternando su trabajo entre pasadores de juego, mujeres de la noche y trabajadores accidentados o despedidos. De sus recorridos por la provincia de Buenos Aires con Conrado Storani había sacado varios contactos y una vez por semana agarraba su Citroen 2CV y se iba a Chascomús a atender gastronómicos, metalúrgicos y mecánicos.

A la casa de la calle 1 llegaba gente del Swift de Berisso amenazada por las reducciones constantes del personal. Los del gremio de aguas gaseosas de La Plata tenían pleitos permanentes entre ellos por los recorridos del reparto de soda. Los dirigentes del gremio de la Sanidad y de ATE le completaban el perfil de un verdadero abogado laboralista. Sergio tenía un antecedente en la familia: su tío Roberto Guaresti, un abogado peronista, amigo de John

William Cooke, casado con la hermana de su madre. Que un día de mediados del 68 lo fue a ver con el Ñato Carlos Pierini, un sindicalista de la destilería de YPF en Ensenada:

—Ésta es otra dictadura, pero en esencia es la misma, Onganía hace lo mismo que hacía Aramburu en materia petrolera: achicar YPF para que engorden las multinacionales.

Le decía Pierini.

—Sergio, acá con Pierini y los muchachos del SUPE sabemos que es inminente una reducción de personal en la destilería de Ensenada y van a necesitar apoyo legal.

A los pocos días Sergio se conectó con los del Taller Naval de Berisso, que eran más combativos, y terminaron comiendo un asado en la casa del dirigente del taller, el Gordo Walmer Pastor, otro peronista con fama de revolucionario. Mientras analizaban alternativas legales y no legales, estaba de visita la hermana del Gordo, una mujer enérgica, alta y de anteojos grandes, llamada Hebe Pastor de Bonafini, que mostraba mucho interés por lo que decían. El Gordo le proponía que los ayudara:

—Mirá, Karakachoff, las cosas se están poniendo muy duras. El SUPE nacional no nos apoya, el secretario de la seccional se hace el burro y acá se viene una pesada. En el área del taller tenemos las cosas claras porque es la gente más capacitada, con más manejo sindical, pero tenemos que ir armando una estrategia que abarque a todas las secciones y necesitamos apoyo legal. ¿Me entendés? ¿Contamos con vos?

El Ruso no dudó ni un momento y, al día siguiente, se metió a estudiar convenios y estatutos. Poco después participaba de las reuniones y asambleas de los petroleros que amenazaban con desencadenar la huelga en cualquier momento.

—Pero Leo, lo que pasó en París va a significar un cambio fuerte en las formas de encarar la lucha por la liberación. No se trata solamente de buscar objetivos políticos; la lección que tenemos que sacar de París es que el cambio puede tomar otros caminos culturales, ideológicos, artísticos, otros protagonistas además de la clase. Ya no es cuestión de asaltar el poder, de dictadura del proletariado, se necesita pensar otras formas realmente revolucionarias de hacer política.

—Nicolás, acá también pasaron cosas interesantes, que entusiasman. Y perdoname que te lo diga así, pero me parece que son mucho más importantes. No es la paja de los estudiantes franceses, sino un movimiento

sindical de liberación que comprende a la clase trabajadora más combativa contra el régimen gorila, pero que reúne a todas las agrupaciones de izquierda que quieran sumarse...

En septiembre de 1968, Nicolás Casullo había vuelto a la Argentina con un ligero dejo sanmartiniano: el hijo pródigo que retorna al país para salvarlo o, al menos, ponerlo en la buena senda, y se encontró con que el país, durante su ausencia, parecía haberse puesto en esa senda solo. Nicolás tuvo la impresión de que, en esos meses, la política había pasado a un lugar mucho más importante que el que tenía antes de su partida, y que se estaba gestando algo distinto. Nicolás traía muchos materiales, libros, revistas y experiencias de las revueltas europeas, pero todos le hablaban de lo que había pasado durante el año en la Argentina. En un primer momento, Nicolás pensó que era una muestra más del clásico provincianismo argentino: en París o en Roma los intelectuales seguían de cerca lo que pasaba en Vietnam, en Bolivia o en China y acá ni siquiera se interesaban por lo que pasaba en París.

—No, y lo más importante fue la formación de la CGT de los Argentinos, ¿te enteraste? La escisión combativa de la CGT, con Ongaro: en Buenos Aires menos, pero en el interior tienen mucha fuerza contra los entreguistas, traidores y vandoristas y son muy duros en sus acciones y en sus propuestas. Están sacando un diario que medio dirige Rodolfo Walsh. Te voy a pasar el programa de lucha, o mejor te llevo a alguna de las reuniones.

Le decía Leonardo Bettanín, y sentado al lado suyo, en el bar, también lo escuchaba el «Conde» Oscar Peyrou, compañero de la retomada facultad de Filosofía y Letras. En realidad, los tres se reunían a charlar penas de amores, aunque Nicolás había conocido en el barco de regreso a Betty, una profesora de educación física muy bien puesta, con postgrado de perfeccionamiento en Alemania.

—Al que tendrías que ver es a Daniel Hopen, ¿te acordás? Yo creo que puede interesarte charlar con él.

Le propuso Oscar. Nicolás lo conocía de la facultad de Viamonte, y siempre le había caído bien: un tipo inteligente, ligeramente fanático, incomparable orador en las asambleas, cuadro político de primera línea pero, al mismo tiempo, capaz de argumentar con sutileza y de reírse de sus propios argumentos si era necesario. Además Daniel, como buen trotskista, seguro que estaría más enterado y entendería la importancia de lo que había visto Nicolás en París. El Conde quedó en que le iba a arreglar una cita con él: que ya lo llamaría.

—La cosa es que seguimos sin contestar a la famosa pregunta de Sartre sobre para qué sirve la literatura si el acto de escribir, de impugnar al mundo, no impide siquiera que un chico vietnamita se salve de la muerte, del napalm.

—Sartre dijo eso pero sigue escribiendo: en todo caso es más útil en su papel de intelectual que si se pusiera a tirar tiros o a repartir volantes.

—Sí, Nicolás, pero también reparte volantes, y sobre los tiros acordate su prólogo a Fanón cuando escribe que matar a un policía francés por la espalda es un acto de recuperación de una identidad argelina vejada, un acto liberador. Quiero decir: la autogestión de una nueva conciencia histórica, cuando todos andan ahogados en estructuralismo francés y anuncian la muerte de la idea de sujeto, cuando todos al parecer pasamos a ser teóricamente un punto hueco en la estructura, y hablados por los discursos como dicen ahora. Entonces, es importante recuperar este otro discurso, el de la violencia armada del oprimido, esta otra voz, este otro texto.

Nicolás Casullo y Daniel Hopen se habían encontrado en el bar de Santa Fe y Uriburu y ya hacía casi una hora que estaban enzarzados en la discusión. A Nicolás le estaba gustando: le parecía que Daniel le contestaba con argumentos inteligentes, no con paloteadas militantes. Y, al mismo tiempo, lo iba confirmando en su idea de que ya le había llegado el momento de hacer algo. Pero antes quería agotar ciertas cuestiones:

—De todas formas, yo creo que la militancia tendría un efecto reduccionista si un intelectual, para hacer política, tuviera que abandonar su campo de acción. No hagamos ni stalinismo intelectual encarcelando a Dios, a Freud y a todo el arte burgués decadente, ni un guevarismo de a ver quién tiene más huevos. Gran parte de la lectura estructuralista de Althusser es crítica y es importante para una izquierda que pretende ser históricamente nueva. También en el campo de la teoría hay que ganar la batalla. Y en el campo específicamente cultural.

—¿Y qué querés, que funcionemos como el PC con sus compañeros de ruta? ¿Tipo el folklorista del PC, el actor del PC, el poeta del PC, el profesor universitario del PC, el que graba discos del PC en las multinacionales y va y canta en un teatro de la calle Corrientes, le da la mitad de la plata al partido y después se va a su casa? ¿Que tengamos gente para hacer política, gente para agarrar las armas y después la bella gente para escribir, para pintar, para pensar en la filosofía, para cantar frente a una platea burguesa y después salir en los diarios? No, Nicolás, si lo que estamos buscando es la construcción de un hombre nuevo, distinto, el militante tiene que ser un hombre integral. Sólo así se enfrenta y se derrota al imperialismo y su cultura dominante.

Quebrando su práctica, renegando de las instituciones que lo formaron. Si un intelectual o un artista decide asumir auténticamente la revolución tiene que hacer las cosas que exige la revolución, y además, en su terreno específico, producir hechos artísticos desde la perspectiva de la estrategia de liberación armada, es decir, en función de su opción política. Si es un actor, entonces que se vaya a hacer teatro a las villas para concientizar a las víctimas del capitalismo sobre la necesidad de prepararse para la guerra. Que no se quede en el San Martín haciendo teatro burgués y poniendo a Ibsen por vigésima vez. Debe hacer teatro de la revolución fuera del teatro, sin perder sus cualidades artísticas. ¿O no?

—De acuerdo, pero entendí que junto a esta politización que va creciendo, junto a esta aceleración de la política, no sólo se vive el fenómeno de la vanguardia armada. Hay también vanguardia en el pensamiento teórico, vanguardia en la crítica intelectual, en la experiencia estética, en la interpretación de la historia. Se trata de reunir las formas avanzadas de esta época revolucionaria, y que se influyan y critiquen mutuamente.

—Coincido, hay que encontrar una manera de que las vanguardias artísticas, intelectuales, y las vanguardias políticas revolucionarias se junten, confluyan... Pero bueno, ése es el ideal. Ahora lo importante es empezar a hacer algo en ruptura con la rutina que siempre planteó la vieja izquierda. Mientras se nos ocurre el proyecto te propongo armar un grupo de militantes para un seminario sobre Althusser, la filosofía como arma de la revolución, el joven y el viejo Marx. Lo voy a dar yo y discutimos entre todos. Pensalo y volvemos a hablar. Tomate tu tiempo.

El tiempo, en esos días, parecía un bien escaso: todo tenía cierto perfume de urgencia. Nicolás y Daniel quedaron en verse el otro miércoles. Daniel era un poco bajo, robusto, con una gran cabeza bien hecha y algo en el gesto o la sonrisa que lo hacía entrañable. Nicolás lo pensó y aceptó integrarse en el FATRAC —Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura—, el grupo que el Partido Revolucionario de los Trabajadores estaba armando para insertarse en los medios artísticos e intelectuales. Le entusiasmaba la idea, el proyecto de proponer un debate activo, militante en el campo cultural y artístico. Daniel se lo había explicado en otra larga reunión: el PRT era un partido que se planteaba a mediano plazo la construcción de un ejército, que se iría haciendo poco a poco, y que era cierto que tenía un origen trotskista pero que lo importante era la asunción del marxismo latinoamericanizado en las sierras cubanas.

Días después, Nicolás ya estaba mezclado en la organización de un acto de los plásticos para apoyar la huelga de los petroleros de Berisso y Ensenada. A las siete de la noche, en la esquina de Florida y Paraguay abigarrada de gente, en un abrir y cerrar de ojos se bajaron de un camioncito cuatro barriles de petróleo que se vertieron a lo largo y a lo ancho de la esquina, mientras algunos colgaban un pasacalle y dos oradores a los gritos hablaban del arte revolucionario y de los petroleros en huelga, antes de salir todos rajando al primer sonido de la sirena policial.

Octubre de 1968. Esa temporada, la agitación había empezado el 30 de abril, con la inauguración del *Premio de Honor Ver y Estimar*, en el museo de Arte Moderno. Esa tarde uno de los expositores, Eduardo Ruano, apareció con varios amigos; el grupo marchó hacia la obra de Ruano, un gran poster de Kennedy iluminado y protegido por vidrios, y lo rompió a pedradas. Ruano intentó explicar que su obra no era la vitrina intacta ni los efectos del destrozo, sino el hecho mismo de romperla: la obra era esa acción de violencia política en medio del establishment artístico. El grupo se retiró formado, casi marcial.

Pocos días después se inauguró en el Di Tella la muestra *Experiencias 68*. Pablo Suárez y Eduardo Ruano presentaron como obras sendas cartas donde explicaban su desconfianza por la relación entre vanguardia e institución y su negativa a participar de otra manera. Roberto Jacoby hizo un mural donde decía que «se acabó la obra de arte, porque la vida y el planeta mismo empiezan a serlo. Por eso se esparce en todas partes una lucha necesaria, sangrienta y hermosa por la creación del mundo nuevo. Y la vanguardia no puede dejar de afirmar la historia, de afirmar la justa, heroica violencia de esta lucha».

La muestra fue clausurada por la policía días más tarde; en repudio, los artistas destruyeron sus obras y las tiraron al medio de la calle Florida. Pocos días después, en Rosario, un grupo de artistas de vanguardia irrumpió en una conferencia de Jorge Romero Brest en la Asociación de Amigos del Arte. Uno se lo llevó al fondo, otro cortó las luces, y Juan Pablo Renzi leyó una proclama que decía que «la vida del Che Guevara y la acción de los estudiantes franceses son obras de arte mayores que la mayoría de las paparruchadas colgadas en los miles de museos del mundo».

El 8 de octubre, en Buenos Aires, varios artistas plásticos —Roberto Jacoby, Pablo Suárez, León Ferrari, Beatriz Balvé, Margarita Paksa— decidieron teñir de rojo las aguas de las fuentes en homenaje al Che Guevara.

Se organizaron en «comandos» integrados por una pareja y un campana: la pareja, que fingía romance, se las arreglaba para tirar anilina roja en el agua. Lo hicieron en las plazas de Mayo, de Lavalle y de Congreso, pero no sabían que el agua de las fuentes no corre en circuito cerrado, así que la tinte se perdió enseguida.

A principios de noviembre, el último gran intento de este grupo fue la muestra *Tucumán Arde*, en las sedes de la CGT de Rosario y la CGTA de Buenos Aires. La muestra estaba pensada como una reflexión y denuncia de lo que estaba pasando en la provincia: el cierre de ingenios, la desocupación, la represión. Los artistas, primero, viajaron a Tucumán para recoger materiales. Después vino una etapa de discusión, preparación y propaganda.

La muestra privilegiaba los «documentos objetivos»: fotos, filmaciones, cifras, grabaciones, testimonios, cartas. No había nada que pudiera definirse como objetos estéticos tradicionales. En la puerta campeaba un cartel que decía «Visite Tucumán, Jardín de la Miseria», y se suponía que su recorrido era una incursión en el mundo muy real de la pobreza nortea. Otro cartel decía «Libertad a los héroes de Taco Ralo». En Buenos Aires, la muestra fue clausurada antes de la inauguración. En Rosario, en cambio, duró quince días y fue mucho público, que comentaba, discutía, proponía acciones. En la *Declaración* de la muestra dos de los rosarinos, María Teresa Gramuglio y Nicolás Rosa, decían que «la violencia es, ahora, una acción creadora de nuevos contenidos: destruye el sistema de la cultura oficial, oponiéndole una cultura subversiva que integra el proceso modificador, creando un arte verdaderamente revolucionario». Comentándola en la revista *Confirmado*, su jefe de redacción, Horacio Verbitsky, escribió que «si se lleva el cuestionamiento del criterio tradicional de obra de arte hasta las últimas consecuencias, ¿no sería lícito afirmar que hoy la mejor obra es un buen tumulto?». De hecho, muchos de los artistas que participaron en *Tucumán Arde* sintieron que habían llegado a un límite, y de ahí en más abandonaron la actividad plástica y se dedicaron a la acción política.

—Se largó, Daniel, ya se largó.

Oscar Ríos estaba entusiasmado. Daniel Egea lo escuchaba sin saber muy bien de qué estaban hablando; acababa de salir del frigorífico, donde había trabajado a la mañana, y estaba reunido con Oscar y algunos más en una casa de Ensenada. Oscar se tranquilizó y trató de explicar:

—Se largó la huelga en la Destilería. Se plegó la flota petrolera, los quinientos trabajadores del taller naval, y se levantaron hasta las guardias.

Caminotti se puso al frente del conflicto y acaban de sacar un comunicado diciendo que el SUPE va a resistir el avasallamiento de la patronal contra las conquistas obreras. Los tipos se cagan en la ley, querían empezar mañana con las ocho horas...

Daniel tenía dos tíos que trabajaban en la destilería, Diego y Mariano, dos hermanos de su padre que seguían a Caminotti. Raúl Caminotti era el secretario general de la filial Ensenada, un sindicalista combativo enfrentado con el secretario general del gremio, Adolfo Cavalli, que se alineaba con Vador y Alonso. El conflicto había estallado porque YPF lanzó un plan de racionalización que incluía la ampliación de la jornada laboral a ocho horas. Durante el gobierno de Perón se había decretado la jornada de seis horas, por cuestiones de salubridad, y en 1958 el gobierno de Aramburu intentó cambiarla, pero los petroleros de La Plata habían sido un foco de la resistencia peronista y la pararon. Ahora, el gobierno de Onganía buscaba la revancha.

Al segundo día del paro, que se cumplía a rajatabla, el Ministerio de Trabajo le sacó la personería gremial al Sindicato Único de Petroleros del Estado. En esas primeras jornadas, tanto los combativos de la CGT de los Argentinos como los vadoristas de la CGT Azopardo dieron su apoyo a los obreros en conflicto. También se solidarizaron las destilerías del sur del país y la de San Lorenzo, en Santa Fe.

Pero a una semana de la huelga las cosas empezaron a complicarse: el gobierno tomó el conflicto como una cuestión de Estado, amenazó con movilizar militarmente a los trabajadores y empezó a mover los hilos para que el SUPE nacional se pusiera en contra del conflicto. Mientras tanto, en Ensenada, se formó un comité de huelga integrado por los dirigentes petroleros intervenidos que empezó a convocar a movilizaciones y actos relámpago en la calle; la policía los reprimía con entusiasmo. En esos días Raimundo Ongaro fue a La Plata, se sumó a la lucha y amenazó con extender la huelga a todo el país.

A mediados de octubre el conflicto seguía. Había ollas populares, colectas para mantener el fondo de huelga, pintadas en toda la ciudad, delegaciones que iban a la cárcel de La Plata a visitar a los presos. Daniel estaba en la casa de su tío Mariano, en Tolosa.

—Es una pulseada brava, Daniel. El interventor que mandó el Ministerio de Trabajo acaba de firmar una resolución levantando la huelga. La joda es que este burócrata hijo de puta tiene el apoyo de la gente de Cavalli.

El tío le mostró el comunicado de la intervención que decía que «a las razones gremiales del conflicto se sumaron otras de naturaleza política incorporadas por la infiltración de elementos disociadores que nada tienen que ver con el fenómeno en sí mismo...».

—La maniobra está clara, ya se ve por dónde nos quieren cagar. El comité de huelga se va a mantener; por ahora tenemos el apoyo de mucha gente, y está la CGT de Ongaro. Para pasado mañana vamos a hacer una marcha más importante. Hay que templar los ánimos, porque después de ésta, seguro que la empresa va a empezar a mandar los telegramas de despido y la lucha contra los carneros se va a poner terrible.

Daniel ayudaba todo lo que podía en las actividades del comité de huelga. Repartía boletines, volantes, iba a las asambleas. Muchos otros sindicatos también se solidarizaban, y los grupos políticos de izquierda, y los estudiantes universitarios. En Buenos Aires, los Comandos Peronistas de Liberación fueron a tirar bombas de alquitrán contra el edificio de YPF en Diagonal Norte y Esmeralda. Graciela Daleo fue una de los que lanzaron esas bolas de Navidad rellenas de petróleo espeso para apoyar la huelga de los petroleros de Ensenada. Ese diciembre, varias madres cristianas de Buenos Aires descubrieron con sorpresa que ya no tenían qué ponerle al arbolito.

—Despertate, Sergio, que es la final del mundo...

Gustavo Karakachoff zamarreaba a su hermano Sergio en el medio de la popular de Boca. Sergio se despertó, se restregó los ojos y con voz de trueno empezó a alentar a Estudiantes:

—¡Pincha campeón...! ¡Pincha campeón...!

—¿Cómo te podés quedar apolillado? Hijo de puta, nunca vi a nadie que se durmiera en plena tribuna. Mirá, mirá. ¡Vamos Verón, carajo!

La tribuna retomó uno de sus cantos habituales:

—Si ve una bruja, montada en una escoba,/ ése es Verón, Verón, que está de joda...

—Si casi no duermo, Gustavo, ando todo el día como loco.

Ese miércoles 25 de septiembre, Estudiantes le ganó al Manchester por uno a cero en el partido de ida y acariciaba la copa del mundo. Los trenes que volvían a La Plata iban cargados hasta la maceta y Sergio le hacía acordar a Gustavo cuando, en el 54, se hacían la plata del pasaje vendiendo caramelos en el tren que iba a Santa Fe, cuando Estudiantes se mataba por volver a la primera.

Al otro día, temprano, ronco y con las venas del cuello que se le hinchaban cada vez que abría la boca, el Ruso leía la carta que Raúl Alfonsín le había hecho llegar a Raimundo Ongaro. Estaban en la CGTA de La Plata frente a un auditorio de sindicalistas y militantes mayoritariamente peronistas. El Ruso estaba flanqueado por otros dos abogados radicales, Pablo Pinto y Ricardo Cornaglia:

—... Quiero hacer llegar mis expresiones de solidaridad a usted y a los muchachos dirigentes gremiales que han sabido defenderse con valentía contra la dictadura. Ustedes han sido leales al mandato de las bases y se colocan junto al pueblo...

Cuando terminó, sabía que con los muchachos tenía que ir al grano:

—Bueno, acá en La Plata, nosotros estamos con ustedes. Y no sólo para los juicios laborales, acá estamos todos en la misma...

A los sindicalistas, el apoyo del abogado de Chascomús les importaba más o menos, pero Sergio y su grupo trataban de mover el partido, sacar la militancia radical a la calle, a las fábricas.

—Estuviste bien, Ruso, pocas palabras, nada de guitarra.

—Sí, Pablo, pero si éstos te ven como un changuito humilde que viene a ayudar; cagaste.

Pablo Pinto y el Ruso se habían ganado un lugar entre los abogados de la CGTA La Plata y hasta atendían a veces en su sede, el sindicato de Sanidad, en 5 y 53. Ese mismo día se largaba la huelga petrolera, así que el local hervía de expectativas y tenían que ir a cosas concretas. Arreglaron para llevar a Conrado Storani a participar de un debate sobre el petróleo y la racionalización, que era lo que interesaba en el momento.

—Ésta es la manera de acercarse a la masa sudorosa y dejarse de joder con la retórica de comité.

Les decía Karakachoff a algunos militantes del MAP, radicales de tradición familiar que se iban habituando a esta nueva versión del partido. Sergio los llevó a una reunión con los delegados del Taller Naval de YPF, en una casa de Ensenada. Mientras iban, les advertía:

—Hay que coordinar, centralizar, sin organización se nos dispersa todo. La cosa está en la calle.

Para muchos militantes de izquierda de la universidad de La Plata, la huelga del SUPE fue una de las primeras oportunidades de encontrarse con obreros reales. Todos ellos estaban de acuerdo en que la clase obrera sería el motor de la revolución, y discutían horas y días si la metodología correcta

sería la lucha popular, la insurrección, la guerra popular y prolongada o alguna otra variante, siempre alejada de cualquier concesión a la democracia burguesa, que —decían— encerraba distintos tipos de engaño y explotación. Aparecía con mucha fuerza el tema del poder. Hasta ese momento, la izquierda comunista proponía transformaciones graduales, armar frentes democrático-burgueses, abrir espacios, ganar la confianza de la gente, pero no hablaban claramente de la toma del poder por los obreros. En esos debates, en cambio, la necesidad de la toma del poder como condición ineludible para hacer la revolución se volvió un tema cotidiano.

Las discusiones eran eternas: en esos días de charlas y asambleas, un militante no se destacaba por sus calidades rosqueras o conspirativas sino, más que nada, por tener una buena parla: era básico saber dónde ubicar la cita adecuada, el dato correspondiente, la chicana sangrienta, un gesto, un silencio, un tono suave o una afirmación tajante. Alberto Elizalde lo sabía, y lo envidiaba: él era, más que nada, alguien capaz de articular ideas, sintetizar posiciones, escribir un documento. La perorata en público no era lo suyo. Y en esos días de huelga todo estaba en la calle.

Los estudiantes se encontraban con sus primeros obreros, y el encuentro no siempre resultaba fácil. Era contradictorio y, por momentos, preocupante. Alberto se esforzaba pero tenía la sensación de que sus charlas con los petroleros en conflicto le enseñaban muy poco: le costaba salvar la barrera de dos educaciones muy distintas, y la falta de acuerdo en muchas cosas.

—No, hermano, ustedes lo que pasa es que quieren hacer saltar todo. Para ustedes es más fácil. Pero yo tengo una familia hermanito, a mí lo que me interesa es que no nos pasen por encima los patrones, que nos respeten, como cuando estaba arriba el General.

Muchos obreros, en esos días, le parecieron reformistas e incapaces de entender la grandeza de su propio destino. Alberto partía de la base, que muchos daban por sentado en los debates de la facultad, que las estructuras del país no servían y había que acabar con ellas para empezar de nuevo. Y en cambio los planteos de estos obreros se parecían más a los de los comunistas: un reformismo gradualista, que no podía sino llevar a más engaño y decepciones. A veces, Alberto y otros estudiantes zanjaban la cuestión con un juicio tajante:

—Lo que pasa es que todavía les falta conciencia de clase, no tienen el suficiente nivel de comprensión de sus propios problemas. Es lógico, porque el sistema hace todo lo posible por mantenerlos en esa situación. Nuestra tarea es justamente ésa, contribuir todo lo posible a su toma de conciencia.

Otras veces, en cambio, había satisfacciones. En una charla, Alberto le decía a un obrero que el Che Guevara había dicho que el capitalismo era el gran enemigo de los pueblos del mundo, y el obrero contestaba que sí, que el Che Guevara.

—Un gran tipo, el Che Guevara. Uno que se jugó en serio, con unos huevos así.

Con lo cual Alberto, lleno de satisfacción, pudo comprobar que los obreros apoyaban al Che Guevara.

Pese a esas dificultades, los estudiantes contribuyeron todo lo que pudieron: hubo festivales y actos de solidaridad con la huelga, los centros de estudiantes organizaron ollas populares, colectas, movilizaciones. Invitaban a los huelguistas a charlas y asambleas en la universidad, cortaban el tránsito, repartían volantes. Un día fueron los actores del clan Stivel: Marilina Ross, Norma Aleandro, Carlos Carella, Federico Luppi, Bárbara Mujica, Emilio Alfaro. Otro, en el teatro Ópera de La Plata, cantaron Horacio Guaraní y Mercedes Sosa, que respondían al Partido Comunista; en las plateas, petroleros y estudiantes gritaban contra el gobierno militar. Podía resultar difícil pero era, también, muy exaltante. Algo estaba pasando. En medio de encuentros y desencuentros, Alberto empezó a pensar que quizás él también se estuviera equivocando en un par de cosas o que, al menos, tenía algunas que aprender.

El 2 de noviembre Daniel Egea estaba en calle 3 y 57. Eran las siete de la tarde. En un rato más se hacía una asamblea abierta: Daniel repartía volantes del comité de huelga a los vecinos, iba avisando a la gente. De repente vio pasar tres coches grandes, despacio, con tres tipos adentro cada uno: tenían toda la pinta de botones. Un petrolero que estaba con él le dijo que no:

—Son gente de Cavalli. Estos están tratando de romper el conflicto de cualquier manera.

Minutos después, los tres autos estaban de vuelta en la calle 57. Se bajaron tres tipos de un torino marrón y se acercaron a Daniel. El petrolero ya se había ido para la asamblea, y Daniel se había quedado solo. Uno gordo que tenía pinta de jefecito le pidió un volante y se puso a leerlo.

—Así que del comité de huelga... ¿Qué, vos sos laburante petrolero, vos? A mí me parece que no.

Daniel sabía que no había que entrar en la provocación, pero además estaba tan en minoría que no le quedaba mucha elección.

—Éstos son los que cagaron a palos al Flaco...

—Daselá, daselá...

La sucesión de puteadas no le dio tiempo de registrar todo lo que estaba pasando, pero tuvo reflejos para darse cuenta que era lo peor. Antes de que pudiera reaccionar, el gordo sacó de la cintura una 45.

—Hijo de puta, esto te pasa por hijo de puta...

Sintió la punta del caño abajo de la oreja y oyó un ruido.

—Cliccc...

Demasiado suave. La bala no había salido y ése fue el momento de desconcierto del gordo. Daniel miró la calle como si fuera la cancha de Estudiantes cuando llevaba la número 8 en la espalda y salió corriendo desesperadamente.

Minutos más tarde, Daniel llegó hasta la asamblea y sintió que estaba a salvo. Que la multitud lo cuidaba y lo tranquilizaba. Se encontró con su tío Mariano y le contó:

—No sé si no tuve miedo o no tuve tiempo de asustarme...

Decía con una risa nerviosa y se agarraba el fondillo de los pantalones.

—Más vale no averiguarlo.

El conflicto duró exactamente dos meses, del 25 de septiembre al 25 de noviembre de 1968, y comprometió a casi cinco mil trabajadores, entre los cuatro mil de la destilería, los quinientos del taller naval y los de la flota mercante. Cada día, YPF daba las cifras de los metros cúbicos de petróleo que supuestamente se elaboraban en la planta como quien da la cotización del dólar, y trataba de tranquilizar a la población asegurando que no iba a faltar la nafta.

A mediados de noviembre los telegramas de despidos no paraban de llegar, pero la huelga seguía en marcha. La CGT de los Argentinos intentó reunir la solidaridad del resto de los gremios, porque ya se veía que la única posibilidad de que los petroleros no fueran derrotados era extender el conflicto, pero la CGT vandorista, apoyada por el gobierno, saboteara todos los intentos.

El 12 de noviembre la policía provincial detuvo con gran despliegue a dos técnicos del laboratorio de la destilería, de apellidos Tinto y Delpiano, acusados de ser los autores de un «extenso plan terrorista», y dijeron que les habían secuestrado listas de personal de la planta que no se plegaba al paro. La policía dijo que planeaban ataques contra los que no paraban. El parte decía: «Se prueba fehacientemente la concomitancia entre los terroristas

detenidos en la calle 54 y los gremialistas». Sin embargo, tres días después, el juez interviniente les dio la libertad a los dos laboratoristas «por falta de méritos».

El 25 de noviembre, ahogado por la presión, el comité de huelga declaró «extinguida la medida de fuerza» y dejó librado al sindicato «cuando sea devuelto a sus legítimos dueños, los trabajadores», la continuación de las medidas de lucha. Ese día volvieron a sus tareas dos mil cuatrocientos obreros; los despedidos pasaban de dos mil. La jornada laboral fue de ocho horas: «Por razones de competitividad, de eficiencia y de igualdad laboral se da por terminado un privilegio tan inconveniente como injusto», informó YPF. La derrota parecía definitiva.

Octubre de 1968. El general Juan Velasco Alvarado era al mismo tiempo comandante en jefe del Ejército del gobierno del presidente Fernando Belaúnde Terry y jefe de una conspiración que quería derribarlo del poder. En octubre de 1967, Velasco se había complotado con otros cuatro generales y cuatro coroneles. El movimiento se fue extendiendo y cuando se acercaban las elecciones en las que Belaúnde tenía grandes posibilidades de ser reelegido, todos sabían que se venía la revolución. Velasco Alvarado lo justificaba ante sus pares:

—Fernando no es un traidor, pero es un entreguista.

Las empresas norteamericanas controlaban la casi totalidad de la banca, del petróleo y la minería, de la pesca y la producción azucarera, de la generación y distribución de electricidad y de la industria textil. El panorama en el campo no era distinto: el setenta por ciento de las tierras cultivables pertenecía a mil latifundistas; el treinta por ciento restante a un millón de propietarios, en un país con la mitad de la población campesina.

A mediados de septiembre, los generales Velasco Alvarado, Morales Bermúdez, Mercado Jarrín y Fernández Maldonado, presentaron a sus pares el Plan Inca, que definía las líneas del golpe, y una proclama de objetivos inmediatos: nacionalización del petróleo y defensa de las doscientas millas costeras para los buques pesqueros. La oficialidad peruana estaba lejos de ser una casta privilegiada: la mayoría eran más bien petisos, de piel oscura y nariz aguileña. Además, el ochenta por ciento venía del interior o las barriadas periféricas de Lima, y más del noventa por ciento había estudiado en escuelas públicas. El golpe llegó el 3 de octubre, y fue casi tranquilo; al día siguiente, Belaúnde Terry salió exiliado a la Argentina y Velasco Alvarado se hizo cargo del poder.

La movilización inmediata por la reforma agraria, la organización popular y la ola de nacionalizaciones unía uniformados con cholos de poncho y sombrero. La imagen del dios Inkari —hijo del sol y creador del hombre— flameaba en los cuarteles y oficinas públicas. El quichua y el aymara pasaban a ser idiomas oficiales. No bien asumió como presidente, Velasco Alvarado aclaró:

—No somos marxistas, pero estamos haciendo una revolución, y eso es lo que importa.

Otro de los líderes, el general Leónidas Rodríguez Figueroa, dijo:

—Los dominadores nos enseñaron a no ser como somos, a esperar todo de lo que todos tienen, a admirar las maneras, el pensamiento y el modo de ser de los dominadores, a sentir vergüenza de ser nosotros mismos. La memoria de Tupac Amaru fue el vínculo heroico entre la antigua lucha contra el opresor extranjero y nuestra lucha de hoy contra el imperialismo y sus sirvientes nacionales.

Ocho días después, en Panamá, el coronel Omar Torrijos, jefe de la Guardia Nacional, encabezó otro movimiento militar nacionalista. Apenas diez días atrás había asumido como presidente Arnulfo Arias, un furioso anticomunista y amigo de Rockefeller que quería desarticular la Guardia. En cuanto asumió, Torrijos reclamó a los Estados Unidos que devolvieran a Panamá la soberanía sobre el canal interoceánico.

En esos días, en Buenos Aires, un teniente que había sido abanderado de su promoción fue dado de baja por su «ideología comunista». Francisco Licastro simpatizaba con los militares peruanos y panameños; su baja, firmada por el general Lanusse, se producía por «mantener vinculaciones y vincular a otros oficiales con un ideólogo de izquierda conocido por él, formular comentarios favorables al mismo y defender sus ideas ante camaradas, exteriorizando una postura espiritual incompatible con su condición de oficial, para continuar en el servicio efectivo». El ideólogo de izquierda era el historiador nacionalista Juan José Hernández Arregui.

Los trece presos de Taco Ralo llegaron al aeropuerto del Palomar en un avión de la Fuerza Aérea, atados y esposados a los asientos. De ahí se los llevaron, con profusión de sirenas y custodias, hasta el edificio de Coordinación Federal en la calle Moreno. No era la primera vez que Cacho se alojaba ahí.

—Pero El Kadri, ¿cómo puede ser que te hayas metido en una cosa así? Nosotros te teníamos el mejor concepto, El Kadri, me extraña. ¿Cómo te dio

por hacer una locura semejante?

—Sí, la verdad es que es una locura total, estaba totalmente loco, confundido. No sé qué me agarró.

Los interrogatorios eran correctos y formales: una mesa, un par de sillas, un oficial escribiente que tecleaba en su Remington. Ya llevaban como veinte días de incomunicación y Cacho estaba desesperado por ver a un abogado, un pariente, alguien del otro mundo. Una tarde se lo llevaron hasta la mesa de guardia y le empezaron a tomar los datos. Era un circo para la televisión. Más allá, a tres metros, había una cámara del canal 13 con Mónica Mihanovich de cronista.

—Su nombre.

Dijo el oficial a cargo.

—Envar El Kadri.

—Edad.

—27 años.

La cámara filmaba todo.

—¿Nacionalidad?

—Argentino y peronista.

—No le pregunté eso.

—Sí, pero yo quiero denunciar que nos torturaron, señora, nos han estado torturando.

Gritó Cacho, mirando a la periodista. Después la denuncia no saldría al aire, pero el resto sí: por lo menos se había hecho público que estaban en Coordinación Federal. Dos noches más tarde, Cacho estaba en su celda de aislamiento cuando llegaron dos policías que él ya conocía de otras veces. Al oficial le decían Diente de oro, porque tenía dos; el otro era un sargento Liniers, que cargaba varias denuncias por torturas:

—Vamos, levántate que nos vamos a dar una vuelta.

Le vendaron los ojos, lo metieron en un coche y lo tiraron en el piso de atrás. El auto iba a toda velocidad. Cacho empezó a pensar que no volvía e intentó una defensa.

—¿No les da vergüenza lo que van a hacer conmigo?

Diente de oro soltó una carcajada y le dijo que no pasaba nada:

—No te vamos a hacer nada, che. Quedate tranquilo.

—No, ustedes son unos asesinos hijos de puta. Vergüenza les tendría que dar, matar a un peronista.

Era difícil hablar desde el piso de un coche con una mano que le empujaba la cabeza hacia abajo. Diente de oro seguía tranquilizándolo, pero

no sonaba del todo confiable.

—Pero si nadie te va a matar, quedate piola.

—Yo los conozco. Me da vergüenza que ustedes sean argentinos.

El diálogo no avanzaba mucho. Después de un rato de viaje, cuando pararon, Cacho consiguió levantar un poco la cabeza y vio que estaban entrando en la Delegación de la Policía Federal de San Martín. Ahí, en un galpón, lo cambiaron de coche y volvieron a salir. Ya había pasado mucho rato cuando llegaron a otro lado: Cacho no tenía ni idea de dónde estaba. Lo sacaron del coche y lo metieron a la rastra en un lugar con piso de cemento. Ahí le empezaron a sacar la ropa mientras le daban unas cachetadas: suave, sin bronca, como para que fuera calentando. Después lo tiraron, desnudo, sobre una mesa grande, y le ataron las muñecas y tobillos a algún lado. Seguía con los ojos vendados. La voz de Liniers preguntaba si ya estaba enchufada la máquina:

—Ahora vas a ver, hijo de puta, ahora nos vas a pedir por favor que te matemos.

Cacho había tratado de imaginarse este momento muchas veces. Muchas veces se había preguntado cómo sería de verdad la picana, cómo reaccionaría, si sería capaz de soportarla. Pero cuando le dieron las primeras descargas se dio cuenta de que no había sabido imaginarla. No era posible imaginarla. Le pasaban la picana por las bolas, el glande, los ojos, los labios, la panza, las axilas y Cacho se arqueaba, gritaba, jadeaba, se quedaba sin aire. Era el dolor y la sorpresa de que un dolor así pudiera sucederle. La picana era tanto peor que todo. Y encima estaba la música a quinientos y los gritos de ellos:

—¡A ver, hijo de puta, contame con quién estabas en el asalto al banco de Hurlingham!

—¡No sé, no sé de qué asalto me está hablando!

Cuando empezaron, Cacho trató de quedarse callado todo lo que pudiera. Enseguida se dio cuenta de que tenía que hablar. Decir algo, cualquier cosa, pero hablar. No se podía estar callado. Hablando podía distraerlos un momento, paraban de darle máquina para ver qué decía, ganaba tiempo. La cosa era no entregar a nadie: si acaso, hablar de los que estaban presos con él. Eso era lo que habían arreglado entre ellos.

—¡Cantá, la puta que te parió, con quién carajo estabas!

—Estábamos con Néstor, señor, fuimos con Néstor.

Cada tanto paraban un rato. Cacho pensaba que estaban descansando: después sabría que en otra habitación estaban torturando a Néstor Verdinelli y que comparaban lo que decía cada uno. Cada vez, Cacho esperaba que no

siguieran; cada vez, volvían a empezar con más violencia. Varias veces pensó que se quedaba: no soportaba ni una descarga más.

—¡Y la concha de tu madre, así que se reunían en tu casa, eh! ¿Y las otras casas dónde las tenían, carajo?

—No, señor, no había otras casas, no había, se lo juro...

Podían hacer con él lo que quisieran: estaba en un lugar que era ningún lugar, lo tenían atado a esa mesa, desnudo, vendado, y nadie vendría a detenerlos. Lo peor era el dolor, y no saber por dónde iba a llegar el dolor. Los golpes, la picana. Cacho trataba de sacarse la venda para ver, pero volvían a ponérsela enseguida y le pegaban más, lo picaneaban más:

—¡Quién es Rafael, hijo de puta, decí quién es Rafael!

Ya en los interrogatorios de Tucumán, alguien había hablado de Rafael, un miembro del grupo que no había caído en Taco Ralo. Al principio, cuando les preguntaban, varios dijeron que lo llamaban así porque se parecía a Raphael, el cantante melódico español que estaba muy de moda. Pero los interrogadores terminaron descubriendo que Rafael era Carlos Caride: difícil encontrar algo más distinto de la carota de osito satisfecho y lúbrico del andaluz que los rasgos afilados, angulosos de Caride.

—No seas boludo, pibe, no ves que ya sabemos que Rafael es Caride...

Le decía una voz de un tipo que no había podido identificar y que, de vez en cuando, se hacía el bueno. Cacho trataba de saber cuántos eran: además de Dientes y Liniers debía haber otros dos, pero no estaba seguro.

—No te hagás pegar al pedo, pibe, no ves que ya sabemos...

Cacho se resistía a hablar de Caride, su amigo y compañero de tantos años, y seguía cobrando como en bolsa. No soportaba más. Ellos ya sabían: querían que él lo dijera para basurearlo: para quebrarlo. Cacho conocía muchos nombres y direcciones y no había cantado ninguna.

—¡Pelotudo, vas a hablar de una vez, la concha de tu madre!

Pensó que ya habían pasado muchos días y que a esa altura Carlitos ya estaría en Tombuctú y que si les decía que sí a lo mejor lo dejaban descansar un rato. Un rato, necesitaba solamente un rato.

—Sí, Rafael es Carlos Caride, tiene razón, señor, tiene razón.

—Bien, pibe, así me gusta. Me parece que ya estás aprendiendo.

La tortura cedió. Le pegaron un par de piñas más, para que no se la creyera, y al cabo de un rato lo levantaron, lo vistieron y volvieron a meterlo en el piso del coche. Estaba amaneciendo. Cacho estaba destruido. Le dolía hasta el alma y no sabía si lo estaban llevando de vuelta a una comisaría o a

pegarle cuatro tiros en algún descampado. Tampoco sabía cuál le parecía peor.

Cuando lo dejaron en un cuartucho de la Delegación de San Martín le dijeron que no se preocupara, que después a la noche volverían a buscarlo. Estaba sentado en una silla desfondada, mareado, atado, de cara a la pared, y cada vez que se abría la puerta trataba de darse vuelta con terror. No era miedo: terror. El terror de que fueran ellos llegando para llevárselo otra vez.

No le habían dado agua porque se suponía que después de la picana tomar agua podía ser fatal. La noche anterior le habían sacado los anteojos: cada vez que aparecía alguien Cacho le pedía sus anteojos.

—¿Para qué querés los anteojos si igual sos boleta, no te das cuenta?

Cacho pensaba que esa noche no iba a poder aguantar más. Recordaba las descargas, le dolía cada centímetro del cuerpo y estaba seguro de que esa noche no iba a poder callarse. Pensaba que de todas formas sus compañeros habían tenido el tiempo suficiente, que no iban a encontrar a nadie y que, más que nada, no se le ocurría cómo podría aguantar otra noche de máquina.

—¡Hablá, hijo de mil putas! ¿Quién estaba con vos en Temperley, decí, quién estaba?

Cacho se arqueaba con alaridos imponentes y entendía que ya estaba al borde de quebrarse. El tiempo se le había dividido en muchas partecitas. Iba a aguantar un ratito más y después hablaba: vamos, todavía un ratito. Es un ratito nada más. Después, en cuanto quisiera, empezaba a hablar y los paraba. Vamos, un ratito más.

—Cantá, la concha de tu madre, no te hagás matar al pedo.

No, no iba a poder aguantar hasta la madrugada, pero sí otro ratito. Después iba a hablar, pero todavía podía soportar ese ratito.

Los ratitos consiguieron sumarse: esa noche no habló. Cuando lo llevaron de nuevo a la Delegación estaba como ausente de su cuerpo: todo él era una llaga. Lo dejaron de nuevo en el cuartucho y, en cuanto se sentó, se confesó que la noche siguiente sí que hablaba. Ya no había manera. El truco de aguantar un poco más ya no iba a funcionar. Además ya no tenía sentido, ni posibilidad: no se le podía pedir a nadie que soportara tanto. Esa noche, cuando se lo llevaran, iba a cantar todo.

—¡El Kadri, preparés!

Esa noche los que abrieron la puerta eran policías de uniforme y en vez de meterlo otra vez en el suelo del coche lo llevaron, junto con Néstor y otros

tres, a un celular. Al cabo de una hora de viaje, los bajaron en la comisaría de Temperley. La entrada fue espectacular.

—¡Éstos son los hijos de puta que lo mataron al Turco!

Gritó un oficial, y ahí nomás, en el vestíbulo, los empezaron a patear y golpear con la mayor dedicación. El comisario apareció al momento:

—¡Acá no se le pega a nadie, carajo!

—Señor, éstos son los que mataron al Turco.

—¡Hijos de puta, no van a salir vivos!

—¡Vamos, hay que darles!

Pero el comisario les dio orden de dispersarse, y enseguida llegó un suboficial que había estado en el tiroteo y dijo que no habían sido ellos. Estaban flacos como perros flacos: el comisario les hizo llevar unos platos de sopa y tuvo que pasar la noche con ellos, para evitar problemas. Y a la mañana siguiente se presentó un médico de la Policía. Tenía cincuenta y pico de años, un bigote renegro y la chalina al hombro; revisó a Néstor y a Cacho con bastante cuidado.

—¡Qué bárbaro! ¡No se puede creer lo que les han hecho a estos muchachos!

Tenían quemaduras en todo el cuerpo, varias costillas rotas, moretones innúmeros.

—¡Qué animales! Llevo veinte años en la policía y nunca había visto una cosa así.

El médico le acercó un espejo para que se viera y Cacho se asustó: estaba deformado, no se reconocía. Más tarde, los hicieron pasar en ronda de reconocimiento. Los que estaban a su lado venían bien vestidos, recién afeitados. El oficial a cargo le preguntó al testigo:

—¿Usted reconoce entre los que se encuentran en esta fila el individuo que lo asaltó en las condiciones arriba mencionadas?

El tipo miraba y decía que no.

—¡¿Cómo que no?!

El oficial se calentaba:

—Nosotros los detenemos, nos rompemos todos por agarrarlos y después ustedes se cagan en las patas.

Pero no hubo caso. A la tarde les dijeron que tenían que devolverlos a San Martín: el terror otra vez. Cacho intentó hablar con el comisario de Temperley, explicarle que si volvían a San Martín los iban a torturar otra vez, que los iban a reventar: el comisario le dijo que lo sentía pero sus órdenes eran devolverlo. Cuando llegaron los recibió una doble fila de policías que los

surtían de golpes y patadas. Después los metieron en unos calabozos minúsculos, individuales. Al cabo de un rato un oficial fue a buscar a Cacho y lo llevó hasta la guardia.

—Acá vino su familia y le trajeron esto.

—Gracias.

—Tomeló.

Era un termo. En cuanto empezó a tomar, Cacho le encontró un gusto extraño y los policías largaron las carcajadas: lo habían llenado de pis y se divertían mucho con el chiste. Pero después lo metieron de vuelta en el calabozo y esa noche no se lo llevaron: ya habían pasado casi veinticinco días de incomunicación, se había formado un grupo de abogados de la CGTA para defenderlos y la presión de afuera iba dando resultado. Entre los abogados estaban Ventura Mayoral, Ortega Peña, Duhalde, Zelaya Mas, Calcagno, Aragón, Ortigosa, Deleroni, Landaburu, Liffchitz, Galín, Kestelboim, Kapeluznik, Smoliansky, y habían conseguido que se les hiciera un peritaje médico por la defensa. Lo que no consiguieron fue peritos forenses; entre los médicos comprometidos que estaban dispuestos a hacer el peritaje, ninguno había seguido esa especialidad. Así que, dos días después, los abogados estaban en la puerta de la Delegación San Martín con una pareja de médicos psicoanalistas que militaban en la CGT de los Argentinos, Martha Rosenberg y Blas de Santos, explicándoles qué tenían que observar, qué preguntar, cómo se hacía un peritaje.

Cuando entraron los médicos, Cacho y Néstor estaban tirados sobre unas mantas en un calabozo. Estaban destruidos, y Cacho repetía en una voz susurro que les estaban pegando muchísimo:

—Nos están pegando muchísimo... Hagan algo, nos están pegando muchísimo...

—Bueno, ¿por qué no se desnudan, así los revisamos?

—Pero con la señora acá adelante...

Cacho estaba muerto de vergüenza y no quería sacarse el calzoncillo cubierto de sangre.

—No se preocupe, yo soy médica.

—No, pero cómo me voy a quedar desnudo...

Al día siguiente los cargaron a todos en un camión celular y se los llevaron a la Brigada de Investigaciones de La Plata. El oficial que los recibió quiso que quedara constancia del estado en que se los entregaban, para no meterse en problemas, y les dijo que ahí nadie les iba a tocar un pelo. Cacho pidió permiso para ir al baño; era un truco de preso viejo: si lo dejaban ir al

baño era que la cosa venía liviana; si no, mala fariña. Lo dejaron. Junto al agujero, Cacho encontró unas hojas de diario de una semana antes.

El diario contaba los actos relámpago del 8 de octubre en Corrientes y Callao, para conmemorar el primer aniversario de la muerte del Che Guevara, y Cacho lo leyó con fruición. Después decía que, en varias plazas de la ciudad, jóvenes peronistas habían tirado petardos y volantes por el cumpleaños de Perón y «solidaridad con los guerrilleros de Taco Ralo». Cacho se emocionó. Y que en uno de los actos habían detenido a Horacio Mendizábal, un democristiano que él conocía. Y que había habido muchas declaraciones de solidaridad con ellos; entre ellas, la del secretario general de las 62 Organizaciones, que decía que «no nos llama la atención que existan brotes guerrilleros en nuestro territorio ni tampoco que se los trate de calificar de comunistas, de filo o castrocomunistas, peronistas de izquierda, etcétera. Lo que sí conocemos es la injusticia social en que se vive y la entrega que se está haciendo del patrimonio nacional, por la poderosa influencia de los monopolios internacionales». Varios otros grupos peronistas insistían en que los presos de Taco Ralo también lo eran, y la CGT de Paseo Colón protestaba contra la presencia de asesores norteamericanos entre los policías que los habían detenido: «los argentinos exigimos la salida de estos cuerpos armados que no son de liberación sino de opresión de los pueblos». Cacho pensó que el caribeño que había visto en Tucumán debía ser uno de ellos. Pero, sobre todo, tuvo un gran ataque de alegría: no estaban solos. No todo estaba perdido. Afuera había gente que seguía haciendo cosas, y que respetaba y valoraba su sacrificio.

Al otro día los volvieron a subir a un celular para llevarlos a la cárcel de La Plata. Durante todo el viaje, Cacho El Kadri mantuvo la esperanza de que iba a pasar algo: se imaginaba que el camión iba a tener un accidente, que alguien iba a tratar de rescatarlos: algo. Media hora después, el camión se frenó y Cacho escuchó, desde adentro, el ruido de unas puertas de fierro que se abrían. Después el camión avanzó y las puertas volvieron a cerrarse. El ruido sonó lejano, aterrador.

Diez

—Hola, ¿Graciela?

—Sí, mamá.

—No, disculpame que te llame ahí, pero te quería avistar que llamó Jorge para decir que quería pasar a verte esta noche, que si podés esperarlo.

—¿A verme, Jorge? ¡¿Está acá, en Buenos Aires...?!

El Flaco Jorge había pasado unos meses de terror en la vecina orilla. Se había quedado solo, aislado, sin nada que hacer ni demasiada plata. Un par de veces, José Luis había ido a verlo para llevarle noticias y dinero, pero gran parte del tiempo se lo pasaba esperando sin saber bien qué. Los fondos le alcanzaban para vivir muy ajustado en una pensión del centro, y cada día tenía que salir a la mañana, como si fuera a trabajar, para que los dueños no sospecharan. Así que dejaba correr los días en las plazas o en algún café, leyendo el diario, suponiendo, esperando. Desesperaba, y llegó a escribir, en servilletas de fortuna, algún poema para desahogarse:

«Estoy cansado del café de los bares,
más bien de los bares del café...».

Al cabo de tres meses, sin otra salida, llamó a su madre para que lo ayudara a volver a Buenos Aires. Como era infractor a las leyes militares, la señora contrató un abogado que le consiguió un permiso para volver al país y el tío comodoro pudo hablar con alguien que le arregló la situación: si se incorporaba a filas no sería sancionado. Todo eso, sin que la conducción del Camilo estuviera realmente al tanto.

Graciela Daleo llegó a su casa lo más rápido que pudo, excitada, nerviosísima. Todavía le quedaba un rato, y lo aprovecho para probarse un vestido azul con cuello de puntillas que guardaba para estrenar en una ocasión que lo valiera. Se miró en el espejo, se gustó. Después se maquilló con mucho cuidado y se sentó a leer algo para dejar pasar el tiempo. Era inútil: no podía leer.

Cuando sonó el portero eléctrico, Graciela bajó corriendo los dos pisos: él ya estaba entrando, con una bandejita de masas en la mano, que hizo más difícil el abrazo.

—No sabés cómo te extrañé.

—No más que yo, te juro.

—Sí, sí, te juro que sí.

—No, es imposible.

Días después, Graciela y el Flaco salían de ver *La Batalla de Argel*, de Gillo Pontecorvo, en un cine de la calle Lavalle. La película era una ficción muy documental sobre la guerrilla urbana de los argelinos en su guerra de independencia contra Francia, pocos años antes: había toneladas de heroísmo y una serie de datos interesantes sobre la organización del movimiento. El Flaco iba comentando la actitud de los guerrilleros argelinos frente a la tortura cuando se paró en seco ante un kiosko de diarios. Era 18 de septiembre, y la noche era suave.

—¡La puta madre que lo parió!

El Flaco no solía hablar así y Graciela lo miró con sorpresa. Él le mostró con la cabeza el titular de la sexta: «Guerrilleros peronistas detenidos en Tucumán». Lo compraron enseguida, tratando de que no se les notara la ansiedad. Graciela todavía no lo sabía, pero un par de militantes del Camilo habían ido, dos meses atrás, a instalarse en Tucumán para ver la posibilidad de organizar un foco guerrillero en esa zona. Sin aliento, buscaron la lista de detenidos, y el nombre que les llamó la atención fue el de Envar El Kadri.

—Qué desastre.

Dijo el Flaco, entre apenado y aliviado. No eran los suyos, pero El Kadri era una de las «vacas sagradas del peronismo»: así solían llamarlos entre ellos. Le contó a Graciela que, tiempo atrás, habían tenido contactos con él, que les había ofrecido sumarse a su grupo, y que le habían dicho que no porque ya estaban preparando su propia alternativa. Aunque, por supuesto, no se lo habían dicho, y El Kadri se había calentado y los había tratado de cagones. A Graciela le impresionó la caída, pero en un punto la reconfortó que una de las vacas sagradas hubiera tomado el camino del monte. Era algo que la reafirmaba en sus convicciones.

—Y también está el cura Ferré.

Dijo Graciela, que no lo conocía personalmente pero sí a través de una amiga suya que había tomado cursos de teología con él. Pocos días después, Graciela tuvo que salir para Tucumán: su trabajo de correo iba a ser, esta vez, más comprometido. Tenía que encontrar a los dos militantes que estaban ahí y tratar de ayudarlos. Los dos estaban sin plata y sin contactos, y se suponía que la policía iba a estar muy alerta, buscando gente extraña. Los dos habían formado parte del grupo que estuvo por ir a Cuba con el Flaco; uno de ellos era el ex seminarista que se había enamorado de la cañera uruguaya.

En San Miguel de Tucumán la referencia era una farmacia donde, diciendo una contraseña, le informarían sobre sus compañeros. Graciela llegó, dijo la contraseña y no tuvo más respuesta que una cara de nada. Pidió disculpas y se fue lo más rápido que pudo, sin mirar atrás.

Graciela anduvo un rato por la calle, desorientada, sin saber adonde ir. No conocía bien la ciudad y tampoco podía mostrarse mucho: la policía podía pararla en cualquier esquina, y no tenía una excusa muy clara para estar ahí. Finalmente decidió pasar por el local de la FOTIA, a ver si alguien sabía algo y, en una calle del centro, vio a los dos muchachos, que venían por la vereda de enfrente. Trataron de que el encuentro fuera discreto, pero los dos estaban más que felices. Hacía un par de días que no comían y estaban vagando como bola sin manija, sin plata ni contactos. Antes de tomarse el tren de vuelta a Buenos Aires, se zamparon las milanesas a caballo más tremendas del Jardín de la República.

Cuando llegó le pareció que el clima en el Camilo estaba cada vez más raro. El Flaco no terminaba de reacomodarse, y ella tampoco. Él había empezado la colimba y a la tarde trabajaba en la oficina de su padre: tenía que hacer buena letra con la familia. Graciela estaba buscando un empleo como administrativa o secretaria y se había anotado en un servicio de personal temporario: de vez en cuando le salía algo. Pero sentía que la cosa no avanzaba: los proyectos de establecimiento del foco seguían siendo proyectos, y nadie se hacía cargo de lo que estaba pasando. Graciela charlaba mucho con el Flaco y con la Gallega Mary. A fines de octubre, se decidió a escribir un «documento» con sus críticas: le pareció que era la mejor manera de intentar que algo mejorara.

En su documento, Graciela se quejaba de que lo del Chaco no se hiciera, del descuido de ciertas actividades políticas, de la falta de concreción de los proyectos y concluía que, si había falencias y errores, la conducción probablemente tenía alguna responsabilidad. Y, sobre todo, decía que no creía que Juan tuviera que ser el jefe por derecho divino. Que era algo que nunca se había discutido y que, quizás, había llegado el momento de hacerlo. El 16 de noviembre la convocaron a la casa de Casiana: Juan y Adrián la esperaban con el documento en la mano. Graciela estaba muy nerviosa, y empezó por informar sobre un cuadernillo de *Cristianismo y Revolución* que estaba coordinando, sobre el Che Guevara.

—Victoria, nosotros estamos de acuerdo con muchas de las críticas que planteas en tu documento. Es más, a mí personalmente me parece una actitud honesta y valiente, lo que yo esperaba de una militante como vos. Creo que si

muchos compañeros tomaran estas actitudes nuestra organización avanzaría mucho en su camino...

Le decía Juan García Elorrio con sonrisas, tono calmo y sus mejores modales seductores. Graciela pensó que su esfuerzo podía serles útil: antes de hacerlo había dudado tanto.

—... pero también nos parece, y lo hemos discutido mucho con Adrián, que tendrías que retirar tu cuestionamiento a la conducción. Ésta no es la manera de hacerlo, y además hay una serie de cuestiones que escapan a lo que vos podés saber sobre eso, ¿no? El tema de la conducción es algo que está muy definido en el peronismo, y...

Sonó el teléfono, y Juan tuvo que atender. Graciela estaba cada vez más nerviosa. Cuando volvió, Juan se acordó de unas instrucciones que tenía que darle a Graciela sobre la imprenta donde había que hacer el cuadernillo del Che. Después retomó el tema central, y siguió insistiéndole para que retirara su cuestionamiento a la conducción. Graciela se negaba. Sin muchas palabras, pero firme. Por un momento pensó si podía acceder y, sin saber bien por qué, le pareció imposible. Los cafés se enfriaban en la mesita baja. Juan se iba poniendo cada vez más intratable:

—Si mantenés esta crítica no podés quedarte con nosotros, porque no podés estar en una organización si no tenés confianza en las decisiones de su conducción, Victoria, es imposible.

Adrián trataba de poner paños fríos:

—Bueno, siempre se puede discutir un poco más. Hay puntos que habría que atender... A mí me parece que si Victoria modera un poco ciertos aspectos de su crítica, deberíamos tenerlos en cuenta y...

—Yo no tengo nada que moderar. Pensé mucho lo que escribí ahí, y lo sigo pensando. Si no, no lo habría escrito.

—Entonces no nos dejás más remedio que pedirte que dejes la organización.

Remató Juan García Elorrio, tratando de controlarse, casi fuera de sí. Afuera se preparaba una de esas tormentas de verano. Graciela se levantó y le dijo que bueno, que por favor le devolviera el documento. Juan le dijo que no, y Graciela se fue sin despedirse.

Ya era de noche. Graciela caminaba un poco zombi, sin saber qué hacer. En cuanto encontró un teléfono público marcó el número del Flaco. Lloraba y, con medias palabras, le contó lo que había pasado y le pidió que se encontraran enseguida. Se vieron, media hora después, en un bar del centro. Graciela trataba de mantener la calma pero se le caían las lágrimas. El Flaco

intentaba consolarla. Graciela le decía que estaba desesperada, que se sentía tan sola, que estaba como en bolas, perdida, y que ya nunca iba a poder aportar a la revolución, que era lo que más le importaba en el mundo.

—¿Cómo, qué decís? Ya vas a ver que el Camilo no es el único lugar para hacer la revolución.

Graciela lloraba y le decía que no, que no había otro, que nunca iba a haber otro, que había perdido su oportunidad.

Noviembre de 1968. El número 309 de *Primera Plana*, publicado el 28 de noviembre, anunciaba que uno de sus más antiguos colaboradores, Mariano Grondona, dejaría de escribir su columna habitual. Y anunciaba también una investigación sobre los adolescentes, a cargo de Silvia Rudni, con una conclusión: «son mucho más conservadores que sus ancestros».

El artículo, largo, incluía opiniones de muchos jóvenes que cursaban el último año del secundario:

«“En las clases de Educación Democrática o Instrucción Cívica — comenta Lucía L., del normal 8— seguimos estudiando la definición de democracia y la organización de la Cámara de Diputados como si no hubiera pasado nada. Mi libro de texto es de 1957”. Algunas circulares del Ministerio de Educación y la mayoría de los rectores aconsejan no tocar los temas políticos. En el normal N.º4, por ejemplo, las actividades que no figuran en el programa son consideradas sospechosas por la directora y prohibidas de inmediato. “Así fue como se acabaron los diarios murales y los debates sobre problemas extraescolares”, confió una futura maestra. “Todos sabemos que en el Buenos Aires hay agentes de la SIDE”, denunció Guillermo S., 18. (...)

»En el cuarto año de un liceo de la Capital, un grupo de alumnas solicitó al profesor de Anatomía una clase especial sobre sexualidad. “Estábamos cansadas del lugar en blanco que ostenta —en nuestros libros de texto— el cuerpo humano en la parte correspondiente a los órganos sexuales. El profesor era médico, accedió de muy buena gana. Pero tuvimos que hacerlo en casa de una compañera, fuera de las horas de clase y sin que se enterara la rectora”. (...)

»Las revueltas estudiantiles que se derrumbaron sobre Francia, Italia o México no cuentan con muchos adeptos. “A mí me chocaron —censura Ana María Ehul—; el espíritu de rebeldía es propio de la juventud, pero uno tiene que adaptarse un poco más a la mentalidad adulta”. “En las facultades hay estudiantes crónicos que van a hacer política. Con la intervención el problema se redujo, pero sigue infiltrándose gente que incita a la revuelta. No hay que

hacer política en la universidad, que es un lugar de estudios”, proclamó Noemí Rodríguez, 19. Para Nélica Borgogna, 18, también alumna de las Esclavas, es un problema de nacionalismo: “Las revueltas estudiantiles son una pose; en la Argentina todo lo que sea extranjero llama la atención”.

»Los alumnos del Nacional Buenos Aires, en cambio, se sienten más identificados con el problema: este año iniciaron una serie de huelgas y algunos confiesan: “Hubiéramos querido que esto se convirtiera en París”. Pero, incluso en ellos, el sentimiento de rebelión es casi juicioso. “En principio, lo que sucedió en París me parece muy bien. Pero tengo una objeción: no estoy de acuerdo con la idea de la revolución por la revolución misma” (Omar Biscotti, 18). “No creo que la violencia sea la mejor manera de concretar las ideas” (Daniel Blanco, 18). Graciela Bensusán, 17, y Lucía Arosena, 18, hubieran deseado “poder hacer un movimiento similar aquí”. Carlos Toledo, 18, asegura: “No hay ninguna posibilidad, la gente es muy apática”.

»Estos adolescentes que admiran a Cortázar —best-seller absoluto: al pedir que nombraran a tres escritores que hubieran leído últimamente, el 93 por ciento mencionó al autor de *Rayuela*— y devoran literatura latinoamericana, se sienten indiferentes respecto del Gobierno Onganía y ligeramente resignados en cuanto a los acontecimientos de la política nacional.

»“El gobierno de Onganía es igual al anterior”, supone Guillermo García, 18, de Lanús. “Onganía se esconde detrás de un falso nacionalismo, pero si estudiamos la política económica se nota enseguida que estamos llegando a un colonialismo puro”, se indignó un futuro sociólogo del colegio Urquiza. Susana G., del normal 4, es escéptica: “Desde que me acuerdo hemos visto tres o cuatro gobiernos y yo, francamente, no veo ninguna diferencia. Dicen que Onganía es una dictadura pero no se nota. Tampoco se nota que sea una democracia”. (...)»

Más adelante, los adolescentes hablaban sobre sexo:

«—Las relaciones sexuales prematrimoniales se justifican sólo si son por amor.

»—¿Te casarías con una chica que no fuera virgen?

»—No sé; decir que sí es muy fácil. Pero hay que ver cuando llegue el momento, dice Adrián Zappi, 17, Nacional Buenos Aires.

»Horacio Marotto, Daniel Blanco y Carlos Toledo tampoco aceptarían que su novia no fuera virgen, aunque con ciertas objeciones aprueban las relaciones prematrimoniales. Las mujeres parecen menos preocupadas por el

asunto. Bettina Ungar y Graciela Bensusán opinan que “la virginidad no tiene ninguna importancia” pero el Colegio Buenos Aires se aparta del nivel medio: es un colegio mixto y sus alumnos aprendieron a mirar las relaciones con el otro sexo con mayor naturalidad.

»En otros colegios se habla poco de relaciones sexuales: “Por ahora es un problema que no me toca. De todos modos, cuando llegue el momento me haré respetar”, anunció Silvia T, del Liceo 4. “A los hombres les están permitidas muchas cosas que las mujeres deben evitar; de lo contrario, pierden la femineidad”, imagina un alumno del Manuel Belgrano. (...)

»Algo azorada, pero optimista, la promoción 1968 de enseñanza media enfrentará, a partir de ahora, las primeras obligaciones que impone la vida adulta. A diferencia de generaciones anteriores, estos adolescentes han encontrado un sutil camino para la rebeldía: el razonamiento. Al ser más conservadores que sus contemporáneos de otros países les está vedado el camino de la violencia. Por otro lado ellos lo desdeñan. Los jovencitos incomprensidos por sus padres sólo merecen sonrisas irónicas de sus amigos. “Los hippies —reflexiona Ana María, 18— se justifican entre los norteamericanos porque allí hay problemas; aquí son ridículos”. Es toda una definición; los jóvenes argentinos prefieren soslayar la edad ingrata y entregarse a la vida adulta lo más pronto posible, tal vez antes de tiempo».

La noche del miércoles 16 de octubre, La Plata estaba a puertas abiertas, con las radios a todo volumen. Salvo los de Gimnasia que se encerraban en la casa. A los seis minutos de empezar el partido, Fioravanti pegó el grito.

—... Veróoon..., Veróoon... por la punta..., ¡goooo!!!

—¡Golazooooo...!

Repitió el Ruso Karakachoff y salió con sus hermanos a festejar a la calle. Era el partido de vuelta: Estudiantes y Manchester por la copa del mundo. A los pincha les alcanzaba con el empate, pero la espera era tensa. Fue un partido áspero, especulativo, trabado: a lo Estudiantes. Después, en el último minuto del segundo tiempo Morgan, delantero del Manchester, metió un bombazo en el arco de Poletti. Pero el empate fue la copa y La Plata era una fiesta.

A los pocos días, el Ruso y Cornaglia estaban metidos de lleno en la preparación de la reunión donde tratarían de unificar a los grupos combativos del radicalismo de todo el país fuera del control del comité nacional. La apuesta era fuerte.

—Yo ya tengo equipo campeón, ahora lo único que quiero es un radicalismo que juegue para adelante.

—Sergio, ya sellamos un acuerdo entre las distintas corrientes: Agitación y Lucha, FRAGUA, Crisólogo Larralde, Hipólito Yrigoyen, están todos los centros más o menos comprometidos. Tenemos que avanzar.

Habían creado una Comisión Coordinadora, con el compromiso de hacer una reunión nacional en no más de sesenta días. Cornaglia le pasó el borrador de declaración que habían negociado, y Sergio lo recibió con reparos: no estaba muy convencido de la necesidad de una organización de ese tipo. A medida que lo iba leyendo se interesaba más. Ya en el primer párrafo, los radicales combativos decían que su nueva corriente debía «servir a los objetivos de la liberación nacional» y que «el radicalismo no debe aceptar como solución política ni el golpe de Estado ni una salida electoral condicionada».

Sergio también estaba muy de acuerdo con el punto que convocaba a «la coincidencia activa de los movimientos populares en la lucha por la liberación», porque dejaban la puerta abierta a la izquierda y sobre todo al peronismo. Poco después, Karakachoff y Cornaglia se subieron al Citroën del Ruso y pusieron rumbo a Santa Fe. Las especulaciones sobre el resultado del encuentro eran el tema obligado:

—Esto no es más ni menos que una autoconvocatoria, Ricardo. Es lo que venimos planteando nosotros desde hace dos años. Poner el radicalismo de pie, con una idea militante. Y si no lo hacemos se pasa el tren. Además, vos y yo sabemos bien que la CGTA requiere una política del partido y no sólo cartas de adhesión.

—Si esto sale bien, será la hora en que Alfonsín tenga que enfrentar al comité nacional. Si no, es laburo al pedo y nos comen los punteros de comité.

El 31 de octubre, cuando llegaron a Santa Fe, se encontraron con tres compañeros que, en un clima medio conspirativo, les dijeron cómo llegar hasta una quinta en Cetúbal, no muy lejos de la ciudad. La quinta pertenecía al padre de uno de los participantes. Había unos ciento veinte militantes de todo el país. El Changui Cáceres y Leopoldo Moreau eran los que aparecían como referentes y, de hecho, ambos habían estado entre los convocantes más entusiastas. También estaban Mario Losada y Héctor Velázquez de Misiones, Miguel Molinero y Ramón Mestre de Córdoba, Marcelo Stubrin por la Capital, Jorge Mathos y Hugo Lanci por Mendoza, Carlos Muiño por Tucumán. De Buenos Aires se encontraron con Maricarmen Banzas y Víctor de Martino.

No había mucho tiempo y los debates ocuparon dos días intensos. El calor y el hacinamiento se mezclaban con el clima de conspiración que vivían los asambleístas. El 3 de noviembre redactaron las resoluciones y decidieron bautizarse como Junta Coordinadora Nacional; después eligieron una Junta Ejecutiva, donde estaban Cáceres, Molinero y Moreau. Cuando la comisión redactora terminó el primer documento, el Changui Cáceres leyó el enunciado y los seis puntos programáticos. El silencio se rompió con aplausos y mueras a la dictadura cuando el santafesino leyó que se había decidido «exigir al comité nacional que se manifieste públicamente en el enfrentamiento contra la dictadura militar oligárquica y proimperialista, dirigiendo la acción a través de una perspectiva nacionalista, popular y revolucionaria, en coincidencia con todos los sectores populares, con el objetivo de derrotar a la dictadura e instaurar un gobierno democrático y popular en el camino de la definitiva liberación nacional y social de nuestra patria».

Era el tercer punto. En el quinto, los fundadores de la Coordinadora decidieron «exigir (al partido) la modificación de su estructura burocrática y electoralista, para dotarlo de una dinámica revolucionaria que posibilite la estructuración de un partido de masas en el poder».

Y, para aclarar a qué modelo de país se oponían, los jóvenes radicales definían que «la extranjerización que viene sufriendo el país en forma acentuada, como resultado de una política entreguista, sistemática y preordenada por organismos internacionales al servicio del imperialismo, ha llevado al país a una profunda recesión económica, a un creciente traslado de ingresos a los sectores del privilegio, a una disminución del poder adquisitivo de la clase trabajadora, a una inmensa penetración de los monopolios foráneos en los resortes básicos de nuestra economía, al paulatino proceso de privatización de las empresas estatales, a un ataque al progresista movimiento cooperativo nacional, en beneficio de la banca extranjera».

Decididos a iniciar una etapa de lucha frontal, los congregados en Cetúbal, propusieron por fin que «desde hoy, el meridiano pasa por estrechar filas conjuntamente con todos los sectores populares (obreros, trabajadores rurales, universitarios, intelectuales, profesionales) para la constitución de un gran Frente de Resistencia Civil con un programa mínimo de coincidencias para cumplir la tarea primigenia de derrotar la actual dictadura al servicio del imperialismo».

Sergio Karakachoff estaba feliz. Pero antes de retomar la lucha por la liberación tenía que conseguir que su Citroën recorriera los quinientos

kilómetros que lo separaban de La Plata. Cornaglia no paraba de comentar lo que había pasado:

—En serio, Sergio, fuera de joda, es un acontecimiento histórico. Desde el golpe del '66, éste es el primer pronunciamiento de una corriente nacional del partido.

Sergio necesitaba que su amigo se callara un rato:

—Sí, la verdad es que está bárbaro... A mí lo único que no me convence mucho es la elección del Changui al frente, vos sabés que es medio filo pecé...

Noviembre de 1968. En esos días se hablaba mucho del boom del libro argentino. En 1967, las editoriales locales habían publicado 3705 títulos — 25.000.000 de ejemplares—, y la proporción de traducciones era menor que nunca. Es cierto que en esos años se publicaron algunos títulos que se recordarían mucho tiempo: *Rayuela*, *Cien años de soledad*, *Paradiso*, *El Hacedor*. Pero algunos suponían que el boom no era tal. Daniel Divinsky, el joven editor de De la Flor, decía que «son siempre los mismos diez mil tipos que cada vez se vuelven más locos por comprar, pagar y leer —algún día— todas las obras que salen y que les interesan». Guillermo Schavelzon, de Galerna, era más optimista: «Lo que pasa es que apareció un bloque de lectores que no compra nada que carezca de valor literario». Las pequeñas editoriales nuevas, como Galerna, De la Flor, Carlos Pérez, Brújula, competían con las grandes clásicas y las obligaban a dinamizarse. Es probable que la más representativa del período fuese la de Jorge Álvarez.

Jorge Álvarez tenía veintitrés años cuando empezó, en 1963, con una pequeña editorial que bautizó con su propio nombre. Uno de sus primeros aciertos fue su serie de *Crónicas*, que pronto salieron a razón de una por mes: las *Crónicas* podían ser de Estados Unidos, del Amor, de Latinoamérica o de la Violencia, y consistían en una serie de relatos de autores muy diversos, reunidos por su afinidad temática. «Las *Crónicas* fueron un invento que esgrimí ante la imposibilidad de tener autores que ya estaban comprometidos con otras editoriales. Y algunos me reglaron sus cuentos: Cortázar, García Márquez, Beatriz Guido». Los catorce volúmenes de *Crónicas* vendieron, en total, 400.000 ejemplares.

Pero a fines de 1968 la editorial había crecido mucho y en su plan para el año siguiente anunciaba una nueva colección de clásicos con obras de Genet, Dostoievsky, Flaubert y Melville en traducciones originales. También una colección de temas políticos, con *El 45* de Félix Luna, *Los nacionalistas* de

Marisa Navarro, y otros libros de Rodolfo Puiggrós, Rosa Luxemburgo y Julio Irazusta. Y, por supuesto, seguiría publicando los libros de Mafalda que, en su primer año, había vendido 120.000 ejemplares.

En 1969, Álvarez empezaría a publicar la versión castellana de la revista *Tel Quel*, orientada en París por Philippe Sollers, Michel Leiris y Roland Barthes. Y continuaría la traducción de las obras de Barthes, que ya había empezado con *El grado cero de la escritura*.

En cuanto a autores argentinos, Rodolfo Walsh —que ya tenía un par de volúmenes de cuentos en la editorial— prometía su novela para mediados de año, y Manuel Puig presentaba *Boquitas Pintadas*. Álvarez, en esos días, tenía que hacer frente al juicio por la supuesta obscenidad de *Nanina*, primera novela de Germán Leopoldo García. «La censura se hace en nombre de una cierta moral media que, si existe, está en continuo cambio y nadie tiene atribuciones para definir. Los censores tampoco actúan de acuerdo con sus propias normas. El libro de García es inofensivo en comparación con los de Henry Miller, pero con un autor extranjero y famoso se plantearía una cuestión de resonancia internacional y ellos temen cualquier situación que ponga en evidencia su naturaleza cavernaria. Es más cómodo ensañarse con un escritor de veinte años», decía Jorge Álvarez que, en ese momento, recién empezaba a editar discos de jóvenes rockeros en el sello que, poco después, lanzaría a Tanguito, Manal, Vox Dei y varios más: *Mandioca*.

Desde 1966, la facultad de Filosofía y Letras había cambiado mucho. Muchos profesores se habían ido: los reemplazaron extraños personajes que solían aparecer arropados por algún antecedente cristiano. El cura Justino O'Farrell enseñaba Sociología Sistemática; Gonzalo Cárdenas, Historia Social Latinoamericana: los estudiantes les hacían todo el vacío posible. La facilidad entera, comparada con lo que había sido hasta el año anterior, les parecía vacía. Quizás estuviera, en realidad, demasiado llena. Para entrar había que mostrarle el carnet a un par de policías de civil que guardaban la puerta y tenían fotos de los militantes más conocidos. Era sólo la entrada: adentro, los policías pululaban. Horacio González conocía a su jefe: un tal Ferrer, joven como él, oficial de inteligencia muy nuevito, que había sido su compañero de banco en el Sarmiento. Era raro ver cómo los destinos podían parecer tan diferentes.

El FAU se había ido metamorfoseando en FEN —Frente Estudiantil Nacional— con el liderazgo cada vez más firme de Roberto «Pajarito» Grabois, que venía del socialismo de vanguardia. Ahora, el FEN se definía

como un grupo nacional popular, y seguía siendo marxista: no se decían peronistas pero se iban acercando. Parecía como si el golpe del 66 los hubiera puesto frente a la existencia de una historia nacional: de ahí, las críticas de los que decían que no era posible que los militantes estudiantiles conocieran al dedillo las querellas leninistas en el Segundo Congreso de la Tercera Internacional y no supieran qué había pasado con la revolución de Paso de los Libres.

—Ustedes saben de memoria la última polémica de Lenin con Zinoviev pero no saben qué escribió Jauretche...

Entonces, además de Trotsky, Lenin, Sartre o Fanon, algunos militantes del FEN empezaron a leer a Scalabrini Ortiz, a Hernández Arregui, los «pensadores nacionales». Horacio González escribió un panfleto que tuvo cierta repercusión y se titulaba *El peronismo, vigencia y contradicción*. La idea era que su vigencia entre los trabajadores acercaba a los estudiantes revolucionarios al peronismo, pero sus contradicciones les impedían integrarse directamente en él. La salida no estaba clara: algunos sostenían que había que «desperonizar» a los obreros para hacerlos más revolucionarios; otros, que eso era pura soberbia y que había que seguirlos en su opción política. La discusión tensaba las filas del FEN.

La militancia estudiantil transcurría afuera: en los bares, en alguna casa, en sótanos y locales prestados. En una asamblea en la iglesia de San Martín de Tours, Horacio fue elegido delegado de la carrera de Sociología. Era un puesto ficticio: los delegados de las carreras las representaban ante el gobierno tripartito de la universidad, que había sido eliminado por la intervención pero se mantenía, clandestino y sin poder de resolución. También había un centro de estudiantes, pero ahí el Partido Comunista, encabezado por Oscar Landi e Isidoro Cheresky, era imbatible, así que los otros grupos de izquierda se dedicaron a copar el cuerpo de delegados. Como delegado, Horacio escribió otro panfleto significativo: lo llamó *El Anti-Brie*, del nombre de un profesor muy reaccionario, y estaba armado con citas, humor, reflexión y algo de parodia. De hecho, el nombre remitía, en clave menor, al *Antidühring* de Marx y Engels. Era una forma distinta de encarar el discurso político, y fue muy comentado. Por un tiempo, los escritos del FEN retomaron esa forma jocosa y agresiva, diferente.

La peronización avanzaba de a poco. A principios de octubre, una asamblea de la carrera en la Facultad Teológica, un centro luterano en la calle Camacué, sometió a votación si debía «saludar» el 17 de octubre, ponerse bajo su advocación. Los comunistas votaron en contra y, por primera vez en

mucho tiempo, la izquierda no comunista ganó una votación en una asamblea de Sociología. La resolución «saludó el 17 de octubre como primer acto de construcción de la Argentina moderna por parte de los trabajadores».

Poco después hubo otra asamblea en la calle Camacué, que organizó, entre otros, Horacio González. El ambiente estaba cargado de humo y de rencores. Se trataba de discutir si era lícito aceptar fondos de la Fundación Ford para una investigación sobre la marginalidad social: era, en realidad, una discusión sobre la posibilidad de «hacer sociología dentro del sistema», o no. Los «modernos», encabezados por Miguel Murmis, planteaban la opción de servirse de los datos obtenidos gracias al dinero de la Ford para un uso diferente, más comprometido. Horacio no estaba en absoluto de acuerdo y se levantó para decirlo:

—... porque las estructuras de ese trabajo van a determinar los resultados que se obtengan y necesariamente tienen que sesgarlos, darles un cariz determinado que los haga útiles para los fines para los que fueron pensados. ¿O acaso vamos a suponer que por pura viveza criolla algo que nace de un modo se puede utilizar de otro?

Desde el otro lado, Murmis contestó que por qué no.

—¿Y qué nos impide utilizar la viveza criolla?

Poco después, a través de un contacto con el Movimiento Revolucionario Peronista —MRP—, Horacio empezó a ir al local del Sindicato Argentino de Obreros Navales —SAON—, un gremio de tradición anarquista, que había sido de los últimos en peronizarse y que, entonces, estaba dirigido por Ricardo De Luca, alineado en la CGT de los Argentinos con Raimundo Ongaro. El SAON estaba en un edificio perdido en medio del puerto, entre vías, empedrado y sombras largas: a Horacio le empezó a gustar ese ambiente de trabajadores un poco diferentes, con más cultura política que otros. En el sindicato podía escuchar a un viejo ex comunista que daba clases de marxismo o al ex mayor Alberte, que había sido hasta hacía poco el delegado personal del general Perón: un militar elegante, taciturno, que lanzaba frases lapidarias y convocaba al público a la insurrección popular contra la oligarquía y el imperialismo.

Ese fin de año, el sindicato organizó su propia fiesta: el salón estaba cruzado por dos guirnaldas escuálidas, colgadas de los retratos de Perón y Evita que ornaban las paredes. La luz de los tubos fluorescentes no ayudaba a la decoración. Un par de militantes del sindicato estaba repartiendo a los afiliados el clásico pan dulce. Mientras, los demás charlaban y lanzaban

brindis. Cuando Horacio pensó que tenía que hacer el suyo, señaló hacia el rincón donde se repartían los panes:

—Me parece un buen augurio esto que nos pasa. Ustedes, al repartir estos pan dulces, están haciendo algo que de alguna manera pertenece a una etapa anterior del movimiento peronista, a la época del primer gobierno. Algo que muchos criticaron como beneficencia y que, al hacerlo ahora, en este sindicato, en medio de la resistencia contra la dictadura de Onganía, adquiere un nuevo valor, un valor de hecho combativo y revolucionario...

Los sindicalistas lo miraban entre asombrados y expectantes. Horacio se dio cuenta de que estaba a punto de meterse en un lío:

—... de la misma manera, supongo, que todos estamos tratando de recuperar antiguos hechos y prácticas del movimiento para llenarlas de un contenido nuevo, de un contenido combativo y revolucionario. Eso es, creo, ser peronista, aquí y ahora.

Los sindicalistas aplaudieron con ganas. Horacio se sonrió, y se quedó pensando en lo que había dicho. Más que a los otros, había conseguido sorprenderse a sí mismo.

Diciembre de 1968. Estas anotaciones estaban entre los papeles personales de Rodolfo Walsh, que fueron editados últimamente en *Ese hombre*, y tratan de hacer un balance de su situación a fines de 1968:

«19.12.68

»Personalmente, es una evidencia que necesito retirarme momentáneamente de la escena. Mi libro (una novela que estaba preparando) no se escribirá solo, ni el editor seguirá pagándome indefinidamente. Necesito un aislamiento casi total.

»Esa evidencia es producida además por mi estado de ánimo, por la abulia generalizada que me domina. Duermo hasta doce horas por día, consumo diarios y revistas en cantidades infinitas, etc. Incluso leo demasiados libros. Escribo menos de media página por día. Estoy cansado y derrotado, debo recuperar una cierta alegría, llegar a sentir que mi libro también sirve, romper la disociación que en todos nosotros están produciendo las ideas revolucionarias, el desgarramiento, la perplejidad entre la acción y el pensamiento, etc.

»Tiene que ser posible recuperar la revolución desde el arte. La película de Octavio (*La hora de los hornos*) es un camino. Recuperar, entonces, la alegría creadora, sentirse y ser un escritor, pero saltar desde esa perspectiva el

cerco, denunciar, sacudir, inquietar, molestar. Incluso el libro de David (Viñas), aunque mal hecho, es un índice.

»Puedo, incluso, incorporar la experiencia realizada en CGT, no como tema, sino como visión del mundo y las formas de lucha. El libro tiene que ser una denuncia, clara y diáfana, etc...

»¿Podré? *Cross my heart*.

»Diciembre 31, 68.

»Situación.

»Terminar el año con el zapato izquierdo visiblemente roto, mil quinientos pesos en el bolsillo, incapacitado para hacer regalos y desganado para recibirlos, con mil cosas pendientes, postergadas o mal hechas; en un estado casi permanente de mal humor o de abulia.

»Es posible que haya “mejorado” algo. Que esa mejora sea lo que me pone de tan pésimo humor.

»La política se ha reimplantado violentamente en mi vida. Pero eso destruye en gran parte mi proyecto anterior, el ascético gozo de la creación literaria aislada; el status, la situación económica; la mayoría de los compromisos, muchas amistades, etc.

»Es posible que, al fin, me convierta en un revolucionario. Pero eso tiene un comienzo muy poco noble, casi grosero. Es fácil trazar el proyecto de un arte agitativo, virulento, sin concesiones. Pero es duro llevarlo a cabo. Exige una capacidad de trabajo que todavía no poseo.

»Me refiero principalmente a métodos de trabajo. Hace años que vengo luchando por eliminar cosas que formaban una “infraestructura” errónea, la bebida, el cigarrillo, los malos horarios, la pereza y las postergaciones consiguientes, la autolástima, el desorden, la falta de disciplina, la consiguiente falta de alegría y de confianza; todo eso ensamblado en una estructura mental que seguía siendo burguesa.

»Este año sólo he progresado en dos cosas. No bebo, lo que ha mejorado mi salud, o por lo menos compensado el “deterioro”. Empiezo a asimilar lo básico del marxismo, y mi “nivel de conciencia” es hoy bastante mayor. Estoy mucho más jugado. No aceptaría hoy incluir una cita de un bufón como Manucho en la contratapa de un libro, ni vacilaría en rechazar una beca USA, etc.

»Me he pasado “casi” enteramente al campo del pueblo que además —y de eso sí estoy convencido— me brinda las mejores posibilidades literarias. Quiero decir que prefiero toda la vida ser un Eduardo Gutiérrez y no un Groussac; un Arlt y no un Cortázar.

»Pero decir estas cosas, escribirlas, me desalienta, me da sueño; eso significa que hay un duro núcleo de resistencia que rechaza todo esto como una banalidad que preferiría mantener la fachada inescrutable sobre mis verdaderas contradicciones; suspender el análisis y seguir proponiéndome al mundo como un figurón, ligeramente martirizado por las circunstancias.

»Me está faltando coraje.

»Lo que sucede es que me paso al campo del pueblo, pero no creo que vamos a ganar: en vida mía, por lo menos. ¡En vida mía! Porque ésa es la clave: lo que pase después no me importa mucho, y entonces sigo siendo un burgués, más recalcitrante aún.

»La película de Solanas-Getino nos mostraba ayer, con insuperable claridad, cómo no se puede ganar con clavos miguelito contra los tanques; con manifestaciones callejeras contra las ametralladoras, etc. ¿Cómo pelear, entonces? También lo dice la película: la revolución se hace primero en la cabeza de la gente. Conseguir que el oprimido quiera pelear y ame la revolución; pero conseguir también que el opresor se deteste a sí mismo, y no quiera pelear.

»Pero yo soy el primero a convencer de que la revolución es posible. Y esto es difícil en un momento de reflujo total, en que se me han acumulado catastróficamente el proyecto “burgués” (la novela) y el proyecto revolucionario (la política, el periódico, etc.).

»Si distingo con claridad, si analizo bien, si creo métodos aptos de trabajo: todo eso tiene solución.

»Lo que no soporto en realidad son las contradicciones internas. Las normas de arte que he aceptado —un arte minoritario, refinado, etc.— son burguesas; tengo capacidad para pasar a un arte revolucionario, aunque no sea reconocido como tal por las revistas de moda. Debo hacerlo. La película de Getino-Solanas señala una ruta, que yo empecé a transitar hace diez años.

»Pero es indudable que debo continuar con mi proyecto “burgués”, radicalizándolo en lo posible, para quitarme la soga del cuello; volver a ser libre; planificar rigurosamente mi vida; desalienarme.

»Así sea».

—Jesús dijo en la sinagoga de Nazaret: «el espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha consagrado con la unión. Él me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a anunciar a los cautivos la liberación y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos...».

El padre Carlos Mugica recitaba su sermón mientras caminaba entre los feligreses, acariciando la cabeza de los chicos, saludando a cada vecino, levantando las manos cuando enfatizaba:

—El sacerdote es ante todo un profeta. El Señor dijo «yo te constituí profeta de las naciones...», y nosotros tenemos que responder por nuestra misión ante nuestros hermanos, nuestros seguidores...

El domingo 9 de diciembre de 1968 hacía un calor de todos los demonios: era la primera vez en mucho tiempo que Mugica decía misa en la capilla de Nuestra Señora del Puerto, que él mismo había fundado tres años antes, y la salita estaba repleta. Mugica había estado seis meses afuera del país: primero fue a La Paz a llevarle un petitorio al general Barrientos pidiendo la repatriación de los restos del Che Guevara, y después a París, donde cayó en medio de las revueltas de mayo. De ahí viajó a Cuba, vía Praga, y terminó en la reunión de obispos de Medellín.

La villa de Retiro había crecido mucho en los últimos años. Eran más que nada paraguayos, bolivianos y argentinos de las provincias que llegaban en tren y se instalaban muy precarios ahí nomás hasta que les cambiara la suerte y pudieran mudarse a un lugar mejor. Algunos ya llevaban más de diez años esperando. La capilla del padre Mugica estaba en el barrio YPF, en la zona sur de la villa de Retiro.

—Ya lo dijo el profeta Isaías: «porque tuvieron el doble de vergüenza y recibieron oprobio y confusión, recibirán el doble también sobre la tierra y gozarán de eterna alegría...».

Mugica terminó la misa y los feligreses se pararon para irse. Los más jóvenes estaban apurados: el Cholo, uno de los ayudantes del cura, había organizado un desafío contra los muchachos de Saldías, que ya les habían ganado dos o tres veces, y había sed de revancha. Mientras se iban entró el padre José María Meisegeier: un hombre bajo, muy rubio, fibroso, hijo de alemanes, cuarenta y cinco años bien llevados. Meisegeier era jesuita y, como era lógico, lo llamaban el Pichi; Mugica y él se conocían de la Universidad del Salvador, donde los dos enseñaban Teología. El año anterior, el padre Meisegeier había pasado unos meses en Salta, trabajando de zafrero en el ingenio Ledesma.

Los trabajadores habituales del ingenio eran chahuancos y huichis, indígenas de la zona, y solían ser sumisos, pero para la zafra llegaban golondrinas tucumanos con el impulso y la experiencia de las luchas sindicales de su provincia. Los tucumanos convencieron a los locales de pedir un aumento y mejores condiciones de trabajo: como los patrones no

respondieron, los trabajadores tomaron por asalto un depósito de mercaderías. La dirección del ingenio llamó a la policía, que reprimió con ametralladoras: hubo muertos y heridos. El padre Meisegeier se quedó muy impresionado, sin saber qué hacer con su indignación, y el ingenio decidió que no iba a contratar más tucumanos: preferían a los bolivianos, que eran más manejables y aceptaban sueldos mucho menores. A su vuelta de Salta, el padre Meisegeier se había hecho cargo de una capilla en la villa Retiro: la del barrio Saldías, más al norte, cerca de Salguero. La capilla de Nuestra Señora del Puerto ya estaba casi vacía. Mugica invitó a Meisegeier con un vaso de tereré bien helado.

—Mirá Pichi, creo que voy a armar otra capilla, por acá nomás. El cardenal Aramburu aprovechó mi ausencia para poner al frente de Nuestra Señora del Puerto a otro cura, muy formal. Es una maniobra para que yo quede al margen de la Villa. Pero no voy a entrar en el juego; estoy buscando el apoyo de otras parroquias de la jurisdicción, porque no quiero dejar de cumplir con el reglamento, así no doy flancos. ¿Sabés cómo la quiero llamar? Cristo Obrero.

Mugica sirvió otros dos vasos de tereré: el techo de chapas los estaba cocinando.

—Me parece que es la hora de marcar las diferencias... En Medellín hubo ciento cincuenta obispos denunciando la explotación de los pobres de América: es un hecho sin precedentes que no puede ser ignorado. Pero ya pasaron cuatro meses y la iglesia argentina se sigue haciendo la boluda...

Mugica hablaba mezclando formas cultas y palabras populares: era como si hiciera un esfuerzo por vulgarizar sus dichos, y su clase y su educación se le colaran por los intersticios.

—Carlos, te quería contar lo que estamos preparando sobre la cuestión de la erradicación.

Un año atrás, el gobierno había promulgado una ley de erradicación de villas, que ordenaba el traslado de los villeros a unos «núcleos habitacionales transitorios» que nadie había visto todavía. Según sus disposiciones, la ley debía aplicarse primero en la Capital.

—Tenemos que seguir denunciando que la idea de la dictadura es convertir las villas miseria en villas cuartel, mientras que nosotros queremos que sean barrios obreros. Esta vez la protesta tiene que trascender. Vamos a hacer una jornada que se va a llamar Compromiso de Navidad. Lo que se decidió es hacer un plantón de curas frente a la Casa de Gobierno. Esto ya

está charlado con Ricciardelli, Botán, Vernazza, y está garantizada la participación de gente del Bajo Flores, de Dorrego, del Bajo Belgrano...

Mugica asentía, se secaba el sudor, sorbía tereré.

—Pero además vamos a hacer alguna actividad en cada diócesis. Vamos a ver. Me parece que algunos van a suspender las misas de Gallo, otros van a ayunar, va a haber debates sobre lo que se dijo en Medellín...

Uno de los muchachos se asomó a la puerta de la capilla y le dijo al cura Mugica que llegaban tarde. Meisegeier trató de seguir hablando; el tereré se había terminado.

—Ehhh... Padre rubio, ¿le falta mucho? Ya empieza el partido.

El padre rubio, Carlos Mugica, era un centrohalf habilidoso y aguerrido.

En la mañana del viernes 20 de diciembre la Plaza de Mayo estaba tan aburrida como de costumbre. Había patricios parados en el Cabildo en posición de descanso y enfrente granaderos que cambiaban la guardia con su paso marcial, repiqueteando botas contra las baldosas. En los bancos, jubilados leían o se abanicaban con el diario; alrededor, chicos y señoras tiraban maíz a las palomas. La plaza estaba en orden. Aunque más allá, sudando y conversando, unos veinte curas cruzaron Bolívar y tomaron el camino de piedritas rojas en dirección a la Rosada.

—Esto de que nos hayamos puesto el cuellito de curas lo va a desubicar. Este Onganía es tan cursillista, tan catolicón, que no le va a gustar nada leer en los diarios mañana que los sacerdotes del Tercer Mundo le hicieron un desplante.

El Pichi Meisegeier iba charlando con Ricciardelli mientras se acercaban al monumento a Belgrano. Cuando llegaron a Balcarce, los curas se pararon en formación confusa mientras dos de ellos cruzaban la calle, entraban a la recepción de la casa de gobierno y pedían una audiencia con Onganía. Les dijeron que el señor presidente no iba a poder recibirlos: la negativa estaba prevista. Los curas dejaron una carta firmada por setenta sacerdotes de la Capital, que se pronunciaba contra la ley 17.065 de erradicación de villas de emergencia. Cuando salieron, los periodistas que habían sido convocados les apuntaron los micrófonos.

—Vinimos a expresar el clamor de los pobres que quieren justicia, tal como lo pidieron nuestros obispos reunidos en Medellín.

Decía el padre Héctor Botán a una cámara de televisión grande y ruidosa. Había muchos policías, pero los miraban desde lejos. Empezaron a juntarse

docenas de curiosos. La situación no era habitual, en un país con una censura estricta. El cura Botán seguía con sus declaraciones:

—... Hemos resuelto que el 24 a la noche no celebraremos la eucaristía, sin menoscabo del valor sacramental de la misa. Esta excepción será nuestra protesta ante la injusticia institucionalizada. Queremos hacer reflexionar a todos los cristianos sobre el compromiso que significa el sacrificio eucarístico.

A la tarde, los curas volvieron a la Plaza de Mayo. Esta vez se dividieron en grupos de dos o tres que se acercaban a las paradas de colectivos, a las bocas de subte y, solemnemente, entregaban unos volantes titulados «¿Feliz Navidad para quién?». Los curas cumplían su plan de acción.

El lunes 23, a las ocho de la mañana, muchos de ellos, con la participación de algunos laicos, empezaron un ayuno que duró hasta el martes 24 a las ocho y media de la noche. El día de Navidad, tras recuperar fuerzas, los curas tercermundistas empezaron a intercambiar y centralizar la información. De cada zona llegaba un informe que detallaba la realización de ayunos y la lectura del «Compromiso de Navidad» en las misas. Ricciardelli habló con Ramondetti y quedaron que el secretariado nacional escribiera un documento.

—Creo que tenemos que aprovechar este envión y mostrar que se está gestando una iglesia nueva, comprometida con los pobres.

—¿Te parece que será verdad? ¿Que no será otra vez un espejismo?

—¿Por qué, Miguel, por qué lo decís?

—No sé, a veces me parece que la iglesia es capaz de sobreponerse a cualquier cosa para seguir siendo lo que es, ¿no?

Enero de 1969. El verano del 69 fue la explosión Favio. Leonardo Favio acababa de cumplir treinta y un años y había empezado mal: «Fui un raterito que huía de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad. Conocí el hambre sin romanticismos literarios y, cuando fue necesario, robé para comer». A los diecisiete se quedó en Buenos Aires y empezó a conseguir bolos en radio y televisión, hasta que Leopoldo Torre Nilsson se lo encontró y lo convirtió en su actor-fetiché. A principios de los sesenta, Favio actuó en varias de sus mejores películas —*Fin de fiesta*, *La mano en la trampa*, *La terraza*—; mientras tanto, filmó algunos cortos y, en 1964, su primer largometraje, *Crónica de un niño solo*, recibió el premio del Gran Jurado en el festival de Mar del Plata de 1965 y el reconocimiento entusiasta de la crítica. Después, en 1967, estrenó *Éste es el romance del Aniceto y la Francisca, de cómo quedó trunco y comenzó la tristeza, y unas pocas cosas más...* *Primera Plana*

dijo que era una obra maestra, «el mejor film de la historia del cine argentino».

En aquel festival de 1965, la presencia de Palito Ortega provocó discusiones, y ciertos intelectuales la repudiaron. Favio, entonces, lo defendió, «porque su fenómeno popular me subyuga». Después confesó que él también preparaba canciones y algún día las grabaría. Se las propuso a un par de compañías: pasaron más de tres años hasta que la CBS le produjo su primer long-play, que salió en septiembre de 1968: en cuatro meses, el simple de *Fuiste mía un verano* había vendido medio millón de copias y la voz ronca del actor-director sonaba en todas partes.

Muchos decían que Favio, en realidad, no cantaba, y él no estaba del todo en desacuerdo: «No me engaño, no soy específicamente un cantor. Prefiero ser intérprete de la canción, un cantor cuestionable que logra comunicarse, antes que un vocalista pulido y frío, sin transmisión». Ese verano, Favio daba recital tras recital con un cachet inverosímil de 350.000 pesos —mil dólares— cada uno. «¡Qué paradoja, con tres presentaciones puedo ganar en un fin de semana lo que nunca gané como director de cine!», dijo en esos días.

«Desde pibe me deslumbró la comunicación que la canción permite. Me gusta especialmente la balada: un mensaje popular que viene de lejos, cada uno le da forma y lo devuelve al pueblo de donde salió. Mis temas son nacionales por la letra, que capta una modalidad argentina, sentimental, yo diría casi tanguística. No pretenden la protesta, no quieren la trascendencia. Son poesía a nivel popular, sin trampa ni demagogia, el diálogo con la juventud en palabras que se entienden hasta sin cantarse».

En ese primer long-play había otros éxitos: *O quizás simplemente le regale una rosa*, *Ella ya me olvidó*, y un tema de Luis Alberto Spinetta y Edelmiro Molinari: *Para saber cómo es la soledad*. El boom Favio cantor se acabó tan rápido como había empezado: sus discos posteriores nunca volvieron a tener la repercusión de ese primero.

—Pero no se puede comparar lo nuestro con el tipo de lucha de los vietcongs, con esa situación de guerra total contra las armas más genocidas del imperialismo. Por más que se coincida con Giap, con el tío Ho, son dos culturas de dos planetas distintos. ¿Cómo pensar, desde aquella experiencia, a nuestro intelectual, a nuestro artista en una sociedad básicamente metropolitana como la argentina, manejada por los medios de masas, que vive la tradición de los vanguardismos culturales? ¿Qué tiene que ver esto con la

trama ideológica de una sociedad asiática campesina, hija de una cultura milenaria, oriental?

—El pensamiento revolucionario es el que precisamente encuentra las correspondencias invisibles donde la cultura del capitalismo imperialista arrasa y aniquila. En la oriental y campesina China, Mao piensa el arte como una de las condiciones indispensables de la victoria revolucionaria, y al artista educándose con las masas. Piensa que el frente de la cultura lucha desde lo que une, mientras debate desde la crítica las diferencias ideológicas.

—No es así ni tan simple. ¿O se olvidan de cuando Mao habla leninistamente del artista y del intelectual como parte del engranaje de la maquinaria total? Eso dice el viejo. El escritor como escriba de un aparato. ¿No te acordás?

—No te equivoques, son posturas de Mao en plena guerra contra Japón. Ubiquemos las urgencias y la etapa. Pero aún así, ¿qué diferencia hay entre su idea de un frente del arte y la cultura y lo que nosotros llevamos adelante aquí? Ninguna. Él habla del artista subordinado, pero a las masas. Del intelectual subordinado, pero al sentido del proceso histórico. Nunca al partido. No pongas esa cara, está claro que Mao plantea una cultura estética políticamente tolerante, que acepta todas las concepciones.

—Es cierto, dice que las obras y los artistas reaccionarios pueden ser buenos, y que no hay buen arte progresista si es de mala calidad.

Daniel Hopen paró porque no conseguía prender el cigarrillo. No había caso: el viento del mar estaba insoportable. Nicolás Casullo aprovechó para retomar:

—No creo que eso sea lo esencial de un pensamiento de Mao, sino su fondo claramente stalinista. ¿O acaso no acusa a nuestro bienamado Trotsky de defender esquizofrénicamente una política marxista y un arte burgués decadente? Cuando la teoría marxista empieza con el arte decadente mejor cerrá el libro y apagá la luz.

—No, pará, lo que yo estaba diciendo era que...

Daniel ya había prendido el cigarrillo y siguió con su speech. Mónica se puso una remera, porque hacía casi frío. Nicolás pegó un manotazo y derrumbó el castillito de arena que había estado construyendo. El tiempo empezaba a arruinarse, pero igual la playa de Villa Gessell estaba llena de gente que trataba de aprovechar cada minuto de sol. Mónica, Nicolás, Daniel y otros tres o cuatro estaban sentados o recostados sobre toallas, absolutamente playeros. Era enero y, cada mañana, los veraneantes del FATRAC se reunían a eso de las once en la playa para discutir algún tema.

Era una de las formas más seguras, menos vigiladas, de debatir durante varios días y a fondo política y cultura, con algunos cuadros intelectuales del partido y el frente. Las reuniones solían durar tres o cuatro horas y se levantaban por hambre. Entonces Nicolás y Mónica, su nueva pareja, se volvían al hotelito donde estaban parando, a comer algo y dormirse una siesta. Mónica era una de las dos asesoras de la editorial Losada y tenía un padre rico que miraba a Nicolás con ojos de extremo recelo.

—... fuiste mía un verano, solamente un verano...

En esos días, la calle 3 era una especie de polvareda del far west con veredas de madera y algunos negocios a uno y otro lado. En los altoparlantes se escuchaba a Leonardo Favio todo el tiempo. A la tardecita, después de otro rato de playa donde solía mezclarse en algún picado, Nicolás se iba con Mónica a tomar algo a la Jirafa Roja o a comer unos churros. En la 3 se cruzaban todos, y casi todos parecían del mismo mundo: pelos largos, bluyines recortados, miradas cómplices y la clara sensación de que podían entenderse y que, al menos, el enemigo era uno solo. A la noche, después de comer una sopa de cebolla y terminar con panqueques especiales de otro boliche, se iban a bailar o a algún café donde cantara alguien. Todo era más o menos barato, y Nicolás podía pagárselo: poco después de su llegada de París había ido a ver a Claudio Escribano, secretario de redacción de La Nación y conocido de un tío suyo, que lo había tomado para trabajar en actualidad nacional.

La vida se le había armado bien. Nicolás estaba entusiasmado con el FATRAC y con las actividades en la CGTA, en el sindicato gráfico: ahí se juntaba gente de origen muy distinto, cristianos, nacionalistas, marxistas, peronistas, bajo el paraguas de Raimundo Ongaro, un personaje atractivo con extraños ribetes proféticos que, entre otras cosas, gozaba de la aureola que le daba su origen obrero: la CGTA no era una reunión de intelectuales bienintencionados sino una asociación de trabajadores, y ahí aparecía, por supuesto, como tema fuerte, la cuestión del peronismo. Para muchos de los asistentes, la presencia imaginaria de Perón era un hueso duro de tragar. Otros, en cambio, empezaban a encontrarle cierta consistencia a la idea de que, por medio del peronismo, se relacionaban con esas masas que siempre habían quedado tan lejanas. Se trataba de transformar una conciencia peronista en socialista: la gente que había venido participando en la resistencia desde el movimiento popular era la más convencida de esa posible mutación. También en esos días Nicolás empezó, con algunos amigos, periodistas y escritores, un grupo de estudio semanal sobre teoría marxista

con León Rozitchner. Y, junto con Mónica y otros amigos, estudiaba y discutía sobre la historia cultural, el papel del arte y las formas de la producción intelectual.

En el FATRAC, que estaba terminando de formarse, la actividad era distinta: cada militante trataba de armar grupos en su sector. Al principio eran una docena: había psicoanalistas, arquitectos, gente de la danza, de la música, del teatro, y cada cual intervenía en los espacios de su profesión para generar discusiones y, eventualmente, captar gente. Armaban cursos sobre la historia de la revolución, el pensamiento leninista, el debate de Trotsky contra el stalinismo, la problemática del arte en la revolución. O hacían lo que ellos llamaban «operativos comando» en el campo de la cultura: irrumpían en actos culturales para leer manifiestos y llamar a los presentes a una militancia orgánica interrumpían funciones de teatro con representaciones improvisadas y teatralizadas en la platea, se paraban en cualquier esquina para representar, denunciar, leer proclamas, colgar pasacalles reivindicando el arte y la acción revolucionaria y desaparecer rápidamente. Trataban de hacer que el artista o el intelectual pusieran el cuerpo, perdieran el miedo.

O también armaban, por ejemplo, una mesa redonda para discutir sobre las políticas de las instituciones extranjeras y nacionales que daban becas para la actividad cultural y, al final, siempre había alguien que decía qué interesante la discusión, me parece muy bien que hayan organizado esto.

—Bueno, fijate que nosotros estamos en un frente que precisamente denunciarnos esto y otras cosas que tienen que ver con la infiltración del imperialismo en nuestra cultura...

—Sí, qué importante. Cada vez se hace más necesario que realmente elaboremos, analicemos, reflexionemos, constituyamos una idea de conocimiento en América latina.

—Mirá, precisamente nosotros tenemos una reunión el sábado a la mañana. Si te interesa venir, con mucho gusto...

Otras veces, los enganches eran más azarosos:

—Yo hace tiempo que siento que debo comprometerme políticamente, Nicolás...

Le decía Natalia, una bailarina del grupo de Ana Kamien recién salida de su ensayo y de la ducha, con el pelo mojado todavía y los ojos verdes como faros, en el bar donde se encontraron por casualidad mientras Nicolás esperaba a otra persona.

—... aunque te confieso que así como rechazo el arte despolitizado, no me interesa una política revolucionaria que desprecie al arte como deleite

pequeño-burgués.

—En el ámbito de compañeros del que te hablaba estábamos debatiendo precisamente eso. Ahora analizamos a Lucien Goldman y su propuesta antiburocrática para la rebelión intelectual. Goldman reivindica desde el materialismo dialéctico al artista francotirador independiente, contra el tradicional escritor fiel al aparato del partido. Y frente a este tiempo de decadencia capitalista, llama a una nueva herejía intelectual, a una nueva imaginación estética revolucionaria.

Le contestó, a duras penas, Nicolás, con la mirada estampada en la blusita blanca de la bailarina. Había matices. Después, las reuniones podían hacerse en alguna sala de teatro prestada, simulando un ensayo, en una pieza del sindicato de Farmacia o en la casa medio bacana y poco sospechada de un simpatizante, y ahí se hablaba con mayor franqueza. Si el recién llegado se entusiasmaba, era probable que poco después le armaran un encuentro con un cuadro del partido. Nicolás veía que mucha gente estaba interesada, receptiva. Como nunca antes, tenía la sensación de que realmente era posible cambiar el mundo, y que la política era la forma en que ese cambio llegaría, pero no le parecía que tuviera que abandonar su trabajo literario: había decidido que por fin, después de haber escrito una serie de cuentos, era tiempo para la novela. Donde contaría, más que nada, la vida y los cuestionamientos de una serie de jóvenes parecidos a él, tironeados entre la Argentina y Europa, los amores y el odio, el arte y la revolución.

Febrero de 1969. Peñarol perdía uno a cero y, sin embargo, las tribunas del estadio Centenario, entusiasmadas, coreaban el nombre de su centrojás, Omar Caetano. «Caetano tupamaro», cantaba la popular. Minutos antes, el cinco de Peñarol había atontado de un pelotazo al árbitro del partido, el comisario Alejandro Otero, jefe de los servicios de inteligencia de la policía uruguaya y principal cazador de Tupamaros.

Tras varios años de preparación, las primeras acciones del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros habían empezado menos de un año antes. Y, ese verano, dieron tres golpes que terminaron de ganarles el aprecio, la admiración o el odio de sus compatriotas. Empezaron con el asalto a un juzgado, donde recuperaron las armas que la policía había logrado incautarles a lo largo de meses y meses de trabajo. Poco después, un comando se metió en las oficinas de la financiera Monty, una dependencia del Banco de Crédito. Se llevaron algún dinero, pero lo importante fueron seis libros de contabilidad secreta, llenos de datos comprometedores. Los directivos de la financiera no

denunciaron el robo: fueron los propios Tupamaros los que lo dieron a publicidad y, al mismo tiempo, mostraron documentos que implicaban en negocios fraudulentos a varios miembros del gobierno y las altas finanzas del Uruguay. Hubo renunciadas y detenciones en los círculos del poder.

En febrero, un grupo de siete tupamaros —«los siete hombres de oro», los llamó la prensa— asaltó en diez minutos, con absoluta limpieza, el casino de San Rafael, en Punta del Este. Se llevaron 220.000 dólares y, dos días después, devolvieron la parte de ese dinero que correspondía a las propinas de los trabajadores del casino porque —decía su comunicado— «hay que hacer una distinción clara entre la propiedad burguesa y la propiedad de los trabajadores».

Sus acciones estaban planificadas con elegancia, solían evitar derramamientos de sangre y, además, siempre mostraban algún toque de humor e ironía. Para buena parte de la población, los Tupamaros eran entonces una especie de Robin Hoods en versión Errol Flynn-Che Guevara. Y la policía del comisario Otero estaba despistada. En un comunicado de la época, pedía a la población que estuviera alerta porque «un tupamaro puede ser desde nuestro propio hijo hasta el más encumbrado ciudadano».

Daniel Egea tenía dos compañeros en el frigorífico que estaban de acuerdo con la idea de formar un nuevo partido: Cuqui Carsoglio y Cacho Herrera habían tenido las primeras charlas con él, y después conocieron a los hermanos Ríos. Los habían metido en un grupo de estudios, pero sobre todo estaban activando en la lucha gremial y ya habían conseguido un par de reivindicaciones. Como la empresa tenía cada vez más demanda de productos congelados, entre Embarque de Carnes y Cámaras Frías había unos mil doscientos obreros. Empezaron exigiendo que les dieran ropa adecuada para el frío y mejor atención médica; después impusieron que los obreros de Cámaras Frías trabajaran de a dos para que no estuvieran solos si los veinticinco grados bajo cero les causaban algún problema físico. El Cuqui era hijo de italianos y en su casa del barrio obrero de Berisso había mamado sindicalismo desde chico:

—Ahora ya les pusimos la tapa con los niveles de producción, conseguimos lo del trabajo en yunta y además tienen que venir todos los días como corderitos a mostrarnos los programas de trabajo. La próxima les vamos a sacar a los tomatiempos.

Los tomatiempos eran empleados administrativos encargados de medir la producción de cada operario, de cada sección. Daniel Egea era uno de los

delegados que más sacaban la cabeza de la sección y su turno era muy combativo. Esos días iban y venían al sindicato; se reunieron varias veces con Tito Guana, el secretario general de la seccional Berisso. El problema se había agravado porque un grupo de obreros estaba manipulando medias reses y una que se soltó del riel hirió a uno de ellos. Como el accidente fue sobre el final de la jornada, se desencadenó una presión para que se redujera la jornada de ocho a seis horas en las secciones de frío. Los obreros amenazaron con parar, los delegados se movieron y la empresa aceptó negociar las seis horas con el sindicato: fue un triunfo.

Esa noche, Cuqui y Daniel empezaron a hablar con sus compañeros en la cola, cuando marcaban tarjetas, en el vestuario y en los descansos. Mientras hacían la tradicional pica entre pinchas y triperos, Egea les insistía:

—Ya hablamos con Tito Guana: ahora los de la empresa se están haciendo los guachitos. Amenazan con pagar sólo seis horas, pero tienen que pagar el jornal completo. No hay que aflojar, a las seis horas nos vamos.

Durante tres o cuatro días, la salida del turno fue un momento tenso. Al cabo de una semana, la empresa aceptó cumplir con el acuerdo y los demás activistas de la fábrica empezaron a llamar a las cámaras frías la zona liberada. Cada hora, los obreros salían de las cámaras para tomar café o mate cocido y brindaban como si fuera sidra; a los diez minutos se volvían a meter en los trajes térmicos y seguían armando los cortes congelados. A los pocos días, Cacho Herrera lo buscó a Daniel, indignado:

—Los capangas hablaron con los polacos para que trabajen ocho horas, diez horas... Si no los paramos, estos turros nos dan vuelta las conquistas.

En el frigorífico había muchos hijos de inmigrantes polacos que se instalaron en Berisso después de la primera guerra. Gente sufrida, muy trabajadora y ligeramente desdeñosa, que no solía mezclarse con los criollos y daba poca bola. Los polacos que trabajaban en cámaras frías eran como una docena y tenían más de quince años de fábrica; en vez de mate cocido, tomaban alcohol puro y seguían trabajando a destajo. Cuando algún polaco tenía problemas con los criollos, lo llamaban a Nikita, un colorado imponente que usaba guantes especiales y se había hecho fama de que no tenía las manos de adorno. Daniel y Cacho lo fueron a buscar:

—Mire, compañero, nosotros hemos ganado las seis horas y la empresa tiene la obligación de respetar nuestras conquistas, así que no hay motivo para trabajar de más.

Nikita lo miró de arriba a abajo, inexpresivo.

—Yo trabajo en el Swift hace muchos años, usted no tiene por qué decirme lo que tengo que hacer.

Egea se dio media vuelta y se fue. Cuando se lo contó a los demás, los muchachos querían comer polaco en guiso. Daniel trató de calmar los ánimos:

—No, a la gente más atrasada hay que explicarle.

—¿Qué les querés explicar, viejo? Son unos olfas de mierda, están carnereando. Siempre fueron así.

Resolvieron juntar un grupo de diez o quince y meterse de prepo en las cámaras a encarar a los polacos.

—Dale, abrí la puerta.

Una apretada adentro del frigorífico podía ser motivo de sanciones graves, así que todo tenía que ser rápido:

—Compañeros, me parece que ya hablamos bastante. Acá ustedes van a aprender a respetar las conquistas... ¡por las buenas o por las malas!

Daniel se dio cuenta que sus gritos retumbaban lo suficiente en la cámara fría. Cada palabra era una nube de humo que le estallaba en la nariz. Pero los polacos no se dejaban impresionar tan fácil. Sin decir una palabra, uno de ellos agarró una soga y empezó a revolearla como una boleadora; uno de los delegados manoteó un palo con un gancho en la punta; enseguida Nikita entró en acción. Volaron un par de piñas y empujones. Nikita se cayó al piso, resbaloso de hielo. Daniel agarró una estiba y se la tiró encima. La estiba era un corte congelado de unos cincuenta kilos, suficiente para inmovilizarlo. La pelea se paró y Daniel aprovechó el silencio:

—La próxima vez que trabajen doce horas, la van a pasar mucho peor.

Al otro día, los polacos cumplieron sus seis horas. A la salida del turno, varios de los que los habían apretado el día anterior los fueron a buscar, y se fueron todos juntos al comedor. Daniel se paró al lado de Nikita y le pidió disculpas en voz alta. Su metro ochenta no brillaba al lado del jefe de los polacos, pero era el momento de la hermandad:

—Yo también tengo sangre polaca: mi mamá nació en Varsovia, muchachos. Lo que pasa es que mi viejo era vasco, y los vascos son muy cabeza dura.

Sus compañeros se rieron, y Nikita le sonreía como si le fuera a partir el cráneo de un mazazo.

—¿Y por qué no nos dejan bañarnos?

—¿Cómo, no se están bañando?

—No. Hace más de un mes que estamos acá y todavía no pudimos ni darnos una ducha.

A fines de 1968, Cacho El Kadri y sus diez compañeros varones detenidos en Taco Ralo, a los que se había sumado el Abuelo Stirnemann, de Río Gallegos, estaban sólidamente instalados en celdas individuales de la Unidad 9 de La Plata. Amanda Peralta, la única mujer, estaba en la cárcel del Buen Pastor, en San Telmo.

Al principio, llegar a la cárcel les resultó un alivio: ya estaban en una institución legal, con cierto control, donde no podían torturarlos o matarlos. Pero las condiciones eran duras. Se pasaban las veinticuatro horas del día solos, encerrados en su celda. Tenían que levantarse a las seis de la mañana, hacer la cama y olvidarla: no podían acostarse hasta la noche y, mientras tanto, tenían un banquito, una mesada de mármol, una canilla, un lavabo y un inodoro que sólo podía vaciar el celador, cuando quería. No recibían ninguna información de afuera; no podían leer ni ver a los demás presos. Para comunicarse entre ellos usaban el código Morse: golpecitos en la pared iban formando letras y palabras y los partidos de ajedrez eran encarnizados. Los presos sólo habían tenido suerte con los uniformes: el que los repartía era un viejo militante de la resistencia peronista, que había caído por un delito común. Como los conocía, las chaquetas y pantalones grises que les había dado eran más o menos de su talla.

Muchas tardes, Cacho pensaba si había valido la pena llegar a esa situación: a veces se decía que sí, otras prefería dejar de pensarlo. Si al menos pudiera saber qué se decía de ellos allá afuera: si su esfuerzo había servido para algo.

Ya había pasado un mes cuando les permitieron las primeras visitas: en el locutorio, el preso estaba de un lado, detrás de una reja; después había un pasillo y, del otro lado, detrás de otra reja, su visita. No podían hablarse, y se quedaban mirándose en silencio. Cacho veía rodar las lágrimas de su madre se preguntaba si tenía derecho. Su padre, en cambio, no solía ir: no soportaba ver a Cacho en esa situación. Los presos sólo hablaban con los abogados que venían a verlos y, so pretexto de cuestiones judiciales, les traían mensajes y les contaban qué estaba pasando en el mundo real. Además de sus defensores, solían aparecer otros abogados: Leguizamón Pérez, Álvarez Echagüe, Vicente Zito Lema, Gladys Roussel. Por ellos, Cacho se enteró de que, cuando cayó Taco Ralo, sus compañeros de Buenos Aires habían dejado todas las casas como precaución, y que, en la desesperación, habían abandonado una matriz

para fabricar armas, que militantes rosarinos habían robado muchos años antes en la Fábrica Militar Fray Luis Beltrán.

—Pucha, ¿por qué tanto apuro? Creían que los íbamos a cantar, carajo...

Los militantes tenían una norma que establecía que, si alguien caía, tenía que resistir veinticuatro horas sin cantar para dar tiempo a los demás de ponerse a cubierto. Los guerrilleros de Taco Ralo no habían dicho nada, aunque tenían mucha información, y Cacho al principio estaba dolido porque los de afuera nunca vinieron a decirles che, qué bien que no cantaron. Después se enteró de que lo comentaban con orgullo, y se quedó más tranquilo. Los dos primeros meses, los presos no habían podido bañarse, y por eso Cacho quería saber por qué.

—No, no hay ninguna razón. Lo que pasa es que solamente hay agua fría.

Di Maio era un oficial del Servicio Penitenciario: un especialista. Solía decir que era monárquico, que la política le importaba un carajo, que con radicales o peronistas o militares siempre iba a haber cárceles. Y que él tenía una misión que cumplir y la cumplía científicamente. Para eso estudiaba a sus cobayos y les iba graduando los beneficios y las penas, a ver cómo reaccionaban. A Cacho le parecía que estaba loco, y le daba un poco de miedo.

—Bueno, entonces nos bañamos con agua fría.

—Voy a estudiarlo.

Los celadores iban abriendo las celdas y cada preso salía desnudo, con una toalla atada a la cintura. El baño era una habitación de seis por seis con cañitos que salían del techo: había agua caliente, y la pieza se llenaba de vapor. Se bañaban de a diez, dos por ducha: mientras uno se enjabonaba, el otro se mojaba o se enjuagaba. Ahí, en medio de los vahos, los presos de Taco Ralo volvieron a verse y pudieron hablar un poco. Ahí fue donde empezaron a discutir, de a poco, en cortos cuchicheos, cómo podrían hacer para fugarse.

Lo primero era conocer el lugar lo mejor posible. Decidieron que cada vez que los llevaran a alguna parte tenían que contar la cantidad de pasos y memorizar todos los detalles posibles. Les habían dicho que en tres o cuatro meses los dejarían salir al patio para un breve recreo: tendrían que esperar, seguramente, ese momento.

El primer plan era bastante complicado: un grupo de compañeros llegaría con los abogados. El abogado que entrase al locutorio a verlos les pasaría un par de armas y, mientras los compañeros tomaban la parte de adelante del penal, ellos, con esas armas, reducirían a los guardias y saldrían a encontrarse con los de adelante. Los abogados eran militantes o simpatizantes de las FAP:

el más comprometido era Miguel Zavala Rodríguez, el Colorado, un marplatense entusiasta.

La idea estaba llena de dificultades. A mediados de febrero de 1969, los abogados les consiguieron un rato de recreo. Salían a un patio de quince metros de largo donde daban vueltas y vueltas y trataban de atrapar los rayitos de sol. Los demás presos tenían seis horas diarias de recreo: a ellos les permitían una. Siempre había alguien que preguntaba cuánto tiempo iban a estar adentro.

—Como mínimo diez años, así que preparémonos.

Solía contestar Cacho El Kadri. Un día, después de mucho pedir e insistir, Di Maio les comunicó que los autorizaba a jugar al fútbol:

—Está bien, les vamos a permitir un partido una vez por semana. Pero tienen que traerse la pelota, las zapatillas...

En la siguiente visita llegaron los implementos. Los abogados se habían encargado de comprar zapatillas para todos, pero las autoridades no las dejaron pasar: eran unas Flechas blancas con una rayita roja alrededor, y decían que era propaganda comunista.

—Pero señor, somos grandes, ¡por favor! Son zapatillas...

—No, no es casual que a ustedes les manden zapatillas con la raya roja.

Finalmente los carceleros aceptaron y, ese miércoles, les dieron recreo en un patio más grande, donde podrían armar un picado. Los presos de Taco Ralo tenían disciplina y hacían gimnasia en sus celdas todos los días, para mantener el estado físico, pero a los cinco minutos de partido estaban revolcándose por el suelo. El espectáculo era dantesco: varios de ellos vomitaban en los rincones; los carceleros los verdugueaban:

—¿Y? ¿No querían jugar al fútbol? ¿Y ahora qué les pasa?

Con las salidas al patio el plan de fuga cambió. Ahora hablaban de un helicóptero que bajaría durante el recreo y, aprovechando la sorpresa, cargaría a todo el mundo y se los llevaría volando. Como eran muchos, el helicóptero tendría que tener una especie de bañera colgante para llevarlos, y la bañera tendría que estar blindada a prueba de balas. Parecía delirante, pero ya había un par de militantes de la organización estudiando el aeropuerto de Don Torcuato para ver cómo se podía robar un helicóptero, quién podría manejarlo, cuánta carga soportaría. Hasta abril, cuando se enteraron de que Miguel Zavala Rodríguez, Ramón Torres Molina y Carlos Caride estaban presos. La noticia fue muy dura.

Caride estaba clandestino desde la caída de Taco Ralo; en enero, había participado en Córdoba de un plenario de los grupos que se empezaron a

llamar la Tendencia Revolucionaria del peronismo. El mayor Alberte, ex delegado de Perón, Raimundo Ongaro, Jorge Di Pascuale, Juan García Elorrio, Armando Jaime, Gustavo Rearte y todos los demás coincidieron en bautizar al encuentro «Taco Ralo». Gustavo Rearte decía que había que organizarse para encarar la lucha armada y Caride le contestó que se dejaran de joder y que la única forma de encarar la lucha armada era haciéndola. Más allá de las diferencias, todos estuvieron de acuerdo en expulsar a Alberto Brito Lima, del Comando de Organización: lo acusaban de botón.

El martes 9 de abril, la policía detuvo por un delito común a Carlos María Aponte, un viejo militante peronista muy amigo de Caride: era uno de los pocos que sabían dónde vivía. A Caride nunca le quedaron dudas de que Aponte lo cantó. Al día siguiente, al caer la tarde, un grupo de policías entró tirando en el departamento de Paraguay y Ecuador donde también estaba su compañera, Aída Filippini, y Miguel Zavala Rodríguez. Caride recibió una herida leve en la espalda antes de herir a un oficial. Entonces, a los gritos, propuso un alto el fuego para que los policías pudieran llevarse a su compañero para tratar de curarlo. El oficial, Jorge Mattos, ya estaba muerto.

Después de un par de horas, la policía pudo entrar en el departamento. A los golpes, se llevaron a los tres a la comisaría 19: a Caride, que perdía mucha sangre, lo dejaron tirado en un rincón, creyendo que agonizaba. Cuando descubrieron que la herida no era tan grave, lo metieron en un coche y se lo llevaron al Departamento de Policía.

Lo picanearon hasta que tuvo un paro cardíaco. Parece que tenían orden de matarlo y después tirarlo por la ventana del quinto piso: en esos días, muchos presos eran suicidados de esa manera. Pero Caride se inventó a tiempo un complot para un golpe de Estado con la participación de un par de generales, y el director de Coordinación Federal, coronel Jorge Dotti, se interesó por el asunto y decidió seguir interrogándolo. Así pasaron tres días: lo picaneaban, no lo dejaban dormir ni comer y, a cada rato, aparecía algún compañero de Mattos que le pegaba un poco más, en honor del finado. Cuando Carlos Caride, más que sediento, pedía agua, le abrían la boca y le escupían adentro.

En el departamento de la calle Paraguay, la policía encontró papeles con el primer plan de fuga. Ese viernes, a media mañana, dos oficiales de Coordinación esperaban a Cacho en una oficina de la cárcel:

—¿Sabés qué, turríto? De ésta no se van a salvar. Acá los vamos a matar a todos.

—No, mire, señor, nosotros...

—El hijo de puta de tu amigo anda matando canas, y eso no se perdona, sabés. Y encima ustedes preparando un plan de fuga. Pero qué, ¿nos tomaron por boludos?

—No, señor, cómo van a creer eso.

Cacho no entendía bien de qué le hablaban y trataba de aplacarlos. Al cabo de un rato a los tipos se les había pasado la bronca y sólo les quedaba una determinación sorda, muy profesional:

—No te hagás el gil. Lo tenemos a Caride y sabemos todo, tenemos todos los detalles. Pero les prevenimos que no va a quedar ninguno vivo. A lo sumo se podrán ir dos o tres, pero el resto no queda ni uno. Ustedes elijan. ¿Quieren escaparse? El precio es que no queda ni uno vivo.

La fuga estaba arruinada, así que Cacho decidió darse un gusto:

—Si ustedes nos tocan a uno solo de nosotros, después nuestros compañeros nos van a vengar hasta el último.

Los dos oficiales se rieron un rato, y le dijeron que no le bajaban todos los dientes porque justo era semana santa.

Abril de 1969. A fines de marzo, un periodista de la revista *Panorama* entrevistó a Juan Domingo Perón en su casa de Puerta de Hierro. Sus cinco páginas de declaraciones estaban dirigidas sobre todo al gobierno de Onganía, y eran una síntesis de su juego habitual de amenazas («la prolongación indefinida de una política que no acata la voluntad popular ni cumple el destino nacional puede lanzarnos a unos contra otros, en una serie de hechos violentos que concluyan en el enfrentamiento generalizado, en la guerra civil») y paños tibios («la salida para la Argentina depende de una decisión que pertenece al campo de la política; hay que unificar a los sectores, por encima de las ideologías»). Pero lo más interesante es el perfil que el cronista, Marcos Merchensky, hace del general exiliado:

«—El Perón que vio el representante de *Panorama* lleva con gallardía sus 75 años. Bajo la lluvia persistente y fría del marzo madrileño, lo acompañó a través del jardín y esperó que el auto partiera, saludando cordialmente la mano en alto hasta que se perdió de vista. Para hacerlo, debió vencer la resistencia de la visita y los consejos de Isabelita.

»—Mentalmente se muestra lúcido, hasta el extremo de que en sus respuestas recoge la idea expresada y lo que quedó en el tintero. Repite anécdotas y aún reflexiones, pero ésta fue su característica de siempre. Sus partidarios —y sus apresurados sucesores— pueden estar tranquilos: “Hay Perón para rato”.

»—El jefe justicialista escucha, discute con suavidad, casi induciendo al interlocutor a aceptar un nuevo punto de vista, y acepta los de la contraparte. Luce una quizás elaborada humildad, que es —como se sabe— la forma más exquisita de la soberbia. Seguramente añora el poder, pero no lo deja traslucir. Si se cree a sus dichos, nada ambiciona, ni nada podría ambicionar. ¿Un lugar en la historia? Juzga que ya lo ha ganado y no se piensa un Rosas condenado a perpetuo exilio, aún después de muerto. Sin embargo insinúa añoranzas, hasta en su modo de hablar, cabalmente porteño, actualizado, aunque con algunos —pocos— residuos madrileños. Como cuando dice “queda pal gato” refiriéndose a quien deja pasar su oportunidad.

»—Otra exteriorización de su soberbia es su alarde de conocimiento de cuanto ocurre en el país. Es evidente que exagera, pero lo hace con habilidad. Recoge el hilo de la información que le proporciona el interlocutor y lo enriquece con datos e insinuaciones. Todos los que conspiran lo informan. Pero estos datos secretos no son para revelarlos. Muchos de los que investigan a los que conspiran también lo informan. “La SIDE —puntualiza— está llena de peronistas”. De alguna manera, es como el Dios de San Agustín. No se mueve una hoja del árbol sin que Él lo sepa. Falta averiguar hasta qué punto esta pretensión es fruto de la vanidad o un recurso político, de brujería y misterio, que está en la esencia del líder carismático. Él quiere serlo, pero también proyecta una imagen de infatigable estudioso. Cuenta que durante largos años, siendo profesor de Estrategia asistía a cursos de Economía que dictaba Roque Gondra. Y explica: “A la hora de gobernar tuve que olvidarme de todo, para ajustarme a la realidad”. De paso lapida a sus colaboradores: “En realidad, fui mi propio ministro de Economía”. (...)

»—No es un intelectual. Sus soluciones —buenas o malas, realizables o no— se miden y confrontan con la realidad. A lo largo de la conversación, en forma repetida, deja la especulación política o ideológica para descender al terreno de los hechos. Es un político práctico que puede decir hoy, sin rubor: “Si la Iglesia te enfrenta, es mejor dar un rodeo que atacarla”.

»—Perón se cultiva como hombre bueno y gentil, pero cuando aparece Isabelita hay una ternura especial en su gesto. Se inclina ante ella, la rodea con sus brazos y se interesa, casi como si se tratara de una niña: “¿Ha descansado bien, m’hijita?”. Por su parte, la mujer de Perón parece haber dejado de lado su activa intervención política, como si regresara de una excursión no muy agradable. Es posible que “el general” vuelva a comisionarla para alguna tarea, pero por ahora cumple el papel de compañera del jefe. Llama la atención su frágil figura, la simpatía que trasmite y este

silencio político tras una vertiginosa incursión por un campo que suele devorar a quienes se le acercan.

»—Admira a los líderes nacionales, a los empecinados hacedores de naciones, cualquiera sea su signo político. Se considera creador de la concepción de “un Tercer Mundo”. Cree haber cumplido con el país en sus 10 años de gobierno. Está satisfecho con su conducta en septiembre de 1955 y volvería a repetir la historia para “evitar la guerra civil”. Su política rechaza la violencia, pero no la amenaza de violencia. Y para que ésta tenga realidad cree que es bueno que de tanto en tanto haya un estallido (cuando lo dice, guiña el ojo en gesto cómplice, muy a la porteña)».

La noticia salió en la tapa de los diarios: ese 5 de abril, tarde a la noche, un grupo comando asaltó un puesto de Campo de Mayo. Eran seis jóvenes vestidos con uniformes militares que llegaron en un camión hasta un vivac del regimiento 1 de Infantería Motorizada, en el centro del Campo, redujeron a los soldados y se escaparon con sus armas, sin mayores problemas. Los diarios hablaban de una organización desconocida, las Fuerzas Armadas de Liberación, que había querido presentarse con esa acción. Las FAL se reivindicaban marxistas: era una división del grupo que se había separado del Partido Comunista en 1967 para formar el Partido Comunista Revolucionario (PCR). El operativo había afectado mucho a los militares: Campo de Mayo era su reducto más íntimo y había sido atacado por primera vez.

En San Rafael, Susana también se quedó muy impresionada: hasta entonces, cuando Onganía hablaba de veinte años de gobierno, parecía que tenía la fuerza necesaria para cumplirlo. Pero, de pronto, el régimen monolítico, invulnerable, empezaba a mostrar resquicios y fisuras: si un grupo de guerrilleros podía meterse en su mayor cuartel, los militares no eran invencibles. En otros países de América Latina había guerrillas que, en la línea de la revolución cubana, amenazaban a sus gobiernos; en la Argentina, en cambio, pensaba Susana, tras el fracaso de Taco Ralo, parecía que no había manera. Y el operativo de la FAL le hizo suponer que quizás no fuera así, y que se abría un camino. Susana lo discutió con Isuani y con Simón, sus amigos abogados maoístas, y con su marido. Alberto en general estaba de acuerdo, pero se limitaba a esas charlas: no participaba, aunque tampoco trababa la militancia de Susana. Era, más bien, un observador interesado y un desinteresado colaborador. Susana le agradecía que no interfiriera pero, a

veces, su pasividad la desesperaba suavemente y, por momentos, sentía que los iba alejando poco a poco.

—Chicas, pongansé medias y zapatos que vamos a salir a dar una vuelta.

En esos días, en San Rafael, el tema central era la huelga de los trabajadores del Nihuil. El Nihuil era un gran dique que se estaba construyendo, para hacer una central eléctrica, unos kilómetros más arriba, en la montaña. Los obreros habían tenido problemas con los pagos de jornales, el reconocimiento de las horas extras y los horarios reducidos por trabajo insalubre, y pararon. Eran miles; Susana era su abogada y, entre otras cosas, tenía un juicio en curso por el tema de la salud: la empresa no quería pagarle indemnizaciones a los bolivianos con tuberculosis porque decía que en Bolivia esa enfermedad era endémica. Pero no les había hecho el examen médico antes de tomarlos: Susana trataba de demostrar que no tenían ninguna prueba de que esos obreros que reclamaban su indemnización estuvieran tuberculosos antes de empezar y que, por lo tanto, debían pagarles. En eso estaban cuando estalló la huelga. Ese sábado, Susana fue con sus hijas al barrio periférico donde vivían las familias de los bolivianos, para hacerles firmar unos papeles y enterarse de cómo estaban las cosas. Las nenas tenían cinco y seis años y estaban muy impresionadas:

—Mamá, ¿por qué esos chicos no usan zapatos?

—Porque no tienen, querida. Son muy pobres y no tienen para comprarse zapatos. Por eso tratamos de ayudarlos.

El lunes le pidieron que subiera a la montaña a hablar con los obreros en conflicto. La zona estaba cercada por soldados: el gobierno había amenazado con que, si seguía el conflicto, iba a mandar más tropas para sacarlos a todos a patadas. Susana agarró su renoleta, pasó a buscar a Contreras, el secretario general de la CGT local, y se fueron para arriba. Primero los guardias de la entrada no quisieron dejarlos pasar. Hasta que vino un representante de la empresa y les dijo que sí, que pasaran, y que los gerentes tendrían mucho gusto en invitarlos a comer con ellos para charlar de la situación. La empresa, visiblemente, quería negociar.

—No, muchas gracias. Preferimos ir a las gamelas.

Dijo Susana. Las gamelas eran los galpones donde comían los obreros; más allá estaban los barracones donde vivían durante toda la semana. Había varias: la obra era enorme y se encaraba desde seis o siete puntos distintos; en cada uno había cientos de obreros. La mayoría era argentina pero también había chilenos y bolivianos; algunos chilenos eran dinamiteros expertos, muy buscados. Cuando llegaron a la primera boca, el espectáculo era

impresionante: cientos de hombres, con cascos y ropa de trabajo, parados sobre la ladera de la montaña, en medio de socavones excavados a fuerza de explosiones, que los aplaudían a los gritos. Susana y Contreras recorrieron varias bocas, hablando con los delegados: todos estaban de acuerdo en que querían seguir la huelga hasta conseguir, por lo menos, una buena parte de sus reivindicaciones. En la última los invitaron a comer. La gamela era una barraca grande con muchas mesas largas, y los obreros ya estaban sentados para el almuerzo: cuando entraron, el delegado gritó que se pararan todos:

—Mis muchachos, ¡de pie! Las tacuaras en alto, que viene esta gaucha a defendernos.

Se pararon todos. Susana se puso roja de vergüenza y miedo a decepcionarlos. La llevaron hasta una mesa donde había una gran olla con un cucharón y le pidieron que sirviera. Ellos iban recibiendo los platos, casi con unción, y Susana tenía la sensación de que les estaba dando una especie de eucaristía. Durante el almuerzo siguieron discutiendo cómo podían hacer para ganar la huelga. Cuando terminaron, los delegados la llevaron a un cuartito que había detrás, una especie de depósito para herramientas: abrieron la puerta y le mostraron a tres hombres atados, con la cara reventada de golpes:

—Éstos quisieron ir a carnerear y a batir dónde teníamos guardada la dinamita. Ahora ya vieron que con eso no se jode.

Los delegados le contaron que un poco más arriba, en un lugar secreto, tenían explosivos suficientes para volar el dique, y que estaban dispuestos a hacerlo si no se resolvía el conflicto. Susana los miró: tenían cara de estar hablando en serio. Poco después empezó la asamblea.

La asamblea estaba convocada en un gran terraplén al pie de los cerros. Había miles de personas que bajaban caminando por las laderas: era imponente. A Susana ya le temblaban las piernas cuando los delegados le pidieron que hablara. Tuvo que aceptar, pero pensó que no iba a poder articular palabra:

—Bueno, lo primero que quiero decirles es que esta huelga es de ustedes, de todos ustedes, y que yo estoy acá simplemente para ponerme a sus órdenes, para ayudarlos si puedo, en lo que pueda...

Los miles la aplaudieron con un sonido sordo. Susana siguió, sin saber muy bien qué iba diciendo. Al final, el aplauso fue todavía más fuerte. Susana se preguntó si podría estar a la altura. Al día siguiente volvió a los obrajes del Nihuil para ir, junto con los delegados y los sindicalistas, a negociar con los administradores. Que la eligieron como interlocutora, quizás creyendo que era el eslabón más débil:

—Mire, doctora, lo primero que queremos manifestarles es que esto lo vamos a negociar, lo vamos a arreglar, pero acá está el nombre de siete personas que tienen que ser despedidas, porque han sido los instigadores de esta huelga.

El gerente le pasó a Susana un papel con los nombres. Susana, mientras lo agarraba, le dijo que así no:

—Sobre esta base no vamos a ninguna parte.

Y lo fue cortando en muchos pedacitos, que fueron cayendo sobre la mesa como papel picado. Los demás se levantaron, y las negociaciones se acabaron ahí. Esa noche, cuando Susana llegó a su casa, su madre le contó que Dauvernet le había preguntado a Mariana, su hija mayor, dónde estaba su mamá, y que ella le había explicado:

—Se fue arriba, a la montaña, para que los bolivianos les puedan comprar zapatos a sus chicos y que no anden descalzos.

A los dos días, la empresa aceptó las reivindicaciones, prometió que no iba a echar a nadie y terminó la huelga. Aunque, unos días después, ya andaba negociando con los sindicalistas a ver si podía despedir a dos o tres de los más revoltosos. Y, al cabo de un par de semanas, llegó desde Buenos Aires Segundo Palma, dirigente nacional de la Construcción, para explicarles a los dirigentes locales que no tenían que contratar a Susana Sanz como abogada en sus conflictos. Traía una ficha de la SIDE donde decía que la doctora tenía antecedentes comunistas.

—Yo soy nacionalista, soy tacuara.

—¿Y entonces por qué estás contra Onganía?

Miguel Molfino creyó que con esa pregunta fulminaba a Oscar, un morocho retacón con quien cursaba cuarto año en la nocturna.

—Porque Onganía está con los yanquis, hermano, ¿te parece poco?

El colegio Juan S. Mac Lean, de Resistencia, era un rejunte de comunistas, peronistas de derecha o nacionalistas que tenían algo en común. Eran repetidores de año por materias previas o por faltas, o buscavidas y laburantes que retomaban y querían terminar el secundario de una vez por todas. Más allá de los colores políticos, todos iban a las peñas que organizaba el cura Rubén Dri junto a sus primos, Jaime y Bernardo Dri. Se juntaban los profesores con los estudiantes, guitarreaban, jugaban al truco, tarareaban chamamés o hablaban de cómo un católico podía integrarse a la revolución.

En esos días, Miguel recibió un premio literario convocado por el suplemento cultural del diario *El Territorio*: se lo había ganado con un poema

muy militante, lleno de entrañas y puños y campañas. No era nada muy importante, pero le valió una pequeña reputación local. Cada vez estaba más claro que iba a ser poeta. Al mismo tiempo empezó a sacar fotos y trató, sin éxito de crear un club de fans de los Beatles en Resistencia. Miguel sentía que su vida estaba encaminada, y hasta tenía una novia judía que lo acompañaba en casi todas sus inquietudes. Ana Roosevelt era hija de un inmigrante polaco, y su abuelo había muerto en el campo de concentración de Dachau. Miguel sentía algo especial cuando veía las películas rusas en el cine-club universitario y la tenía a Ana sentada al lado.

—No entiendo cómo este boludo de Oscar puede ser antisemita. Lo que pasa es que cuando le dije de venir al cine-club te sale con eso de que somos bichitos colorados y se caga de risa...

Después de las películas iban al comedor universitario, o se cruzaban hasta la villa Itatí si había alguna peña. En ese ambiente, Miguel se había hecho amigote del Negro Amarilla, que estudiaba Ciencias Económicas y estaba en el integralismo, una agrupación universitaria del peronismo revolucionario. Amarilla era un petiso bueno, de pocas palabras. A Miguel le parecía medio taciturno y, como contrapeso, muy observador. Hicieron pareja al truco varias veces; los sábados, el Negro empezó a ganarse un lugar en las cenas familiares de los Molfino.

—Los fideos están muy buenos, Noemí.

Decía Amarilla mientras le echaba el ojo a Marcela, la hija menor. Marcela tenía dieciséis, era menudita y fue la única de los cinco hermanos que salió morocha.

—Quedó negrita porque nació en Asunción, che porá

Decía Miguel. Marcela era buena alumna y catequista, pero no le faltaba picardía para saber que ese Negro amigo del hermano le tocaba la mano cada vez que le alcanzaba el plato de comida.

—¿Vienen mañana a la fiesta en la facultad?

Preguntó el Negro, pero Miguel no se dio cuenta de que la invitación no era para él y le cortó la intención:

—No, mañana voy a la peña Martín Fierro, que llega un grupo santiagueño a cantar chacareras.

Al día siguiente, Miguel estaba con Ana tomando unos vinos y, cuando terminó de cantar el grupo folklórico, uno de los dueños del boliche sumó a la mesa a uno de los santiagueños.

—Este tipo te va a interesar, Molfino.

—Benjamín Cruz, para servirle.

La voz entrenada en las chacareras lo hacía ganador. El santiagueño era alto, magro, con la cara aindiada y peinado con bastante gomina:

—Pero mejor llamame Benjo.

Al llegar la madrugada, tras varias vueltas de tinto, el santiagueño y el chaqueño ya habían entrado en confianza:

—Mirá, Benjo, acá hay mucha gente que está identificada con el Che, somos muchos los que queremos militar.

El cantor no anduvo con rodeos.

—La manera de seguir el ejemplo del Che es hacer la revolución.

Miguel festejó la postura y esperó a ver cómo seguía.

—Yo me voy a Bolivia. Allá se reorganizó el Ejército de Liberación Nacional que fundó el Comandante. Quedan dos de los hermanos Peredo en el monte, y además ahora tienen grupos en las ciudades. Mirá Miguel, si te animás, venite conmigo a Bolivia.

Para Molfino la invitación era casi una orden pero no pudo evitar, al escucharla, un suave escalofrío de terror. Cuando salió del impacto le contó que era el mayor de cinco hermanos y que su madre era viuda.

—Bueno, si querés quedarte acá y seguir hablando al cuete, es tu problema. Pensalo, hermano. Yo me quedo en el Chaco cuatro días más.

Al otro día, Miguel encaró a su madre y le contó todo. Antes de que terminara, Noemí ya estaba llorando. Miguel se sintió aliviado. Ahora sólo tenía que vencer la vergüenza que le daba enfrentar a ese santiagueño tan decidido y decirle que no iba a ir a combatir con el Inti Peredo. Pero al rato de hablar, lejos de censurarlo, el Benjo le disolvió la culpa con un abrazo:

—No será tu momento, Miguel, no importa.

Lo miró a los ojos y le agregó:

—Ya va a llegar. Hermano, yo sé que estamos en el mismo camino.

Cuando se fue el cantor a Miguel le quedaron sensaciones confusas. Por un lado, sentía que había traicionado la expectativa de un tipo muy jugado; por el otro, pensaba que a lo mejor el tipo le estaba haciendo una cama, que tal vez ese cantante de chacareras era medio fabulador. O que era cana, vaya a saber. El Benjo Cruz se fue con su música a otra parte, y Miguel Molfino siguió pensando que ya le llegaría su momento. Aunque le parecía que tenía que apurarse: ya estaba por cumplir los veinte años.

Abril de 1969. Un aviso de la colonia Valet de Gillette se hizo famoso en esos días. Salía en diarios, revistas, radio y televisión, y el impacto lo causó su slogan, que decía: «Esta colonia... ¡mata!». «Matar» era una manera «in»

de decir que algo era muy bueno, que la rompía, que hacía capote. Pero la frase tenía otra interpretación demasiado inmediata. En tiempos en que la teoría de la dependencia hacía furor, en que algún slogan político pedía «patria sí, colonia no», decir que «esta colonia mata» era un gran error, o una osadía.

Once

—Mirá Gringo, con la gente que tenemos acá en la CGTA no podemos hacer la unidad. Vos los conocés mejor que yo, son unos mañosos. Fijate: este Capdevilla de la construcción es un ciruja; Correa, el de la madera, no sirve ni pa' bosta; Luján, el del vidrio, es lo menos transparente que hay; Setembrino es un filtro de la burocracia...

Juan Setembrino, de Telefónicos, era el secretario general de la regional Córdoba de la CGTA y el Gringo Agustín Tosco, de Luz y Fuerza, era su adjunto. Felipe Alberti era el dirigente de Luz y Fuerza que se encargaba de las relaciones con los demás sindicatos de la CGT de los Argentinos. Tosco lo conocía lo suficiente como para saber que iba a defender las posiciones combativas a ultranza pero que, a la hora de las decisiones, aceptaría la disciplina sindical. Era el 15 de mayo de 1969 y el clima en Córdoba estaba caldeado. Al día siguiente iba a haber paro general.

—Felipe, acordate que lo fundamental es mantener la unidad.

—Pero así vamos a ir a la cola, esto se va a ir todo a la mierda. Si querés unidad andá y hacela vos...

—Lo que ellos quieren es que los mandemos a la puta que los parió y así se quedan ellos con la regional. No les podemos hacer el juego.

En el gremio, Alberti era el secretario de Turismo, y acababa de llegar de Jujuy, donde se había ido a contratar hoteles para las vacaciones de los afiliados. Cuando la situación empezó a complicarse, Tosco lo llamó urgente.

El 15, la ciudad ya estaba convulsionada: metalúrgicos y mecánicos habían cumplido una huelga y el gremio del transporte se había plegado a la medida; en realidad, los choferes ya llevaban diez días de paros, por un conflicto con los dueños de los colectivos. La huelga había sido convocada el día anterior: el 14 los mecánicos habían hecho un paro con asamblea en el Córdoba Sport Club. Dirk Kloosterman, secretario nacional del gremio, que proponía negociar, fue abucheado por sus compañeros y no pudo seguir hablando. Poco después, la policía llegó al estadio cerrado y empezó a tirar gases por las claraboyas. Cuando los mecánicos salieron tosiendo y llorando los apalearon y les tiraron encima los caballos y los perros. En esos años, SMATA había crecido mucho en Córdoba, por la radicación de las

automotrices que se sumaban a la vieja Industrias Kaiser Argentina: Fiat Concord y Materfer, Renault, Thompson-Ramco, Grandes Motores Diesel, Ilsa, Transax. Eran fábricas de miles de obreros, y otros miles trabajaban en los talleres autopartistas.

Los tres gremios que protagonizaron la huelga del 15 formaban parte de la CGT colaboracionista de Azopardo. La UTA estaba liderada por Atilio López y SMATA por Elpidio Torres: los dos eran peronistas combativos. La UOM, en cambio, tenía al frente a Alejo Simó, que estaba muy cerca del Lobo Vador e integraba un Consejo Económico Social convocado por el gobernador Carlos Caballero. En la CGTA había muchos gremios más chicos: mientras que, en el plano nacional, la mayoría de los gremios estaba en la CGT de Azopardo, en Córdoba la proporción era inversa: cuarenta y un gremios se alineaban con Setembrino y Tosco, y veinte con los vadoristas. En ese entonces, Córdoba tenía alrededor de 150.000 obreros sindicalizados.

Más allá de las posturas duras o blandas de sus dirigentes, obreros mecánicos y metalúrgicos eran afectados por los recortes del gobierno: un decreto nacional quería eliminar el «sábado inglés», lo que implicaba un recorte del diez por ciento en los salarios. Los industriales cordobeses se habían quejado a Onganía y a Krieger Vasena de que su provincia tenía costos laborales muy altos. Igual que en otras provincias, regía una ley, llamada del sábado inglés, por la cual todas las horas trabajadas el sábado después de la una del mediodía tenían que pagarse doble, como extras. El decreto de Onganía debía entrar en vigencia en junio y además, en sus considerandos, afirmaba que las leyes provinciales del sábado inglés eran anticonstitucionales. El decreto no decía nada sobre la constitucionalidad de los decretos-ley.

Los empresarios también pedían, para reducir costos laborales, que se anularan las llamadas «quitas zonales», un plus que cobraban los trabajadores de fábricas ubicadas en zonas periféricas.

Ya era de noche. Tosco, Alberti y otros tres compañeros salieron del edificio cuadrado y moderno de su sindicato, en la calle Deán Funes y encararon para la sede de la CGTA, una casa tipo colonial en la calle Vélez Sársfield. No había colectivos, los negocios estaban cerrados y no se veía un alma. Lo único que se movía eran los patrulleros que rondaban con las ventanas bajas y las pistolas lanzagases asomando, y los guardias de infantería apostados en las esquinas. Cuando pasaron por la avenida Colón, Tosco y Alberti vieron maderas y gomas quemadas, humeando todavía, y les

picaron la nariz y los ojos. Eran los restos de las refriegas del día. Apuraron el paso.

—Esto no lo para nadie...

Dijo Felipe Alberti, y nadie supo si era una información o una promesa. Cuando llegaron a la CGT se encontraron con la agitación que faltaba en los demás lugares. En la puerta, había grupos que repartían paquetes con volantes que decían: «16 de mayo, paro general en Córdoba». Los dirigentes intercambiaban novedades y se iban dando ánimo como si estuvieran en el vestuario ajustándose los botines para jugar el clásico entre Talleres y Belgrano. Atilio López, un morocho reluciente que no escondía su panza de colectivero, se lo tomaba bastante en joda:

—Yo no sé si es bueno o malo. Al paro de mañana llamamos las dos cegetés... Decime, Gringo, ¿será que algunos se vuelven combativos o que otros se burocratizan?

Horas antes, la delegación Azopardo de la CGT cordobesa se había plegado a la huelga. Alguien decía que el gobernador Caballero estaba por firmar un decreto de aumento salarial para los policías y que se había dispuesto el acuartelamiento de las tropas.

El viernes 16 nadie fue a trabajar en Córdoba. El sábado 17 Caballero firmó el decreto de aumento de los sueldos policiales. Alberti estaba en su casa del Barrio Clínicas, donde vivía con su mujer, sus tres hijos y los estudiantes universitarios que alquilaban las piezas del fondo. Así completaba el sueldo correspondiente a la discreta categoría 6 que tenía en la empresa provincial de energía. En el televisor, Caballero lucía sonriente y engominado frente a los micrófonos:

—La semana próxima me reuniré con el presidente de la Nación y le entregaré un proyecto de rectificación del presupuesto vigente para la provincia, lo cual incluye, lógicamente, una mejora sensible de los ingresos de los hombres que velan por la seguridad de Córdoba...

Mayo de 1969. En esos días había llegado a Buenos Aires David Ben Gurión. Ya retirado de la política activa, a los ochenta y dos años, vivía en un kibbutz del desierto de Neguev, pastoreando ovejas patagónicas. Ben Gurión era el legendario organizador de la Haganah —«defensa», en hebreo—, una organización paramilitar que se formó en los años veinte entre los emigrados sionistas europeos en Palestina para defender los asentamientos judíos en la región. La Haganah tuvo gran importancia en la lucha contra los palestinos y terminó siendo el núcleo original del ejército israelí. En 1948, tras el

establecimiento del estado de Israel, Ben Gurión fue su primer jefe de gobierno.

En su viaje, el viejo político y guerrillero buscaba acrecentar el apoyo de la comunidad judía argentina a la lucha de Israel contra los guerrilleros palestinos de Al Fatah. En declaraciones a la prensa, Ben Gurión dijo que «el gobierno israelí está dispuesto a dialogar con los árabes, pero son ellos, aparentemente, quienes no pueden dialogar debido a sus diferencias internas». Y que creía necesario «distinguir, en cuanto a legitimidad se refiere, entre los comandos y guerrillas judías que hicieron posible la creación de Israel y nuestros oponentes que quieren destruirnos». Para descalificarlos, enfatizó: «Los judíos no operamos contra mujeres y niños».

Los palestinos, mientras tanto, habían decidido centralizar su acción político-militar: en febrero habían creado la Organización para la Liberación de Palestina —OLP—, que quedó bajo el mando de Yasser Arafat, hasta entonces jefe de Al Fatah, una de las organizaciones integrantes de la OLP. Arafat, un ingeniero nacido en Jerusalén en 1929, era considerado un duro por los observadores occidentales.

El otro personaje que recorría Latinoamérica en esos días era el gobernador del estado de Nueva York, Nelson Rockefeller. Acompañado por su esposa Happy y por veinte asesores, había encarado una misión «de estudio» ordenada por el presidente Richard Nixon para confirmar la adhesión de los gobiernos latinoamericanos a los Estados Unidos. La gira empezó en Guatemala y siguió por El Salvador y Honduras. En cada país el gobernador fue recibido por manifestaciones hostiles y tremendas medidas de seguridad. Su nombre era demasiado fuerte. Al llegar a San José de Costa Rica, el 17 de mayo, la ciudad estaba bajo control policial para evitar desbordes; sin embargo, los costarricenses también cercaron el aeropuerto y el Palacio de gobierno para rechazar al viajero.

Poco después, a mediados de junio, Rockefeller fue enviado a realizar la misma gira por los países de Sudamérica. La primera escala era Bogotá, la última sería Buenos Aires.

Miguel Molfino todavía se preguntaba si había hecho bien en no irse a Bolivia, cuando empezaron las protestas por el cierre inminente del comedor universitario de Resistencia. El Negro Amarilla, que no solía hablar mucho, estaba hecho una furia.

—Es una puta excusa. Lo que pasa es que la gente anda alzada y en el comedor nos juntamos los de todas las carreras. Ahí las asambleas son

compartidas entre todos. Entonces los del consejo superior le hacen el juego a Onganía con el tema del ajuste del presupuesto.

El conflicto cruzaba el Paraná de ida y vuelta. En Corrientes las cosas tenían el mismo color: casi todos los días, los estudiantes armaban marchas y manifestaciones; hasta el 15 de mayo, cuando la policía se decidió a reprimir en serio:

«La policía cargó a sable desenvainado y disparando las pistolas 45 y bombas lacrimógenas —contaba, al día siguiente, el diario *El Norte*, de Resistencia—, destrozando el brazo a un estudiante y la cabeza a otro, y rematando todo ello con el ametrallamiento a mansalva, disparando las Pam al bulto, manejadas por criminales vestidos de civil, pero que no pertenecen al hampa sino a la oficialidad de la policía correntina».

El estudiante del tiro en la cabeza murió a las pocas horas: se llamaba Juan José Cabral y tenía veintiún años. Su muerte provocó más marchas y manifestaciones en todo el país. En Resistencia, los universitarios, que ya habían tomado el comedor, empezaron a extender el conflicto. El cura Curbeli, que era del mismo grupo de Rubén Dri, habló al obispado de Resistencia y le concedieron la catedral para hacer las asambleas.

—Vamos Miguel, ahí tenemos apoyo y la cana no puede entrar. Estamos montando una olla popular.

Los universitarios hablaban del comedor y los pobladores de las villas Itatí y General San Martín insistían con sus reclamos por las chapas de zinc y las cloacas que siempre les prometía el gobierno. Y todos se juntaban en los gritos contra la dictadura de Onganía.

El lunes 19, los secundarios tomaron la mayoría de los colegios. En el Normal, el rector no tuvo mejor idea que llamar a la policía, que entró con gases y palos y empeoró las cosas. Ese día los del Mac Lean, que eran bastante vagos, llegaron todos quince minutos antes. Hasta los tacuaras se sumaban:

—Miguel, les vamos a tomar el colegio, ¿no?

Molfino sabía que el petiso Oscar era un tipo de acción y no se iba a quedar atrás:

—Seguro, pero primero hagamos una asamblea en la puerta, para que todos estén seguros de lo que hacen.

—Dale, metele.

Al rato, con el colegio tomado, se enteraron que en otros colegios los del PC proponían hacer una asamblea de todos los secundarios en la catedral. Oscar tenía confianza con Miguel:

—Mirá, quién entiende a estos bolches. En vez de ir al frente, se esconden en la iglesia.

—Dejá de joder, ¿de qué partido era Cabral?

Preguntó Miguel.

—Qué se yo... Vamos, pero que los bolches no se pongan al frente.

Como Miguel no estaba en ninguna tendencia, y tenía amigos en todas partes, los estudiantes secundarios que llenaban las tres naves de la catedral lo eligieron delegado general de una comisión de lucha en la que había de todo. Los cuatro de la comisión subieron hasta cerca del altar y propusieron mantenerse en estado de asamblea, con los colegios tomados, en repudio a la represión y en solidaridad con los universitarios. Armaron piquetes de huelga con los del Normal, los del Mac Lean, las chicas del Itatí; los del Don Bosco que también era católico se plegaron. Todos los colegios de la ciudad estaban nombrando sus propias comisiones. La policía no se metió en la catedral, pero empezó a actuar casa por casa y se llevó a cantidad de secundarios y universitarios. Molfino había zafado de casualidad. El petiso Oscar fue el primero en ofrecerle ayuda:

—Yo tengo dónde guardarte.

Miguel fue hasta la fundación donde trabajaba la madre, vio que todo estaba tranquilo y le explicó lo que pasaba. Noemí no pudo evitar las lágrimas, pero tenía un gran sentido de realidad y aceptó que su hijo tenía que esconderse.

—Es una cosa pasajera, mamá, no te preocupes.

Al rato, su compañero tacuara lo llevó a dormir a la casa de un viejo ferroviario peronista que le dio un catre y algunos consejos de cómo moverse sin llamar la atención. Al otro día, para ir a la catedral, Miguel se disfrazó un poco y entró rodeado de gente. La asamblea bautizó a la comisión como Junta Coordinadora de Estudiantes Secundarios y decidió extender el conflicto a los colegios del interior de la provincia. Con algunos fondos que recolectaron en las escuelas contrataron una estanciera medio enclenque que solía trabajar de taxiflet.

Dos días después, una comisión salió para El Zapallar, un pueblo chico a unos doscientos kilómetros al oeste de Resistencia. Fueron seis, de varias tendencias y colegios. El camino era un compendio de todos los pozos. Después de varias horas llegaron a un lugar muy silencioso en el que sólo se veían chicos descalzos, algún cebú y unos pocos zapallos que asomaban en los surcos de una tierra muy cuarteada y gris. Las casas no tenían revoque, ni luz, ni sanitarios.

Los secundarios entraron al almacén y pidieron agua. Detrás del mostrador de madera había un banderín de Chaco For Ever y un almanaque con la foto de Tránsito Cocomarola, prócer del chamamé. El almacenero y los dos o tres parroquianos se dieron cuenta que no eran viajantes de comercio ni mormones en gira evangélica:

—¿Qué los trae por acá, muchachos?

—Somos de la comisión de lucha de los estudiantes secundarios...

El silencio fue duro. Cuando estaban explicando que su propósito era organizar una huelga, por la puerta, con la gorra en la mano, secándose el sudor, entró la autoridad:

—Soy el comisario Fagúndez. ¿Quién está a cargo?

—Yo...

Dijo Miguel, pero no quiso decir su apellido, porque sabía que estaba en la lista de los buscados en Resistencia.

—Bueno, venga, che.

—No, si va él vamos todos...

—¿Qué los trae por Zapallar, muchachos?

Le hablaron del estudiante Cabral, del conflicto universitario y le dijeron que querían hablar con los secundarios del pueblo.

—Queremos hacer un acto...

Le dijo Miguel para ir al grano.

—Quieren hacer el acto. Hagan el acto. Pero no me hagan quilombo, porque si me hacen quilombo, van a tener quilombo conmigo, ¿tá?

Los estudiantes se presentaron a los curas del colegio de Zapallar y, cuando sonó el timbre del recreo, los alumnos salieron formados como si fuera el 25 de mayo. Miguel subió y empezó a hablar al medio centenar de estudiantes con un tono muy solemne que no se parecía nada al fervor de las asambleas:

—... es un duelo por una muerte injusta, que podría ser la de cualquiera de ustedes el día que vayan a estudiar a Resistencia o Corrientes...

Uno de los pibes levantó la mano y miró al director, quien le concedió la palabra:

—Bueno, nosotros ya escuchamos por la radio lo que está pasando, y nos pareció que la huelga estaba bien...

Otros asentían con la cabeza. Miguel vio que, atrás del enrejado, estaba el comisario, atento y complacido por el orden de todo.

—¿Cuántos días de clase van a perder?

Preguntó uno de los curas.

—La verdad, no lo sabemos.

—Está bien. Lo que es justo es justo, y Dios velará por nosotros.

En pocos minutos, la decisión estaba tomada. Era hora de seguir y Miguel cayó en la cuenta que ese comisario que asentía con la cabeza tenía unas horas para avisar a la policía de Resistencia que un rubión gordito de anteojos y otros cinco muchachos recorrían la provincia en una camioneta soliviantando a la gente. Y, encima, estaba la orden de captura. Antes de subirse a la estanciera, acordaron una pequeña estratagema, por si las moscas:

—Chofer, vea, nosotros nos vamos a bajar unos kilómetros antes de llegar a la entrada de la ciudad, porque nos vamos a quedar con unas guainas que nos invitaron a tomar un par de mates...

—Ayer, en Corrientes, en las protestas por la privatización del comedor mataron a un estudiante, Juan José Cabral. Y en Resistencia también reprimieron. Acá hemos charlado con los changos de las otras agrupaciones en Córdoba que lo del nordeste no lo vamos a dejar pasar. Hay varios cuerpos de delegados que están dispuestos a tomar las facultades; nosotros tenemos que ponernos al frente.

Dijo Domingo —el Gringo— Menna. Esa mañana del sábado 17 de mayo, el Gringo estaba reunido con los integrantes del Movimiento de Acción Programática 7 de septiembre (MAP7) de la facultad de Medicina. Eran ocho o diez, y hacían sus reuniones en las aulas vacías del Hospital Escuela. Lo de «7 de septiembre» era por el aniversario de la muerte de Pampillón, lo de «programático» era más indescifrable: el MAP era la expresión estudiantil de la fracción El Combatiente del Partido Revolucionario de los Trabajadores.

Estaban el Flaco Trafal, el Pepe Polti, el Petiso Ferreyra. Alejandro Ferreyra tenía el típico aspecto del muchacho contenido, casi tímido; además, para lo que solían ser los militantes estudiantiles, era prolijo. Usaba el pelo corto y una campera de gamuza marrón ajustada que le marcaba la espalda y le hacía sobresalir el cuello y la cabeza prominentes. No solía hablar mucho, pero esta vez sentía que la cosa se estaba poniendo a punto:

—Acá se está pasando rápidamente de lo reivindicativo a lo político y de lo político a la acción directa con participación de masas. Fijensé que de la lucha contra el recorte del presupuesto universitario que lleva a la privatización de los comedores universitarios se está pasando a un enfrentamiento directo con la dictadura.

Pepe, un flaco con pinta de playboy, fue más directo:

—Si esto sigue así va a haber que guardar nafta y hacer clavos miguelitos a rolete, porque acá va a saltar todo, hermano. Hasta los radicales y los integralistas dan vueltas por el barrio juntando todo lo que pueden...

Casi todos andaban por los veinte años y se habían conocido el año anterior en los cuerpos de delegados de la carrera; ya habían cursado las materias más importantes de primero y segundo: anatomía, anatomía patológica, histología, fisiología. Salvo el Gringo, que tenía veintidós y había dejado de estudiar porque se había metido a fondo en el Partido Revolucionario de los Trabajadores.

El barrio de casas bajas que rodeaba el baqueteado edificio del hospital era un conglomerado de pensiones y viviendas alquiladas a estudiantes que armaban sus grupos por provincias; la mayoría era del noroeste y de Cuyo. Cerca tenían la cancha de Belgrano, y el resto era un gran descampado. Yendo para el lado del centro había un canal con las aguas del río Primero, La Cañada, que cortaba el paso: el barrio estaba conectado con el resto de la ciudad por una serie de puentes.

El hospital le había dado su nombre a la zona: Barrio Clínicas. Los estudiantes hacían toda su vida ahí. Tenían sus almacenes, sus fondas, los cafés y clubes donde organizaban las peñas que mezclaban el vino con la ginebra, los cuartetazos con las canciones de la guerra civil española; en el descampado se armaban los picados de fútbol y a veces, los domingos, iban a hinchar por la celeste de Belgrano. En esos días de mayo, el Clínicas vivía una especie de asamblea permanente que empezaba en las aulas y seguía en las mateadas de las pensiones. En el aula, el Gringo Menna agarró una tiza y garabateó unos trazos sobre el pizarrón:

—El problema es que salimos del hospital, de las facultades, del comedor y la cana se queda apostada a cuatro o cinco cuadras del río y nunca pasamos de La Cañada.

Dos días antes, cuando las columnas estudiantiles quisieron cruzar los puentes para ir a la CGT, los enfrentamientos habían sido fuertes pero sólo pudieron pasar grupos aislados. El Gringo seguía con su argumentación:

—Acá adentro el control lo tienen los estudiantes, pero quedamos aislados; y para darle fuerza a la unidad obrero-estudiantil tenemos que hacer confluir las movilizaciones.

Al mediodía, la radio trajo una noticia de Rosario: la policía había reprimido una concentración frente al comedor universitario. Un grupo de estudiantes trató de refugiarse en una galería comercial y, ahí adentro, un oficial Lezcano le había volado la cabeza de un balazo a Alberto Ramón

Bello, un estudiante de Económicas de veintidós años. Por la tarde, el Flaco Trafal, que era el dirigente carismático del MAP7, se reunió con los jetones de otras facultades —Willy Tamburini, del PCR, Pancho Delgado, del PC, Luis Waisman, del Integralismo— para intercambiar novedades.

—Todos están de acuerdo en llamar el lunes a una Jornada de Agitación y Lucha que termine con una misa en la Iglesia del Pilar, que la van a dar los curas del Tercer Mundo.

Los del MAP7 pensaban que la convocatoria a la iglesia del Pilar podía ser una buena excusa para hacer fuerza y cruzar del otro lado de la Cañada, pero el lunes la universidad amaneció cerrada. Volvieron a repetirse los mismos episodios: piedras y molotov contra gases y palos. Actos relámpagos que no pasaban a mayores.

Esa tarde, miles de estudiantes del barrio Clínicas, en pequeños grupos, se fueron hacia el centro. Participaron de la misa y, mientras el cura tercermundista Milán Viscovich decía un sermón que alentaba a la lucha, se corrió en voz baja la nueva cita:

—A las siete en Colón al 300.

En esa esquina habían matado, casi tres años antes, al estudiante Santiago Pampillón. Sacerdotes, sindicalistas y estudiantes, agarrados de los brazos, armaron la primera línea y se encolumnaron por la avenida Olmos. Una vez más los esperaron con caballos, lanzagases y bastones. El cura Viscovich, un croata nacido en el límite entre Yugoslavia e Italia, sacó un pañuelo blanco y lo agitó frente a los policías.

—En el nombre de Dios... Déjenos pasar...

Pero las sirenas y las aceleradas en seco de los carriers taparon los gritos, y estallaron las primeras granadas. Y otra vez las corridas, las piedras, los palazos.

El martes 20 de mayo, Agustín Tosco estaba reunido con dos de sus compañeros en un bar del barrio Clínicas. Uno de ellos había traído un volante firmado por «Peronistas revolucionarios» que decía que la política correcta en ese momento consistía en enseñar al pueblo a pelear y defenderse, y daba algunas lecciones: normas de seguridad para la lucha callejera, la técnica de formar grupos chicos con un responsable nombrado por el grupo, cómo hacer dos o tres modelos de molotov y clavos miguelitos, la manera de romper vidrieras y producir incendios.

—¿Y éstos quiénes son?

—No sé. El volante me lo dio un compañero de la lista azul de SMATA.

—Deben ser algunos de estos que ahora se llaman la Tendencia Revolucionaria. Los peronistas combativos, ¿no?

Estaban discutiendo cuando entraron cuatro policías de la provincial. Un oficial lo encaró sin más preámbulos:

—¿Usted es Agustín Tosco?

—Sí.

—Va a tener que acompañarnos.

Tosco miró a los costados, titubeó un momento y después pensó que era mejor no hacer nada raro. El oficial se dio cuenta y trató de tranquilizarlo:

—No se preocupe, es por averiguación de antecedentes.

Era sólo una intimidación. A la mañana siguiente lo dejaron en libertad, y Tosco se fue derecho al edificio del sindicato. El clima estaba tenso y agitado, y cualquier provocación podía prender la mecha. La tarde anterior, en una manifestación estudiantil, una granada de gas lacrimógeno le había explotado en la cara a Rosa Canelo, de dieciocho años, y tuvieron que sacarle un ojo. En la puerta de Luz y Fuerza había varios patrulleros estacionados, pero los militantes del sindicato entraban y salían con paquetes de volantes y carteles. En todas las oficinas había reuniones dedicadas a organizar las medidas de fuerza. Tosco entró a la sala de reuniones del consejo directivo y sus compañeros lo recibieron con abrazos; pese a la situación, su jopo se mantenía muy prolijo.

—Hablé con Ongaro y me dijo que viene para acá el sábado. Yo ya le he dicho que nosotros vamos a hacer fuerza para que lo del 30 no sea un paro matero. Vamos a ver qué consenso hay con el resto de las regionales.

En el consejo directivo, Alberti se cruzaba miradas de satisfacción con el Tano Tomás Di Toffino, con quien compartía la idea de presionar para que el paro nacional del viernes 30 de mayo fuera algo más que un fin de semana largo. Desde la fractura de la CGT, en marzo de 1968, era la primera vez que los de Azopardo iban atrás de un plan lanzado por los de Paseo Colón. Alberti y Di Toffino proponían una táctica que les había dado buenos resultados en su sindicato: empezar el paro con asamblea en los lugares de trabajo y de ahí marchar hasta las sedes sindicales:

—Mañana, en el plenario de las regionales, tenemos que tratar que salga una convocatoria a paro activo. Elpidio Torres está de acuerdo en empezar el paro el 29.

Al día siguiente, en el edificio colonial de la calle Vélez Sársfield, se reunieron los secretarios generales de las regionales de Avellaneda, San Martín, San Juan, Santa Fe, Rosario, Tucumán, Salta y Córdoba. Decidieron

constituirse en Comisión Coordinadora y llamar a un paro activo de 38 horas en todo el país, que empezaría el 29 a las diez de la mañana: 14 horas antes que el de las dos cegetés. La declaración corrió por todo el país como un reguero de pólvora.

Mayo de 1969. En esos días, los programas de televisión más vistos, según la revista *Gente*, eran:

1— *Estadivisión* (Estudiantes vs. Nacional), canal 7, miércoles 20 hs, 50 puntos de raiting.

2— *El hombre que volvió de la muerte* (N. Ibáñez Menta), canal 9, jueves 22 hs, 34.

3— *La Galera*, canal 11, martes 21 hs, 24.

4— *Viendo a Biondi*, canal 13, jueves 21,30 hs, 24.

5— *El circo de Marrone*, canal 13, jueves 20,30 hs, 23.

Los libros más vendidos:

1— *Las motivaciones del consumidor*, Ernest Dichter, Sudamericana.

2— *Yo también fui un espermatozoide*, Dalmiro Sáenz, Merlín.

3— *Para comerte mejor*, Eduardo Gudiño Kieffer, Losada.

4— *Lo crudo y lo cocido*, Claude Lévi-Strauss, FCE.

5— *El capital monopólico*, Sweezy y Barran, Siglo XXI.

Los discos más vendidos:

1— *Otra vez en la vía*, Los Náufragos. CBS.

2— *Todos juntos ahora*, Conexión 6. RCA.

3— *No me dejes caer*, Los Beatles. Odeón.

4— *Orgullosa Mary*, Creedence Clearwater Revival.

5— *Rosa, Rosa*, Sandro. CBS.

Y entre las películas más vistas estaban *Funny Girl* de William Wyler, con Barbra Streissand. *Cul de Sac* de Roman Polanski, *Historias prohibidas* de Fellini, Malle y Vadim, *Chitty Chitty Bang Bang* con Dick van Dyke, y *Romeo y Julieta* de Franco Zefirelli, con Olivia Houssay.

Vivir en la base naval de Río Santiago era vivir aislado del planeta. En 1969, Julio Urien estaba en segundo año de la Escuela Naval y andaba todo el día con un gorrito marinerito adentro de las instalaciones del instituto, que tenía disciplina de cuartel. El primer año habían empezado como doscientos, pero algunos se iban quedando por el camino porque no soportaban el ritmo. Cada sábado, a las dos de la tarde, los cadetes hacían cola para tomar el ferry que

los cruzaba de la isla al territorio; después subían al tren naval a Constitución. Cuando Julio llegaba a la casa familiar de San Isidro eran casi las seis de la tarde. Y a la tarde siguiente tenía que ponerse de vuelta el uniforme, cargar en el bolso marineramente alguna ropa y comida y salir rajando para Constitución; a las diez de la noche sonaba el pito y el que no llegaba tenía que enfrentar la disciplina.

—¿Qué anduviste haciendo, Caballo?

Le preguntó Aníbal Acosta, uno de su promoción. A Urien lo llamaban Caballo porque era grandote y encarador.

—Nada, cené con los viejos, a la mañana fui a misa, después jugamos un partido en el campo del Embarcadero...

Mientras en el tren alguno contaba sus éxitos en alguna fiesta, Julio hablaba del partido de rugby que había jugado contra los del Colegio Militar, donde estaba Facundo, su hermano. Acosta lo escuchaba sin mucho interés; a él le decían Napo, por Napoleón. Napo era chiquito, muy eléctrico, y apasionado por la historia. Era muy bueno tirando el florete y participaba de los campeonatos de esgrima interfuerzas. Napo no cuidaba mucho su aspecto, hablaba con la «eshe» y había nacido en Formosa, porque su padre era suboficial de Gendarmería y solía estar en guarniciones de frontera. Julio, en cambio, era de San Isidro, caminaba erguido, hablaba con el tono del norte y parecía más prolijo. Pero los dos habían escuchado muchos discursos sobre el espíritu de cuerpo de la Armada, que los hacía llamarse camaradas más allá de las diferencias. Y además se caían muy bien.

—¿Y Chupaleta también jugó?

Julio compartía su entusiasmo por el rugby con el cadete Alfredo Astiz, Chupaleta. El padre de Chupaleta sólo había llegado hasta teniente de navío; en el enfrentamiento entre azules y colorados, el teniente Astiz había sido un colorado fanático, de los más antiperonistas. Urien, en cambio, era hijo de un abogado nacionalista y peronista, pero no quería marcar las diferencias que, inevitablemente, iban apareciendo. Era mejor tirar juntos: varias veces habían jugado contra equipos de clubes y no les había ido mal.

—Jugar, jugar... Estaba en un mal día.

Julio también competía en remo y natación y, aunque no le gustaba mucho el fútbol, salió de defensor de los futboleros. La semana anterior había tenido un choque con el oficial a cargo de las actividades deportivas:

—Yo le dije al oficial: teniente, ¿por qué los de fútbol no participan más de los campeonatos externos? Y el tipo me dijo mire cadete, con el rugby no hay problema, porque los clubes son del mismo ambiente nuestro, pero el

fútbol es otra cosa. Está muy mezclado, gente del ambiente de la suboficialidad, y también gente que piensa distinto a la Armada.

Napo se estaba durmiendo con el vaivén del tren y apenas asentía con la cabeza.

—No le tenés que dar bola a ese oficial, es un gil...

Corría el mes de abril; en mayo tenían que elegir una escuadra para participar de las fiestas del 25 de mayo en Rosario. Esos días practicaban los pasos de desfile, los saludos a la bandera y ya era la tercera vez que un cadete de cuarto le llamaba la atención al Napo: una por tener el uniforme sucio, otra porque le faltaba un botón y otra porque tenía desabrochado un botón en la formación.

—¡Flexiones de brazos! ¡Hasta que vea un charco de agua!

Acosta se sacó la gorrita marinera y empezó a subir y bajar el pecho contra el piso con energía, pero no transpiraba ni un poco y el ritmo empezó a aflojar.

—¡Vamos bípedo, no se me haga el remolón, siga!

Bípedo era la forma despectiva de llamar a los nuevos; bisoño quedaba mejor. Los oficiales en general eran más medidos para hablar; tenían una jerga naval y detestaban usar las palabras que consideraban mersas. Para referirse a una buena acción les gustaba decir «un gesto caballeresco»; para decir «voy al baño», decían «voy a las flores». Cuando Aníbal terminó de hacer sus flexiones de lagartija se fue al comedor y se sentó al lado de Julio:

—Che, Caballo, ese hijo de puta de cuarto me tiene de punto; me dijo que la próxima vez que no lo salude, va a pedir que me dejen el fin de semana encerrado.

En la isla de Río Santiago, fuera del perímetro de la Escuela, lo único que había era el Liceo Naval y una escuelita primaria, detrás de unos pajonales, donde estudiaban los hijos de los empleados navales. Ni un boliche para jugar al billar, ni un bar con minas, nada. Llegar a tierra firme era imposible porque el ferry y la lancha estaban bajo vigilancia y cruzar nadando era peligrosísimo: se arriesgaban a la expulsión. Además, enfrente sólo había astilleros. Cuando se quedaban encerrados por lo menos tenían películas y podían ver a las hermanas de otros castigados. Aníbal estaba con bronca pero no perdía el hambre. Ya había repetido dos platos de arroz con pollo:

—Bueno, por lo menos la otra vez que me quedé conocí a la sanjuanina, la hermana de Taboada. Pero si me castigan a mí y a él no, no me sirve para nada.

La gran familia naval se alimentaba sobre todo de encuentros eventuales o de castigos: sólo una vez por año, al final del ciclo, había una fiesta con baile y chicas en Río Santiago. La falta de contacto con mujeres era un problema; la cuestión solía solucionarse, provisoriamente, con fotos de minas en bolas escondidas debajo de la almohada o con algún almanaque de bolsillo que podían sacar cuando la clase se ponía muy pesada. Tampoco tenían tanto tiempo: la rutina era demasiado exigente. A las seis sonaba la diana; a las ocho, formación; de ocho a doce, clases teóricas; al mediodía comida y un recreo mayor hasta las dos de la tarde. De dos a cinco tenían deportes e instrucción; de cinco a siete, estudio; después otro recreo mayor y a las ocho formación de retreta. La retreta era con clarín y algún informe del día, que podía incluir efemérides o simplemente el relato de la vida heroica de algún marino muerto.

—¡Aa atención! Los de segundo salen mañana a la madrugada.

Un oficial leyó la lista de los que iban a Rosario y Julio preparó la gorra, uniforme azul, polainas y guantes blancos. En Rosario, los cadetes llegaron a un cuartel y ese mismo día se calzaron la ropa de fajina para seguir con la preparación del desfile. Todavía faltaba una semana pero ya se imaginaban una fiesta de clarines lustrosos, fanfarria y ollas llenas de chocolate caliente. La mayoría ni sabía que Rosario hervía y que el ambiente estaba recalentado por la muerte del estudiante correntino Cabral.

Esa mañana salieron en unos micros verdes y cuando cruzaban el centro vieron cantidad de carros de asalto y policías con cascos. Faltaban cuatro días para el desfile, y se suponía que hicieran un ensayo en el lugar de los hechos. Al cabo de un rato de marcha, el redoble de tambores empezó a fundirse con otros ruidos menos marciales. Primero fueron puteadas y gritos roncós; después, sirenas y tiros. Eran los ruidos de una manifestación. No veían nada, pero los ruidos se oían, claritos, unas pocas cuadras más allá. Siguieron marchando unos minutos, hasta que los interrumpió la voz de un oficial:

—¡Agrupación, aaltooó! ¡Deeescansooó! ¡Todo el mundo a los ómnibus!

La vuelta fue tensa. El sueño del desfile con uniforme de gala y bayoneta lustrosa, con banderitas y escarapelas a ambos lados de la avenida, se empezó a disipar cuando adentro del micro, el oficial les dijo qué pasaba:

—Eran agitadores que venían a perturbar el orden.

Por lo bajo, el que estaba al lado de Urien susurró:

—¿Qué mierda estará pasando acá?

Urien le contó que había protestas universitarias y gremiales.

—¿Y nosotros qué carajo tenemos que ver con eso?

No era momento para entrar en mayores explicaciones. A la tarde, por rumores, se enteraron que un grupo de manifestantes había querido protestar contra su desfile y que la policía los reprimió y mató a un pibe de quince años, de apellido Blanco, estudiante secundario y obrero en un taller metalúrgico. Julio puteó en silencio: le daba mucha vergüenza y no podía decir nada. A la mañana siguiente les dijeron que el desfile se había suspendido y que se volvían al cuartel.

De vuelta en Río Santiago, se rumoreaba que iban a suspender la participación de los cadetes en los desfiles, pero un mediodía pararon unos ejercicios y llamaron a formación a los de segundo. Uno de los jefes de la escuela, con cara de guerra, empezó a decir que impedir un desfile era un ataque a la esencia misma de la patria:

—Así que, de acá en adelante, los desfiles contemplarán formaciones con fusiles cargados con munición de guerra y bayoneta calada. Así vamos a estar prevenidos ante cualquier ataque de extraños y, en caso de necesidad, actuaremos con toda decisión para defender el honor de nuestra institución y de nuestra bandera...

Cuando rompieron filas y volvieron a sus ejercicios, Julio tuvo náuseas: corría como si cada pierna le pesara cien kilos. Ese sábado, ya en el tren, masticó una idea y decidió que tenía que hablar con su padre.

—Viejo, me parece que quiero largar la carrera naval.

—¿Y qué vas a hacer?

—Prefiero meterme en el seminario y ser cura. No me siento identificado con la Armada. No te podés mirar cara a cara con la gente, parece como si fuéramos el enemigo del pueblo argentino. Y encima está lleno de proyanquis: hasta para la instrucción nos dan uniformes de rezago norteamericanos, con las insignias y todo...

—Julito, es tu decisión. Yo creo que las cosas van a cambiar. Si mantenés tus principios no tenés por qué irte. Y por el hecho de que te vayas, no creo que vayan a mejorar las cosas.

Caía la tarde y Julio agarró, como todos los domingos, su bolso marinero y se tomó el tren para Río Santiago.

Mayo de 1969. A fines de 1971, el Centro de Publicaciones Navales editó, como cada año, un libro con la historia de la promoción saliente la número 100. Allí se contaban sus cuatro años de Escuela Naval en clave de *Juvenilia*. Estaba, entre muchas otras cosas, el episodio del fallido desfile rosarino:

«... partimos rumbo a Santa Fe. Todo hubiera sido perfecto, de no mediar las flores que en la acogida nos arrojaron. Desgraciadamente, los olvidadizos santafesinos no previeron sacar las flores de las macetas. La fiesta tuvimos que hacerla en casa, pan con pan, porque las chicas se quedaron en sus casas».

El cuadro de situación se complicaba hora tras hora. La Universidad Católica de Córdoba declaró su solidaridad con los estudiantes de la Nacional a través de un paro para el jueves 22 y viernes 23. El gobernador Caballero había vuelto de Buenos Aires donde, tras reunirse con Onganía, confirmó el aumento para el personal policial y anunció el aumento del precio del transporte público en la provincia.

En Rosario, mientras tanto, se decretó el estado de emergencia: sólo se podía circular en grupos reducidos y el toque de queda empezaba a las ocho de la noche. El general Roberto Fonseca, a cargo del II Cuerpo de Ejército, formó los primeros tribunales militares. Pero la CGT rosarina cumplió un paro general y más de 10.000 manifestantes desconocieron las medidas del general y se encolumnaron hasta el cementerio de la Piedad para homenajear a Luis Blanco. En Tucumán y La Plata hubo manifestaciones y, en Salta, un grupo de estudiantes invadió el club 20 de Febrero, una especie de Jockey, y lo quemó.

El sábado 24, un grupo de radicales intentaba hacer un congreso en La Cumbre, y las autoridades se lo impidieron. Los congresistas frustrados dieron una declaración que decía que «frente a la ruptura de la instancia electoral, la UCRP entiende que sólo le queda al pueblo la salida revolucionaria, que no espera transformar la vieja estructura: la destruye; que no transa con las últimas pautas del privilegio: las liquida; que no negocia con la extranjería que ha ofendido al país lesionando su patrimonio: nacionaliza sus bienes».

Mientras, en la ciudad de Córdoba, la tensión no aflojaba. A la mañana, en la sede de la CGT de los Argentinos, un petiso que estaba en la parte administrativa recorría las salas con un anotador:

—Hay de carne, de jamón y queso, de humita, de pollo...

Habían previsto una conferencia de prensa a la llegada de Ongaro, y después de las declaraciones habría un almuerzo para mostrar la unidad. Lo sentarían en el medio de la mesa, flanqueado por los dos secretarios, el general y el adjunto, Setembrino y Tosco. El petiso de la administración no había terminado su lista de empanadas cuando se cruzó con Tosco.

—Che Gringo, te quiere ver Rubén, el de LT10...

Tosco salió y se encontró con varios periodistas alborotados.

—Los de Investigaciones detuvieron a Ongaro en la estación no bien se bajó del tren, y se lo llevaron a la jefatura.

En esos días, los abogados de la CGTA no daban abasto: cárcel de encausados, hospitales, comisariás; ahora les tocaba jefatura. Pero todo lo que pudieron hacer fue juntarse con los cronistas y, al mediodía, ver cómo unos gorilas sacaban a Ongaro y a otros dos que venían con él y los subían a dos torinos con escudo policial y sirenas, escoltados por varios coches de civil. Para evitar que los periodistas los siguieran, tomaron de contramano por la calle Santa Catalina hasta Obispo Trejo: ahí se perdieron.

—Orden del gobernador.

Fue todo lo que le dijo un jefe policial a uno de los abogados. Media hora después, a Raimundo Ongaro lo metieron a la fuerza en un avión que salía de vuelta para Buenos Aires. Detenido en el Departamento Central de Policía, interrogado, Ongaro contestaba a todas las preguntas con una frase críptica:

—Hemos encontrado a este hombre soliviantando a nuestro pueblo: prohíbe pagar el tributo al César y subleva a la gente enseñando por toda Judea...

Probablemente, ninguno de los interrogadores se dio cuenta de que Ongaro estaba cambiando levemente la cita del Evangelio según San Lucas, y que obviaba la parte en que los fariseos acusaban a Jesús de presentarse como el Mesías de Israel.

La noche del sábado 24 en el Barrio Clínicas era como la de cualquier otro sábado. Salvo que estaba tomado. En el perímetro se habían hecho barricadas, los más entusiastas prendían fogatas, otros se habían limitado a cruzar vigas de hormigón, cajones de madera. Algunas de las leyendas, para esas horas, parecían bastante pretenciosas: «Barrio Clínicas: Territorio libre de América». Otras, parafraseando al Che, auguraban enfermos, heridos y mutilados: «Crear Dos, Tres, Muchos Clínicas».

No todos los que se acuartelaban en el barrio universitario vivían en pensiones. Ese mediodía, Alejandro Ferreyra había salido de la casa familiar del Cerro de las Rosas y antes de manejar su renoleta verde hacia el Clínicas hizo una breve visita a la Tota Novillo, su novia desde hacía unos meses. Una chica con apellido tradicional y diecisiete años, que estaba terminando el secundario y le daba momentos de respiro en medio de tanto clima de batalla. La siesta era bastante respetada por todos los contendientes, y Ferreyra tenía una debilidad especial por compartirla con la Tota.

A media tarde dejó su renoleta antes de la Cañada y, tras cruzar los cordones policiales, llegó al barrio caminando. Los del MAP ya estaban en plena reunión en una pensión donde vivían varios sanjuaninos. Traful daba un informe de lo que estaba pasando y lo que habían acordado en la coordinadora de agrupaciones estudiantiles:

—Anoche cortaron la luz. Uno del integralismo le tiró una mola a uno de los transformadores y todo el sector oeste quedó a oscuras. La cana llamó a los de la empresa eléctrica para repararlo, pero los muchachos del sindicato dijeron que hasta que terminara el conflicto no reparaban ni mierda y que...

El Gringo Menna lo interrumpió:

—Ya está llamado el paro activo y tenemos que prepararnos. Córdoba siempre fue una ciudad fácil para reprimir, porque la militancia se reúne en tres puntos: Ferreyra, por las fábricas mecánicas, Villa Revol, por los talleres de Luz y Fuerza, y el Clínicas. Nosotros estamos separados por el río y hasta ahora la policía controla los quince puentes. Si nos concentramos en esos tres puntos, nos tienen fritos, tenemos que convencer a los changos de que hay que juntar fuerzas y salir organizados de todos los barrios. Ya arreglamos con unos compañeros de un taller para hacer miguelitos y tenemos que juntar nafta para las molotov.

Se dividieron las tareas: algunos tenían que ir a droguerías, otros a ferreterías a comprar clavos grandes. Otros tenían que juntar botellas vacías de los boliches, bolsos viejos de las casas, comprar goma y cortar cuero para fabricar hondas.

—Yo tengo un tío que tiene una droguería, así que le puedo sacar un poco de ácido sulfúrico. Las barras de azufre las puede comprar cualquiera, total dice que tiene el cuello duro y que se va a sacar el aire con la barrita.

Dijo el Pepe. Otro que había tenido dolores de garganta dijo que había unas pastillas de clorato de potasio que eran de venta libre. Después tenían que molerlas, igual que las barras de azufre, para hacer los raviolitos, que eran unos sobres de papel higiénico donde se mezclaban los dos: los sobres se adosaban al cuello de la botella con una gomita y, cuando la botella se rompía, la nafta derramada, en contacto con el raviol, producía el primer fuego. Menna aclaró que algunos iban a llevar armas:

—Los que puedan conseguir armas cortas, ténganlas listas. El partido no tiene equipamiento para pertrecharnos, pero si asumimos una actitud de vanguardia vamos a tener que responder al fuego.

A Alejandro le tocó ir siete veces a llenar el tanque en distintas estaciones de servicio: después se iba hasta una casa, metía una manguera, hacía sifón

chupando y llenaba más y más bidones. Cuando cayó la noche se fue otra vez a buscar a su novia. La Tota lo esperaba con uno de esos minishorts criminales que se empezaban a usar pero, después del primer beso, le puso una cara espantosa:

—Ale, ¿qué has tomado? Estás hediondo...

Hasta que el amor pudo más que el espanto y Alejandro, previa compra de unas pastillas de eucaliptus, consiguió abrazarse a las caderas de su novia. Alejandro sabía que siendo militante de un partido revolucionario como el PRT tenía que respetar una disciplina que iba desde la formación política hasta los detalles de su vida personal. En medio de los abrazos se acordó de las charlas que daban Mario Santucho o el Gringo Menna, donde hablaban sobre el hombre nuevo, sobre cómo encarar las relaciones personales. Algunas cosas mucho no le cuadraban: le parecían una moralina. Los abrazos seguían y él tenía sus argumentos para no pedir tregua.

—Esto no es una debilidad, es una característica. Una debilidad es ceder ante una presión del enemigo. Una característica es esto de ser como uno es.

Y la Tota le besaba la oreja. Gozaba mucho y le importaba menos que se viniera un enfrentamiento que no sabía bien qué era, aunque, por si acaso, ya había limpiado con kerosén la Bersa calibre 22 y había comprado una buena cantidad de municiones.

Alejandro Ferreyra había nacido en 1948. Era el mayor de cinco varones y cuatro mujeres, hijo de una familia que, pocas décadas antes, había llegado a tener un millón doscientas mil hectáreas de tierra en la provincia. Su bisabuelo, don Ceferino Ferreyra, era el rival encarnizado de Carlos Pellegrini en los primeros tiempos del turf argentino. Su otro bisabuelo, Julio Alberto Astrada, había sido muy amigo del general Roca, y gobernador de la provincia en 1887. El padre de Alejandro iba a la facultad en coche con chofer, y la servidumbre lo llamó, por muchos años, niño. Pero estuvo en la formación de la Federación Universitaria cordobesa y, en algún momento, decidió no litigar por su parte de la herencia y ganarse la vida por sí mismo. Cuando se recibió de arquitecto se casó con Delia, una profesora de letras, de una familia de laicos liberales. El padre de Delia era un abogado de buen pasar que recibía en su casa a Manuel de Falla y otros intelectuales republicanos escapados de la España franquista.

Alejandro creció en el Cerro de las Rosas, el barrio elegante de la ciudad, pero en los recreos de la primaria jugaba con sus amigos a Batista y Fidel Castro, una versión del poliladron adaptada a las noticias que llegaban de la

Sierra Maestra. La mayoría prefería estar del lado del barbudo: por esos años, Fidel no había mencionado todavía la palabra socialismo. Como Ferreyra era petiso, ágil y veloz no lo agarraban nunca.

A los quince estaba cursando el secundario en un colegio tradicional, el Monserrat, y era bueno para el fútbol y el rugby. Poco después, llegó a ser medio-scrum de la selección de Córdoba, pero tuvo que dejar por una lesión en el hombro. Una mucama de su abuela, que vivía en una villa cercana al Cerro de las Rosas, lo llevó a su barrio y le presentó a un grupo de pibes que hacían brutos picados los viernes a la tarde. Ese mundo le gustaba: ahí lo fueron invitando a las primeras fiestas, a bailar rancheras y pasodobles en el patio de la casa de doña Lola. Los bailongos eran los viernes. Prendían una radio grande, sintonizaban *La Noche: Primera Actriz* en LU2 y le daban hasta las cinco de la mañana, hora en que comían un cacho de carne a la parrilla y tomaban vino y soda. En vez de volver al Cerro, Alejandro se quedaba a dormir la mona en la casita de doña Lola.

Un día empezó a ayudar a unos pibes a hacer los deberes y terminó yendo dos veces por semana a dar apoyo escolar en la pieza de una prostituta vecina de doña Lola. Su abuela le regalaba gomas y cuadernos para que se los diera a los chicos. Cuando llegó el golpe de Onganía, unos tipos del Ejército crearon un organismo vecinal y le dijeron a Alejandro que las clases las tenía que dar ahí.

—No. Yo las clases las doy porque quiero, no porque me ordene nadie.

Alejandro trató de esquivar al militar y siguió con sus clases, pero lo presionaron más:

—Acá, pibe, si querés enseñar no lo vas a hacer en la casa de una puta. Venís al centro vecinal como corresponde, y si no te enfrentás a las consecuencias.

—Yo hago lo que quiero y usté no me va a decir cómo se enseña a leer y escribir...

Fue el final de su experiencia docente. En esos días, Alejandro tampoco tenía que ir al colegio demasiado a menudo. Como el Monserrat dependía de la Universidad, estaba cerrado buena parte del tiempo; habían prohibido los centros de estudiantes y las agrupaciones universitarias llamaban a huelgas y manifestaciones. Alejandro se plegó a alguna y empezó a escuchar las palabras del dialecto político. A principios de 1967 entró en la facultad de Medicina. Terminó el primer año, y en enero del 68 el jesuita Macuca Llorens lo invitó a un campamento de trabajo en Misiones:

—Es una experiencia pastoral, para tratar de entender el evangelio desde los pobres, para crecer en el sufrimiento ajeno...

Les dijo el cura Macuca, que vivía en una villa miseria en Mendoza. A Alejandro lo atraía el lado social de la propuesta, pero el aspecto religioso le resultaba perfectamente ajeno. A la semana estaban en un caserío de trabajadores de una plantación de té.

—Cada uno va a vivir en la casa de una familia y van a participar de jornadas de trabajo voluntario.

El coordinador era un laico que les contaba historias de anacondas y de mensúes como las que habían leído en los cuentos de Quiroga. Alejandro quedó instalado en el rancho de Juan, un hombre de edad indescifrable que tenía una mujer, Mara, y diez chicos. Cada madrugada, Juan y dos o tres de sus hijos mayores se iban a la parada del camión que los llevaba a la plantación. Mara se quedaba en la casa cuidando a los menores.

De entrada, a Alejandro lo impresionaron tres cosas: el monte estaba cerrado para todo el que no fuera un maestro del machete, la tierra era completamente roja y la gente cobraba con vales: nunca veían dinero y su vida tampoco valía mucho.

—No tomen agua de los charcos, puede estar contaminada.

Les aconsejaba Alejandro, pero sabía que Juan no le hacía mucho caso. Tenía el blanco del ojo cruzado por una red de venitas rojas y los párpados siempre medio caídos. Alejandro suponía que la cosa no pasaba por dar consejos pero le parecía que tenía que empezar por algún lado:

—Yo estudio medicina. El agua sucia tiene unos bichitos que se meten en la panza de las criaturas, y eso les trae la fiebre y la diarrea. Cuando son chiquitos no pueden resistir y por eso se mueren.

Las mujeres escuchaban un poco más. Cuando les dijo que en vez de un mes se iba a quedar todo el verano le prestaron más atención. Un día de febrero, una de las nenas, que tenía trece pero parecía de siete, llegó con un zapallito en la mano. Le agregaron una mandioca. Las lavaron, lo hirvieron como correspondía a la higiene y de eso salió una sopa de la que comieron todos. Al día siguiente la nena se consumía de fiebre. Juan no decía nada y miraba a Alejandro con ojos muy urgentes; Alejandro intentó con lo poco que tenía, pero la nena se murió.

El resto del verano atendió algún parto, formó un botiquín con los remedios que traía el coordinador, convenció a las mujeres de que hirvieran el agua y vio que los chicos seguían usando cacharos oxidados y tomando el agua de las alcantarillas.

A la vuelta se puso a estudiar medicina como un loco. Estaba obsesionado: podía leer hasta quince horas por día. Se sentía más cerca que nunca del Che Guevara. En su familia contaban historias de Ernesto Guevara de la Serna, ese muchacho que había estado de novio con una Ferreyra cuando estudiaba medicina. Ahora, a pocos meses de su muerte, se imaginaba que la geografía de la selva boliviana debía ser parecida a la misionera y no podía entender cómo alguien podría vivir y combatir en esas condiciones. Eso lo descorazonaba y aumentaba, al mismo tiempo, su admiración por el muerto: él no se veía capaz de hacer algo así. Aunque quizás un día lo consiguiera. Mientras tanto quería ser médico e irse a trabajar por los demás; a veces soñaba con volver a ese rancharío de las plantaciones de té.

Era 1968, y en segundo año le tocaba cursar Fisiología, una materia filtro. En la cátedra había como cuatro mil estudiantes y no les caía bien el sistema de *multiple choice*, por el cual les preguntaban por ejemplo si una mujer madura debe tener dos, tres o seis millones de glóbulos rojos. Los estudiantes de fisiología tenían el metabolismo alterado, además, por las noticias que les llegaban de sus pares parisinos y, mucho más cerca, por la agitación que vivían los sindicatos de su provincia.

Como Alejandro ya había preparado la materia, ayudaba a estudiar a otros: en su casa del Cerro se juntaban quince o veinte y, por aplicado, empezó su activismo estudiantil. Eran reivindicaciones universitarias: los estudiantes protestaban contra el cientificismo de una enseñanza que no se adaptaba a las necesidades del país, contra la existencia de las cátedras filtro y el famoso *multiple choice*, contra el deterioro de los materiales y las condiciones de estudio. En esos meses agitados, los estudiantes tomaron la facultad, el hospital-escuela, la maternidad —que también dependía de la facultad— y se las vieron con la policía varias veces. Un día de julio, cuando se acercaban los exámenes, en una de las maratónicas asambleas donde se discutían los temas de la cátedra, apareció un estudiante que ya casi no iba a clase: el Gringo Menna. Cuando le llegó el turno habló con voz afónica:

—La lucha por las condiciones y calidades de la enseñanza es muy importante pero, aún así, no es más que un detalle, un escalón de una larga escalera: nuestra lucha, la lucha de todos, en definitiva, es contra el sistema. Hay que convertir cada universidad, cada fábrica y cada barrio en una fortaleza... ¡Compañeros, sigamos el camino del Che Guevara hacia la construcción del socialismo!

Era una aparición furtiva, pero Alejandro se encontró con palabras que estaba esperando. Menna se fue medio corriendo en cuanto terminó su

discurso, para no tener problemas con la policía. Alejandro se abrió paso entre la gente y lo alcanzó en el momento en que el Gringo estaba por subirse a una moto. Menna no le hizo mucho caso a ese muchacho de pelo corto tan prolijo que llevaba una campera de antílope entallada. Alejandro se dio cuenta de que el otro lo veía como a un burguesito, como a un bacán:

—Te estuve escuchando. Quiero saber cómo podemos hacer para convertir a cada fábrica en una fortaleza.

El Gringo lo miró de arriba abajo y casi no abrió la boca para contestarle:

—A vos no te da el cuero...

—¿Cómo que no me da el cuero?

—Además, ¿vos quién sos?

—Soy de la comisión de segundo año, me acaban de elegir. Yo simplemente quiero participar.

Menna no le dijo nada y se fue. A los pocos días lo fue a buscar y le planteó que había que formar el Movimiento de Acción Programática 7 de septiembre en la facultad. Así fue como Ferreyra, Trafal, Polti y varios más que no estaban de acuerdo con el *multiple choice* se interiorizaron de cómo había que hacer para tomar el poder y plantearse la construcción del socialismo.

—Les voy a dejar el librito rojo y cuando lo lean, lo charlamos.

El Gringo les entregó un par de ejemplares de una edición de bolsillo que se titulaba *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo*, firmado por Candela, Domecq y Ramírez. Eran las conclusiones del IV Congreso de una de las fracciones del Partido Revolucionario de los Trabajadores: la que se llamaba *El Combatiente*, el nombre de su periódico. No hacía muchos que el partido se había partido en dos; el otro sector se llamaba *La Verdad*. El PRT no sólo tenía origen trotskista sino que todavía estaba en la Cuarta Internacional.

—Qué le vas a hacer. Donde hay tres trotskistas hay cinco posturas diferentes.

Los tres que firmaban el librito ya empezaban a perfilar sus diferencias: Domecq se volcaba por un trabajo de corte más sindical, Candela apostaba a una insurrección masiva, y Ramírez, cuya ala se autotitulaba leninista, se inclinaba por iniciar pronto la guerrilla. Al hablar de la estrategia continental, el documento retomaba la Declaración de La Habana de 1967:

«La lucha revolucionaria armada constituye la línea fundamental de la revolución en América Latina. Todas las demás formas de lucha deben servir y no retrasar el desarrollo de la línea fundamental, que es la lucha armada.

»Para la mayoría de los países del continente el problema de organizar, iniciar, desarrollar y culminar la lucha armada constituye hoy la tarea inmediata y fundamental del movimiento revolucionario.

»En aquellos países en que esta tarea no está planteada de modo inmediato, de todas formas han de considerarla como una perspectiva inevitable en el desarrollo de la lucha revolucionaria en su país.

»La guerrilla, como embrión de los ejércitos de liberación, constituye el método más eficaz para iniciar y desarrollar la lucha revolucionaria en la mayoría de nuestros países».

En la reunión con Menna, Alejandro se enteró de que Carlos Ramírez era un tal Mario Santucho, un contador santiagueño que trabajaba en Tucumán con los cañeros:

—Carlos es el secretario militar del Partido y están haciendo un relevamiento en el monte tucumano; además ya hemos iniciado el entrenamiento militar para formar los primeros contingentes de guerrilla urbana. Estamos construyendo un partido de vanguardia, un partido proletario. Como decía Lenin: un partido de combate, un partido de cuadros.

Menna les explicó también cuáles eran los requisitos para ser miembro del PRT:

—Hay una etapa de preparación, que es la de los aspirantes. Se integran a una célula y tienen todas las obligaciones pero no tienen voto. Después de una evaluación se llega a ser miembro pleno; son los que tienen la categoría de militantes. A su vez, de los miembros del partido dependen los simpatizantes, los lectores del periódico, los colaboradores...

En el caso del frente estudiantil, la periferia estaba organizada en el MAP7, pero como las cosas en la universidad iban tomando un cariz más combativo, el Gringo les planteó hacer algunas acciones de propaganda armada.

—Vamos a ver si tenés agallas...

Menna le había tomado simpatía a Ferreyra, pero al mismo tiempo lo sobraba un poco por su aspecto. Le había dicho que tenía mucha pinta de pequebú.

—¿De qué?

—De pequeño burgués, culeado. ¿Nunca la habías oído?

Para fines de octubre, Alejandro empezó a usar una campera de lona, a repartir *El Combatiente* en la puerta de ciertas fábricas y a poner unas cajas que al explotar lanzaban volantes firmados «Comando Che Guevara».

Cuando llegó mayo de 1969, Ferreyra ya se había familiarizado con la lectura de Lenin, del Che y hasta de Trotsky. Sabía armar y desarmar una pistola 45 y, cuando salían a practicar tiro, muchos se impresionaban con su puntería. A esa altura ya era un miembro pleno del PRT, conocía de técnicas conspirabas y una de las reglas dentro de la organización era ocultar la identidad: entonces empezó a llamarse Lucas.

Mayo de 1969. El 27, la revista *Primera Plana* publicó una encuesta, realizada días antes entre estudiantes y población en general, sobre el descontento y la agitación que se estaban viviendo. A la pregunta «¿Quién cree usted que es el responsable del desencantamiento de la violencia que culminó con la muerte de tres estudiantes?», el 77% de los estudiantes contestó «el gobierno» o «la policía» o «las fuerzas armadas»; lo mismo dijo el 64% de la población general que, sin embargo, le echó la culpa a «los estudiantes» en un 11%. Cuando les preguntaron si «¿Usted considera que esta situación es producto del descontento general de la población hacia el gobierno o, como dijo el ministro del Interior Guillermo Borda, sólo es el resultado de la obra de agitadores extremistas?», el 75% de los estudiantes eligió «el descontento» y 22% «los extremistas». El público general tuvo una respuesta muy semejante.

«¿Cree usted que la determinación del gobierno de declarar a Rosario zona de emergencia bajo control militar es la mejor manera de solucionar el conflicto o, por el contrario, debería permitirse a los sectores descontentos con la política del gobierno plantear sus discrepancias sin ser reprimidos?», le preguntó *Primera Plana* sólo al público general. Un 16% dijo que era «la mejor manera», y un 75%, que «debería permitir que se expresaran sin reprimirlos».

Uno de los encuestadores, que estaba trabajando en la estación Constitución, fue detenido por la policía militar y se pasó un par de horas demorado. Después lo soltaron, diciéndole que no volviera a molestar por ahí.

Aunque se identificaba como marxista independiente, Agustín Tosco no estaba en ningún partido político ni tenía militancia en ninguna organización de izquierda. Felipe Alberti, en cambio, se había afiliado de joven al Partido Demócrata, porque su padre seguía al caudillo provincial Dalmacio Vélez; nunca se desafilió y tampoco estaba en otra organización:

muchos tenían la sensación de que los partidos tradicionales ya no servían para el momento que se estaba viviendo.

—Gringo, ¿hablaste con Ongaro?

—Sí, ayer me llamó y me contó que lo interrogaron acá en la sede de Investigaciones. Le preguntaron mucho sobre cómo estamos organizados para el paro y de paso se tiraban el lance de que nos desautorice, que diga que la CGT nacional no apoya el paro activo. Además, parece que Caballero está enloquecido con que hayamos hecho la comisión de enlace entre las dos cegetés. Se le rompió el esquema corporativista.

—Che Gringo, decime, ¿te parece que el viernes las cosas se pueden ir al carajo?

—Mirá, si la represión se pone feroz podemos tratar de cortar la generación eléctrica desde la usina central. Le podemos decir al Chiquito Díaz que junte un grupo de compañeros para eso, ¿no?

Esa misma tarde dieron un paso más. Tosco y Torres coordinaron una declaración conjunta que establecía la hora del paro del 29 de mayo: las 11 de la mañana. Torres se acercó a Tosco con un tono conspirativo:

—Che, vos sabés que no nos sale esa molo que nos enseñaron que se usa sin fósforos. El domingo estuvimos probando, llenamos los porroncitos con nafta y le pusimos al lado el sobrecito con el compuesto ese, viste, pero cuando se rompía no pasaba nada...

Al otro día, a la mañana, Torres y Tosco salieron juntos por la ruta nueve hasta una zona descampada, donde corría un arroyo. Bajaron al lado de un puente y probaron la fórmula sin fósforo. Tiraron una, dos, tres, y siempre funcionó.

—Ehhh, qué bueno... ¿Quién te la enseñó?

—Menos pregunta Dios, Elpidio.

El 28 de mayo, Córdoba ya ardía. Las redadas de la policía habían juntado más de quinientos presos entre sindicalistas y estudiantes. La Universidad estaba parada y ocupada, las manifestaciones callejeras surgían a cada rato. Los intentos de los sindicalistas alineados con el gobierno no habían llegado a nada: Vandor había hablado con Torres y con Simó, en los viajes que los dos habían hecho esos días a Buenos Aires, para decirles que no hicieran las marchas, que cumplieran con la huelga pasiva. Los cordobeses se negaron argumentando que estaban desbordados por las bases.

Mientras tanto, en Tucumán los incidentes seguían creciendo: el lunes y el martes por la noche, las manifestaciones estudiantiles se concentraron frente a la casa de gobierno y estuvieron a punto de invadirla; finalmente, la llegada

de refuerzos federales los contuvo: los enfrentamientos dejaron diez heridos. En los talleres ferroviarios de Tafí Viejo, el miércoles 28, los obreros se enfrentaron violentamente con la policía. Un trabajador, Ángel Rearte, cayó muerto de un tiro en la cabeza. El gobernador Avellaneda puso a la policía bajo las órdenes del jefe del regimiento 19 de Infantería y declaró por radio que los culpables de los hechos ocurridos eran «peligrosos extremistas infiltrados entre la población».

En Buenos Aires la situación estaba más tranquila, pero las manifestaciones estudiantiles de los últimos días habían dejado unos doscientos detenidos. En medio de una función de teatro, los actores Juan Carlos Gené, Raúl Ramos y Carlos Carella fueron encarcelados por pedir un minuto de silencio en homenaje a las víctimas de la represión. Rosario había sido declarada zona de emergencia, con militarización y toque de queda. En el litoral, los conflictos estudiantiles se habían extendido a toda la población. El cóctel estaba a punto de estallar.

Doce

El viernes 29, Córdoba amaneció despejada y totalmente ocupada por la policía. La gobernación había puesto en la calle a todas sus fuerzas: había traído contingentes del resto de la provincia y anulado todos los francos. El dispositivo estaba pensado a partir de la experiencia de años de reprimir manifestaciones: su táctica consistía en cortar los accesos al casco céntrico para impedir que las columnas llegaran a juntarse, y tratar de reprimirlas por separado. La noche anterior se había reunido la «comunidad de inteligencia» de Córdoba: oficiales del Ejército y la Fuerza Aérea, la policía de la provincia, el ministro de Gobierno y los rectores de las universidades Nacional y Católica, que consideraron que las fuerzas existentes alcanzarían para mantener el orden. Mientras tanto, en Buenos Aires, el ministro Borda pretendía declarar el estado de sitio para controlar mejor la situación, pero el presidente Onganía rechazó la medida porque empañaría la imagen de paz, tranquilidad y consenso que su gobierno pretendía dar.

Esa mañana, el gobernador Caballero dispuso un gran anillo policial alrededor del centro y, en los puntos estratégicos, concentró destacamentos móviles capaces de desplazarse a los lugares donde se produjeran choques. Sus fuerzas estaban preparadas para la batalla.

Los puentes de La Cañada eran el embudo donde tenían que ir a caer los manifestantes. Para asegurarse de que no los pasarían, las fuerzas represivas habían preparado sus cordones a varias cuerdas de cada uno de ellos. La guardia de infantería había apostado carros y tropas en los cruces de La Cañada con Humberto Primo, La Rioja, Santa Rosa, avenida Colón, 9 de Julio, Deán Funes, 27 de Abril, Caseros, Duarte Quirós y Boulevard San Juan. A la altura de 27 de Abril y Caseros, en el Paseo Sobremonte, había una concentración importante de la policía montada. A lo largo de la avenida General Paz se habían desplegado carros de asalto, especialmente frente al Jockey Club, el Club Social y las facultades de Arquitectura e Ingeniería. Las plazas Vélez Sarsfield y España estaban repletas de efectivos.

Otros contingentes se habían instalado desde temprano en los puntos de acceso de las columnas de huelguistas que venían de las principales

concentraciones industriales. En la rotonda del Dante, en Parque Sarmiento, la policía controlaba el acceso desde Ferreyra y Villa Revol.

En la Plaza de la Paz la policía estaba preparada para frenar la llegada de las columnas de los mecánicos de la planta Santa Isabel de Kaiser y los estudiantes de la Ciudad Universitaria. Todos los puentes del río Suquía estaban bajo un control estricto. Los manifestantes sabían que sólo desbordarían a la policía si llegaban por muchos puntos a la vez.

Desde las nueve de la mañana se veía gente deambulando por todas partes, cruzando miradas, charlando, apurando el paso hacia destinos desconocidos. Los comerciantes abrieron temprano, pero la mayoría volvió a cerrar al cabo de un par de horas. Los que no salían a la calle estaban en los balcones y las azoteas, para ver qué pasaba.

A eso de las diez, los colectiveros que terminaban el recorrido dejaban los micros en las terminales y los autos empezaron a evitar el centro. Sólo motos recorrían las calles: era más difícil usarlas para hacer barricadas, y muchas pertenecían a la coordinación de los manifestantes. De a poco, los que andaban solos se fueron juntando en grupitos. Algunas esquinas, lejos de los cordones policiales, se convertían en puntos de reunión.

Ya cada uno había recibido sus contactos, citas, maneras de ir reuniéndose. A eso de las diez y media resultaba evidente que mucha gente estaba organizada. En las esquinas de las avenidas Colón y General Paz había hombres y mujeres con bolsos, carteles enrollados y paquetes de todo tamaño. El aire estaba cargado con la tensión de los grandes días. El silencio estaba a punto de romperse.

Muy temprano, Tosco y Alberti fueron a la planta generadora de Villa Revol, al norte de la ciudad. Tosco se había puesto las botas de trabajo y el overol encima de una camisa grafa que llevaba medio arremangada, desafiando el fresco de la mañana. Iba a la planta donde había trabajado antes de su actividad sindical y a la que volvía cada tanto, porque no hacía uso permanente de su licencia gremial. Esa planta era uno de los tres puntos centrales de concentración.

—Acá no se trata de cambiar un general por otro. El poder lo tenemos que conquistar los trabajadores y todos los hombres con sentido patriótico.

Decía el Tano Di Toffino. Alberti tenía un pantalón de trabajo azul y un pulóver oscuro.

—Gringo, ya estuvimos repartiendo los porroncitos.

A las once empezó el paro. En la usina, los dirigentes ni siquiera tuvieron que convocar a los trabajadores. Sólo se quedaron en sus puestos las guardias de emergencia del personal jerárquico, y los demás se fueron encolumnando detrás de los carteles de Luz y Fuerza. Algunos llevaban bolsitos con molotov, otros cargaban unos palos para sostener los carteles que parecían bates de béisbol; unos pocos tenían algún revólver escondido en la cintura.

Se iban desplegando cartelones de vereda a vereda, donde se leían los nombres de las distintas agrupaciones. A la cabeza de la columna, un cartel enorme decía «Paro Activo». Un manifestante se subió sobre los hombros de otro y gritó Abajo la dictadura. Miles de voces contestaron Abajo. La columna aumentaba a ojos vistas. La gente salía de todos lados.

Alejandro Ferreyra llegó al Clínicas a eso de las ocho de la mañana. Los estudiantes habían decidido empezar a marchar antes de la hora fijada para el paro y se estaban juntando en el hospital. Su idea consistía en ocupar con varias columnas las diez cuadras que separaban el Clínicas de la Cañada y ahí desbordar a la policía.

Habían organizado una conducción que reunía a la mayoría de las agrupaciones: el peso recaía sobre el Integralismo, el Partido Comunista Revolucionario y el Frente Estudiantil Nacional, pero no faltaban otras variantes del peronismo, los radicales, los comunistas ortodoxos y mucha gente sin partido ni tendencia. La noche anterior, en una asamblea populosa, todos se habían puesto de acuerdo en apoyar el paro de los obreros: al principio, los comunistas de la FUC se habían opuesto un poco, pero terminaron aceptando las propuestas de la mayoría. La Universidad Nacional de Córdoba tenía alrededor de 40.000 estudiantes, los de Católica —que se habían plegado— eran como 5000. Era difícil saber cuántos estaban en el Clínicas, pero parecían muchos. Los muchachos del MAP se mantenían todos juntos en medio de las idas y venidas, los gritos, la preparación del gran momento.

—Acá la policía nunca se animó a entrar, y hoy tampoco los vamos a dejar.

—Sí, hermano, seguro, pero hoy vamos a tomar toda la ciudad.

Dijo el Gringo Menna y a Alejandro le pareció que estaba un poco exitista, pero nadie tenía una visión general de la situación: cada cual aportaba datos parciales, y flotaba la impresión de que podía pasar cualquier cosa. Ferreyra estaba con mucha bronca porque habían detenido a uno de sus mejores amigos.

—Lo agarraron al Pepe Polti.

El Gringo le preguntó qué había pasado.

—Iba en la moto temprano para la zona de Ferreyra con unas mariposas de cómo armar molos... Lo agarró una pinza del Ejército.

Las mariposas eran unos panfletos chiquitos que se tiraban al aire en puñados de veinte o treinta y bajaban aleteando hasta el piso. Ese día, repartir fórmulas de bombas incendiarias firmadas Comando Che Guevara podía resultar un pasaje al infierno.

—Entonces, por el Pepe, carajo. No vamos a aflojar.

Menna ya les había dado todas las instrucciones que se le ocurrieron y no le quedaban más consignas. Había llegado el momento de pasar a la acción.

—Miren, como decía un técnico de Belgrano: corazón y pases cortos...

Los otros militantes del MAP lo miraron con sorpresa.

—Pases cortos quiere decir no tirar el fulbo al boleó, hay que mirar al que está más cerca. Y corazón, hermano, hoy hay que ponerlo todo...

Faltaban quince minutos para que se iniciara oficialmente el paro general cuando se dieron los primeros enfrentamientos: en el Clínicas. La policía empezó a tirar gases desde lejos para tratar de impedir que se juntaran los miles de estudiantes que iban llegando. Los agentes apoyaban sus pistolas lanzagases en la cintura y los cartuchos dibujaban una parábola en el cielo. A una o dos cuadras, los estudiantes veían la trayectoria, la evitaban, y los más decididos agarraban las granadas con un trapo y se las lanzaban de vuelta a los policías. Las explosiones de gases se multiplicaban y la gente buscaba reparo. Los dirigentes les pedían que se reagruparan: cientos de estudiantes sacaron hondas y empezaron a tirar. Todavía no eran las once y ya estaban prendidas las primeras fogatas.

Alejandro Ferreyra avanzó con un grupo grande por la calle Santa Rosa hacia el centro. Tenía los bolsillos de la campera llenos de recortes de hierro y, en el bolsillo de atrás, una honda con doble goma. Llevaba una pistola 22 en la cintura y balas en los bolsillos. Las primeras cuadras, los estudiantes fueron cantando «Abajo la dictadura» y arengando a los vecinos que salían; en cada esquina armaban barricadas. Duró poco: antes de lo esperado llegó la guardia de infantería policial y empezó a tirar gases; después, con las ametralladoras, hacían picar las balas en el asfalto. Muchos estudiantes pusieron rodilla en tierra y tiraron con sus hondas; Alejandro era uno de ellos. Sentía las balas zumbando a los costados pero no le importaba: no conseguía creer que fueran de verdad. Todo le sonaba como una película que tenía muchas ganas de ver.

—¡No tiren, hijos de puta!

—¡Vengan acá a pelear, si son machos!

—¡¿Pero no se dan cuenta de que los oligarcas los están usando?!

Como a la media hora llegaron otras columnas que empezaron a atacar a los policías desde atrás, con piedras y molotov; desde las azoteas, los vecinos les tiraban macetas. Algunos policías gritaban que tenían orden de no tirar a matar. Otros apuntaban al pecho. Como en muchos lugares, empezaron a ir para atrás, a ceder terreno a los estudiantes. Al mediodía, la columna ya había llegado a la avenida Colón.

La misma escena se repetía en docenas de lugares. Desde Santa Isabel, las columnas de SMATA marchaban hacia el centro. Los trabajadores de las fábricas de Ferreyra, en cambio, se dispersaron y fueron avanzando en grupos más chicos por los barrios Primero de Mayo y Avellaneda. Allí también las columnas seguían engrosando: metalúrgicos, obreros del calzado, los ferroviarios de Alta Córdoba y Talleres, los petroleros, obreros del vidrio, albañiles.

Mientras tanto, en el centro, los empleados estatales se daban cita en medio del cordón policial: en los cruces de La Cañada con 27 de Abril y con Caseros los judiciales y los municipales se iban juntando a medida que salían de sus lugares de trabajo. Y, desde la Ciudad Universitaria, miles de estudiantes se lanzaban contra los retenes de la policía y la guardia de infantería. Los de Luz y Fuerza también seguían avanzando.

—Felipe, agarrá por Chacabuco, yo voy por Humberto Primo...

A los gritos, Tosco les iba diciendo a los dirigentes por dónde ir para encolumnar más gente. Apenas media hora después, en San Juan y Chacabuco, Alberti estaba arengando a los de un barrio subido a un tarro de combustible:

—Hoy hay que salir a la calle a pelear por nuestros derechos. No nos van a asustar, compañeros...

Estaba en medio del discurso cuando vio llegar la carga policial, con caballos, sirenas, gases. Salieron piedras de todos lados, palos, bolitas de rulemanes para los caballos, miguelitos para los patrulleros. La policía se sintió rebasada. Retrocedieron y la gente avanzó. Los manifestantes habían disuelto el retén policial, y seguían la marcha.

La columna avanzaba: en los cruces importantes iban dejando barricadas hechas con autos y camiones cruzados, algunos volcados, algunos en llamas. En toda la periferia de la ciudad estaba pasando más o menos lo mismo. El

horizonte de Córdoba estaba poblado por cientos de columnas de humo negro que se enroscaban hacia el cielo.

Los estudiantes de Derecho, Ingeniería, Arquitectura, los de la Universidad Católica y los secundarios se habían replegado hacia los barrios Güemes, Observatorio y Bella Vista y, junto con los vecinos, los tomaron. La policía, por el momento, no intentaba entrar, y no hacía más que hostigarlos desde lejos.

Desde la planta de Ika-Renault en Santa Isabel, mientras tanto, marchaba la columna más grande y mejor organizada. A la altura del Hospital Escuela —a unas quince cuadras de la fábrica Ika— la policía se había acordonado: no había manera de pasar. Elpidio Torres era uno de los diez o quince dirigentes que iban al frente de la columna con los brazos enganchados. A dos cuadras del cordón policial se pararon. Nadie tiró la primera piedra.

—Vamos a partimos en dos. Nosotros vamos a agarrar para el lado del hospital, ustedes traten de cruzar a la ciudad universitaria.

Torres siguió al frente de varios miles de mecánicos por avenida La Plata, bordeando el cordón policial. Al llegar a La Cañada y Arturo Bas, una hora después de empezada la marcha, tuvieron su primer choque. Gases, gritos, piedras. Después se oyeron balas.

—¡Ayúdenme! ¡La puta que lo parió, le dieron, le dieron...!

Uno de los que venían en la primera línea de los mecánicos, a pocos metros de Elpidio Torres, había caído con un tiro en la cabeza. Se llamaba Máximo Menna, era obrero en la Ika y cayó con el overol azul enchastrado de sangre. Muchos se arremolinaron a su alrededor: Menna parecía muerto. Entre varios lo levantaron y se lo llevaron hasta una casa. El rumor de su muerte exaltó todavía más los ánimos. Los manifestantes, enfurecidos, cargaron contra la policía con todo lo que encontraron.

La otra columna de SMATA había cruzado hasta la vieja terminal de ómnibus y se había juntado con otras columnas de estudiantes que habían salido del Barrio Clínicas. La policía los recibió a los tiros y los manifestantes contestaron el fuego. Eran pistolas y revólveres chicos contra 45 y Fal. Varios manifestantes cayeron con balazos de 45: los obreros Mariano Pereyra y Manuel Romero y el estudiante Daniel Castellanos quedaron muertos en el piso.

Los manifestantes se parapetaban donde podían pero seguían avanzando. Los policías empezaron a retroceder. Tiraban y retrocedían. Dejaban los torinos, los cascos, los palos: todo menos las armas de fuego. Los manifestantes no entendían del todo lo que estaba pasando. Tampoco tenían

tiempo de pensarlo: seguían adelante. Era la primera vez que la policía no conseguía hacerles frente. Los manifestantes, que sabían que había tropas de ejército preparadas para intervenir, empezaron a pintar las paredes: «Soldado, no tires contra tu pueblo» o «Soldado, no mates a tu hermano».

Alberti había llegado con su columna hasta 25 de Mayo y Rivadavia cuando alguien le dijo que habían matado a Máximo Menna. Agarró la primera piedra que vio y la apuntó contra el vidrio de una farmacia.

—¡No, Felipe, contra la farmacia no!

—Tenés razón.

Alberti y sus compañeros trataron de ponerle alguna lógica a la bronca. A lo largo de las próximas cuadras, cuando identificaban empresas extranjeras, les tiraban con todo. Frente al edificio de la compañía americana Xerox, un manifestante arengaba:

—¡Ésta es una empresa imperialista! ¡Acá nos explotan los enemigos del pueblo y por eso tenemos que quemarla!

Y de inmediato empezaron a volar las primeras molotov. Un poco más allá, el Banco del Interior ardió casi entero, pero a nadie se le ocurrió saquearlo. Las concesionarias de autos eran blancos privilegiados: grandes vidrieras para romper y coches que servían para hacer barricadas. En la agencia de autos Piattini, el propio señor Piattini apareció y trató de parar a los manifestantes:

—No se queje, señor. Si usted tiene tanta plata debe ser que se la quitó al pueblo. Así que solamente estamos destruyendo lo nuestro. Como no podemos llevárnoslo a casa, lo hacemos pedazos, nomás, y así sirve para algo.

Entre las doce y media y la una de la tarde, el panorama en la ciudad era muy distinto al que habían imaginado los que planearon la represión: los estudiantes, tras durísimos enfrentamientos con la policía, habían avanzado hasta La Cañada por Humberto Primo, La Rioja, Santa Rosa, Deán Funes, 9 de Julio y avenida Colón. Atrás iban dejando barricadas. En la esquina de Santa Rosa y Colón, un hombre de treinta y tantos se bajó de su rambler classic y le sacó las cuatro ruedas para entregárselas a unos estudiantes que estaban haciendo barricadas. Los vecinos, desde terrazas y balcones, le tiraban a la policía con todo lo que tenían, incluidas sillas y macetas. El centro también estaba en llamas. La policía ya no tenía retaguardia. La Cañada era tierra de nadie y las fuerzas del gobierno habían perdido el control de la ciudad.

Los aviones de la Fuerza Aérea sobrevolaban Córdoba, pero las tropas del Ejército no habían intervenido todavía. En Tucumán y Rosario los militares se habían hecho cargo de la seguridad, pero la policía de Córdoba, que dependía del gobernador Caballero, había sido abandonada a sus propios recursos. Esa mañana, en el patio de armas de la sede de su Comando, el general Elidoro Sánchez Lahoz, jefe del III Cuerpo, había celebrado el día del Ejército con un discurso ambiguo:

—Pidamos a Dios que renazca la concordia para evitar que las acciones desatadas enluten más hogares argentinos...

Horas antes, en Buenos Aires, el general Alejandro Agustín Lanusse, el comandante en jefe, hablaba en su discurso del «gobierno de las Fuerzas Armadas» donde debería haber hablado del «gobierno del presidente Onganía»:

«—... es necesario comprender que no debe considerarse enemigo a todo aquel que sustente ideas diferentes o reclame soluciones no acordes con las que están en vigencia...».

El presidente lo escuchaba nervioso; a su lado, el cardenal Caggiano, primado de la Argentina, ponía su mejor cara de póker.

«—... nuestra institución no está para la represión indiscriminada, sino para facilitar la paz, asegurarla, apaciguar los ánimos y posibilitar así el clima indispensable para la construcción de la Argentina que todos deseamos...».

Lanusse estaba tratando de forzar la situación y pensaba que un ligero desborde popular podía llegar a favorecerlo. Hacia la una y media, el gobernador Caballero llamó al ministro del Interior, Guillermo Borda:

—Señor ministro, esto es demasiado grave. La policía se quedó sin gases lacrimógenos ni proyectiles. Le pedí a Sánchez La hoz que enviara tropas a la ciudad, pero hasta el momento se ha negado.

El general Sánchez Lahoz, un fiel de Lanusse, fue a supervisar personalmente la preparación de sus hombres. La ciudad se había quedado sin un poder constituido: la policía ya no controlaba nada y el gobernador era una figura decorativa. Estaba por llegar el momento indicado para que el ejército entrara en acción. La punta de lanza serían las tropas de la IV Brigada Aerotransportada. Usaban las tácticas que los paracaidistas franceses habían delineado años antes en Argelia: cuadrículaban la ciudad y atacaban cada sector con unidades pequeñas y autónomas. Las tropas de combate tendrían la menor cantidad posible de concriptos y entrarían al teatro de operaciones con bayoneta calada. Su comandante, el general Carcagno, diría años después que «desde la mañana empezó a desarrollarse lo que sería una manifestación

masiva de la disconformidad ciudadana. Yo pienso que esa disconformidad tenía un origen económico y social pero pienso, también que el pueblo había agotado su capacidad de ser espectador».

Los soldados estaban subidos a los camiones de asalto, los aviones tenían cargados los paracaídas desde la mañana temprano, el plan estaba listo, pero la orden no llegaba. Por el momento, sólo se había dispuesto el control de rutas y de accesos a la ciudad. Todavía faltaba un rato, y un poco más de confusión.

Al mediodía, Alejandro Ferreyra se fue para la calle Tucumán y llegó hasta la casa de la Tota. Los Novillo eran una familia bastante conservadora, y Alejandro pensó que iba a tener alguna agarrada con los hermanos de su novia, pero resultó que los muchachos también estaban en la calle tirando piedras, arrimando maderas para las barricadas y lo saludaron como si fueran compañeros de causa.

—Tota, tengo un hambre bárbaro.

Los negocios estaban cerrados, casi blindados. En esos tiempos de luchas callejeras, un almacenero que no tuviera cortina metálica se arriesgaba demasiado. Tocaron el timbre de una fiambrería vecina y pudieron comprar un poco de mortadela, salami y pan. Se comieron un par de sandwiches sentados en la vereda de la casa y Alejandro lamentó no tener algún lugar para pasarse un rato a solas con la Tota. Al cabo de quince minutos, el novio ya se estaba yendo hacia el Clínicas.

—Por la Colón se está incendiando fiero un edificio.

Dijo uno por la calle y señalaba una humareda negra. Casi por inercia, Ferreyra encaró para el lado del fuego. Cuando llegó, reconoció el edificio de la Xerox.

—Parece que se nos fue la mano con el fuego...

Le dijo un estudiante: estaban preocupados porque una casa lindera amenazaba con incendiarse también. Los dueños ya habían salido y no corrían peligro. Habían llamado a los bomberos, que no querían sacar la autobomba a la calle: cualquier uniforme resultaba una provocación. El cuartel de los bomberos estaba a cuatro cuadras, así que se juntaron varios y encararon.

Al llegar se encontraron con el Gringo Menna y Willy Tamburini, que agitaban banderas blancas en la puerta del cuartel para que los bomberos salieran a parlamentar.

—No se preocupen, muchachos, que nosotros los acompañamos.

Les gritaban los estudiantes.

—Hay compañeros abriendo las barricadas para que ustedes pasen. Insistían.

—Nos subimos varios en el carro de ustedes, así la gente los deja pasar.

Al ratito, la autobomba salió con su dotación mixta de bomberos y manifestantes, a apagar el incendio. Era más de la una y se escuchaban menos disparos y sirenas. Había una calma extraña: la policía había dejado de actuar y nadie la había remplazado. La tregua era tensa. Alejandro le preguntó a Menna qué podía hacer. Un poco más allá, un manifestante le tiraba a un avión de reconocimiento con una carabina 22.

—Mirá, tratá de reagrupar a la gente y nos encontramos por la zona de la avenida Colón.

A las dos de la tarde, Felipe Alberti se volvió a la sede de Luz y Fuerza.

—Teléfono, Felipe. Metele, es el Gringo...

—¿Dónde andás, hermano?

—Por arriba de La Cañada, estoy. Felipe: esto es increíble, no puede ser. Acá la gente salió por las suyas, acá se murieron los dirigentes...

—¿Cómo decís, Gringo? No te oigo bien.

—¡Digo que acá ya nadie dirige nada, es increíble!

Gritó Tosco, pero detrás del teléfono público sonaban demasiadas sirenas. El Gringo estaba con dos compañeros: querían ir a recorrer un poco la ciudad pero no tenían ningún medio de transporte. La camioneta del sindicato había quedado en el centro, en medio de la trifulca. Un poco más allá había un taxi con la banderita tapada.

—¿Nos acercás al centro?

—No, qué los voy a llevar, los negros me rompen el coche.

Tosco le dijo que si él iba seguramente no se lo iban a romper y el taxista terminó convenciéndose.

—Con este lío, las chicas andan con chuchos. Recién vengo de llevar a unas locas que se quejaban porque nadie les da bolilla. También, con la maroma que se armó...

Tosco le pidió al taxista que diera vueltas por varios lugares, y se sorprendió de encontrar que en todos, hasta los más insospechados, pasaba algo. En pocas horas todos parecían haberse acostumbrado a las fogatas, las barricadas. En las esquinas la gente discutía qué había que romper y qué no. Cuando llegó al sindicato, Felipe Alberti lo puso al tanto de las últimas informaciones y rumores.

Le contó que el gobierno sólo controlaba un área de diez manzanas en torno al departamento de Policía. Que las fuerzas represivas estaban tan desconcertadas que dos patrullas de Policía y Gendarmería se habían tiroteado entre ellas, por error. Que en Artigas y Colón los manifestantes habían rodeado a un subcomisario y sus cinco agentes y los habían tomado como rehenes; que se los habían llevado a una casa cercana y todavía los tenían detenidos. Poco después los llamaron para contarles que el delegado regional de la CGT Azopardo, Miguel Ángel Correa, había recibido un llamado de Sánchez Lahoz, que le pidió que retirara a los trabajadores del centro de la ciudad.

—Mire, señor Correa, yo no me opongo a que ustedes hagan el paro de mañana, pero le pido que detenga a los obreros que están en la calle porque el gobernador me insiste en que saque las tropas...

—Bueno, los trabajadores no somos responsables de la violencia desatada en las calles y de la provocación policial.

—Pero por eso mismo le pido que los retire...

A las dos y media, Correa convocó a una conferencia de prensa. Los pocos periodistas que pudieron llegar lo escucharon con sorpresa:

—Felizmente todo ha terminado con éxito. Hemos logrado lo que nos proponíamos: manifestar nuestro descontento. La CGT da por terminada esta movilización.

Tosco tenía razón: el Cordobazo recién estaba empezando.

El locutor ensayaba su mejor voz de teniente coronel:

«—El Comando del Tercer Cuerpo de Ejército se ve en la obligación de comunicara la población que, en cumplimiento de lo dispuesto por la ley 18.232 del Poder Ejecutivo Nacional y del decreto reglamentario 2.736, ha dispuesto la constitución de consejos de guerra especiales que tendrán a su cargo el juzgamiento de las personas que incurran en los delitos que atenten contra el orden y la seguridad, previstos y penados por el código de justicia militar y por el código penal correspondiente a dicha ley».

Alejandro y sus compañeros se pasaron un par de horas al pie de las barricadas de la avenida Colón. La radio decía que el Ejército iba a entrar en la ciudad a las cinco. Los estudiantes estaban cansados y excitados. Todavía no terminaban de entender lo que pasaba, pero suponían que era algo importante y tenían esa especie de borrachera de los momentos muy fuertes, de cuando parece que está cambiando la Historia. Hacía horas que la policía no aparecía. Un grupo de obreros de Luz y Fuerza llegó marchando por la

Colón: iban volteando los postes de cemento de la luz con una maza bien grande, para cerrarle el paso a los vehículos militares.

—¡Obreros y estudiantes,/ unidos adelante!

Se saludaron los dos grupos, y los obreros siguieron su camino. En pleno centro, un francotirador escondido en el edificio en construcción del Banco Nación empezó a tirotear las ventanas de la Jefatura de Policía, justo enfrente. Los policías apagaron todas las luces de su edificio y trataron de agarrar al franco tirador que, al cabo de un rato, consiguió escaparse.

En San Luis y La Cañada, los manifestantes saquearon el edificio del Círculo de Suboficiales y quemaron todos los muebles, bustos y televisores en la calle. Después, con los sables que encontraron, armaron un extraño festival de esgrima que terminó con la quiebra de todos los aceros:

—Siempre los usaron para reprimir al pueblo.

Decía uno. Entonces sacaron un piano y alguien se puso a tocar: el baile duró un rato largo. Hacia el final de la tarde, un grupo ocupó el Ministerio de Obras Públicas y le prendió fuego: una autobomba que quiso ir a apagar el incendio fue retenida por los manifestantes. A esa hora empezaron a avanzar por Colón los primeros contingentes del Ejército; eran unos carriers que aplastaban todo lo que hubiera a su paso: maderas, gomas ardiendo, coches. Los estudiantes ya habían decidido qué hacer cuando llegaran:

—¡Al Clínicas! ¡Al Clínicas...!

La consigna era clara. Replegarse y tratar de resistir todo lo posible en el último reducto. Era cuestión de tiempo: todos sabían que la ciudad iba a ser recuperada por el gobierno, pero unas horas más o menos podían cambiar muchas cosas. No bien llegaron al barrio recorrieron las estaciones de servicio pidiendo nafta. Ya no necesitaban disimular. Se habían acabado los raviolitos con la mezcla iniciadora para las molotov.

—Llenen las botellas de nafta y átenles trapos mojados también con nafta. Júntense de a dos y que uno tenga siempre un encendedor a mano.

Alejandro y sus compañeros estaban en el techo de una pensión, una casa vieja de dos pisos, y un salteño daba instrucciones como si supiera:

—Ese encendedor no sirve. Usen los carusita que son contra el viento.

En medio de los preparativos para recibir al ejército, uno llegó para invitarlos a un espectáculo poco común:

—Che, vengan a ver. Desde la otra cuadra se ve el barrio Yapeyú ardiendo.

El barrio Yapeyú estaba en la otra punta de Córdoba. Fueron caminando a un punto con una vista panorámica y miraron toda la ciudad envuelta en

humo. Anochecía. La gente imaginaba la que se venía pero seguía en la calle, tomando mate, descansando. Ahí fue cuando empezaron a oír los ronquidos de motores pesados.

—¡Entren a las casas!

—¡Suban a los techos!

—¡Se viene el ejército, carajo!

En un santiamén no quedó nadie. Poco después de las siete empezaron a llegar las tanquetas: los soldados caminaban al costado, pegados a la pared, muchos con caras de terror; desde las casas les llovían las molotov y a cada paso tenían que parar para desarmar las barricadas. Una radio decía que las tropas ya habían ocupado la plaza San Martín, en el centro de la ciudad. Días después, el general Sánchez Lahoz diría que «me pareció ser el jefe de un ejército británico durante las invasiones inglesas. La gente tiraba de todo desde sus balcones y azoteas...».

La casa donde se había atrincherado Alejandro estaba repleta: eran como quince en el techo y cerca de treinta adentro, metidos en las piezas, en la cocina. Desde la azotea, vieron cómo los soldados instalaban una ametralladora MAG y un equipo de comunicaciones sobre el tanque de agua del hospital de Clínicas.

Ferreyra se gastó las balas de su pistola Bersa en menos de diez minutos, sin mucho éxito. De repente uno sacó una carabina 22 y le tiró a la MAG. Los soldados contestaron y el tanque de agua de la pensión quedó hecho añicos. Los muchachos se tiraron al suelo: les llovían pedacitos de ladrillo y mampostería sobre las espaldas. El salteño seguía dando cátedra:

—Esto es el tiro guerrillero del que hablaba el Che: nosotros tiramos una bala y ellos tiran cincuenta.

Eran las ocho y Córdoba se había quedado a oscuras. En la sede de Luz y Fuerza, la oscuridad repentina no fue una sorpresa.

—Misión cumplida.

Le dijo Tosco a Alberti. Burlando la guardia, desde la usina central, el Chiquito Díaz, junto con otros del sindicato, había hecho saltar los tapones del suministro eléctrico de toda la ciudad. Por las ventanas del edificio de la calle Deán Funes veían pasar los aviones con vuelos rasantes y soltando ráfagas sobre las calles y las azoteas.

—Ahora nos quedamos acá hasta que las velas no ardan.

Mayo de 1969. Poco después de que terminara, la revista *Siete Días* publicó un número especial sobre el Cordobazo. Un recuadro, titulado

«Anatomía de la Insurrección», explicaba la forma en que operaban los estudiantes del barrio Clínicas cuando intentaban tomarlo. Es probable, sin embargo, que el esquema no fuera tan claro como le pareció al cronista:

«El procedimiento se inicia al atardecer, con la destrucción de los focos de alumbrado. Grupos de estudiantes recorren la zona munidos de hondas para hacer puntería, por turno, contra los faroles. Luego se integran los cuerpos de defensa, formados generalmente por 15 personas, entre las cuales se elige un jefe que comandará las operaciones de resistencia. Equipos de abastecimiento —mayoría de mujeres— inician la tarea de almacenamiento de víveres. Almaceneros, verduleros o —simplemente— amas de casa, proveen de mercaderías a los jóvenes, quienes comienzan a preparar las tortas fritas y las empanadas con que se alimentarán mientras dure el conflicto. Mientras tanto, otros grupos —en distintas zonas de la ciudad— proceden a la fabricación, en serie, de las temibles bombas molotov. Grupos de exploración se dedican a ubicar las terrazas del vecindario que ofrecen mayor resguardo y seguridad. Simultáneamente comienza la acumulación de las armas de menor poder: cascos, piedras. Todo el arsenal se reparte en lugares estratégicos.

»Un grupo de comunicaciones, seleccionado previamente, establece el código a utilizar durante la noche: los medios de transmisión —por ejemplo— pueden ser las columnas del alumbrado, a las que golpeará con objetos contundentes, generándose sonidos en clave. También los mensajes suelen transmitirse directamente sujetando los papeles escritos a piedras que son lanzadas de techo en techo a manos de los vigías. A veces, en caso de peligro, bastará con sólo aplaudir insistentemente para que los grupos de resistencia puedan orientarse durante la noche en defensa de los acosados. Los estudiantes tienen prohibido gritar y, a veces, fumar.

»Antes de cada ocupación las calles de acceso al barrio son rociadas con trozos cortantes de botellas rotas, medida preventiva en caso de avance de vehículos policiales. Durante la ocupación de la semana pasada, la solidaridad vecinal posibilitó un singular método de evasión: cualquier insurrecto perseguido por la policía podía recorrer la techumbre del barrio y desplomarse en el patio de cualquier casa. Le bastaba decir “soy estudiante” o “soy obrero” (ésa era la consigna) para que la ocasional familia lo cobijara rápidamente en algún dormitorio: espontáneamente pasaba a ser un hijo, un tío más de la casa.

»A diferencia de otros conflictos anteriores, esta vez la organización de la lucha en toda Córdoba se caracterizó por un método —que siempre es distinto y se elige según las circunstancias— para el reconocimiento de los líderes de grupo. Los manifestantes, durante los sucesos del jueves 29 y viernes 30,

reconocían a un jefe al agitar éste un palillo rojo, instante en que — automáticamente— era rodeado por su gente. Otro miembro del grupo, poseedor del palillo celeste, era reconocido como el ejecutor de las órdenes del jefe. Cada manifestación, a su vez, contaba con un estafeta o correo, una especie de chasque en moto y con casco que unía los focos de rebelión llevando y trayendo mensajes, cargando enormes bolsos llenos de bombas molotov y panfletos. Pese a esta rigurosa organización, el fervor popular desbordó, esta vez, la dirección de sus líderes: ya inmersos todos en la lucha, de nada sirvieron los palillos, los esquemas diagramados por los líderes de la rebelión».

En la pensión, la noche fue larga, excitada y llena de nervios. Alejandro tenía frío: ya hacía más de dos horas que estaba en la azotea, junto con otros ocho compañeros, y todavía le faltaba otra hora más para tomarse su descanso. No se veía casi nada: la noche estaba oscura y la electricidad seguía cortada. Tenían unos cabos de vela y un par de faroles de querosén, pero no querían prenderlos arriba, para no llamar la atención del ejército. Aunque no había mucho movimiento: parecía que los oficiales habían decidido esperar las primeras luces, en vez de tratar de desalojar una zona desconocida y ocupada por miles de personas hostiles.

Lo mismo estaba pasando en muchos de los barrios periféricos de la ciudad: había barricadas, los manifestantes seguían haciendo guardia, varios destacamentos policiales habían sido tomados y el ejército esperaba que se hiciera de día. De tanto en tanto se oía un tiro aislado de bajo calibre seguido por unas ráfagas de ametralladora: un francotirador y la respuesta de los soldados. La vigilia era tensa. En la azotea, los estudiantes no habían dejado de fumar, aunque sabían que podía ser imprudente.

—Bueno, hermano, pero si no se puede ni fumar entonces no vale la pena hacer la revolución, ¿no?

Alejandro se preguntaba qué era en realidad eso que estaban haciendo. Ni en los cálculos más optimistas habían considerado la posibilidad de mantener la ciudad en sus manos durante más de unas horas, y ya les faltaba poco para cumplir un día entero. Aunque al amanecer seguramente el ejército recuperaría el control, lo que habían hecho hasta entonces ya le parecía increíble. Y empezaba a preguntarse cómo seguiría: qué se podría hacer a partir de esta jornada extraordinaria. También se preguntaba por qué no tenía más miedo, y no sabía qué contestarse. Alejandro había perdido toda su prolijidad habitual: estaba sucio, con una barba de tres días, la ropa

manchada, olor a chivo, y se le ocurrió pensar qué diría la Tota si lo viera así. Seguro que le gustaría.

—Dale, Lucas, bajá que ya te toca.

Abajo, en una de las piezas, una docena de estudiantes se amontonaba junto a una radio. Dos o tres se tapaban con una frazada marrón; en la pared había un póster del Che y una foto del equipo de Belgrano de Córdoba. Lucas preguntó si había algo para comer, que se estaba muriendo de hambre, y le dijeron que no fuera iluso y que se callara porque estaban escuchando. La única emisora cordobesa que funcionaba era LU2 *La Voz de la Libertad*, que había conseguido un generador para seguir transmitiendo pese al corte de electricidad. Pero sólo pasaba música, interrumpida de tanto en tanto por algún bando militar:

—... las fuerzas del orden están facultadas para abrir fuego contra cualquier persona o vehículo que circule por las calles...

—Sí, pero para tirarnos primero tienen que llegar hasta acá.

Las radios de Buenos Aires daban más información, pero a esa hora, casi las cuatro de la mañana, no había gran cosa. Un mate circulaba entre los radioescuchas, bastante lavado.

—¿Y te parece que no van a llegar?

—A mí me parece que van a entrar. Yo cada vez que escucho un ruido me imagino que son ellos que tiran la puerta abajo.

—No te pongas así, hermano. Van a entrar en el barrio, pero no van a allanar casa por casa. No pueden, no les conviene.

—A mí me parece que les va a costar entrar.

—Sí, culeado, les va a costar pero seguro que van a entrar. Pero para entonces nosotros ya no vamos a estar.

—Claro, eso. Es lo que decía el Che: golpearlos donde les duele cuando les duele y después desaparecer.

Pontificó el salteño, incansable.

—O sea que hay que rajar más o menos pronto.

—Si actuara la policía, que conoce la ciudad, que tiene fichados a los dirigentes y militantes, ya habrían allanado de noche y nos llevaban a todos en cana. Como es el Ejército y no conocen el barrio, van a esperar que se haga de día. La cosa es irse antes de que lleguen.

Dijo el salteño. Alejandro ofreció su casa para los que no tenían dónde ir. A eso de las siete, cuando estaba clareando y ya no regía el toque de queda, empezaron a salir:

—Salgan en grupos de tres cada dos minutos. Doble por la derecha y por la izquierda alternativamente. Agarren para el lado del Cerro, unos vayan por Castro Barros y el resto por Octavio Pinto. Yo voy a pasar cada tanto, pero allá no se junten ni se saluden.

Hasta la casa de los Ferreyra había unas 50 cuadras. Una hora después, Alejandro estaba con su familia; y entre las 8 y las 9 se agregaron alrededor de 20 más, la mayoría estudiantes de otras provincias que no querían quedarse en los inquilinatos del Clínicas para no ser pasto de los consejos de guerra.

La sede de Luz y Fuerza no era un lugar seguro, pero la comisión directiva había citado a una reunión el viernes 30 cerca del mediodía para analizar en caliente cómo seguir después del paro. Alberti se había quedado toda la noche en el sindicato porque volver a su casa, tan cerca del Clínicas, era peligroso. Tosco fue a darse una ducha y volvió al rato. A la mañana fueron llegando el Tano Di Toffino, Simón Grigaitis y los demás, y ahora se estaban tomando un café con medialunas viejas en el bar de la planta baja, mientras comentaban las informaciones que tenían:

—Oficialmente dicen que hay catorce muertos y cientos de heridos, pero hasta que no tengamos los informes de los compañeros de todos los gremios no podemos saber nada.

Las radios habían vuelto a transmitir. Alberti había estado escuchando LT9 y el noticiero repetía cada rato que el Ejército estaba retomando el control de la ciudad, que se aconsejaba no salir a la calle.

—Habríamos podido entrar a la gobernación...

Decía sorprendido Di Toffino.

—¿Y qué habríamos hecho?

Lo cortó Tosco.

—No sé.

—No era el objetivo. Lo que tenemos que conseguir es que la dictadura retroceda...

En medio de la charla entró un afiliado del sindicato. Un flaco de nariz aguileña al que todos conocían por el Halcón.

—Hola Gringo, hola compañeros.

—Hola, hermano, cómo andás...

—Impresionado che, esto parece un campo dinamitado...

Tras un café y un vuelo rasante, el Halcón salió de escena. Tosco trataba de medir las consecuencias:

—Tucumán y Rosario también demostraron tener mucha capacidad de respuesta. Por lo que sabemos, en Santa Fe, Jujuy, Resistencia y Corrientes también hubo un alto grado de lucha, pero hay que esperar a ver que pasó en el resto del país...

Decía, cuando una ráfaga de Fal lo interrumpió: después, enseguida, el ruido de las botas y los gritos. Un piquete de gendarmería había hecho volar la cerradura del sindicato y estaba entrando con las armas amartilladas:

—¡Todo el mundo al suelo, carajo! ¡Que nadie intente nada porque tiramos!

De pronto, todo el lugar estaba ocupado por los gendarmes.

—¡Nadie levante la vista, carajo!

—¿Cuál es Tosco?

Le preguntaba uno a otro sin que los que besaban el piso pudieran descifrar qué encerraba la pregunta.

—Que alguno nos muestre el edificio.

Alberti levantó la mano, lo hicieron incorporar y se fue con un oficial para arriba. El gendarme quería saber dónde hacían las reuniones, dónde podían guardar papeles. Alberti, muy parsimonioso, le fue mostrando las instalaciones.

—Usted me está mareando.

—¿Qué quiere que le haga si el edificio es así?

Al rato, volvieron y los subieron a una camioneta, de nuevo al piso.

—¿Adónde nos llevan?

—A la jefatura.

Cuando llegaron separaron a Tosco. El resto del grupo, tras un rato de espera, también fue trasladado. Los metían de a cuatro en las celdillas del camión celular y los llevaban al comando del Tercer Cuerpo de Ejército. Antes de bajarlos, ya escuchaban las amenazas.

—En cuanto sepamos quiénes son los que han hecho esto, los vamos a cagar a tiros.

En su casa del Cerro de las Rosas, Alejandro trataba de atender a todos sus huéspedes, que se iban yendo de a poco. En un cuarto del primer piso, sin dejarse ver, un compañero suyo se había pasado esos días encerrado: se lo había mandado el Gringo Menna y se hacía llamar Domecq. Alejandro no sabía bien quién era, pero le habían dicho que era un cuadro importante del PRT y que estaba muy buscado; de todas formas, le pareció raro que el tipo se pasara todo el Cordobazo guardado en una casa. Abajo, en el gran living, dos

de sus hermanas miraban la televisión. Estaban viendo el informativo del mediodía. En el resto del país, el paro de las dos CGT era seguido con alto nivel de acatamiento por casi todos los gremios. Sólo se había retirado el sector colaboracionista, encabezado por la UOCRA, que explicó su posición en solicitada titulada «Por qué no paramos». Ahí decían que «siempre habían sentido como propio» el proceso de la Revolución Argentina, y que estaban dispuestos a seguir colaborando con él y que, por eso, «nunca pondremos nuestra legítima arma, el paro obrero, al servicio de una nueva Unión Democrática, a través de la alianza liberal marxista que pretende crear el caos con fines inconfesables».

En una pausa, un aviso de Pipo Mancera anunciaba que al día siguiente presentaría en sus *Sábados Circulares* a Carmen Sevilla, Matt Monro, Rolando Laserie, Aníbal Troilo y su cuarteto, Tita Merello, Violeta Rivas y Néstor Fabián y, sobre todo, «a ese gran artista, este señor del escenario, este ángel de la melodía: ¡Raphael!

—¡Fuerte ese aplauso, amigos!

Alejandro lo miraba y no podía creer que el mundo siguiera siendo tan parecido a lo que era dos días antes. En alguna parte debía haber algún error, pero seguramente se iba a solucionar más o menos pronto.

Mayo de 1969. En esos días, la actividad epistolar de Perón era incesante. Todo tipo de interlocutores le escribían y le pedían definiciones sobre los temas más variados. El 28 de mayo, un día antes del Cordobazo, el General le contestaba al mayor Pablo Vicente que «las juventudes parecen agitarse en el mundo entero tras la consigna socialista nacional, dispuestas a derivar hacia el marxismo comunista con todas sus consecuencias si les resulta invencible la acción del reaccionarismo contumaz. El dilema parece ser lo suficientemente claro: o socialismo nacionalista o socialismo internacional dogmático (comunismo)». El tema lo preocupaba. Tiempo antes, le había escrito al doctor Edgar Sá que «es indudable que, en el estado evolutivo del mundo actual, no quedan sino dos filosofías políticas: la cristiana y la marxista, que conducen también a dos ideologías diferentes: un socialismo nacional cristiano y un socialismo internacional dogmático (comunismo). Nuestro país se encuentra abocado a tomar uno de esos caminos. Por eso hace veinte años el Peronismo intentó realizar lo primero y por un método incruento, utilizando la evolución acelerada. La Revolución gorila, apoyada por la coalición de la sinarquía internacional y los cipayos vernáculos, nos pararon los pies. Desde

entonces el país se ha ido acercando peligrosamente a la guerra civil y al comunismo».

En julio, Perón retomaba el tema desde otro ángulo, en una carta a Antonio Caparrós: «No puede ser un secreto para nadie que, de todos los objetivos justicialistas, el primero y más importante ha sido y es la liberación. De manera que la incorporación de fuertes grupos de intelectuales a la causa constituiría un hecho sin precedentes y altamente auspicioso, porque hasta ahora, en esa lucha, habían brillado por su ausencia.(...)»

»En cuanto a los principios y la metodología marxistas, como formas de ejecución, si se los adapta a nuestras necesidades y características originales, nadie puede negar su utilidad, pero debemos pensar que una Revolución Argentina tiene también una posición existencial de la que no podemos apartarnos sin provocar graves riesgos. Piense que, por lo menos nosotros, los peronistas, tenemos ya una ideología que, si está más cerca del marxismo que del capitalismo, configura una posición diferente. Sin embargo, veinticinco años de acción son suficientes para probar que no se trata de un Movimiento sectario, que se formó inicialmente con hombres de todas las procedencias y que continúa con una amplitud de criterio tan grande como cuando se formó. No desconozco que en lo metodológico hemos asimilado lo que consideramos mejor del marxismo sin caer en el comunismo que conocemos porque, en este aspecto, creo que es mejor hacer lo que ellos dicen, no lo que ellos hacen.

»Los intelectuales y artistas de que me habla, y que le hacen decir que “todo revolucionario en nuestro país es actualmente marxista”, no lo pongo en duda porque, por sobre todo, existe una procedencia. Pero pienso que, dada la situación de nuestro país y lo que puede inferirse para el futuro inmediato y aún mediato, no puede ser esto un obstáculo para sentirse revolucionario. Por eso comparto plenamente su afirmación siguiente: “Nuestra opinión es que el marxismo no sólo no está en contradicción con el Movimiento Peronista sino que lo complementa. Es decir, tenemos la convicción neta de que el Movimiento no debe rechazar al marxismo, sino por el contrario integrarlo en su seno e instrumentarlo”. Comienzo por decirle que jamás hemos rechazado a los hombres que, provenientes del marxismo, han llegado y se han incorporado al Peronismo. (...) En cambio, lo que ha dado en llamarse marxismo del Comunismo Argentino, en estos veinticinco años de lucha por la liberación, lo hemos visto al lado de la oligarquía o del brazo con Braden. Por eso, para nosotros, el marxismo comunista adherido a la famosa “Unión Democrática” no lo podemos explicar ni como sistema ni como metodología. Piense Usted que el Peronismo ha debido luchar durante más de veinticinco

años contra esto y, en consecuencia, hasta ahora, no ha estado el horno para bollos. Muchos millones de peronistas, profundamente influenciados por lo que han vivido y conocido, no sólo abominan del capitalismo que han sufrido sino también del comunismo que han presenciado. Por eso, para estas masas, comunismo y aun marxismo (porque la masa no distingue) es una mala palabra».

En el barrio Clínicas y en otros barrios de la periferia la resistencia duró hasta la tarde del viernes 30. El ejército fue progresando de a poco, desarmando barricadas, corriendo a los pocos manifestantes que todavía quedaban, hostigados por los francotiradores. Los aviones volaban bajo y soltaban ráfagas de ametralladora en cuanto veían algo que les parecía sospechoso. El barrio Clínicas era patrullado por cantidad de jeeps repletos de soldados: a menudo, desde las casas, les gritaban insultos y acusaciones. A dos cuadras del hospital, una señora, doña Laura, no pudo contener la bronca. Estaba en la puerta de su casa, con su hija de veinticuatro años y su nieta de tres: las agarró a las dos de la mano y empezó a seguir a uno de los jeeps mientras les gritaba asesinos, asesinos. De pronto, desde el jeep, salió una ráfaga de ametralladora que hirió a las tres mujeres en las piernas.

En ese momento, el general Lanusse llegaba al aeropuerto de Pajas Blancas y decía que «no es momento de hablar, sino de reflexionar». Años más tarde, en sus memorias, escribiría que, en su informe al presidente Onganía le dijo que «los elementos subversivos actuaron y, en algún momento, marcaron el ritmo. Pero en la calle se veía el descontento de toda la gente. Por lo que pude ver y escuchar, así por lo que vieron y escucharon los jefes y oficiales de la guarnición, puedo decirle que fue la población de Córdoba, en forma activa y pasiva, la que demostró que estaba en contra del Gobierno Nacional en general y del Gobierno Provincial en particular».

El general Sánchez Lahoz, mientras tanto, hablaba por radio:

—Ésta es la primera experiencia en la Argentina de guerra de guerrillas urbanas en gran escala.

—Hemos oído que esta subversión recibió una gran adhesión popular. ¿Es cierto?

—Absoluta y rotundamente, no. Lo digo por las continuas expresiones de solidaridad que hemos recibido y por las denuncias de los ciudadanos.

El saldo de los dos días de insurrección popular se calculaba en unos treinta muertos —aunque nunca nadie pudo contarlos con precisión— y unos 5000 millones de pesos —12 millones de dólares— de pérdidas. En el bar El

Entrerriano, enfrente del Hospital de Clínicas, donde todavía se leía una pintada que decía «Soldado, no tires contra tu hermano», un dirigente medio de SMATA daba su versión:

—Caballero fue el primero en pedir la participación del pueblo. No se puede quejar. El pueblo participó. A su manera, pero participó...

Bernardo Neustadt editorializaba en su revista *Extra*: «No cabe duda: el país se hartó de estar harto. Lo que no quiere decir que quiera volver ya mismo a arrojarse a los brazos de la Vieja Oposición, integrada por algunos políticos con ancianidad mental. Ni que todo se limite a buscar un reemplazo escalafonado de Onganía. Nadie —con honestidad argentina— le pide elecciones. Le reclama Revolución». Los viejos políticos, mientras tanto, insistían. Arturo Frondizi decía que «la violencia popular es la respuesta a la violencia que procede de arriba: salarios cada vez más insuficientes, enorme agresión impositiva, desnacionalización de la economía, agresión a la Universidad. Por eso no hay pacificación posible que no se funde en el cese de la violencia que engendra la actual política económica». Y Juan Domingo Perón, desde Madrid, sacaba sus conclusiones del Cordobazo: «Frente a semejante anacronismo (el gobierno de Onganía) no puede quedar otra solución que prepararse de la mejor manera para derribar semejante estado de cosas, aunque para ello deba emplearse la más dura violencia». Era lo que muchos pensaban, aunque no supieran exactamente cómo hacerlo.

Continuará

Índice Onomástico

A

Abal Medina, Fernando
Abalía, coronel
Abelardo Ramos, Jorge
Abuelo, Miguel
Acosta, Aníbal
Acosta, Jorge
Aguilé, Luis
Aguirre, Luis M.
Ahumada, Casiana
Ahumada, Ciro
Aiello, Horacio
Alberte, Bernardo
Alberti, Felipe
Alberti, José Luis
Alcalde, Fernando
Alcón, Alfredo
Aleandro, Norma
Alende, Oscar
Alfaro, Emilio
Alfonsín, Raúl
Alonso, Enrique
Alonso, José
Alsina Thevenet, Homero
Alsogaray, Álvaro
Alsogaray, Julio
Álvarez, Adolfo
Álvarez «Gallego»
Álvarez, Jorge
Amado, Jorge

Andress, Ursula
Anka, Paul
Antonio, Jorge
Antonioni, Michelangelo
Aponte, Carlos María
Arafat, Yasser
Aragon, Louis
Aráiz, Oscar
Aramburu, Juan Carlos
Aramburu, Pedro Eugenio
Argerich, Martha
Arias, Arnulfo
Arrostito, Norma
Astesano, Eduardo
Asturias, Miguel Ángel
Autino, Jorge
Avilés, Delia

B

Baez, Joan
Balbín, Enrique
Balbín, Ricardo
Balvé, Beatriz
Banzas, Maricarmen
Barnard, Christian
Barreiro, Jorge
Barrientos, René
Barthes, Roland
Batista, Fulgencio
Baxter, Joe
Becerra, Carlos
Begin, Menahem
Belaúnde Terry, Fernando
Benedetti, Mario
Bengochea, «Vasco»
Ben Gurión, David
Benítez, Hernán

Bergara Leumann, Horacio
Bergman, Ingmar
Berlín, León
Berlín, Sergio
Bernard, Tomás
Berneti, Jorge L.
Berra, hermanos
Berruezo, Oscar
Bertelli, Pelusa
Bertolucci, Bernardo
Bettanín, Leonardo
Bevilacqua, Tito
Bioy Casares, Adolfo
Birri, Fernando
Bittel, Deolindo
Blest, Clotario
Boal, Augusto
Borda, Guillermo
Borges, Jorge Luis
Borro, Sebastián
Bortnik, Julio
Bosquet, Michel
Botet, Luis
Branco, Castelo
Brascó, Miguel
Bresán, Justina
Breznev, Leonid
Briante, Miguel
Briski, Norman
Brito Lima, Alberto
Brooks, Richard
Bufano, monseñor
Bullrich, Silvina
Buñuel, Luis
Busaniche, José Luis

C

Caballé, Monserrat
Caballero, Carlos
Caballero, oficial
Caballero, Oscar
Cabirón, Juan Carlos
Cabo, Armando
Cabo, Dardo
Cabral, Facundo
Cabral, Juan José
Cáceres, Changui
Cafiero, Antonio
Cafrune, Jorge
Caggiano, Antonio
Calabro, Victorio
Calveiro, Pilar
Câmara, Helder
Caminotti, Raúl
Cámpora, Héctor
Campos, Manuel
Camps, Ramón
Canelo, Rosa
Caparrós, Antonio
Capdevila, Pepe
Carbone, Alberto
Cárdenas, Gonzalo
Carella, Carlos
Caride, Carlos
Carnevale, Jorge
Carpentier, Alejo
Carrebedo, Elsa
Carri, José
Carrizo, José Manuel
Carsoglio, Cuqui
Casco Achával, Horacio
Castellanos, Daniel
Castillo, Abelardo
Castro, Fidel
Castro, Raúl

Casullo, Nicolás
Cavalari, Juan
Cavalli, Adolfo
Cheresky, Isidoro
Chou En Lai
Ciani, Juan Carlos
Clark, Petula
Clay, Cassius
Cleaver, Eldridge
Codovila, Vittorio
Codreanu, Cornelius
Cogorno, general
Cohn-Bendit, Daniel
Conde, Alberto
Conexión 6
Constantini, Humberto
Contreras, Julián
Cooke, John William
Copello, Santiago
Coria, Rogelio
Cornaglia, Ricardo
Coronel, Armando
Correa, Miguel Ángel
Cortázar, Julio
Costa Méndez, Nicanor
Creedence Clearwater Revival
Cruz, Benjamín
Cuarteto Zupay
Cueto Rúa, Julio
Cytrinowski, Carlos

D

Daleo, Graciela
Daniel, Elsa
Datermini, Jorge
Dauvernet, Héctor
Day, Lincoln

Dayan, Moshé
de Gaulle, Charles
De Luca, Ricardo
de Martino, Víctor
de Nevares, monseñor
de Santos, Blas
Debray, Regis
Deira, Ernesto
Delgado, Pancho
D'Elía, coronel
Demare, Lucas
Depino, Mercedes
Depino, teniente
Derek, John
Destéfano, Juan
Deverell, Collin
Devoto, Alberto
Di Pascuale, Jorge
Di Toffino, Tomás
Díaz Ordaz, Gustavo
Dichter, Ernest
Distel, Sacha
Divinsky, Daniel
Dorado, Vicente
Dotti, Jorge
Dri, Amadeo
Dri, Rubén
Dubcek, Alexander
Duhalde, Eduardo
Dutra, Altemar
Dylan, Bob

E

Echeverría, Luis
Egea, Daniel
Egea, Juan
Eguren, Alicia

Einstein, Albert
El Kadri, Envar
Elizalde, Alberto
Elorde, Flash
Eshkol, Levi
Ezcurra, «Flaco»

F

Falacci, Oriana
Fanon, Franz
Farías Gómez, Chango
Farinello, Luis
Fasano, Francisco Mario
Favio, Leonardo
Feliciano, José
Feola, Vicente
Fernández, Antonio del Carmen
Fernández, Avelino
Fernández Long, Hilario
Fernández Maldonado, general
Fernández Vega, Beba
Ferrari, Dardo
Ferrari, Gerardo
Ferrari, León
Ferré Gadea, Arturo
Ferreya, Alejandro
Filippini, Aída
Firmenich, Mario
Flores, Carlos
Folino, Norberto
Fonseca, Roberto
Fontana, Cacho
Fort, Joel
Framini, Andrés
Franco, Francisco
Freire, Paulo
Fresán, Juan

Frieschknecht, Federico
Frondizi, Arturo

G

Galeano, Eduardo
Gambaro, Griselda
Garaudy, Roger
García Elorrio, Juan
García, Germán Leopoldo
García, Héctor Ricardo
García Lupo, Rogelio
García, Polilla
García, Rolando
García, Rosendo
Garrido, Jorge
Gazzera, Miguel
Gelbard, José Ber
Gelman, Juan
Gené, Juan Carlos
Ghioldi, Rodolfo
Gianetti, Noemí
Giménez, Diego
Ginastera, Alberto
Ginsberg, Allen
Gnavi, Pedro
Godard, Jean-Luc
Goldenberg, Carlos
Goldenberg, Liliana
Goldenberg, Mauricio
Gombrowicz, Wytold
Gómez, «Negro»
González, Horacio
Goren, gran rabino
Gormé, Eddy
Goyeneche, Roberto
Grabois, Roberto
Gramuglio, María Teresa

Green Urien, Enrique
Green Urien, María Emilia
Grigaitis, Simón
Grinberg, Miguel
Grondona, Mariano
Guana, Héctor
Guaraní, Horacio
Guaresti, Roberto
Gudiño Kieffer, Eduardo
Guerrero, Hilda
Guevara, Ernesto
Guevara, Nacha
Guido, José María
Guillán, Julio
Guillén, Nicolás
Guzmán, José María
Guzmán, Magín del Carmen

H

Halliday, Johnny
Hecker, Saúl
Hentoff, Nat
Hernández Arregui, Juan J.
Herrera, Cacho
Herrera, mayor
Hesayne, Miguel
Hobert, Carlos
Hopen, Daniel
Huidobro, «Ñato»
Humphrey, Hubert
Hussein de Jordania

I

Ibáñez Menta, Narciso
Ibarra, «Dulce de leche»
Iglesias, Herminio

Illia, Arturo
Illia, Ricardo
Imaz, general
Iñíguez, general
Irazusta, Julio
Iriarte, monseñor
Iturbe, Alberto

J

Jacoby, Roberto
Jaime, Armando
Jáuregui, Emilio
Jauretche, Arturo
John, «Gordo»
Johnson, Lyndon B.

K

Kamien, Ana
Kapeluzny, «Pato»
Kaprow, Alan
Karakachoff, Gustavo
Karakachoff, Sergio
Kennedy, Robert
Kesselman, Hernán
Kloosterman, Dirk
Kogan, Jaime
Kraiselburd, David
Kraiselburd, Raúl
Krieger Vasena, Adalbert
Kubrick, Stanley

L

Labruna, Ángel
Lacaze, Gastón

Lagomarsino, Raúl
Lanci, Hugo
Landi, Oscar
Landrú
Lane, Mark
Langer, Marie
Lanusse, Alejandro A.
Lanusse, Antonio
Lanzon, André
Laredo, Hernán
Lavalle, Mario
Le Parc, Julio
Leary, Timothy
Leblanc, Libertad
Leduc, Violette
Leiris, Michel
Lenin
Lennon, John
Lester, Richard
Lévi-Strauss, Claude
Lewis, Oscar
Lezama Lima, José
Licastro, Francisco
Liniers, sargento
Llorente, Alberto
Lluveras, Manera
Lococo, Clemente
Lombardi, Edgardo
Lonardi, general
López, Atilio
López Aufranc, Alcides
López Rega, José
Lorenzo, Juan Carlos
Los Fronterizos
Los Gatos
Los Náufragos
Los Shakers
Los Wawancó

Losada, Mario
Lucero, Juan
Luchi, Luis
Lumumba, Patrick
Luna, Félix
Luppi, Federico
Luque, Virginia
Luther King, Martin
Luxemburgo, Rosa
Lynch, Marta
Lysy, Alberto

M

Macuca Llorens, padre
Maestre, Juan Pablo
Mafud, Julio
Malamud, Marina
Maldonado, Carlos
Malraux, André
Mallea, Eduardo
Mancera, Pipo
Mandela, Nelson
Manero, Angélica
Manna, Ester A.
Manrique, Francisco
Mao Tse-Tung
Marcos, César
Marcuse, Herbert
Marchais, George
Mareco, Juan Carlos
Marechal, Leopoldo
Margaride, Luis
Marini, Anselmo
Martínez Baca, Alberto
Martínez de Perón, Isabel
Martínez, Javier
Martínez, Tomás Eloy

Martínez Zuviría, Jorge
Mascialino, Miguel
Masseti, Ricardo
Massota, Oscar
Mathos, Jorge
Mattos, Jorge
Maza, Emilio
McCarthy, Joe
McGuire, Santiago
McLuhan, Marshall
Meisegeier, José María
Melville, Jean Pierre
Mena, Adolfo
Mendizábal, Horacio
Menéndez, general
Menna, Domingo
Menna, Máximo
Menucci, Luis
Menzel, Jiri
Mercader, Marta
Mercado Jarrín, general
Merchensky, Marcos
Mestre, Ramón
Mihanovich, Mónica
Mills, Wright
Minujin, Marta
Miró, Ricardo
Miró, Roberto
Mitrione, Dan
Molfino, José Adán
Molfino, Miguel
Molinari, Edelmiro
Molinero, Miguel
Monge, Mario
Montana, Carlos
Morales Bermúdez, general
Morales, Elíseo
Mordillo

Moreau, Leopoldo
Moris
Moser, Hugo
Moura, Jorge
Moya, Benito
Muchnik, Daniel
Mugica, Carlos
Mugica, «Gordo»
Muiño, Carlos
Mujica, Bárbara
Mujica Lainez, Manuel
Mujica, Pepe
Mundstock, Marcos
Muñoz, José María
Muraro, Heriberto
Murmis, Miguel
Murúa, Arnaldo

N

Nasser, Gamal Abdel
Nasser, Nagib
Navarro, Marisa
Navarro, Sabino
Nebbia, Litto
Nell, José Luis
Neruda, Pablo
Neustadt, Bernardo
Niembro, Paulino
Nivoli, Marcelo
Nixon, Richard
Novoa, Ramón
Novotny, Antonin

O

Ocampo, Victoria
O'Farrell, Justino

Oglesby, Carl
Ojuku, Odomewu
Olivera, Edgardo «Águila»
Olivera, Héctor
Olivera, Julio
Olivier, Laurence
Olmedo, Carlos
Olmos, Amado
Onganía, Juan Carlos
Ongaro, Raimundo
Oppenheimer, J. Robert
Orgambide, Pedro
Ortega, coronel
Ortega, Ramón (Palito)
Ortega Peña, Rodolfo
Ortiz, Juan L.
Orton, Joe
Otero, Alejandro
Ovando Candia, Alfredo

P

Pafundi, Amancio
Paksa, Margarita
Palacios, Alfredo
Palacios, Horacio
Pampillón, Santiago
Panzeri, Dante
Papaleo, Osvaldo
Pasternak, Boris
Pastorino, Malvina
Paulo VI
Pavone, Rita
Paz Estenssoro, Víctor
Pedraza, José
Penn, Arthur
Peralta, Amanda
Percivale, Andrés

Perdía, Roberto
Peredo, Coco
Pereyra, Mariano
Pérez, Benicio Ulpiano
Perlinger, Luis
Perón, Eva
Perón, Juan Domingo
Peter, Paul & Mary
Pettenati, Hugo Ernesto
Peyrou, Oscar
Phillipeaux, capitán
Pichon Rivière, Marcelo
Piglia, Ricardo
Pignataro, Pepe
Pinky
Pinter, Harold
Pinto, Pablo
Pistarini, general
Plaza, Ramón
Plotkin, Manuela
Podestá, Jerónimo
Poirot-Delpech, Bertrand
Polanski, Roman
Polti, Pepe
Pompidou, Georges
Pontecorvo, Gillo
Portantiero, Juan Carlos
Pozzio, Pepe
Prado, Francisco
Prado, Gary
Prémoli, Luis
Primo de Rivera, José Antonio
Proia, Chiche
Puig, Manuel
Puiggrós, Rodolfo
Puzzovio, Dalila

Q

Quieto, Roberto
Quino

R

Rabanne, Paco
Rajneri, Julio
Ramírez, Rodolfo
Ramondetti, Miguel
Ramos, David
Ramos, José David
Ramos, Raúl
Ramus, Carlos
Ramus, Gustavo
Rattin, Antonio
Ray, James Earl
Rearte, Gustavo
Regina, Elis
Renzi, Juan Pablo
Resines, Mabel
Ricciardelli, Rodolfo
Rinaldi, Susana
Ríos, José
Ríos, Oscar
Rivero, Edmundo
Rockefeller, Nelson
Rodríguez, Cacho
Rodríguez Figueroa, Leónidas
Rodríguez, Nito
Roel, Rodolfo
Rojas, José Luis
Roma, Antonio
Romano, Benito
Romero Brest, Jorge
Romero, Manuel
Rosa, José María
Rosa, Nicolás

Rosenberg, Martha
Ross, Marilina
Rossler, Osvaldo
Rozitchner, León
Ruano, Eduardo
Rudni, Alberto
Rudni, Silvia
Rulli, Jorge

S

Sabattini, Amadeo
Sabelli, María Angélica
Sáenz, Dalmiro
Sahieg, Rafael
Salas, Horacio
Salgado, Susana
Salimei, Jorge
Salvioli, Emir
Salvo, Marilín
Sampay, Enrique
San Sebastián, Rubens
Sánchez Bahamonde, «Plumita»
Sánchez, Claudia
Sánchez, Cuco
Sánchez Lahoz, Elidoro
Sandro
Sansoulet, Luis
Santillán, Atilio
Santucho, Mario
Sanz, Susana
Sarli, Isabel
Sartre, Jean-Paul
Scalabrini Ortiz, Raúl
Scipione, Antonio
Schavelzon, Guillermo
Schettini, Juan
Schóó, Ernesto

Sebrelli, Juan José
Seeger, Pete
Selser, Gregorio
Sendic, Raúl
Serra, José
Setembrino, Juan
Sigal, Eduardo
Sigal, José
Simó, Alejo
Sinatra, Frank
Sirhan, Sirhan Bishara
Slajter, Marcos
Slutzky, Samuel
Snow, Edgar
Sofía, Antonio
Soldi, Raúl
Soler, Gustavo
Sollers, Philippe
Sosa, Mercedes
Spinetta, Luis Alberto
Spivacov, Boris
Spontón, Martín
Stagnaro, Toto
Stirnemann, Orlando
Stivel, David
Storani, Conrado
Storani, Federico
Street, Robert
Stroessner, Alfredo
Stubrin, Marcelo
Suárez, Carlos
Suárez, Pablo
Suárez, Valentín
Susan, Jacqueline
Szelagowski, Miguel
Szpunberg, Alberto

T

Taccone, Juan José
Talesnik, Ricardo
Tamagnini, comisario
Tamburini, Willy
Tanguito
Tato, Manuel
Terán, Mario
The Beatles
The Mamas and The Papas
The Rolling Stones
Tolosa, Eustaquio
Tomas, Orlando
Torre Nilsson, Leopoldo
Torres, Camilo
Torres, Elpidio
Torres, Fernando
Torres Molina, Ramón
Torrijos, Omar
Tosco, Agustín
Trío Los Panchos
Troilo, Aníbal
Trotz, Ernesto
Trotz, Susana
Troxler, Julio
Túrolo, coronel

U

Ulanovsky, Carlos
Unamuno, «Vasquito»
Urien, Julio César
Urondo, Francisco

V

Valle, general
Vallese, Felipe

van Dyke, Dick
Vandor, Augusto
Vanoli, Enrique
Vanoni, Ornella
Vanzini, «Bigotito»
Varela, Benigno
Vargas Llosa, Mario
Vargas, Otto
Velasco Alvarado, Juan
Velázquez, Héctor
Vélez, Ignacio
Ventura Mayoral, Isidro
Verbitsky, Bernardo
Verbitsky, Horacio
Verdinelli, Néstor
Vergara Ruso, general
Vernazza, Jorge
Verrier, María Cristina
Viale, Oscar
Vicente, mayor
Vicente, Pablo
Vidal, Gore
Viejo, Nicasio
Viglietti, Daniel
Villalón, Héctor
Villar, Alberto
Villordo, Oscar Hermes
Viñas, David
Viscovich, padre
Volpe, Ezequiel
von Stecher, Federico
Vorster, B. J.

W

Waisman, Luis
Walsh, María Elena
Walsh, Rodolfo

Washkansky, Louis
Watts, Alan
Weber, Carlo
Westmoreland, Will
Wilmer, Norberto
Wyler, William

Y

Yupanqui, Atahualpa

Z

Zaguri, Pajarito
Zanichelli, Arturo
Zavala Rodríguez, Miguel
Zefirelli, Franco
Zenteno Amaya, coronel
Zito Lema, Vicente
Zubizarreta, Carlos